ERIN HUNTER
LOS GATOS GUERREROS
LA BÚSQUEDA DE ESTRELLA DE FUEGO

Por fin hay paz entre los clanes guerreros y los cuatro prosperan bien. Es entonces cuando Estrella de Fuego, el legendario líder del Clan del Trueno, descubre un secreto impactante: el Clan Estelar, los ancestros guerreros que guían sus huellas, le han mentido.

Estrella de Fuego debe embarcarse en un viaje peligroso en busca de una verdad largo tiempo olvidada. Encuentre lo que encuentra el final de su viaje, Estrella de Fuego está seguro de una cosa: nada volverá a ser como antes

Erin Hunter

# La búsqueda de Estrella de Fuego

## Los gatos guerreros: Super Editions - 1

**Traducción:** shayid

quientraelaspalabras.wordpress.com/

# Alianzas

CLAN DEL TRUENO

El clan del trueno.

Líder Estrella de Fuego. Macho rojizo con un pelaje del color de las llamas.

Aprendiz, Zarzo.

Lugarteniente Látigo Gris. Macho de largo pelaje gris.

Curandero. Carbonilla. Gata gris oscuro.

Guerreros. (Machos y gatas sin crías)

Musaraña. Pequeña gata marrón polvoriento.

Manto Polvoroso. Macho marrón oscuro.

Rabo Largo. Macho atigrado claro con franjas negro oscuro.

Tormenta de Arena. Gata atigrada de pelaje naranja claro.

Aprendiz, Zarpa Acedera.

Sauce. Gata de un gris muy claro con inusuales ojos azules.

Nimbo Blanco. Macho blanco de pelo largo

Aprendiz, Zarpa Orvallo.

Fronde Dorado. Macho atigrado de pelaje marrón dorado.

Espinardo. Macho atigrado de pelaje marrón dorado.

Aprendiz, Zarpa Hollín.

Cenizo. Macho gris claro (con flecos más oscuros) y ojos de azul oscuros.

Aprendices. (Gatos de más de seis meses entrenándose para ser guerreros)

Zarzo. Macho atigrado y marrón oscuro de ojos ambarinos.

Zarpa Acedera. Gata carey y blanca con ojos ambarinos.

Zarpa Orvallo. Macho gris oscuro de ojos azules.

Zarpa Hollín. Macho gris claro de ojos ambarinos.

Reinas. (Gatas preñadas o al cuidado de crías)

Fronda. Gata gris pálido (con flecos más oscuros) y ojos verdes.

Centella. Gata blanca con retazos rojizos.

Veteranos. (Antiguos guerreros y reinas ya retirados)

Flor Dorada. Gata anaranjada clara.

Escarcha. Hermosa gata blanca de ojos azules.

Cola Moteada. Gata que una vez fuera hermosa, carey, la más anciana en el Clan del Trueno.

Cola Pintada. Gata atigrada

Tuerta. Gata gris claro, el miembro más anciano del Clan del Trueno, casi ciega y sorda.

CLAN DE LA SOMBRA

Líder. Estrella Negra. Inmenso gato blanco con grandes patas negras.

Lugarteniente. Bermeja. Gata de pelaje naranja oscuro.

Curandero. Cirro. Macho atigrado muy pequeño.

Gerreros.

Robledo. Macho marrón y pequeño.

Aprendiza, Zarpa Trigueña.

Veteranos. Nariz Inquieta. Macho pequeño, gris y blanco, anteriormente el curandero.

CLAN DEL VIENTO

Líder. Estrella Alta. Macho de edad avanzada, blanco y negro, con una larga cola.

Lugarteniente. Enlodado. Macho marrón oscuro moteado.

Curandero. Cascarón. Macho marrón de cola corta.

Guerreros. Manto Trenzado. Macho gris oscuro atigrado.

Oreja Partida. Macho atigrado.

Bigotes. Macho atigrado y marrón.

Arroyo Corriente. Gata gris claro.

Reinas. Pata Cenicienta. Reina gris.

Flor Matinal. Reina carey.

Cola Blanca. Pequeña gata blanca.

CLAN DEL RÍO

Líder. Estrella Leopardina. Gata de pelaje inusual, atigrada con motas doradas.

Lugarteniente. Vaharina. Gata gris de ojos azules.

Curandero. Arcilloso. Macho de pelo largo y marrón claro.

Guerreros. Prieto. Macho negro ahumado.

Paso Potente. Macho rechoncho y atigrado.

Borrascoso. Macho gris oscuro de ojos ambarinos.

Plumosa. Gata gris claro de ojos azules.

Reinas. Musgosa. Gata carey.

**GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES**

Centeno. Macho blanco y negro que vive en una granja en el límite del bosque.

Cuervo. Macho elegante y negro que vive en la granja con Centeno.

# Prólogo

La luna llena que flotaba en el cielo aclaraba el bosque con si luz fría. Una brisa suave levantaba murmullos entre las hojas de los cuatro robles gigantescos; la luz moteada y las sombras rielaban sobre los pelajes de los numerosos gatos que se deslizaban hacia la hondonada.

Un macho musculoso y del color de los helechos apareció entre los arbustos que circundaban los bordes de la hondonada. Brincó por el claro y subió de un salto a la cima de la gran roca situada en el centro.

Allí ya le estaban esperando otros tres gatos. Uno de ellos, una gata de pelaje marrón atigrado, le saludó con una inclinación de cabeza.

– Bienvenido, Estrella Roja- maulló- ¿Cómo van las presas en el Clan del Trueno?

– Tenemos muchas, Estrella Abedul, gracias.- respondió el líder del Clan del Trueno- ¿Va todo bien en el Clan del Río?

Uno de los otros líderes arañó con las garras la dura superficie de la roca, interrumpiéndoles antes de que Estrella Abedul pudiera responder. Su pelaje gris oscuro no era más que una sombra bajo la luz de la luna.

– Ya es hora de que comience la Asamblea- dijo con voz ronca- Estamos perdiendo tiempo.

– Estrella Veloz, no podemos comenzar todavía- maulló el cuarto gato. Su pelaje de un marrón pálido absorbía el gélido resplandor de la luz de las estrellas.- Aún no estamos todos.

Estrella Veloz soltó un bufido impaciente.

– El Clan del Viento tienes mejores cosas que hacer que quedarse aquí sentado en espera de unos gatos que ni siquiera se dignan a aparecer a la hora acordada.

– ¡Mirad!- Estrella Roja señaló la cima de la hondonada con la punta de su cola. La figura de un gato se recortaba contra la pálida luz de la luna. Se mantuvo inmóvil durante un latido y, luego, con un movimiento de cola, se introdujo entre los arbustos. Tras él aparecieron más gatos que inundaron el borde de la hondonada, y las ramas se agitaron a su paso cuando bajaron la pendiente.

– ¡Bien!- maulló Estrella Matinal- ¡Por fin ha llegado el Clan del Cielo!

– Y justo a tiempo- murmuró Estrella Veloz- ¡Estrella Nublada!- gritó en cuanto apareció en el claro el primer gato.- ¿Qué te ha retrasado?

El líder del Clan del Cielo era pequeño para ser un macho y poseía un cuerpo flexible y una cabeza impecable y bien formada. Su pelaje era de color gris claro con retazos blancos que recordaban a las nubes. No respondió a la pregunta de Estrella Veloz sino que se abrió paso entre los gatos hasta llegar la roca, sobre la que saltó para unirse al resto de los líderes.

Tras él no dejaban de salir de entre los arbustos más y más gatos. Un grupo de jóvenes aprendices que permanecían juntos se adelantó un poco con los ojos ensanchados en una mezcla de miedo y nerviosismo.

Les seguían los veteranos del clan y algunos de ellos hasta cojeaban mientras que uno se veía obligado a apoyarse en el hombro de un guerrero.

Dos gatas llevaban cada una entre sus fauces una cría diminuta; junto a ellas tropezaban con cansancio otras tantas crías más

mayores. El resto de los guerreros formaban un círculo protector a su alrededor.

– ¡Por el gran Clan Estelar!- exclamó Estrella Veloz- Cualquiera diría que te has traído a todo tu clan a la Asamblea, Estrella Nimba.

Estrella Nimba sostuvo con calma la mirada interrogante del líder del Clan del Viento.

– Así es- maulló- Si.

– Y en nombre del Clan Estelar, ¿por qué lo has hecho?- preguntó Estrella Abedul.

– Porque ya no podemos seguir viviendo en nuestro territorio- le dijo el líder del Clan del Cielo.- Los Dos Patas lo han destrozado.

– ¿Qué?- Estrella Roja dio un paso adelante- Si es cierto que mis patrullas me han informado de que han visto más Dos Patas en tu territorio y que han oído el estruendo de los monstruos, pero es imposible que lo hayan destruido todo.

– Pues lo han hecho- Estrella Nimba miró al claro como si pudiera ver algo diferente a los arbustos bañados por la luz de la luna- Llegaron con monstruos gigantescos que derribaron los árboles y horadaron la tierra. Todas nuestras presas o han muerto o han huido aterradas. Ahora, los monstruos se agazapan en torno a nuestro campamento a la espera de saltar sobre nosotros. El Clan del Cielo ha desaparecido- se giró hacia los otros líderes para seguir hablando- He triado aquí a mi clan para pediros ayuda. Tenéis que darnos parte de vuestros territorios.

Se alzaron aullidos de protesta entre los gatos reunidos bajo la roca. Al borde del claro, los gatos del Clan del Cielo se juntaron aún más mientras los fuertes guerreros se quedaban a su alrededor como si se preparasen para un ataque.

El primero en responder fue Estrella Veloz.

– No puedes venir aquí y pedirnos parte de nuestro territorio. Ya nos cuesta bastante alimentar a nuestros clanes con las cosas como están.

Intranquilo, Estrella Roja removió sus patas.

– Hay presas de sobra ahora que es la estación de la hoja verde pero, ¿qué pasará cuando llegue la estación de la hoja caída? Para entonces, el Clan del Trueno no podrá permitirse desperdiciar ninguna presa.

– Ni tampoco el Clan de la Sombra- maulló Estrella Matinal mientras se levantaba de su asiento al borde de la roca y se enfrentaba cada a cara a Estrella Nimba para desafiarla con su mirada verde.- Mi clan es el más grande. Necesitamos cada pedacito de tierra para alimentar a nuestros propios gatos.

Estrella Nimba posó la mirada sobre el único líder que no se había pronunciado todavía.

– ¿Estrella Abedul? ¿Qué piensas?

– Me gustaría ayudaros- maulló el líder del Clan del Río- De verdad que sí. Pero el río corre ahora con muy poca agua y resulta más difícil que nunca conseguir peces de sobra. Además, los gatos del Clan del Cielo no saben pescar.

– Eso es.- agregó Estrella Veloz- Y solo los gatos del Clan del Viento son los suficientemente rápidos como para atrapar conejos y pájaros en los páramos. Está claro que no hay ningún lugar en nuestro territorio en el que podáis hacer un campamento. Os cansaríais muy pronto de dormir bajo los matojos de aulagas.

– Entonces, ¿qué se supone que debe hacer mi clan?- maulló Estrella Nimba en voz baja.

El silencio se extendió por el claro como si todos los gatos contuvieran el aliento. Fue Estrella Roja quien lo rompió con una

sola palabra.

– Iros.

– Muy cierto- hubo un atisbo de gruñido en el maullido de Estrella Veloz- Abandonad el bosque y buscaos otros lugar bien lejos para que no nos robéis las presas.

Una joven gata de color negro y plateado se levantó en medio del claro.

– Estrella Veloz- dijo- Como tu curandera he de decirte que el Clan Estelar no estará contento si todos vosotros expulsáis al Clan del Cielo. Siempre ha habido cinco clanes en el bosque.

Estrella Veloz bajó la vista hacia su curandera.

– Ala de Alondra, dices conocer la voluntad del Clan Estelar pero, ¿podrías decirme por qué sigue brillando la luna? Si el Clan Estelar no estuviera de acuerdo con la decisión de que el Clan del Cielo debe abandonar el bosque, habrían enviado nubes para tapar el cielo.

Ala de Alondra negó con la cabeza incapaz de dar una respuesta a su líder.

Los ojos de Estrella Nimba se ensancharon de incredulidad.

– En este bosque han vivido cinco clanes desde hace tanto tiempo que nadie lo recuerda ya. ¿Es qué eso no significa nada para vosotros?

– Las cosas cambian- contestó Estrella Roja- ¿Por qué no iba a cambiar también la voluntad del Clan Estelar? Nos ha dado a cada clan las habilidades necesarias para sobrevivir en nuestros propios territorios. Los gatos del Clan del Río pueden nadar muy bien. El Clan del Trueno es experto en acechar a las presas bajo la floresta. Los gatos del Clan del Cielo saltan sobre los árboles porque su territorio no cuenta con mucha espesura. ¿No significa eso que un

clan no pueden vivir en el territorio de los otros clanes?

Un macho delgado con el pelaje del lomo arrugado se levantó de su asiento en la base de la Gran Roca.

– No dejas de decir que el Clan Estelar quiere que haya cinco clanes en el bosque pero, ¿estás seguro de que es eso cierto? Aquí en Cuatro Árboles solo hay cuatro robles. Podría ser una señal de que solo debería haber cuatro clanes.

– El Clan del Cielo no tiene cabida aquí- siseó a su lado un atigrado plateado.- Echémosles de una vez.

Los guerreros del Clan del Cielo se erizaron a la vez y desenfundaron las largas garras curvadas.

– ¡Basta!- gritó Estrella Nimba- Guerreros del Clan del Cielo, no somos unos cobardes, pero esta es una batalla que no podemos ganar. Esta noche hemos visto lo que vale el código guerrero. De ahora en adelante estaremos solos y no dependeremos de nadie más que de nosotros mismos.

Bajó de un salto de la Gran Roca y se abrió paso entre los guerreros hasta que llegó a la altura de una hermosa atigrada de color marrón claro. A sus pies maullaban lastimeramente dos crías diminutas.

– Estrella Nimba- el timbre de la gata era n susurro de angustia.- Nuestros hijos son demasiado pequeño para un viaje tan largo. Si algún clan nos quiere acoger me quedaré aquí con ellos.

Ala de Cernícalo, el curandero del Clan del Trueno, se abrió paso entre dos guerreros del Clan del Cielo al tiempo que ignoraba sus gruñidos, e inclinó la cabeza para olfatear a las crías.

– Todos vosotros seréis bienvenidos en el Clan del Trueno.

– ¿Estás seguro?- le desafió Estrella Nimba- ¿Después de lo que nos ha dicho hoy tu líder?

– Creo que mi líder se equivoca- maulló Ala de Cernícalo.- Pero no condenaría a morir a crías indefensas. Tendrán un futuro en el Clan del Trueno al igual que tú, Vuelo de Pájaro.

La gata de color marrón claro inclinó la cabeza.

– Gracias- y se giró hacia Estrella Nimba con los ojos ambarinos relucientes de pesar.- Parece que es un adiós.

– No, Vuelo de Pájaro- el líder del Clan del Cielo se mostró horrorizado.- ¿Cómo voy a dejarte?

– Debes hacerlo- la voz de Vuelo de Pájaro tembló- Nuestro clan te necesita pero nuestras crías me necesitan a mi ahora.

Estrella Nimba bajó la cabeza.

– Te esperaré.- presionó el hocico contra el costado de Vuelo de Pájaro.- Quédate junto a Ala de Cernícalo. Él encontrará guerreros para que te ayuden a llevarlos al campamento del Clan del Trueno.- y agregó al curandero del Clan del Trueno- Cuídales.

Ala de Cernícalo asintió.

– Por supuesto.

Estrella Nimba señaló con la cola al resto de su clan tras dedicar una última mirada angustiada a su pareja.

– Seguidme.

Los condujo hasta la pendiente pero antes de que pudieran introducirse en los arbustos oyó la llamada de Estrella Roja proveniente de la cima de la Gran Roca.

– ¡Que el Clan Estelar esté con vosotros!

Estrella Nimba se giró y perforó con la mirada al gato al que una vez llamó amigo.

– El Clan Estelar puede ir a donde le plazca- siseó- Han traicionado al Clan del Cielo. A partir de hoy me desentiendo de nuestros ancestros guerreros.- ignoró los jadeos conmocionados que

surgieron a su alrededor y que incluso procedían de su propio clan.- El Clan Estelar ha permitido que los Dos Patas destruyan nuestro hogar. Ahora, mientras vosotros nos expulsáis, nos observan y dejar que la luna siga brillando. Dijeron que siempre habría cinco clanes en el bosque pero mintieron. El Clan Estelar no volverá a mirar a las estrellas.

Se desvaneció entre los arbustos con un último movimiento de cola y el resto de su clan le siguió.

# Capítulo 1

Estrella de Fuego rodeó un avellano y se detuvo para olfatear el aire. Bajo la luz de la luna casi llena pudo ver que se encontraba en las cercanías del arroyo que fluía junto a la frontera con el Clan de la Sombra. Oía su burbujeo tenue y captaba rastros de las marcas olfativas del Clan de la Sombra.

El macho del color de las llamas se permitió un suave ronroneo de satisfacción. Hacía ya tres estaciones que lideraba el Clan del Trueno y creía conocer cada árbol de su territorio, cada zarza y cada sendero diminuto que habían creado en su territorio los ratones y campañoles. Había habido paz desde la aterradora batalla en la que los clanes del bosque se habían unido para expulsar al Clan de la Sangra y a Azote, su líder sanguinario, y los días largos de la hoja nueva y la hoja verde habían traído consigo infinidad de presas.

Pero Estrella de Fuego sabía que se escondía un atacante en algún lugar entre la tranquilidad de la noche. Se obligó a concentrarse con todos los sentidos alerta. Olió a ratón y conejo, el aroma fresco de la hierba y las hojas y, muy tenuemente, el hedor del lejano Sendero Atronador. Pero había algo más.

Algo que no podía identificar.

Levantó la cabeza para inspirar y llevar la brisa a las glándulas olfativas del paladar. Justo en ese momento surgió de pronto una figura oscura de entre la fronda rizada. Estrella de Fuego se giró sobresaltado para enfrentarse a ella pero antes de que tuviera la oportunidad de levantar las patas para defenderse, la figura aterrizó con fuerza sobre sus hombros, tirándolo al suelo.

Estrella de Fuego hizo acopio de fuerzas, rodó sobre la espalda

y estiró las patas traseras para lanzar a su atacante.

Casi podía imaginarse sobre él aquellos amplios omóplatos musculosos, la inmensa cabeza con oscuras franjas atigradas, el brillo ambarino de los ojos…

Estrella de Fuego apretó los dientes y golpeó con más fuerza con las patas traseras. Una pata delantera se abalanzó de pronto sobre él y dio un respingo en espera del golpe.

El peso que lo mantenía inmóvil contra el suelo desapareció de pronto al apartarse de él el gato atigrado con un aullido triunfal.

– Ni siquiera sabías que estaba ahí, ¿verdad?- maulló- Venga, admítelo Estrella de Fuego. No tenías ni idea.

Estrella de Fuego se puso en pie y se sacudió del pelaje las semillas de hierba y los retazos de musgo.

– Zarzo, ¡grandísimo zoquete! Me has aplastado como a una hoja.

– Lo sé- los ojos de Zarzo brillaron- Si hubieras sido un invasor de verdad del Clan de la Sombra ya serías carroña.

– Eso parece- Estrella de Fuego tocó con la punta de la cola el hombro de su aprendiz.- Lo has hecho muy bien, sobre todo al enmascarar así tu olor.

– En cuanto salí del campamento me restregué contra un matojo húmedo de helechos.- explicó Zarzo. Se puso nervioso de pronto.- Estrella de Fuego, ¿he pasado mi prueba?

El líder del Clan del Trueno titubeó al intentar alejar el recuerdo de Estrella de Tigre, el sanguinario padre de Zarzo. No era muy difícil ver en su aprendiz, cada vez que le miraba, los mismos omóplatos anchos, el mismo pelaje oscuro y atigrado y los mismos ojos ambarinos que los del gato que había estado más que dispuesto a matar y traicionar a sus compañeros de clan para convertirse en

líder.

– ¿Estrella de Fuego?- llamó Zarzo.

Estrella de Fuego se quitó de encima las telarañas del pasado.

– Claro que sí, Zarzo. Ningún gato podría haberlo hecho mejor.

– ¡Gracias Estrella de Fuego!- los ojos de Zarzo resplandecieron y la cola salió disparada al aire. Mientras regresaban al campamento del Clan del Trueno echó un vistazo a la frontera con el Clan de la Sombra.- ¿Crees que Zarpa Trigueña estará también al final de su entrenamiento?

Zarpa Trigueña, la hermana de Zarzo, había nacido en el Clan del Trueno pero nunca se había sentido del todo a gusto allí. Era demasiado consciente de la desconfianza que le mostraban los gatos que no eran capaces de olvidar que era hija de Estrella de Tigre. Dejó el Clan del Trueno para estar con su padre cuando este se convirtió en el líder del Clan de la Sombra. Estrella de Fuego no podía evitar pensar que le había fallado a la gata y era obvio que Zarzo la añoraba.

– No sé cómo hacen estas cosas en el Clan de la Sombra.- maulló con cautela- Pero Zarpa Trigueña empezó su entrenamiento al mismo tiempo que tú por lo que ya debería estar preparada para su ceremonia de guerrero.

– Eso espero- maulló Zarzo- Sé que será una gran guerrera.

– Ambos lo seréis- le dijo Estrella de Fuego.

En el viaje de vuelta al campamento Estrella de Fuego no pudo evitar sentir como cada hondonada sumida en las sombras, como cada mata de helechos y cada zarza, ocultaba al brillo de unos ojos ambarinos. A pesar de los crímenes que hubiera cometido Estrella de Tigre siempre se había sentido orgulloso de su hijo e hija y su muerte había sido particularmente cruenta, pues las afiladas garras

de Azote le habían arrebatado de golpe todas sus nueve vidas. ¿Le estaría observando ahora aquel gigantesco atigrado? Desde el Clan Estelar no, desde luego, pues Estrella de Fuego no le había visto en sus sueños; y tampoco Carbonilla, la curandera del Clan del Trueno, había mencionado nunca que se hubiera encontrado con él en las ocasiones en las que compartía lenguas con el Clan Estelar. ¿Había algún otro lugar al que fueran aquellos gatos de corazón gélido que habían estado dispuestos a usar el código guerrero en favor de sus oscuras aspiraciones? Estrella de Fuego esperaba no tener que caminar nunca por él en caso de que existiera un camino tan sombrío. Ni él, ni su vivaz aprendiz. Zarzo brincaba sobre la hierba a su lado, tan nervioso como cualquier cría. Ya se habría librado de la herencia de su padre, ¿verdad?

Zarzo se detuvo con una mirada seria cuando descendían por el barranco en dirección al campamento.

– ¿De verdad ha ido bien mi prueba? ¿Soy lo suficientemente bueno como para…?

– ¿Cómo para ser un guerrero?- adivinó Estrella de Fuego- Si, lo eres. Mañana celebraremos tu ceremonia.

Zarzo inclinó respetuosamente la cabeza.

– Gracias, Estrella de Fuego.- maulló- No te defraudaré.

Sus ojos brillaron; dio un repentino salto en el aire y atravesó a la carrera el resto del barranco para esperarle junto a la entrada del túnel de aulagas. Estrella de Fuego le contempló, divertido. Aún recordaba el tiempo en el que parecía tener demasiada energía como para contenerla en sus cuatro patas, cuando parecía que podía correr por el bosque eternamente.

– Será mejor que duermas un poco- le advirtió cuando llegó a la altura del aprendiz.- Vas a tener que guardar vigilia mañana a la

noche.

– Si estás seguro, Estrella de Fuego…- dubitativo, Zarzo arrastró las patas por la tierra arenosa- Puedo ir a buscarte algo de carne fresca antes.

– No, vete.- le dijo su líder- Estás tan nervioso que no te darías cuenta si te come un zorro.

Zarzo agitó la cola y se introdujo en el campamento por el túnel hecho un manojo de nervios.

Estrella de Fuego se entretuvo un tiempo a las afueras del campamento y se acomodó sobre una roca plana con la cola enroscada en las patas. No oía más que el suave susurro de las hojas movidas por la brisa y el diminuto rasgueo de las presas bajo la floresta.

La batalla contra el Clan de la Sangre había acabado arrojando su sombra sobre todos los clanes; a pesar de que ya había pasado más de una estación, todo gato en el bosque seguía saltando en cuanto chasqueaba una ramita y expulsaba a los extraños como si su vida dependiera de ellos. Incluso tenían miedo de acercarse demasiado al Poblado de los Dos Patas, en caso de que hubiera allí escondido algún superviviente del Clan de la Sangre. Pero el Clan del Trueno prosperaba ya, después de cinco lunas. Y al día siguiente tendría un nuevo guerrero y Zarpa Orvallo, Zarpa Hollín y Zarpa Acedera, los aprendices, avanzaban satisfactoriamente tras tres meses de entrenamiento. Con el tiempo, también ellos se convertirían en buenos guerreros, pues estaban destinados a serlo si se tenía en cuenta quien era su padre. Le recordaban cada día a su primer lugarteniente, a Tormenta Blanca, quien había muerto combatiendo contra Hueso, el feroz lugarteniente del Clan de la Sangre. Aún lamentaba la muerte del viejo guerrero blanco.

Perdido como estaba en los recuerdos de su viejo amigo, Estrella de Fuego tardó un tiempo en darse cuenta de que oía un tenue sonido: las pisadas de un gato que caminaba suavemente entre la floresta. Se levantó de un salto y miró a su alrededor, pero no vio nada.

Apenas se había vuelto a sentar cuando volvió a escuchar el sonido. Esta vez, Estrella de Fuego giró la cabeza a tiempo de ver la figura clara de un gato que se encontraba un poco más arriba del barranco.

¿Estaré soñando? ¿Tormenta Blanca ha dejado el Clan Estelar para visitarme?

Pero ese gato era más pequeño que Tormenta Blanca y su pelaje era gris con manchas blancas. Le miró directamente con uno ojos oscuros y ansiosos, como si intentara decirle algo.

Estrella de Fuego no le había visto nunca. ¿Podía ser un proscrito? O peor, ¿podía haberse recuperado el Clan de la Sangre de la derrota y haber vuelto para invadir el bosque?

Se levantó de un salto y corrió barranco arriba hacia el extraño. Pero en cuanto empezó a moverse, se desvaneció y no fue capaz de encontrarlo cuando buscó entre las rocas. Ni siquiera quedaban sus huellas pero, cuando olfateó el aire, captó el efímero rastro de un olor desconocido casi sepultado bajo los olores del Clan del Trueno que provenían del campamento.

Despacio, Estrella de Fuego volvió sobre sus pasos y se sentó otra vez en la roca. Mientras observaba las sombras mantenía ahora todos sus sentidos alerta.

Pero no volvió a saber del extraño gato gris.

# Capítulo 2

Las nubes se amontonaron sobre la cabeza de Estrella de Fuego y bloquearon las estrellas mientras esperaba a ver si volvía el gato. Unas gotas gigantescas golpetearon las rocas del barranco y, pronto, se convirtieron en una llovizna constante. Estrella de Fuego entró al campamento por el túnel de aulagas y corrió por el claro hasta su guarida al pie de la Peña Alta.

La guarida estaba seca al otro lado de la cortina de líquenes. Un aprendiz había cambiado su lecho y había apilado musgo fresco y helechos hasta formar un montón suave. Estrella de Fuego se sacudió el agua del pelaje y se aovilló con la cola enroscada sobre la nariz. La lluvia que tamborileaba afuera de su guarida lo arrulló hasta que se quedó dormido.

El sonido de la lluvia se disolvió y Estrella de Fuego abrió los ojos, helado hasta el hueso. Su cómodo lecho se había desvanecido junto con el conocido olor del Clan del Trueno. Estaba rodeado por una densa niebla pegajosa. Se arremolinaba a su alrededor para levantarse de vez en cuando y revelar tras ella trozos de páramo desolado. Bajo las patas notaba hierba dura y punzante. Al principio creyó que se encontraba en el territorio del Clan del Viento y luego, se dio cuenta de que no había visto antes ese lugar.

– ¿Jaspeada?- le dijo a la niebla- ¿Estás ahí? ¿Es que el Clan Estelar tiene algún mensaje para mí?

Pero no había ni rastro de la hermosa gata tricolor que había sido la curandera del Clan del Trueno. Solía visitar a menudo a Estrella de Fuego en sueños, pero ahora no era capaz de captar ni siquiera un leve resquicio de su dulce olor.

En su lugar sí que oía un sonido muy tenue, tan lejano que era incapaz de saber qué era. Prestó más atención y se quedó congelado desde las orejas hasta la cola al escuchar un salvaje gemido sin palabra, el atroz sonido de muchos gatos aterrorizados. Se envaró, preparado para huir con ellos aunque solo veía formas difusas a pesar de que los chillidos se volvieron más fuertes. Parecían avanzar a través de la niebla hacia él solo para desvanecerse después antes de que pudiera verlos adecuadamente. El olor de muchos gatos desconocidos flotaba en el aire.

– ¿Quiénes sois?- les dijo- ¿Qué queréis?

Pero no hubo respuesta y, pronto, el gemido agudo se convirtió en silencio.

Estrella de Fuego dio un salto cuando algo le tocó el costado. Se despertó y vio la cálida luz amarillenta del sol que se colaba oblicuamente por la entrada de su guarida y resplandecía sobre el pelaje de color naranja claro de Tormenta de Arena, su pareja.

– ¿Estás bien?- le preguntó- Te retorcías en sueños.

Estrella de Fuego dejó escapar un gruñido al sentarse. Sus músculos parecían estar tan rígidos como si hubiera caminado de verdad por aquel páramo baldío.

– Era solo un sueño- murmuró- Se me pasará.

– Mira, te he traído algo de carne fresca.- empujó hacia él el cuerpo inerte de un campañol- Acabo de volver de una patrulla de caza.

– Gracias- el campañol debía haber sido cazado hacía poco pues su olor dulce le hizo salivar y notó el estómago vacío por el hambre. Agachó la cabeza y devoró la presa en unos pocos bocados rápidos.

– ¿Ya estás mejor?- preguntó Tormenta de Arena con un brillo travieso en sus ojos verdes.- Eso te enseñará a no dejar que los

gatos más jóvenes salten sobre ti.

Estrella de Fuego tocó la punta de su oreja con la cola. Era obvio que la noticia de la exitosa prueba de Zarzo se había extendido por el campamento.

– ¡Ey! Sabes que no soy tan viejo, ¿verdad?- las húmedas sombras de su sueño comenzaban a disiparse con la brillante luz del día. Salió del lecho y se acicaló con rapidez- ¿Sabes si ya han regresado todas las patrullas?

– Acaba de llegar la última- una sombra bloqueó la entrada de la guarida y Estrella de Fuego levantó la mirada para ver a Látigo Gris, su lugarteniente, de pie justo a las afueras.- Las patrullas de caza han cazado tantas presas que Espinardo se ha llevado a los aprendices para recogerlas. ¿Por qué? ¿Los necesitas?

– Ahora mismo no, pero me gustaría saber de qué han informado- contestó Estrella de Fuego. Invitó al guerrero gris a que entrara con la cola. Al recordar al gato desconocido que vio en el barranco la noche anterior, decidió preguntarle con cierta cautela- ¿Ha visto alguien muestras de que haya proscritos en nuestro territorio?

Látigo Gris negó con la cabeza.

– Ni un solo rastro. Todo parece en calma ahí fuera.- preocupado, entrecerró los ojos.- ¿Hay algo que te preocupe, Estrella de Fuego?

Estrella de Fuego dudó. Su viejo amigo le conocía lo suficiente como para saber cuando tenía algo en mente. Pero no creía que aquel fuera el momento para compartir su sueño o la visión del gato en el barranco. No tenía mucho de lo que partir; su melancolía solitaria en relación con Estrella de Tigre y Tormenta Blanca podía haberle hecho ver cosas entre las sombras.

– No, estoy bien- respondió al tiempo que alejaba al gato desconocido de sus pensamientos- Zarzo hizo una prueba impresionante anoche. Saltó sobre mí en la frontera con el Clan de la Sombra. Vamos- le maulló a Látigo Gris y Tormenta de Arena- Quiero celebrar la ceremonia de guerrero en cuanto regresen los aprendices.

Los condujo fuera de la guarida y saltó sobre la Peña Alta. La lluvia había cesado y, por encima de los árboles, el cielo azul estaba surcado por rápidas nubes blancas. La luz del día se reflejaba en los charcos y le cegaba, y la barrera de espinos que recorría el campamento brillaba por las gotas de lluvia. Espinardo aparecía en ese momento por el túnel de aulagas con Zarpa de Hollín, su aprendiz, justo detrás, y ambos gatos transportaban carne fresca. Poco después apareció Nimbo Blanco con Zarpa Orvallo y Zarpa Acedera.

Estrella de Fuego emitió un aullido.

– Que todos los gatos lo suficientemente mayores como para capturar sus propias presas se reúnan aquí, bajo la Peña Alta, para una reunión del clan.

Le inundó el orgullo al ver como se amontonaba su clan bajo la roca. Los tres aprendices más jóvenes corrieron desde el montón de carne fresca para sentarse cerca de la base de la Peña Alta.

Conversaron animadamente, quizá imaginando cómo sería el momento en el que ellos también se convertirían en guerreros. Cola Pintada condujo al resto de veteranos desde su guarida bajo la carcasa quemada de un árbol. La curandera, Carbonilla, apareció por el túnel de helechos que llevaba hasta su guarida y cojeó por el claro hasta sentarse junto a Fronde Dorado, Sauce y Musaraña.

Estrella de Fuego vio salir a Centella de la maternidad. De

aprendiz había sido herida por una manada de perros que le habían arrancado parte de la cara. Estrella de Fuego pensó que nunca antes la había visto tan feliz, con la tripa abultada por las crías que pronto daría a luz. Caminó lentamente por el claro hasta unirse a Nimbo Blanco, su pareja, que se encontraba cerca del montón de carne fresca. El guerrero blanco tocó cariñosamente su oreja con la cola.

Tras ella vino Fronda con sus dos crías que salieron a la carrera en dirección al charco más cercano entre chillidos de excitación.

– ¡Pequeño Topo! ¡Pequeño Zanco! Venid aquí ahora mismo.- les regaño Fronda.

Ambas crías se sentaron al lado del borde del agua aunque no dejaban de lanzar miradas a su madre y de toquetear la superficie con las patas. Estrella de Fuego observó, divertido, como Manto Polvoroso, su padre, se acercaba a ellos y les decía algo con timbre severo antes de ir a sentarse junto a Fronda. Una diminuta pata salió disparada otra vez antes incluso de que transcurriera un latido de corazón.

– ¡Pequeño Zanco!- le llamó Manto Polvoroso en voz tan alta que lo oyó Estrella de Fuego.- ¿Qué te acabo de decir?

Las dos crías miraron a su padre antes de poner pies en polvorosa con las pequeñas colas erectas. Pequeño Topo no tardó en encontrar una bola de musgo mojado que había en el suelo. Se la lanzó a su hermano agarrándola con una pata; Pequeño zanco se agachó y el musgo pasó sobre su cabeza golpeando a Cola Pintada directamente en el pecho. La veterana atigrada se levantó de un brinco mientras se sacudía el pecho con una pata y emitía un furioso siseo. A pesar de que Cola Pintada pudiera ser un poco cascarrabias, Estrella de fuego sabía que jamás haría daño a una cría, pero ni Pequeño Zanco ni Pequeño Topo estaban tan seguros de

ello.

Se agacharon contra el suelo y retrocedieron hasta sentarse al lado de su madre y de su padre.

Estrella de Fuego se perdió el momento en el que Zarzo salió de la guarida de los aprendices y ahora se acercaba a la base de la roca. Como Estrella de Fuego era su mentor, le correspondía acompañarle en su ceremonia de guerrero a Látigo Gris, el lugarteniente. Se había acicalado el pelaje marrón hasta conferirle un lustre brillante, y sus ojos ambarinos y solemnes no se apartaban del líder.

Estrella de Fuego saltó de la Peña Alta para reunirse con él.

De cerca se fijó en que la expresión seria de Zarzo escondía en realidad un nerviosismo casi incontenible. Se dio cuenta de cuanto significaba esa ceremonia para su aprendiz, ¿acaso Zarzo se había planteado alguna vez si sería aceptado como un guerrero pleno en el Clan del Trueno?

Estrella de Fuego convocó las palabras que se habían dicho a todo aprendiz desde hacía incontables estaciones.

– Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno, pido a mis ancestros guerreros que observen a este aprendiz. Ha entrenado duro para comprender los caminos de vuestro noble código y os lo encomiendo a vosotros a su vez.- miró directamente a los ojos de Zarzo y agregó- Zarzo, ¿prometes cumplir el código del guerrero, proteger y defender tu clan aún al coste de tu vida?

– Si- ningún gato podía dudar de la sinceridad de Zarzo.

– Entonces, por el poder del Clan Estelar- continuó Estrella de Fuego- te concedo tu nombre de guerrero: Zarzo, desde ahora en adelante serás conocido como Zarzoso. El Clan Estelar honra tu valor y lealtad y te da la bienvenida como guerrero pleno del Clan

del Trueno.

Los ojos de Zarzoso se ensancharon ante la mención de lealtad y el pelaje de Estrella de Fuego cosquilleó ante el peso del significado que había tras esa palabra. Jamás había dudado de la entrega de Zarzoso para con el código del guerrero, pero si era verdad que se había visto muchas veces luchando por confiar en el hijo de Estrella de Tigre. Vio como unos cuantos de los gatos murmuraban entre sí como si ellos también comprendieran la razón por la que había escogido mencionar la lealtad en la ceremonia de Zarzoso.

Estrella de Fuego apoyó el hocico en la cabeza de Zarzoso tras dar un paso adelante. Notaba como le temblaba el cuerpo al nuevo guerrero. Zarzoso lamió a su vez el hombro de Estrella de Fuego y dio un paso atrás con los ojos brillantes.

– ¡Zarzoso, Zarzoso!

Sus compañeros de clan le saludaron por su nuevo nombre. Era popular en el clan a pesar de ser el hijo de Estrella de Tigre, y muchos gatos se alegraban de que por fin se convirtiera en guerrero.

Estrella de Fuego retrocedió un par de pasos mientras desviaba la mirada hacia un charco a un par de colas de distancia de donde Topillo y Pequeño Zanco habían estado jugando. Tras sus jugueteos, la superficie se había calmado y ahora no era más que un resplandeciente disco plateado en el suelo, que reflejaba una nueve de aspecto curioso…

Estrella de Fuego parpadeó. No era una nube sino la cara de un gato: un gato de color gris claro con el pelaje salpicado de manchas blancas y unos inmensos ojos del tono del agua, que le miraba fijamente. A su alrededor flotó un leve retazo de aquella fragancia desconocida que había olido en el barranco.

– ¿Quién eres?- susurró el líder- ¿Qué quieres?

Topillo se lanzó al aire con un chillidito agudo de alegría y cayó en medio del charco, salpicando a todos los gatos cercanos y diseminando el reflejo en diminutos fragmentos.

Estrella de Fuego levantó la mirada: el cielo sobre el barranco era de color azul y sin rastro de nubes. Un poco avergonzado, miró a su alrededor con la esperanza de que ninguno de sus compañeros le hubiera visto hablándole a un charco. Pero a pesar de ver a los gatos que seguían amontonándose alrededor de Zarzoso no pudo sacarse de la cabeza la cara del gato.

Estrella de Fuego condujo a la patrulla nocturna hasta los Pinos Altos y el Poblado dos Patas, pues seguía preocupado por los problemas que pudiera causar el Clan de la Sangre en esa zona del territorio. Ya había caído la noche cuando sus compañeros y él regresaron. Al emerger del túnel de aulagas se encontró con Zarzoso que estaba sentado y solo el medio del claro.

– Tiene que estar agotado- murmuró Tormenta de Arena con compasión.- Se quedó hasta tarde ayer contigo mientras hacía su prueba y ha estado cazando toda la tarde con Cenizo y Látigo Gris.

– Estará bien- contestó Estrella de Fuego- Todos los guerreros recién nombrados guardan vigilia su primera noche.

– Y así el resto podemos tener una noche de descanso reparados- El otro miembro de la patrulla, Nimbo Blanco, se estiró y bostezó.

Estrella de Fuego caminó por el claro hacia Zarzoso mientras su pareja y su pariente se dirigían al montón de carne fresca.

– ¿Va todo bien?- le preguntó.

Zarzoso asintió; según la tradición, un guerreo recién nombrado tenía que guardar vigilia silenciosa. No cabía duda de que estaba lleno de orgullo y de que se tomaba sus nuevas responsabilidades

muy en serio.

– Bien.- maulló Estrella de Fuego- No dudes en buscarme si hay problemas.

Zarzoso asintió otra vez y fijó la mirada en la entrada del túnel de espinos. Estrella de Fuego le dejó solo y regresó a su guarida. Se ovilló en su lecho pero en cuanto cerró los ojos volvió a encontrarse en aquel páramo cubierto de niebla mientras en sus orejas resonaban los lamentos de los gatos. ¡No! No podía perder otra noche escuchando su horror sin ser capaz de hacer nada.

Obligándose a despertarse, Estrella de Fuego salió tambaleándose al claro. Zarzoso seguía guardando vigilia solitaria mientras Tormenta de Arena se encaminaba hacia la guarida de los guerreros. Cambió de dirección en cuando vio a Estrella de Fuego.

– ¿Pasa algo?- preguntó- ¿No puedes dormirte?

– Solo estoy algo intranquilo- contestó Estrella de Fuego que se mostraba reticente a contarle su sueño incluso a Tormenta de Arena.- Voy a dar una vuelta.- de pronto deseó contar con la calidez de su compañía- ¿Quieres venir conmigo?

Estaba seguro de que la desesperación tenía que reflejársele en los ojos pero Tormenta de Arena se limitó a asentir. Cruzó el campamento a su lado y le siguió por el túnel de aulagas. Estrella de Fuego dejó que sus patas le llevaran sin decidirlo conscientemente a las Rocas Soleadas, ese grupo de suaves rocas grises que se encontraban al lado del río que separaba el territorio del Clan del Trueno del territorio del Clan del Río.

Se subieron a una de las rocas y se sentaron uno al lado del otro al tiempo que observaban las aguas pasar con un susurro y cruzadas por la luz de las estrellas.

Tormenta de Arena rompió el silencio poco después.

– ¿Estas preocupado por Zarzoso? ¿Preocupado por si has hecho lo correcto al convertirle en guerrero?

La pregunta sobresaltó a Estrella de Fuego. ¿Es que sus compañeros de clan pensaban aún que desconfiaban de Zarzoso por quien fue su padre? A la sorpresa le siguió el sentimiento de culpabilidad al darse cuenta de que no andaban muy errados.

– No- respondió e intentó que su voz se mantuviera firme.

– Zarzoso no es el mismo gato que su padre.

Tormenta de Arena no le presionó más para que le dijera que era lo que tenía realmente en mente, para su gran alivio. La gata se contentó con apoyar la cabeza sobre su hombro y su esencia le envolvió mientras ambos contemplaban el río que reflejaba la luz de las estrellas.

Estrella de Fuego era consciente de que su contacto debería aliviarle, pero no era capaz de sacarse de la cabeza lo lamentos de los gatos aterrorizados, ni olvidar el reflejo que había visto en el charco. Bajó la vista hacia el río, hacia el agua agitada que se derramaba sobre las rocas medio hundidas… no, se dio cuenta de que no eran rocas y su pelaje se erizó de miedo. Eran gatos, gatos que nadaban desesperadamente y que revolvían el agua con sus patas mientras la corriente arremolinada arrastraba sus cuerpos empapados.

Parpadeó y la visión desapareció. Todo cuando veía era el rio que recorría su camino eterno con la titilante luz de las estrellas atrapada en sus profundidades.

¡Gran Clan Estelar!, pensó, ¿qué me está pasando?

# Capítulo 3

Estrella de Fuego durmió mal a la noche a pesar de que no volvió a soñar, y seguía cansado cuando salió a la mañana siguiente de su guarida.

Parpadeó bajo la intensa luz del sol y vio como Cenizo atravesaba el claro en dirección a Zarzoso.

– Tu vigilia se ha acabado.- le oyó maullar Estrella de Fuego- Vamos; te buscaré un lugar donde dormir.

Ambos desaparecieron en la guarida de los guerreros mientras Estrella de Fuego cruzaba el claro y se deslizaba por el túnel de helechos que conducía a la guarida de Carbonilla.

La curandera de pelaje gris estaba sentada a las afueras de la grieta de la roca y daba la vuelta con una pata a algunas hierbas.

Centella estaba sentada a su lado y agachó la cabeza para olfatear las hojas con interés.

– Esto es borraja.- le explicó Carbonilla- Tienes que empezar a comerla ya para que tengas mucha leche cuando lleguen tus crías.

Centella devoró las hojas de un lengüetazo y retorció el gesto al tragarlas.

– Son más amargas que la bilis de ratón. Aunque no me importa- se apresuró a agregar- Quiero hacer lo mejor para mis hijos.

– Lo harás bien- le aseguró Carbonilla- Vuelve todas las mañanas a por hierbas y llámame en cuanto creas que vienen las crías. Me parece que ya no falta mucho.

– Gracias, Carbonilla.- Centella agachó la cabeza en deferencia a la curandera y atravesó el claro, cruzándose con Estrella de Fuego al final del túnel.

– Asegúrate de descansar lo suficiente- le maulló a la gata mientras esta llegaba al campamento principal.

Carbonilla se sacudió los restos de borraja de sus patas y cojeó por el claro para reunirse con Estrella de Fuego. Hacía ya tiempo que había sido su aprendiza, pero a consecuencia de un accidente junto al Sendero Atronador que le había herido la pata le fue imposible convertirse en guerrero. Estrella de Fuego era consciente de lo duro que tuvo que ser para ella dar por perdido el futuro con el que siempre había soñado; y aún se culpaba por no haberla cuidado mejor.

– Tengo que hablar contigo, Carbonilla- comenzó.

Pero antes de que la curandera pudiera responderle sonó un gemido detrás de Estrella de Fuego.

– ¡Carbonilla! ¡Mira mi pata!

– Gran Clan Estelar, ¿y ahora qué?- murmuró la curandera.

La más pequeña de los aprendices, Zarpa Acedera, entró al claro a trompicones sobre tres patas y con la pata restante sostenida en alto.

– ¡Carbonilla, mira!

La curandera agachó la cabeza para examinar la pata.

Estrella de Fuego veía una espina que se le había clavado profundamente en la zarpa.

– Zarpa Acedera, en serio- maulló Carbonilla- por el jaleo que montas creí que un zorro te había arrancado la pata de un mordisco. Solo es una espina.

– ¡Pero es que duele!- protestó la aprendiza con los ojos ambarinos ensanchados.

Carbonilla chasqueó la lengua.

– Túmbate y mantén la pata en alto.

Estrella de Fuego observó como la curandera cogía profesionalmente la punta de la espina con los dientes y la sacaba de un tirón. Le siguió un borbotón de sangre.

– ¡Esta sangrando!- exclamó Zarpa Acedera.

– Por supuesto- coincidió con calma Carbonilla- Dale una buena lamida.

– A todas horas hay gatos con espinas clavadas- le dijo Estrella de Fuego a la aprendiza mientras esta pasaba la lengua con fruición sobre la zarpa.- Y seguramente se te claven más antes de que seas una veterana.

– Lo sé- Zarpa Acedera se levantó de un salto- Gracias, Carbonilla. Ya está mejor, así que voy a volver con los demás. Estamos entrenándonos en la Hondonada Arenosa- le brillaron los ojos y flexionó las garras- ¡Tormenta de Arena va a enseñarme a luchar contra los zorros!

Salió disparada por el túnel de helechos sin esperar respuesta.

Los ojos azules de Carbonilla resplandecieron.

– Tormenta de Arena sí que va a estar ocupada con esa jovencita- comentó.

– Tu misma estás tremendamente ocupada- maulló Estrella de Fuego- ¿Siempre es así de movido?

– Que haya tanto movimiento es bueno- contestó Carbonilla- Siempre y cuando no se derrame sangre. Sienta bien ser capaz de usar mis habilidades para cuidar del clan.

Sus ojos brillaron con entusiasmo y Estrella de Fuego recordó una vez más la aprendiza que había sido. ¡Qué guerrero habría resultado ser! Pero el accidente había canalizado, como un límpido y destellante arroyo, toda su energía hacia el camino de los curanderos.

– Vale, Estrella de Fuego- le interrumpió- Tú también andas ocupado así que no has venido aquí solo para cotillear. ¿Qué puedo hacer por ti?

Se encaminó hacia la grieta de la roca con un movimiento de orejas que le indicaba a Estrella de Fuego que la siguiera, y comenzó a recoger los tallos desechados de borraja. Estrella de Fuego se sentó a su lado, de pronto reticente a contarle a nadie las extrañas visiones que había tenido.

– He estado teniendo unos sueños…

Carbonilla le lanzó una mirada fugaz, pues normalmente solo los curanderos recibían sueños provenientes del Clan Estelar; pero había aprendido hacía mucho tiempo que sus ancestros guerreros también solían acudir a Estrella de Fuego.

– No es un sueño del Clan Estelar- continuó Estrella de Fuego- Al menos no me lo parece.- le describió el páramo sumido en brumas donde le habían rodeado los desesperados lamentos de los gatos. No se atrevía a contarle a Carbonilla lo del gato gris que había visto en el barranco mientras estaba despierto, ni lo del reflejo en el charco ni los gatos que habían luchado contra la corriente del río. Eran cosas que podían explicarse con muchísima facilidad: formaciones curiosas de nubes, trucos de la luz o el patrón que dibujaba la luz de las estrellas sobre las aguas negras.

Carbonilla terminó de organizar las hierbas y fue a sentarse a su lado con una mirada pensativa.

– ¿Y dices que lo has soñado dos veces?

– Exacto.

– Entonces me parece que no se trata de un pedazo duro de carne fresca atascado en tú estómago- parpadeó un par de veces y agregó- Tantos gatos juntos solo pueden pertenecer a un clan… ¿estás seguro

de que ni era el Clan del Viento?

– Afirmativo. Ese páramo no pertenecía a ninguna parte del territorio del Clan del Viento. Estoy seguro de ello, y tampoco reconocí ninguna voz. Además, no ha habido informes de que el Clan del Viento tenga problemas.

Carbonilla asintió.

– Ni en ningún otro clan. ¿Crees que son recuerdos de la batalla con el Clan de la Sangre?

– No, Carbonilla, lo que oí no eran los aullidos de una batalla. Eran gatos que gemían como si algo fuera terriblemente mal.- Estrella de Fuego se estremeció- Quería ayudarles, pero no sabía qué hacer.

Carbonilla pasó la cola por su hombro.

– Puedo darte unas cuentas semillas de adormidera- sugirió- Al menos eso te ayudaría a dormir.

– Gracias pero no. No es dormir lo que quiero sino una explicación.

Carbonilla no pareció sorprenderse.

– Eso es algo que no puedo darte, o al menos no justo ahora.- maulló- Pero te haré saber enseguida si el Clan Estelar me muestra algo. Y no dudes en venir para contarme si has tenido más sueños.

Estrella de Fuego no estaba seguro de querer hacer eso. Carbonilla ya tenía bastante trabajo sin que tuviera que preocuparse por él.

– Seguramente me esté alterando por nada- le dijo- Estoy convencido de que los sueños se irán en cuanto deje de pensar en ellos.

No había acabado de convencerse a sí mismo y mientras se alejaba por el túnel de helechos seguido por la pálida mirada azul

de la curandera, estuvo seguro de que tampoco había convencido a Carbonilla.

Estrella de Fuego volvió a tener el sueño a la segunda noche de su conversación con Carbonilla. Estaba de pie en el páramo virgen y se esforzaba por reconocer las borrosas figuras que se encontraban a su alrededor aunque nunca lo suficientemente cerca como para verlas con claridad.

– ¿Qué queréis?- les dijo- ¿Qué puedo hacer para ayudaros?

Pero no obtuvo respuesta. Estrella de Fuego comenzaba a sentirse como si estuviera condenado a avanzar eternamente y a trompicones por el páramo envuelto en brumas, sin dejar de llamar a unos gatos que no querían o no podían escucharle.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, el sol ya se había alzado por encima de los árboles. Un viento cálido le agitó el pelo cuando se adentró en el claro. Zarpa Hollín corría por el claro con una inmensa bola de musgo fresco para el lecho de los veteranos.

Fronda y Centella tomaban el sol a la entrada de la maternidad mientras observaban los juegos de lucha de Topillo y Pequeño Zanco.

Estrella de Fuego se envaró al oír un maullido estridente que provenía de las afueras del campamento. En algún lugar de las cercanías un gato parecía sufrir enormemente. ¿Le habían seguido sus sueños al mundo de los despiertos? ¿O seguía durmiendo y atrapado en el mismo sueño?

Obligó a sus patas a que le llevaran por el túnel de aulagas.

Pero antes Nimbo Blanco y Fronde Dorado aparecieron antes de que alcanzara la entrada del campamento, llevando entre los dos a Rabo Largo que mantenía las fauces abiertas de par en par y dejaba escapar altos gemidos de agonía.

El aprendiz de Nimbo Blanco, Zarpa Orvallo, los siguió al interior del campamento con el pelaje erizado por la conmoción.

Rabo Largo mantenía los ojos cerrados; la sangre manaba de debajo de los párpados hinchados y salpicaba todo su claro pelaje atigrado.

– ¡No veo!- se lamentó.

– ¿Qué ha pasado?- ordenó Estrella de Fuego.

– Estábamos cazando- explicó Fronde Dorado- Y Rabo Largo cogió un conejo que se revolvió contra él y le arañó los ojos.

– No te preocupes- intentó tranquilizarle Nimbo Blanco- Te vamos a llevar hasta Carbonilla ahora mismo. Ella se ocupará de ti.

Estrella de Fuego los siguió mientras guiaban a Rabo Largo por el claro y a través del túnel de helechos. Nimbo Blanco llamó a Carbonilla que apareció por la grieta de la roca y cojeó rápidamente hasta Rabo Largo.

– ¿Cómo ha pasado?

Los lamentos del guerrero atigrado se habían convertido en inspiraciones superficiales y costosas. Temblaba con muchísima violencia.

– No veo- susurró- Carbonilla, ¿voy a quedarme ciego?

– No puedo decírtelo hasta que no haya examinado tus ojos- contestó Carbonilla. Estrella de Fuego sabía bien que nunca intentaría reconfortar a Rabo Largo con una mentira- Ven aquí y siéntate entre los helecho para que pueda observarte con propiedad.

Le condujo a una mata de helechos situada justo a las afueras de su guarida. Rabo Largo se dejó caer de lado sin dejar de respirar con dificultad.

– Zarpa Orvallo, trame musgo empapado de agua.- dirigió Carbonilla- y se tan rápido como puedas.- el aprendiz miró a su

mentor y cuando Nimbo Blanco dio su visto bueno se marchó con tanta celeridad que dejó temblando tras él las frondas del túnel.- Los demás podéis iros- agregó la curandera- Y dejad que Rabo Largo tenga algo de paz y tranquilidad.

Nimbo Blanco y Fronde Dorado se giraron para marcharse, pero Estrella de Fuego se acercó a Carbonilla que intentaba calmar a Rabo Largo mediante caricias en su costado.

– ¿Hay algo que pueda hacer?- preguntó.

– Vete con los demás y déjame hacer mi trabajo.- contestó Carbonilla y el tono ácido le recordó a Fauces Amarillas, su mentora. Cuando Estrella de Fuego dio media vuelta, la curandera se acordó de algo.- Espera, puedes preguntarle a Nimbo Blanco si puedo quedarme el resto del día con Zarpa Orvallo. Un aprendiz que lleve y traga cosas sería útil.

– Buena idea- contestó Estrella de Fuego- Se lo diré.

Su corazón se le partía de pesar al pensar en Rabo Largo. La primera vez que Estrella de Fuego llegó al bosque, el guerrero atigrado le había retado, y había estado demasiado cerca de Estrella de Tigre. Pero se había dado cuenta a quien le debía verdadera lealtad cuando los planes del sanguinario lugarteniente salieron a la luz y desde ese momento se había convertido en unos de los guerreros de más confianza de Estrella de Fuego.

Estrella de Fuego vio a Nimbo Blanco y a Fronde Dorado al lado de Centella cuando llegó al claro, y la gata blanca les estaba haciendo preguntas con nerviosismo. Musaraña y Látigo Gris habían salido de la guarida de los guerreros para enterarse de lo que ocurría.

Estrella de Fuego se acercó a Nimbo Blanco y le comunicó la petición de Carbonilla con respecto a Zarpa Orvallo.

– Claro- maulló el guerrero blanco- de cualquier forma será un buen entrenamiento para él.

– ¿Qué le va a pasar a Rabo Largo?- se inquietó Centella.- ¿Se va a quedar ciego de verdad?

– Carbonilla no lo sabe todavía- contestó Estrella de Fuego- Esperemos que el daño no sea tan grave como parece.

– Yo tuve suerte- murmuró Centella para sí misma- Al menos a mi me quedó un ojo.

Estrella de Fuego intentó darles algo con lo que distraerse al ver sus caras preocupadas.

– ¿Qué hay de la patrulla de caza?- preguntó a Nimbo Blanco y Fronde Dorado- Será mejor que sigáis con ella, y yo iré con vosotros. El clan necesita alimento pase lo que pase.

– Yo liderare otra- ofreció Látigo Gris- ¿estás preparada, Musaraña?

La nervuda guerrera marrón asintió con un movimiento de cola.

– Voy a buscar a Manto Polvoroso- maulló.

Estrella de Fuego desvió la mirada por última vez hacia el túnel de helechos cuando la gata se alejó a saltos en dirección a la guarida de los guerreros. En el claro de Carbonilla todo parecía estar en calma por ahora.

– Oh, Clan Estelar- susurró- No permitáis que Rabo Largo pierda la vista.

Aquella noche, Estrella de Fuego se sentía demasiado inquieto como para acomodarse en su guarida. Tenía miedo de que el sueño volviera. Había llegado a temer el páramo desconocido y los gritos de angustia de los gatos a lo que no podía ayudar.

Dio un paseo por el claro y escuchó un susurro proveniente de la guarida de Carbonilla, así que se adentró en el túnel de helecho para

ver de qué se trataba. Rabo Largo estaba tumbado sobre los helechos a las afueras de la roca partida en dos. Tenía los ojos cerrados pero parecía demasiado tenso como para estar dormido. Unas lágrimas pegajosas se escurrían bajo sus párpados.

Carbonilla estaba a su lado y le acariciaba suavemente la frente con la punta de la cola mientras le murmuraba palabras de consuelo, tal y como haría una madre con una cría herida. Levantó la vista al oírle entrar.

– ¿No deberías estar descansando?- le preguntó el macho.

Sus ojos azules brillaron a la luz de la luna.

– Yo podría preguntarte lo mismo.

Estrella de Fuego se encogió de hombros y se sentó a su lado.

– No puedo dormir. ¿Cómo está Rabo Largo?

– No lo sé- Carbonilla toqueteó un puñado de hierbas masticadas que había a su lado, sobre una hoja, y las extendió suavemente por los ojos de Rabo Largo. Estrella de Fuego reconoció el fuerte olor de las caléndulas.- Gracias al Clan Estelar, la hemorragia ha parado.- agregó la curandera- pero sus ojos siguen muy hinchados.

– Estrella de Fuego- Rabo Largo levantó la cabeza aunque mantuvo los ojos fuertemente cerrados.- ¿Qué me pasará si me quedo ciego? ¿Ya no podré seguir siendo un guerrero?

– Np te preocupes por eso- maulló Estrella de Fuego con firmeza.- Siempre habrá un sitio para ti en el Clan del Trueno, pase lo que pase.

Rabo Largo soltó un suspiro largo y volvió a agachar la cabeza.

Estrella de Fuego supuso que aquello lo había relajado un poco y deseó que pudiera ser capaz de dormir.

– Estrella de Fuego, escucha- Carbonilla extendió algo más de la

mezcla de caléndula sobre los ojos de Rabo Largo al hablar- Como tu curandera te ordeno que te vayas a dormir.- y luego agregó con mayor calma- Ese sueño tuyo no va a desaparecer; y lo sabes tan bien como yo. Tienes que averiguar qué significa y la única forma de hacerlo es seguir soñándolo una y otra vez hasta que lo sepas.

Estrella de Fuego titubeó; no estaba muy de acuerdo. Hasta la fecha, soñar no le había servido de mucho.

– Muy bien- maulló al final a regañadientes.- Aunque si el Clan Estelar quiere decirme algo preferiría que fueran más claros.

Regresó a su guarida obedeciendo las órdenes de Carbonilla. Pero en esta ocasión fue capaz de dormir sin soñar nada.

A la mañana siguiente regresó temprano a la guarida de la curandera con una ardilla recién cogida del montón de carne fresca. Encontró a Carbonilla aún al lado de Rabo Largo, que se había ovillado para dormir.

– ¿Has estado ahí toda la noche?- preguntó Estrella de Fuego al arrojar la ardilla al lado de Carbonilla.

– ¿Qué otra cosa podía hacer? Rabo Largo me necesita. No te preocupes, no estoy cansada- se contradijo a sí misma al abrir las fauces en un inmenso bosteza.

– Esta noche me dijiste que me fuera a dormir- le recordó Estrella de Fuego- Ahora, como tú líder de clan, te ordeno que lo hagas tú. No va a servirle de nada a Rabo Largo que su curandera se ponga enferma.

– Pero es que estoy preocupada por él- a pesar de que Rabo Largo dormía, Carbonilla bajó la voz- Creo que tiene los ojos infectados. Las garras de ese conejo debían estar sucias.

Estrella de Fuego se fijó en los ojos cerrados de Rabo Largo. No era capaz de ver diferencia con la noche anterior, pues seguían igual

de rojos he hinchados, y el fluido pegajoso y el cataplasma de caléndula se habían solidificado a su alrededor.

– Eso son malas noticas- maulló- De todas formas, sigo creyendo que necesitas comer algo de carne fresca y, luego, descansar un poco. Voy a enviarte otra vez a Zarpa Orvallo.- persuadió- Puede quedarse vigilando y llamarte en cuanto Rabo Largo se despierte.

Carbonilla se levantó y arqueó durante un tiempo la espalda al estirarse.

– Vale- aceptó- Pero, ¿podrías pedirle a Zarpa Orvallo que antes vaya a recoger algo más de caléndula? Hay mucha en la cima del barranco.

– Siempre y cuando te comas esa ardilla.

Carbonilla se agachó al lado de la ardilla solo para mirar de nuevo a Estrella de Fuego antes de comer.

– Tengo mucho miedo de no ser capaz de salvar la vista de Rabo Largo- confesó.

Estrella de Fuego le tocó con amabilidad la oreja con el hocico.

– Todos los gatos del clan saben que estás haciéndolo lo mejor que puedes. Y Rabo Largo lo sabe el que más.

– ¿Y si eso no es suficiente?

– Lo será. El Clan del Trueno no podría tener una curandera mejor.

Carbonilla suspiró y agitó la cabeza antes de comenzar a devorar la ardilla. Estrella de Fuego sabía bien que gastaba aliento intentando reconfortarla. Si Rabo Largo se quedaba ciego, Carbonilla se culparía a sí misma igual que hizo cuando Corriente Plateada, la pareja de Látigo Gris, murió al dar a luz a sus crías.

Tras apoyar brevemente la cola en el hombro de la curadera, se

marchó a buscar a Zarpa Orvallo.

Estrella de Fuego encabezaba al grupo pendiente arriba en dirección a Cuatro Árboles. Ese mismo día, un poco antes, había llovido y las gotas de agua pendían de su pelaje al atravesar la hierba alta. Pero las nubes ya se habían disipado y la luna llena flotaba en un cielo despejado, rodeada por el brillo del Manto Plateado.

Los guerreros escogidos por Estrella de Fuego para asistir a la Asamblea le seguían de cerca. Zarzoso trotaba junto a su hombro con los ojos brillantes, como si apenas pudiera contenerse para no tomar la iniciativa y correr por la pendiente.

– Cálmate- le maulló Látigo Gris- Ni que fuera tu primera Asamblea.

– No, pero antes era un aprendiz- le recordó Zarzoso- ¿Crees que Estrella de Fuego le dirá a los clanes que me ha nombrado guerrero, Látigo Gris?

Estrella de Fuego le miró por encima del hombro.

– Si, claro que sí.

– Pero no van a creérselo a menos que dejes de comportarte como un aprendiz- le advirtió Látigo Gris al tiempo que golpeaba la oreja de Zarzoso con la cola.

Estrella de Fuego oía ya el murmullo de los muchos gatos que había delante y captó los olores del Clan del Viendo, el del Río y el de la Sombra que se mezclaban en la brisa cálida. Apresuró el paso. Sus sueños seguían llenos de voces desconocidas que se alzaban en miseria, así que sería bueno pasar algo de tiempo entre gatos a los que conocía bien. Quería lidiar con problemas a los que ya se había enfrentado antes en lugar de pujar por descubrir qué era lo que querían de él aquellos gatos extraños.

Sin embargo, en cuanto ascendió por la última pendiente que daba al borde de la hondonada, se detuvo de golpe. Durante un par de latidos de corazón le había parecido ver gatos que corrían hacia él, muchos gatos, casi un clan al completo. Parpadeó y lo siguiente que vio fueron solo sombras.

Pero el olor que había olido en sus sueños flotaba a su alrededor, solo que más fuerte. Tras sus retinas se le había quedado la imagen de orejas aplastadas y pelaje revuelto, como si los gatos huyeran de una Asamblea que hubiera acabado mal.

La visión se desvaneció poco después y Estrella de Fuego se dio cuenta de que Manto Polvoroso le estaba golpeando desde atrás.

– Por el amor del Clan Estelar- gruñó el guerrero marrón y atigrado- ¿tienes que pararte así, de pronto? Cualquiera diría que te has olvidado del camino.

– Lo siento- maulló Estrella de Fuego.

Dio los pocos pasos que le faltaban para llegar a la cima de la hondonada con patas temblorosas. Frente a él, los cuatros grandes robles hacían susurrar sus ramas que provocaban estampados difusos de luz y sombras sobre los gatos del claro. Se detuvo un latido de corazón más de lo normal mientras buscaba rastros de los gatos extraños. Pero nada le decía dónde estaban y no había rastro del guerrero claro que había visto en el reflejo del charco. Alzó la cola para indicar al clan que se adentrara entre los arbustos tras obligarse a concentrarse en la Asamblea.

Zarzoso pasó a la carrera por su lado en cuanto Estrella de Fuego alcanzó el claro, y se detuvo frente a una gata tricolor que estaba sentada unas colas más allá.

– ¡Zarpa Trigueña!- resolló- ¿Sabes qué?

Su hermana le devolvió la mirada.

– ¿Zarpa Trigueña? ¿Y esa quién es? Ahora soy Trigueña, si no te importa.

La cola de Zarzoso se curvó de placer.

– ¿En serio? ¡Eso es fantástico! Yo también lo soy… quiero decir que soy también un guerrero. Mi nombre es Zarzoso.

Trigueña ronroneó y entrelazó la cola con la de su hermano.

– ¡Felicidades!

Justo tras ellos, Látigo Gris saludaba a Borrascoso y Plumosa, su hijo e hija cuyos nombres de guerrero había anunciado Estrella Leopardina, la líder del Clan del Río, en la Asamblea anterior. Borrascoso era un gato musculoso y muy similar a su padre, mientras que Plumosa poseía el suave y hermoso manto gris de Corriente Plateada, su madre.

Tormenta de Arena se acercó sin dudarlo a Vaharina, la lugarteniente del Clan del Río que estaba sentada cerca de la Gran Roca. Ambas gatas se habían hecho amigas cuando Vaharina fue expulsada de su propio clan por Estrella de Tigre y pasó algo de tiempo con el Clan del Trueno.

Al ver que el resto de sus guerreros saludaban a sus amigos de otros clanes, Estrella de Fuego se encaminó a la Gran Roca, donde ya aguardaban Estrella Leopardina, Estrella Negra y Estrella Alta.

Estrella Alta dio un paso adelante cuando Estrella de Fuego saltó a la cima para unirse a ellos.

– Saludos, Estrella de Fuego. Y ahora que ya estamos aquí puede comenzar la Asamblea.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza ante los otros tres líderes mientras Estrella Negra emitía el aullido que decía a los gatos del claro que guardaran silencio.

– Empezaré hablando del Clan de la Sombra.- anunció mirando a

los otros líderes con los ojos entrecerrados, como si fueran a disputarle su derecho a informar primero.

Ninguno intentó contradecirle, aunque Estrella Alta lanzó una mirada a Estrella de Fuego y Estrella Leopardina retorció la punta de la cola, irritada.

– Las presas van bien en el Clan de la Sombra- comenzó Estrella Negra- Y tenemos un nuevo guerrero, Trigueña.

Un coro de aullidos se elevó de entre los gatos de los cuatro clanes al felicitar a Trigueña y decir su nuevo nombre. Estrella de Fuego bajó la mirada y vio a la guerrera tricolor sentada al lado de su hermano y con los ojos resplandecientes de puro orgullo. Aunque no dejó de notar que varios de sus propios compañeros se mantenían en silencio y le dirigían miradas suspicaces, entre ellos la propia lugarteniente, Bermeja. Estrella de Fuego reprimió un suspiro. Estaba claro que algunos gatos del Clan de la Sombra desconfiaban de ella porque había nacido en el Clan del Trueno.

– Hemos vistos más Dos Patas en nuestro territorio- agregó Estrella Negra- Caminan por ahí gritándose unos a otros y, a veces, permiten que sus monstruos abandonen el Sendero Atronador y se internen en los bosques.

– ¿Qué les permiten abandonar el Sendero Atronador?- dijo Vaharina desde abajo- ¿Por qué? ¿Es que están persiguiendo a tus gatos, Estrella Negra?

– No- contestó el líder del Clan de la Sombra- Creo que ni siquiera saben que estamos ahí. No serán un problema siempre y cuando nos mantengamos lejos de ellos.

– Aunque tienen que estar espantando a las presas- le murmuró Estrella Alta a Estrella de Fuego- Tengo bien claro que no quiero a ninguno más en mi territorio.

– Los gatos del Clan de la Sombra son mejores en esconderse que el resto de nosotros- le remarcó Estrella de Fuego.

Estrella Negra retrocedió y dio un empujón a Estrella Alta.

– Vamos, te toca- maulló.

El líder del Clan del Viento agachó la cabeza antes de acercarse al borde de la roca.

– Todo marcha bien en el Clan del Viento- informó- Pata Cenicienta ha tenido una nueva camada de tres crías. Bigote y Enlodado expulsaron a un zorro que pensó que sería más feliz viviendo en los páramos en lugar de en los bosques.

– ¡Y nosotros le hicimos cambiar de opinión con mucha rapidez!- aulló Enlodado, el lugarteniente del Clan del Viento, desde su asiento en la base de la Gran Roca.

– Será mejor que estéis ojo avizor- le comunicó Estrella Alta a Estrella Leopardina.- Pasó a vuestro territorio a la altura del rio.

– Muchas gracias, Estrella Alta- replicó con sequedad la líder del Clan del Río- Justo lo que necesitábamos ahora mismo era otro zorro. Advertiré a las patrullas.

Estrella de Fuego se recordó hacer otro tanto. El territorio del Clan de Río en esa zona era bastante estrecho y si el zorro decidía seguir adelante era fácil que acabara cruzando al del Clan del Trueno.

Mientras lo pensaba, Estrella Leopardina había dado un paso al frente.

– Tenemos más Dos Patas en el territorio, como corresponde a la hoja verde.- maulló.- Traen botes al lago y sus crías juegan en el agua, con lo que asustan a los peces. El río corre bajo en esta estación así que no hay tantos Dos Patas como otras veces. Sin embargo, no tenemos ningún problema para seguir alimentándonos.

Estrella de Fuego se preguntó si aquello sería verdad. Si el agua estaba tan baja no cabía duda de que tampoco habría muchos peces. Pero ese no era el lugar apropiado para comenzar una discusión y sabía que Estrella Leopardina, como todos los líderes, era reacia a confesar que su clan estaba debilitado por el hambre.

– El Clan del Trueno cuenta también con un nuevo guerrero- dijo en cuanto se retiró Estrella Leopardina- Zarzo ha tenido su ceremonia guerrera y ahora su nombre es Zarzoso.

Se elevó otro coro de felicitaciones mientras Zarzoso se sentaba al lado de su hermana y respondía a ellas con una vergonzosa inclinación de cabeza. Mientras esperaba a que el ruido se disipara, Estrella de Fuego decidió no mencionar el accidente de Rabo Largo. Probablemente, Carbonilla ya habría curado los ojos del guerrero para la siguiente Asamblea y podrían olvidarse de todo el asunto.

– Tenemos presas abundantes y no nos molestan los Dos Patas- finalizó.

No ocurría a menudo que una Asamblea acabara tan pronto sin incidentes graves de los que informar a los demás y sin discusiones entre los clanes. Cuando Estrella Negra la dio por finalizada, Estrella de Fuego bajó la mirada a la hondonada. Cada vez resultaba más difícil recordarla como había quedado tras la batalla con el Clan de la Sangre, cuando la hierba se tiñó de rojo y los cuerpos de gatos monteses e invasores del Poblado Dos Patas inundaron todo el claro.

Había perdido ahí su primera vida y visto el difuso contorno de sí mismo que ocupaba su lugar entre los guerreros del Clan Estelar.

Los gatos estrellados le habían conferido el valor para luchar al decirle que siempre había habido cuatro clanes en el bosque y que siempre los habría.

La vida podía seguir así para siempre y Estrella de Fuego encontró aquel pensamiento muy reconfortante. La rutina diaria de las patrullas, el esfuerzo de encontrar presas y entrenar a los aprendices y hasta los peores acontecimientos como la herida de Rabo Largo y sus sueños inexplicables parecían pequeños e insignificantes al lado del eterno discurrir de la vida del clan. Estrella de Fuego formaba parte de una larguísima lista de gatos que respondían a la lealtad por su clan y al código del guerrero. Los cuatro grandes robles continuarían ahí incluso cuando perdiera la última vida, uno por cada clan y hasta que su nombre se perdiera en el olvido.

# Capítulo 4

La Asamblea se había acabado. Estrella de Fuego flexionó los músculos para saltar al claro. Al buscar un lugar donde caer se quedó paralizado, aferrándose a la superficie de la roca con las garras. De pronto, la hondonada parecía más llena de lo habitual. Formas de luz estelar y delgadas se mezclaban con tanta proximidad entre los gatos monteses que sus pelajes se rozaban. Los gatos monteses pasaban a su lado sin prestarles atención y llamaban a sus compañeros para prepararse e irse. Los otros tres líderes saltaron justo al centro de los desconocidos igual que un topillo se lanzaba a un estanque. Estrella Leopardina estuvo a punto de caer sobre un titilante guerrero blanco y se alejó al trote sin siquiera retorcer los bigotes.

Estrella de Fuego se estremeció. ¡Ninguno de ellos podía verlos!

Si mirada se vio atraída por un solo gato de entre la multitud de figuras estrelladas, el gato blanco y gris que ya había visto en dos ocasiones. Miraba fijamente a Estrella de Fuego con las fauces abiertas en una súplica muda, pero Enlodado, del Clan del Viento, pasó por delante antes de que el gato rojizo pudiera decirle nada, y el gato gris y blanco se desvaneció.

Estrella de Fuego supo que aquellos eran los mismos gatos que había visto saltando al río, los mismos gatos que se le habían aparecido indistintamente entre las nieblas de sus sueños. ¿Quiénes eran? ¿Y qué hacían allí?

-¡Eh, Estrella de Fuego!- le llamó Látigo Gris desde el pie de la Gran Roca- ¿Es que vas a quedarte ahí toda la noche?

Estrella de Fuego se sacudió de arriba abajo. No podía seguir

así.

Esos gatos le habían acechado en sus sueños y, ahora, también le perseguían en el mundo de los despiertos. Tenía que averiguar el por qué, y aunque Carbonilla no podía ayudarle había otros gatos que sí.

Saltó hasta donde le esperaba Látigo Gris junto a Tormenta de Arena, Zarzoso y el resto de los guerreros del Clan del Trueno.

. Quiero que tú y Tormenta de Arena llevéis al clan al campamento, Látigo Gris.

– ¿Por qué? ¿A dónde vas?

Estrella de Fuego cogió aire.

– Debo ir a la Roca Lunar. Tengo que compartir lenguas con el Clan Estelar.

Látigo Gris se sorprendió, pero la mirada verde de Tormenta de Arena se cruzó con la de Estrella de Fuego, llena de comprensión.

– Ya sabía yo que te preocupaba algo.- maulló en voz baja al tiempo que restregaba el pelaje contra el del macho- Puede que después de hablar con nuestros ancestros guerreros te encuentres mejor.

– Eso espero- le respondió Estrella de Fuego.

– ¿Voy contigo?- se ofreció Látigo Gris.- El resto del clan no me necesita para volver a casa y nunca se sabe lo que puede esconderse en los páramos. ¿Y si ese zorro ha regresado?

– No, Látigo Gris, pero gracias- maulló Estrella de Fuego- Iré con el Clan del Viento hasta su campamento y, después, estaré a salvo.

– Muy bien- Látigo Gris reunió al resto de los guerreros del clan con un barrido de su cola.- Dile hola de mi parte a Cuervo cuando pases por la granja de Centeno.

– Lo haré.- Estrella de Fuego se giró hacia Tormenta de Arena

para tocarle la nariz con su hocico- Adiós. No tardare mucho.

– Buena suerte- Tormenta de Arena le guiñó un ojo.- Espero que encuentres respuestas. Es como si ya estuvieras muy lejos.

Con un último lametón a su oreja, Estrella de Fuego se introdujo en los arbustos de la cima de la pendiente que daba al lado de la hondonada del Clan del Viento.

Estrella Alta ya conducía a sus gatos hacia el páramo, unas pequeñas figuras oscuras recortadas contra un rayo de la luna. Estrella de Fuego corrió tras ellos hasta que alcanzó al gato en la retaguardia.

– Hola, Bigote- resolló- ¿Puedo viajar con vosotros? Tengo que ir a las Rocas Altas.

– Claro, ¿hay algún problema?

– Nada de lo que preocuparse- contestó Estrella de Fuego mientras albergaba la esperanza de que eso fuera verdad.

Se despidió de los gatos del Clan del Viento en la pendiente que se alzaba sobre la hondonada de su campamento. Alboreaba ya cuando se puso en camino hacia las Rocas Altas, esa picuda masa de rocas negras que destacaba contra el cielo claro. Un viento fresco agitaba la corta hierba punzante y le pegaba el pelaje a los flancos. Arriba, el cielo parecía inmenso pues no había arboles bajo los que refugiarse. Los olores también le resultaban desconocidos, una mezcla de aulaga, brezo y conejos junto al fuerte aroma de la tierra turbosa.

En el camino de Estrella de Fuego se cruzó un pequeño arroyo bordeado de juncos. Saltó sobre él con facilidad y asustó a un conejo que apareció bajo sus patas y huyó pendiente abajo bamboleando su cola blanca.

Las patas de Estrella de Fuego le instaba a perseguirlo, pero no

iba a cazar presas en el territorio de otro clan; además, un líder que se dirigiera a las Rocas Altas para reunirse con el Clan Estelar en la Piedra Lunar no tenía permitido comer durante el camino.

El sol ya había salido para cuando el páramo yermo dio paso a los prados abundantes rodeados de setos y las vallas de los Dos Patas.

Apareció a la vista una guarida Dos Patas y Estrella de Fuego escuchó el ladrido lejano de un perro. Miró a su alrededor con cautela y olfateó el aire, pero el olor a perro era viejo y se recordó que a esas horas todos los perros de granja, a lo que se soltaba por las noches, estarían atados.

Evitó la guarida Dos Patas y se escabulló por la sombra de un seto. Un nuevo olor, más fuerte y fresco que el de perro flotó hasta él: ¡ratas! Estrella de Fuego se detuvo al recordar como, en su primer viaje a las Rocas Altas, Estrella Azul había perdido una vida en una lucha con las ratas justo en ese lugar. Localizó el origen del olor y se dio cuenta de que tenía el viento en contra; con suerte podría pasar sin que las ratas supieran que estaba ahí.

No muy lejos de la guarida Dos Patas se alzaba un granero de piedra áspera. Estrella de Fuego se dirigió hacia allí y se paró frente a la puerta. Por un agujero en su base se deslizaba el fuerte olor a gatos.

Estrella de Fuego sintió crecer un ronroneo en su pecho.

– Hola- maulló- ¿Puedo entrar?

– ¡Estrella de Fuego!- le llegó desde el interior del granero, un maullido de placer acompañado por la cabeza de un gato negro que se asomó por el agujero.- ¿Qué haces aquí?

Estrella de Fuego se deslizó por la puerta y se encontró en medio de los restos polvorientos de la paja que había diseminada por el

suelo del granero. Cuervo, que había sido un aprendiz en el Clan del Trueno la primera vez que Estrella de Fuego llegó al bosque, le saludo efusivamente. El gato negro había averiguado demasiados de los planes de Estrella de Tigre y Estrella de Fuego le ayudó a llegar al granero antes de que el sanguinario lugarteniente lo asesinara para que guardara silencio. Por aquel entonces, Cuervo siempre había sido delgado y muy nervioso, pero ahora era más fibroso y estaba bien alimentado, y su pelaje brillaba bajo la luz del sol que entraba por un agujero en el tejado del granero.

– Me alegra volver a verte- maulló Estrella de Fuego. Su último encuentro había sido en la batalla contra el Clan de la Sangre, cuando el gato negro y Centeno, su amigo, se unieron a la lucha a favor de los gatos monteses.

– Bienvenido- Cuervo entrechocó hocicos con su antiguo compañero de clan- ¿Va todo bien en el Clan del Trueno?

– Muy bien- contestó Estrella de Fuego- Pero yo…

Un saludo proveniente de una nueva voz le interrumpió. Centeno, el gato negro y blanco que compartía el granero con Cuervo, apareció en la cima de un montón de balas de paja y se dejó caer elegantemente al lado de Estrella de Fuego. Era un gato pequeño y enjuto, pero bien musculado aunque su tripa fuera un poco demasiado amplia por todos los ratones que vivían en el granero.

– ¿Quieres cazar?- le ofreció- Hay muchas presas. Coge cuantas quieras.

– Lo siento, pero no puedo- le respondió agradecido Estrella de Fuego. Le salivaron las fauces ante el olor a ratón; incluso era capaz de oír sus chilliditos entre la paja.- Estoy de camino a la Piedra Lunar y no se me permite comer.

– Qué duro- maulló Cuervo- Pero puedes descansar aquí, ¿no?

No hace falta que vayas ahora mismo a las Rocas Altas. Llegarás mucho después de la puesta de sol.

– Gracias. Estoy tan cansado que podría dormirme sobre las patas.

Cuervo le condujo hasta la otra parte del granero donde Centeno y él habían construido sus lechos en el interior de un montón suelto de heno.

Centeno les dejó para que conversaran a solas tras dedicarle un amistoso cabeceo a Estrella de Fuego y salir después del granero.

Estrella de Fuego dio un par de vueltas para crearse un hueco cómodo antes de ovillarse con los tallos de olor dulce cosquillándole en la nariz.

– Y, ¿qué te lleva a la Piedra Lunar?- preguntó Cuervo, aunque se apresuró a añadir- No tienes por qué decírmelo.

Estrella de Fuego dudó. Hasta ese momento, el único gato en el que había confiado había sido Carbonilla, aunque no le había contado todo. De pronto, se dio cuenta del alivio que supondría compartir sus preocupaciones con un gato que no lo veía como a un líder sino como a un amigo.

– He estado teniendo sueños raros.- comenzó y describió a Cuervo la extensión de páramo desconocido y el escalofriante lamento de los gatos perdidos entre la niebla.- Y eso no es todo. También he empezado a ver cosas despierto. Hay un gato, un guerrero gris claro, al que ya he visto tres veces. Y no solo a él, también a un clan al completo que brillaban como las estrellas. Los vi esta noche en la Asamblea pero ningún otro gato supo que estaban ahí. A veces creo que me estoy volviendo loco.

Los ojos verdes de Cuervo se llenaron de preocupación.

– ¿Estás seguro de que no provienen del Clan Estelar?

Durante un latido de corazón, Estrella de Fuego se sintió incómodo al hablar del Clan Estelar con un gato que ya no pertenecía a ningún clan.

– No creas que me he olvidado de mis ancestros guerreros.- remarcó Cuervo como si adivinara los pensamientos de su amigo- ya no asisto a las Asambleas pero hay una parte de mi que siempre será un gato de clan.

Estrella de Fuego parpadeó, comprendiéndole.

– Estoy seguro de que los gatos que he visto no son ninguno de los ancestros guerreros que conozco. No reconocía a ninguno de ellos, ni su olor. No sé quiénes o qué son, o por qué no dejo de verlos. Y eso es lo que me preocupa.

Cuervo agitó la punta blanca de su cola.

– Probablemente el Clan Estelar sea capaz de explicártelo cuando compartas lenguas esta noche. ¿Por qué no duermes ahora para estar preparado?

– Si, creo que lo haré- murmuró Estrella de Fuego- Despiértame al mediodía, por favor.

Con un ronroneo adormilado, se acomodó aún más en su lecho de heno. La luz del sol se combaba en el aire lleno de polvo y las motas bailaban como estrellitas diminutas. Cerró los ojos y cayó en un cálido sueño de olor a heno.

Solo parecieron haber pasado unos latidos de corazón cuando notó el empuje de una pata en su costado. Abrió los ojos y vio a Cuervo inclinado sobre él.

– Ya es mediodía- maulló el gato negro.

Estrella de Fuego se levantó y arqueó la espalda con fuerza. No recordaba la última vez que había dormido tan profundamente. En el campamento del Clan del Trueno, incluso cuando no soñaba con el

páramo, dormía mal desde que vio por primera vez al gato gris claro. Se preguntó si habría dormido tan bien por encontrarse lejos del bosque. ¿Solo podían alcanzarle allí los gatos desconocidos?

Se despidió con rapidez de Centeno y Cuervo. El olor a presas del granero resultaba más atrayente que nunca y no dejaba de recordarle que su estómago estaba vacío. Deseó haberse tomado un tiempo para cazar y comer antes de abandonar Cuatro Árboles, pero ya era demasiado tarde. Dejó el granero y la tentación a su espalda y se encaminó hacia las Rocas Altas.

El sol se ponía ya para cuando alcanzó las estribaciones, cruzó el Sendero Atronador y escalado las pendientes rocosas. El oscuro agujero de la Boca Madre se abría en la ladera de la colina. Estrella de Fuego encontró una piedra plana y se sentó con la mirada fija en los campos Dos Patas y sus guaridas, hasta que cayó la noche y la luna lanzó su luz plateada sobre las rocas picudas.

Aún sentía el terror atenazándole las entrañas al adentrarse en las sombras hambrientas a pesar de que había descendido innumerables veces por el túnel oscuro que conducía a la Roca Lunar. Solo sus bigotes, que rozaban las paredes a ambos lados, y sus patas sobre la dura pendiente descendiente le indicaban hacia dónde ir. Tras dejar atrás la entrada, el aire se enrareció con el olor a polvo y rocas.

Estrella de Fuego se estremeció al pensar en todo aquel peso pétreo sobre su cabeza que presionaba el túnel frágil.

Por fin llegó el momento en el que el aire volvió a ser fresco y le llevó a la nariz los olores del páramo. El túnel desembocó en una gran cueva y atisbó, arriba, el brillo de las estrellas que lanzaban su luz tenue por un agujero del techo. Apenas podía discernir frente a él la figura oscura de la Roca Lunar que se alzaban tres colas del suelo

de la cueva. Con la cola enroscada en las patas, se sentó a esperar.

El cambio llegó con un fogonazo cegador, como si todas las estrellas del Manto Plateado se hubieran derramado a la vez en la cueva. La luna se removió en el celo hasta que su brillo incidió en el agujero del techo; bajo su luz, la Roca Lunar resplandeció como el rocío al proyectar una titilante luz clara en los muros de la caverna y el altísimo techo curvo.

Estrella de Fuego se tumbó frente a la Roca Lunar y se estiró para poder tocarla con el hocico. Un frio helador se apoderó de él desde el morro hasta la punta de la cola y recordó la última vez que había ido allí para recibir sus nueve vidas y su nombre. Parecía haber sucedido hacía muchísimo tiempo. Cerró los ojos y permitió que la oscuridad de adueñara de él.

No sintió nada durante incontables latidos de corazón, solo el viento y los olores de la noche que agitaban su pelaje. El miedo la atenazó las entrañas, pero se negó a retirar el hocico de la gélida roca y apretó los dientes.

Finalmente, sus orejas captaron un leve sonido que fue ganando potencia poco a poco: el susurro de las hojas en la brisa. Abrió los ojos de golpe. Sobre su cabeza se extendían unas ramas enormes, apenas visibles contra el cielo oscuro. No había luna pero las estrellas del Manto de Plata brillaban con fuerza y tan cerca que parecían enredarse entre las hojas.

Estrella de Fuego se levantó y miró alrededor. Volvía a estar en Cuatro Árboles, solo que en esta ocasión el claro se encontraba vacío.

Un fogonazo estelar resplandeció al límite de su visión, tan bajo que no podía proceder del Manto Plateado; se giró bruscamente y vio a una gata de pelaje azulado que salía de entre las sombras. Su

pelaje brillaba con un toque plateado y ahí donde ponía las patas dejaba sobre la hierba un resplandor gélido.

– ¡Estrella Azul!- la euforia envolvió a Estrella de Fuego al ver ante él a la antigua líder del Clan del Trueno.- Me alegra verte. ¿Has venido sola?

Estrella Azul se acercó hasta que Estrella de Fuego vio el profundo brillo de sus ojos azules.

– Sé porque has venido- contestó- y muchos de tus ancestros guerreros no aceptarán que se te den las respuestas a las preguntas que buscas.

Estrella de Fuego se la quedó mirando.

– ¿Quieres decir que el Clan Estelar conoce a los gatos de mis sueños? ¿Provienen también de Clan Estelar? ¿Por qué no les he visto antes? Y, ¿qué quieren de mí?

Estrella Azul pasó la cola por su boca para silenciarlo.

Sus ojos mostraban preocupación. Estrella de Fuego sintió que se encontraba al borde de un oscuro secreto y, de pronto, no quiso saber qué yacía en sus profundidades.

– Estrella de Fuego- el tono de Estrella Azul mostraba duda, titubeo- ¿hay alguna forma de que te vayas sin las respuestas que buscas?

Había una nota de desesperación en sus ojos. Estrella de Fuego estuvo a punto de aceptar la oferta, pero recordó a tiempo porque había ido allí. Si se marchaba sin una explicación, aquellos lamentos aterrorizados le perseguirían en sus sueños para siempre, y podía no haber escape de aquellas visiones llenas de gatos que huían.

– No, Estrella Azul- contestó con calma- Tengo que saber la verdad.

– Muy bien- suspiró Estrella Azul- Los gatos que has visto

pertenecen al Clan del Cielo.

– ¿El Clan del Cielo?- repitió Estrella de Fuego- ¿Y eso que es?

Estrella Azul agachó la cabeza.

– Son… fueron… el quinto clan.

# Capítulo 5

– ¡Pero si siempre ha habido cuatro clanes en el bosque!

– No siempre- respondió Estrella Azul. Tanto su voz como sus ojos se mostraban fríos.- Una vez hubo cinco. El territorio del Clan del Cielo se encontraba rio arriba del Clan del Trueno, ahí donde ahora está el Poblado Dos Patas. Cuando los Dos Patas construyeron sus guaridas, hace muchísimas estaciones, el Clan del Cielo abandonó el bosque. Ya no había sitio para ellos… como tampoco lo hay ahora.

– ¿A dónde fueron?- preguntó Estrella de Fuego.

– No lo sé. Muy lejos de los cielos por los que camina el Clan Estelar.

– ¿El Clan Estelar no intentó encontrarles nunca?- Estrella de Fuego no podía creerse que Estrella Azul pareciera tan indiferente, como si los espíritus de sus ancestros guerreros no se preocuparan por la desaparición de un clan entero.

– Sus propios ancestros guerreros se fueron con ellos- explicó Estrella Azul- No hay ningún motivo por el que el Clan del Cielo no haya podido encontrar otro hogar en algún lugar.

– Entonces, ¿qué es lo que quieren de mí?- preguntó confuso Estrella de Fuego.- ¿Es que intentan decime que quieren volver? ¿Por qué lo harían si ya han encontrado otro hogar?

– No lo sé.- admitió Estrella Azul- Pero desde la primera vez que te vi, tantas estaciones atrás, supe que dejarías tras de ti huellas que serían recordadas tanto tiempo como sobrevivan los clanes guerreros. Puede que el Clan del Cielo las haya visto también. Puede que crean que solo tú puedes ayudarles.

Estrella de Fuego se estremeció.

– ¿Quieres decir que debo encontrar al Clan del Cielo y traerlos de vuelta al bosque?

– No te estoy pidiendo nada parecido- espetó Estrella Azul- ¿Dónde podríamos asentar a otro clan?

– Pero los sueños…- protestó Estrella de Fuego.

– Estrella de Fuego, ¿es que tienes abajas en la cabeza?- la cola de Estrella Azul se agitó violentamente- Eres el líder del Clan del Trueno y tu clan te necesita. Nada en el código guerrero dice que debas ayudar a un clan que ha estado perdido durante tanto tiempo que ya no lo recuerda ningún gato.

Estrella de Fuego estrechó los ojos. Estrella Azul tenía razón al hablarle de sus responsabilidades para con el Clan del Trueno, pero era incapaz de olvidar los lamentos de los gatos del páramo. ¿Si podía hacer algo para ayudarles, como iba a olvidarlos? No eran los sueños de Estrella Azul los que estaban llenos de los gritos de gatos aterrorizados y que huían; no veía la asustada cara suplicante en cada charco de agua.

Y, aún así, la única razón por la que había encontrado el valor para conducir a los clanes del bosque contra el Clan de la Sangre había sido porque había creído a sus ancestros guerreros cuando le dijeron que en el bosque siempre había habido cuatro clanes. El quinto era el Clan Estelar, que los protegía eternamente. ¿Le había mentido el Clan Estelar?

Estrella Azul apoyó la punta de la cola en su hombro y habló con más calma.

– Tus ancestros guerreros siguen cuidándoos, tal y como lo han hecho siempre. Nada ha cambiado. Tu deber es para con tu clan.

– Pero el Clan del Cielo…

– Se ha ido. No hay nada ahí donde solían estar, ni presas ni territorio que aguarde su regreso. El bosque está bien dividido entre los cuatro clanes que quedan.

– Entonces, ¿es voluntad del Clan Estelar que me limite a ignorar a esos gatos?- se enfrentó a ella Estrella de Fuego- ¿No os importa que estén sufriendo?

Estrella Azul parpadeó.

– Hay gatos que dirían que nunca debió haber un quinto clan en el bosque. ¿Por qué, si no, hay solo cuatro robles en Cuatro Árboles si no es para marcar cada uno de los cuatro clanes?

Estrella de Fuego alzó la mirada hacia los inmensos robles y, luego, la bajó para mirar a Estrella Azul. Una furia tan pura como el fogonazo de un relámpago inundó su cuerpo.

– ¿Es que tenéis cerebro de ratón?- le gruñó- ¿Me estás diciendo que el Clan del Cielo tuvo que irse porque no había árboles suficientes?

Los ojos de Estrella Azul se llenaron de perplejidad y consternación. Estrella de Fuego dio media vuelta sin esperar una respuesta y corrió hacia el borde de la hondonada. Los espinos le arañaron el pelaje mientras se adentraba entre los arbustos, pero el dolor no era nada. Desde que llegó el bosque había tenido fe en sus ancestros guerreros.

Pero ellos le habían mentido todo ese tiempo. Parecía que hubiera dado un paso sobre terreno en apariencia firme para encontrarse cayendo en aguas profundas y agitadas.

Se abrió paso por el último arbusto pero en lugar de llegar a la cima de la hondonada se encontró abriendo los ojos en la caverna de la Roca Lunar. Respiraba entrecortadamente. Notaba el pelaje revuelto y despeinado. Sus patas le dolían y, cuando las lamió,

saboreó sangre salada, como si hubiera corrido un largo trecho sobre tierra rocosa.

Muy por arriba, a través del agujero del techo, las nubes habían cubierto la luna y las estrellas. La cueva se encontraba sumida en la más absoluta oscuridad. Estrella de Fuego se levanto y cojeó por el suelo de la cueva, al borde del pánico, hasta que dio con la entrada del túnel. Cuando salió por el otro lado de la cola una brisa firme diseminaba ya las nubes, como si fueran telarañas. Estrella de Fuego solo vio pequeños destellos de la luna, pero las estrellas brillaban otra vez sobre su cabeza.

Se arrastró hasta la roca en la que había esperado antes y se dejó caer con la mirada dirigida al cielo. Ya no veía los ojos amables de sus ancestros guerreros en la luz de las estrellas. Los gritos desesperados del Clan del Cielo perdido y torturado levantaban ecos en su mente. ¿Cómo se supone que voy a ayudarles?

Todos esos gatos deberían estar muertos. Habían huido hacía tanto tiempo que ya no los recordaba nadie. Pero, ¿dónde estaban sus descendientes, el Clan del Cielo aún vivo?

Estrella de Fuego se quedó tumbado sobre la roca hasta que el cielo adquirió el tono claro de la leche, al amanecer. Luego, doloroso paso tras doloroso paso, bajó de la colina y se internó en los campos mientras dejaba atrás los picos desgastados de las Rocas Altas. Aún se sentía agitado por un sentimiento de traición, fuerte como un rio desbordado. Siempre había respetado al Clan Estelar, siempre había confiado en que querían lo mejor para los clanes. Y ahora descubría que también cometían errores como cualquier gato vivo. Si ya no podía confiar en ellos, ¿volvería alguna vez allí para compartir lenguas con sus ancestros guerreros?

Notaba el estómago vació. Al pasar al lado del granero de

Cuervo luchó contra la tentación de visitar a sus amigos y de darse un festín con sus presas y descansar en un suave montón de heno. Pero Cuervo le preguntaría qué le había comentado el Clan Estelar sobre los gatos desconocidos y no sabía que responderle. Cuervo aún se aferraba a su fe en el Clan Estelar aún a pesar de haber abandonado el bosque; ¿podía destrozar esa fe revelándole que sus ancestros guerreros habían mentido, una y otra vez, a todos los gatos del bosque?

Una vez dejó atrás la granja Dos Patas, Estrella de Fuego se detuvo para cazar y golpeó a un ratón desprevenido mientras roía semillas bajo el cobijo de un seto. Apenas bastó para aliviarle el hambre, pero estaba demasiado agotado como para buscar más presas. Se ovilló bajo un zarzal y cayó en un profundo sueño.

Ya casi era mediodía cuando se despertó. Sintiéndose mejor, Estrella de Fuego se puso en marcha otra vez y se escabulló por el borde de un campo en el que crecían tallos de maíz que comenzaban a dorarse bajo el sol. Vio a otro ratón que se deslizaba entre los tallos rígidos, saltó sobre él y lo matón con un rápido mordisco en el cuello.

Devoró los últimos bocados y se dirigió al páramo.

El sol se ponía ya cuando entró cojeando por fin al campamento del Clan del Trueno. Una luz roja bañaba el claro estriado por las sombras de los árboles. Estrella de Fuego dejó escapar un largo y desesperante suspiro. Sentaba bien volver a estar en casa pero, ¿podía seguir adelante como el líder del clan tras saber lo que sabía?

Mientras dudaba a la entrada del túnel, Látigo Gris salió a la carrera de la guarida de los guerreros.

Tormenta de Arena levantó la vista desde donde estaba tumbada,

al lado del montón de carne fresca, y se acercó más despacio.

– ¡Estrella de Fuego, has vuelto!- exclamó Látigo Gris- Me alegra verte.- se detuvo frente a su amigo y agregó con cierto titubeo.- ¿Estás bien?

– Si, no te preocupes- contestó Estrella de Fuego, cada palabra le suponía un gran esfuerzo- Solo estoy cansado.

Tormenta de Arena pasó la cola por su flanco, comprensiva. Sus ojos verdes escudriñaron su cara y supo que la gata vio en ella que no solo le preocupaba el cansancio. Sin embargo, no le preguntó y se limitó a maullar.

– Entonces es hora de que descanses un poco.

– Estrella de Fuego, escucha- agregó Látigo Gris- acaba de llegar la patrulla de la tarde. Creen que el zorro del que hablaba Estrella Alta ha pasado al territorio del Clan del Trueno. O, al menos, han captado un olor fuerte y fresco a zorro en la frontera, no lejos del puente Dos Patas.

Estrella de Fuego cerró con fuerza los ojos en un intento de concentrarse para averiguar lo que aquello significaba para su clan.

– ¿Han seguido el olor?

– Lo han intentado, pero lo perdieron en trozo pantanoso de tierra cerca del arroyo.- Látigo Gris miraba a Estrella de Fuego expectante en espera de que su líder le dijera qué hacer. Su expresión se convirtió en una de alarma al ver que el silencio se alargaba.

Estrella de Fuego parecía luchar contra unos zarzos en su cabeza. Entendía el problema del zorro, pero era como si fuera cosa de otros gato y de otra época y que no tenía nada que ver con él.

– ¿Estrella de Fuego?- murmuró Tormenta de Arena, acercándose hasta compartir el calor de su pelaje.

Los excitados gritos de unas crías trajeron de vuelta a Estrella de Fuego. En el centro del claro, Pequeño Topo y Pequeño Zanco brincaban sobre un montón de musgo.

– ¡Toma esa, Azote!- chilló Pequeño Zanco- ¡Fuera de nuestro bosque!

– ¡Y llévate contigo a tu clan!- Pequeño Topo cayó en medio del musgo con las patas extendidas y diseminando trocitos a su alrededor.

– ¡Ey!- Zarpa Orvallo apareció en la guarida de los veteranos- ¡Acabo de recolectar eso!- protestó- ¿Cómo se supone que voy a preparar los lechos de los veteranos si no dejáis de revolverlo todo?

Las dos crías intercambiaron una mirada y salieron disparados con las colas ondeando en el aire, lado a lado, de vuelta a la maternidad.

Zarpa Orvallo los observó con el pelaje del cuello erizado mientras se marchaban y comenzó a reunir los fragmentos diseminados de musgo.

Ver jugar a las crías le recordó a Estrella de Fuego que la vida de un clan no se basaba solo en el Clan Estelar, o en el código del guerrero. Su deber como líder era cuidar a sus compañeros y asegurarse de que tuvieran unas vidas largas y felices en el bosque.

Se giró hacia Látigo Gris con renovadas energías en sus miembros.

– Vale… El zorro. Dobla las patrullas en esa zona de la frontera. Y dile a las patrullas de caza que se mantengan atentas. No queremos que se asiente aquí.

– Claro- al tomar Estrella de Fuego el control otra vez, Látigo Gris se vio inundado de alivio.- Me aseguraré de que todas las patrullas de mañana estén al tanto.- se encaminó hacia la guarida de

los guerreros.

Tormenta de Arena se quedó junto a Estrella de Fuego.

– Puedes decírmelo, ¿sabes?- dijo en un murmullo.

– Lo sé. Te prometo que lo haré, pero ahora no.

Su pareja asintió.

– ¿Por qué no vas a descansar a tu guarida? Te llevaré algo de carne fresca.

– Gracias, pero antes tengo que visitar a Carbonilla. Quiero ver qué tal esta Rabo Largo.

Mientras Tormenta de arena regresaba al montón de carne fresca, Estrella de Fuego atravesó el campamento oscurecido y se abrió paso por el túnel de helechos hasta la guarida de Carbonilla.

La curandera se inclinaba sobre Rabo Largo y le examinaba los ojos. Cuando Estrella de Fuego saludó, el guerrero atigrado se irguió y se giró hacia él. Estrella de Fuego se detuvo de golpe con el pelaje cosquilleándole de horror. Aunque los ojos de Rabo Largo estaba ya abiertos, también estaban nublados y seguían lagrimeando gotas pegajosas.

– ¿Puedes ver?- se obligó a preguntar Estrella de Fuego al tiempo que reprimía una exclamación de pesar. Eso era lo último que querría Rabo Largo.

– Un poco- contestó Rabo Largo- Pero todo está difuminado.

– Sus ojos siguen infectados- explicó Carbonilla. Parecía exhausta; tenía el pelaje revuelto y sus ojos azules apagado por la derrota.- He probado toda hierba y baya que se me ha ocurrido y nada consigue limpiárselos.- Rabo Largo arañó con la cabeza caída el helecho sobre el que se sentaba.- Solo seré una carga para el clan.- gruñó.

– ¡No!- exclamó Estrella de Fuego- No tolero que digas eso.

Mira a Centella… ha aprendido a luchar solo con un ojo.

– Al menos a ella le queda un ojo bueno- siseó Rabo Largo.- Harías bien en abandonarme en el bosque como carne para los zorros.

– Eso no va a pasar jamás, no mientras yo sea el líder del clan.- siseó a su vez Estrella de Fuego. La furia le embotaba los sentidos, no furia hacia Rabo Largo sino hacia sí mismo por no tener el poder suficiente como para proteger a su guerrero de las consecuencias de la herida. Intentó calmarse y agregó- Además, todavía no has perdido la vista. Carbonilla intentará con fuerza encontrar una hierba que funcione.

– Seguiré intentándolo- prometió Carbonilla. Con un movimiento de cola, pidió a Estrella de Fuego que la acompañara y le condujo por el túnel de helechos.- Será mejor que dejes a Rabo Largo solo por ahora.- aconsejó en voz baja.- Está muy conmocionado y necesita tiempo para hacerse a la idea de que sus ojos podrían no curarse.

Estrella de Fuego asintió.

– Vale.- y añadió en voz alta- No te preocupes por nada, Rabo Largo. Siempre habrá un lugar para ti en el Clan del Trueno. Volveré a visitarte pronto.

Estrella de Fuego seguía abrumado por el pesar cuando regresó al claro crepuscular por el túnel, de pesar y también de ira al pensar que eso podía ocurrirle a uno de sus guerreros. Recordó la vida que le había dado Pinta cuando se convirtió en líder, una vida para proteger, el carió de una madre por sus crías.

Había esperado que aquella vida fuera cálida y amable, pero, en cambio, había entrado en él con el estallido del fuego y el hielo juntos. Sintió la pura necesidad ansiosa de luchar y matar, de

derramar ríos de sangre por proteger a los jóvenes y a los gatos desvalidos. Ahora, el pensar en Rabo Largo y en cómo luchaba contra la pérdida de visión, Estrella de Fuego entendía con mayor claridad aquel instinto. Como líder de un clan, se arrancaría todas las garras por proteger a cualquiera de sus compañeros.

Su guarida bajo la Peña Alta estaba fresca y en silencio.

Tormenta de Arena le había dejado un conejo y se acomodó para comerlo. Ahora, solo, se sentía tan frágil como una hoja caída. Y aún así veía un camino, una forma de cuidar a su clan a pesar de que su fe en el Clan Estelar se hubiera hecho añicos.

Se encontraba cálidamente ovillado cuando una sombra cubrió la entrada de la guarida. Alzó la vista y se encontró con la cabeza y los hombros de Carbonilla que empujaban la cortina de líquenes.

– Rabo Largo está dormido- explicó- Así que pensé que podría aprovechar y preguntarte qué ha pasado en la Roca Lunar. ¿Encontraste las respuestas que buscabas?

– Si, aunque no eran las respuesta que esperaba oír.

Parecía demasiado pronto para comentar lo ocurrido, incluso para mencionárselo a su curandera. Carbonilla no insistió, para su alivio. Entró a la guarida y agachó la cabeza para darle un lametón reconfortante en su oreja.

– Ten fe- le instó- El Clan Estelar nos observa y todo saldrá bien.

Una garra de furia atenazó a Estrella de Fuego. Deseaba contarle que el Clan Estelar les había mentido, que sus ancestros guerreros habían permitido que un clan abandonara el bosque a pesar de todo lo que decía el código guerrero.

Pero no era capaz de envenenar la fe de Carbonilla, de echar bilis

sobre todo cuanto creía. De alguna forma, supo que aquel era su problema y tan solo suyo. Sin la ayuda del Clan Estelar, sin trazos de la confianza en sus ancestros guerreros, tendría que encontrar una forma de lidiar con ello.

# Capítulo 6

El viento azotaba el páramo, disolvía la niebla y Estrella de Fuego vio por primera vez con claridad a los gatos que huían. Seguían el curso de un río; el conocido olor del agua en el aire le dijo que aquel era el río del bosque que conocía aunque, aquí, más allá del territorio del Clan del Viento, fluía con mayor rapidez por entre las colinas.

– ¡Esperad!- les llamó Estrella de Fuego- ¡Gatos del Clan del Cielo, esperadme! He venido a ayudaros.

Corrió por la turba punzante, pero los gatos del Clan del Cielo se alejaron de él, como si no hubieran escuchado sus gritos.

De pronto, una cría cayó al río y su madre soltó un aullido de terror cuando la corriente se le llevó con ella. Un joven aprendiz que se había quedado rezagado fue presa entonces de un zorro. Estrella de Fuego oyó como sus chillidos de horror se interrumpían bruscamente cuando el zorro se dio a la fuga, siempre por delante de un par de guerreros que intentaron darle caza. Una veterana fue

quedándose cada vez más y más atrás; siguió cojeando tras el clan aunque sus patas dejaban regueros de sangre en la hierba. Otro se detuvo de pronto, cayó de lado y no volvió a levantase.

Estrella de Fuego vio al gato gris y blanco a la cabeza del clan viajero. A su alrededor se amontonaban unos guerreros de aspecto delgado y hambriento. A pesar de que Estrella de Fuego era incapaz de darle alcance, sus voces se oían perfectamente.

– ¿A dónde vamos?- maulló uno de ellos- No podemos vivir aquí… no hay presas no un lugar donde establecer un campamento.

– No sé a dónde vamos- contestó el gato gris y blanco- Tenemos que seguir hasta que encontremos algún lugar.

– Pero, ¿cuánto tiempo?- preguntó uno de los otros guerreros y no obtuvo respuesta.

Estrella de Fuego vio como una ligera gata marrón y atigrada se abría paso entre los guerreros hasta alcanzar al gato gris y blanco.

– Déjame hablar con el Clan Estelar- suplicó- Puede que conozcan un lugar.

El gato se giró de golpe hacia ella.

– ¡No, Paso de Faisán!- espetó- Nuestros ancestros guerreros nos han fallado. Para mí, el Clan Estelar ya no existe.

¡Debía ser el líder del clan! Su voz estaba cargada de autoridad y la pequeña atigrada, la curandera del Clan del Cielo, supuso Estrella de Fuego, inclinó la cabeza y no intentó discutir.

Estrella de Fuego volvió a llamar al Clan del Cielo y realizó un último esfuerzo por alcanzarles, pero cada vez se quedaba más y más atrás. La niebla se arremolinó otra vez a su alrededor, separándolo del clan que huían. Al final no pudo dar ni un paso más. Se dejó caer y abrió los ojos para encontrarse en su propia guarida. Poco a poco se dio cuenta de que había otro gato sentado entre las

sombras.

– ¿Tormenta de Arena?- murmuro, ansiando el calor y el alivio de la presencia de su compañera.

El gato se giró hacia él y la luz de la entrada incidió sobre un suave pelaje tricolor.

– ¡Jaspeada!

La antigua curandera del Clan del Trueno se levantó y se acercó a él para tocarle amablemente la nariz con la suya. Estrella de Fuego bebió aquel dulce olor conocido. No podía pensar en ella como uno de aquellos ancestros guerreros que le habían traicionado; no importaba lo que hiciera el resto del Clan Estelar, siempre confiaría en Jaspeada.

Al observar la forma de la cabeza y su fino cuerpo grácil pensó en el gato gris y blanco del Clan del Cuelo que había visto en sus sueños.

– ¿Has venido a hablarme del Clan del Cielo?- le preguntó.

– Si- contestó con seriedad Jaspeada.- Jamás supe que una vez hubo un quinto clan en el bosque mientras viví en el Clan del Trueno. Solo oí su historia después de unirme al Clan Estelar.

– No lo entiendo- Estrella de Fuego arañó, inquieto, un trozo de musgo.- ¿Cómo puede permitir el Clan Estelar que un clan al completo deje el bosque?

Jaspeada se tumbó a su lado. Notó las vibraciones de su ronroneo reconfortante.

– Sé que es duro- maulló- pero el Clan Estelar no puede controlar todo lo que sucede en el bosque. No pudimos expulsar a la manada de perros que os amenazaban, tampoco a Azote y al Clan de la Sangre.

Estrella de Fuego suspiró, lo sabía bien. Pero eso no explicaba

por qué había mentido el Clan Estelar y fingido que el Clan del Cielo nunca había existido.

– ¿Has visto a alguno de los gatos del Clan del Cielo?

Jaspeada negó con la cabeza.

– No caminamos por los mismos cielos.

– Hablé con Estrella Azul- maulló Estrella de Fuego- Me dijo que mi deber es para con el Clan del Trueno. Dijo que no podía hacer nada por el Clan del Cielo. Pero, si es cierto, ¿por qué sigo viéndoles?

– Si el líder del Clan del Cielo se te ha aparecido en sueños- contestó Jaspeada al tiempo que tocaba su hombro con la cola- es porque cree que puedes ayudarles.

– Pero, ¿cómo?- insistió Estrella de Fuego- ¿Qué puedo hacerlo? Todo esto pasó hace muchísimo tiempo.

– La respuesta se te aparecerá- prometió Jaspeada- Ahora, duerme.

Se apoyó contra él y Estrella de Fuego se sumió en un sueño más profundo, reconfortado por su olor cálido. No hubo sueños que perturbaran este descanso.

Cuando Estrella de Fuego se despertó ya brillaba la luz del sol en la guarida.

Jaspeada se había ido aunque captó rastros de su olor entre su lecho. Se levantó y estiró al tiempo que sentía como le inundaba una nueva energía.

Rodeó la Peña Alta y se encontró con que Látigo Gris estaba en el claro principal con varios gatos a su alrededor mientras distribuía las patrullas de caza.

– Nimbo Blanco, puedes ir con Espinardo- le decía al guerrero blanco- ¿A quién quieres como tercer acompañante? ¿A Sauce?

– Iré yo- intervino Estrella de Fuego acercándose a ellos- Parece que hace lunas que no he tenido una buena cacería.

– Gracias- Látigo Gris inclinó la cabeza- En ese caso, Sauce, tu irás con Fronde Dorado y conmigo. Nos acercaremos a Cuatro Árboles a ver si vemos a ese zorro.

Una vez fuera del campamento, Estrella de Fuego permitió que Espinardo tomara la delantera. El guerrero atigrado los condujo por un sendero que llevaba hasta el Poblado Dos Patas. Todo estaba en calma; incluso las presas parecían esconderse. Estrella de Fuego se detuvo y miró entre los árboles a la valla que bordeaba las guaridas Dos Patas y se preguntó si el territorio del Clan del Cielo había estado allí. Sus fronteras no podían haber estado muy lejos, pues los habían expulsado cuando los Dos Patas construyeron sus guaridas. Estrella de Fuego se sobresaltó al darse cuenta de que también construyeron su antigua guarida Dos Patas. Sus patas le cosquillearon el pensar que, una vez, ¡había vivido en una parte del viejo territorio del Clan del Cielo!

Nimbo Blanco y Espinardo desaparecieron entre los árboles en busca de presas. Estrella de Fuego alejó sus pensamientos del Clan del Cielo. Tenía que alimentar a un clan. Abrió las mandíbulas; sus glándulas olfativas se vieron inundadas de un fuerte olor a ratón y vio a la criatura que escarbaba al borde de un zarzal.

Adoptó la posición del cazador y se arrastró posando cada pata en el suelo con la suavidad de una hoja que caía.

Aunque antes de poder llegar a una distancia segura para saltar vio por el rabillo del ojo un borrón blanco. Furioso con Nimbo Blanco por asustarle así, giró la cabeza en su dirección. ¡Vete a cazar tu propia presa! Pero el borrón blanco había desaparecido y solo quedaba un leve rastro de olor ya familiar que le dijo que no

era para nada Nimbo Blanco. El líder del Clan del Cielo había vuelto a cruzarse en su camino.

Estrella de Fuego se incorporó con la cola moviéndose de lado a lado.

– ¿Estás ahí?- le llamó con suavidad- ¿Qué es lo que quieres? ¡Ven y háblame!

No obtuvo respuesta.

El ratón ya había desaparecido para entonces. Estrella de Fuego abrió las fauces e inspiró en un intento de rastrear nuevas presas. Sus orejas se enderezaron para captar el más mínimo sonidos de diminutas patas; en cambio, lo único que oyó fue un furioso aullido y una pelea que se inició de pronto en alguna parte cerca de la valla Dos Patas. ¿Algo, quizá un perro Dos Patas, estaba atacando a sus guerreros?

Corrió entre los árboles hasta llegar al borde del bosque. Cenizo y Zarzoso forcejeaban con un desconocido gato negro y blanco. Zarzoso estaba encima de su espalda al tiempo que arañaba el pelaje del cuello, mientras que Cenizo le mordía con fuerza la punta de la cola.

El gato blanco y negro se retorcía en el suelo y aunque agitaba las patas con furia apenas si tocaba a sus atacantes.

– ¡Fuera!- aulló- Tengo que ver a Colorado… digo, ¡a Estrella de Fuego!

De pronto, Estrella de Fuego reconoció a aquel montón de pelaje blanco y negro desaliñado. No era otro que Tiznado, el minino doméstico que había sido su amigo antes de que Estrella de Fuego abandonara a sus Dos Patas para irse a vivir al bosque.

– ¡Alto!- corrió hasta los gatos que luchaban y agachó la cabeza para dar un duro cabezazo en el flanco de Zarzoso. Este cayó del

lomo de Tiznado con una mirada y un siseo airado que se interrumpió de golpe al darse cuenta de quien había intervenido en la pelea.

– Dejadle en paz- ordenó Estrella de Fuego.

– Pero es un intruso- protestó Zarzoso mientras se incorporaba y se sacudía el polvo del pelaje.

– Un minino doméstico intruso- agregó Cenizo que no daba muestras de querer soltarle la cola.

– No, no lo es- le corrigió Estrella de Fuego- Es un amigo. De todas formas, ¿qué estáis haciendo aquí?

– Somos la patrulla fronteriza- le dijo Zarzoso- Junto a Manto Polvoriento y Musaraña. Mira, ahí vienen.

Estrella de Fuego siguió la dirección en la que apuntaba su cola y vio a los guerreros de más edad que trotaban rápidamente entre los árboles.

– Por el nombre del Clan Estelar, ¿qué pasa?- exigió saber Manto Polvoroso- Con todo ese ruido pensé que os había cogido un zorro.

– No, solo es un minino doméstico- maulló Estrella de Fuego ligeramente divertido ante las indignantes miradas de Zarzoso y Cenizo. – Vale, seguid adelante con la patrulla- agregó.

– Pero, ¿qué pasa con el minino doméstico?- preguntó Cenizo.

– Creo que puedo con él yo solo- maulló Estrella de Fuego- Lo estáis haciendo muy bien, pero recordad siempre que no todo lo que no hayáis visto antes es una amenaza.

Zarzoso y Cenizo siguieron a Manto Polvoroso y a Musaraña cuando reanudaron la patrulla; Zarzoso lanzó una mirada desafiante a Tiznado y seseó.

– ¡En el futuro, mantente lejos de nuestro territorio!

Tiznado se levantó con esfuerzo y observó a sus atacantes. Su pelaje estaba cubierto de polvo y erizado en todas direcciones, aunque no parecía herido.

– Has tenido suerte de que estuviera aquí para salvarte el pellejo- le remarcó Estrella de Fuego cuando la patrulla se desvaneció entre los árboles.

Su viejo amigo soltó un furioso bufido.

– Nunca te entenderé, Estrella de Fuego. ¿De verdad quieres vivir con esos rufianes violentos?

Estrella de Fuego ocultó su diversión. No tenía sentido intentar explicarle que esos rufianes violentos eran guerreros que habían arriesgado la vida a su lado incontables veces.

– Me alegra volver a verte, Tiznado- maulló- ¿Por qué te has adentrado tanto en el bosque? Sabes que es peligroso.

Tiznado evitó su mirada y revolvió la tierra con las patas delanteras.

– ¿Y bien?- intervino Estrella de Fuego al ver que Tiznado se mantenía en silencio varios latidos de corazón.

El minino doméstico parpadeó.

– Yo… Yo… – empezó titubeante- esto, es que tengo miedo de que deba venir aquí y vivir en el bosque contigo.

– ¡Por el Gran Clan Estelar! ¿Qué ha pasado? ¿Es el Clan de la Sangre?- preguntó temeroso Estrella de Fuego.

Tiznado levantó la mirada un instante.

– ¿Quién?

– No importa. Entonces, tus Dos Patas… ¿te han echado?

– ¡No! Mi cuidador siempre ha sido muy bueno conmigo.- Tiznado lanzó una mirada nostálgica por encima del hombro hacia la roca roja de la guarida donde vivían- Es solo que… Bueno, he

estado teniendo sueños raros y recordé que tú mismo me dijiste que estabas teniendo sueños antes de tener que unirte a los gatos monteses.- el horror se reflejó en sus ojos y, a pesar de toda su comprensión, Estrella de Fuego se encontró reprimiendo un ronroneo de diversión, porque su viejo amigo no podía imaginarse nada peor que tener que vivir en un clan. – Pensé que mis sueños significaban que tenía que abandonar a mi cuidador.

Estrella de Fuego pasó la cola por los hombros de su viejo amigo.

– Yo de ti no me preocuparía. Los sueños pueden tener muchos significados y, a veces, un sueño solo es un sueño. Estoy completamente seguro de que no vas a tener que comer huesos.

Tiznado no pareció reconfortado por sus palabras.

– ¡Pero es que esos sueños son terribles!- maulló- No dejo de ver montones de gatos… parecen correr de algo pero nunca soy capaz de ver qué los persigue. Se lamentan y chillan como si estuvieran aterrados o heridos. Y, a veces, veo solo a un gato gris y blanco. No deja de abrir y cerrar la boca, como si intentara decirme algo, aunque no puedo oír lo que dice.

Cada pelo del pelaje de Estrella de Fuego se puso de punta. ¡Tiznado tenía los mismos sueños que él! Pero, ¿por qué? El Clan del Cielo no creería que un minino doméstico podía ayudarles, ¿verdad?

– ¿Qué opinas?- preguntó nervioso Tiznado.- ¿Voy a tener que vivir en el bosque?

Estrella de Fuego supo que tenía que decidir cuento contarle a su amigo.

A pesar de que toda su fe en el Clan Estelar se había tambalead seguía sintiendo cierta lealtad hacia ellos. Al menos, pensó que no

sería adeucado contarle a Tiznado cómo el Clan Estelar había permitido que se expulsara al Clan del Cielo del bosque para mentir luego sobre ello.

Además, ¿cuánto comprendería Tiznado en caso de que intentara explicárselo? No conocía el código del guerrero o como era vivir en un clan.

– No te preocupes por ello- maulló al final- No hay motivo para que abandones a tu Dos Patas.

– ¿Estás seguro?

– Si. Yo mismo sé algo sobre esos sueños y ya estoy intentando averiguarlo todo.

Tiznado se mostró a la vez confuso y aliviado.

– Entonces, creo que lo dejaré en tus patas.

Estrella de Fuego se alegró de que no se le ocurriera preguntar cómo era posible que un gato montés, ni siquiera un líder de clan, podía conocer los sueños de otro gato.

– Te acompañaré de vuelta a la guarida de tus Dos Patas- maulló- Solo por si acaso siguen por aquí esos rufianes violentos.

Tiznado bajó la mirada hacia su pelaje revuelto y le dio un par de rápidos lametones. Estrella de Fuego y él caminaron después entre los árboles. Cuando la valla Dos Patas apareció a la vista, Estrella de Fuego vio a un campañol que correteaba por entre la hierba alta. Realizó un veloz salto y se incorporó con el cuerpo inerte colgando de las fauces; intentó suprimir el estremecimiento de placer que amenazó con recorrer su cuerpo al haber sido capaz de mostrarle a Tiznado sus habilidades de caza.

Los ojos de su amigo se encontraban ensanchados, pero no de admiración.

– ¿Nunca te cansas de tener que cazar tu propia comida?

Estrella de Fuego soltó la carne fresca y diseminó hojas sobre ella para recogerla más tarde.

– No, nunca. Es lo que hacen los guerreros.

Tiznado se encogió de hombros y se encaminó hacia su guarida. Estrella de Fuego vio a otro gato al alcanzarle, una hermosa atigrada marrón que saltó de la valla que bordeaba su antigua guarida Dos Patas. Recordó haberla visto antes, cuando le enseñaba el territorio a Zarzo, su nuevo aprendiz.

– Hola- maulló la gata. Examinó a Estrella de Fuego con sus ojos ambarinos y sin un atisbo de miedo.- Tiznado, ¿quién es este? No le había visto nunca.

Tiznado retorció una oreja.

– Se llama Estrella de Fuego. Vive en el bosque.

– Yo me llamo Hattie- se presentó la atigrada- Nunca había conocido a un gato montés. ¿De qué conoces a Tiznado?

– Le conozco desde que éramos crías- explicó Estrella de Fuego- Antes vivía aquí, en esta guarida Dos Patas.

– ¿En serio? ¡Pero ahora es mi casa!- los ojos de la atigrada se ensancharon- ¿Por qué te fuiste?

– Es una historia muy larga- Estrella de Fuego no esperaba que un minino doméstico, ni siquiera esa atigrada tan animada, entendiera lo que le había impulsado a dejar atrás su vida segura junto a los Dos Patas en pos del peligro y la aventura del bosque.

– Tengo tiempo de sobra- maulló Hattie.

Estrella de Fuego notaba a Tiznado a su lado, tembloroso por la tensión.

– Lo siento- maulló- Quizá en otra ocasión.

Hattie pareció decepcionarse.

– ¿No quieres ver el lugar en el que solías vivir?- maulló

persuasivamente.- Mis Dos Patas desenterraron un arbusto tan viejo que sus raíces se extendían casi por todo el jardín, y han plantado en su lugar unos cuantos árboles perfectos para afilarse las uñas.

Estrella de Fuego estuvo a punto de negarse, pero las palabras no acabaron se salirle. Se mantuvo en silencio y observando la valla. Un arbusto viejo… ¿cómo de viejo? ¿Y si ya se encontraba allí antes de que se construyeran las guaridas Dos Patas? ¿Podía significar eso que ya se encontraba allí cuando el Clan del Cielo vivía en el bosque? ¿Quedaban vivos otros elementos del territorio del Clan del Cielo?

# Capítulo 7

– Estrella de Fuego, ¿qué haces ahí con la boca abierta?- preguntó Tiznado de mal humor.

– Perdón- durante unos instantes, Estrella de Fuego se había internado en el mundo perdido del Clan del Cielo, boquiabierto como si esperara que una presa le saltara directa a las fauces.- Vale- agregó a Hattie- Echaré un vistazo rápido desde la valla.- y murmuró a Tiznado tras alejarle unos pasos con un movimiento de cola- No tardaré. Además, podría ayudarte con tus sueños.

Tiznado dudó y lanzó una mirada nerviosa en dirección a Hattie.

– No temas, no le contaré nada- le prometió Estrella de Fuego.

Saltó para sentarse sobre la valla y bajó la mirada al jardín. Ya recordaba el arbusto: había sido bastante quebradizo y desgreñado, y algunas de sus ramas ya no daban hojas. En el lugar en el que había estado crecía ahora un arbolito joven de tentadora madera oscura y suave; desde su posición sobre la valla vio las mascar de las garras de Hattie que recorrían el tronco.

Hattie saltó a su lado y señaló con la cola.

– Ahí es donde estaba el arbusto y ahí está el árbol para afilar las garras. Y hay otro nuevo junto a la valla de Tiznado que es incluso mejor.

Estrella de Fuego oyó un rasguñar un poco más allá de la valla y Tiznado se aupó para sentarse al lado de Hattie.

– ¿Y bien? ¿Qué ves?- le preguntó en voz baja.

– De momento nada- admitió Estrella de Fuego. Observó las guaridas Dos Patas e intentó imaginarse cómo habría sido esa arte del bosque antes de que cortaran los árboles.

Sus ojos se estrecharon al mirar arriba y abajo la fila de guaridas. La de Tiznado reposaba sobre una depresión suave, más baja que las demás.

Si Estrella de Fuego hubiera liderado un clan en aquel entonces y tuviera que escoger un lugar donde acampar, habría escogido una hondonada protegida quizá con zarzos para mayor defensa, como el del Clan del Viento. Inhaló profundamente y notó como los pelos se le erizaban. ¿La guarida de Tiznado podría estar construida justo encima del antiguo campamento del Clan del Cielo?

Eso explicaría porque había estado soñando tanto con los gatos que huían.

– Tiznado- empezó, interrumpiendo la conversación que tenían su amigo y Hattie sobre hierbagatera- ¿pasa algo si me quedo esta noche contigo?

Sorprendido, Tiznado parpadeó.

– No, claro. ¿Pero no pasará nada con… con los otros gatos de tu Clan?

Su preocupación conmovió a Estrella de Fuego. Puede que Tiznado fuera un minino doméstico, pero seguía siendo un amigo de verdad.

– Estarán bien, te lo prometo. Es solo que cree que podría ayudarme con, ya sabes, lo que hablamos antes.

– Oh, ya veo.- la expresión de Tiznado se tornó en una de alarma

al agregar- Pero no sé si será fácil meterte en la guarida.

– No necesito entrar- le dijo Estrella de Fuego. ¡Qué el Clan Estelar se lo impidiera!- Estaré bien en el jardín, gracias.

El gato negro y blanco asintió.

– Vale. Ven pues.

– Antes tengo que encontrar a mis compañeros y hacerles saber que no volveré esta noche.

Estrella de Fuego bajó de un salto de la valla y se internó en el bosque.

A su espalda escuchó el maullido inquisitivo de Hattie.

– ¿Por qué quiere quedarse en tu jardín Estrella de Fuego? ¿Por qué no quiere quedarse en el mío?

Estrella de Fuego corrió entre los árboles hasta alcanzar el lugar donde había visto a sus compañeros por última vez. Antes de que comenzara a rastrearlos por el olor, Espinardo apareció de detrás de un matojo de zarzos con dos ratones sujetos por la cola.

Dejó caer las presas frente a Estrella de Fuego.

– Creí que habías vuelto al campamento.

– No, ha pasado algo- Estrella de Fuego se negaba a dar más información- No volveré hasta mañana. No es nada grave.- añadió al ver que Espinardo se le quedaba mirando con cara de preocupación- Solo dile a Látigo Gris que está al cargo hasta que regrese.

Estrella de Fuego se despidió y regresó sobre sus pasos entre los árboles hasta las guaridas Dos Patas. No había rastro de Tiznado, pero Hattie seguía sentada donde la había dejado.

– Aún no me has dicho cómo te uniste a tu clan- maulló cuando Estrella de Fuego saltó sobre la valla de Tiznado. Parecía ofendida.- ¿No quieres visitar mejor tu antiguo hogar?

Estrella de Fuego no quería enfadarla y sentía curiosidad por ver

el lugar en el que había pasado sus primeras lunas de vida.

Manteniendo el equilibrio cuidadosamente, caminó por la valla hasta Hattie.

– Muy bien, me quedaré un ratito.

Hattie emitió un chillidito de placer y bajó de un salto al jardín. Estrella de Fuego la siguió y retorció la nariz ante los olores desconocidos. Las flores parecían observarle bajo la luz del sol y la hierba recién cortada le laceraba las almohadillas. Todo parecía a la vez familiar y extraño, como si mirara a través de los ojos de otro gato algo que no había experimentado nunca.

– Ven y afílate las garras- invitó Hattie al tiempo que corría hacia el árbol y se levantaba sobre las patas traseras para pasar las garras por todo el tronco.- Es fantástico- se giró y señaló con la cola- Y ahí está el arbusto al que acuden los pájaros un busca de caracoles. ¿Hacían eso cuando tú estabas aquí?

– Si- contestó Estrella de Fuego mientras perseguía el vago recuerdo,- ¿Has intentado atrapar uno alguna vez?

Hattie retorció la nariz con desagrado.

– ¿Por qué iba a querer hacer eso? Habría mucha sangre y plumas por todas partes… ¡puaj!

Estrella de Fuego se tragó una respuesta ácida. Un minino doméstico jamás comprendería que un pájaro, aunque fuera el zorzal más escuchimizado y duro, podía ser lo único que mantuviera alejado de la inanición a un gato de clan.

– Yo solía acechar a los pájaros.- puntualizó a la vez que caminaba hasta el arbusto y se introducía bajo las ramas- Aunque nunca atrapé ninguno. Eran demasiado rápidos. Aprendí a cazar presas cuando me fui al bosque.

– No entiendo por qué te dejaste a tu amo- maulló Hattie,

acercándose para sentarse a su lado.- Ellos…

Se interrumpió ante el sonido de unos pasos que se acercaban.

Estrella de Fuego se incorporó con un giro brusco y vio a su antiguo Dos Patas que caminaba por el camino que rodeaba uno de los lados de la guarida. Llevaba a una cría, una hembra que se tambaleaba sobre unas robustas piernas inestables y que se aferraba con una pata a su madre.

Antes de que el Dos Patas le viera, Estrella de Fuego salió disparado del arbusto; una rama periférica le rasgó el pelaje. Se arrojó a las tiras de madera de la valla, alcanzó la cima y se dirigió hacia la sombra del bosque. En cuanto sus patas tocaron la tierra viró hacia el refugio que proporcionaba una mata de helechos y allí se agazapó con las orejas atentas a cualquier sonido que indicara que los Dos Patas le perseguían. ¿Había sido lo suficientemente rápido o le habían visto? No estaba seguro ni siquiera de si le reconocerían después de tanto tiempo, pero no pensaba correr el riesgo.

Poco a poco, su respiración se estabilizó. Todo estaba en calma en los jardines de los Dos Patas. No oía nada que le dijera que le estaban buscando, solo el susurro de los árboles y el diminuto sonido de las presas al revolverse. Pero se mantuvo escondido hasta que el sol comenzó a ponerse y bañar el bosque con una luz escarlata.

Se aventuró fuera de la sombra de las hojas de helechos y olió el campañol que había cazado anteriormente, lo desenterró y lo devoró con hambre. Luego, bajo el crespúsculo, se acercó cautelosamente otra vez a las guaridas Dos Patas y escaló la valla para caer, invisible, en el jardín de Tiznado.

Se adelantó en busca de un lugar donde pasar la noche, cerca del

centro de la depresión donde se imaginaba que habría estado el campamento del Clan del Cielo. Un sonido tenue le hizo dar un salto, pero no era más que Tiznado que se dejaba caer de la rama baja de un árbol.

– ¡Aquí estás!- resolló el minino doméstico- Creí que habías vuelto al bosque. Hattir me ha contado lo que ha pasado con tus antiguos Dos Patas.

Estrella de Fuego no tenía ganas de hablar sobre ello.

– Solo me he mantenido fuera de la vista hasta que se han ido- explicó.

Tiznado dio un par de lametones rápidos a su pecho, como si intentara ocultar lo ansioso que había estado.

– ¿Estás seguro de que quieres dormir aquí fuera?- continuó- Ahora que el sol se ha ido hará frio.

– Tiznado, duermo al raso todas las noches- le recordó Estrella de Fuego- Estoy acostumbrado. Además, creo que no podría dormir dentro de una guarida Dos Patas ni aunque lo intentara.

Tiznado parpadeó.

– Oh, vale. Pensé que…

Se interrumpió cuando se abrió la puerta de la guarida dejando escapar por ella una luz amarillenta que iluminó el jardín a oscuras. Una hembra Dos Patas apareció en ella y gritó con un cuenco en la mano.

– Me tengo que ir- maulló Tiznado al tiempo que Estrella de Fuego se agachaba tras una mata de hierba plumosa.- Mi cena está lista. ¿Estás seguro de que…?

Estrella de Fuego reprimió un suspiro.

– Estaré bien, en serio.

– Pues buenas noches entonces.- Tiznado corrió por la hierba

con la cola en alto y se restregó contra la Dos Patas. Ella se agachó para acariciarle y cerró la puerta.

Estrella de Fuego se adentró en la depresión hasta llegar a un arbusto cubierto de dulces flores blancas que relucían bajo la luz mortecina. Se deslizó bajo las ramas más bajas, se construyó un lecho áspero y estornudó cuando un par de pétalos le cayeron en la nariz.

Mientras se ovillaba pensó en lo extraño que era encontrarse de vuelta en el Poblado Dos Patas después de tanto tiempo. Los sonidos difusos que le llegaban desde la guarida le resultaban extrañamente familiares, al igual que la luz anaranjada que se elevaba en el cielo. El fuerte brillo ocultaba las estrechas, así que Estrella de Fuego se sintió aún más lejos de sus ancestros guerreros.

Miró a través de las ramas y pronunció una oración silenciosa pero no al Clan Estelar.

"Guerreros del Clan del Cielo, estéis donde estéis, visitadme en mis sueños"

Le despertó un frio húmedo que le empapaba el pelaje. El cielo rojizo sobre su cabeza se había suavizado por la niebla. Tembloroso, abandonó el arbusto para estirar las patas y se quedó paralizado a mitad de uno de los estiramientos.

El gato blanco y gris estaba sentado a unas pocas colas de distancia.

La niebla se arremolinaba a su alrededor y miró a Estrella de Fuego con unos ojos del color del cielo invernal.

– Te estaba esperando- maulló.

# Capítulo 8

– ¿Quién… quién eres?- tartamudeó Estrella de Fuego- ¿Cómo te llamas?

El gato desconocido le dedicó una mirada inexpresiva.

– Hace tanto tiempo que nadie me llama por mi nombre que ya no lo necesito- sus ojos le transmitieron a Estrella de Fuego una profunda sensación de tristeza; su tono así lo evidenciaba y Estrella de Fuego apenas pudo soportarlo.

– ¿Vienes del Clan del Cielo?- preguntó aunque estaba casi seguro de cuál sería la respuesta.

Sorprendido, el gato de pelaje claro retorció los bigotes.

– ¿Conoces al Clan del Cielo, pues?

– Solo un poco- maulló Estrella de Fuego- Hablé con una guerrera del Clan Estelar. Me dijo que en una ocasión hubo cinco clanes en el bosque pero que cuando el Clan del Cielo se fue…

– ¿Qué se fue?- el guerrero del Clan del Cielo empleó un tono lleno de reproche.- No nos fuimos. Los otros clanes nos expulsaron del bosque porque decían que ya no había hueco para nosotros.

Estrella de Fuego se le quedó mirando. En su conversación con Estrella Azul ella había dejado que creyera que el Clan del Cielo se había ido por propia voluntad cuando los monstruos Dos Patas invadieron su territorio.

Nunca le dijo que los otros clanes los habían expulsado. El código guerrero no lo hubiera permitido, ¿verdad? Y aún así fue incapaz de reprimir un pensamiento insistente: ¿estaría dispuesto a ceder parte del territorio del Clan del Trueno en caso de que otro clan se lo pidiera?

– ¿El Clan Estelar no pudo hacer nada por ayudaros?- preguntó.

– ¡El Clan Estelar!- escupió la palabra al tiempo que agitaba salvajemente la cola- El Clan Estelar nos traicionó. Dejaron que los otros clanes nos persiguieran como a proscritos. Cuando abandonamos el bosque juré no volver a contemplar las estrellas.

– ¿Un clan sin ancestros guerreros?- Estrella de Fuego estaba impactado.

– Nuestra curandera seguía caminando con ellos en sueños- le dijo el gato del Clan del Cielo- Y muchos de nuestros guerreros mantuvieron las viejas costumbres. Nunca intenté impedírselo. Habían perdido su hogar; ¿cómo iba a quitarles también el código guerrero?

El desconocido hablaba como si hubiera sido el líder del clan. Pero antes de que Estrella de Fuego pudiera preguntarle al respecto, el guerrero de pelo claro se enderezó y miró alrededor.

– Una vez vagamos por todo el territorio, patrullábamos las fronteras y cogíamos tantas presas como queríamos. Pero luego aparecieron los Dos Patas- aquella pulsante nota de pesar regresó a su voz y causó que a Estrella de Fuego se le erizaran todos los pelos- Esto fue una vez nuestro campamento.- continuó al tiempo que indicaba el jardín de Tiznado con un movimiento de la cola- Donde estamos ahora solía ser la guarida de los guerreros. La guarida Dos Patas se alza sobre nuestra maternidad. La guarida de los aprendices se encontraba bajo los helechos que circundan la valla y bajo esos arbustos de ahí era donde dormían nuestros veteranos- suspiró- Ha pasado tanto tiempo…

– ¿Dónde está el campamento del Clan del Cielo ahora?

El gato gris y blanco se miró las patas.

– El Clan del Cielo no tiene campamento- maulló en voz baja-

Mi clan se ha separado y diseminado.

Estrella de Fuego no comprendía.

– Entonces, ¿el Clan del Cielo ya no existe?

El pelaje del pescuezo del guerrero del Clan del Cielo se erizo y enseñó los dientes con un gruñido.

– Yo no he dicho eso. He dicho que nuestro hogar ha desaparecido y que mis compañeros se han diseminado. Algunos se han convertido en proscritos y otros se fueron a vivir con los Dos Patas como mininos domésticos. Pero el Clan del Cielo sigue vivo a pesar de que los gatos hayan olvidado su linaje y el código guerrero.

Confuso, Estrella de Fuego se preguntó cómo podía insistir ese otro gato en que el Clan del Cielo había sobrevivido sin territorio, con todos sus miembros separados y sin conocimiento del código guerrero. ¿Qué quedaba de un clan cuando habían desaparecido su hogar y su linaje?

– Entonces, ¿por qué acudes a mí?- preguntó.

– Porque eres el único gato que puede ayudarnos- contestó el guerrero. Se adelantó hasta quedarse a una cola de distancia de Estrella de Fuego, y su olor tenue y esquivo envolvió al líder del Clan del Trueno.- Tienes que reconstruir el Clan del Cielo antes de que desaparezca para siempre.

Estrella de Fuego se le quedó mirando. ¿Cómo iba a reconstruir un clan esparcido cuando no sabía dónde encontrar a sus gatos y con un clan propio que liderar?

– Pero yo…

El guerrero del Clan del Cielo le ignoró.

– Sigue el curso del río hasta su origen.- le ordenó- Pues huimos corriente arriba y ahí será donde encuentres los restos del clan y un lugar donde puedan vivir.

A Estrella de Fuego la cabeza la daba vueltas.

– Pero… Pero, ¿por qué yo?

El gato gris fijó la mirada sobre Estrella de Fuego, una mirada de ojos resplandecientes de pesar.

– He esperado mucho tiempo para que llegaras, un gato fuerte, un líder, y uno que no sufriera en su sangre la mancha de nuestra traición. No desciendes de los gatos que nos expulsaron y, a pesar de todos, eres en verdadero guerrero del clan. Es tu destino restablecer al Clan del Cielo.

La niebla se arremolinó a su alrededor y el pelaje pareció fundirse en ella, por lo que Estrella de Fuego se encontró observando el trozo de hierba donde había estado. Solo quedaba su olor.

Estrella de Fuego se sentó y enroscó la cola sobre las patas. No se había movido cuando aparecieron en el cielo los primeros rastros del amanecer.

El maullido distante de un gato le sobresaltó. Se incorporó con todo el pelaje erizado. ¿Estaban atacando el campamento? Y luego recordó donde estaba; además, el maullido parecía más impaciente que aterrorizado.

De pronto, la puerta de la guarida Dos Patas se abrió de golpe y Tiznado salió disparado por ella.

– ¡En serio!- resolló al tiempo que aceleraba sobre la hierba.- ¡A veces pienso que mis Dos Patas son idiotas! No he dejado de pedir y pedir para que me dejaran salir pero, ¿se acercaban a abrir la puerta?

– Bueno, pero ya estás aquí- maulló Estrella de Fuego, alegre por qué su libertad no dependía de los Dos Patas.

– ¿Y bien? ¿Has soñado con mis gatos?- quiso saber Tiznado.

Estrella de Fuego asintió.

– He hablado con el gato gris y blanco y ya sé lo que tengo que hacer.

– ¿Qué es lo que tienes que hacer? ¿Y yo qué? ¿Por qué he tenido yo también esos sueños?

Estrella de Fuego levantó la cola para silenciar las preguntas nerviosas.

– Los gatos que has visto dejaron el bosque hace mucho- le explicó- Y ahora piden ayuda. Has soñado con ellos porque es aquí donde solían vivir.

– ¿Aquí?- Tiznado contempló todo su jardín, como si esperara que los gatos de eras pasadas surgieran en ese mismo momento de entre los arbustos.- Y, ¿vas a ayudarles?

– Si puedo, si.

Cuando Estrella de Fuego vio el alivio en los ojos de Tiznado se preguntó si estaba siendo sincero, pues tendría que dejar atrás a sus compañeros y embarcarse en un largo viaje sin saber hasta dónde llegaría. Tendría que encontrar a un clan disperso al que el Clan Estelar había abandonado hacía ya mucho tiempo. ¿Por qué tenía que ser su destino el salvarles fuera o no culpa de los ancestros del Clan del Trueno el que los hubieran expulsado? Su deber era para con el Clan del Trueno y para con el código guerrero que conocía desde que llegó al bosque.

– Será mejor que me vaya- le maulló a Tiznado- Le diré a las patrullas que estén atentos a tu presencia… y que no te salten encima.

– Gracias- correspondió Tiznado- De verdad, muchas gracias, Estrella de Fuego. Eres un amigo de verdad, ¡aunque me alegro de no tener que irme a vivir al bosque!

– Y yo también- Estrella de Fuego agitó la oreja de Tiznado con un amistoso movimiento de la punta de su cola.- Sé que no te hubiera gustado.

– Adiós, pues. Ya te veré por aquí- Tiznado comenzó a retroceder hacia la puerta de la guarida y miró por encima del hombro para agregar- Esperemos que sean un poco más rápidos en dejarme entrar.

Decidido a marcharse antes de que los Dos Patas de Tiznado le vieran en el jardín, Estrella de Fuego cruzó la hierba y saltó sobre la valla.

– ¡Adiós, Estrella de Fuego!- Hattie; Estrella de Fuego la vio en el jardín de al lado, manteniendo el equilibrio sobre una de las ramas bajas del árbol de afilarse las uñas. Agitó la cola como despedida- ¡Ven a vernos alguna vez!- dijo cuando saltó de la valla y se introdujo de vuelta en las sombras del bosque.

Una vez lejos de la vista de las guaridas Dos Patas, aminoró el paso. Pero una vez el bosque se le antojaba extraño. Se sentía curiosamente indiferente a él, como si ya no fuera real. En cambio, no dejaba de pensar en los páramos y los gemidos de los gatos que huían. ¿De verdad tenía que seguir sus pasos?

El sol ascendió a un cielo claro y azul tras la húmeda noche. Cada arbusto se encontraba envuelto en telarañas relucientes y el rocío que destellaba en cada brizna de hierba empapó el pelaje de Estrella de Fuego al pasar por ella. Se detuvo con un hormigueo en las patas al captar el olor de gatos cercanos y solo se relajó cuando Espinardo apareció entre una mata de helechos, seguido de cerca por Zarpa Hollín, Sauce, su madre, y Cenizo.

Molesto, Estrella de Fuego se sacudió de arriba abajo. ¡Claro, era la patrulla del alba! ¿Es que tenía la cabeza tan llena del Clan

del Cielo que era incapaz de reconocer el olor de sus propios compañeros?

– Hola, Estrella de Fuego- Espinardo se acercó a él- ¿Va todo bien?

– Si… si, todo va bien- Estrella de Fuego no pensaba explicarles por qué había pasado la noche fuera del campamento.

Espinardo cruzó una rápida mirada con Sauce y volvió a girar a si líder.

– Látigo Gris sugirió que me llevara hoy a Zarpa Hollín.- maulló mientras apoyaba la punta de la cola en el omóplato del aprendiz- Rabo Largo no puede ser su mentor con los ojos tan mal.

– Buena idea- la punzada de culpabilidad que sintió Estrella de Fuego pareció una puñalada; tenía que haber pensado en el entrenamiento de Zarpa Hollín tan pronto tuvo Rabo Largo, su mentor, el accidente. Los sueños del Clan del Cielo le estaban distrayendo de sus deberes para con el clan- De hecho- continuó- creo que deberías ser tú el mentor de Zarpa Hollín hasta que Rabo Largo se recupere.- Estrella de Fuego no se atrevió a decir en voz alta "si es que se recuperaba" Se negaba a admitir, incluso ante sí mismo, que Carbonilla no podía salvar a Rabo Largo de la ceguera.

Los ojos de Espinardo se iluminaron. Era un guerrero joven y, por lo tanto, nunca había tenido un aprendiz.- ¡Estrella de Fuego, gracias!- maulló.

– Lo haré oficial hoy, un poco más tarde- le prometió.- Siempre y cuando Raba Largo lo acepte.

– Estoy seguro de que lo hará- intervino Zarpa Hollín- Le he estado llevando carne fresca y arreglando su lecho y aún puedo hacerlo.

– Bien- Estrella de Fuego le dedicó un asentimiento de

aprobación. Y, para introducirse de nuevo en la vida de su clan, agregó- Me uniré a vuestra patrulla y así, Zarpa Hollín, podrás mostrarme tus habilidades de rastreo.

Los ojos del aprendiz resplandecieron de entusiasmo al pensar en entrenar junto a su líder. Mientras Espinardo abría camino siguiendo el curso de la frontera hasta el Sendero Atronador, Zarpa Hollín mantuvo la nariz pegada al suelo y se detenía cada pocos pasos para olfatear el aire.

– ¿Qué hueles?- maulló Estrella de Fuego.

– El Sendero Atronador- contestó inmediatamente Zarpa Hollín.- Y un campañol. Y un Dos Patas ha estado aquí con un perro. No… con dos.

– ¿Hace cuanto?- preguntó Sauce.

– Hoy no- maulló Zarpa Hollín- El olor es viejo. Quizá ayer.

– Eso pienso yo también, si- maulló Estrella de Fuego mientras Sauce emitía un ronroneo satisfecho.- Muy bien, sigue. Dime si hueles algo más, Zarpa Hollín.

Se encontraban tan cerca del Sendero Atronador que Estrella de Fuego oía el rugido de los monstruos al pasar como una exhalación por él. No tardaron en emerger de la floresta al borde de la suave superficie negra.

Zarpa Hollín retorció el hocico.

– Es muy asqueroso- se quejó- Oculta los otros olores.

– Exacto- maulló Espinardo- Lo que significa que debes ser mucho más cuidadoso.

Seguido por el resto de la patrulla, escogió su camino por la linde del Sendero Atronador, cuidándose de mantenerse bien lejos de las enormes patas negras de los monstruos. El aire que levantaban al pasar zarandeaba el pelaje de Estrella de Fuego.

Ayudó a Espinardo, Cenizo y a Sauce a renovar las marcas de olor y observó como Zarpa Hollín continuaba practicando sus habilidades olfativas. De pronto, el joven gato negro se apartó de la frontera.

– ¡Ey! ¿A dónde te crees que vas?- le llamó Espinardo.

Zarpa Hollín miró atrás con los ojos iluminados por una mezcla de entusiasmo y aprensión.

– He encontrado un olor muy, muy raro.- le explicó.

– Bueno, pues no puedes seguirlo ahora- le dijo Espinardo- Esto no es una patrulla de caza.

– ¿Cómo de raro?- preguntó Estrella de Fuego. El hedor del Sendero Atronador seguía bloqueando la mayoría de los otros olores.

– Fuerte.- respondió Zarpa Hollín- Nunca lo había olido antes.

Estrella de Fuego cruzó una mirada con Espinardo.

– Vale, sigámoslo.

En esta ocasión fue Zarpa Hollín quien los condujo floresta adentro y, conforme dejaban atrás el Sendero Atronador, Estrella de Fuego comenzó a captar el nuevo olor. Se detuvo con el pelaje erizado.

– ¡Un tejón!

– ¡Oh, no!- protestó Sauce.

Espinardo resopló.

– Justo lo que necesitamos.

Cenizo permaneció en silencio, aunque ensanchó los ojos.

– ¿Los tejones son malos?- preguntó Zarpa Hollín.

– Muy malos- respondió Cenizo.

– Desde luego, no queremos a uno en nuestro territorio- coincidió Sauce.

Estrella de Fuego recordó una estación sin hojas en la que la nieve cubría el suelo y las presas escaseaban. Nimbo Blanco era por aquel entonces una cría y un tejón hambriento le había atacado en el barranco. Solo la rápida acción combinada de Estrella de Fuego y Fronde Dorado consiguió salvarle.

Los tejones no solían hacer de los gatos sus presas, pero si tenían hambre, o estaba asustado, se convertían en unos formidables y letales enemigos.

– El olor es fresco- maulló- Tendremos que seguirlo hasta averiguar dónde está el tejón y si piensa construirse aquí una madriguera. Bien hecho, Zarpa Hollín. Eso sí que ha sido una muy buena demostración de rastreo.

Los ojos del aprendiz destellaron.

– Estrella de Fuego tiene razón- agregó Espinardo.- Ahora, quédate detrás de mí y vamos.

Se puso en cabeza con Zarpa Hollín y Sauce pegados a sus talones. Cenizo iba justo detrás mientras que Estrella de Fuego tomó la retaguardia y deambuló con el fuerte olor a tejón en la nariz. Notó como se le tensaban los músculos bajo el pelaje; casi esperaba que un cuerpo fornido, blanco y negro, surgiera tambaleándose de entre la espesura.

Los árboles empezaron a escasear; el rastro del tejón los estaba llevando hasta las Rocas de las Serpientes. Estrella de Fuego se sentía expuesto y vulnerable, y estaba convencido de que unos pequeños ojos malevolentes le observaban desde cada espino o zarzal. Aquel no era un buen lugar para los gatos del Clan del Trueno. Cuando aquellos perros quedaron sueltos en el bosque, construyeron su madriguera en las Rocas de las Serpientes; Zarpa Veloz murió entre sus fauces y Centella recibió allí sus terribles

heridas. Estrella de Fuego podía imaginarse que olía aún el hedor de la sangre derramada.

Las piedras caídas aparecieron a la vista, alzándose en el centro de un claro de suelo arenoso cubierto por pequeñas plantas trepadoras y germen de hierba.

– Quédate aquí- instruyó Espinardo a Zarpa Hollín al tiempo que hacía un gesto con la cola para mostrarle un punto protegido en la base de unos zarzales.

– No te muevas, pero chilla alto si ves algo peligroso.

Zarpa Hollín titubeó como si quisiera seguir rastreando al tejón y, luego, se agachó en el refugio proporcionado por las zarzas y metió las patas delanteras bajo el pecho. Su pelaje gris se fundió con las sombras.

Espinardo, Sauce y Estrella de Fuego comenzaron a buscar entre las rocas. Estrella de Fuego se detuvo frente a la boca de la guarida donde habían vivido los perros y se vio recorrido, de los orejas a la cola, por oleadas de escalofríos. Estaba listo para captar el hedor a perro que saliera del agujero oscuro, pero todo cuanto olió fueron rastros viejos de zorro. Hasta el fuerte olor fresco de tejón se había desvanecido. Al principió creyó que se debía a que las rocas y la tierra suelta no conservaban el olor mucho tiempo. Pero al explorar un poco más y rozarse con una rama baja al borde del claro, se dio cuenta de que el tejón no se había adentrado tanto en el territorio. El rastro había desaparecido antes de que alcanzara las rocas.

– ¿Sauce? ¿Espinardo?- les llamó- He perdido el rastro por aquí.

Se interrumpió de golpe cuando le llegó un nuevo olorcillo fresco. Estrella de Fuego se volvió de un salto y vio una figura enorme, negra y blanco amarillenta, que se alzaba sobre las patas

traseras justo detrás del matojo de zarzos con sus inmensas patas lista para aplastar al aprendiz escondido.

# Capítulo 9

– ¡Zarpa Hollín! ¡Muévete!- gritó Estrella de Fuego.

Corrió a toda velocidad pero no veía la forma en que pudiera alcanzar a Zarpa Hollín antes de que el tejón le golpeara con sus poderosas patas romas.

Y entonces vio a Sauce que se arrojaba desde una roca, atravesaba la tierra como un rayo y quitaba de en medio a Zarpa Hollín con las patas delanteras estiradas. El tejón cayó con fuerza sobre su lomo; su grito se vio interrumpido de golpe por un enfermizo crujido cuando la enorme criatura le mordió el cuello. Atrapó su cuerpo inerte con una pata y la arrojó al claro.

Zarpa Hollín emitió un lastimero chillidito suave. Estrella de Fuego se lanzó sobre el tejón al tiempo que bufaba y arañaba su costado.

La enorme cabeza rayada se giró hacia él e intentó morderle con sus resplandecientes dientes blancos. Cenizo se lanzó sobre él por el otro lado y saltó para clavarle las garras en el cuello y aferrarse con los dientes a su oreja. Se lo quitó de encima con envidiable facilidad; Cenizo golpeó el suelo y allí se quedó, sin aire.

Espinardo se agazapó frente al tejón, bufando y arañándole los

ojos cuando se alzó sobre él. Estrella de Fuego hirió otra vez su costado con furiosa satisfacción al ver manar la sangre de las marcas de sus garras. El tejón emitió un aullido de dolor. Agitó la cabeza de lado a lado y, luego, se volvió y se tambaleó de regreso a la floresta. Espinardo y Cenizo cargaron tras él soltando chillidos lacerantes.

– ¡Volved!- aulló Estrella de Fuego- ¡Dejad que se vaya!

Cerró los ojos un momento, respirando con dificultad y escuchó como se desvanecían en la distancia las pisadas del tejón. Después se recompuso y se acercó al lugar donde estaba agazapado Zarpa Hollín, junto al cuerpo de su madre. Al acercarse, levantó la mirada con una súplica en sus ojos.

– No está muerta, ¿verdad? No puede estar muerta.

– Lo siento mucho- Estrella de Fuego agachó la cabeza y acarició la frente de Zarpa Hollín con el hocico. Solo habían pasado cinco lunas desde que Tormenta Blanca, el padre del joven gato, muriera en la batalla contra el Clan de la Sangre. ¿Cómo dejaba el Clan Estelar que pasara esto?- Ha muerto valerosamente, como un guerrero.

– ¡Murió para salvarme!- la angustia confirió un tono estridente a su voz.

– No te culpes- Estrella de Fuego le dio un lametón reconfortante en el hombro- Sauce sabía bien lo que hacía.

– Pero ella…- Zarpa Hollín enmudeció, tembloroso debido al impacto, y enterró el hocico entre el pelaje de su madre.

Estrella de Fuego alzó la mirada al ver regresar a Espinardo y Cenizo; este último cojeaba fuertemente.

– Se ha dirigido hacia el Sendero Atronador- informó Espinardo- Espero que le haya golpeado un monstruo- se acercó a

Zarpa Hollín y se sentó a su lado al tiempo que enroscaba la cola sobre los omóplatos del joven.

Zarpa Hollín ni siquiera levantó la mirada.

– ¿Estás bien?- le preguntó Estrella de Fuego a Cenizo.

El guerrero más joven flexionó los músculos de sus omóplatos.

– Eso creo. Caí mal, nada más.

– Será mejor que Carbonilla le eche un vistazo de todas formas cuando regresemos al campamento.

Cenizo asintió. Juntos, Estrella de Fuego y él alzaron el cuerpo inerte de Sauce y empezaron a transportarlo de vuelta al barranco.

Su cola floja dibujó una fina línea sobre el polvo. Espinardo los siguió por delante del atontado Zarpa Hollín.

Sumido en el pesar, Estrella de Fuego no se dio cuenta del ruido y los olores de unos gatos que se acercaban hasta que Nimbo Blanco salió de entre una mata de helechos justo frente a sus patas.

– ¡Estrella de Fuego, has vuelto!- exclamó el guerrero blanco- ¿Estás…?- se detuvo bruscamente con los ojos brillantes de espanto.- Esa es Sauce. ¿Qué ha pasado?

Manto Polvoriento y Fronde Dorado se unieron a nimbo Blanco para escuchar, horrorizados, mientras Estrella de Fuego depositaba en el suelo el cuerpo de la guerrera muerta, la descripción de como había dado su vida por salvar a Zarpa Hollín.

– Deja que le ponga las patas encima a ese tejón- siseó Nimbo Blanco cuando Estrella de Fuego terminó de contar la historia- Haré que desee no haber nacido.

– ¿No deberíamos seguirlo?- sugirió Manto Polvoroso- Tenemos que asegurarnos de que se ha ido de verdad.

Estrella de Fuego asintió.

– Se dirigía al Sendero Atronador- maulló- Nimbo Blanco, coge

a tu patrulla y mira a ver si puedes captar su olor. Seguidlo y, si podéis, averiguad qué hace, pero no lo ataquéis. ¿Ha quedado claro?

Nimbo Blanco agitó la cola.

– Si tú lo dices.

– Si se asienta en nuestro territorio ya elaboraremos un plan para libarnos de él- le prometió Estrella de Fuego- Pero no voy a arriesgarme a perder más gatos sin necesidad.

Nimbo Blanco condujo a su patrulla de regreso por el camino a las Rocas de las Serpientes sin dejar de murmurar por lo bajo. Gran Clan Estelar, que vuelvan todos, pidió Estrella de Fuego cuando desaparecieron en la espesura.

Las patas de Estrella de Fuego le pesaban de puro agotamiento cuando Cenizo y él maniobraron para pasar el cuerpo de Sauce por el túnel de aulagas. Dentro de su corazón palpitaba el dolor por sus compañeros.

Era su líder; se suponía que debía protegerlos, no dejar que los gatos murieran en su compañía.

Látigo Gris y Tormenta de Arena estaba sentados juntos frente al montón de carne fresca cuando llegaron al claro. Cruzaron una mirada interrogante al verle; Estrella de Fuego supuso que se estarían preguntando por qué había pasado la noche fuera del campamento. Los problemas del Clan del Cielo volvieron a azotarle, más pesados que el cuerpo de Sauce, pero, por ahora, debía dejarlos a un lado. No tenía tiempo de pensar en el clan perdido.

Ambos gatos se levantaron de un salto y corrieron hacia él.

– ¿Qué ha pasado, Estrella de Fuego?- preguntó Látigo Gris.

– Os lo diré en seguida- les prometió Estrella de Fuego con voz ronca- Antes tengo que llevar a Sauce a Carbonilla para que la prepare para la vigilia.

– Se lo diré- Tormenta de Arena se marchó como una exhalación hacia la guarida del curandero.

Carbonilla ya había salido del túnel de helechos cuando Estrella de Fuego y Cenizo cruzaron el campamento.

– Dejad aquí el cuerpo- les dirigió al tiempo que señalaba con la cola un punto en sombras bajo los helechos.- Así estará lejos del sol hasta que llegue el atardecer.

Los dos gatos obedecieron; Zarpa Hollín se acomodó al lado del cuerpo de su madre como si sus patas ya no pudieran sostenerlo más. Sus ojos miraban a la distancia, brillantes de horror, como si no dejara de recordar aquel terrible momento.

– Zarpa Hollín necesita algo contra la conmoción- le murmuró Estrella de Fuego a Carbonilla- Y es posible que Cenizo se haya dañado un hombro.

La curandera asintió.

– Le traeré algunas semillas de adormidera. Cenizo, ven conmigo.

Del otro lado del campamento surgió un nuevo grito cuando el guerrero gris siguió a Carbonilla hasta su guarida. Estrella de Fuego se volvió y vio a Zarpa Orvallo y Zarpa Acedera que corrían desde la guarida de los aprendices. Zarpa Acedera se dejó caer junto al cuerpo de su madre y se restregó contra su flanco helado mientras que Zarpa Orvallo se detuvo frente a Estrella de Fuego.

– ¿Qué ha ocurrido?- exigió saber.

– La mató un tejón- respondió Estrella de Fuego- Lo siento, Zarpa Orvallo. Nadie hubiera podido detenerla.

El aprendiz se le quedó mirando un poco más con el pelaje erizado. Después dejó caer la cabeza y la cola y dio media vuelta sin decir una palabra para acomodarse al lado de su hermano y

hermana.

– Todos necesitan que Carbonilla se ocupe de ellos- murmuró Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego estaba demasiado apenado como para responder. Tras pasar la cola por el pelaje de su pareja, caminó fatigosamente por el claro y se subió a la Peña Alta para convocar al cal a una asamblea. Ya había gatos que se deslizaban de sus guaridas, alarmados y desconcertados al enterarse de la muerte de Sauce.

– Gatos del Clan del Trueno- comenzó Estrella de Fuego una vez reunidos todos- Sauce ha muerto. Murió con valor y su espíritu será honrado en el Clan Estelar.

– ¿Cómo ha pasado?- le preguntó Cola Pintada.

Estrella de Fuego sentía como si le cayera encima un peso extra de pesar cada vez que se veía obligado a repetir la historia.

– El tejón huyó hacia el Sendero Atronador- terminó- He enviado a la patrulla de Nimbo Blanco para que lo rastreen.

Centella, que estaba sentada a las afueras de la maternidad, dio un respingo al oír el nombre de su pareja mientras que Fronda acercó más a sus crías con un movimiento de cola. Pequeño Zanco y Pequeño Topo se apretaron contra su pelaje al tiempo que observaban a Estrella de Fuego con unos enormes ojos asustados.

– ¿Qué pasará con mis crías?- quiso saber Fronda.- ¿Y si el tejón viene aquí?

– Lo dudo- contestó Estrella de Fuego mientras flexionaba sus garras contra la roca dura.- Era joven y creo que ha aprendido que los gatos no son presa fácil. Sabremos más cuando regrese Nimbo Blanco.- agregó- y haremos lo que sea para asegurarnos de que no se asiente en nuestro territorio.

Fronda no pareció convencida, pero tampoco había nada más que pudiera decirle para tranquilizarla.

– Esta noche guardaremos luto por Sauce- anunció, y saltó de la Peña Alta como indicación de que la reunión había terminado.

– Están muy afectados- le comentó Látigo Gris al tiempo que se acercaba con Tormenta de Arena para unirse a Estrella de Fuego a la salida de su guarida.

– Sobre todo esos tres aprendices- añadió Tormenta de Arena con los ojos verdes llenos de compasión- Es mala época para que pierdan a su madre.

Estrella de Fuego sintió con tristeza.

– Es el primer gato que perdemos desde la batalla contra el Clan de la Sangre. Creo que nos cuesta a todos entender que a pesar de estar en paz con los otros clanes el bosque no es del todo seguro.

Por alguna razón desconocida, en los ojos de Látigo Gris y Tormenta de Arena apareció un pequeño brillo de alarma ante sus palabras, e incluso cruzaron una mirada rápida. Estrella de Fuego no lo comprendió pero, tras el estrés de su encuentro con el guerrero del Clan del Cielo y el horrible recuerdo del encuentro con el tejón, no tenía energías para cuestionar a sus amigos.

– Ya hablaremos más tarde.- murmuró, y caminó lentamente por el campamento hasta el montón de carne fresca.

Al caer la noche, los veteranos sacaron el cuerpo de Sauce al centro del campamento para guardarle luto. Estrella de Fuego se les unió allí; miró hacia las estrellas para verlas brillas en el Manto Plateado como si esperaran dar la bienvenida al alma de Sauce.

– Se la quería mucho- dijo Cola Moteada con voz ronca al tiempo que suavizaba el pelaje gris de la guerrera con una pata.- Y era demasiado joven para morir. Aún le quedaba mucho que dar al

clan.

– Lo sé- coincidió Estrella de Fuego, vacío de dolor. Había estado con Sauce cuando el tejón atacó a Zarpa Hollín, pero había sido incapaz de salvarla. "¿Y te llamas a ti mismo líder?" se preguntó a sí mismo con furia.

Vio como Carbonilla guiaba a los tres aprendices al lado de su madre; la curandera murmuraba palabras de tranquilidad a los jóvenes gatos mientras se agachaban y enterraban sus narices en el quieto pelaje gris. Más gatos del clan se reunieron a su alrededor y algunos permanecieron allí un rato antes de volver, silenciosos, a sus guaridas; y otro se acurrucaron al lado del cuerpo de Sauce para guardar luto durante la noche.

"¿Cómo voy a irme ahora? No puedo abandonar al clan para adentrarme en lo desconocido en busca de un clan que ya no existe. Quizá no pueda protegerles de los tejones que matan o de los conejos que los ciegan, pero mi lugar está aquí, sirviendo a mi clan. Eso es lo que significa ser un líder"

Estrella de Fuego alzó la mirada al Manto Plateado al tiempo que se preguntaba si los guerreros estelares aprobaban su decisión. Pero las motas resplandecientes que eran las estrellas parecían estar muy lejos y no le dieron respuesta.

Se quedó de guardia al lado del cuerpo de la guerrera muerta hasta que aparecieron por encima de los árboles los primeros rayos del amanecer. Una brisa ligera agitaba el pelaje de Sauce. Cola Pintada se levantó.

– Es la hora- maulló.

Los otros veteranos y ella levantaron el cuerpo de Sauce y se lo llevaron lentamente del campamento para el entierro. El resto del clan salió de sus guaridas y los vieron partir en respetuoso silencio.

Cuando el pelaje gris de Sauce desapareció de la vista en el túnel de aulagas, Carbonilla enroscó la cola acercar a los tres aprendices.

– Hoy no habrá entrenamiento- le dijo a Estrella de Fuego- Necesitan descansar.

Estrella de Fuego asintió.

– Tu sabes que es mejor, Carbonilla.

Con los miembros entumecidos por haber permanecido agachado toda la noche, se levantó dificultosamente y se dirigió a su guarida. Tan pronto como se hundió en el suave musgo de su lecho la oscuridad se apoderó de él, como el ala de un cuervo.

A su alrededor flotó el chispeante olor de las aguas rápidas y Estrella de Fuego se encontró de pronto caminando a lo largo de un río.

La luz del sol danzaba sobre la superficie; en las partes menos profundas destellaban las formas plateadas de los peces. Se detuvo y miró alrededor. Los árboles y arbustos de la rivera le eran desconocidos y supo que estaba soñando.

Hubo una turbulencia inesperada en el agua y la cabeza de un gato rompió su superficie con un pez gordo y plateado aferrado firmemente entre sus fauces. Estrella de Fuego reconoció a Corriente Plateada, la gata del Clan del Río que se había enamorado de Látigo Gris y había muerto dando a luz, cuando esta nadó hasta la orilla y salió del agua. Las gotas de agua de su pelaje brillaban tanto como las estrellas.

Arrojó el pez a los pies del gato antes de hablar.

– Saludos, Estrella de Fuego. Esto es para ti- al ver su titubeó, le empujó más cerca de él- Vamos. Come.

– Pero no es un pez del Clan del Trueno- protestó Estrella de Fuego- No quiero robar presas.

Corriente Plateada emitió un ronroneo divertido.

– No estás robando; es un regalo. Y tampoco es un pez del Clan del Río. Pareces hambriento así que pensé que podría cogerte algo de comer.

– Gracias- Estrella de Fuego no lo dudó más. Nada más hincar los dientes en el pescado pensó que no había probado nada tan delicioso en su vida. Nuevas fuerzas inundaron su cuerpo cansado con cada bocado.

Corriente Plateada se acercó a él mientras comía, y le maulló suavemente al oído.

– ¿Recuerdas la vida que te di cuando te convertirte en el líder de tu clan? Te dije que era una vida dedicada a la lealtad y a conocer lo que está bien. Y eso, Estrella de Fuego, no significa siempre seguir el código guerrero.- cuando él se giró hacia ella por la sorpresa, la gata agregó en un susurro- Siempre supe que estaba bien que Látigo Gris y yo estuviéramos juntos a pesar de que proveníamos cada uno de un clan diferente. Hay cosas demasiado grandes como para estar recogidas en el código del guerrero.

Tocó su flanco con la nariz y luego regresó al río para arrojarse de lleno al agua.

– Adiós, Corriente Plateada- le dijo Estrella de Fuego.

Creyó escuchar una última palabra de despedida que se estremeció en el aire conforme la luz deslumbrante del agua se la tragaba.

En el lugar en el que desvaneció, apareció la imagen de los gatos del Clan del Cielo que huían, saltaban y titilaban entre las olas. Y, después, Estrella de Fuego se despertó en su propia guarida con el sabor del pez en la boca y el estómago confortablemente lleno.

Obviamente, Corriente Plateada creía que debía iniciar el viaje

en busca del Clan del Cielo. El código del guerrero no valía para todo lo que sucedía bajo las estrellas y, ahora, tenía que arreglar lo que los otros cuatro clanes hicieron, tiempo atrás. Puesto que el Clan Estelar había aparecido para contárselo, ¿era la voluntad de sus ancestros guerreros que se restaurara el clan perdido? Quizá el Clan Estelar se sintiera culpable por lo que habían permitido que sucediera.

– Tengo que irme- murmuró en voz alta Estrella de Fuego. Aunque se le partí en dos el corazón al pensar en dejar atrás su clan, sabía que Látigo Gris era tan leal al Clan del Trueno como él mismo y que cuidaría bien de él hasta que regresara.

Se levantó y se sacudió los trozos de musgo del pelaje.

Al atravesar la cortina de líquenes y adentrarse en el claro, vio que ya casi era mediodía. El largo descanso y el pez que Corriente Plateada le había dado le habían devuelto las fuerzas y sabía que tenía que hacer muchas cosas antes de irse.

Primero, atravesó el túnel de helechos hasta la guarida de Carbonilla. Las tres crías de Sauce dormían hechas un ovillo entre los helechos, juntas para darse calor. Rabo Largo estaba tumbado a las afueras de la roca hendida y levantó la cabeza cuando Estrella de Fuego emergió en el claro.

– Hola, Estrella de Fuego.

La esperanza cosquilleó en las almohadillas de Estrella de Fuego.

– ¿Puedes verme?

Rabo Largo parpadeó y Estrella de Fuego se fijó en que sus ojos seguían hinchados.

– Si… No. No lo sé.- contestó el guerrero- Solo eres un borrón. Creo que te he reconocido por el olor.

– Entonces, ¿tus ojos no han mejorado?

Rabo Largo suspiró.

– No. De hecho pienso que están peor.

– Pero aún no me doy por vencida- Carbonilla salió de su guarida y habló a través de una hoja doblada que llevaba en las fauces.

Se acomodó al lado de Rabo Largo y añadió.

– Esto es un cataplasma de caléndula y zumo de bayas de enebro. Veamos si ayuda.

– Vale- Rabo Largo no parecía muy ilusionado pero mantuvo la cabeza inmóvil mientras Carbonilla le aplicaba el cataplasma en los ojos infectados.

– Estrella de Fuego, ¿quieres algo?- preguntó en cuanto terminó al tiempo que se limpiaba las patas en la hierba.

– Solo unas palabras con Rabo Largo- contestó Estrella de Fuego- Es sobre Zarpa Hollín.- comenzó con torpeza, preguntándose cómo reaccionaría Rabo Largo a la pérdida de su aprendiz.

– Lo sé, no hay nadie que le haga de mentor- maulló inmediatamente Rabo Largo.- También me preocupa.

Estrella de Fuego se sintió aliviado por no tener que explicarle lo que tenía en mente.

– Tan pronto como esté listo para volver a entrenarse, creo que debería buscarle otro gato para que se ocupe de él. Solo hasta que mejoren tus ojos.

Las orejas de Rabo Largo se retorcieron.

– No tienes que mentirme, Estrella de Fuego. Sé muy bien que voy a quedarme ciego. Nunca volveré a entrenar a otro aprendiz.

Estrella de Fuego cruzó una rápida mirada con Carbonilla. El hecho de que la curandera no replicara le indicó que,

probablemente, Rabo Largo tuviera razón.

– Ya nos preocuparemos de ellos cuando llegue- le maulló.- Ahora mismo, tenemos que buscarle un nuevo mentor a Zarpa Hollín. ¿Crees que Espinardo sería una buena opción?

– Si, es muy entusiasta. Es hora de que tenga un aprendiz.- Rabo Largo reprimió un suspiro- Zarpa Hollín estará bien con él.

– Entonces está decidido. Gracias, Rabo Largo- titubeó, consciente de que debía contarle a Carbonilla sus intenciones de marcharse, pero sin saber cómo empezar.

Los ojos de la curandera se estrecharon.

– Sé que algo te ronda la mente, Estrella de Fuego- maulló- Suéltalo ya.

– Tengo que hablar contigo- comenzó- ¿Vienes a dar un paseo por el bosque?

Carbonilla se sorprendió.

– ¿Cómo? ¿Ahora?- movió la cola en dirección a los aprendices dormidos.- Tengo las patas llenas con esos tres.

– No, ahora no, después del mediodía- contestó Estrella de Fuego- También tengo que hablar con Látigo Gris y Tormenta de Arena. Daremos el paseo en cuanto se distribuyan las patrullas de la tarde.

Los ojos azules de Carbonilla aún mostraban confusión, como si se preguntara que tenía que decirlo que no pudiera ser dicho en su propia guarida.

– Muy bien. Me llevaré a Zarpa Hollín, Zarpa Acedera y Zarpa Orvallo a la maternidad. Fronda y Centella pueden cuidar de ellos. No les hará ningún mal que los traten como a crías un día o dos tan poco tiempo después de la muerte de su madre.

– Fantástico- maulló Estrella de Fuego- Te veré en el montón de

carne fresca.

Pero conforme regresaba por el túnel de helechos sintió como se le asentaba una piedra fría en el estómago al pensar en cómo se tomarían sus amigos su decisión.

Estrella de Fuego encabezaba la marcha por el túnel de aulagas con Látigo gris, Tormenta de Arena y Carbonilla a la zaga; sus garras se flexionaban nerviosamente conforme se acercaban al lugar donde les hablaría del Clan del Cielo.

– Nimbo Blanco me ha informado de sus progresos justo antes del mediodía- maulló Látigo Gris al tiempo que ascendían el barranco.- Su patrulla y él rastraron al tejón hasta el arroyo y allí perdieron el olor junto a una zona de tierra pantanosa.

– Parece que se dirige al territorio del Clan de la Sombra.- comentó Estrella de Fuego.

Látigo Gris emitió un suave gruñidito de satisfacción.

– El Clan de la Sombra le dará la bienvenida.

– Pero si alguno de nuestros gatos ve alguna de sus patrullas fronterizas, que les avisen.- remarcó Estrella de Fuego.

Su lugarteniente agitó una oreja.

– Así eres tú, Estrella de Fuego. Siempre queriendo ayudar a todos los clanes y no solo al tuyo. Se lo diré a la próxima patrulla cuando salgan.

– ¿Y de qué va todo esto de esperar a estar en el bosque para hablar con nosotros?- los bigotes de Tormenta de Arena se retorcieron de irritación- ¿Por qué no nos lo puedes decir en el campamento?

Estrella de Fuego dejó que su mirada se deslizara sobre su elegante pelaje rojizo y sus luminosos ojos verdes. Sabía que tenía mucho que explicar, pero no comprendía por qué estaba tan enfadada

sin que le hubiera dicho ni una palabra.

– Quería hablaron en algún lugar donde no nos interrumpieran.- le maulló- Lo entenderéis pronto.

Siguió adelante sin decir nada más hasta que los cuatro gatos llegaron a un claro oculto en las profundidades del bosque, entre árboles. La tierra estaba cubierta por hierba de olor dulce y montones suaves de musgo. Estrella de Fuego encontró un lugar donde sentarse entre las retorcidas raíces de un roble y sus amigos se acomodaron a su alrededor bajo la sombra moteada por el sol. Lo único que se oía era el susurro del viento entre las ramas y el agudo piar de los pájaros.

Estrella de Fuego observó a los tres gatos que significaban para él más que cualquier otro del clan.

– Últimamente he estado teniendo muchos sueños- maulló, sintiendo que estaba a punto de arrojarse por el borde de una quebrada sin fondo- Durante mucho tiempo me tuvieron confundido pero creo que ahora conozco su significado. Y he tenido que tomar una dura decisión…

– ¿Y nosotros qué?- interrumpió de pronto Tormenta de Arena con las garras arrancando trozos de musgo- ¿Cómo puedes irte y dejarnos a todos?

Estrella de Fuego se la quedó mirando. ¿Cómo había sido capaz de adivinar que iba a dejar el Clan del Trueno?

– No es pasará nada, en serio…

– ¡Claro que sí!- le espetó Tormenta de Arena.- Te necesitamos. ¡El Clan del Trueno te necesita como líder! ¿Cómo se te ocurre abandonarnos así?

Estrella de Fuego miró a Carbonilla y a Látigo Gris. Los ojos de la curandera mostraban una incredulidad pura, pero la mirada de

Látigo Gris estaba llena de pesar y compasión.

– No lo entiendo- maulló Estrella de Fuego- ¿Cómo lo sabéis? ¿Y qué os hace pensar que no voy a volver?

– Porque has pasado la noche con tus antiguos Dos Patas.- dijo Látigo Gris con voz ronca. Desvió la cabeza, como si no soportara seguir mirando a su viejo amigo.- ¿De verdad los quieres más que a los gatos que te quieren a ti?

– ¿Qué?- los ojos de Estrella de Fuego se ensancharon mucho de consternación.- ¿Creéis que abandono a mi clan para ser un minino doméstico?

– ¿No es eso lo que ibas a decirnos al traernos aquí?- Tormenta de Arena se enfrentó a él.

– ¡No! Para nada. Este es mi hogar. El Clan Estelar son mis ancestros guerreros tanto como los vuestros. No podría vivir en ningún otro sitio que no fuera el bosque.

– Entonces quizá deberías decirnos que vas a hacer- ´maulló ásperamente Carbonilla.

– Si que tengo que irme… pero solo un tiempo.

Estrella de Fuego cogió aire y les contó a sus amigos cómo le había visitado un gato desconocido y soñado con un clan que huía y no dejaba de lamentarse. Les explicó cómo se había encontrado con Estrella Azul en su visita a la Piedra Lunar y lo que le había dicho ella respecto al Clan del Cielo.

– ¿Quieres decir que hubo una vez cinco clanes en el bosque?- boqueó Tormenta de Arena.

– Si. Hace mucho tiempo, antes de que se construyera el Poblado Dos Patas.

– ¡Pero si el Poblado Dos Patas siempre ha estado ahí!- protestó Látigo Gris.

– No según Estrella Azul- le dijo Estrella de Fuego, Como no quería destruir la fe de sus amigos, se saltó la parte en la que el Clan Estelar mentía y se apresuró a llegar a la siguiente parte de la historia.

– Es por eso que pasé la noche en el Poblado Dos Patas. No fue con mis antiguos Dos Patas. Dormí en el jardín de Tiznado… Látigo gris, ¿recuerdas a mi amigo, Tiznado?

Látigo Gris asintió.

– Ese minino doméstico gordo, blanco y negro.

– Pensé que su jardín habría sido el lugar más probable en el que el Clan del Cielo hubiera construido su campamento, y tenía razón. El líder del Clan del Cielo me habló en un sueño. Me dijo que mi destino era irme y encontrar a los gatos diseminados del Clan del Cielo para volver a unirlos.

Látigo Gris resopló.

– Y si te hubiera dicho que tu destino era volar hasta la luna, ¿le habrías creído?

Estrella de Fuego estiró la cola y tocó a su lugarteniente amablemente en el hombro.

– Sé que parece imposible. Pero ya he decidido que eso es lo que tengo que hacer. Debo emprender un viaje en busca del Clan del Cielo y reparar el daño que hicieron los otros clanes.

Látigo Gris se le quedó mirando con los ojos estupefactos de la impresión.

Los ojos de Tormenta de Arena también estaban fijos en él, llenos de furia y pesar como piscardos en un profundo estanque verde. Solo Carbonilla seguía tranquila.

– Veo lo importante que es esto para ti- maulló- Y si de verdad es tu destino, entonces, debes ir a donde te guíen tus patas. Pero ten

cuidado… Puede que el Clan Estelar no sea capaz de cuidar de ti. Nuestros ancestros guerreros no caminan por todos los cielos.

– ¡No me creo que pienses de verdad en hacerlo!- Tormenta de Arena se levantó de un salto antes de que Estrella de Fuego pudiera responder a la curandera- ¿Y qué pasa con el Clan del Trueno? ¿Y con tus amigos?- se detuvo y agregó, temblorosa- ¿Qué pasa conmigo?

Estrella de Fuego sintió su dolor como si fuera propio, como una piedra afilada que le laceraría las almohadillas a cada paso del viaje. Con una mirada a Látigo Gris y Carbonilla, indicó a Tormenta de Arena con la cola que le siguiera.

– Ven.

Se alejó unas colas de distancia de los otros hasta un lugar caldeado por el sol, cerca del centro del claro. Tormenta de Arena le siguió a regañadientes.

– Ya sabía yo que nunca me quisiste como pareja- maulló en cuanto estuvieron lejos de los oídos de los demás.- Sigues enamorado de Jaspeada.

Estrella de Fuego agradeció al Clan Estelar el no haber mencionado su encuentro onírico con la antigua curandera del Clan del Trueno.

– Amé a Jaspeada- admitió- Pero incluso si hubiera vivido, ¿qué podría haber hecho? Era una curandera. Nunca hubiera elegido una pareja.

– Así que, ¿soy la segunda opción?- dijo amargamente Tormenta de Arena, sin mirarle.

– Tormenta de Arena…- Estrella de Fuego se apoyó contra su costado y curvó la cola a su alrededor cuando ella intentó apartare.- Tu no eres la segunda opción de nadie.

– Y aún así te vas a ir y a dejarme.

– No- Estrella de Fuego había pasado mucho tiempo considerando aquello.

Sostuvo firmemente la mirada de Tormenta de Arena y añadió.

– Nunca pensé en abandonarte. Látigo Gris y Carbonilla deben quedarse para cuidar del clan, pero no quiero hacer este viaje solo. Tormenta de Arena, no hay ningún otro gato al que quisiera conmigo más que tu. ¿Vendrás conmigo?

Incluso mientras hablaba, el dolor y el enfado se disolvieron en los ojos de Tormenta de Arena. Su mirada verde brilló y el sol le confirió a su pelaje rojizo el resplandor de una llama.

– ¿De verdad quieres que vaya contigo?

– De verdad.- Estrella de Fuego enterró el hocico en su hombro- Creo que no puedo hacerlo sin ti, Tormenta de Arena. Por favor.

– ¡Claro que sí! Yo…- Tormenta de Arena se detuvo de golpe.- No, no puedo, Estrella de Fuego. ¿Y Zarpa Acedera? Soy su mentora.

Estrella de Fuego titubeó. Tormenta de Arena había deseado ansiosamente tener un aprendiz y sabía como de serio se tomaba el aprendizaje de la pequeña tricolor.

– No le hará ningún daño tener un tiempo a otro mentor.- maulló- No sería la primera vez que un aprendiz cambia de mentor. Zarpa Hollín también va a tener otro mentor a causa de los ojos enfermos de Rabo Largo.

Tormenta de Arena sintió lentamente.

– Podría ser una buena experiencia para ella- murmuró.

– Entonces está decidido.- Estrella de Fuego no le preguntó qué pasaría en caso de que no regresara antes de que los aprendices estuvieran listos para convertirse en guerreros. No tenía ni idea de

cuándo volvería, o si Tormenta de Arena y él lo harían.

Con Tormenta de Arena pegada a él, regresó por el claro a las raíces del árbol donde esperaban Látigo Gris y Carbonilla.

– Tormenta de Arena se viene conmigo- anunció.

Ni Látigo Gris ni Carbonilla se sorprendieron.

– Eso es bueno- maulló Látigo Gris. La conmoción había desaparecido; ahora tenía un brillo decidido en los ojos y Estrella de Fuego se dio cuenta otra vez de lo bien amigo que era y que perfecto lugarteniente para el Clan del Trueno.- Carbonilla y yo nos ocuparemos del clan por ti- le prometió. Sus bigotes se retorcieron- Siempre supe que tenias un destino que se extendía más allá del territorio. Quizá es hora de arder para salvar a otro clan.

– Lo juramos por el Clan Estelar, mantendremos al Clan del Trueno a salvo por ti.- maulló Carbonilla.

– Gracias- contestó Estrella de Fuego sintiéndose muy humilde. Las hojas susurraros sobre su cabeza y alzó la mirada a medias esperando ver pálido líder del Clan del Cielo observándole desde una rama. No vio nada, pero en el susurro de la brisa le pareció escuchar el eco de sus palabras.

Gracias…

# Capítulo 10

Estrella de Fuego caminó por el túnel de helechos de Carbonilla

al tiempo que se pasaba la lengua por las fauces en un intento de quitarse el sabor amargo de las hierbas de viaje.

Tras él escuchó a Tormenta de Arena hablándole a la curandera.

– Veamos si lo he entendido bien. Telarañas para detener las hemorragias, caléndula para tratar las infecciones, milenrama para expulsar los venenos…

– Correcto- respondió Carbonilla- Y si te da dolor de estómago, van bien la menta y las semillas de enebro.

Tormenta de Arena empezó a repetir los remedias entre dientes. Durante los dos días que habían pasado desde que Estrella de Fuego le pidiera que fuera con él, había ocupado la mayor parte de su tiempo aprendiendo todo lo que pudiera de Carbonilla.

– Va a ser peligroso marcharse sin un curandero- le explicó a Estrella de Fuego- Al menos puedo aprenderme las hierbas más útiles.

Estrella de Fuego salió de entre los helechos y brincó hasta la Peña Alta. Los gatos le hicieron hueco en silencio para dejar pasar; sus miradas le siguieron cuando saltó sobre la Peña Alta.

– No quieren que te vayas- le murmuró Tormenta de Arena tras unirse a él unos instantes después.

– Lo sé- Estrella de Fuego reprimió un suspiro. A parte de conducir a sus guerreros a la batalla contra el Clan de la Sangre, aquello era lo más duro que jamás había tenido que hacer como Líder.

Bajó la mirada para encontrarse con los ojos confusos de su clan. Le partía el corazón el hecho de que parecieran heridos por su reticencia a decirles a dónde iba pero, ¿cómo iba a decírselo si no él mismo lo sabía? Tenía que dejarles creer que era el Clan Estelar el que le enviaba lejos y no un clan del que nunca habían oído hablar

y que no tenía cabida en el bosque.

Látigo Gris se encontraba al pie de la peña con el resto de los guerreros a su alrededor. Estrella de Fuego vio a Zarpa Hollín junto a Espinardo y a Zarpa Acedera junto a su mentor, Manto Polvoroso. A su lado estaban sentados Zarpa Orvallo y Nimbo Blanco; Estrella de Fuego se alegró al ver que los tres aprendices empezaban a superar lo suficiente la conmoción de la muerte de su madre como para volver a entrenarse. Zarzo se sentaba con Cenizo y Sauce. Cola Pintada observaba a Estrella de Fuego como si viera a un aprendiz que la hubiera arañado mientras le buscaba las garrapatas. Cola Moteada y Tuerta estaban una al lado de la otra, susurrando y lanzando miradas fugaces a los gatos en la roca.

Carbonilla condujo fuera del claro a Rabo Largo y le guió hasta un lugar cercano. A las afueras de la maternidad, Fronda compartía hueco con Centella; las dos crías de Fronda, en vez de jugar, se agazapaban contra su madre como si también ellos comprendieran la preocupación del clan.

– Gatos del Clan del Trueno- comenzó Estrella de Fuego- Ha llegado el momento de irnos…

– Y para qué, eso me gustaría saber- interrumpió Musaraña al tiempo que retorcía la punta de la cola- Se supone que el Clan Estelar cuida del bosque. No envían a los líderes a que callejeen sabe quien dónde.

– ¿Qué puede ser más importante que cuidar del clan?- agregó Espinardo.

Estrella de Fuego no supo qué responder. Sus guerreros tenían razón. Pero ellos no habían escuchado los lamentos de los gatos en mitad de la niebla; no habían visto lo desesperado que estaba el líder del Clan del Cielo por encontrar a su clan perdido.

– ¿Y qué les pasará a mis crías?- se inquietó Fronda. Sus garras arañaron la tierra polvorienta.- En algún punto del territorio hay un tejón. ¿Lo has pensado?

– Si, por supuesto que sí- respondió Estrella de Fuego encontrando por fin la voz.- Pero el Clan del Trueno tiene un lugarteniente. Confío en que cuidará del clan tan bien como yo. Y también contáis con Carbonilla para que se haga cargo de las heridas e interprete las señales del Clan Estelar. Ningún clan podría tener una curandera mejor.

Carbonilla agachó la cabeza; los ojos de Látigo Gris resplandecieron al tiempo que un murmullo de aceptación se alzaba en el resto del clan.

– Estrella de Fuego no nos dejaría a menos que tuviera que hacerlo- Centella se adelantó un paso desde donde se encontraba sentada, al lado de Fronda.- Si el Clan Estelar le ha dicho que tiene que irse, debemos confiar en que nuestros ancestros guerreros cuidarán de él y lo traerán de vuelta sano y salvo. Nunca antes nos han decepcionado, ¿por qué nos quitarían a nuestro líder si no es para hacer lo correcto?

A Estrella de Fuego le cosquilleó el pelaje al ver como coincidían con ella los otros gatos; obviamente les reconfortaba el pensamiento de que había unos gatos buenos y sabios que los observaban y que siempre tomaban las decisiones correctas y luchaban por la verdad y el honor. Pero si esa fe significaba que le dejaban irse…

– No les gusta que te vayas- le murmuró Tormenta de Arena- pero lo aceptarán si es la voluntad del Clan Estelar.

Estrella de Fuego esperaba que tuviera razón; egoístamente, no quería irse con las orejas pitándole por las protestas de sus

compañeros.

Se enderezó a pesar de que todos los huesos de su cuerpo chillaban para que cambiara de opinión, para que se quedara en el bosque al que pertenecía.

– Adiós a todos.

A aquello le siguió un silencio ominoso. A Estrella de fuego le ardió el pelaje bajo tantas miradas abrasadoras. Sabían bien lo que pasaba por las mentes de sus compañeros sin necesidad de que lo dijeran en alto.

¿A dónde vas? ¿Por qué nos dejas? ¿El Clan Estelar ha prometido traerte de vuelta? Ansiaba tranquilizarles, pero contarles que le dirigía un ancestro guerrero del que no habían oído hablar solo les causaría más dolor y confusión.

Al final, Zarpa Hollín dio un paso adelante.

– ¡Adiós, Estrella de Fuego!- le dijo.

Poco a poco, el resto de gatos se unió a él.

– ¡Adiós!

– ¡Tened un viaje seguro!

– ¡Volved pronto!

Estrella de fuego saltó de la Peña Alta y zigzagueó entre sus compañeros acompañado por Tormenta de Arena.

Carbonilla los aguardaba al lado del túnel de aulagas.

– Adiós- maulló al tiempo que pasaba la lengua por su oreja.- Que el Clan Estelar ilumine vuestro camino.

– Y el tuyo.- respondió Estrella de Fuego. Una inesperada descarga de pesar ahogó sus palabras y no pudo decir nada más.

Manto Polvoroso se acercó a Tormenta de Arena con Zarpa Acedera brincando a su lado.

– Cuidaré de tu aprendiza- le prometió mientras atravesaba a la

vivaz tricolor con una mirada severa.- Obviamente has llevado muy lejos el ser indulgente con ella- a pesar de que sus palabras sonaran duras las acompañaba un brillo divertido en sus ojos.

Zarpa Acedera agitó la cola sin amedrentarse por las palabras de su mentor.

– ¡Pues yo creo que Tormenta de Arena es una mentora genial!

Con una última mirada a su Clan y al claro que había constituido su hogar durante tantas estaciones, Estrella de Fuego se introdujo en el túnel y apareció en el barranco. Tormenta de Arena y Látigo Gris le siguieron.

El sol acababa de traspasar las copas de los árboles y brillaba en un cielo azul salpicado de nubes blancas. Una brisa suave agitaba las ramas y transportaba los olores de las presas y el verdor de las cosas que crecen. Estrella de Fuego se mantuvo inmóvil un instante, disfrutando de la caricia en su pelaje. Sabía que encontrara lo que encontrara en su viaje, nunca hallaría nada tan bonito como eso. El Clan del Cielo tenía que haber estado devastado para irse de allí. Dos días de descanso y buena comida le habían devuelto las fuerzas y, ahora que el viaje empezaba de verdad, le cosquilleaban las patas de nerviosismo.

Aunque le partía el corazón irse, quería ver lo que había más allá del bosque y encontrar los gatos que, en una ocasión, habían formado el Clan del Cielo.

Se detuvo en la cima del barranco y giró la cabeza hacia su lugarteniente, su mejor amigo y el gato sin el cual nunca hubiera llegado a ser el líder de su clan.

– Látigo Gris ¿Nos acompañas hasta la linde del bosque?

El guerrero gris negó con la cabeza.

– Este es tu viaje, tuyo y de Tormenta de Arena. Yo me despido

aquí. Buena suerte a ambos.

Tormenta de Arena y Estrella de Fuego se estiraron para tocar narices con su viejo amigo.

– No podría irme sin tenerte a ti para vigilar todo mientras no estoy- le murmuró Estrella de Fuego.

– Todos saben que no puedo equiparar tus huellas- contestó Látigo Gris- Pero lo haré lo mejor que pueda.

– Vas a tener que suplantar a Estrella de Fuego en las Asambleas- le recordó Tormenta de Arena.

Látigo Gris asintió.

– No podemos dejar que el Clan del Trueno parezca débil. Les diré que el Clan Estelar te reclama, pero que volverás pronto.

– Espero que tengas razón- maulló suavemente Estrella de Fuego- Pero si no vuelvo…

– ¡No digas eso!- Látigo Gris agitó la cola bruscamente- Volverás; me lo dice mi corazón. Esperaré tanto como haga falta. Y, cuando regreses, estaré ahí, como siempre.

– ¿Por dónde?- preguntó Tormenta de Arena.

Había dejado atrás a Látigo Gris y atravesaban el bosque en dirección a las Rocas de las Serpientes.

– El guerrero del Clan del Cielo me comentó que el clan había huido rio arriba.- respondió Estrella de Fuego- Supongo que eso significa que tenemos que seguir el río.

– ¿Hasta dónde?

El pelaje del pescuezo de Estrella de Fuego empezó a erizarse y se forzó a relajarse hasta que volvió a aplanarse. No tenía ni idea de dónde encontrar al clan dispersos, o un lugar donde pudieran vivir. Y estaba aún menos seguro de qué tendría que hacer para volver a unirlo. Había esperado contar con más ayuda, pero desde la noche

pasada en el jardín de Tiznado, sus sueños se habían mantenido oscuros y vacíos. ¿Significaba eso que el ancestro del Clan del Cielo no le observaba ya? Parecía caminar directo a una oscurísima noche sin luna ni estrellas que guiaran sus pasos.

– No lo sé- admitió- Supongo que el Clan Estelar nos lo mostrará, o quizá es que es obvio.

Los ojos de Tormenta de Arena chispearon y Estrella de Fuego se preparó para recibir un comentario mordaz; pero su pareja se limitó a retorcer los bigotes y a seguir adelante en silencio.

Desde las Rocas de las Serpientes, Estrella de Fuego recorrió la frontera con el Clan del Río hasta que apareció a la vista, sobre el río, el puente Dos Patas. Allí se detuvo a olfatear el aire, pero no había olores nuevos que sugirieran la presencia cercana de una patrulla.

– Vale, vamos- murmuró.

Tormenta de Arena y él se deslizaron cuidadosamente por la pendiente hasta el puente al tiempo que se zigzagueaban entre rocas y matojos de aulagas para ocultarse. Y, desde allí, se encaminaron río arriba a lo largo de la cima de la quebrada. Estrella de Fuego casi esperaba ver a su alrededor las formas saltantes de los gatos del Clan del Cielo, formas que la mostraran por qué camino ir, pero no había ni rastro de ellos.

Al mirar hacia abajo, a las espumosas aguas blancas, recordó el momento en el que Estrella Azul se arrojó a ellas, llevándose consigo al líder de la manada de perros. Estrella de Fuego se había tirado tras ella en un intento de salvarla; se estremeció ante el recuerdo del rugido del agua en sus orejas, del peso de su pelaje empapado y del cansancio de sus patas al intentar nadar con el cuerpo de Estrella Azul aferrado entre sus dientes.

Y luego pensó en el último momento en el que la había visto, con el resplandor de las estrellas envolviéndole el pelaje y aquel gélido resplandor estelar alrededor de sus patas. No había querido contarle la historia del Clan del Cielo y había hecho cuanto pudo por disuadirle de su viaje.

La determinación llameó en los ojos de Estrella de Fuego como las llamas sobre la hierba seca.

Aquella era su búsqueda y no la del Clan Estelar, y si se veía obligado, la llevaría a cabo sin ninguna ayuda de sus ancestros guerreros.

Se sentía expuesto allí, sobre el borde de la quebrada, pero Tormenta de Arena y é alcanzaron la frontera entre el Clan del Río y del Viento sin ser vistos por ninguna patrulla. Una brisa fuerte soplaba desde los páramos, aplastaba la dura hierba y Estrella de Fuego sintió que podría derribarle y lanzarle dando vueltas al río de abajo. Traía consigo el fuerte olor fresco del Clan del Viento.

– Podría haber una patrulla cerca- maulló Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego olfateó otra vez el aire; con un viento tan fuerte resultaba difícil estar seguro de lo lejos que estaban los gatos.

– Seguiremos adelante- murmuró- Mantente atenta ahí atrás.

– Lo haría si tuviera ojos en la cola- le replicó Tormenta de Arena.

Atravesaron la frontera pero antes de que pudieran siquiera poner una pata en el territorio del Clan del Viento, un conejo pasó como un rayo por encima de una elevación del páramo seguido de cerca por un guerrero del Clan del Viento.

– ¡Agáchate!- Estrella de Fuego se agazapó por instinto, pero no había dónde cobijarse. Permanecieron ocultos solo porque el cazador estaba demasiado centrado en su presa.

Fue entonces cuando divisó un punto en el borde de la quebrada donde la tierra se había desmoronado.

– Rápido, ¡por aquí!- siseó.

Empujó a Tormenta de Arena frente a él y se arrastró barranco abajo por una cola de distancia, más o menos, hasta llegar al refugio proporcionado por una roca sobresaliente. Estaba metiendo la cola en el escondrijo cuando escuchó el cese brusco del chillido del conejo y a otro gato gritando.

– ¡Buena caza!

– ¡Qué cerca!- susurró Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego se asomó por el escondrijo y vio a dos gatos sobre el borde del barranco con las cabezas recortadas contra el cielo. No podía ver bien sus rasgos, pero reconoció la voz de Bigote, su amigo.

– Sabes, juraría que huelo a Clan del Trueno, pero no veo ningún gato.

– Será mejor que no pongan ninguna pata aquí- gruñó agresivamente la segunda voz, una que pertenecía a Enlodado, el lugarteniente del Clan del Viento.- Si los pillo, desearan no haber nacido.

– Quizá es un gato que se dirige a las Rocas Altas- sugirió Bigote.

La réplica de Enlodado fue un bufido malhumorado.

– Cerebro de ratón, por aquí no se va a las Rocas Altas.

Estrella de Fuego introdujo la nariz en el refugio y se acercó aún más a Tormenta de Arena.

– Sabes- murmuró ella- que puedes decirles a dónde vamos.

Estrella de Fuego negó con la cabeza. No quería que los otros clanes supieran que había dejado el bosque; ya se enterarían en la

siguiente Asamblea y eso ya le parecía demasiado pronto.

Poco a Poco, el olor del Clan del Viento fue desapareciendo y Estrella de Fuego se atrevió a salir de su escondrijo. Mientras ascendía de vuelta por las piedras derruidas tuvo tiempo de mirar la quebrada e imaginarse cómo habría sido perder pie y caer de golpe al río turbulento. Todos los pelos de su pelaje estaban erizados cuando regresaron a la seguridad de la cima del barranco.

– ¿Se han ido?- le preguntó desde atrás Tormenta de Arena.

– Eso creo. Démonos prisa antes de que vuelvan.

Aceleró el paso y brincó por el borde de la quebrada con Tormenta de Arena a su lado. Cuando se detuvo otra vez para buscar patrullas, la guerrera rojiza se dirigió a él.

– Sabes que no tienes que ser tan misterioso con esto, ¿verdad? Ni siquiera le has contado a tu clan la historia completa.

– Los gatos del Clan del Cielo acudieron solo a mí- le dijo Estrella de Fuego.- No es necesario que se lo cuente a todos los gatos. No es que vaya a traer de vuelta al bosque al Clan del Cielo.

– Entonces, ¿de qué va todo esto?- quiso saber Tormenta de Arena con el pelaje del pescuezo empezando a esponjarse.- Si no planeas traer al Clan del Cielo, ¿qué vas a hacer?

– No estoy seguro- contestó Estrella de Fuego- Pero sí sé que el Clan del Cielo necesita ayuda que solo yo les puedo dar.

– ¿Y si eso significa que tienes que compartir con ellos el territorio del Clan del Trueno?

– No significa eso. El gato del Clan del Cielo dijo que habría un lugar en el que pudieran vivir.

Tormenta de Arena no pareció tranquilizarse.

– ¿Y si se equivoca?

Al ver desafío en los ojos verdes de su pareja, Estrella de Fuego

supo que no podía responder.

La quebrada se acabó y los barrancos creaban una pendiente hasta unirse al río otra vez como superficiales orillas arenosas. Estrella de Fuego suspiró de alivio cuando atravesaron las marcas de olor de la frontera y dejaron atrás el territorio del Clan del Viento. Poco después, el páramo dio lugar a tierras de cultivo, pequeños campos separados por senderos Dos Patas y setos; Estrella de Fuego tomó una senda estrecha que transcurría entre un seto y un campo de trigo.

– ¡Huele a esos ratones!- exclamó Tormenta de Arena- ¡Me muero de hambre!

Se arrojó entre los tallos crepitantes y Estrella de Fuego la siguió tras mirar rápidamente alrededor en busca de perros o Dos Patas. Cazó un ratón con un fugaz golpe de pata al pasar junto a un surco y otro más un latido de corazón después. Llevó sus presas al límite del campo y encontró allí ya a Tormenta de Arena, agazapada y preparada para comer.

Estrella de Fuego se unió a ella con las fauces salivándole por el olor a comida. Ninguno de ellos cogería nunca presas de otro territorio, por lo que llevaban sin comer desde esa mañana, desde que salieron del Clan del Trueno. Con el último bocado, Estrella de Fuego se pasó la lengua por las fauces y se desperezó arqueando fuertemente la espalda.

– Descansemos un poco- sugirió- Si esperamos hasta el anochecer no habrá muchos Dos Patas por aquí.

Tormenta de Arena bostezó, murmuró su conformidad y se ovilló sobre una zona iluminada por la luz solar. Tras acomodarse a su lado disfrutando del calor del sol en el pelaje y la confortable sensación de estar saciado, Estrella de Fuego intentó imaginarse como debió

sentirse el Clan del Cielo al pasar por ahí. Debieron estar aterrorizados, expulsados de su hogar y sin una idea clara de a dónde iban.

Y tantos gatos, ¡un clan al completo!, sería extremadamente vulnerable ante los perros y los zorros. Miró alrededor en busca de lugares sombríos bajo los setos por si veía el familiar manto claro y enderezó las orejas para captar el sonido de los lamentos del clan perdido.

Pero todo cuanto oyó fue el susurro del viento en el trigo y los cantos de los pájaros en el cielo. Parpadeó, adormilado, pasó la lengua varias veces por la oreja de Tormenta de Arena y se durmió.

Su sueño se vio interrumpido por fuertes voces. No los gritos de los gatos del Clan del Cielo que huían, sino un sonido real, cercano y que iba ganando volumen por momentos. Estrella de Fuego se levantó de un salto y vio a Tormenta de Arena ya de pie justo a su lado, con el pelaje erizado mientras miraba por encima de los setos. Hacia ellos se dirigían dos jóvenes Dos Patas un perro marrón y blanco. El perro se separó corriendo de sus Dos Patas y volvió brincando a ellos con un torrente de agudos ladridos.

– ¡Dentro del seto!- ordenó Estrella de Fuego.

Con las espinas arañándole el pelaje, aplastó la tropa contra el suelo y se arrastró hasta el medio del seto. Allí comenzó a ascender con las garras por el tronco de un espino blanco apartando a un lado las ramas espinosas para poder pasar.

Tormenta de Arena subía por otro arbusto, pero sus ramas se entrecruzaban tanto que tuvo que detenerse, incapaz de seguir adelante. Su mirada verde, llena de terror y frustración, se cruzó con la de Estrella de Fuego.

El perro gemía alrededor del seto. Estrella de Fuego le vio

intentando adentrarse por un hueco con la cola colgándole y los dientes blancos brillantes.

– Ha captado nuestro olor- susurró Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego buscó una manera de llegar hasta ella y arrastrarla más arroba, pero les separaban demasiadas ramas punzantes.

Las patas delanteras del perro rasgaron la tierra cuando intentó meterse a la fuerza por el hueco para llegar hasta los gatos. Sus fauces se encontraban tan solo a una cola de distancia de las patas traseras de Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego oyó entonces el grito de un Dos Patas. La zarpa de una de ellos apareció por el hueco, agarró el collar del perro y lo arrastró de vuelta. El perro soltó ladridos de protesta. Estrella de Fuego esperó sin apenas atreverse a respirar hasta que los sonidos desaparecieron y se desvanecieron los ojos del perro y los Dos Patas.

– Creo que se han ido- murmuró- Quédate ahí mientras echo un vistazo.

Dejándose trozos de su pelaje llameante en las espinas, se arrastró hasta el límite de los arbustos y miró con cautela. El campo de trigo estaba vacío y los rayos del sol poniente se derramaban sobre él como la miel.

– Todo en orden- maulló Estrella de Fuego al tiempo que echaba la vista atrás para ver a Tormenta de Arena que se aferraba aún a su rama.

Salió un poco más, inhalando profundamente al tiempo que intentaba controlar sus temblores. Lo que había convertido su sangre en hielo era el peligro corrido por Tormenta de Arena y no el suyo. ¿Hubiera sido más fácil hacer el viaje solo sin tener que

preocuparse por otro gato? Pero cuando Tormenta de Arena se unió a él, alterada pero no herida, se guardó aquel pensamiento tan desleal.

***

Caminaron por la noche, bajo la luz de la media luna. Era la mejor hora para viajar sin ser vistos y siguieron adelante hasta que ambos estuvieron demasiado cansados como para dar un paso más. Encontraron un hueco donde dormir entre las raíces de un haya.

Durante los dos días siguientes siguieron el curso del río a través de campos de trigo que se extendían hasta el horizonte y a ambos lados. Al tercer día dejaron los campos y se deslizaron por un hueco en un seto que daba a una extensión de hierba dura que descendía suavemente hasta el río. Unos juncos espesos bordeaban la rivera y los potentes soplos cálidos de viento hacían que traquetearan unos contra otros. Al acercarse, Estrella de Fuego captó el olor a campañol y pájaros acuáticos, y escuchó el crujido de las criaturas pequeñas entre los tallos. El sol se ponía y convertía el río en llamas.

Antes de que se alejaran mucho por la orilla, Estrella de Fuego oyó el rugido de monstruos en la lejanía. Olfateó el aire y olió el familiar hedor intenso.

– Ahí delante hay un Sendero Atronador.

– No debería haber ahora muchos monstruos.

No mucho más tarde, Estrella de Fuego fue capaz de divisar una barrera de árboles, negros contra el cielo escarlata. El sol poniente destellaba sobre los brillantes colores antinaturales de los veloces monstruos. Tras dar la vuelta a un recodo del río vio un puente Dos Patas construido en piedra por donde circulaban a toda velocidad los monstruos.

– El Sendero Atronador pasa por encima del río. Estaremos a salvo si nos quedamos debajo.- Tormenta de Arena sonó complacida.

Pero Estrella de Fuego se sintió intranquilo conforme se acercaban al río. Creaba una sombra oscura sobre el sendero y, al tiempo que declinaba el día, los monstruos iban lanzando rayos brillantes de sus ojos que barrían la rivera. Se quedó completamente inmóvil cuando uno de los rayos los enfocó de lleno y escuchó el resuello de Tormenta de Arena, pero el monstruo se limitó a gruñir y seguir su camino.

Estrella de Fuego emitió un suspiro de alivio.

– No nos ha visto.

– No me gusta esto- maulló Tormenta de Arena- Salgamos de aquí.

Estrella de Fuego le dejó tomar la delantera mientras corrían por debajo del puente.

Las rocas estaban húmedas y el agua goteaba del arco al río. En las profundidades de las sombras, Estrella de Fuego vio los rayos resplandecientes de otro monstruo que se aproximaba a toda velocidad por el Sendero Atronador sobre sus cabezas. De pronto, su rugido los envolvió levantando ecos y más ecos desde la roca hasta el agua.

Estrella de Fuego se quedó paralizado al imaginarse las inmensas fauces de la criatura abriéndose para tragárselos.

Tormenta de Arena emitió un grito lleno de terror.

– ¡Corre!

El miedo inundó a Estrella de Fuego; sus patas le impulsaron hacia delante hasta verse corriendo por la rivera. Huyó a lo largo del borde de juncos hasta que dejó bien atrás el puente y ya no oyó a

los monstruos de arriba por encima de su propia respiración agitada.

Solo el cansancio extremo le detuvo. Se paró, resollando, en la orilla con las patas doloridas y todo el pelo de su manto erizado.

Tormenta de Arena se agachó a su lado al tiempo que lanzaba una mirada hacia el camino por el que habían venido con la cola agitándose fuertemente.

– ¿Estás bien?- le preguntó cuando recuperó el aliento.

Estrella de Fuego intentó aplanarse el pelaje.

– Pensé que éramos carroña. Y me parece que he perdido cada ápice de piel de mis almohadillas. No sé si podremos avanzar mucho más esta noche.

Los ojos de Tormenta de Arena destellaron en la oscuridad reinante y abrió las fauces para olfatear el aire.

– Espera aquí- indicó antes de desaparecer entre los juncos en dirección al borde del agua.

– ¿Qué…?- Estrella de Fuego se interrumpió al darse cuenta de que se había ido.

Cayó sobre su costado y se lamió las almohadillas doloridas hasta que reapareció su pareja con un montón de hojas anchas en las fauces.

– Es acedera- anunció arrojando las hojas al lado de Estrella de Fuego- Frótatelas en las almohadillas. Carbonilla dijo que no hay nada mejor para el dolor.

– Gracias- Estrella de Fuego le guiñó un ojo agradecido y se frotó las almohadillas con la superficie de la hoja. El jugo fresco suavizó la incomodidad y abrió las fauces con un bostezo; estaría bien dormir, pero aún quedaba luz en el cielo y sabía que debían llegar tan lejos como pudieran.

El río trinaba velozmente en los rápidos, más estrecho allí que

cuando discurría por el bosque. Mirando el camino por el que habían venido, Estrella de Fuego solo vio a un único guerrero del Clan Estelar que resplandecía en el cielo. Justo bajo él, las colinas se alzaban como dientes serrados y el líder se dio cuenta de que estaba viendo la parte de atrás de las Rocas Altas; aquel último atisbo del mundo que conocía le hizo sentirse más solo y perdido que nunca.

Sacudió la cabeza y se levantó.

– Las hojas de acedera han hecho maravillas- maulló- Vamos. Será mejor que intentemos avanzar un poco más.

Tormenta de Arena frotó sus almohadillas con las hojas y se incorporó para seguirle. En vez de sentirse reconfortado por su presencia, Estrella de Fuego se preguntó si la gata comprendía qué le instaba a realizar aquel viaje y si se lamentaba de haberse ido de casa, del Clan del Trueno.

Cesó la brisa; aunque el sol ya había desaparecido, la noche seguía siendo cálida y pegajosa. Las nubes se amontonaron en el cielo y se extendieron hasta cubrir la luna y las estrellas.

– No puede ver ni mis patas en frente de mí- murmuró Estrella de Fuego- A este paso acabaremos en el río.

– Será mejor que nos detengamos a pasar la noche- maulló Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego apenas veía su pálida figura rojiza en la penumbra ni su cabeza levantada para olfatear el aire.

– Hay un fuerte olor a campañol- agregó- ¿Y si yo cazo mientras nos buscas un lugar donde dormir?

– De acuerdo- Estrella de Fuego sabía que su pareja era la mejor cazadora del Clan del Trueno- Pero no te alejes mucho.

– No lo haré.- Tormenta de Arena se deslizó entre la oscuridad.

Más por olor que por vista, Estrella de Fuego encontró una mata de juncos sobre la que giró, justo en el centro, para aplastarlos hasta formar un lecho improvisado. Suspiró al recordar la comodidad de su guarida bajo la Peña Alta.

Antes de que acabara, reapareció Tormenta de Arena con dos campañoles, colgándole de las fauces. Los dejó en el suelo y empujó uno hacia Estrella de Fuego.

– Al menos no nos vamos a morir de hambre.- maulló.- Hay presas de sobra y actúan como si no hubieran visto un gato antes.

Así que el Clan del Cielo no cazaba en esa zona, pensó Estrella de Fuego mientras devoraba su campañol. Aún quedaba mucho camino que andar.

Se ovilló con la cola enroscada sobre la nariz e intentó dormirse en la oscuridad sofocante. A pesar de que Tormenta de Arena estaba tumbada tan cerca que sus pelajes se rozaban, la sentía más lejana que las estrellas ocultas.

# Capítulo 11

Unos graznidos estridentes resonaron en las orejas de Estrella de Fuego. Se levantó de un salto al tiempo que miraba afanosamente alrededor hasta ver a un pato en el agua, junto a un lecho de juncos. Mientras lo observaba, el animal despegó acelerando casi a ras del río con un zumbido de alas. En ese mismo instante, Estrella de Fuego

sintió como se agitaba la tierra a causa de las fuertes pisadas de unos pies Dos Patas.

Tormenta de Arena levantó la mirada.

– ¿Qué…?

Estrella de Fuego le abofeteó la boca con la punta de la cola.

– ¡Chist! Dos Patas.

Se asomó por entre los juncos y vio a tres Dos Patas machos que caminaban por la rivera en su dirección. Todos llevaban aquellas varas largas y finas que usaban para sostener sobre el agua y capturar peces. Para su inmenso alivio no vio ni rastro de perros.

Estrella de Fuego se quedó muy quieto mientras los Dos Patas pasaban de largo su escondrijo y desaparecían rio abajo. Luego, llamó con la cola a Tormenta de Arena.

– Salgamos de aquí.

Con su pareja en los talones, corrió rápidamente por la orilla a la sombra de los juncos hasta que dejó atrás el olor a Dos Patas.

Solo entonces se detuvo para recuperar el aliento al tiempo que analizaba el cielo con nerviosismo. Aún lo cubrían unas nubes gruesas, de un gris amarillento que parecían tan bajas que rozaban las copas de los árboles. El aire era más caliente que la noche anterior y estaba completamente inmóvil.

– Se acerca una tormenta- maulló Tormenta de Arena- Caerá antes del anochecer.

Estrella de Fuego asintió.

– Será mejor que nos pongamos en marcha, pues y tan rápido como podamos.

Así lo hicieron, lado a lado, manteniendo un paso regular y con grandes zancadas. A pesar de lo que había dicho acerca de la necesidad de darse prisa, en cuanto pensó en lo que podría estar

pasando en el bosque, todo el valor de Estrella de Fuego pareció disiparse de sus patas y le resultaba cada vez más difícil no darse la vuelta y regresar corriendo a su clan. ¿Y si había vuelto el tejón? ¿Cómo reaccionarían los otros clanes en cuanto supieran que se había ido?

Tan solo unas lunas antes todos se habían unido contra el Clan de la Sangre pero, ¿cuánto tiempo sobreviviría aquella alianza?

Estrella Leopardina no duraría en robar de nuevo las Rocas Soleadas si se sentía con confianza suficiente, mientras que Estrella Negra aprovecharía cualquier oportunidad para extender el territorio del Clan de la Sombra.

De pronto, Estrella de Fuego se sintió aterrado y expuesto; había dejado atrás el bosque y el código del guerrero y ya no estaba seguro de saber el por qué.

Quería compartir esos miedos con Tormenta de Arena, pero cada vez que la miraba y la veía caminando a su lado con la mirada verde fija intensamente en el camino adelante, las palabras morían en su garganta.

No se atrevía siquiera a preguntarle si había tomado la decisión incorrecta por si decía que sí.

Mientras continuaban por la rivera el aire parecía hacer más cálido y opresivo. Estrella de Fuego resollaba de sed, una sed que el agua del río solo sofocó por unos latidos de corazón.

Tormenta de Arena sorprendió a un campañol que se deslizaba de un agujero en la orilla hacia el agua, lo lanzó al aire y lo mató al tiempo que volvía a caer al suelo.

– ¡Buena captura!- exclamó Estrella de Fuego.

Los ojos de Tormenta de Arena destellaron de orgullo mientras arrastraba la carne fresca hasta él para poder compartirla. Durante

unos instantes, Estrella de Fuego se vio reconfortado por la sensación de su viejo compañerismo, pero aún no se sentía con ganas de compartir sus preocupaciones con su pareja. ¿Y si insistía en volver al bosque?

Apenas se habían puesto en marcha tras comer cuando Estrella de Fuego captó un fuerte olor a perro proveniente de más adelante y escuchó unas voces Dos Patas. Tormenta de Arena las oyó también. La llamó con un movimiento brusco de cola y se alejó a la carrera del río hasta una mata de saucos que crecían a unos zorros de distancia de la orilla. Estrella de Fuego la siguió, ascendió por uno de los troncos y se agazapó al lado de Tormenta de Arena, sobre una de las ramas más bajas.

Entre las hojas vio a un par de Dos Patas que pasaron bajo ellos con dos perros que brincaban a su alrededor. De pronto, uno de ellos salió disparado hacia los árboles, ladrando con fuerza.

– Nos ha olido- maulló Estrella de Fuego.

Notó como se tensaba Tormenta de Arena; sus labios se contrajeron en un gruñido y sus garras arañaron la rama.

En ese momento gritó uno de los Dos Patas. El perro derrapó hasta detenerse y luego se volvió trotando y lanzando una o dos miradas sobre el hombro mientras se marchaba.

– Hasta nunca- murmuró Tormenta de Arena.

Mientras aguardaban a que se alejaran los Dos Patas y sus perros, Estrella de Fuego se asomó desde su asidero para poder ver mejor lo que había río arriba.

– Guaridas de Dos Patas- maulló.

Disgustada, Tormenta de Arena bufó.

– Supongo que nuestra suerte no podía durar mucho. Dondequiera que haya Dos Patas siempre hay problemas.

Desde el sauco, Estrella de Fuego solo veía las cimas de las guaridas Dos Patas pero la primera de ellas apareció por completo cuando Tormenta de Arena y él continuaron rio arriba, muy cerca del borde del río.

– ¡Mira eso!- Tormenta de Arena se detuvo con un disgustado movimiento de cola.- Es un enjambre de Dos Patas.

Estrella de Fuego se detuvo a su lado, intrigado. La mayoría de las guaridas solo contenían a un Dos Patas y su pareja y, puede, que a sus crías. Pero había más que dos a las afueras de esa guarida, demasiados como para contarlos. La mayoría de los adultos estaban sentados y comían comida Dos Patas mientras sus crías corrían entre chillidos a lo largo del río para arrojar piedras al agua. Algunos de los Dos Patas les gritaron pero las crías no les hicieron caso.

– ¿Es que ni siquiera entrenan a sus crías?- preguntó Tormenta de Arena en un suspiro.

– Si nos quedamos en la rivera tendremos que pasar por el medio- maulló Estrella de Fuego- No hay duda de que nos verán. Tenemos que rodearles.

Una valla blanca que llevaba hasta el río circundaba la guarida y a los Dos Patas. La evitaron y Estrella de Fuego los condujo orilla arriba y por la parte trasera de la guarida. Cerca de la pared, donde hubiera esperado encontrar un jardín, había un espacio abierto y cubierto por la misma cosa negra y dura de los Senderos Atronadores. Unos cuantos monstruos se agazapaban allí.

– ¿Están dormidos?- susurró Tormenta de Arena.

Como si respondiera a su pregunta, uno de los monstruos emitió un rugido gutural y comenzó a alejarse lentamente de los otros hasta atravesar un hueco en la valla y llegar a un pequeño Sendero Atronador. Luego, ganó velocidad y se alejó a la carrera al tiempo

que sobrepasaba a otros dos monstruos que entraban.

Estrella de Fuego notó como se le erizaba el pelaje. Ya era suficientemente malo tener que cruzar un Sendero Atronador pero, allí, parecía que los monstruos agazapados le observaban, listos para saltar en cuanto se adentrara en la superficie dura.

Se arrastró hasta el límite del Sendero Atronador colocando cada pata tan suavemente como si estuviera acechando a un ratón y con el pelaje del estómago rozando la hierba. Unos cuantos matorrales proporcionaban algo de cobijo al otro lado, pero no se atrevió a correr aún hacia ellos. Podía oír el rugido de otro monstruo y, un par de latidos de corazón después, pasó como una exhalación por el Sendero Atronador, redujo la velocidad ante el hueco de la valla y se puso a dormir al lado de los otros, cerca de la guarida. Un par de Dos Patas salieron de su estómago.

– Corre cuando te lo diga.- le murmuró a Tormenta de Arena.

– Vale, vamos- contestó con tono crispado.

La mirada de Estrella de Fuego se posó sobre la guarida del Sendero Atronador y otra vez atrás. Todo estaba en calma.

– Vale, ¡ahora!

Se lanzó hacia adelante al lado de Tormenta de Arena. En ese mismo instante, cerca de la guarida, uno de los monstruos se despertó con un súbito rugido. Estrella de Fuego aceleró bruscamente y se arrojó entre los arbustos donde cerró los ojos con fuerza e intentó dejar de temblar.

– ¡Nos ha visto!- jadeó Tormenta de Arena al tiempo que se abría paso en el refugio para llegar hasta él.- Pero aquí no pude seguirnos.

Estrella de Fuego deseó que tuviera razón. Cuando abrió los ojos y se asomó entre las hojas, atisbó el resplandeciente color del

monstruo mientras merodeaba hacia el Sendero Atronador y se detenía. ¿Intentaba olerlos? Aunque sería muy difícil para un monstruo oler algo que no fuera su propio hedor nauseabundo. De todas formas, la respiración de Estrella de Fuego no se calmó hasta que el monstruo se decidió y se marchó con su rugido perdiéndose en la distancia.

– Vale, vámonos- maulló. Le hubiera gustado descansar un poco, pero odiaba aquella guarida extraña llena de Dos Patas y sus monstruos que parecían haber aprendido a cazar.

Tormenta de Arena murmuró su aceptación; ambos se abrieron paso por los matorrales hasta que alcanzaron el río. El pelaje de Estrella de Fuego no se relajó hasta que dieron la vuelta a una cuerva y dejaron bien atrás la guarida Dos Patas.

Para cuando la siguiente guarida apareció a la vista, Estrella de Fuego supuso que ya había pasado hacía mucho el mediodía, aunque no había sol. Las nubes se habían oscurecido y se había levantado un viento fuerte que traía consigo el olor a lluvia. En el río aparecieron ondas salpicadas de blanco; Estrella de Fuego escuchó el estruendo de un trueno en la lejanía. La tormenta descargaría pronto.

Tormenta de Arena se detuvo para olfatear el aire.

– ¡Ratones!- exclamó.- Y el olor viene de esa guarida.

– ¿Estás segura?- le preguntó Estrella de Fuego.

Se quedó callado ante la mirada mordaz de Tormenta de Arena. Sin molestarse siquiera en responder, comenzó a acercarse sigilosamente a la guarida.

– ¡Ey! ¡Espera!- Estrella de Fuego echó a correr para alcanzarla.- No sabes lo que hay dentro.

– Pero si se lo que no hay. No huelo a Dos Patas ni a perros.- suspiró Tormenta de Arena- Estrella de Fuego, ¿quieres carne fresca

o no?

Estrella de Fuego admitía que su estómago aullaba de hambre. Durante todo el día se habían dedicado únicamente a evitar a los Dos Patas. No habían tenido oportunidad de cazar.

– Vale pero…

Tormenta de Arena se rondó un poco más cerca de la guarida sin prestarle atención.

Estrella de Fuego la siguió y se dio cuenta de que tenía razón con respecto al olor: muchos ratones pero sin rastro de Dos Patas o perros. La guarida parecía abandonada. La puerta estaba combada, abierta, y los agujeros cuadrangulares de la pared eran oscuros y estaban vacíos. En algún momento hubo una valla de madera alrededor del jardín, pero la gran mayoría se había roto y podrido mientras que el mismo jardín parecía descuidado.

Tormenta de Arena se arrastró hasta la puerta y se detuvo para olfatear el aire antes de deslizarse al interior. Estrella de Fuego la siguió y nada más entrar le inundó el fuerte aroma a ratón.

Dentro, la luz era gris y fría, y se filtraba a través del aire polvoriento. Una gruesa capa de polvo y escombros cubría el suelo. Al otro lado, otras dos puertas se abrían a dos guaridas independientes mientras que justo enfrente una pendiente desnivelada conducía a un nivel superior. Tormenta de Arena comenzó a subirla.

– Ten cuidado- le advirtió Estrella de Fuego.

Ella retorció la cola.

– Quédate aquí y vigila.

Estrella de Fuego aguardó al inicio de la pendiente hasta que Tormenta de Arena desapareció. Entonces, con las orejas enderezadas en busca de sonidos de peligros, caminó por las

guaridas vacías. Cada pequeño movimiento levantaba ecos; Estrella de Fuego se vio de pronto recordando su vida con los Dos Patas, antes de poner las patas en el bosque. Su guarida había sido cálida y confortable, y los suelos los recubría un relleno grueso que sofocaba todos los sonidos.

Los huecos en los muros estaban llenos de algo tan resplandeciente como el hielo, y los pelajes se colgaban allí para cogerlos a la noche. Los Dos Patas habían dormido en una guarida en el nivel más alto mientras que él se quedaba en… ¿Cómo se llamaba la guarida donde comía?

Ah, si… La cocina.

La palabra desconocida brotó de pronto en su mente mientras permanecía de pie en la guarida. Los retazos de recuerdos se convertían ahora en una riada; Estrella de Fuego pensó en Hattie y Tiznado que vivían felices con sus amos. ¿Él también habría sido feliz si se hubiera quedado, si nunca hubiera conocido la excitación de perseguir a una presa en las susurrantes sombras de las hojas, si nunca se hubiera ovillado en la guarida de los guerreros, al lado de sus compañeros, o si nunca hubiera luchado por su Clan o aceptado el peso de ser su líder?

No. Incluso allí, en la guarida Dos Patas, había caminado por el bosque en sueños. Cuando se unió al Clan del Trueno supo que había encontrado el lugar al que pertenecía. Pero si tanto significaba para él el Clan del Trueno, ¿por qué se marchaba para ayudar a un clan expulsado del bosque hacía tanto tiempo que nadie lo recordaba ya? ¿Bastaba con que pensara que estaba haciendo lo correcto?

Se sobresaltó ante el sonido de unos pasos tras él y se giró de golpe a tiempo de ver a Tormenta de Arena entrando en la cocina con el cuerpo inerte de un ratón en las fauces.

– Pareces estar pensando en muchas cosas- maulló mientras dejaba la carne fresca en el suelo- ¿Qué ocurre?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

– Nada importante.

Tormenta de Arena le sostuvo la mirada un latido de corazón, como si no le acabara de creer, pero no dijo nada más.

Lado a lado, compartieron el ratón. Afuera, el viento se hacía más fuerte, golpeaba la guarida y arrojaba lluvia lacerante contra los muros y a través de los huecos que salpicaba el polvo del suelo.

– Tal vez deberíamos quedarnos aquí esta noche- sugirió Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego sabía que tenía razón. Podían coger más presas y dormir profundamente hasta que pasara la tormenta. Pero los muros de la guarida Dos Patas parecían cerrarse sobre él. No soportaba quedarse dentro más tiempo mientras luchaba contras sus viejos recuerdos.

¡Ya no era un minino doméstico y aquel no era su hogar!

– No- maulló- Aún no ha oscurecido. No podemos desperdiciar lo que queda de día.

Tormenta de Arena se dispuso a replicar, pero algo en el rostro de Estrella de Fuego la disuadió, pues le siguió sin rechistar mientras él los conducía fuera de la guarida.

El viento golpeó a Estrella de Fuego en cuanto salió. La lluvia le abofeteó en la cara y empapó su pelaje en cuestión de latidos de corazón.

Sabía que sería más lógico quedarse dentro, pero el orgullo no le permitía cambiar de opinión. Agachó la cabeza y peleó contra el viento hasta la orilla.

El río había cambiado desde que Tormenta de Arena y él

entraran en la guarida. El nivel del agua había subido mucho más y se revolvía en olas de un marrón lodoso que impactaban contra la cima de la orilla. El viento azotaba los juncos, casi aplastándolos; los tallos laceraron el pelaje de los gatos con punzantes golpes mientras luchaban en la penumbra. La luna pálida se asomaba lastimeramente entre las nubes y su tenue luz era insuficiente para guiar sus pasos.

Estrella de Fuego escuchó un siseo furioso de Tormenta de Arena y supo que pensaba que debían buscar un refugio, pero también sabía que era demasiado tozuda como para pedirlo una segunda vez. Estaba desesperado por seguir adelante a pesar del clima y encontrar al Clan del Cielo para tranquilizarse con el pensamiento de que había hecho lo correcto al salir del bosque.

Pronto, el río se alzó aún más y se desbordaba sobre los juncos y se arremolinaba entre las patas de los gatos. En la zona más alejada del río, unos arbustos les impedían el paso con sus espinosas ramas demasiado juntas unas de otras como para encontrar un hueco entre ellas. Los relámpagos caían desde el cielo, seguidos casi inmediatamente por el estallido del trueno sobre sus cabezas, tan fuertes como si el cielo se estuviera haciendo pedazos. La gélida luz convertía la lluvia en plata y resplandecía cegadora sobre los pelajes empapados y aplastados de Estrella de Fuego y Tormenta de Arena.

En el siguiente fogonazo, Estrella de Fuego miró al cielo y creyó ver la cara del gato del Clan del Cielo en las purpúreas nubes rodantes. Antes de poder estar seguro, la cara se transformó en la de Estrella Azul.

A Estrella de Fuego le pareció que le miraba con una expresión suplicante, como si temiera por sus antiguos compañeros y quisiera

que dieran media vuelta. Estrella de Fuego quiso gritarle una pregunta pero en ese instante un relámpago volvió a hender el cielo y la cara se desvaneció.

No podemos volver, se dijo a sí mismo. No ahora que hemos llegado tan lejos.

Continuó chapoteando con la cabeza agachada y la cola arrastrándole bajo la lluvia torrencial. De pronto, un oleaje se derramó sobre el camino.

Derribó a Estrella de fuego que abrió las fauces para advertir a Tormenta de Arena con un grito solo para tragar agua gélida cuando su cabeza quedo sumergida.

Pateando con fuerza luchó por salir de allí. Al principio, cuando su cabeza surgió de la superficie, solo vio olas violentas. Entonces atisbó los arbustos de la orilla y nadó hacia ellos. El frío entumecía sus patas y su pelaje empapado pesaba sobre él. El oleaje comenzó a retroceder, alejándole de los arbustos una vez más. Estrella de Fuego nadó con mayor desesperación, aterrorizado de ser empujado hacia el río turbulento.

Justo entonces, sus patas tocaron tierra. Clavó las garras y se las apañó para aferrarse allí mientras la ola barboteaba apartándose de él y dejándole en un charco de agua que le llegaba hasta el pelaje del estómago. Se sacudió de frío y horror y miró atrás.

– ¡Tormenta de Arena!- gritó.

No obtuvo respuesta y al principio no pudo ver a su pareja. La vio después, aferrada con uñas y dientes a una raíz sobresaliente a unas colas de distancia río abajo. Mientras Estrella de Fuego vadeaba hasta ella, la gata se levantó y escupió agua de río.

– ¿Estás bien?- resolló Estrella de Fuego.

– ¿A ti qué te parece?- le siseó Tormenta de Arena al tiempo que

agitaba bruscamente la cola.- Podríamos haber acabado ahogados. ¿Por qué no me escuchas por una vez en lugar de ser tan cabezota?

La culpa se adueñó de Estrella de Fuego como si fuera otra ola. Tormenta de Arena tenía razón; si se hubieran quedado en el refugio proporcionado por la guarida abandonada podrían estar ahora calentitos y seguros.

– Lo siento…

– ¡Las disculpas no cazan presas!- le replicó Tormenta de Arena.- Admítelo, Estrella de Fuego, no me quieres aquí.

– ¡Eso no es cierto!- protestó Tormenta de Arena.

– ¡No te creo!- Tormenta de Arena fijó su mirada en él y agregó con mayor suavidad- Sé que me quieres, Estrella de Fuego pero, ¿de qué sirve? ¿A caso no preferirías que fuera Jaspeada quien estuviera aquí ahora?

La pregunta pilló a Estrella de Fuego por sorpresa. ¿Cómo sería tener a la curandera a su lado? ¿Sería ella capaz de convencerle de que estaba haciendo lo correcto?

Mientras dudaba, la furia se disipó en los ojos de Tormenta de Arena, una furia que fue reemplazada por una mirada de terror.- No digas nada, Estrella de Fuego- maulló- Ya sé cuál va a ser tu respuesta.

– No, no quería…

Sin escucharle, Tormenta de Arena dio media vuelta y se alejó a la carrera por el camino por el que habían venido con las patas salpicando por el sendero inundado.

– ¡Tormenta de Arena, espera!- gritó Estrella de Fuego. Se obligó a trotar por el agua hasta alcanzar a la gata que huía,- Tienes que escucharme.

Tormenta de Arena se enfrentó a él.

– ¡No quiero escucharte!- siseó- Me voy a casa. Sé que no me quieres aquí. Nunca me has querido tanto como quisiste a Jaspeada.

– ¡Solo es diferente!- protestó Estrella de Fuego- No puedes pedirme que escoja entre vosotras dos. Ambas me importáis y…

Un relámpago tronó otra vez en el cielo e impactó como un haya de la cima de la orilla. Resonó el trueno y le respondió un profundo gemido proveniente del árbol. La copa se inclinó, despacio al principio y luego más y más rápido hasta que el árbol cayó sobre el río con las ramas más altas golpeando la otra orilla. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se apartaron de un salto cuando las duras ramitas lacerantes cayeron sobre el camino donde estaban.

Los dos gatos se agacharon en el sendero inundado hasta que desapareció el sonido. Mientras el árbol caído se agitaba hasta quedar en silencio, Estrella de Fuego se incorporó.

– Espérame aquí- maulló- Voy a investigar al otro lado. No parece estar tan mojado.

Durante unos instantes, Tormenta de Arena se le quedó mirando en silencio. Su mirara era fría, como si no estuviera de humor para obedecer su orden.

Estrella de Fuego se preguntó qué haría en caso de que siguiera insistiendo en irse.

Y, de pronto, asintió.

– Vale.

El árbol caído parecía haber puesto fin a la discusión, al menos por ahora. Estrella de Fuego susurró las gracias silenciosamente al Clan Estelar al tiempo que escalaba hasta el tronco del árbol e intentaba clavar las garras en la suave corteza gris.

Los primeros pasos fueron fáciles pero conforme el tronco se hacía más estrecho, este comenzó a botar bajo el peso de Estrella de

Fuego. Una vez alcanzó las ramas se vio obligado a ascender por ellas. Clavó aún más fuerte las garras, aterrorizado antes la idea de resbalar y caer la corriente turbulenta. Dio un respingo cuando el agua salpicó entre las ramas y sintió el oleaje del río negro arremolinarse alrededor de sus patas. Se abrió paso hasta la seguridad del otro lado medio cegado por los matojos de hojas. Las ramitas laceraron su rostro y se le clavaron en el pelaje. Por un latido de corazón se quedó paralizado cuando el tronco se agitó bajo sus patas. Contrajo los músculos y dio un salto para salvar la distancia entre las delgadas ramas superiores y aterrizar a salvo al otro lado.

La orilla a ese lado era más alta y el agua levantaba sonidos de succión a apenas unos ratones de distancia de la cima. Los árboles extendían sus ramas sobre ella proporcionando así algo de cobijo de la lluvia torrencial. Estrella de Fuego respiró entrecortadamente un par de veces antes de volverse hacia Tormenta de Arena que aún esperaba en la orilla opuesta.

– No pasa nada- le gritó- Puedes…

Un sonido atronador le interrumpió. Al principio creyó que se trataba de un trueno pero se fue haciendo más y más fuerte. Tormenta de Arena miraba río arriba con los ojos ensanchados de terror.

Estrella de Fuego dio media vuelta. Una ola inmensa cuyo rugido era mayor que el de cualquier monstruo, de color marrón y recubierta de espuma, se precipitaba hacia ellos.

Estrella de Fuego emitió un aullido de pánico. Corrió como una exhalación hasta el árbol más cercano, saltó a él y le clavó las garras. Y la ola cayó sobre él. Pasó a su lado al tiempo que se arremolinaba entre el tronco del árbol a apenas una cola de distancia bajo él. Chorros de agua salpicaron su pelaje. Estrella de Fuego se

quedó allí colgado hasta que la ola pasó de largo. Cuando descendió, observó con horror el río. Había arrastrado el árbol caído.

¿Cómo iba a cruzar ahora Tormenta de Arena?

Mientras buscaba por la orilla opuesta una gélida garra se le clavó en el corazón. Tormenta de Arena había desaparecido.

# Capítulo 12

– ¡No!- gritó Estrella de Fuego- ¡Tormenta de Arena! ¿Dónde estás Tormenta de Arena?

No obtuvo respuesta. Estrella de Fuego recorrió la orilla de arriba abajo gritando sin cesar el nombre de su pareja. No veía señales de ella, ni rastro de su pelaje rojizo entre los escombros amontonados en la orilla opuesta.

Corrió río abajo trastabillando sobre las rocas resbaladizas por el agua. Desesperado, escudriñó las orillas y también el agua agitada convencido de que cada trozo de escombro podía ser su amada compañera.

Al final tuvo que parar con los costados alterados y las patas en carne viva y sangrantes. Sobre una piedra bajó la mirada al agua negra y arremolinada que tenía a una cola de distancia. Si Tormenta de Arena había muerto nunca, jamás, se lo perdonaría.

¡Estúpida excusa de gato!

Obviamente, la cara de Estrella Azul entre las nubes había sido una advertencia pero él la había ignorado. Había estado tan centrado en la búsqueda del Clan del Cielo que había olvidado lo que le debía a Tormenta de Arena.

Cualquier cosa que le hubiera pasado, bien se hubiese ahogado o bien estuviera herida en alguna parte, era su culpa. Emitió un gemido de pesar. ¿Cómo había dejado que Tormenta de Arena pensara que prefería estar con Jaspeada? Era a ella a quien amaba y daría lo que fuera por revivir aquel momento para enviarla por el tronco antes que él.

Aún seguía lloviendo pero más suavemente; siseaba al caer en el río y los truenos se habían alejado en el horizonte. La penumbra del día se iba convirtiendo en un crepúsculo. Estrella de Fuego quería seguir adelante, pero sabía que no podría buscar bien en la oscuridad. Fácilmente podría pasar de largo a Tormenta de Arena si se encontraba inconsciente.

Cada paso era una tortura pero aún así se arrastró bajo la roca sobresaliente y se ovilló. El agotamiento lo cubrió por entero, como las aguas negras del río, y le arrastró a un descanso frío y sin sueños.

La luz clara se reflejó en la superficie del agua y despertó a Estrella de Fuego. Salió arrastrándose y tembló contra el viento.

Las nubes pasaba a la carrera por encima de su cabeza, partiéndose de vez en cuando para mostrar tras ellas un cielo azul; el sol se encontraba aún en su camino hacia el mediodía. La tormenta había pasado. Su pelaje estaba casi seco aunque los pelos se le apelmazaban a montones.

Durante un latido de corazón, Estrella de Fuego inspiró el aire límpido mientras se preparaba para la siguiente etapa del viaje. Y,

entonces, los recuerdos le golpearon como el mazazo de la pata de un tejón. Tormenta de Arena había desaparecido.

Todo cuanto importaba ahora era encontrar a su compañera. No podía marcharse sin ella; tendría que retroceder sobre sus huellas río abajo.

Estrella de Fuego se quedó de pie sobre el borde del río y miró la otra orilla en un intento de calcular las distancias. Sus instintos le decían que se tirara a él y nadara, pero se contuvo. El río aún estaba lleno y fluía demasiado rápido incluso para que lo cruzara a salvo un gato del Clan del Río. Con un suspiro, comenzó a caminar por la orilla.

No tardaron en aparecer más rocas frente a él, demasiado escalonadas como para que Estrella de Fuego pasara sobre ellas. Tuvo que alejarse del río. Tras ascender por una pendiente escalonada deambuló por entre la hierba alta que bordeaba un campo. Los tallos se inclinaban por el peso de las gotas de agua que volvieron a empapar su pelaje al pasar entre ellos. A cada paso miraba hacia el río por entre la fina línea de árboles al tiempo que buscaba signos de aquel pelaje rojizo tan familiar.

Las nubes comenzaron a disiparse y sol brilló con mayor fuerza, filtrándose en el pelaje empapado de Estrella de Fuego. El olor a presas flotó has él desde el campo, pero lo ignoró. Mientras cojeaba, atisbó otro árbol caído en diagonal sobre el río, pero unas cuantas colas de distancia separaban sus ramas más altas de la rivera, por lo que Estrella de Fuego no se atrevió a arriesgarse a cruzarlo. Aceleró el paso cuando vio un puente Dos Patas de madera estrecho pero se detuvo, frustrado, en cuando se dio cuenta de que la sección centrar estaba rota y dejaba un hueco demasiado grande como para saltarlo.

El sol casi se había puesto cuando llegó a otro puente. Sus patas le instaban a cruzarlo, pero unos Dos Patas le bloqueaban el camino: dos adultos y una cría. Un perro caminaba junto a ellos.

El pelaje del pescuezo de Estrella de Fuego se erizó y se agachó entre la hierba; y entonces se dio cuenta de que el perro era viejo y estaba gordo, e iba atado a la cría Dos Patas con algún tipo de zarcillo. Aquello significaba que no supondría un problema siempre y cuando corriera lo suficiente.

Estrella de Fuego inspiró profundamente y se lanzó como una exhalación por la orilla y por el puente al tiempo que zigzagueaba entre las patas de los Dos Patas.

Oyó el ladrido de sorpresa del perro. Uno de los Dos Patas le gritó, pero Estrella de Fuego no miró atrás. Derrapó en el último tramo del puente y se arrojó con el corazón desbocado bajo el refugio proporcionado por los arbustos.

Cuando se atrevió a asomarse vio a los Dos Patas que miraban en su dirección al viejo perro tirando de su zarcillo pero, tras unos momentos, siguieron su camino por la otra orilla y río abajo. Estrella de Fuego suspiró de alivio. Una vez desaparecieron de la vista, salió y retomó el camino.

La tierra bajo sus patas estaba cubierta por lodo pegajoso y escombros diseminados sobre él. La ola gigantesca debía haber llegado hasta los arbustos; Tormenta de Arena no habría tenido oportunidad de escapar de ella.

Estrella de Fuego la buscó y la buscó al tiempo que temía ver el pelaje rojizo y sin vida atrapado en una rama o aplastado contra una roca. El sol ya casi había desaparecido cuando llegó a la guarida Dos Patas abandonada. Bajo el crepúsculo, atravesó el camino con la esperanza aleteándole en el corazón. Tormenta de Arena había

querido cobijarse allí; si había sobrevivido podría haber pasado la noche en su interior. Pero cuando llegó a la puerta, Estrella de Fuego solo captó su olor junto con el suyo muy tenuemente y ya viejo.

Incapaz de darse por vencido sin buscar, se deslizó al interior de la guarida. El polvo se levantó bajo sus patas, lacerándole la nariz.

– ¿Tormenta de Arena?- la llamó.

No obtuvo respuesta. Tambaleándose de cansancio, Estrella de Fuego se arrastró hasta la pendiente desigual y exploró las guaridas superiores pero allí, el olor de Tormenta de Arena también era viejo.

Se vio abrumado por el miedo y el dolor; se ovilló en el suelo desnudo de madera y cerró los ojos, aunque el sueño se resistía a llegar. Cuando por fin le envolvió la inconsciencia, su descanso se vio perturbado por recuerdos fragmentados de su vida con los Dos Patas, como si nunca se hubiera ido para convertirse en guerrero o conocido el placer de liderar a su clan.

Se despertó, tembloroso, a la luz gris del amanecer. Al bajar la pendiente otra vez, su corazón dio un vuelvo cuando oyó un movimiento proveniente de la cocina Dos Patas. Sin detenerse a olfatear los olores, se apresuró a entrar por la puerta.

– ¿Tormenta de Arena?

Un fiero gruñido le detuvo de golpe. Un zorro levantó su morro salpicado de rojo del pichón que se estaba comiendo, enseñándole unos dientes sangrientos y llenos de plumas.

Estrella de Fuego retrocedió lentamente hasta alcanzar la puerta exterior. Solo entonces dio media vuelta y huyó, corriendo por el camino con el estómago rozándole el suelo y la cola ondeando tras él. Se preparó para sentir el aliento cálido del zorro en su cuello y sentir sus dientes tocándole el pellejo del pescuezo, pero llegó hasta

la rivera sin daños. Resollando, miró atrás. El zorro no le había perseguido.

Estrella de Fuego trotó por la orilla hasta alcanzar la otra guarida Dos Patas, esa en la que el monstruo casi los coge.

Girando una curva del río se detuvo, sorprendido. Ahí donde antes estuvieron los Dos Patas y sus crías había ahora una gran extensión de agua, inmóvil y de un gris plateado, que se derramaba desde el río y se encharcaba alrededor de la guarida. Unas cuantas cosas Dos Patas flotaban tristemente en su centro. Cerca de la guarida había unos dos o tres Dos Patas que miraban al agua y gemían.

Con un ojo en los Dos Patas por si le veían, Estrella de Fuego evitó el borde del agua esperando poder cruzar el Sendero Atronador tras la guarida tal y como habían hecho Tormenta de Arena y él antes. Pero la inundación había llegado mucho más lejos de lo que pensaba. El mismo Sendero Atronador estaba sumergido.

Estrella de Fuego merodeó por entre la tierra inundada, resbalando en los huecos lodosos y rasgándose el pelaje en los zarzos.

Por fin llegó otra vez al pequeño Sendero Atronador. Por pura costumbres se agazapó a si lado y miró cautelosamente a un lado y otro, pero hoy no había monstruos. Todo estaba en silencio a excepción del goteo de los árboles.

Estrella de Fuego se abrió camino entre la floresta al otro lado del Sendero Atronador, con la esperanza de poder seguir el borde de la inundación hasta el río. Pero al salir otra de vez del bosque, escuchó unos fuertes ladridos. Un Dos Patas y un perro de color zorruno giraban una de las esquinas de la guarida.

Estrella de Fuego huyó dando media vuelta, pero ya era

demasiado tarde. El perro corrió tras él con un chorro de ladridos agudos. Estrella de Fuego escuchó gritar al Dos Patas, pero el perro no se detuvo. Le oía avanzar a trompicones entre los arboles tras él. De pronto, apareció un muro; sin pensarlo, Estrella de Fuego dio un gran salto, subió por las piedras aferrándose con las garras y se detuvo para bajar la mirada hacia su perseguidor.

El perro resolló mirando al muro y se sentó a sus pies, aullando.

Estrella de Fuego le enseñó los dientes con un siseo y saltó al jardín del otro lado. Mientras se cobijaba bajo un arbusto escuchó el alboroto causado por el Dos Patas del perro que gruñía, irritado. Los ladriditos del perro se alejaron en la distancia como si se lo estuvieran llevabando.

Estrella de Fuego se agazapó al cobijo del arbusto goteante y recuperó el aliento. ¿Hasta dónde se habría llevado el agua a Tormenta de Arena? Si el río se había desbordado tanto no era imposible que la hubiera arrastrado de la orilla. Y si había conseguido escapar, pensó, podría haberse encaminado por ahí para escapar a la riada.

Merecía la pena buscar en algunos jardines, decidió, en caso de poder captar su rastro. El menos ya no llovía y el sol claro levantaba vapor de la hierba empapada.

Estrella de Fuego se asomó por su arbusto y observó el jardín. Parecía vacío. No salían ruidos de la guarida Dos Patas. Pero cuando olfateó el aire tampoco fue capaz de oler a Tormenta de Arena. No estaba allí; tendría que seguir adelante.

Cruzó la hierba a la carrera y se lanzó entre los arbustos del otro lado para saltar sobre el muro opuesto. Tras él había un pasadizo estrecho; tras olfatear, Estrella de Fuego bajó de él. El muro al otro lado era demasiado alto como para escalarlo así que trotó a lo largo

del corredor con los sentidos alerta por si encontraba a Tormenta de Arena.

El corredor daba a una maraña de guaridas Dos Patas unidas por un Sendero Atronador pequeño. Todo estaba en calma y no había monstruos a la vista, ni siquiera dormidos. De todas formas, el pelaje de Estrella de Fuego se erizó. No le parecía correcto estar tan cerca de los Dos Patas y ya empezaba a dudar que encontrara a Tormenta de Arena tan lejos del río.

"Solo voy a echar un vistazo rápido"

Pero todos las guaridas y jardines eran iguales y la lluvia se había llevado cualquier olor que le hubiera guiado. Tras saltar sobre un muro que daba al corredor que llevaba al bosque, o eso pensaba, Estrella de Fuego se encontró mirando a otro jardín.

– ¡Cagarrutas de zorro!- espetó- Ahora me he perdido. ¿Qué más podría salir mal?

Intentó recrear sus pasos pero en algún lugar debía haber girado mal. Frente a él se extendían más jardines desconocidos, separados por callejones fluctuantes que parecían volverse sobre sí mismos. Unas cuantas veces se cruzó con su olor pero este no le llevó a ninguna parte. Para cuando caía la noche, aún no había encontrado el camino de vuelta al río.

Estaba demasiado cansado para seguir buscando; agotado, saltó de una valla a un jardín y se arrastró bajo un arbusto lleno de fuertes flores azules y olorosas. Con suerte, le ayudarían a enmarcaras su olor ante los mininos domésticos.

Esta vez, sus sueños se vieron llenos de la voz de su pareja que le llamaba desde la lejanía pero, por mucho que corriera, no lograba alcanzarla. Cuando se despertó se sintió agotado y tan miserable que le costó un gran esfuerzo salir a rastras del arbusto.

Un movimiento en el jardín llamó su atención y vio a un rollizo gato blanco que salía de la puerta de la guarida. Bostezó y se desperezó para luego tumbarse bajo un rayo de sol sobre unas piedras planas y comenzar a limpiarse su largo pelaje blanco.

Se parecía a Nimbo Blanco, pensó Estrella de Fuego, al tiempo que saltaba y se acercaba con cuidado por si el minino doméstico mostraba algunas de las capacidades de lucha de su pariente.

El gato levantó la mirada, sorprendido, y clavó su brillante mirada azul sobre Estrella de Fuego cuando el líder del Clan del Trueno se detuvo al borde de las rocas y agachó la cabeza educadamente. Estrella de Fuego reprimió un comentario hiriente al ver que el minino doméstico no se molestaba ni en defender su territorio. Parecía que no había levantado una garra por furia en su vida.

– Saludos- maulló.

El gato blanco parpadeó.

– Hola. ¿Quién eres?

– Me llamo Estrella de Fuego. ¿Has visto hace poco a un gato?

El minino doméstico volvió a parpadear.

– Te he visto a ti.

Estrella de Fuego rechinó los dientes.

– Si, pero no me estoy buscando a mi mismo- remarcó. Quería hundir las garras en el minino doméstico y sacudirle algo de sentido, pero se las ingenió para contenerse.

– Bueno…- agregó el gato blanco- creo que vi a un gato rojizo… oh, hará unos cinco días. ¿O era una gata carey?

Estrella de Fuego tomó aire y lo expulsó.

– Vale. No importa. ¿Puedes decirme solamente cómo volver al río?

El minino doméstico retorció los bigotes.

– ¿Qué río?

Estrella de Fuego clavó las garras en el suelo.

– Gracias por tu ayuda- siseó.

Dándole la espalda al minino doméstico, corrió por el jardín y subió el muro. Y allí había otro pasaje estrecho. Como no tenía nada más que hacer, Estrella de Fuego caminó por él hasta dar con un espacio abierto cubierto de aquella cosa negra del Sendero Atronador. Uno de estos salía por el otro lado y por todo alrededor había pequeñas guaridas cuadradas con muros monótonos y entradas abiertas. Algunos estaban vacíos pero otros se habían tragado a monstruos enteros.

Cada pelo del pelaje de Estrella de Fuego se erizó. ¿Y si se lo tragaban a él también? Sus patas le instaban a regresar por donde había venido, pero pensó que si podía llegar al otro extremo, siguiendo el Sendero Atronador, podría encontrar el camino al río.

Cuidadosamente, paso a paso, se aventuró a salir a la dura superficie negra. Casi había llegado a la mitad cuando se paralizó ante el rugido de un monstruo que iba haciéndose más fuerte. La inmensa criatura reptó por la apertura con el sol reflejándose en su resplandeciente pelaje y se dirigió directo a Estrella de Fuego.

El miedo se la atoró en la garganta. Saltó a un lado. El monstruo le siguió. ¡Me está dando caza! Su gruñido gutural parecía envolverle. Emitió un maullido aterrorizado y subió por el muro de una de las guaridas, saltó sobre el tejado y cayó al otro lado, con demasiado pánico como para ver a dónde se dirigía.

Sus patas se le hundieron bien adentro de un montón de basura Dos Patas. Su hedor flotó a su alrededor como una nube tóxica. Asfixiándose, Estrella de Fuego escarbó furiosamente para sacarse

de aquel revoltijo. Tras sacudirse los trozos de cosas apestosas del pelaje, cayó de lado con la cabeza dándole vueltas. Notaba un sabor nauseabundo en la boca y parecía que le dolían todos los músculos del cuerpo.

La desesperación se adueñó de él. Le había fallado tanto a Tormenta de Arena como al Clan del Cielo. Le había fallado a su propio clan al abandonarles. Cada decisión que había tomado había sido incorrecta y él también se hallaba tan cansado que no podía hacer nada más.

Su estómago aulló de hambre, pero Estrella de Fuego se sentía tan mísero que no se dignó ni a intentar olfatear presas. A unas pocas colas de distancia vio un montón de objetos Dos Patas cubiertos por un pelaje rígido y brillante. Sus músculos chirriaron como protestas al arrastrarse hasta ellos y hundirse bajo el cobijo de su pelaje. Con un pequeño suspiro, cerró los ojos y permitió que la oscuridad se adueñara de él.

Sus sueñas fueron oscuros y caóticos. Una y otra vez volvía a ver aquella gigantesca ola que se precipitaba hacia él y escuchaba a Tormenta de Arena pidiéndole ayuda, una ayuda que no podía darle. Y entonces el perro de los Dos Patas le perseguía, le cogía del pescuezo y le sacudía hasta que casi parecía despellejarle.

# Capítulo 13

– No le había visto antes en mi vida. ¿Qué está haciendo aquí?

– No se mueve. ¿Estará muerto?

– No… ¡Ey! ¡El de ahí! ¡Muévete!

Las voces latieron, fuertes y suaves, en los oídos de Estrella de Fuego. Abrió los ojos dolorosamente y vio un borrón negro y marrón que bloqueaba el hueco por el que se había arrastrado hasta el refugio. Una zarpa se aferraba al pelaje de su cuello y le agitaba vigorosamente.

– ¿Qué…? Fuera- Estrella de Fuego golpeó débilmente a su asaltante.

– Guárdate las garras- gruñó una voz.

Estrella de Fuego parpadeó otra vez. Frente a él se agazapaban dos gatos: uno era una gata negra y el otro un macho escuchimizado de color marrón con una oreja partida.

– No puedes quedarte aquí- maulló la gata negra- Los Dos Patas no dejan de entrar y salir todo el día. Mueve las patas.

– Me moveré cuando esté preparado- intentó desafiarles Estrella de Fuego, pero su boca estaba tan seca que apenas pudo hablar y su cabeza le dio vueltas por el hambre.

– Te moverás cuando te lo diga- le espetó el gato escuchimizado.- ¡Cerebro de pulga!- con una pata, le dio a Estrella de Fuego un soberano empujón entre las costillas.

Estrella de Fuego se encontraba demasiado débil para replicar. Se arrastró de debajo de aquel pelaje resplandeciente y se tambaleó sobre las patas.

– Ya era hora- bufó la gata- Síguenos.

Se puso en marcha por un camino zigzagueante que pasaba entre dos montones de basura Dos Patas. Estrella de Fuego pensó brevemente en correr y liberarse, pero no tenía ni idea de a dónde ir.

Además, apenas si podía trotar y, mientras que la gata lideraba la marcha, el macho marrón caminaba al lado de Estrella de Fuego sin quitarle los ojos amarillos de encima.

¿A dónde me llevan?, se preguntó Estrella de Fuego.

Pensó en Azote y su Clan de la Sangre y se preguntó si existiría algún otro clan de gatos igual de salvajes en ese Poblado Dos Patas. Si se enteraban de que provenía del bosque podrían verle como a un enemigo. ¿Es que pensaban matarle?

La gata negra le llevó por un hueco en la pared.

Estrella de Fuego emergió a un trozo de tierra desnuda donde unos cuantos árboles raquíticos pujaban por sobrevivir en ese suelo débil. No vio a otros gatos, pero a su alrededor flotaba un fuerte olor a ellos. Su temor de encontrarse con otro Clan de la Sangre se acrecentó hasta que le subió por la garganta casi ahogándole.

– Por aquí- el gato marrón volvió a empujarle y casi le derribó.

Se tambaleó, resbaló por una hondonada en el suelo y acabó salpicándose las patas con el borde de un charco.

– Quita tus patas de ahí- gruñó el macho- No pienso beber si la has revuelto.

Estrella de Fuego se retiró con rapidez.

– Vamos, pues, bebe- espetó la gata- Es perfectamente segura, ¿sabes? ¡No estamos intentado envenenarte!

Estrella de Fuego le lanzó una mirada dubitativa. Aquellos gatos le habían traído hasta el agua que tanto necesitaba. ¿Significaba eso que no iban a matarle al final?

Se agachó al borde del charco y lamió el agua. Sabía que era vieja y teñida por el olor de los Dos Paras, pero en ese momento le pareció más deliciosa incluso que el arroyo más puro del bosque.

Cuando se incorporó al tiempo que se sacudía las gotas de agua

de los bigotes, vio a su lado a la gata negra con un gorrión en las fauces.

– Toma- maulló y arrojó la carne fresca a sus patas.

Estrella de Fuego se lo quedó mirando. ¿Le estaban dando de comer?

– De verdad- murmuró la gata al tiempo que ponía los ojos en blanco y le acercaba aún más el gorrión- Come. ¿Es que no has visto antes una presa?

– Esto… Gracias- Estrella de Fuego cayó sobre el gorrión y lo devoró con grandes bocados.

– Ya veo que no has comido en mucho tiempo- señaló el macho marrón- ¿Vienes de lejos?

Estrella de Fuego tragó un bocado de gorrión antes de responder.

– De muy lejos- maulló. Inclinó la cabeza y agregó- Me llamo Estrella de Fuego.

– Yo soy Rama y ella es Cora- le dijo el gato marrón.

Estrella de Fuego notó como un escalofrío esperanzado le recorría el pelaje. Quizá él no fuera el único vagabundo que habían rescatado.

– Busco a otro gato rojizo. ¿La habéis visto?- preguntó.

Los dos proscritos cruzaron una mirada. Estrella de Fuego se sintió enfermo de decepción cuando Cora negó con la cabeza y se encogió de hombros.

– Puede que alguno de los otros la haya visto- agregó Rama.

– ¿Los otros? ¿Qué otros?- Estrella de Fuego acabó con los últimos trozos de presa y se incorporó. Ahora que había comido y bebido, la energía comenzaba a regresar a su cuerpo.- ¿Sois parte de un clan?

Cora pareció confundida.

– ¿Qué quieres decir con clan?

– Hay más gatos que vienen aquí- explicó Rama- Gatos como nosotros.

– Y, ¿dónde están ahora?- quiso saber Estrella de Fuego.

– A saber- maulló Rama. Gesticuló con la cola.- Por ahí.

– ¿Podéis llevarme hasta ellos?

– No hace falta- respondió Cora- Suelen aparecer por aquí antes o después. Siempre lo hacen.

Estrella de Fuego miró alrededor. De momento no había ningún otro gato a la vista, pero el olor fuerte que había captado al principio le dijo que aquel lugar podría ser una zona de reunión entre muchos gatos. El recuerdo del Clan de la Sangre le ponía nervioso. Rama y Cora le trataban bien, por ahora pero, ¿y los otros? Todos los instintos de Estrella de Fuego le instaban a correr pero estaba tan desesperado por encontrar a Tormenta de Arena que sabía que debía quedarse y preguntar más.

– ¿Podéis presentarme a los otros gatos?- inquirió.

Cora retorció la cola.

– Con nosotros estarás bien.

– La verdad es que no solemos juntarnos con ellos- agregó Rama.

– ¡Por favor!- Estrella de Fuego clavó las garras en el suelo- Necesito estar seguro de que los otros gatos hablarán conmigo. ¡Tengo que encontrar a mi amiga!

Los gatos dudaron y se miraron entre ellos otra vez.

– ¿Quién es esa gata a la que buscas?- preguntó Cora- Y, ¿por qué es tan importante que la encuentres?

– ¡Porque por mi culpa se ha perdido!- exclamó Estrella de Fuego- Viajábamos por el río y fue barrida por una tormenta. La he

buscado en todas partes pero no la he encontrado. No puedo irme sin ella y no voy a volver a casa dejándola aquí.- sus garras arañaron la tierra polvorienta- ¡No puedo rendirme!

– Que no se te caiga el pelo- maulló Cora. Su voz seguía teniendo un todo áspero pero sus ojos mostraban empatía- Nos quedaremos.

– Gracias- Estrella de Fuego le sostuvo la mirada en un intento de que la gata comprendiera lo importante que era para él.

Rama y Cora se acercaron a un punto ensombrecido bajo uno de los árboles raquíticos, compartieron lenguas un rato y se ovillaron para dormitar. Estrella de Fuego se desperezó con deseos de poder dormir también, pero no quería perderse la llegada de los otros gatos. No confiaba en que Rama y Cora le despertaran porque no estaba seguro de que hubieran comprendió lo importante que era para él encontrar a Tormenta de Arena.

Encontró un trozo de tierra caldeada por el sol y se acomodó para darse un buen lavado. Los pelos de su pelaje llameante estaban apelmazados y entre ellos colgaban trozos de basura del río. Y aún peor, cubierto de manchas de aquella asquerosa cosa Dos Patas del montón de basura. ¡Sus compañeros no podrían reconocerle si le veían ahora! Al pasarse la lengua por los hombros puso una cara ante el sabor horrible, pero siguió hasta que su pelaje volvió a ser suave y resplandeciente.

Estrella de Fuego encontró cada vez más difícil mantenerse alerta. El sol comenzaba a descender y proyectaba largas sombras de los árboles y los muros Dos Patas sobre el espacio abierto. De pronto, atisbó un movimiento por el rabillo del ojo; un gato salía de detrás de uno de los árboles.

Estrella de Fuego se tensó y miró hacia Rama y Cora. La gata

negra se levantó, arqueó la espalda, desperezándose, y se acercó a él.

– Aquí vienen- maulló.

Más gatos siguieron al primero y emergieron de entre los árboles o a través del hueco por el que los proscritos y Estrella de Fuego habían entrado. Otros saltaron de los muros. Estrella de Fuego los vio saludarse entre ellos con una reserva amistosa, casi como hacían los clanes en Cuatro Árboles.

Cora agitó la cola.

– Ven. Te presentaré.

Rama se unió a ellos cuando se acercaron al grupo más cercano de gatos, tres, que estaba sentado junto al charco del que había bebido Estrella de Fuego.

-… y eso le dije a la rata- maullaba un gato negro.- Vamos, acércate más y te despellejo.

Una atigrado marrón levantó la mirada del charco.

– ¿Y qué pasó después?

– Su pareja le saltó encima desde atrás- respondió la tercera gata, una reina carey, con un ronroneo divertido.

El gato negro enseñó los dientes con un bufido.

– ¿Y qué? Los despellejé a ambos.

– Ese es Carbón- murmuró Cora al oído de Estrella de Fuego- Es el fanfarrón más grande del lugar.

– Pero sus garras son afiladas- agregó Rama.

La gata blanca bostezó.

– De todas formas, ¿quién quiere rata? Yo bebí un poco de leche Dos Patas.

– Y los erizos vuelan- espetó Carbón.

– ¡Lo hice!- los ojos de la gata blanca se ensancharon por la

indignación.- Las botellas estaban en las escaleras, así que las tiré y la leche salió de ellas.- se pasó la lengua por las fauces.- Fue delicioso.

– La gata blanca es Nieve- le dijo Rama a Estrella de Fuego- Pasa mucho tiempo junto a los Dos Patas. Puede que haya visto por aquí a tu amiga.

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

– Lo dudo. Tormenta de Arena nunca se acercaría a los Dos Patas su puede evitarlo.

– Nieve, te vio cerca de esa guarida- el atigrado marrón se levantó del charco y Estrella de Fuego se fijó en que le faltaba la mitad de la cola.- Puede que no te hayas dado cuenta de que hay un nuevo perro. Me persiguió cuando acechaba a un ratón en el jardín. Yo me alejaría si fuera tú.

Nieve se estiró y extendió las garras.

– Ya he visto al perro… ese estúpido montón de pelos. Puedo con él.

Carbón resopló.

– Me gustaría verte intentándolo.

El atigrado marrón se sentó entre Carbón y Nieve.

– Si, bueno, hoy vi a un gato extraño- comenzó.

Estrella de Fuego alzó las orejas.

– Un par de crías Dos Patas le habían cogido- continuó el atigrado marrón al tiempo que flexionaba las garras- No tardé en enseñarle lo que era buena.

Nieve se giró hacia él con una mirada airada.

– ¡Enano! No te atreverías a arañarle a un Dos Patas joven, ¿verdad?

– ¿Y qué si lo hice?- le espetó Enano- Se lo merecían por

maltratar así a un gato. Pero no- agregó- No les herí. Mantuve las garras enfundadas. Solo los distraje para que la gata anaranjada pudiera escapar.

– ¡Anaranjada!- exclamó Estrella de Fuego.

Los ojos de Rama centellearon.

– Esa podría ser tu amiga.

– ¿Y por qué no la has traído para presentárnosla?- le preguntó Nieve a Enano.

– No tuve tiempo- los ojos ambarinos del macho atigrado resplandecieron de admiración.- Saltó por encima de la valla como si le hubieran crecido alas. Creo que nunca he visto a un gato moverse tan rápido.

Estrella de Fuego tocó a Rama en el hombro con la cola.

– Tengo que hablar con ese gato.

– Vale- respondió Rama- Sígueme.

Paseó con calma y moviendo la cola hasta alcanzar el grupo de tres gatos.

– Hola- maulló- Aquí hay un gato que quiere conoceros.

Los tres clavaron la mirada en Estrella de Fuego, que agachó la cabeza en respeto.

– Saludos. ¿Cómo van las presas?

Carbón y Nieve intercambiaron una mirada, como si encontraran extraño lo que había dicho. Estrella de Fuego esperó no haber sonado demasiado raro.

– Eres nuevo por aquí- maulló Carbón- ¿De dónde vienes?

Estrella de Fuego no quería hablarles del bosque. ¿Y si decidían invadir su hogar como el Clan de la Sangre?

– De rio abajo- respondió con la esperanza de que fuera lo suficientemente vago.

– Se llama Estrella de Fuego- agregó Cora, colocándose a su lado.- Estrella de Fuego, estos son Nieve, Carbón y Enano.

– ¿Has venido para quedarte?- la brillante mirada azul de Nieve transmitía amistad.

– No, solo estoy de paso- le dijo Estrella de Fuego- Estaba con otro gato, pero nos separamos en la tormenta- impaciente, se giró hacia Enano- He oído lo que has dicho sobre la gata anaranjada, y creo que puede ser mi amiga.

Los bigotes de Enano se retorcieron; se levantó y olfateó a Estrella de Fuego.

– Puede.- maulló- Tenía tu mismo olor a árboles, hojas y agua de río.

Estrella de Fuego cogió aire con el corazón latiéndole dolorosamente.

– ¿Puedes enseñarme el lugar donde la viste?

Enano agitó el muñón de la cola.

– Claro.

– Pero hoy no- Cora se interpuso entre Enano y Estrella de Fuego.- Mírate- agregó al tiempo que Estrella de Fuego intentaba protestar- Un golpe de viento podría derribarte. Necesitas una buena noche de descanso y algo de presas antes de que estés listo para irte a ningún lado.

Estrella de Fuego clavó las garras en la tierra, frustrado. ¡Soy un guerrero!, pensó con resentimiento. No necesito descansar.

– Pero Tormenta de Arena podría marcharse- maulló. No exteriorizó sus miedos, no dijo que Enano podía irse a algún lado y que él no volvería a verle.

– Tu amiga no irá a ninguna parte por la noche en un lugar extraño.- espetó Cora- No a menos que tenga cerebro de pulga.

Enano, como nos lleves contigo ahora, te arranco lo que te queda de cola.

Enano se encogió de hombros de buen humor.

– No puedo discutir con eso- le maulló a Estrella de Fuego- No temas; mañana te llevaré al lugar.

Estrella de Fuego solo pudo asentir. Encontró una hondonada en el suelo en la que dormir y aunque estaba convencido de que la preocupación lo mantendría despierto, la verdad es que se durmió tan ponto como se ovilló. Esta vez no hubo sueños que le molestaran.

Se despertó a la mañana siguiente bajo los cálidos rayos del sol. A pesar de que no había querido retrasarse tenía que admitir que se sentía muchísimo mejor. Se levantó de un salto y miró alrededor, pero el único gato a la vista era Rama que se acercaba a él con un ratón colgándole de las fauces.

– Ahí estás- maulló, dejando la presa frente a Estrella de Fuego- Come.

– ¿Dónde está Enano?

Rama movió las orejas.

– A saber.

– ¡Pero si me prometió que me ayudaría a encontrar a Tormenta de Arena!

– Y eso hará. Que no se te caiga el pelaje; ya vendrá, antes o después.

Estrella de Fuego no las tenía todas consigo. Con un murmullo de agradecimiento por la carne fresca, se agachó para comer con los sentidos alerta por si regresaba el macho atigrado. Pero aún estaba demasiado débil y el cansancio se adueñó de él y volvió a dormirse.

Se despertó de golpe y vio que los árboles arrojaban sombras

largas sobre la extensión de terreno despejado. Una luz rojiza se filtraba entre ellos; ¡el sol volvía a ponerse!

Estrella de Fuego se incorporó con el corazón desbocado por el pánico. Vio a Enano bajo uno de los árboles más cercanos con los ojos ambarinos clavados y sin parpadear, en él.

– ¿Por qué no me has despertado?- quiso saber Estrella de Fuego.

– ¿Por?- Enano retorció los bigotes- No te preocupes, aún tenemos mucho tiempo.

Estrella de Fuego se guardó lo que iba a decir. Nunca encontraría a Tormenta de Arena si ofendía al gato.

– Vuelve si tu amiga no está allí- le dijo Cora, acercándosele por detrás- Preguntaremos a ver si podemos encontrar algo más.

– Lo haré- maulló Estrella de Fuego- Gracias.

– Muy bien- maulló Enano- Vayámonos.

El atigrado marrón saltó sobre el muro y le condujo por otro de aquellos pasillos confusos. Trotó hasta el final y dobló una esquina para escabullirse por un hueco en la valla de madera.

Estrella de Fuego le siguió y se encontró de pronto tras los arbustos de otro jardín Dos Patas. La noche había caído; luz amarilla se derramaba por un único hoyo rectangular en el muro de la guarida Dos Patas.

– Aquí es- murmuró Enano- Los Dos Patas jóvenes viven ahí. Cogieron a tu amiga en esa hierba de allí.

Agitó la cola en dirección a un matojo de hierba alta justo en el centro del jardín. Los tallos se alzaban hasta unas tres o cuatro colas de distancia y sus extremos plumosos resplandecían amarillentos bajo la extraña luz. Sin dejar de mirar la guarida, Estrella de Fuego se arrastró hasta el espacio abierto hasta llegar a la mata.

Cerró los ojos para concentrarse mejor e introdujo el aire en sus glándulas olfativas. El fuerte olor a las flores Dos Patas casi ahogaba todo lo demás, pero Estrella de Fuego distinguió los olores de los Dos Patas, de diferentes presas y…

¡…sí! Muy tenue y cada vez más viejo, pero aún reconocible.

– ¡Tormenta de Arena!- suspiró- Ha estado aquí. ¡Está viva!

Gracias, Clan Estelar, pensó.

Enano brincó hasta él.

– ¿Alguna surte?

– Si… Si, es ella. ¿Por dónde se fue?

Enano apuntó el otro lado de la valla con el muñón.

– Por ahí, al siguiente jardín.

Estrella de Fuego corrió por la hierba hasta la valla; para su inmensa sorpresa, Enano se mantuvo a su lado.

– No tienes porque venir conmigo- maulló Estrella de Fuego.

Enano agitó las orejas.

– No pasa nada. Te seguiré si no te importa. Nieve me preguntará si hemos encontrado a tu amiga.

– Gracias- maulló Estrella de Fuego. Aunque jamás se lo diría a Enano, estaba sorprendido por lo dispuestos que parecían aquellos proscritos. Había asumido demasiado rápido que eran sus enemigos.

Los dos gatos ascendieron la siguiente valla. Estrella de Fuego creyó captar más del rastro de Tormenta de Arena entre las matas de flores, pero los olores Dos Patas eran allí demasiado fuertes y también colgaba en el aire el fuerte aroma a perro. Se le erizó el pelaje del pescuezo al oír su ladrido en la guarida.

– He perdido el rastro- le dijo a Enano al tiempo que caminaba de arriba abajo, frustrado.

– Sigamos la valla- sugirió el macho atigrado- Quizá

encontremos el lugar exacto por donde se fue.

– Buena idea.- Estrella de Fuego se deslizó a lo largo de la valla, bien oculto de la guarida Dos Patas por los gruesos arbustos, pero no encontró más muestras de que Tormenta de Arena hubiera estado allí, ni siquiera una huella en el suelo. Deseó tener consigo a Nimbo Blanco; el macho blanco era el mejor rastreador del Clan del Trueno.

¡Clan Estelar, ayúdame!, oró mientras alzaba la mirada hacia los guerreros titilantes del Manto Plateado y se preguntaba si podían verle tan lejos del bosque.

Al levantar la cabeza, sus ojos vieron un pedazo de pelaje pegado a la cima de la valla y descubrió en él el claro rojizo del pelaje de Tormenta de Arena.

Lo señaló con la cola.

– Por ahí cruzó la valla. ¡Enano, vamos!

Pero el proscrito atigrado parecía intranquilo y clavaba las garras sobre la mohosa capa de hojas bajo los arbustos.

– Ahí hay un minino doméstico- maulló- Es una buena luchadora y… bueno, un pelín irritable.

Estrella de Fuego se negaba a creer que un minino doméstico luchase tan bien como para presentarle un problema.

– Puedo con ello- le prometió.

Saltó sobre la valla abriéndose paso con las garras hasta la cima y olfateó rápidamente el trozo de pelaje. El olor de Tormenta de Arena le inundó. El jardín de abajo rebosaba arbustos y tenía un matojo caótico de flores Dos Patas. Los árboles extendían sus ramas sobre él, arrojando sombras largas. Las patas de Estrella de Fuego cosquillearon.

Aquel jardín se parecía mucho al bosque; era justo el tipo de

lugar en el que se escondería su pareja.

– ¡Tormenta de Arena!- gritó con suavidad- Tormenta de Arena, ¿estás ahí?

No obtuvo respuesta. Estrella de Fuego se dejó caer al jardín y se abrió paso entre la espesura con la nariz llena del olor a hojas y flores y otros gatos. Había vuelto a perder el rastro de Tormenta de Arena, pero estaba seguro de que la gata estaba cerca.

– ¡Tormenta de Arena!- volvió a gritar.

Justo a su espalda, un gruñido rompió el silencio. Estrella de Fuego dio media vuelta y vio a una minina doméstica carey a una cola de distancia. Tenía la espalda arqueada y enseñaba los dientes; su pelaje se erizó y la cola temblorosa se había inflado hasta el doble de su tamaño.

– ¿Qué haces en mi jardín?- bufó.

Estrella de Fuego tragó saliva; estaba claro que no todos los mininos domésticos vagueaban a la hora de defender su territorio.

– Mira, que no se te caiga el pelo- comenzó- Solo…

Se interrumpió cuando la gata carey saltó sobré él, siseando de rabia, y le derribó.

– ¡Enano!- aulló.

Golpeó a la gata carey con sus patas traseras, pero aún no contaba con toda su fuerza y no podía quitársela de encima. Su pelaje dolió cuando la gata lo arañó.

– ¡Invasor!- le siseó al oído.

Estrella de Fuego pujó por girar la cabeza y clavarle los dientes en el cuello. Y entonces, de algún lugar cerca oyó el furioso chillido de otro gato. De pronto, el peso de la carey desapareció. Estrella de Fuego se quedó inmóvil en el suelo durante un par de latidos de corazón gracias a que Enano había acudido a su rescate.

Alzó entonces la mirada y se levantó con un resuello de sorpresa. El recién llegado no era Enano, para nada; ¡era Tormenta de Arena! La gata rojiza había lanzado a la carey sobre el suelo; apoyó una pata delantera sobre el estómago de la minina doméstica y le hincó los dientes en la oreja. La minina doméstica luchó furiosamente un poco más antes de soltarse y huir hacia la guarida Dos Patas.

– ¡Tormenta de Arena!- resolló Estrella de Fuego. Se quedó mirando a su pareja; sus costados se agitaban y la sangre le manaba de unos cuantos arañazos en el hombro.

– ¡Da gracias a que volví a tiempo para salvarte el pellejo!

– ¡No te lo he pedido!- le replicó Estrella de Fuego- Podía habérmelas apañado solo.

El labio de Tormenta de Arena se curvó de incredulidad.

– Oh, claro.

Estrella de Fuego la miró. No se había imaginado su reencuentro con Tormenta de Arena de ese modo.

– Escucha…

– ¿Va todo bien?- interrumpió Enano; Estrella de Fuego levantó la mirada y vio su cabeza asomada por encima de la valla.

– ¡Ey! ¡La has encontrado!

– No, yo le he encontrado a él- gruñó Tormenta de Arena. Parecía desear no haberlo hecho.- Me sorprende que te preocuparas siquiera de buscarme.- agregó a Estrella de Fuego y sus ojos verdes resplandecieron con hostilidad- Después de todo, ¿qué importancia tiene un único compañero de clan comparado con el gato sin nombre que depende de ti para a saber qué? ¿Por qué no has seguido buscándole?

Estrella de Fuego estaba demasiado agotado como para seguir

discutiendo.

Se acercó a ella, bebió su cálido y familiar olor y murmuró.

– Te habría buscado por toda la eternidad. Nunca me hubiera ido sin ti.

Tormenta de Arena le miró durante un momento.

– Decía en serio lo de querer acompañarte en este viaje- maulló.- Pero también quiero compartir tu misión. Quiero entender por qué necesitas ayudar a este clan y jugar una parte equitativa en encontrarlo.

– Pero el Clan Estelar me envió solo a mí el sueño…- comenzó Estrella de Fuego.

– No es cierto- remarcó Tormenta de Arena- ¿Y Tiznado? Ese clan debe estar desesperado para intentar hablar con un minino doméstico. Dos gatos son mejores que uno, ¿no?

Estrella de Fuego apoyó el hocico sobre el de ella. Recordó cómo se había sentido al pensar que la había perdido. Ahora sabía que nunca podría completar su viaje sin Tormenta de Arena a su lado.

– Siento interrumpió- maulló Enano desde su posición en la valla- pero, ¿vais a quedaros ahí toda la noche?

Durante un latido de corazón Estrella de Fuego cruzó miradas con los ojos verdes de Tormenta de Arena. Habían ocurrido tantas cosas entre ellos que no era capaz de encontrar las palabras. Finalmente, se apartó.

– Perdona- maulló, saltando a la cima de la valla para equilibrarse al lado de Enano- ¿Puedes mostrarnos el camino para salir de aquí?

– Tenemos que volver al río- agregó Tormenta de Arena tras unirse a ellos.

– Sin problema. Seguidme.

Enano los condujo de vuelta por los jardines. Cruzaron un pequeño Sendero Atronador silencioso, pero iluminado por el resplandor rojizo de las luces Dos Patas, y atravesaron otro pasillo entre dos guaridas Dos Patas.

– No falta mucho- anunció alegremente Enano.

Al final de los jardines, el pasillo daba paso a un espacio férreo y herbáceo. Estrella de Fuego levantó el hocico cuando le envolvió el olor a río. Oía el suave fluir del agua en la lejanía.

– Gracias- le maulló a Enano- Gracias por todo. Nunca habría encontrado a Tormenta de Arena sin tu ayuda.

Tormenta de Arena agachó la cabeza.

– Gracias también por espantar a esas crías Dos Patas.

El atigrado pardo se lamió un par de veces el pecho para ocultar su vergüenza.

– Buena suerte.- sus ojos se estrecharon- Me parece que necesitareis toda la ayuda posible para lo que sea que os traéis entre patas.

– Tienes razón; la necesitaremos.- coincidió Tormenta de Arena.

– Espero volver a veros algún día.- maulló Enano.

– Y yo también- contestó Estrella de Fuego.

Enano agitó el muñón a modo de despedida. Se quedó observándoles desde la entrada del pasillo mientras Estrella de Fuego y Tormenta de Arena caminaban lado a lado por las matas de hierba hacia el río.

# Capítulo 14

A lo largo de la noche, Estrella de Fuego y Tormenta de Arena caminaron lentamente río arriba bajo un fino gajo de luna. Dejaron atrás la familiar extensión del río con el Poblado Dos Patas alzándose tristemente en un mar de lodo, y el camino que conducía allí. El río se encogió y fluyó con mayor velocidad, traqueteando sobre las rocas; un seto espeso lo bordeaba, lo que dejaba tan solo un pequeño sendero para que pasaran los gatos.

Estrella de Fuego no sentía la necesidad de conversar; era más que suficiente el tener de vuelta a Tormenta de Arena que caminaba a su lado. Por fin, los primeros rayos del amanecer aparecieron en el horizonte.

El cielo adquirió un tono blanco como la leche y, uno a uno, los guerreros del Clan Estelar parpadearon hasta desaparecer.

– ¿Crees que deberíamos comer ya?- sugirió Estrella de Fuego. No quería que Tormenta de Arena pensara que tomaba él todas las decisiones.- Y así podremos descansar un poco.

– ¿Qué?- los ojos verdes de Tormenta de Arena se ensancharon de incredulidad.- ¿Descansar? ¿Comer? ¿Es que tienes cerebro de ratón? Tenemos que seguir.

Estrella de Fuego se la quedó mirando.

– Bueno, si es lo que quieres…

Un brillo divertido se reflejó en los ojos de Tormenta de Arena y emitió un bufido breve como risa.

– No, estúpida bola de pelo, solo bromeaba. Comer me parece una idea fantástica y en cuanto a lo de descansar, ¡prácticamente me duermo sobre las patas!

Tras golpearle la oreja con la punta de la cola, Estrella de Fuego se detuvo y abrió bien las fauces para olfatear el aire. Había un fuerte olor a campañol. Tormenta de Arena enderezó las orejas hacia delante.

– Ahí- murmuró.

Estrella de Fuego atisbó a la criatura que emergía del agua a un par de colas de distancia orilla arriba.

– Si no tenemos cuidado volverá directo al río.

– Quédate aquí- susurró Tormenta de Arena.

Escabulléndose por un lado del seto, pasó de largo al campañol y comenzó a arrastrarse hacia él desde el lado opuesto. Cuando estuvo cerca de él saltó hacia el río y el agua salpicó a todas partes entre sus patas. Sorprendido, el campañol corrió como una exhalación hacia la orilla, directo a las patas de Estrella de Fuego. Lo mató con un rápido mordisco en el cuello.

– ¡Eso ha sido genial!- exclamó mientras Tormenta de Arena se reunía con él sacudiéndose las patas mojadas.

– No esperes que se convierta en un habito- contestó quitándose malhumoradamente de hocico una gota de agua.- No soy un gato del Clan del Río.

Mientras compartían el campañol, la luz diurna fue ganando intensidad y salió el sol. El cielo era azul con tan solo unos retazos de nubes muy altas y neblinosas. Estrella de Fuego sintió como el calor del sol se introducía en su pelaje.

– A ver si encontramos un buen lugar donde dormir.- sugirió cuando se terminó el último bocado de campañol.

La única respuesta de Tormenta de Arena fue un bostezo.

No mucho más adelante del camino descubrieron un suave retazo de musgo entre las raíces de un seto. La luz diurna que se filtraba

entre las ramas moteó sus pelajes cuando se ovillaron el uno al lado del otro. Estrella de Fuego se relajó en lo que parecía ser la primera vez en días con los lametones ásperos de la lengua de Tormenta de Arena en su cuello. Agachó la cabeza en dirección a su pareja y compartieron lenguas hasta caer ambos dormidos.

Estrella de Fuego estaba en la orilla de un río. Se parecía al lugar donde había caído dormido pero el seto no era tan alto ni frondoso y no había rastro de Tormenta de Arena. El pánico le arañó un instante. Y luego comprendió que estaba de pie al final de un gran grupo de gatos. Algunos se encontraban sentados frente al agua mientras otros estaban tumbados y estirados, como si se encontraran exhaustos.

Poco a poco, el sonido llegó hasta él, el aterrorizado maullido de las crías y los gemidos angustiados de los gatos mayores.

– ¿Falta mucho?- le preguntaba una cría atigrada a su madre.

– ¡Me duelen las patas!- agregó una gatita carey.

La gata, una hermosa reina de pelaje grisáceo, se agachó para darle un lametón tranquilizador.

– No, no mucho- le prometió- Y luego encontraremos un nuevo y bonito hogar.

– Pero yo no quiero un nuevo hogar- protestó la cría carey- Quiero volver a nuestro campamento.

Su madre le lamió las orejas con amabilidad.

– Nuestro campamento ha desaparecido- maulló- Se lo han llevado los Dos Patas. Pero encontraremos uno mejor, ya verás.

El nerviosismo de sus ojos verdes le indicó a Estrella de Fuego que no estaba segura de que lo que le había dicho a sus crías fuera verdad. Siguió la dirección de su mirada hacia los gatos despatarrados en la orilla hasta atisbar al gato gris blanquecino que

tantas otras veces había visto, el mismo gato que le había hablado en el jardín de Tiznado. Se encontraba al borde del río con aire autoritario y la cabeza vuelta corriente arriba.

– ¿Es este el camino?- maulló en voz baja.

Una pequeña gata atigrada que estaba sentada en la orilla, a su lado, le respondió.

– Tú eres nuestro líder así que tú decides. No he tenido señales del Clan Estelar desde que dejamos el bosque.

– Paso de Cervatillo, al Clan Estelar no le importamos- gruñó el gato gris y blanco- Si lo hiciera, nunca hubieran permitido que los otros clanes nos expulsaran del bosque.- agachó la cabeza- Todo lo que podemos hacer es seguir adelante hasta encontrar un lugar donde vivir.

Un movimiento por el rabillo del ojo distrajo a Estrella de Fuego. Se quedó helado al ver como una cría de pelaje largo corría directa hacia él. Temió que le viera y diera la voz de alarma, pero pasó trotando a su lado tan cerca, que sus pelajes casi se rozaron, y sin siquiera reparar en él.

De pronto, comprendió que ninguno de aquellos gatos podía verle así que Estrella de Fuego comenzó a caminar entre ellos. Se quedó horrorizado al ver lo delgados que estaban, las costillas que sobresalían de sus mantos apagados y desaliñados.

Un veterano blanco y negro yacía sobre su costado y respiraba entrecortadamente.

– No puedo seguir- dijo con voz ronca- Tendréis que iros sin mí.

– Tonterías- gruñó un guerrero rojizo- Ningún gato se queda atrás.

El veterano cerró los ojos.

– Nunca debimos abandonar el bosque.

Una gata parda atigrada se acercó al macho rojizo.

– Encontraremos un lugar en el que quedarnos; te lo prometo.

– Uno mejor que el que dejamos atrás- agregó el guerrero rojizo agitando bruscamente la cola- Sin que nos molesten los otros clanes. No más asaltos fronterizos, no más robo de presas. Y, sobre todo, no más Dos Patas. Lo tendremos todo para nosotros.

El veterano blanco y negro emitió un tenue siseo.

– Cola de Buitre, siempre ha habido cinco clanes en el bosque.

– Ya no- murmuró el macho rojizo.

– Te traeremos carne fresca- maulló la atigrada- y pronto te sentirás mejor.- con una mirada al macho, agregó- Vamos a cazar.

Los dos gatos dejaron a sus compañeros y comenzaron a merodear por los setos. Una ardilla ardilleaba sentada en un árbol que extendía sus ramas por encima de la orilla; la gata atigrada dio un salto enorme y la atrapó con sus fuertes fauces, cayendo de vuelta a la tierra con la presa entre las patas.

Estrella de Fuego la observó ensimismado. ¡Menuda captura! Nunca había visto saltar tan alto a un gato. Al principio se sorprendió de que el gato rojizo no la felicitara pero luego se dio cuenta de que ambos gatos poseían unas fuertes y musculosas patas traseras; saltar debía haber sido la capacidad especial del Clan del Cielo así como la de los gatos del Clan del Río era nadar bien o la de los del Viento correr velozmente tras los conejos.

Los cazadores llevaron la carne fresca a su clan. Un par de guerreros más habían matado a unos campañoles pero, aún así, no era suficiente. Vio como distribuían la carne fresca primero a los veteranos y a las madres con crías, tal y como esperaba que hicieran unos gatos que seguían el código guerrero.

Cuando el clan devoró las presas tras unos pocos mordiscos

hambrientos, el líder gris y blanco se mezcló con ellos.

– Es hora de irse- maulló.

El clan al completo se levantó. El gato gris y blanco tomó la delantera, encaminándose río arriba. El macho rojizo y la gata atigrada ayudaban al veterano blanco y negro. Cuando pasaron cojeando al lado de Estrella de Fuego, de percató de que podía ver el río y la hierba a través de sus pelajes. Los gatos del Clan del Cielo parecieron adentrarse uno a uno en un banco de niebla pálida y Estrella de Fuego se despertó a la luz del sol bajo el seto.

– Tengo que ayudarles- murmuró en voz alta- Pase lo que pase, tengo que encontrar al Clan del Cielo.

Durante los tres amaneceres siguientes, Estrella de Fuego y Tormenta de Arena continuaron el viaje. El rio se hizo visiblemente más estrecho y espumeaba alrededor de unas rocas afiladas y grises. En todas partes, Estrella de Fuego veía rastros de la gigantesca ola que se había llevado a Tormenta de Arena: ramas diseminadas, escombros atrapados entre los setos, charcos a medio secar en el camino… En las aguas poco profundas bajo la orilla, las pollas de agua llamaban entre lamentos a sus polluelos perdidos.

– ¿Crees que falta mucho? Maulló Tormenta de Arena- si el río se estrecha más va a desaparecer.

– Tienes razón. Deberíamos empezar a buscar muestras del Clan del Cielo- contestó Estrella de Fuego.

– ¿Qué tipo de muestras? ¿Marcas olorosas?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

– Lo dudo. Eso significaría que aún queda un clan para proteger su territorio. El gato del Clan del Cielo con el que hablé me dijo que el clan se había diseminado.

– Pero tienen que quedar algunos gatos del Clan del Cielo-

remarcó Tormenta de Arena- Si no, ¿qué estamos haciendo aquí?

– Puede que queden unos pocos gatos que intentan vivir según el código guerrero- sugirió Estrella de Fuego.

Tormenta de Arena asintió y, luego, suspiró.

– Eso espero. O quizá ya no recuerdan quienes son.

Con la mirada al frente, Estrella de Fuego vio las cimas escarpadas de una cadena de colinas. No parecían ser tan duras y sombrías como las Rocas Altas, pero eran más altas que los páramos del Clan del Viento. A los gatos que huían y que querían alejarse lo máximo posible de otros gatos y Dos Patas les habrían parecido un refugio.

El camino se hizo arenoso, manchando sus patas de rojizo y lacerándoles los ojos en cuanto soplaba la brisa. El sol pegaba con fuerza; Estrella de Fuego y Tormenta de Arena agradecían las sombras de los árboles que crecían a lo largo de los setos.

Estrella de Fuego sintió como se le erizaban los pelos del pescuezo al atisbar dos o tres guaridas de Dos Patas. ¿Era el comienzo de otro Poblado Dos Patas en el que se perderían? El camino pasaba justo enfrente de las guaridas y lo recorrían una camada de crías de Dos Patas.

Tormenta de Arena le tocó el hombro con la punta de la cola.

– Vamos a ver si podemos rodearlo.

Encontró un hueco en el seto que llevaba hasta un campo de hierba áspera. Los dos gatos lo atravesaron, evitando las vallas de los jardines de los Dos Patas, hasta llegar a un Sendero Atronador estrecho.

Estrella de Fuego se detuvo; el hedor a monstruos era viejo y tenue.

Miró a Tormenta de Arena.

– ¿Crees que es seguro atravesarlo?

Tormenta de Arena miró rápidamente arriba y abajo. Estrella de Fuego la siguió de cerca. Al otro lado encontraron más hierba áspera y no les llevó mucho evitar el resto de guaridas Dos Patas hasta volver a ver el río.

Según se acercaban, Estrella de Fuego oyó los chillidos de más crías de Dos Patas. Emitió un siseo suave de desagrado; pensó que habían escapado a los Dos Patas al evitar las guaridas. En cuanto llegaron otra vez al camino vio que el río se ensanchaba hasta formar un estanque poco profundo y redondo. Unas cuantas crías Dos Patas brincaban a su alrededor, gritando felizmente y salpicándose los unos a los otros con agua. En la orilla, dos hembras mayores se sentaban sobre pieles.

– ¡Están jugando en el agua!- Tormenta de Arena retorció la nariz con disgusto al situarse al lado de Estrella de Fuego.- Siempre supe que los Dos Patas estaban locos. Se van a congelar hasta morir sin pelaje sobre la piel.

Antes de que terminara de hablar surgió de entre los jóvenes Dos Patas un chillido atroz. Un par de ellos brincaron fuera del agua y corrieron a toda velocidad con las patas extendidas hacia Estrella de Fuego y Tormenta de Arena al tiempo que enviaban gotas de agua en todas direcciones.

– ¡Corre!- maulló Estrella de Fuego.

La primera cría Dos Patas casi lo atrapa en el momento en el que escapó por los pelos. Tras él oyó el aullido de la mayor de las hembras. Miró atrás y vio que se había levantado y llamaba a los jóvenes Dos Patas que retrocedían hacia ella. Aún así, Tormenta de Arena y él siguieron corriendo hasta que el río dio una curva y las dos crías quedaron atrás.

Finalmente, se detuvieron con los costados agitados justo donde un sauco lanzaba una sombra oscura sobre la orilla.

– Oigo algo- susurró Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego enderezó las orejas. De alguna parte, por delante, le llegaba un rugido similar al de la cascada del territorio del Clan del Río.

Cautelosamente, lideró la marcha hasta el siguiente meandro.

Frente a él el agua realizaba una suave curva sobre la cima de un risco, convirtiéndose en espuma al caer sobre las rocas sobresalientes e impactar en el estanque de abajo. El aire estaba cargado de niebla que dividía la luz del sol en diminutos arcoíris danzantes.

Estrella de Fuego se quedó quieto un instante, disfrutando de las frescas salpicaduras que empapaban su pelaje calenturiento. Mientras tanto, Tormenta de Arena se acercó al borde del estanque y se atrevió a asomarse por una de las rocas colgantes.

– ¡Cuidado!- le gritó Estrella de Fuego con el corazón latiéndole acelerado al imaginársela cayendo al estanque revuelto.- Las rocas puedes ser resbaladizas.

Tormenta de Arena movió la cola para indicarle que le había escuchado; Estrella de Fuego esperó no haberla enfadado al advertirla.

Un par de latidos de corazón más tarde, la gata rojiza lanzó una pata al agua; un fogonazo plateado destelló en el aire y un pez cayó, retorciéndose, sobre la roca. Tormenta de Arena le puso una pata encima para impedir que brincara de vuelta al estanque.

– Ey, pensé que habías dicho que nunca serías con gato del Clan del Río.- se burló Estrella de Fuego mientras brincaba hasta ella.

Tormenta de Arena cogió el pez con las fauces y se reunió con él

en la orilla.

– Esta estúpida criatura prácticamente vino y pidió que lo cazaran.- le dijo, arrojándole la presa a las patas.

Los gatos del Clan del Trueno no solían comer peces pero Estrella de Fuego encontró el sabor extraño delicioso cuando devoró su parte.

Limpiándose los bigotes tras terminar, miró la cara del risco junto a la cascada. Unas rocas cubiertas de musgo sobresalían de ellas con matas de helechos desperdigadas sobre su superficie.

– No parece difícil de escalar- maulló- Será mejor que lo intentemos antes de que baje el sol.

Comenzó a ascender por las rocas con nerviosismo palpitándole mientras luchaba por mantener el equilibrio. El agua tronaba a tan solo unas colas de distancia; si resbalaban y caían a ella acabaría arrastrándoles al estanque de abajo. Ahí donde las rocas estaban desnudas resbalaban por culpa de las gotas de agua y el musgo se desprendía cuando Estrella de Fuego intentaba poner su peso sobre él. Las frondas le abofeteaban el rostro y le empapaban con gotas de agua.

Alzándose hasta una roca plana, se detuvo un momento a descansar con los costados agitados al intentar recuperar el aliento. Miró atrás para ver cómo iba Tormenta de Arena y la vio equilibrándose precariamente sobre una roca al final de una losa escarpada de piedra.

– ¿Te has atascado?- le gritó- Espera; voy a ayudarte.

Tormenta de Arena le miró y le enseñó los dientes con un siseo ahogado por el tronar del agua.

– Quédate donde estás- le replicó- Puedo apañármelas.

Estrella de Fuego agitó la cola, irritado. ¿Por qué tenía Tormenta

de Arena siempre demostrar que podía apañárselas sola?

– No seas cerebro de ratón. No puedes…

– ¡He dicho que puedo apañármelas!- le interrumpió Tormenta de Arena- No sirve de nada ponernos a ambos en peligro. Uno debe sobrevivir para encontrar al Clan del Cielo.

Antes de que Estrella de Fuego pudiera responder su pareja saltó hacia arriba, enganchando las garras en una mata de musgo encima de su cabeza. Mientras el musgo empezaba a desprenderse, la gata pateó con sus patas traseras hasta alcanzar una amplia grieta en la roca. Desde allí consiguió saltar hasta donde la aguardaba Estrella de Fuego con el corazón acelerado de miedo.

– ¿Ves?- Tormenta de Arena se sacudió diseminando gotas de agua de su pelaje.- Te dije que no pasaba nada.

Estrella de Fuego apoyó el hocico contra el de la gata e intentó que le dejaran de temblar las patas. Luego, comenzó a escalar otra vez con la respiración agitada y superficial, y el pelaje erizado por la tensión para cuando se aupó sobre el borde del risco y se derrumbó a nivel del suelo. Un latido de corazón después se le unió Tormenta de Arena que se tiró a su lado. Notó la calidez de su aliento en la oreja.

– Lo siento- murmuró la guerrera.

El sol estaba cerca de ponerse; el río reflejaba el cielo rojizo, estriado por las largas sombras de los árboles a su alrededor.

Estrella de Fuego y Tormenta de Arena caminaron río arriba; el río se hizo aún más estrecho y las orillas se alzaron hasta viajar por una quebrada arenosa cercana al límite del agua. Era menor que aquella al borde del territorio del Clan del Viento, pero sus lados eran igual de escarpados y, aunque aún quedaba luz en el cielo, pronto caminaron entre sombras.

– Será mejor que encontremos un lugar donde pasar la noche- sugirió Tormenta de Arena- Si hay muestras de que el Clan del Cielo está por aquí podríamos perderlas en la oscuridad.

Por mucho que Estrella de Fuego quisiera seguir adelante sabía que lo que la gata decía era lógico. Encontraron una cueva pequeña al lado de la quebrada cobijada por una aulaga raquítica y se arrastraron a su interior. El suelo arenoso era más cómodo de lo que esperaba Estrella de Fuego y no tardó mucho en caer dormido con el dulce olor de Tormenta de Arena a su alrededor.

La luz del día se filtró por la aulaga puntiaguda, despertándole.

El pánico le apuñaló al ver que Tormenta de Arena no estaba allí. Se abrió paso por las ramas espinosas y salió al lado del río, parpadeando bajo la brillante luz del sol y sacudiéndose las semillas del pelaje. Para su alivio, Tormenta de Arena trotaba hacia él.

– Pensé que sería buena idea ir a cazar- maulló al llegar a su altura con una mirada descontenta en sus ojos- Pero no he encontrado ninguna presa. Apenas hay nada aquí para mantenerlos con vida.

– No te preocupes. Seguiremos y cazaremos por el camino. Tiene que haber algo.

La única respuesta de Tormenta de Arena fue un bufido. Estrella de Fuego sabía lo orgullosa que se sentía para con sus habilidades de caza; era raro que no trajera ninguna presa.

A la plena luz del día vio que sus alrededores eran muy diferentes al vergel bajo la cascada.

Los lados de la quebrada se habían convertido en riscos arenoso con unos pocos arbustos desgreñados y matas de hierba dura que enraizaba en las grietas.

El camino junto al río se desvanecía prácticamente a ambos

lados por lo que los gatos tuvieron que escalar sobre las rocas para mantenerse cerca del agua. A pesar de que no dejaban de detenerse para olfatear el aire solo captaron el más leve trazo de presas.

– Esto no está bien- maulló Estrella de Fuego al cabo de un tiempo- Ningún gato viviría tan cerca del agua sin un lugar donde acampar. Será mejor que subamos a la cima de la quebrada.

Esta vez, el ascenso fue más fácil; aunque los riscos arenosos eran suaves y resbaladizos también contaba con grietas y alguna cornisa ocasional y superficial que les proveía de muchos asideros. Cuando Estrella de Fuego ascendió hasta la cima, el viento le golpeó el pelaje y se alejó unos cuantos pasos del rico por si el viento lo derribaba. Se encontró mirando a una amplia extensión de tierra arenosa con retazos de hierba rala salpicada por árboles raquíticos. En la lejanía se adivinaba el contorno de las paredes de un Poblado Dos Patas y el resplandor de los monstruos que circulaban por un Sendero Atronador.

– Nos mantendremos alejados de ahí- le murmuró a Tormenta de Arena cuando la gata escaló hasta unirse a él.

Su pareja ya estaba olfateando el aire.

– ¡Conejos!

Estrella de Fuego no compartió su entusiasmo. Estaba acostumbrado a acechar a las presas bajo el bosque espeso; no era un gato del Clan del Viento, rápido como para correr en terreno despejado.

– Sigamos- maulló- Puede que haya un sitio mejor para cazar más adelante.

Conforme atravesaban el borde de la quebrada, sus patas comenzaron a cosquillearle. ¡Olía a gatos! Olfateando cuidadosamente, intentó captar el olor del Clan del Cielo que le era

tan familiar tras sus encuentros con el líder del clan. Pero estos aromas eran completamente diferentes.

Tormenta de Arena se había adelantado unos pasos y se detuvo al pie de un árbol para olfatear la madera.

– Ven y mira esto.- le llamó convocándole con la cola.

Estrella de Fuego brincó hasta ella y vio las marcas de unas garras sobre la madera. Allí, también, el olor a gato era más fuerte.

– Un gato ha hecho estas marcas- maulló Tormenta de Arena con un brillo en sus ojos verdes.

Estrella de Fuego asintió.

– Uno con unas garras muy largas y muy afiladas, según parece. Vamos- maulló, transportando ansiosamente el aire hasta sus glándulas olfativas- Veamos qué más podemos encontrar.

Una nube de moscas zumbó en el aire unos cuantos pasos más adelante cuando casi tropieza con la carcasa medio comida de un conejo.

– ¡Puaj!- retrocediendo, se pasó la lengua por las fauces.- Carroña.

Tormenta de Arena examinó el conejo muerto desde lejos.

– Lo ha matado un gato. No ha muerto naturalmente y huele a gato. Por lo que sí que hay gatos por aquí que cazan presas.

Estrella de Fuego se forzó a acercarse y darle un escrutinio más cuidadoso al cadáver.

– Me parece que el gato caza solo- maulló- Eso explicaría por qué no se ha acabado la comida.

– Y tiene que ser tan rápido como un gato del Clan del Viento para conseguir atrapar un conejo.

Estrella de Fuego retrocedió y se encaminó otra vez por la cima de la quebrada.

– El olor del conejo era diferente al del árbol. Son proscritos y no gatos de clan.

– Pero, ¿no es eso lo que dijo el gato del Clan del Cielo?- preguntó Tormenta de Arena- ¿Qué su clan se había dividido?

Estrella de Fuego no contestó. A pesar de que las muestras de gato eran alentadoras nunca había llegado a considerar de verdad, hasta ese momento, cómo sería juntar de nuevo un clan a partir de proscritos y mininos domésticos.

Tendría que tratar a cada gato como si fuera un aprendiz… no, una cría, porque esos gatos ni siquiera conocerían el código guerrero o lo que significaba vivir en un clan. La tarea era tan abrumadora que, por un latido de corazón, pensó en dar media vuelta y volver a casa. Luego apretó los dientes, decidido. No pensaba dar por perdida su búsqueda hasta descubrir exactamente qué tipo de gatos moraban allí y si había esperanzas para restaurar el Clan del Cielo. Pero, justo ahora, sentía como si la búsqueda no tuviera fin y como si nunca fuera a volver a ver el bosque.

Ya había pasado el mediodía cuando llegaron a una pendiente arenosa con varios hoyos de conejo que se internaban en la tierra. El olor a conejo se hizo más fuerte. De pronto, salió uno de una aulaga y huyó por la cima de la quebrada. Estrella de Fuego corrió tras él pero Tormenta de Arena le adelantó, por lo que el gato aminoró el paso para observarla mientras perseguía a la presa y acababa con ella.

– ¡Bien hecho!- maulló acercándose a Tormenta de Arena al tiempo que ella arrastraba el conejo de vuelta.- ¡Ahora eres un gato del Clan del Viento!

Estrella de Fuego se sintió lleno por primera vez en días tras compartir él y Tormenta de Arena la carne fresca. Si su pareja podía

atrapar presas en ese lugar, también podrían los gatos del Clan del Cielo.

Tormenta de Arena le guiñó un ojo.

– ¿Estas entusiasmado, verdad?

Estrella de Fuego asintió.

– Cada paso no acerca más.

– Me alegra estar contigo.

Estrella de Fuego le tocó la oreja con la nariz.

– Y yo me alegró de que estés aquí. No podría hacerlo sin ti.

Pasaron la noche ovillados entre las raíces de un extenso roble, uno de los pocos árboles decentes que crecían en el risco sacudido por el viento. Gracias al olor a savia y madera que le envolvían, al susurro de las hojas en las orejas, Estrella de Fuego casi se imaginaba que estaba en su hogar, en el bosque.

Le despertó la luz del sol incidiéndole en el rostro. Sus ojos se abrieron de golpe llevados por el pánico; ¿cómo había podido dormir tanto?

Se dio cuenta entonces de que las raíces donde se había acomodado para dormir habían desaparecido y las remplazaban unas paredes arenosas y el techo de una cueva.

La luz de sol se filtraba por una apertura a unas colas de distancia. El aire a su alrededor era cálido. Oía los murmullos de muchos gatos dormidos y el olor al Clan Estelar le rodeaba. Levantando la cabeza vio las peludas formas de unos guerreros ovillados entre el musgo y los helechos.

Una sombra cubrió la cueva y Estrella de Fuego vio, recortado contra la luz, a un macho musculoso. Reconoció al macho rojizo de su visión en el río. El miedo se adueñó de él; ¿qué le harían esos gatos cuando lo encontraran en su guarida? Pero el macho rojizo

miró a través de él sin verle y Estrella de Fuego comprendió que, una vez más, era invisible para los gatos del Clan del Cielo.

– Vamos- maulló el guerrero rojizo- Es hora de ponerse en marcha.

Alrededor de Estrella de Fuego los guerreros comenzaron a estirar y levantar las cabezas. Uno de ellos, la gata marrón y atigrada que había cazado la ardilla, se levantó y arqueó la espalda, desperezándose.

– Que no se te caiga el pelo, Cola de Gavilán. Ya vamos.

– Vale, Manto Frondina, tú lideraras la patrulla del alba- agregó el macho rojizo.- Escoge a un par más para que te acompañen y mantén los ojos abiertos por si ves al zorro que vimos al otro lado de la quebrada.

Manto Frondina agitó la cola.

– No temas. Si cruza será carroña.

El macho rojizo se arrastró por la cueva y empujó con una pata a una gata del color de la arena.

– Arriba, Fauces Ratoniles. Vienes de caza conmigo y recogeremos a Pata de Roble por el camino. Pelaje Nocturno- agregó a un macho negro al otro lado de la cueva- tú puedes liderar otra patrulla de caza.

Para entonces, todos los gatos se habían levantado y se sacudían el musgo y los helechos del pelaje.

– Este es ahora nuestro hogar- maulló Cola de Gavilán, mirando a su alrededor con aprobación.- Sabéis donde ir…

Mientras hablaba, el resto de los gatos y él comenzaron a desaparecer.

Durante un latido de corazón, Estrella de Fuego vio las paredes arenosas a través de sus pelajes; luego, también se disolvieron estas

y se despertó, parpadeando a la luz del amanecer. La voz de Cola de Gavilán seguía resonándole en las orejas. Sabéis donde ir…

Estrella de Fuego salió del cobijo del árbol. El cielo brillaba con una luz lechosa y una suave brisa le tironeó del pelo.

Todos sus sentidos se agudizaron para captar el rastro del clan perdido. Sus patas le cosquillearon ante su cercanía; ¿sería ese el día en el que los encontraría?

– Estoy aquí- maulló en voz alta.

Volviendo hacia donde dormía Tormenta de Arena vio a un ratón que se escabullía entre las raíces del roble. Adoptó la posición del cazador y saltó sobre él, matándolo con un veloz mordisco en el cuello.

Despertó a Tormenta de arena pasándole el extremo de la cola por la nariz.

– Es hora de levantarse- anunció al tiempo que los bigotes de la gata se retorcían y abría los ojos- Hay carne fresca esperándote.

Al continuar su viaje tuvieran que evitar las matas de aulagas y espinos que crecían al borde del risco. Estrella de Fuego seguía captando de vez en cuando rastros a gatos, pero nada que le indicara hacia dónde se había ido el Clan del Cielo.

Entonces, cuando los arbustos desaparecieron, Tormenta de Arena se acercó otra vez al borde del risco. Estrella de Fuego, que olfateaba a un ratón entre los espinos, la oyó contener el aliento. Dio media vuelta y la vio mirando hacia la quebrada.

– ¡Ven y mira, Estrella de Fuego!- exclamó- ¡El río ha desaparecido!

# Capítulo 15

Estrella de Fuego se apresuró a alcanzar a su compañera, abandonando su presa, y miró hacia abajo.

Las laderas de la quebrada descendían escarpadamente hasta un estrecho valle completamente seco con unas cuantas rocas rojizas desparramadas en él. Ni siquiera habría una gota de agua.

Su corazón latió con fuerza.

– Creo que nos hemos pasado el lugar donde acampó el Clan del Cielo- le maulló a Tormenta de Arena- El gato gris y blanco me dijo que siguiera el río.

La cola de Tormenta de Arena azotó el aire.

– ¡Cagarrutas de ratón! Será mejor que bajemos y volvamos por la base de la quebrada.

Estrella de Fuego tomó la delantera mientras descendían cuidadosamente por el risco escarpado. Las piedrecillas sueltas resbalaban bajo sus patas; Estrella de Fuego intentó no pensar en qué pasaría si resbalaba todo el camino en un revoltijo endeble de patas y cola para terminar, destrozado, en el fondo.

Intentó pisar con ligereza, escogiendo el recorrido de una roca sobresaliente a la siguiente y usando la cola para equilibrarse.

Para entonces, el sol ya había ascendido por el cielo y las laderas rocosas de la quebrada reflejaban su calor. La tierra ardiente quemaba las patas de Estrella de Fuego. Resollando, notaba cómo si pelaje estaba a punto de estallar en llamas. Molestó a un lagarto que tomaba el sol sobre una piedra; se escabulló por una grieta cuando su sombra cayó sobre él.

– Al menos no nos vamos a morir de hambre.- comentó,

señalando la criatura con la cola.

Tormenta de Arena arrugó la nariz.

– Solo el Clan de la Sombra come cosas con escamas- maulló- Tendría que estar muy hambrienta para intentarlo siquiera.

Finalmente, llegaron al fondo de la quebrada y retrocedieron por el camino que habían venido al tiempo que sorteaban las rocas. El pelaje de Estrella de Fuego se erizó; en esa parte de la quebrada no crecía nada, excepto unas cuantas matas de hierba rala y arbustos raquíticos; no había cobijo ni maleza que ocultara a los gatos de los ojos hostiles.

– Menos mal que no somos blancos o negros- murmuró Tormenta de Arena- Al menos nuestros pelajes nos ayudarán a ocultarnos.

Estrella de Fuego asintió, tenso.

– Mantente alerta. No sabemos lo que puede acechar por aquí.

Conforme el sol decaía en el cielo, las sombras del risco cayeron sobre ellos. Estrella de Fuego respiraba mejor ahora que el aire se había enfriado. Comenzó a captar el sonido del agua frente a ellos.

Inspiró profundamente, detectando las primeras muestras de humedad en el aire seco.

Tormenta de Arena levantó la cola al aire.

– ¡Oigo el río!

Estrella de Fuego aceleró el paso hasta que ambos acabaron brincando entre las rocas, mientras anhelaba la presencia de la suave tierra del bosque en vez de esas piedritas afiladas. Al girar una curva se detuvo de golpe en cuanto vio un montón de rocas rojizas que bloqueaban la quebrada. Allí, el sonido del agua era más fuerte, pero no podía verla.

Escaló por el montón de rocas con las garras arañando la piedra

quebradiza y se asomó cuidadosamente por el borde. Justo bajo él el agua fluía libremente de un gran hoyo hasta un estanque redondo antes de alejarse por la quebrada y desaparecer de la vista.

Tormenta de Arena escaló hasta el lado de Estrella de Fuego.

– Así que aquí es donde comienza el río.

Estrella de Fuego miró alrededor en espera de ver la figura clara del guerrero del Clan del Cielo que lo observaba desde los riscos. No vio ningún gato pero a medio camino quebrada arriba observó la presencia de unas cuantas cuevas, aperturas oscuras y estrechas que se internaban risco adentro. Unas sendas estrechas zigzagueaban por la cara del risco y conducía de una cueva a otra.

Estrella de Fuego recordó el sueño en el que se había despertado entre los guerreros del Clan del Cielo, en una cueva arenosa. Las palabras del lugarteniente resonaron otra vez en su mente. Ahora, este es nuestro hogar. Sabéis a donde ir.

– Hemos llegado- le dijo a Tormenta de Arena en voz baja.

– ¿Crees que el Clan del Cielo vivía en esas cuevas?- Tormenta de Arena no las tenía todas consigo- ¿Y que subían y bajaban de los riscos todos los días?

– Si.

Tormenta de Arena se levantó.

– Vale, pero no pienso echar un vistazo sin beber antes. Mi boca está tan seca como la quebrada.

La gata empezó a descender por el otro lado del montón de piedras, siguiendo el río hasta que llegó al estanque de donde salía. Estrella de Fuego se le unió cuando se agachó para beber. El agua estaba fría como el hielo; se colaba entre su pelaje churruscado y Estrella de Fuego creyó que nunca pararía de beber.

El agua fluía con rapidez pero sin realizar ningún sonido. Una

luz verdeazulada destellaba bajo la superficie, pero en las profundidades bajo las piedras todo era oscuridad. La cueva se abría ante ellos como una boca hambrienta que aguardara silenciosamente…

Estrella de Fuego se estremeció y se incorporó, sacudiéndose las gotas de los bigotes. Tormenta de Arena miraba hacia algo sobre el lodo seco junto al estanque.

– Mira eso- maulló.

¡En el lodo se veían las huellas de un gato!

– Pueden ser de un proscrito que pasaba por aquí- remarcó Estrella de Fuego- o incluso de un minino doméstico atrevido.

Tormenta de Arena bufó.

– Demasiado atrevido para un minino doméstico. Echemos un vistazo a esas cuevas.

La pared de la quebrada allí era incluso más escarpada que aquella por la que habían descendido. Estrella de Fuego luchó por mantener pie en las piedrecitas sueltas, convencido de que estaba a punto de resbalarse.

Tras las primeras colas de distancia dejaron atrás las sombras y el calor tórrido cayó a plomo sobre él. El polvo se levantaba bajo sus patas dándole más sed que nunca.

Pero cuando llegaron a primero de los senderos, el ascenso se hizo más fácil. Parecía como si la cara del risco se hubiera esculpido para dejar a la vista un sendero plano que creaba una suave pendiente y conectaba cada cueva. Estrella de Fuego se dirigió hacia la entrada más alta, que también parecía ser la más grande. Se apoyó contra el risco para evitar la caída al otro lado. Tormenta de Arena le seguía los talones, exhalando de alivio al entrar tras él en el suelo nivelado de la cueva.

Estrella de Fuego miró a su alrededor. Ya había estado allí antes. La cueva era varias veces más grande que su guarida en el campamento del Clan del Trueno. Dentro se estaba fresco y a la sombra, y la recubrían muros verticales y suelo arenoso. Proporcionaba refugio contra la lluvia y el calor asfixiante, y a los enemigos les sería difícil alcanzarla.

Durante unos latidos de corazón permaneció inmóvil, imaginándose como se habían sentido los gatos del Clan del Cielo al llegar a ese refugio.

¿Se habrían emocionado al encontrarlo o temerían los peligros que podían acechar entre las sombras? ¿Habrían echado de menos su campamento del bosque? ¿O estaban demasiado cansados como para preocuparse? Durante un instante volvieron a estar a su alrededor; oía sus maullidos y sentía el roce de sus pelajes contra el suyo.

– ¿Qué opinas de esto?- preguntó Tormenta de Arena, señalando con su cola unas cuantas marcas superficiales en el suelo al fondo de la cueva.- Con musgo y helechos serían unos lechos muy cómodos.

– Si pero, ¿dónde iban a encontrar musgo y helechos por aquí?- inquirió Estrella de Fuego- No he visto que creciera ninguno en la quebrada.

– Puede que haya algunos en los riscos.

Estrella de Fuego asintió, olfateando una vez más el aire. La cueva rebosaba olores de animales: distinguía ratones y campañoles e, incluso, gatos, pero ninguno de ellos parecía fresco. Se adelantó, hociqueando las marcas que había visto Tormenta de Arena; solo los recuerdos de su sueño le aseguraban que eran, realmente, lechos, y no tan solo concavidades naturales del suelo de la cueva.

– Vamos a explorar algunas cuevas más- Estrella de Fuego se dirigió a la entrada solo para detenerse de golpe a unas colas de

distancia. Su corazón comenzó a latir con furia otra vez- Mira esto.- susurró.

A un lado de la entrada había una columna de roca anclada a un lado a la pared de la cueva. Marcadas profundamente en la parte inferior había arañazos de garras. Sin atreverse apenas a respirar, Estrella de Fuego se acercó a ella, levantó las patas delanteras y colocó sus propias garras sobre las marcas.

– ¡Coinciden!- susurró Tormenta de Arena.

Y tenía razón. Las garras de Estrella de Fuego se deslizaron por las marcas como si las hubiera hecho él mismo. Se estremeció al pensar que sus patas descansaban sobre el lugar donde habían estado las de otro gato tanto tiempo atrás.

– Y mira estas otras marcas- Tormenta de Arena se acercó al tronco de piedra y puso una mano contra él, cerca de la base.

Por primera vez, Estrella de Fuego se percató de la presencia de unas diminutas marchas que recorrían de lado a lado el tronco.

– Puede que las hayan hecho crías.

Tormenta de Arena no estaba segura.

– ¿Por qué iban a hacerlas de lado a lado en vez de arriba abajo?

Estrella de Fuego se encogió de hombros.

– Quién sabe lo que hacen las crías. Además, no importa. Este es el lugar.- maulló sintiéndose de pronto más seguro que nunca.- Aquí es donde estableció el campamento el Clan del Cielo.

Los ojos verdes de Tormenta de Arena destellaron.

– Entonces, ¿dónde están ahora?

Pasaron el resto del día explorando las demás cuevas.

Las patas de Estrella de Fuego le cosquillearon mientras descubrían más marcas de garras, prueba de que, alguna vez,

aquellas cuevas habían estado habitadas por gatos.

– ¡Mira!- murmuró Tormenta de Arena en la siguiente cueva que visitaron, apoyando suavemente la punta de la cola contra la pared.- ¡Solo hay marcas diminutas! Esta debía ser la maternidad.

Estrella de Fuego miró la entrada; una roca bloqueaba la mayor parte, escondiéndola de ojos hostiles y manteniéndola fresca incluso bajo la sofocante luz solar.

– Las crías y sus madres habrían estado a salvo aquí.

Tormenta de Arena se adentró aún más en la cueva con el pelaje rojizo convertido en un borrón contra las sombras.

– También hay concavidades más grandes en el suelo- anunció- Del tamaño justo para una reina y su camada.

Más debajo de la cara del risco encontraron cuevas más pequeñas que podrían haber sido las guaridas de los aprendices, el curandero y el líder del clan- Por fin, regresaron a la primera cueva.

– Estoy seguro de que esta era la guarida de los guerreros- maulló Estrella de Fuego sin querer abandonar su sueño- Hay mucho espacio y está cerca de la cima del risco. Habrían sido capaces de defender al resto del clan en caso de que los zorros o los Dos Patas intentaran bajar.

Tormenta de Arena olfateó pensativamente el aire.

– Huelo a gato- informó- No es fresco, pero es todo lo que tenemos hasta ahora. Creo que al menos un solo gato estuvo aquí la pasada luna o así.

Estrella de Fuego recorrió lentamente la cueva y vio algo blanco brillando en una grieta entre dos rocas de la pared. Metió una pata en el agujero y sacó un montón de huesecillos diminutos.

– Un ratón o un campañol- le comentó a Tormenta de Arena que se había acercado para echar un vistazo.- Tienes razón; aquí ha

habido gatos, pero no parece que vivan aquí permanentemente. Si lo hicieran, el olor sería fresco.

– Me preguntó a qué vendrán- Tormenta de Arena no parecía esperar una respuesta y Estrella de Fuego no podía darle ninguna.

Para entonces, el sol se había puesto y la quebrada se había llenado de sombras. Escalaron las pocas colas de distancia que los separaban de la cima del risco y cazaron entre los arbustos del borde. Cuando comieron, regresaron a la guarida de los guerreros para pasar la noche.

– Estoy tan cansada que podría dormir una luna entera- suspiró Tormenta de Arena girando dentro de unas de las concavidades suaves y ovillándose con la cola sobre la nariz.

Su respiración regular pronto le indicó a Estrella de Fuego que se había dormido. Se sentó a su lado, mirando la cueva e imaginándosela tal y como había sido en su sueño: cuerpos cálidos y vivos dentro de los lechos de musgo y helechos, y un gato, como él, despierto, que montaba guardia.

Parpadeó y los gatos se desvanecieron. La clara luz plateada de la luna inundaba la cueva y lamía su pelaje. Pero no había ruidos, ni movimientos de pelaje claro que perturbara las sombras.

¿Tanto hacía que se había diseminado el Clan del Cielo?, se preguntó. ¿Quedaba alguna esperanza de encontrar a sus descendientes? ¿O habían llegado demasiado tarde?

# Capítulo 16

El sonido de unas voces distantes y pasos sigilosos despertó a Estrella de Fuego. Abriendo las fauces con un bostezo pensó que ya era hora de levantarse y asegurarse de que habían salido las patrullas. Cuando abrió los ojos se encontró con la cueva desconocida, sus paredes arenosas y aquellas concavidades puras en la roca, y el recuerdo de dónde estaba inundó su mente. Por un instante había creído estar de vuelta en su vieja guarida bajo la Peña Alta, durmiendo en su musgo calentito y los helechos con la luz del sol filtrándose por entre la cortina de líquenes de la entrada. En vez de eso se encontraba en una cueva desierta que una vez perteneció al Clan del Cielo, con Tormenta de Arena desperezándose a su lado.

La gata levantó la cabeza.

– Me parece haber oído algo.

– A mi también- Estrella de Fuego se levantó. Aún oía los movimientos provenientes de la cima del risco y cuando olfateó el aire captó el fuerte olor a gato.

Alzó la cola para indicarle a Tormenta de Arena que permaneciera en silencio e inmóvil, y se acercó a la entrada. La luz diurna se colaba en la cueva desde el cielo claro; el sol no había sobrepasado la quebrada y el aire era frío. Se asomó por la boca de la cueva.

Miró arriba justo a tiempo de ver una oscura cola atigrada que desaparecía de la vista entre los arbustos que crecían en la cima del risco.

– ¿Está ahí?- maulló nervioso un gato.

– ¡Eso creo!

Estirando más el cuello, Estrella de Fuego cogió aire para llamarles pero antes de realizar ningún sonido, una piedrita cayó desde la cima del risco, pasándole a tan solo unos ratones de distancia de la nariz y repiqueteando quebrada abajo.

Le llegaron desde arriba más sonidos de pisadas y un mal sofocado ronroneo de risa.

La primera vez se dirigió a él.

– ¿Has encontrado lo que buscabas en el cielo, estúpida bola de pelo?

– No me sorprende que no tengas amigas, ¡aliento de perro!- agregó la segunda voz- ¡A que no puedes cogernos!

Otra roca cayó rodando por el risco sin darle a Estrella de Fuego por los pelos, y oyó el sonido de dos gatos revoloteando entre los arbustos en medio de fuertes maullidos triunfales.

Furioso, se lanzó hacia arriba. Pero para cuando ascendió la cima del risco y se internó entre la maleza, ambos gatos ya estaban demasiado lejos como para darles persecución. Los vio, un atigrado oscuro y una gata carey que corrían hacia el lejano Poblado Dos Patas.

– ¡Cagarrutas de ratón!- exclamó.

El susurro de las hojas tras él anunció la llegada de Tormenta de Arena.

– ¿De qué iba todo eso?

– Ni idea. Pero si algún compañero de clan me hablara así, se pasarías la siguiente luna buscándole las pulgas a los veteranos.

Tormenta de Arena le restregó el hocico con el suyo.

– Bueno, no saben que tú eres Estrella de Fuego, el líder del Clan del Trueno- le consoló- Teniendo en cuenta todo lo que saben, bien podríamos ser unos proscritos que intentan adentrarse a la

fuerza en su territorio.

– No estoy tan seguro- Estrella de Fuego miró el Poblado Dos Patas a través de la pradera cubierta de maleza, hacia el lugar donde ya se habían desvanecido los dos gatos.- Pensaban que solo había un gato, así que no nos han visto llegar. Y sus insultos deben significar algo; parecían saber perfectamente con quien estaban hablando.

– Entonces es que hay otro gato por aquí- maulló Tormenta de Arena- ¿Puede que sea el mismo que dejó esos huesos en la cueva?

– Es posible.- dio media vuelta en el matorral y comenzó a explorar con mayor ahínco. Consiguió discernir varios olores a gatos diferentes entre los arbustos, así como a ratón y pájaros.

– Ni zorros ni tejones- le comentó Tormenta de Arena al quedar cara a cara con él tras dar la vuelta al tronco de un acebo.

– Al menos ya es algo- maulló Estrella de Fuego- La mayoría de los olores gatunos son de mininos domésticos, incluyendo el de nuestros visitantes. Me gustaría hablar con ellos. Podrían saber si alguna vez vivieron gatos en estas cuevas.

– Podrían- Tormenta de Arena bufó, disgustada- Pero, ¿querrán decírnoslo?

Estrella de Fuego no respondió. Alejándose del Poblado Dos Patas, ambos cazaron entre los arbustos y, luego, descendieron por las sendas pétreas hasta el fondo de la quebrada. Ya en el río, Estrella de Fuego vio más cuevas al otro lado, más bajas que las que ya habían explorado.

– Me pregunto si el Clan del Cielo usaba también esas cuevas- maulló, señalándolas con la cola.

– En ese caso tendría que haber sido un clan enorme- contestó Tormenta de Arena- Hay sitio de sobra en las cuevas que ya hemos visto.

– De todas formas será mejor que las investiguemos.

Escalaron el montón de rocas por donde salía el río y cruzaron al otro lado de la quebrada. No había olores a gatos en las otras cuevas ni marcas de garras o huesos que sugirieran la presencia pasada de gatos allí.

– Supongo que se debe a que las cuevas no reciben mucho sol- sugirió Tormenta de Arena- La mayor parte del día estarían frías y a oscuras.

Estrella de Fuego supuso que tenía razón. Se alegró de dejar atrás la última cueva y encaminarse hacia el río de nuevo.

Un aullido inesperado en la cima de la quebrada le clavó las patas al suelo. Cuatro Dos Patas se recortaban contra el cielo.

– ¡Por aquí… rápido!- le siseó Tormenta de Arena bajo el cobijo de una piedra.

Estrella de Fuego brincó hasta ella y se agazapó a su lado, esperando que los Dos Patas no le hubieran visto. Se asomó y vio que todos eran machos jóvenes. Con fuertes aullidos, descendieron por la quebrada hasta el estanque. Estrella de Fuego no tenía forma de saber si le buscaban a él y a Tormenta de Arena; notaba el corazón acelerado presionándole contra el flanco.

Y vio entonces como los Dos Patas jóvenes se quitaban parte de sus pieles. Con el mayor grito de todos, uno de ellos saltó desde la piedra al otro lado del estanque y se lanzó al agua.

Sus tres amigos saltaron tras él y volvieron a salir del estanque sacudiéndose el agua del pelaje de la cabeza, para saltar una vez más.

– ¡Gracias a Clan Estelar!- suspiró aliviado Estrella de Fuego.- No saben que estamos aquí. Solo han venido a jugar con el agua como esos otros de río abajo.

Tormenta de Arena se encogió de hombros.

– Te lo digo una vez más, los Dos Patas están locos.

Permanecieron fuera de la vista hasta que los Dos Patas jóvenes se cansaron del juego. Tras ponerse las pieles otra vez y comenzar a escalar hacia la cima del risco, los gatos se atrevieron a salir del refugio de la piedra.

– Me pregunto si vendrán mucho por aquí- maulló Tormenta de Arena- El Clan del Cielo no sería muy feliz viviendo tan cerca de los Dos Patas.

– Cierto- coincidió Estrella de Fuego- Pero al menos hacen mucho ruido. Cualquier gato podría oírles venir de lejos.

Saltó por las rocas del otro lado del río, contento de salir de nuevo bajo el sol.

– No he visto ningún pez aquí- remarcó cuando Tormenta de Arena llegó hasta él.

– Y yo no he visto ninguno desde la cascada- maulló- Las presas aquí son ratones, campañoles y pájaros. Y puede que unos cuantos conejos.

– Y la gran mayoría en la cima de los riscos- reflexionó Estrella de Fuego.- No tuvo que ser una vida fácil.

– Quizá por eso ya no están aquí.

Estrella de Fuego se preguntó si tendría razón. Tormenta de Arena y él se las habían apañado para alimentarse sin muchos problemas pero, ¿había suficiente para un clan al completo?

Estaba escalando de vuelta a la guarida de los guerreros cuando Tormenta de Arena se paró de pronto.

– Aquí hay otro sendero- anunció, girando las orejas en dirección a un camino estrecho y rocoso que transcurría transversalmente por la roca. Estrella de Fuego apenas sí veía unas

tenues huellas en el polvo, como si al menos un único gato hubiera viajado por allí hacía poco.- No me había dado cuenta antes. ¿Deberíamos seguirlo?

Estrella de Fuego asintió.

– No nos hará daño.

El sendero llevaba más arriba de la quebrada hasta terminar en una fisura en la cara del risco. Más allá de la fisura se encontraba una roca plana que sobresalía por encima de la quebrada.

Tormenta de Arena volvió la vista hacia Estrella de Fuego.

– Un callejón sin salida. ¿Para que vendrían por aquí si no hay nada?

Estrella de Fuego analizó la cornisa, la roca, los muros verticales del risco… Un gato que perdiera pie allí acabaría precipitándose directamente hacia el suelo de la quebrada.

– No estoy seguro- respondió- Quiza…

Se agazapó y después se impulsó con sus poderosas patas traseras para caer con las cuatro patas sobre la roca plana.

– ¡Estrella de Fuego!- gritó Tormenta de Arena- ¿Es que te has vuelto loco?

No respondió, sino que se mantuvo erguido sobre la piedra de cara a la brisa que revolvía su pelaje y le transportaba los olores mezclados a rocas y agua, a maleza y presas. Si miraba por encima de la quebrada veía el valle seco que se iba estrechando aún más según ascendía; justo bajo él había un lugar donde el agua manaba de un montón de rocas rojizas y siguió el río con la mirada hasta que se perdió en la distancia neblinosa. La roca bajo sus patas era suave y cálida; quería tumbarse y calentarse al sol como hacía su clan en las Rocas Soleadas.

– ¡Ven aquí!- llamó a Tormenta de Arena- ¡Es maravilloso!

Tormenta de Arena se detuvo agitando bruscamente la cola. Luego pareció decidirse, se preparó para saltar y cayó limpiamente al lado de Estrella de Fuego.

– ¿Quieres que nos rompamos el pescuezo?- preguntó de mal humor.

– ¡Solo mira!- Estrella de Fuego creó un arco con la cola- Un gato de guardia vería venir el peligro desde cualquier parte.

La expresión ultrajada de Tormenta de Arena se desvaneció de su rostro conforme observaba la quebrada, y volvió a aplanar el pelaje de los hombros.

– Tienes razón- admitió. Con un súbito cambio de humor, se tumbó de costado y dio unos toquecitos juguetones con la pata a Estrella de Fuego.- Se está de maravilla aquí. ¿Por qué no descansamos un poquito?

Estrella de Fuego se acomodó a su lado sobre la piedra caldeada por el sol, notando como el calor le penetraba el pelaje. Mientras compartía lenguas adormiládamente con su pareja, su mente viajó hasta las Rocas Soleadas y el bosque. Pronto habría una Asamblea y los otros clanes descubrirían que se había ido.

¿Qué harían entonces? Estrella de Fuego sintió como le cosquilleaban las patas por llevarle a casa, y tuvo que recordarse que el Clan del Cielo aún le necesitaba. Si es que lo encontraba…

Cuando el sol bajó cazaron otra vez y comieron su presa antes de regresar a la cueva de los guerreros.

– ¿Dónde están todos esos gatos que hemos olido?- se preguntó Estrella de Fuego.- No hemos visto a ninguno desde los mininos domésticos maleducados de esta mañana.

Tormenta de Arena cojeó al interior y se pasó la lengua por una zarpa.

– No me sorprende que no vengan por aquí. No es un buen lugar para que estén gatos. Vale, hay agua y cobijo, pero es difícil acceder a las presas. Mis patas han acabado despellejadas por escalar y bajar por esas rocas todo el día. Ni siquiera he encontrado acedera para frotármelas. Y casi me tuerzo las garras intentando subir a estas cuevas.

Estrella de Fuego también tenía las zarpas en carne viva y las almohadillas llenas de polvo y suciedad. Ansiaba el fresco toque de la hierba exuberante y las frondas. Por un par de latidos de corazón estuvo tentado de descender y aliviarse las zarpas vadeando en las aguas superficiales al borde del río, pero luego tendría que volver a escalar.

– El Clan del Cielo debió tener zarpas de piedra si vivieron aquí- agregó Tormenta de Arena tras terminar de limpiarse una pata y comenzar con la otra.

Estrella de Fuego estuvo a punto de coincidir con ella cuando se acordó del sueño del Clan del Cielo junto al río y como un gato había saltado con fuerza a un árbol. Ahí también les sería útil aquella habilidad, ser capaces de saltar de piedra en piedra y a las cuevas sin arañarse las almohadillas ni las garras contra la piedra dura.

Curioso de pronto, se acercó a la entrada y examinó las rocas de afuera. Había marcas frescas producidas por Tormenta de Arena y él, pero apenas marcas viejas que hubieran sido hechas por el Clan del Cielo. Se habrían limitado a saltar arriba y abajo por la cara del risco en lugar de arrastrarse; incluso les hubiera sido fácil el salto hasta la roca plana.

– Puede que a nosotros no nos sirva- maulló lentamente a Tormenta de Arena- Pero si serviría al Clan del Cielo. Saben cómo

saltar. Y ya poseían las habilidades que necesitaba. Este fue su hogar… Pero, ¿dónde están ahora?

Una niebla gruesa caía sobre la quebrada y se apretujaba contra la cara del risco cuando Estrella de Fuego se despertó a la mañana siguiente. Se asomó con cautela, casi esperando que otra roca cayera hacia él arrojada por los mininos domésticos. Pero todo estaba en calma, incluso el sonido del río se había silenciado por la niebla.

Despertó a Tormenta de Arena y ambos escalaron hasta la cima del risco para cazar. El olor a presas era aún más difícil de captar en el húmedo aire gélido; Estrella de Fuego merodeó por entre los matorrales sin éxito.

– ¡Ni siquiera una cola de ratón!- murmuró.

Frustrado, salió de los arbustos y miró por el campo abierto hacia el Poblado Dos Patas, preguntándose qué posibilidades habría de rastrear un conejo. Oyó entonces el aleteo de unas alas; miró a un lado y vio a un gorrión que picoteaba el suelo bajo un arbusto.

Tan silenciosamente como pudo, se deslizó hacia delante, una pata tras otra, acortando poco a poco la distancia que lo separaba de su presa. Estaba listo para saltar cuando estalló un alboroto en los arbustos y otro gato salió de pronto de ellos con las patas delanteras extendidas hacia el gorrión.

El pájaro emitió una fuerte llamada de alarma y levantó el vuelo; el recién llegado dio inmediatamente un inmenso salto. Sus garras solo rozaron las alas del gorrión mientras aleteaba hasta la seguridad de un árbol. Un par de plumas cayeron dando vueltas. El gato, un proscrito marrón oscuro, se quedó de pie, resollando y mirando al pájaro al tiempo que agitaba ferozmente la cola.

Envarado de ira, Estrella de Fuego lo acechó hasta que ambos quedaron cada a cara.

– Esa presa era mía- siseó Estrella de Fuego. La frustración acabó por desbordarle; tenía hambre, Tormenta de Arena y él habían viajado mucho para encontrar tan solo cuevas vacías y, ahora, ese sarnoso macho come carroña asustaba la única oportunidad que había tenido en todo el día de cazar.

– Tonterías- replicó el proscrito- Era mía.

Estrella de Fuego bufó disgustado.

– La habría cogido si no llegas a armar tal jaleo en los arbustos. ¿Es que no te ha enseñado ningún gato a cazar?

El pelaje del pescuezo del proscrito se erizó y enseñó los dientes con un gruñido. Estrella de Fuego arqueó la espalda, siseando de rabia y azotando el aire con una zarpa de garras extendidas. Por un latido de corazón, ambos gatos se quedaron inmóviles, mirándose con ira el uno al otro. Estrella de Fuego se dispuso a saltar pero en ese momento el proscrito aplanó las orejas y dio un par de pasos atrás. Con un último gruñido, dio media vuelta y se escabulló por la fila de arbustos.

– ¡Oh, fantástico!- Estrella de Fuego se giró al oír la voz de Tormenta de Arena y la vio asomando la cabeza tras un zarzal.- Se supone que debemos hablar con los gatos locales, no ahuyentarlos.

El pelaje de Estrella de Fuego le ardió de vergüenza. Miró al proscrito solo para ver su fornida figura botando por el borde de la quebrada.

– Lo siento- maulló- Me parece que he sido un pelín duro. Pero debería haber estado claro que el gorrión era mío.- se lamió el pecho rápidamente para calmarse.- No estoy acostumbrado a compartir territorio con gatos que no saben nada del código guerrero.

– Bueno, pues vas a tener que acostumbrarte- Tormenta de Arena

salió del arbusto y se acercó a él.- No puedes esperar que los gatos de aquí vivan según las reglas de casa. Ni siquiera creo que hayan oído hablar del Clan Estelar.

Sus palabras congelaron a Estrella de Fuego. Tenía razón; no podían esperar que el Clan Estelar les hubiera seguido tan lejos. ¿Cómo iba a llevar a cabo su misión sin la protección y guía de sus ancestros guerreros? Ni siquiera estaba seguro de que los ancestros guerreros del Clan del Cielo caminaran en esos cielos. Miró hacia las alturas, preguntándose si el líder blanco y negro lo estaría observando, pero nada rompió el blanco manto de la niebla.

Al final consiguieron coger un par de ratones y regresaron a la cueva. Mientras zigzagueaban entre los arbustos, Estrella de Fuego escuchó un susurro justo delante y captó el olor familiar a minino doméstico. Pasó la punta de la cola por la boca de Tormenta de Arena para silenciar y se deslizó hasta el refugio de una aulaga.

Antes de que pasaran mucho latidos de corazón, aparecieron dos gatos que se abrían paso entre los arbustos provenientes del borde del risco. Uno era un macho atigrado y oscuro, la otra una pequeña gata carey. Estrella de Fuego estaba seguro de que eran los mismos gatos que se habían burlado de él el día anterior.

Sus patas cosquillearon por enfrentarse a ellos, pero estaban demasiado lejos como para sorprenderles y no quería quedar como un idiota.

Además, si se limitaba a hablar con ellos, simplemente negarían haber hecho nada mal. Les dejó volver al Poblado Dos Patas.

– ¿Qué pasa?- Tormenta de Arena golpeó irritada su cola.

– Creo que esos eran los gatos que me tiraron piedras ayer- explicó Estrella de Fuego- Tengo que hablar con ellos, pero quiero pensar antes en lo que les voy a decir.

Se encaminó hacia la cueva con la esperanza de ordenar su mente, pero al arrastrarse por el resbaladizo sendero escarpado hasta la entrada, les recibió un olor asqueroso.

Tormenta de Arena retorció los labios.

– ¿Qué es este hedor?

Adelantó a Estrella de Fuego y entró de un salto a la cueva.

Cuando Estrella de Fuego llegó a su altura la vio de pie sobre el cadáver de un ratón. Obviamente llevaba muerto varios días; entre los restos de su pelaje se retorcían unos gorgojos blanquecinos. El hedor llenaba la cueva al completo.

– ¡Han debido ser esos mininos domésticos!- gruñó Estrella de Fuego- Supongo que dejar carroña en una cueva donde viven gatos es su idea de broma.

– Como los coja les enseñaré que no es una broma- masculló Tormenta de Arena.

– Será mejor que lo saquemos de aquí- suspiró Estrella de Fuego.

Dándole toquecitos con las patas consiguió empujar al ratón fuera de la cueva y arrastrarlo por la cueva hasta que cayó por el risco. De vuelta a la cueva, Tormenta de Arena extendió arena sobre el húmedo trozo apestoso de tierra en el que había estado.

– Nos llevará siglos librarnos del olor- se quejó.- Y lo tengo en las patas. Voy al río a lavármelas.

Estrella de Fuego se acercó a la entrada e inspiró bocanadas de aire limpio. No se había esperado esa bienvenida. Los gatos que vivían allí eran maleducados y metomentódos, y si se regían por algún tipo de código no podía imaginarse cual sería este.

– Los proscritos del bosque no son así- le maulló a Tormenta de Arena- La mayoría son reservados y se mantienen alejados de los

territorios de los clanes.

– Pero aquí no hay clanes- remarcó Tormenta de Arena.- En el bosque la gran mayoría de los gatos conocen el código guerrero. Y si no quieren vivir según él aprenden a mantenerse alejados.

Estrella de Fuego observó la niebla al fondo de la quebrada. El código guerrero era la base de la vida de todos los clanes. Las crías bebían de él en la leche materna. Ahí afuera ningún gato lo conocía…

… pero lo habían hecho, una vez, tanto como cualquier gato del bosque. Se preguntó si sería capaz alguna vez de revivir la memoria del código guerrero en aquel lugar chamuscado por el sol.

– Tengo que empezar por alguna parte- murmuró hablando para sí mismo- Y creo que ya se donde- enderezándose agregó- Tormenta de Arena, mañana hablaremos con esos mininos domésticos.

# Capítulo 17

– ¡Au!- Tormenta de Arena se detuvo al pie de un espino con un aullido de dolor y sacudiéndose una pata delantera.

– ¡Chist!- siseó Estrella de Fuego- Vas a hacer que nos caigan encima todos los gatos del Poblado Dos Patas.

Tormenta de Arena parpadeó.

– ¿No era ese el plan? Lo siento- agregó lamiéndose la pata rápidamente con la lengua- He pisado una espina, nada más.

Estrella de Fuego miró alrededor.

– Me parece que no nos ha oído ningún gato. Vale, sigamos. En cuanto lleguen los mininos domésticos entra en la cueva. Recuerda, será mejor si no logran verte bien.

– Lo sé- en los ojos de Tormenta de Arena chispeó el enojo- Ya lo hemos repasado todo esta noche.

– Vale, pues- Estrella de Fuego miró rápidamente otra vez a su alrededor antes de internarse en la espesura hasta llegar al árbol más cercano. Escaló por el tronco con las garras y se acomodó sobre una de las ramas más bajas, oculto desde abajo gracias a la gruesa capa de hojas.

Bajo el árbol, Tormenta de Arena siguió cazando. A Estrella de Fuego le salivaron las fauces al verla atrapar un ratón.

Ninguno había comido desde la noche anterior. Sus garras arañaban la rama con impaciencia. No sabía si los mininos domésticos iban a volver pero el plan que había ideado junto a Tormenta de Arena era la única oportunidad que tendría de hablar con algunos de los gatos que vivían en las cercanías del campamento abandonado.

Escuchó movimiento entre los arbustos a poca distancia. Se asomó entras las hojas y captó un atisbo de pelaje carey.

Posó la mirada sobre Tormenta de Arena que se asomaba hacia las profundidades de un arbusto. Estrella de Fuego no se atrevía a llamarla por si alertaba a los mininos domésticos.

En ese momento, Tormenta de Arena se incorporó con las fauces abiertas como si hubiera detectado un olor. Un latido de corazón después cogió el ratón cazado previamente y se desvaneció entre los arbustos en dirección al borde de la quebrada.

– ¡Ey, está aquí!- era la voz del minino doméstico atigrado que

se abrió paso entre la maleza hasta quedar justo debajo del árbol de Estrella de Fuego. – He visto como si tambaleaban los arbustos por donde ha bajado hasta la cueva.

Su compañera carey pasó a su lado siguiendo la ruta tomada por Tormenta de Arena.

¿Es que nunca habían olfateado?, se preguntó Estrella de Fuego. ¿No se daban cuenta de que era un gato diferente?

Los dos mininos domésticos desaparecieron otra vez pero seguía oyendo sus voces tan altas como si se estuvieran dirigiendo a la cueva.

– Ey, aliento de perro, ¿te gustó el regalo que te dejamos?

– Apuesto a que es el mejor ratón que has comido esta luna. Lo guardamos solo para ti.

– A si, ¿eh?- murmuró Estrella de Fuego. Vale, hora de actuar.

Saltó del árbol y siguió a los mininos domésticos entre los arbustos hasta el límite del risco. Cuando vio sus espaldas se detuvo, tomando posiciones junto a un espeso matojo de zarzales. Los mininos domésticos no querrían atravesarlo para huir de él.

– ¡Vieja bola de pelo loca!- gritó la gata carey- Viejo montón de…

– ¿A quién le estáis hablando?- les interrumpió en voz alta Estrella de Fuego.

Ambos se dieron media vuelta, boquiabiertos con la misma expresión sorprendida. Estrella de Fuego los observó de arriba abajo, levantó una pata y se la lamió pensativamente antes de permitirse desenfundar las garras. Los ojos de los mininos domésticos se ensancharon.

– Eh… No hablábamos con nadie- contestó el macho atigrado revolviendo la tierra con las patas delanteras.

– ¿Quieres decir que os sentáis al borde del risco para gritarle a nadie?- preguntó Estrella de Fuego- Si que sois raros si hacéis eso.

– ¡No somos raros!- espetó la gata carey.

– Pues decidme quién creéis que está ahí abajo.

– No lo sabemos. No hemos hecho nada- el macho atigrado dio un paso adelante- ¡Déjanos marchar!

La gata carey se adelanto para situarse al lado de su compañero con los pelajes rozándose. Ninguno parecía tener la confianza suficiente como para apartar a Estrella de Fuego y él bloqueaba la única ruta de escapa entre las espinas. Ambos gatos dieron un brinco y se apretujaron aún más cuando sonó un movimiento en el borde del risco y Tormenta de Arena escaló hasta quedar a la vista.

Los mininos domésticos se la quedaron mirando.

– Tú no eres…- barbotó la gata carey.

– ¿No es quién?- quiso saber Estrella de Fuego.

Tormenta de Arena se acercó y se sentó junto a los mininos domésticos quienes se alejaron de ella.

– No seas tan feroz, Estrella de Fuego.- maulló, lanzándole una mirada de advertencia.- No han hecho ningún daño… bueno, no mucho daño en cualquier caso.

– No era nuestra intención- insistió el macho atigrado.

– Estoy segura de que no- Tormenta de Arena adoptó un tono reconfortante; Estrella de Fuego deseó que aquello mininos domésticos la escucharan echarle la bronca a un aprendiz descuidado.- ¿Por qué no empezáis por decirnos vuestros nombres?

– Yo soy Boris y ella es Cereza, mi hermana.- respondió el atigrado para añadir luego nerviosamente- ¿Qué vais a hacer con nostros?

– No vamos a haceros daño- prometió Tormenta de Arena junto a

otra mirada dura en dirección a Estrella de Fuego, quien enfundó las garras y enroscó la cola en las patas.- Solo buscamos a unos gatos que puede que vivieran aquí hace tiempo.

Boris pareció confundido.

– ¿Qué gatos?

– Un clan de gatos- maulló Estrella de Fuego. Cuando resultó obvio que los mininos domésticos seguían sin comprender agregó más información- Solían vivir en estas cuevas… los guerreros en una, los veteranos en otra, las reinas y sus literas en otra diferente y así. Tenían un líder y enseñaban a sus jóvenes el código guerrero. Defendían sus fronteras…

– ¡Oh, ellos!- maulló impacientemente Cereza, la gata carey.- Hemos oído historias sobre ellos- hizo una pausa- Según algunos de los gatos de aquí solía haber un montón de gatos fieros viviendo en estas cuevas. ¡Incluso se comían a los mininos domésticos!

– Todo un montón de cagarrutas de ratón- protestó Boris- Yo puedo luchar tan bien como cualquier gato. ¡No se atreverían a comerme!

– No te he visto tan ducho a la hora de enfrentarte a este gato- su hermana señaló con la cola a Estrella de Fuego- Además, esos gatos se han ido ya, todos excepto el viejo loco de Lunático.

– ¿Quién es Lunático?- preguntó Tormenta de Arena y Estrella de Fuego añadió:

– ¿Es él quien pensabais que estaba en la cueva?

Los mininos domésticos cruzaron una mirada empezando otra vez a avergonzarse. Boris agachó la cabeza y empezó a lamerse el pelaje del pecho.

– Es solo un viejo gato loco- murmuró Cereza- Ni siquiera vive aquí, aunque viene cada luna llena y se sienta en esa roca que

sobresale sobre la quebrada. Pasa siglos mirando a la luna… Por eso le llamamos Lunático.

– Y luego pasa una noche en esa cueva antes de volver a irse- añadió Boris.

Cereza resopló desdeñosamente.

– Todos los gatos de por aquí saben que está loco. Si intentas hablar con él se limita a contarte historias raras sobre gatos en las estrellas.

Estrella de Fuego notó como se le ponía de punta cada pelo del pelaje. Era la primera pista verdadera de la supervivencia del Clan del Cielo, de que algún gato sabía lo que era ser un guerrero.

– ¿Gatos en las estrellas?- preguntó con insistencia- ¿Estás segura?

– Claro que sí- maulló Cereza- Le he escuchado suficiente ya.

– Y si tiene algo que ver con esos otros gatos entonces no podían ser muy fieros, porque Lunático nunca se defiende, ni siquiera cuando…

Se interrumpió en cuando su hermana le dio un severo empellón con una pata al tiempo que siseaba.

– ¡Cerebro de ratón!

Estrella de Fuego hubiera estado encantado de darles un coscorrón a ambos entre las orejas, pero cuando se cruzó con la mirada de Tormenta de Arena ella negó con la cabeza. A regañadientes, Estrella de Fuego admitió que tenía razón. Les sacarían más a los mininos domésticos si no los asustaban.

– Lunático no ha hecho nada malo, ¿verdad?- preguntó Estrella de Fuego endulzando deliberadamente su voz- No os ha herido ni os ha robado comida, ¿no?

Ambos mininos domésticos negaron con las cabezas sin mirarle

a los ojos.

– Entonces tenéis que dejarle en paz.

Ambos cruzaron una mirada culpable.

– Ya te dije que no era Lunático- le siseó Cereza a su hermano- La luna aún no está llena.

– Bueno, ¿cómo iba a saberlo?- se lamentó Boris- Ningún otro gato viene aquí.

– Olvidadlo- interrumpió Estrella de Fuego antes de darles tiempo a iniciar una discusión propiamente dicha- ¿Qué podéis contarnos sobre Lunático? ¿Dónde vive cuando no está aquí?

Cereza se encogió de hombros.

– No lo sé.

– Debe venir de más arriba de la quebrada- ofreció Boris agitando su oscura cola atigrada en esa dirección- Nos habríamos dado cuenta en caso de que viniera de río arriba.

– ¿Y eso es todo lo que podéis decirnos?- Tormenta de Arena se inclinó hacia delante y traspasó a los dos jóvenes con una penetrante mirada verde.

– Eso es todo, de verdad- los ojos ambarinos de Boris se ensancharon- ¿Nos podemos ir ya?

– Creo que sí, ¿tú qué opinas, Estrella de Fuego?

Estrella de Fuego se mantuvo en silencio un par de latidos de corazón, tiempo suficiente para que los dos jóvenes comprendieran que no iban a escaparse tan fácilmente.

– Supongo que sí- maulló al final- Pero nada de volver a atormentar a gatos indefensos, ¿vale?

– ¡No lo haremos!- prometió Boris. Empujó a su hermana- ¿Verdad?

– No, nunca más- Cereza aplanó las orejas- Es que no pensamos

que…

– La próxima vez intentad no ser tan cerebros de ratón- maulló Estrella de Fuego apartándose a un lado para dejar un pequeño túnel entre la maleza.- Fuera, vamos.

El alivio inundó los ojos de ambos gatos. Se arrastraron indecisos junto a Estrella de Fuego, como si no estuviera seguros de que fuera a mantener las garras enfundadas. Una vez tras él se abrieron paso por el matorral y echaron a correr.

Cuando Cereza pasó junto al árbol en el que se había escondido Estrella de Fuego dio un poderoso salto golpeando las ramas más bajas. Las hojas cayeron en cascada sobre su hermano al tiempo que brincaba tras ella.

Estrella de Fuego y Tormenta de Arena siguieron a los mininos domésticos hasta el límite de los arbustos y les vieron correr de regreso al Poblado Dos Patas con las colas en alto.

– Para ser mininos domésticos no son tan malos- comentó Tormenta de Arena.- Al menos Cereza tiene buen ánimo.

Estrella de Fuego sospechó que la gata carey le recordaba a Zarpa Acedera, su aprendiza.

– Ambos tienes buen ánimo- contestó- Es una lástima que no puedan ser aprendices en un clan de verdad.

– Bueno, pues no pueden- maulló Tormenta de Arena- No a menos que encontremos al Clan del Cielo. Se fueron hace mucho por lo que parece.

– Salvo por Lunático- Estrella de Fuego notó como le cosquilleaba el nerviosismo por el pelaje otra vez- Un gato que mirara a la luna llena y habla sobre gatos en las estrellas… Es un gato de clan, Tormenta de Arena, ¡tiene que serlo!

Tormenta de Arena asintió con un brillo en sus ojos verdes.

– Ese será nuestro siguiente objetivo entonces. Tenemos que encontrarle.

– ¡Y pensar que me quejaba de que hacía demasiado calor!- exclamó Tormenta de Arena.

Ella y Estrella de Fuego habían acabado de cazar y comer, y viajaban por la cima de la quebrada en busca de Lunático.

La niebla matinal se había convertido en una llovizna suave y fría que empapaba los pelajes de los gatos. El cielo estaba cargado de nubes blanco grisáceas y Estrella de Fuego no veía bien a varios zorros de distancia.

– Esto no funciona- maulló- Es igual que cuando buscábamos el campamento del Clan del Cielo. Si nos quedamos aquí arriba nunca encontraremos dónde vive Lunático.

Tormenta de Arena suspiró.

– Ya temía yo que dijeras eso.

Descender resultaba aún más difícil con las rocas resbaladizas por la lluvia, y el fondo de la quebrada seguía inmerso en niebla. Estrella de Fuego tomó la delantera escalando las piedras y resbalando sobre las piedrecitas sueltas hasta que alcanzaron el valle estrecho sobre las rocas por donde se derramaba el río. El camino estaba pegajoso de barro y cubría las patas de los gatos, salpicándoles el pelaje del estómago. Caminaron un trecho, incómodos, mirando a través de la lluvia a ambos lados de la quebrada en busca de cualquier rastro del viejo gato.

– En esa roca hay una hendidura- señaló Tormenta de Arena apuntando con la cola- Quizá lleve hasta una cueva- salió chapoteando del camino para investigar y volvió chapoteando otra vez- No ha habido suerte- informó- No hay sitio ni para mis bigotes. Ningún gato podría vivir ahí.

Estrella de Fuego se preguntó si algún gato viviría en un lugar tan desolado como aquel, pero cuando Tormenta de Arena y él siguieron adelante vio aquí y allí algunos arbustos enclenques, y captó rastros tenues de presas. Un poco del agua de lluvia se había amontonado en charquitos entre las piedras.

– Este lugar podría albergar a uno o dos gatos- maulló- Aunque es bastante triste para vivir en él de todas formas.

– Sobre todo si estás solo- coincidió Tormenta de Arena- Ningún gato podría culpar a Lunático por ser un pelín raro.

Los gatos pasaron más hendiduras en las paredes de la quebrada, pero todas eran demasiado superficiales o estrechas para que un gato cupiera con comodidad.

Estrella de Fuego empezó a preguntarse cuánto más tendrían que avanzar, o si ya habían pasado el hogar de Lunático.

Poco a poco fue levantándose la brisa que les arrojaba nubes de lluvia a la cara. Estrella de Fuego se estremeció.

– Por el amor del Clan Estelar, busquemos un refugio- maulló Tormenta de Arena- Así no le vamos a encontrar nunca.

Sin esperar el consenso de Estrella de Fuego chapoteó hasta otras de las cuevas estrechas y se metió dentro. Había el espacio justo para que cupiera Estrella de Fuego con los pelajes empapados rozándose. Pero a pesar de su pelaje mojado y aplastado por el lodo y sus patas en carne viva, se sentía con más esperanzas de lo que se había sentido en mucho tiempo. Al menos tenía noticias de un clan de gatos real y, antes o después, acabaría encontrándolo.

Dormitó inquieto y se despertó al sentir la cola de Tormenta de Arena tocándole la oreja. Se encontraba fuera de la cueva mirándole.

– Vamos- maulló- Ha dejado de llover.

Arrastrándose rígidamente de la cueva, Estrella de Fuego alzó la mirada y vio que las nubes se habían disipado. Un sol aguado brillaba sobre la quebrada. La brisa agitaba su pelaje húmedo, empapándole con las últimas gotas de lluvia.

– Mucho mejor- maulló- Sigamos

– Un momento- respondió Tormenta de Arena- Quiero beber antes.

– ¿Es que no has tenido ya suficiente agua?- le preguntó Estrella de Fuego mientras la seguía hasta un charco en la concavidad formada por dos retorcidos espinos.

Tormenta de Arena se quedó inmóvil al borde del charco, mirando el suelo entre sus patas.

– ¡Estrella de Fuego, mira!

Brincó hasta ella. ¡Allí, en el recién creado lodo húmedo al borde del charco, se encontraban las huellas de un gato! Eran nítidas y recientes, más grandes que las suyas o las de Tormenta de Arena.

– ¡Podrían ser las de Lunático!- exclamó Tormenta de Arena- O al menos de un gato que sepa dónde encontrarle. Y deben haberlas hecho hace poco… desde que paró la lluvia.

Estrella de Fuego agitó bruscamente la cola. Si no se hubieran detenido a dormir en la cueva podrían haber visto al gato en el momento en que se acercó a beber.

– Sea quien sea debe seguir por aquí cerca- maulló.- Mira por ese lado de la quebrada y yo miraré por este.

Caminó lentamente por la base del risco, atento a cualquier otra huella u olor a gato. En ese momento, Tormenta de Arena emitió un aullido y señaló con la cola.

– ¡Por aquí!

Estrella de Fuego brincó hasta ella. Antes de alcanzarla comenzó

a oler un olor fuerte y fresco.

– Estoy seguro de que es el mismo olor que había en la cueva en la que hemos estado durmiendo.- maulló.

Tormenta de Arena asintió, olfateando otra vez el aire.

– Allí era viejo, pero es el mismo gato. Esas huellas deben de ser de Lunático.

Siguiendo el olor, Estrella de Fuego llegó hasta un sendero estrecho que zigzagueaba tras una inmensa piedra. Los gatos apenas pudieron pasar entre la roca y la cara del risco. Al otro lado de la piedra el camino ascendía escarpadamente hasta un árbol raquítico colgado de un lado del risco. Estrella de Fuego escaló con las piedrecitas traqueteando bajo sus patas.

Tormenta de Arena le siguió a una cola de distancia.

Acercándose más al árbol Estrella de Fuego vio que sus raíces sobresalían de la roca rojiza y formaban una guarida de retorcidas ramas duras. Afuera había huesos y fragmentos de pelaje diseminados, y montones de musgo sucio. Allí el olor a gato era aún más fuerte.

Cuando empezó a escalar un poco más apareció de pronto una figura gris oscura de debajo de las raíces.

– ¡Fuera de aquí!- gruñó- ¡Dejadme en paz! ¿Es que no me habéis atormentado ya lo suficiente?

# Capítulo 18

– No pasa nada- maulló Estrella de Fuego- No hemos venido a hacerte daño. Solo queremos hablar.

Lunático lo miró a través de unos enormes ojos azul claro. Debió haber sido una vez un gran y poderoso gato, pero ahora estaba escuchimizado y en los huesos. Su pelaje gris era escaso y quebradizo y tenía el hocico blanquecino por la edad.

– Bueno, pues yo no quiero hablar con vosotros- gruñó.

Dándose media vuelta entró otra vez a trompicones en su guarida. Su pelaje gris se camufló entre las sombras; todo lo que veía Estrella de Fuego era el resplandor de sus ojos que brillaban con una mezcla de miedo y enfado.

Eran exactamente del mismo color que los ojos del líder del Clan del Cielo que había visto en sus sueños. Se sentía tan cerca del Clan del Cielo que parecía que un solo paso le conduciría hasta esa cueva repleta de guerreros.

Despacio, con las garras enfundadas, se acercó a una cola de distancia de la guarida. Tormenta de Arena se situó junto a su omóplato.

– Por favor- maulló- Hay mucho que te queremos preguntar.

La respuesta de Lunático fue un siseo desafiante.

– Dejadme en paz.

– ¿De verdad quieres eso?- el tono de Tormenta de Arena fue amable- ¿No has estado solo ya el tiempo suficiente? Queremos ayudarte.

– Largaos- gruñó el viejo gato- No necesito vuestra ayuda. No necesito a otros gatos. Así es mi vida ahora.

Estrella de Fuego sabía que podían obligar al viejo guerrero a responder sus preguntas, pero Lunático que había sufrido suficiente a patas de los mininos domésticos… y seguramente a patas de los proscritos y solitarios que se cruzaran con él. Además, parecía muy capaz de provocar a cualquier atacante un feo arañazo. Estrella de Fuego quería ganarse su respeto no su hostilidad. Luchar no era la respuesta.

Llamando a Tormenta de Arena con la cola se retiró un par de pasos por el sendero.

– Vamos; dejémosle solo- murmuró.

La cola de Tormenta de Arena se elevó por la sorpresa.

– ¡Pero si acabamos de encontrarle!

– Cierto, pero no hacemos nada aquí. Nunca conseguiremos que hable si está protegiendo su guarida.

– ¿Qué hacemos entonces?- preguntó Tormenta de Arena.

– En unos cuatro soles habrá luna llena- explicó Estrella de Fuego- Volveremos a la cueva y esperaremos hasta que él vaya a la quebrada. Quizá no esté tan a la defensiva en campo abierto y en una Asamblea quizá esté más dispuesto a hablar sobre sus ancestros.

Tormenta de Arena parpadeó pensativamente.

– Tienes razón. Estoy segura de que nunca rompería el pacto.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza en dirección a las sombras bajo las raíces del árbol antes de darle la espalda a la guarida de Lunático.

– Quizá encontremos lo que buscamos en la luna llena- murmuró.

***

Estrella de Fuego se aupó hasta la cueva con un puñado de plumas que llevó hasta el lugar donde Tormenta de Arena recubría los lechos con helechos.

– He encontrado esto en la cima del risco- le dijo- Olían a zorro; creo que cazó un pájaro.

– ¿Un zorro?- Tormenta de Arena le miró con preocupación en sus ojos verdes- Había esperado que no hubiera zorros por aquí.

– Los zorros están en todas partes- maulló Estrella de Fuego- De todas formas, las plumas deberían hacer más cómodos los lechos.

– Lo que necesitamos de verdad es musgo- Tormenta de Arena pateó descontenta el helecho- Solo las frondas no sirven. Pero no parece que haya musgo por aquí.

– ¿Por qué no bajamos y buscamos junto al río?- sugirió Estrella de Fuego- No me vendría mal un trago.

Tormenta de Arena se lo pensó.

– Podría valer.

La gata tomó la delantera cuando ambos se encaminaron por la senda hasta la base de la quebrada. La fuerte lluvia del día anterior ya había pasado y el cielo volvía a estar azul con algunos hilachos diseminados de nubes blancas. Junto al río, los charcos brillaban en las concavidades de las rocas.

Estrella de Fuego se dirigió hacia una pendiente arenosa donde el río había horadado un hoyo en la orilla y retrocedió rápidamente cuando se le hundieron las patas en el lodo.

– ¡Cagarrutas de ratón!- exclamó, sacudiéndose las patas- ¿El Clan del Cielo se ensuciaba cada vez que quería beber?

Tormenta de Arena emitió un suave ronroneo divertido.

– Si no eran tan impacientes como tú seguramente encontrarían lugares mejores que ese- y agregó moviendo la cola hacia una roca plana que descendía suavemente hasta el agua.- Hasta las crías podrían beber a salvo desde ahí.

– Si, podrían- Estrella de Fuego se acercó a la roca oblicua y se

agazapó para beber con Tormenta de Arena a su lado.

– Aún no hemos encontrado musgo- Tormenta de Arena se incorporó otra vez retorciendo los bigotes para quitarse las gotas- Miremos más río abajo.

No habían explorado antes ese recorrido del río.

Antes de avanzar si quiera unos pasos, se vieron obligados a caminar entre piedras enormes que se interponían entre ellos y el agua. Tormenta de Arena pasó la zarpa por una de ellas y examinó la mancha verde claro de su pelaje.

– ¡Es como musgo diminuto!- lo olfateó- Pero, ¿de qué serviría para un lecho?

– El Clan del Cielo debió haberlo pasado mal viviendo aquí sin musgo- remarcó Estrella de Fuego- No es solo importante para el recubrimiento de los lechos. Necesitas musgo para llevarles agua a las crías y los veteranos.

Tormenta de Arena asintió.

– Y los curanderos lo usan para limpiar las heridas.

Y aquel no era sino un misterio más del clan perdido, meditó Estrella de Fuego mientras su pareja y él seguían caminando. Aún más que antes deseaba la llegada de a luna llena, momento en el que Lunático sería capaz de darles algunas respuestas.

Más abajo el río se curvaba en torno a un espolón sobresaliente de piedra. Estrella de Fuego lo escaló mientras oía a Tormenta de Arena refunfuñar, molesta, al subir tras él.

– Me estoy dejando la piel de mis almohadillas- se quejó.

Desde la cima de la roca, Estrella de Fuego veía la siguiente extensión de agua. La quebrada se ensanchaba; contaba con una zona plana y rocosa que daba paso a árboles y arbustos que crecían entre el río y la cara del risco.

– Este parece un sitio mejor para cazar- maulló- No me imagino como haría el Clan del Cielo para alimentarse solo de…

– ¡Agáchate!- le interrumpió Tormenta de Arena, golpeándole en el omóplato con la cola.

Estrella de Fuego se pegó contra la roca.

– ¿Qué pasa?- susurró.

Tormenta de Arena giró la cabeza en dirección a la maleza al borde del río. Estrella de Fuego vio moverse las ramas; en ese instante salió un inmenso macho con el pelaje rojizo aún más oscuro que el pelo llameante de Estrella de Fuego. Llevaba en las fauces una pieza de carne fresca.

– Lo siento- murmuró Tormenta de Arena- Pensé que podía ser un zorro.

– No, solo es otro proscrito- Estrella de Fuego se incorporó- Quizá debamos ir a hablar con él.

Pero el macho rojizo ya caminaba rápidamente río abajo, deslizándose por el hueco entre los arbustos y el risco.

Estrella de Fuego no sabía si los había visto. Pronto desapareció de la vista.

– Nunca lo cogeríamos- maulló Tormenta de Arena- Y aunque lo hiciéramos, probablemente pensaría que intentamos robarle la presa. Los gatos de por aquí no es que estén desesperados por hacer amigos, precisamente.

Tenía razón, pensó frustrado Estrella de Fuego, mirando hacia el lugar donde había desaparecido el macho rojizo. Se deslizó por la roca y acechó entre los arbustos, olfateando el aire en busca de presas. Los olores allí eran más variados que en la cima de la quebrada; distinguió ratón, campañol y ardilla, aunque el más fuerte de todos era el de pájaro.

Enderezó las orejas antes un movimiento cercano y giró la cabeza hasta ver un mirlo picoteando entre la suciedad al lado de los arbustos. Adoptó la posición del cazador pero en cuanto empezó a arrastrarse hacia él el mirlo ladeó la cabeza con sus brillantes ojos diminutos clavados en él. Estrella de Fuego se arrojó sobre él con las patas extendidas, pero el mirlo se lanzó al aire con una llamada de alarma y aleteó por encima de su cabeza.

Estrella de Fuego siseó, recordando el gorrión que había perdido unos días antes cuando el proscrito pardo interrumpió su caza.

Atrapar pájaros siempre era más difícil que atrapar las presas del suelo. Pero no es que tuviera mucha más opciones, a no ser que quisiera pasar hambre.

A unas colas de distancia de la orilla, un tordo tironeaba de un gusano sobre una zona húmeda de tierra. Tormenta de Arena ya se acercaba a él. Centrada en su presa, el tordo no la vio venir; Tormenta de Arena saltó y sus garras dieron en el cuello.

Estrella de Fuego trotó hasta ella.

– ¡Bien hecho! Yo he perdido el mío- agregó con arrepentimiento.

– No te preocupes, podemos compartirlo- Tormenta de Arena pateó el tordo hacia él- Aquí hay muchas presas.

– Aunque sigue sin haber musgo- maulló Estrella de Fuego mirando a las rocas desnudas del río.

– El Clan del Cielo debió apañárselas de otra forma entonces.- remarcó Tormenta de Arena con lógica.

Estrella de Fuego trató de imaginarse las orillas vacías repletas de gatos que patrullaban, cazaban, entrenaban a sus aprendices y vivían según el código guerrero tal y como los gatos del bosque lo

habían hecho durante incontables estaciones. Su Lunático era de verdad un guerrero del Clan del Cielo, ¿qué podía hacer un gato para reconstruir al clan perdido?

– Esta noche es luna llena- Estrella de Fuego salió de la cueva de los guerreros; el frescor matinal le recordó que se acababa la estación de la hoja verde. Había la luz justa para ver el risco al otro lado del río. Una brisa fuerte le aplastaba el pelaje en los costados.

– Tenemos que prepararnos para encontrarnos con Lunático.

Tormenta de Arena, ovillada aún en su lecho, le respondió con un bostezo.

– No llegará hasta que la luna esté en lo más alto. Vuélvete a dormir.

Sus ojos verdes no eran sino dos rendijas; mientras Estrella de Fuego la miraba, se cerraron completamente y enroscó la punta de la cola sobre la nariz.

El lecho era tentador, pero Estrella de Fuego estaba demasiado inquieto para volver a tumbarse. Sus patas le instaban a hacer algo.

– Iré a buscar algo de carne fresca.- maulló.

Las orejas de Tormenta de Arena se movieron para indicarle que le había escuchado.

La suerte estaba de parte de Estrella de Fuego; cuando escaló hasta la cima del risco se encontró cara a cara con un ratón que mató antes de que tuviera oportunidad de huir. Tras esparcir tierra sobre él merodeó por los arbustos pero no encontró más presas.

Para cuando llegó al otro lado del matojo, el sol se curvaba sobre la cima del Poblado Dos Patas, inundando la extensión de maleza con una luz cálida, y resplandecía sobre los monstruos que pasaba a toda velocidad frente a las guaridas Dos Patas en el horizonte.

Estrella de Fuego no se había adentrado antes tan lejos en esa dirección. Sin decidirlo conscientemente, se dio cuenta de que sus patas le llevaban hacia el Poblado Dos Patas. Ya no intentaba cazar sino explorar el territorio desconocido.

Adentrándose bajo el cobijo de un seto en busca de refugio le recibió un furioso siseo y una pata hendió el aire frente a su nariz; las garras no le dieron por un ratón de distancia. Estrella de Fuego retrocedió, sobresaltado. Una gata atigrada estaba agazapada frente a él con el pelaje crema y ocre del pescuezo erizado y sus ojos ambarinos lanzando destellos.

El olor le indicó a Estrella de Fuego que era una proscrita.

– ¡Quítame las patas de encima!- bufó.

– Lo siento- Estrella de Fuego inclinó la cabeza- No te vi-

La gata se relajó un poco pero su mirada seguía siendo hostil.

– Estúpida bola de pelo. Ten más cuidado la próxima vez- se dio media vuelta y comenzó a alejarse con la cola en alto.

– Un momento- Estrella de Fuego trotó hasta alcanzarla- Me gustaría hablar contigo. Quiero saber si…

– No quiero hablar contigo- le interrumpió la gata con un tono similar al de Lunático.- Lárgate y déjame en paz.- para demostrar que realmente lo decía en serio, aceleró el paso hasta correr por la maleza hacia el Poblado Dos Patas.

Estrella de Fuego se la quedó mirando, agitando la cola por la frustración.

¿Por qué eran todos los gatos allí tan hostiles? A ninguno parecía importarle otro gato. No quedaba ni un ápice restante del código guerrero. Quitando los dos mininos domésticos, el resto de gatos con los que se había encontrado eran proscritos de cabo a rabo.

Una losa pesada se le alojó en el corazón. Desde que Tormenta

de Arena y él encontraran las cuevas se había aferrado a la esperanza de encontrar juntos a unos cuantos supervivientes del Clan del Cielo, preocupados y derrotados, pero sobreviviendo tercamente y aferrándose al código guerrero. Y ahora se daba cuenta de lo equivocado que estaba. El Clan del Cielo había desaparecido muchas estaciones antes de que llegara a ese lugar.

¿Por qué me enviaste aquí?, se lamentó en silencio sin saber si se dirigía al Clan Estelar o al gato del Clan del Cielo que había seguido sus huellas durante tanto tiempo.

No obtuvo respuesta.

De vuelta a la quebrada, Estrella de Fuego vio a Boris y Cereza, los dos mininos domésticos, sentados lado a lado en una valla Dos Patas. Le pareció que le miraban. No encontraba motivos para ir a hablar con ellos; no se alegrarían de verle después de su encuentro en la cima del risco. Solo deseó que hubieran aprendido la lección y se mantuvieran alejados de Lunático en el futuro.

Este gato era su última esperanza de descubrir algo sobre el clan perdido. Tormenta de Arena y él lo darían todo para persuadirle aquella noche para que les contara todo lo que sabía. Luego, en cuanto supieran lo que le ocurrió al Clan del Cielo, podrían volver a casa. Ningún gato podía hacer más; el Clan del Cielo había desaparecido para siempre.

Estrella de Fuego saltó por la grieta y cayó en roca sobresaliente. Durante el día habían desaparecido los últimos restos de nubes y el Manto Plateado brillaba ahora desde el cielo despejado y resplandecía en el río de abajo. La luna, aún baja, lo cubría todo con un lustre plateado y agrandaba la sombra de Estrella de Fuego tras él.

– Si Lunático nos ve puede que no venga- maulló Tormenta de

Arena, saltando sobre el hueco y parándose al lado de Estrella de Fuego.- ¿Crees que deberíamos escondernos?

– Buena idea- Estrella de Fuego señaló con la cola un montón de piedras ahí donde la roca plana se unía a la cara del risco.- Ahí.

Se acercó y se deslizó entre las sombras profundas; Tormenta de Arena se encajonó a su lado. A través de un hueco entre dos rocas veían la mayor parte de la roca sobresaliente y la última sección rocosa del sendero que conducía hasta la quebrada. Ahora solo les quedaba esperar.

La luna se arrastró más alto en el cielo y sus sombras se acortaron. Estrella de Fuego notó calambres en las patas; lo daría todo por poder rascarse a gusto.

Por fin escuchó el suave sonido de unas zarpas y el viejo gato gris doblo la esquina de una roca en una curva del sendero. Sus movimientos eran rígidos y dolorosos, con el estómago rozándole el suelo y la cola arrastrándole por el polvo. Y a pesar de todo mantenía la cabeza en alto y la luz lunar tiñó su pelaje de un cegador plateado.

– ¡No va a ser capaz de saltar!- le susurró Tormenta de Arena a Estrella de Fuego en la oreja.

Lunático se detuvo a unas colas de distancia del final del sendero y levantó los ojos a las estrellas. Luego siguió caminando apañándoselas de alguna forma para ganar velocidad y lanzándose con un magnífico salto por encima del abismo. Sus patas delanteras golpearon la roca y durante unos latidos de corazón quedó colgado de hueco, agitando las patas para alzarse.

Estrella de Fuego notó como se tensaban los músculos de Tormenta de Arena, como si se preparara para salir disparada y ayudarle. Pero antes de que se moviera, el viejo gato dio un empujón

gigantesco y se aupó.

Se mantuvo inmóvil un momento, resollando, y luego se adelantó y se sentó en medio de la roca. Con la cabeza alzada, volvió el rostro hacia la luna; parecía un gato esculpido en sombras recortado contra el destellante círculo blanco del cielo.

Lunático comenzó a hablar en voz muy baja; Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se arrastraron un poco más para poder oír lo que decía.

– Espíritus de los gatos que ya se han ido- maulló Lunático- Me temo que soy el único gato que queda de lo que fuera una vez un clan noble. Intentaré preservar los caminos del guerrero hasta mi último aliento. Pero me temo que cuando muera, morirán conmigo y el recuerdo del Clan del Cielo se perderá para siempre.

Levantó la mirada como si esperara una respuesta que nunca vino. Al final dejó escapar un hondo suspiro, bajó la cabeza y se quedó inmóvil mientras la luna comenzaba a deslizarse cielo abajo.

Estrella de Fuego no quería interrumpir su vigilia silenciosa. ¿Cuántas estaciones había vivido solo Lunático, rodeado de gatos que lo atormentaban? ¿Cuánto tiempo había intentado vivir según el código guerrero y mantenido la memoria del Clan del Cielo?

Por fin, la luna comenzó a hundirse detrás de las guaridas Dos Patas del horizonte. Estrella de Fuego estaba a punto de adelantarse cuando el viejo gato giró la cabeza. Sus ojos brillaban como lunas.

– Sé que estáis ahí- maulló- No soy tan viejo como para no saber oler.

El pelaje de Estrella de Fuego se erizó; se sintió tan torpe como un aprendiz que hubiera sido pillado espiando. Tormenta de Arena y él salieron de detrás de las piedras y se acercaron hasta el viejo gato. Estrella de Fuego agachó la cabeza.

– Saludos, Lunático. Nosotros…

– Ese no es mi nombre- le interrumpió el viejo gato, levantándose de tal forma que su sombra se deslizó por la roca y se perdió en las profundidades de la quebrada.- Me llamo Cielo.

# Capítulo 19

El corazón de Estrella de Fuego latió tan rápido que creyó que se le iba a salir de pecho. Apenas podía respirar y las palabras que buscaba salieron a borbotones.

– ¿Eras un guerrero del Clan del Cielo?

– No- respondió el viejo gato. Antes de que Estrella de Fuego tuviera tiempo de decepcionarse, Cielo volvió a hablar- La madre de mi madre nació en el clan. Para cuando nací yo, el Clan del Cielo ya no existía pero mi madre me enseñó los caminos del código guerrero.

Estrella de Fuego cruzó una mirada nerviosa con Tormenta de Arena.

– Cuéntanos más sobre el Clan del Cielo.

Para su desconcierto, Cielo retrocedió.

– ¿Por qué queréis saberlo?- quiso saber- ¿Qué tiene que ver con vosotros?

– Queremos ayudarte- explicó Estrella de Fuego- Hemos venido del bosque en el que vivió antes el Clan del Cielo.

– Somos gatos del Clan del Trueno- agregó Tormenta de Arena- Yo soy Tormenta de Arena y él es Estrella de Fuego, el líder del clan.

Las orejas del viejo gato se aplanaron como si su desconfianza arraigada luchara contra el respeto que un verdadero guerrero mostraría ante un líder. Estrella de Fuego se dio cuenta de que él debía ser el primer líder con el que se topaba Cielo.

– Tuve un sueño- Estrella de Fuego se sentó con la cola enroscada entre las patas para parecer lo menos amenazador posible. Tras un instante de duda, Cielo se sentó también y escuchó mientras Estrella de Fuego le contaba todo lo que había pasado desde la primera visión del gato gris y blanco en el barranco a las afueras del campamento del Clan del Trueno.- Estoy seguro de que era el líder del Clan del Cielo cuando lo expulsaron del bosque- finalizó Estrella de Fuego- Me pidió que viniera y encontrara a su clan perdido.

– ¿Y has venido hasta aquí por un sueño?- preguntó Cielo.

– Viene porque tenía que hacerlo.

Cielo se levantó otra vez con el fino pelaje gris de los omóplatos erizado.

– ¿Y crees que ya está?- espetó- ¿Crees que los males del pasado pueden perdonarse tan fácilmente?

– ¿A qué te refieres?- maulló sorprendida Tormenta de Arena.

– Fue gracias a los cuatro clanes que quedan en el bosque que mis ancestros fueron expulsados de su hogar. Cuando llegaron aquí

creyeron que estarían a salvo, pero pronto descubrieron que este territorio era tan horrible como el que habían dejado atrás. ¡Vuestros ancestros destruyeron mi clan!

Durante unos latidos de corazón Estrella de Fuego temió que el viejo gato se arrojara sobre él con dientes y garras al desnudo. Se preparó, sabiendo que nunca podría levantar la pata contra ese noble y anciano guerrero.

Entonces, Cielo tomó aire y se volvió a sentar.

– Este es un momento de paz. No buscaré venganza por los males hechos a mis ancestros mientras dure la luna llena.

Estrella de Fuego comenzó a alarmarse. ¿Qué había de malo en la quebrada como para que el Clan del Cielo no hubiera sido capaz de quedarse allí? Con al menos algunas presas, agua fresca y cobijo, y poca amenaza por parte de los Dos Patas, el campamento al lado del risco le parecía un refugio perfecto para los gatos.

– ¿Qué ocurrió?- incitó- ¿Por qué se fueron?

Cielo desvió la mirada. Un sonido agudo salió de su garganta, como si se lamentara por todos los gatos del Clan del Cielo, expulsados, perdidos o muertos.

Tormenta de Arena se acercó y le tocó amablemente el omóplato con la cola.

– Dinos por qué te llamas Cielo- le animó.

El viejo gato la miró.

– Mi madre me llamó así- dijo con voz ronca- para que nunca me olvidara de mis ancestros. Y no le he hecho. Por eso vengo aquí cada luna llena.

– Debe ser muy solitario a veces- murmuró Tormenta de Arena.

Suspirando, Cielo miró el brillo del Manto Plateado.

– Ni siquiera sé si mis ancestros guerreros me escuchan, pero

mantendré vivo el camino del guerrero hasta mi último aliento.

– Sabemos que te quedas en unas de las cuevas la noche de la luna llena- comenzó a decir Estrella de Fuego algo titubeante, pues no quería molestar más al viejo gato- Tormenta de Arena y yo hemos estado durmiendo ahí. Espero que no te importe.

Cielo soltó un bufido disgustado.

– Entonces os habréis topado con sus dos mininos domésticos. Así es como habéis sabido ese estúpido nombre por el que me llaman.

– Si, les hemos visto- maulló Tormenta de Arena.

– ¡Viven en guaridas Dos Patas y comen bazofia!- exclamó el viejo gato- ¡Y luego dicen que yo soy el loco!

Estrella de Fuego captó la mirada de Tormenta de Arena, como si intentara decirle que no mencionara que él también había sido un minino doméstico en una ocasión. Desde luego, no tenía la intención de hacerlo; la opinión que tenía Cielo de él ya era lo suficientemente pobre sin ese dato.

– Los ahuyentamos- le dijo a Cielo- No deberías tener más problemas por su parte.

Cielo retorció las orejas; durante un instante, Estrella de Fuego pensó que casi parecía decepcionado.

– ¿Te diste cuenta de algo… inusual en ellos?- preguntó.

Estrella de Fuego hizo retroceder a su mente hasta el momento del encuentro con los dos mininos domésticos.

No recordaba nada remarcable excepto su mala educación, y estaba seguro de que Cielo no se refería a eso. Entonces rememoró a ambos mientras corrían de vuelta a las guaridas Dos Patas.

– Cereza saltó a un árbol- recordó- ¿A eso te refieres?

Cielo asintió.

– Creo que esos dos son descendientes de gatos del Clan del Cielo.

Sorprendida, Tormenta de Arena enderezó las orejas.

– ¿Esos dos cerebro de ratón?

– Cuando el clan fue obligado a irse de la quebrada- explicó Cielo- muchos gatos, incluyendo la madre de mi madre, se convirtieron en proscritos o solitarios. Pero alguno de ellos, los que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes como para cazar, se fueron a vivir con los Dos Patas.- miró a través de la maleza hacia las fuertes luces anaranjadas del Poblado Dos Patas que ensuciaban el cielo- Raro…- murmuró.- Muchos de esos gatos deben tener mi sangre y aún así ninguno sabe quien soy en realidad- agachó otra vez la cabeza.

– ¿Qué ocurrió?- preguntó Estrella de Fuego- ¿Por qué abandonó el Clan del Cielo la quebrada?

El viejo gato no respondió; Estrella de Fuego ni siquiera sabía se había escuchado la pregunta.

– Pareces cansado- maulló Tormenta de Arena- ¿Quieres que cace por ti?

Cielo se tensó; Estrella de Fuego temió que Tormenta de Arena le hubiera ofendido. Finalmente, levantó la mirada y parpadeó con gratitud.

– Gracias. Ha sido una noche larga.

Tormenta de Arena saltó inmediatamente por el abismo y desapareció por el sendero en dirección a la quebrada. Estrella de Fuego la siguió más despacio con Cielo. Estaba preparado a ayudar a cruzar al viejo gato pero saltar de la roca era más fácil que llegar hasta ella, y Cielo cayó firmemente con las cuatro patas en el sendero.

Estrella de Fuego le dejó tomar la delantera en su camino hacia la cueva.

Mientras caminaba tras él, Estrella de Fuego se percató de que Cielo le recordaba a Fauces Amarillas. Tenía esa misma reserva orgullosa que la antigua curandera; no quedaba duda de que está incómodo y se volvía osco entre otros gatos y aún así compartía con Fauces Amarillas su fuerza y entrega a su clan. Cielo tenía todas las cualidades de un verdadero guerrero: valor, fe y lealtad hacia su clan. Y aún así todo en lo que se basaban eran cuentos contados por su madre. Era parte del Clan del Cielo de la nariz a la punta de la cola y nunca había formado parte de un clan real.

Cielo escaló hasta la entrada de la cueva y se detuvo retorciendo los bigotes. Estrella de Fuego estaba inquieto por si se sentía insultado al ver que Tormenta de Arena y él habían metido lecho cuando él debía estar acostumbrado a dormir en el suelo desnudo. El viejo gato soltó un suave resoplido antes de acercarse a una de las concavidades y ovillarse sin ningún comentario en un nido de helechos y plumas.

Apenas se había acomodado cuando Tormenta de Arena apareció en la entrada con un ratón colgándole de las fauces. Cruzó la cueva hasta Cielo y lo dejó frente a él.

El gato gris extendió una pata para empujarlo.

– Un poquito raquítico, ¿no?- antes de que Tormenta de Arena defendiera su captura, se acercó el ratón y comenzó a devorarlo con bocados rápidos.

Tormenta de Arena miró a Estrella de Fuego con los ojos brillantes de risa y deletreó "¡Fauces Amarillas!"

Cielo se terminó el último trozo de ratón, se pasó la lengua por las fauces y soltó un largo suspiro. Luego, se ovilló otra vez y se

quedó dormido casi al instante con unos ronquidos que resonaban en toda la cueva.

Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se apretujaron en el otro lecho preparado. El sueño se negaba a acudir a Estrella de Fuego.

Los helechos le pinchaban el pelaje y los ronquidos de Cielo resonaban en las paredes arenosas. Tormenta de Arena también estaba inquieta, removiéndose en el lecho.

Pero no era eso lo que mantenía despierto a Estrella de Fuego. Su mente bullía con pensamientos preocupantes. Se preguntó si los ancestros del Clan del Cielo le observaban o si lo hacía Estrella Azul, si antigua líder. Ninguno le había enviado señales desde que llegó a la quebrada. ¿Estaba el líder del Clan del Cielo atrapado en algún otro lugar, incapaz de vigilar su antiguo hogar?

Poco a poco cayó en un sueño intranquilo. La luz del sol que fluía en la cueva a la mañana siguiente fue lo que le despertó.

Tormenta de Arena ya estaba levantándose a su lado y acicalándose mientras que Cielo seguía roncando en el lecho de al lado.

– ¿Estás listo para irte y cazar?- le preguntó Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego salió del lecho dando un gran bostezo.

Tenía las patas rígidas aunque sabía que no podría volver a dormirse. Se sacudió rápidamente para quitarse los trozos de helecho del pelaje.

– Tú guías- maulló.

Para cuando llegaron a la orilla del río ya comenzaba a sentirse mejor. Vadeó por las aguas superficiales unos pocos pasos, disfrutando de la sensación del agua fría en las almohadillas aún despellejadas por subir y bajar el risco. Luego, Tormenta de Arena y él se encaminaron río abajo, hacia donde los árboles y la maleza

escondían a las presas.

Sentaba bien eso de cazar lado a lado así, pensó Estrella de Fuego, sin tener que preocuparse por organizar las patrullas o mantener un ojo en las fronteras. El bosque, de pronto, parecía muy lejano.

¿Sería capaz de quedarme aquí para siempre?, se preguntó, ¿podría vivir sin un clan?

Entonces escuchó a Tormenta de Arena emitir un leve suspiro. Miraba un remolino en el río ahí donde la corriente se restregaba contra un hoyo en la orilla bajo un avellano. Era exactamente igual al lugar donde el Clan del Trueno cruzaba el arroyo para ir a Cuatro Árboles.

Los pensamientos de Estrella de Fuego se trasladaron de vuelta a su propio territorio.

¿Cómo se habría enfrentado el Clan del Trueno a la Asamblea de la noche pasada, y que pensaron los otros clanes cuando oyeron que había dejado el bosque?

La idea de que escogiera quedarse allí le parecía tan remota como las estrellas. Era el líder del Clan del Trueno; el bosque era el lugar a donde pertenecía. Salvo por Cielo, todos los gatos del Clan del Cielo habían desaparecido. No quedaba nada que Estrella de Fuego pudiera hacer por ellos. Una vez oyera el resto de la historia y supiera por qué habían abandonado las cuevas, sería hora de marcharse a casa.

Tormenta de Arena y él cazaron y llevaron de vuelta a la cueva carne fresca. Pero cuando llegaron a la entrada, Estrella de Fuego se detuvo sorprendido. La concavidad en el suelo de la cueva estaba vacía.

Cielo se había ido.

# Capítulo 20

Estrella de Fuego aplastó las orejas, decepcionado.

– Supuse que se quedaría al menos hasta que regresáramos.- maulló- Hay tanto que aún quiero preguntarle.

Tormenta de Arena dejó la presa al lado de Estrella de Fuego y recorrió la concavidad donde había dormido Cielo.

– Está acostumbrado a estar solo- remarcó- Supongo que no se siente cómodo junto a otros gatos.

Estrella de Fuego retorció la punta de la cola, sintiendo como el enfado le erizaba los pelos de los omóplatos.

– Ahora vamos a tener que subir todo el sendero hasta la quebrada otra vez. No quiero irme sin hablar con él. Tengo que saber más sobre el Clan del Cielo, sobre todo por qué se fueron de las cuevas.

Los ojos verdes de Tormenta de Arena le destellaron. Estrella de Fuego tenía miedo de que pensara que se estaba obsesionando con el Clan del Cielo, especialmente cuando no quedaba un clan que reconstruir excepto recuerdos y arena.

– Siento que le estoy fallando al gato de mis sueños si no averiguo que destruyó al final al clan- se defendió.- No es solo que dejaran el bosque. Llegaron hasta este lugar y podrían haber progresado aquí, especialmente con esa habilidad característica de saltar. Así que, ¿qué ocurrió después? ¿A dónde se fueron?- negó con la cabeza, frustrado- Tengo que saberlo- repitió.

– No pasa nada- Tormenta de Arena apretó el hocico contra él- Lo entiendo. Y si…

Un sonido aspirado y estentóreo a las afueras de la cueva la

interrumpió. Cielo escaló hasta la cueva; en sus fauces llevaba aferrada un enorme montón de musgo.

El alivio inundó a Estrella de Fuego.

– ¡Sigues aquí!

– ¡Y has encontrado musgo!- agregó Tormenta de Arena.

El viejo gato arrojó el peso y la miró como si la creyera loca.

– Vosotros usáis musgo para los lechos, ¿no? Dime que no he arrastrado todo esto desde el río para nada- le dirigió a su lecho de helechos una mirada mordaz- Aunque puede que os guste que os pinchen por la noche.

– Si, usamos musgo- maulló Estrella de Fuego- solo que no pudimos encontrar ninguno.

Cielo bufó.

– Ya os lo enseñaré después- empujó el fardo de musgo hacia él- Tomad, ponedlo en vuestro nido. Yo no lo necesito; no me quedare otra noche.

– Me gustaría que lo hicieras- Tormenta de Arena restregó el hocico en el omóplato de Cielo; el viejo gato se tensó pero no protestó.- Hay mucho que puedes contarnos.

Cielo titubeó y luego agitó las orejas.

– No soy bienvenido aquí. Esos mininos domésticos… Me echaron, como a mis antepasados.

– Lo siento…- comenzó a decir Estrella de Fuego.

– ¡No sientas lástima de mí!- los ojos azules de Cielo llamearon- Tengo una muy buena guarida propia. No necesito nada.

Su voz estaba cargada de una soledad que desmentía sus palabras.

Tormenta de Arena se acercó al pequeño montón de carne fresca que Estrella de Fuego y ella habían construido, cogió un campañol

rollizo que le llevó a Cielo.

– Por favor, come- maulló.

Los ojos del viejo gato resplandecieron por la sorpresa pero se agachó para devorar el campañol. Tormenta de Arena escogió para sí un estornino mientras Estrella de Fuego usaba el musgo de Cielo para rellenar sus nidos. Era más claro que el musgo que crecía en el bosque y aún se preguntaba dónde lo habría encontrado Cielo. El viejo gato no había tenido tiempo de irse muy lejos.

Para cuando Estrella de Fuego se acomodó para comer, Cielo se tragaba los últimos trozos de carne fresca.

– Gracias- refunfuñó- He comido peor.

Tormenta de Arena inclinó la cabeza.

– Por favor, ¿nos enseñas dónde has encontrado el musgo?- le preguntó- Y quizá los otros lugares que recuerdes de cuando eras joven.

Estrella de Fuego le lanzó a Tormenta de Arena una mirada de apreciación. Era una buena idea el empujar al viejo gato por los caminos de sus recuerdos; podría querer compartirlos con ellos tras haber estado tan solo.

Cielo se levantó y se acercó a la entrada de la cueva.

Su mirada se posó sobre las marcas de arañazos del tronco de piedra; Estrella de Fuego creyó verle dar un respingo antes de volverse para mirar al cielo nubloso.

– Os enseñaré el musgo- maulló- y los otros lugares a los que mi madre solía llevarme. Pero tenemos que irnos ya. Va a ser un día muy caluroso así que tendremos que volver antes del mediodía.

Estrella de Fuego tragó el resto de su gorrión y se incorporó.

– Estoy listo- le maulló a Cielo- Tú guías.

El gato mayor siguió la senda rocosa que llevaba hasta el fondo

de la quebrada, luego saltó a la cima del montón de rocas del que manaba el río. Sus movimientos eran rígidos pero Estrella de Fuego quedó impresionado por lo ágil que era a pesar de su edad.

Los costados de Cielo se agitaban por el esfuerzo cuando llegaron a la cima, pero en cuanto se giró para observar como escalaban Tormenta de Arena y Estrella de Fuego, el líder creyó ver una chispa divertida en sus ojos.

– Esto se llamaba el Montón de Rocas- informó en cuanto Estrella de Fuego y Tormenta de Arena llegaron a su altura, resollando.- El líder del Clan del Cielo se subía aquí cuando quería convocar una reunión de clan. El resto se aglutinaba alrededor del estanque.- movió la cola en dirección a la roca sobresaliente, atrás y muy por encima de ellos.- Ya conocéis la Roca Celestial; ahí es donde se reunía el clan cada luna llena.

– ¿Por qué el Clan del Cielo mantenía las Asambleas si no había más clanes?- preguntó Estrella de Fuego.

Los ojos del viejo gato se ensombrecieron.

– Pero ese era el camino del guerrero. El clan se reunía ahí para sentirse cerca de las estrellas- le dio la espalda a la roca sobresaliente.- Ahí arriba están las cuevas.- continuó diciendo, señalando las cuevas con la cola.- Los guerreros usaban la cueva en la que hemos estado durmiendo. Bajo esa está la de los veteranos y…

– Oh, creímos que la guarida más baja era la de los veteranos- le interrumpió Tormenta de Arena- Porque…- se detuvo dándose un par de lametones rápidos en el pecho para ocultar su zozobra.

– ¿Porque los viejos gatos son demasiado débiles para escalar?- gruñó Cielo, aunque Estrella de Fuego estaba seguro de que había calor en sus ojos- No… Los gatos del Clan del Cielo nunca perdían

su poder de saltar. La guarida más baja pertenecía al curandero, cerca del agua y de donde crecen las hierbas.

Siguió señalando la maternidad, que era la cueva con las pequeñas marcas de garras que habían visto Estrella de Fuego y Tormenta de Arena; la de los aprendices y la del líder del clan algo apartada del resto y cercana al sendero que llevaba hasta la Roca Celestial.

– ¿Nunca se desborda el río?- preguntó Tormenta de Arena.

– Si, pero nunca más allá de la cueva de los guerreros- contestó Cielo.- El clan entero solía refugiarse allí en las peores tormentas, o eso decía mi madre.

Miró a las cuevas durante un latido de corazón más, como si se imaginara las sendas atestadas de gatos. Luego, se sacudió vigorosamente.

– Vamos. Os enseñaré el musgo.

Saltó de la piedra más alta y se encaminó hacia el otro lado del río. Estrella de Fuego se preguntó a dónde iba. Estaban incómodamente cerca del agua negra, ahí donde aparecía entre las rocas; ¿esperaba Cielo que nadaran?

No obstante, el viejo gato dobló la roca más baja y desapareció. Estrella de Fuego parpadeó. ¿A dónde había ido? Atisbó entonces una cornisa estrecha que conducía hasta una cueva justo por encima del nivel del agua verde azulada.

Una voz le llegó desde la oscuridad.

– ¿Venís o no?

Estrella de Fuego tragó saliva, cruzando una mirada con Tormenta de Arena. Su pareja se encogió de hombros.

– No podemos no ir- maulló.

Colocando cuidadosamente sus patas en línea recta, Estrella de

Fuego se aventuró en la cornisa. La roca resbalaba por el agua y sus garras perdían agarre cuando intentaba clavarlas. El río pasaba a tan solo una cola de distancia de sus patas.

– ¡Debo ser un cerebro de ratón!- murmuró.

Para su gran alivio, la cornisa se ensanchaba tras un trecho y se abría en una cueva pequeña. El río se deslizaba de la sombras más adelante y pasa a su lado hasta la entrada de la cueva, ahora un agujero escarpado de luz tras ellos.

Cielo se encontraba al borde de las sombras. La luz pálida creaba hondas y brillaba en su pelaje gris.

– Todo el musgo que podáis desear- informó realizando un arco con la cola.

Estrella de Fuego se quedó mirando, anonadado. Tras el viejo gato, las paredes de la cueva estaban recubiertas con gruesos matojos de musgo colgante.

Pero lo que realmente impresionó a Estrella de Fuego fue el brillo místico que salía de él.

– ¡Musgo brillante!- susurró Tormenta de Arena.

– Es perfectamente seguro- le aseguró Cielo- Podéis usarlo para transportar agua tanto como para rellenar los lechos. Ningún gato sabe por qué brilla de ese modo. Este lugar recibe el nombre de Cueva Resplandeciente- continuó- Aquí no vive ningún gato pero el curandero del Clan del Cielo venía para compartir lenguas con sus ancestros guerreros cada cuarto de luna.

Estrella de Fuego se sintió muy humilde al saber que Cielo los había llevado a un lugar tan importante. También se alegraba de que Tormenta de Arena y él no lo hubieran descubierto por su cuenta. Podrían haberse llevado el musgo sin percatarse de lo especial que era la cueva.

– Gracias por enseñárnosla- le murmuró a Cielo. Aquellas palabras bajas parecieron levantar ecos por toda la cueva como las voces de todo un clan que respondieran, y Estrella de Fuego se alegró de que el viejo gato los llevara de vuelta a la luz del sol.

Una vez en la orilla otra vez, al otro lado de las cuevas, Cielo los llevó río abajo hasta los árboles.

Estrella de Fuego se percató que la rigidez de Cielo parecía haberse mitigado; se movía como un gato más joven, como si explorar el territorio de sus ancestros con visitantes le hubiera dado una nueva vida. Con la cola firme, siguió un camino retorcido por entre la maleza hasta más lejos de lo que Estrella de Fuego y Tormenta de arena habían explorado, y llegaron a un árbol caído que servía de puente sobre el arroyo. La mayoría de sus ramas se habían podrido y su tronco se había vuelto de un gris plateado.

Cielo saltó sobre él y trotó confiadamente hasta la orilla opuesta. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena le siguieron con mayor cautela. Estrella de Fuego miró al río que burbujeaba bajo él y clavó las garras al cruzar.

– Este era el límite del territorio del Clan del Cielo- informó Cielo cuando se unieron a él en la orilla- Y aquí es donde nací.

Movió la cola en dirección a una pequeña cueva al fondo del risco cuya entrada estaba tapada por un arbusto raquítico. El suelo arenoso estaba cubierto por muchas piedrecitas afiladas; Estrella de Fuego intentó imaginárselo con el calor de un nido de musgo y helechos y una madre cuidando a sus crías.

– ¿Cómo se llamaba tu madre?- preguntó Tormenta de Arena.

– Rama Baja- contestó el viejo gato.- Nunca conocí a mi padre, otro proscrito, supongo. Tenía un hermano de camada llamado Ramita.

– ¿También vive aquí?

Cielo se quedó rígido, mirando brevemente a Tormenta de Arena. En lugar de responder solo murmuró:

– Por aquí- y dio media vuelta para caminar río arriba.

– Lo siento- le susurró Tormenta de Arena a Estrella de Fuego- Es obvio que le he molestado. No quería ser impertinente.

– Lo sé- Estrella de Fuego le tocó la oreja con el hocico- Supongo que Ramita está muerto.

En vez de regresar a las cuevas, Cielo comenzó a escalar otra vez el risco. Esta vez no tenían sendas que seguir; Estrella de Fuego y Tormenta de Arena tuvieron que arrastrarse duramente por rocas caídas y a lo largo de cornisas estrechas antes de llegar a la cima, resollando y cojeando con las patas destrozadas por las piedras afiladas.

Cielo los aguardaba retorciendo impacientemente la punta de la cola.

Su mirada azul claro los perforó pero no dijo nada, solo dio media vuelta para llevarles por la franja de arbustos hasta la maleza. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se adentraron tras él en la espesura y lo alcanzaron a unas colas de distancia en campo abierto.

– ¿Seguimos en el territorio del Clan del Cielo?- resolló Estrella de Fuego.

Cielo dirigió las orejas hacia el tocón de un árbol que sobresalía de un matojo de zarzos.

– Eso marca la frontera. Mi madre decía que si madre lo recordaba cuando era un árbol. Y en ese matojo de ahí fue donde cogí mi primer ratón.- su voz se suavizó e hizo una pausa, como si mirara al pasado, a través de muchas estaciones, al joven gato que había sido una vez. Luego, en sus ojos apareció un brillo divertido-

Nariz Espinosa quedó impresionada- agregó- Nunca le dije que las espinas del zarzal ralentizaron al ratón. Fue una caza fácil.

– ¿Nariz Espinosa? ¿Quién…?- Tormenta de Arena se interrumpió por si aquella resultaba ser otra pregunta dolorosa- ¿No fue Rama Baja quien te enseñó a cazar?

– Nariz Espinosa era la amiga de mi madre. Era costumbre que una madre entregara a sus crías a otro gato para que los entrenara. Nariz Espinosa me entrenó a mí y a Ramita, y mi madre se encargó de sus crías.

Las orejas de Estrella de Fuego se enderezaron.

– ¿Por qué hacían eso?

Cielo se encogió de hombros.

– No lo sé. Era la costumbre. Quizá pensaban que una madre sería demasiado suave con sus propias crías, o que estaría tentada de cazar por ellos en lugar de enseñarles a hacerlo por sí mismos.

Estrella de juego cruzó una mirada con Tormenta de Arena.

– Parece que las madres actuaran como mentores.- murmuró- Debían recordar algo de cómo se entrenaban a los guerreros cuando los gatos aún vivían en el Clan del Cielo.

– Y sus nombres también parecen nombres de clan- respondió Tormenta de Arena- Aunque de alguna forma no suenan exactamente igual.

– ¿Las gatas proscritas siguen entrenando a las crías de otros gatos?- le preguntó Estrella de Fuego a Cielo, volviéndose hacia el viejo gato.

– No tengo ni idea- bufó Cielo- No me relaciono con los gatos de por aquí.

Se puso otra vez en marcha. Estrella de Fuego le siguió combatiendo contra la frustración de ver tantos ecos de la vida de

clan que no eran más que eso… ecos sin significado, como si no quedara ningún gato del Clan del Cielo.

– Esto es una pérdida de tiempo- le susurró a Tormenta de Arena- Interesante, si, pero no nos lleva a ninguna parte. Deberíamos volver a casa.

La mirada verde de Tormenta de Arena transmitía calma.

– Espera. Aún puede ocurrir cualquier cosa.

Estrella de Fuego se la quedó mirando. Antes de que le preguntara a qué se refería, Cielo le interrumpió enseñándoles un hoyo oscuro entre las raíces de una aulaga.

– Solía ser la madriguera de un zorro- maulló. Su mirada se ensombreció- Aquí mataron a dos crías una vez, según mi madre.

Estrella de Fuego olfateó, pero ya no quedaba olor a zorro.

– Está muy cerca del Poblado Dos Patas- comentó Tormenta de Arena, mirando hacia las vallas de las guaridas Dos Patas.

– Las guaridas estaban más lejos, pero los Dos Patas construyeron más- le dijo Cielo. Su cola azotó el aire- Recuerdo que eso pasó cuando era una cría. Unos monstruos gigantescos revolvieron la tierra y ahuyentaron todas las presas con sus hocicos.

Estrella de Fuego se estremeció. Estaba acostumbrado a que los monstruos corrieran por el Sendero Atronador; no se imaginaba como sería verles cambiar de rumbo para adentrarse en el territorio de un clan, arrancando árboles y destruyendo el campamento…

– ¿Por eso se fue el Clan del Cielo de la quebrada?- preguntó.

Cielo entrecerró los ojos.

– No, ¿es que no escuchas? El Clan del Cielo ya se había separado cuando llegaron los monstruos.

– ¿Entonces por qué…?

Sin esperar a que terminara la pregunta, Cielo se giró y los llevó

por las vallas de las guaridas Dos Patas. El pelaje de Estrella de Fuego comenzó a erizarse ante la cercanía de los Dos Patas; y veía que también Tormenta de Arena se encontraba intranquila.

– Aquí hay muchos gatos- remarcó; los olores eran casi arrolladores.

Cielo emitió un gruñidito de desprecio.

– ¡Mininos domésticos! ¿De qué sirven? Ni siquiera pueden cazar.

Estrella de Fuego distinguió los olores de Cereza o Boris, pero no había rastro de ninguno de los dos jóvenes gatos. Lo lamentó; quería que se encontraran con Cielo y le trataran con respeto de ahora en adelante, especialmente si Cielo tenía razón y aquellos mininos domésticos eran familia lejana.

– Un perro solía vivir en esa guarida- maulló Cielo moviendo la cola en dirección a la valla más cercana- Todos los gatos le temían, ¡y su ladrido era tan feroz!- una nota de burla apareció en su voz.- Un día, Ramita me retó a subirme a la valla y mirarle. Y, ¿sabéis?, ¡ese perro no era más grande que yo! Le gruñí y volvió gimoteando a la guarida.

Tormenta de Arena ronroneó divertida.

– ¡Me hubiera gustado ver eso!

– Y, en esta guarida- siguió diciendo cielo, llevándoles más delante de la fila- los Dos Patas eran amigables. Solían dejarnos comida.- toda diversión desapareció de sus ojos y voz; una profunda tristeza se adueñó de él, como las sombras de una nube en un día soleado.

– ¿Qué ocurrió aquí?- le preguntó dulcemente Tormenta de Arena.

– Ramita comió la comida y decidió que era más fácil que

cazar.- la voz de Cielo se le atascó en la garganta- Se fue a vivir con los Dos Patas. No volví a verle.

Tormenta de Ara le tocó el omóplato con la cola mientras Estrella de Fuego recordaba como su pariente, Nimbo Blanco, en el bosque, se había ido en cierta ocasión a vivir la vida del minino doméstico, solo para descubrir después que no era tan buena como la vida del bosque. Debió haber sido duro para Cielo ver como se separaba su familia tal y como hicieran sus antepasados.

Finalmente llegaron al final de las vallas Dos patas.

Caminaban ahora a lo largo de una red resplandeciente, parecida a una telaraña, que Estrella de Fuego ya había visto antes en los Poblados Dos Patas.

– Podemos volver ya- anunció Cielo, deteniéndose bruscamente.

Estrella de Fuego se sorprendió. El cielo seguía neblinoso y el día no era tan caluroso como para no seguir.- ¿Estamos lejos del territorio del Clan del Cielo?- preguntó.

– Lo suficiente- gruñó Cielo. Tenía las patas tensas y las orejas levantadas, y el pelaje del pescuezo erizado. Sus ojos azul claro lanzaban rápidas miradas de lado a lado.

Estrella de Fuego miró alrededor. Al otro lado de la red plateada había una gran extensión de piedra blanca, rota y salpicada de malas hierbas. Rodeaba una gigantesca guarida Dos Patas que le recordó a Estrella de Fuego al granero donde vivían Centeno y Cuervo. Pero este era mucho mayor, con un tejado brillante y plateado, y grandes agujeros a los lados. No parecía que viviera ningún Dos Patas ahí; todo lo que Estrella de Fuego olía era basura Dos Patas, carroña y ratas.

Un gato del Clan de la Sombra habría estado feliz de cazar ahí, pero Estrella de Fuego no quería poner una pata en el interior.

– Vale, vámonos- maulló.

El alivio de Cielo fue más que evidente, pues el pelaje del pescuezo volvió a aplastarse y empezó a llevarlos de vuelta a la quebrada. Estrella de Fuego no quería preguntarle qué era lo que le había asustado tanto, y el viejo gato no dio explicaciones.

Según fueron acercándose a la cima del risco, Cielo aflojó el paso. Estrella de Fuego supuso que andaba perdido en los caminos del recuerdo, entre las sombras e su familia y clan separado. Él también aminoró la marcha y dejó que el viejo gato se adelantara; Tormenta de Arena se quedó a su lado.

– Es tan solitario y triste. Me gustaría poder ayudarle- le murmuró.

– Y a mi- maulló Estrella de Fuego- pero, ¿qué podemos hacer? Pasa demasiado tiempo atrapado en el pasado de sus ancestros, como una mosca en una telaraña, pero esos días no van a volver.

Tormenta de Arena se detuvo con los ojos verdes chispeándole.

– ¿Por qué no? Ya hemos demostrado que en este lugar pueden vivir gatos. Y hay muchos gatos por aquí, mininos domésticos y solitarios, que podrían volver a construir el clan. Algunos incluso llevan la sangre del Clan del Cielo.

Estrella de Fuego se la quedó mirando.

– ¿Y quién va a decirles a esos mininos domésticos y solitario que tienen que irse a vivir en cuevas? Un clan no lo hacen solo sus gatos, Tormenta de Arena. Un clan se mantiene junto y vive el código guerrero.

– ¿Es que te das ya por vencido entonces?- Tormenta de Arena le enseñó los dientes con un gruñido.

– ¿Y qué otra cosa puedo hacer? El Clan del Cielo vivió aquí, pero luego ocurrió algo terrible, algo tan terrible que Cielo ni

siquiera quiere hablar de ellos, y se separaron. Se han ido. Me quedaría si pensara que podría ayudar, pero no puedo. No hay nada con lo que empezar.

Su voz tembló pero no veía otra salida. Todo lo que quedaba de aquel clan orgulloso era un gato viejo que se aferraba a los ecos distantes de la vida del clan. No era suficiente. El Clan del Cielo había desaparecido para siempre.

***

La niebla se había levantado y el sol comenzó a golpear con fuerza desde un cuelo azul profundo. Estrella de Fuego agradeció las sombras de la cueva de los guerreros cuando Tormenta de Arena y él se reunieron con Cielo allí. El viejo guerrero estaba agazapado en la entrada con las patas dobladas bajo él y la mirada fija en los riscos del otro lado.

Estrella de Fuego agachó la cabeza.

– Gracias por enseñarnos el territorio. Descansaremos hasta que se haga más fresco y luego nos iremos.

Cielo se levantó y miró a Estrella de Fuego y a Tormenta de Arena con los ojos estrechados. De pronto pareció crecer y su mirada se volvió más penetrante. Parecía menos un veterano solitario y más un verdadero guerrero.

– ¿Os vais?- repitió- ¿Qué quieres decir? Lo que quiero saber es, ¿lo haríais?

Estrella de Fuego se lo quedó mirando, anonadado, mientras Tormenta de Arena quien, obviamente, lo entendió a la primera, soltaba un maullidito de satisfacción.

– ¿Hacer qué?- preguntó Estrella de Fuego- Nuestro viaje se ha acabado. Hemos encontrado el lugar en el que vivía el Clan del Cielo, pero el clan se ha ido.

– No te enviaron aquí para eso- espetó Cielo- Me dijiste que el ancestro del Clan del Cielo te visitó en tus sueños. Tenía que saber que el clan había desaparecido hacía mucho, obligado a irse de la quebrada por algo más terrible incluso que lo que les hizo dejar el bosque. Y aún así te pidió que vinieras.

Estrella de Fuego recordó la visión del líder del Clan del Cielo en el jardín de Tiznado. El viejo gato le había dicho que su destino era restablecer el Clan del Cielo. Pero en ese momento, Estrella de Fuego había pensado que encontraría al menos los restos de un clan sobreviviendo en su nuevo hogar. No un solo guerrero viejo, rodeado de proscritos y mininos domésticos que no habían oído hablar del código guerrero.

– Oh, no- maulló- No puedes pedirme que…

– Debes reparar los males que cometieron tus ancestros de clan hace tanto tiempo- insistió Cielo. Su mirada clara llameó en los ojos de Estrella de Fuego como la luz del sol en el agua- Tienes que reconstruir el Clan del Cielo.

# Capítulo 21

– Sé que parece imposible- siguió diciendo Cielo- pero también sé que tenéis la fuerza para hacerlo. Ten fe en ti mismo, Estrella de Fuego. Nos volveremos a ver pronto.

Con gran dignidad inclinó la cabeza y caminó por la senda de piedra, alejándose de la cueva de los guerreros.

– ¿Y bien?- instó suavemente Tormenta de Arena- ¿vas a seguirle y decirle que no puede hacerlo? ¿O vas a irte sin más y dejar que descubra por sí mismo que todas sus esperanzas han resultado en vano?

Estrella de Fuego sacudió la cabeza con impotencia. La idea de reconstruir el Clan del Cielo era tan inmensa que no podía ni pensar en ella.

– Me voy a cazar- anunció- Lo siento, Tormenta de Arena. Necesito estar solo un rato.

Tormenta de Arena le restregó el hocico con el suyo; sus ojos resplandecían de amor.

– Lo entiendo.

Como no quería toparse con Cielo, Estrella de Fuego se dirigió en la otra dirección, río abajo hacia los árboles cercanos a la antigua frontera del territorio del Clan del Cielo. Su mente daba vueltas. Él era el líder del Clan del Trueno; ahí era a donde pertenecía. Y aún así Cielo le pedía que tomara también la responsabilidad de otro clan. Que un gato intentara controlar dos clanes no podía ser voluntad del Clan Estelar, menos aún cuando sus territorios se encontraban a casi una luna de distancia.

Recordó cómo se había erigido Estrella de Tigre en líder del Clan de la Sombra y del Río, e intentado dominar también a los otros dos clanes. Su ambición sedienta de sangre sería recordada por mucho tiempo en el bosque.

– No voy a ser otro Estrella de Tigre- dijo en voz alta Estrella de Fuego, deteniéndose al borde del río- Mi lealtad está en el Clan del Trueno.

Pero, ¿estaba seguro? ¿Debería ser leal al código guerrero en vez de a un solo clan?

Intentando deshacerse de la pregunta, aceleró por la orilla del río. A pesar de que el sol bajaba por el cielo, la arena seguía ardiendo en sus almohadillas y los arbustos raquíticos del risco apenas arrojaban sombras. Ansiaba las frescas sombras húmedas del bosque, la floresta espesa de las hojas y el pequeño susurro de las presas en la maleza. Había estado allí tanto tiempo que sus patas comenzaban a endurecerse por tanto correr sobre arena y rocas, y estaba aprendiendo a rastrear a las presas bajo aquella escasa cobertura que ofrecía la quebrada.

Pero no es mi hogar, pensó. Y nunca lo será.

Escaló un espolón rocoso, aliviado ante la visión de la espesa maleza al otro lado. Deslizándose por la otra cara atisbó un movimiento y vio el oscuro pelaje rojizo del macho de antes.

– ¡Ey!- le gritó- ¡Espera!

El macho rojizo lanzó una mirada por encima del hombro pero no se detuvo. Es más, se adentró aún más entre la espesura; Estrella de Fuego le perdió de vista y no supo si alegrarse o lamentarlo.

Caminó por entre las piedritas en dirección a la mata de arbustos más cercana con las orejas enhiestas y las fauces abiertas para olor cualquier rastro de presas. Pero entonces se detuvo, confuso. Había un olor que no identificaba; presa, pero tan cubierta por el aroma de las hojas aplastas que no estaba seguro de a qué criatura pertenecía. Su pelaje se erizó bajo la sensación de estar siendo observado.

Intentando deshacerse de la sensación, Estrella de Fuego se

introdujo en la cobertura del suelo, restregándose contra las matas de helechos y hierba creciente, hasta llegar a la sombra de los arbustos. La convicción de que le estaba vigilando se hizo más fuerte. Unas gélidas garras le recorrieron la espina al imaginarse una fría y malévola mirada fija en él. Algo oculto entre los matorrales no daba la bienvenida a los gatos.

– ¿Quién está ahí?- siseó Estrella de Fuego. Se giró de golpe asustando a un zorzal que se lanzó al árbol más cercano. Disgustado, comprendió que su llamada habría alertado a todas las presas en la quebrada.

Se arrastró bajo un espino bajo y allí se agazapó. No se movió nada; no veía nada que explicara la fuerza maligna que sentía con tanta fuerza. Su corazón se aceleró y calvó las garras en la tierra para prepararse ante un ataque.

Poco a poco, la sensación desapareció. El corazón de Estrella de Fuego volvió a la normalidad y, sintiéndose algo tonto, salió de debajo del arbusto.

No eres una cría, se recriminó. ¿Es que no tienes ya suficientes problemas como para imaginarte más?

Intentó centrarse en la caza. No tardó en olor un ratón y lo vio escarbando entre los escombros bajo un acebo. Pegándose al suelo, Estrella de Fuego empezó a acercarse a él. Estaba a punto de saltar cuando un movimiento brusco en la floresta asustó a la presa; el ratón desapareció en el interior del matojo con un movimiento de cola.

Estrella de Fuego soltó un gruñido frustrado y clavó las garras en el suelo. Volvía a sentir unos ojos sobré él, aunque en esta ocasión no notaba nada de la hostilidad anterior.

Mirando por encima del omóplato vio un pelaje carey y oyó un

siseo.

– ¡Silencio! Nos va a oír.

– Quítate de encima entonces- respondió otra voz- Estúpida bola de pelo.

Estrella de Fuego suspiró, inhalando el olor a minino doméstico. ¡Cereza y Boris! Tenía que haberlo sabido. Empezó a avanzar en la floresta con intención de caer sobre ellos desde atrás y darles el susto de sus vidas. Pero dudó.

¿Así que quieren espiarme? Muy bien, les daré algo que merece la pena ver.

Olfateó el aire y casi al instante encontró otro ratón que roía una semilla bajo un haya. Adoptando la posición del cazador, se acercó a él apoyando apenas las patas en el suelo. El ratón comenzó a correr pero, en esta ocasión, Estrella de Fuego fue más rápido y lo derribó con un golpe de pata.

De alguna parte tras él oyó un gemido de admiración; sus bigotes se retorcieron de satisfacción al extender tierra sobre la carne fresca. Quería mostrar a esos mininos domésticos lo que un gato de clan podía hacer con las habilidades adquiridas tras una vida siguiendo el código guerrero.

A un par de colas de distancia del borde de un matojo, un mirlo picoteaba el suelo. Estrella de Fuego lo acechó. ¡Clan Estelar, no dejes que se escape! Contrayendo los músculos, se lanzó con sus poderosas patas traseras y saltó sobre la presa al tiempo que esta iniciaba el vuelo.

– ¡Gracias Clan Estelar!- agradeció en voz alta antes de llevarlo para enterrarlo al lado del ratón.

Acababa de terminar cuando le invadió el olor a ardilla; la criatura brincaba por la hierba hacia un árbol a unos cuantos zorros

de distancia. Estrella de Fuego salió de los arbustos corriendo en ángulo para interceptar a la ardilla al pie del árbol, donde la mató con veloz mordisco en la garganta.

Volviendo al matorral clavó la mirada en una aulaga cuyas ramas se agitaban salvajemente.

– Sé que estáis ahí- maulló- ¿Por qué no salís y lo intentáis vosotros mismos?

Durante un latido de corazón se hizo el silencio. Y, luego, Cereza se abrió paso por las ramas de la aulaga con Boris unos pasos detrás.

– ¡Te dije que te había oído!- le bufó a su hermano por encima del hombro.

– Os he oído a los dos- le dijo Estrella de Fuego- Arramblando así por el matojo como un par de zorros con ataques. Me sorprende que queden presas por aquí. Vamos- agregó con un tono más amigable- Os enseñaré lo que hay que hacer.

Cereza cruzó una mirada con su hermano y, luego, corrió hasta Estrella de Fuego con la cola en alto.

– ¿Puedes enseñarnos a cazar así de verdad?

Boris la siguió más despacio.

– ¿Por qué has enterrado el ratón y el mirlo?- preguntó.- ¿No vas a comértelos?

Estrella de Fuego dejó caer la ardilla.

– Si- explicó- pero aún no. Escondemos la carne fresca para esconder su olor y que otros depredadores no la encuentren antes de que estemos listos para llevarla al campamento.

– ¿Pero de qué sirve llevársela?- insistió Cereza- ¿Por qué no comerla aquí y ahorrarte las molestias?

La mente de Estrella de Fuego viajó hasta una de sus primeras

enseñanzas como aprendiz: primero había que alimentar al clan. Acababa de dejar atrás su vida como minino doméstico; no podía haber mucha diferencia con esos dos jóvenes gatos.

– Los gatos de clan no solo cazan para sí mismos- explicó- Llevan las presas al campamento para alimentar a los veteranos y las reinas encintas y los otros gatos que no pueden cazar por sí mismos. Es una parte muy importante del código guerrero.

Cereza y Boris volvieron a mirarse entre sí con los ojos como platos.

Estrella de Fuego se preguntó si entenderían lo que acababa de decirles.

– Vale, comencemos- maulló- ¿Qué oléis?

Cereza emitió un ronroneo divertido.

– ¡A ti y a Boris!

– A parte de a mí y a Boris- suspiró Estrella de Fuego- ¿Qué hay de las presas?

Los dos gatos se quedaron inmóviles, inhalando aire hasta sus glándulas olfativas. Por lo menos parecían estar concentrándose con fuerza.

Estrella de Fuego recogió su ardilla y la llevó hasta las otras carnes frescas para que no confundieran su olor con las de las presas que buscaban.

Cuando volvió Boris trotó hasta él con un brillo triunfal en los ojos.

– ¡Ratón! Puedo oler a ratón.

– Bien hecho- maulló Estrella de Fuego- Pero no seguirás oliéndolo mucho tiempo si vas armando jaleo por ahí así. Un ratón puede oír tus pisadas a través del suelo mucha antes de que te oiga a ti o te huela. ¿Recuerdas como me acerqué al ratón que he cazado?

– ¡Yo si!- alardeó Cereza. Adoptó la posición del calzador y se deslizo por el suelo solo deteniéndose para estornudar cuando una hierba caída le hizo cosquillas en la nariz.- ¡Cagarrutas de ratón!- espetó.

– No ha estado nada mal- le dijo Estrella de Fuego. La posición no había estado del todo bien y tendría que aprender a apoyar las patas con mayor ligereza si esperaba coger un ratón, pero como primer intento era prometedor.- Boris, inténtalo.

El joven atigrado no tenía tanas ganas de pavonearse como su hermana y su gran peso le dificultaba el caminar ligeramente, pero lo estaba haciendo lo mejor que podía.

– Así- Estrella de Fuego comenzó a acechar y los dos mininos domésticos imitaron sus movimientos con una concentración feroz.

Entonces vio un ratón justo bajo una mata de helechos secos y lo señaló con la cola. Retorciendo una oreja, indicó a Cereza que lo cazara.

Sus ojos brillaron de entusiasmo. Conteniendo el aliento e intentando hacer bien los movimientos, se aproximó cada vez más y más, pero como tenía la vista fija en el ratón no vio que las frondas arqueadas del helecho se interponían en su camino. Chocó contra ellas y su sombra se agitó sobre el ratón.

Desapareció en un vito y no visto.

Cereza se incorporó azotando el aire con la cola.

– ¡Nunca lo haré bien!- se lamentó.

– Claro que si- le aseguró Estrella de Fuego mientras su hermano apoyaba la cola sobre sus omóplatos.- Solo ha sido mala suerte que ese helecho estuviera ahí.

Miró alrededor volviendo a olfatear el aire. Quería que al menos uno de los mininos domésticos consiguiera cazar algo hoy antes de

que se acabara la lección. La única presa visible era una ardilla en la rama más baja de un árbol cercano.

– ¿Qué tal eso?- sugirió, preguntándose si Cereza realizaría otro de sus espectaculares saltos- ¿Crees que puede cogerla?

– ¡Claro que sí!- Cereza cargó adelante con Boris a un ratón de distancia. Alcanzó el árbol, saltó con las patas delanteras extendidas y aferró con una garra la cola de la ardilla. Cayó al suelo donde Boris se abalanzó sobre ella y la mató con un mordisco en el cuello. Cereza se quedó mirando embobada, como si no se creyera que había cogido algo de verdad.

– ¡Bien hecho!- exclamó Estrella de Fuego- ¡Buena caza a ambos! ¿Los dos podéis saltar así?

– Por supuesto- Boris arañó el suelo con la pata- Lo otros gatos dicen que solo alardeamos, pero es simplemente algo que podemos hacer desde siempre.

– Pues bueno, es una habilidad muy útil- maulló Estrella de Fuego- Y si ambos la poseéis eso quiere decir que vuestros ancestros podían saltar así también. Si os pudieran ver ahora estarían muy orgullosos.

Boris parecía confundido.

– Ya, pero no pueden vernos, ¿verdad?

Estrella de Fuego se preguntó si sería hora de hablarles a los jóvenes gatos del Clan Estelar, pero le parecía demasiado pronto.

– Coméis si queréis la ardilla- les animó, cambiando de tema.- No tenéis un clan hambriento al que alimentar.

– Huele delicioso- maulló Boris- ¿Quieres un poco?

A Estrella de Fuego se le hizo la boca agua ante el aroma de la carne fresca. Su estómago rugió de hambre tras el largo día junto a Cielo, pero no cogería la presa de otro gato. Además, él ya tenía

carne fresca que compartir con Tormenta de Arena cuando volviera a la cueva.

– No, gracias- contestó- Compartidla entre Cereza y tú.

Los dos gatos se miraron con dudas.

– La cosa es que- comenzó Cereza- si no comemos nuestra comida nuestro amo va a preocuparse. Y si nos llenamos de ardilla pues…

– ¡Nos dará menos cantidad la próxima vez!- maulló preocupado Boris.

Estrella de Fuego, quien había visto morirse de hambre a gatos por la falta de presas, era incapaz de simpatizarse con ellos. Pero alguien iba a tener que comerse la ardilla. Si la dejaba ahí solo atraería a zorros.

– ¿Sabes qué?- intervino Cereza antes de que pudiera decir palabra- ¡Huele tan bien que no me importa! Siempre podemos coger otra si nuestro amo no nos alimenta lo suficiente.

Se agachó al lado de la ardilla y comenzó a despedazarla. Boris se le unió un latido de corazón después, tragando hambrientamente la carne fresca. Conteniendo la risa, Estrella de Fuego se despidió de ellos y se fue a recoger sus propias presas.

El sol descendía ya cuando regresó al campamento del Clan del Cielo y las cuevas se encontraban sumidas en las sombras- Tormenta de Arena estaba sentada en la entrada de la cueva de los guerreros, mirando a la quebrada.

– Has tenido buena caza- le comentó cuando Estrella de Fuego dejó la carne fresca ante sus patas.

– Si, y me he cruzado otra vez con esos dos mininos domésticos- le contó todo sobre la lección de caza y como Cereza y Boris habían cogido la ardilla. No le comentó nada de la extraña sensación de ser

observado por ojos hostiles antes de que llegaran los mininos domésticos; podía habérselo imaginado y no quería preocuparla por nada.

– Tienen lo que se necesita para ser buenos guerreros- comentó Tormenta de Arena cuando terminó de contarle la historia- ¿Les has preguntado si quieren unirse al Clan del Cielo?

– No…

– ¿Por qué no?- Tormenta de arena retorció la punta de la cola- Tienes que empezar por algún lado.

– Ni siquiera he decidido si quiero empezar.

La gata ladeó la cabeza.

– ¿Así que vas a decepcionar a Cielo?

Estrella de Fuego no respondió. Seguía creyendo que era demasiado tarde para reconstruir el clan perdido, pero la culpa le abrumaba al pensar en el dolor que sufriría Cielo si se negaba a intentarlo.

– Creo que podemos hacerlo- siguió diciendo Tormenta de Arena- Pero no podemos quedarnos aquí para siempre. Tenemos compañeros propios que nos necesitan, así que tenemos que empezar a reunir a los gatos dispersos del Clan del Cielo lo antes posible.

Le conocía demasiado bien, por eso había puesto las patas sobre aquello que le creaba dudas. ¿Cómo iba a aunar sus deberes para con su clan y la tarea que Cielo le había impuesto? ¿Qué camino escoger para mantenerse fuel al código guerrero?

– Cereza y Boris son gatos muy voluntariosos- empezó- Si van a vivir bajo el código guerrero necesitan adaptar su vida a la nuestra. Por el momento, sin embargo, no ven nada malo en la que ya tienen. Deben escoger el código guerrero porque creen de verdad que es el modo correcto de vivir.

Tormenta de Arena le lanzó una mirada dubitativa, preguntándose obviamente si solo estaría inventándose excusas. Ni el propio Estrella de Fuego lo tenía claro.

– Come algo de carne fresca- maulló, empujando la ardilla con una pata hacia Tormenta de Arena- Pensaré en lo que ha dicho Cielo. Quizá lo tenga más claro por la mañana.

¡Clan Estelar, muéstrame el camino! ¡Muéstrame como puedo ayudar a este clan!

# Capítulo 22

– ¡Estrella de Fuego, Estrella de Fuego!

Estrella de Fuego abrió los ojos y vio las figuras oscuras de dos gatos recortados contra la luz de la entrada de la cueva.

– ¡Por el Clan Estelar!, ¿qué ocurre?- refunfuñó, levantándose.

Cuando los dos gatos entraron brincando a la cueva fue capaz de verlos con mayor claridad: eran Cereza y Boris con las orejas erectas y los ojos brillantes.

– ¡Queremos otra lección de caza!- anunció Cereza.

– Por favor- agregó su hermano, dándole a su hermana un

empellón.

Tormenta de Arena también estaba desperezándose, y sus ojos verdes apenas eran unas rendijas. Abrió las fauces con un tremendo bostezo.

– Pensaba que todos los mininos domésticos se quedaban durmiendo hasta el mediodía- gruñó saliendo del lecho y sacudiéndose.

– A veces si- maulló Boris- Pero ayer fue tan emocionante y…

– ¡Nos divertimos tanto!- interrumpió Cereza- Nos llevarás contigo hoy, ¿verdad?

Su entusiasmo sorprendió a Estrella de Fuego, pero al menos tiempo le complacía. Una inesperada punzada de nostalgia le golpeó con fuerza: aquellos dos jóvenes gatos bien podían ser aprendices del Clan del Trueno que empezaban a salir con las patrullas de caza.

– Podemos repartirlos- sugirió Tormenta de Arena con otro bosteza- Nos separaremos; tantos gatos juntos asustarán a las presas.

– Cierto- coincidió Estrella de Fuego- Sobre todo aquí, con tan poca cobertura. Tú llévate a Boris y yo me llevaré a Cereza.

La joven gata carey dio un pequeño brinco de nerviosismo.

– ¡Apuesto a que puedo coger más presas que tú!- alardeó ante su hermano.

Con Boris a la zaga, Tormenta de Arena salió de la cueva y cogió el sendero que llevaba hasta los matorrales de la cima del risco.

Estrella de Fuego condujo a Cereza en la otra dirección, hacia el río.

El sol se había alzado en un cielo azul salpicado de nubes blancas.

La luz diurna resplandecía en la superficie del agua pero el día

seguía siendo fresco. Una brisa fría revolvía el pelaje de Estrella de Fuego.

– ¿Vamos otra vez a donde cazamos ayer?- preguntó animada Cereza.

Estrella de Fuego se detuvo a mitad de camino de la senda. Si es cierto que encontraría muchas presas río abajo, pero no podía olvidarse de aquella gélida sensación de malicia que había notado allí el día anterior. A pesar de que pensaba que no podía permitirse rechazar tan buena zona de caza, tampoco tenía prisa en encontrarse con lo que fuera que yaciera tras esos invisibles ojos vigilantes.

– No- decidió- Hoy iremos río arriba.

Por un latido de corazón pareció que Cereza se disponía a replicar, aunque obviamente se lo pensó mejor. Estrella de Fuego descendió por las rocas caídas donde el río emergía a la luz.

Cuando saltó la última cola de distancia hasta el suelo pisó sobre un fragmento afilado de rica; el dolor le atenazó como una garra. Soltando un siseo de furia se detuvo para lamerse rápidamente la pata herida. No sangraba, pero era un rasguño más que suficiente para hacerle cojear.

Cereza se había adelantado pero en cuanto vio que Estrella de Fuego no se encontraba con ella volvió a la carrera.

– ¿Qué ocurre?

Estrella de Fuego la miró.

– ¿No tienes las patas en carne viva?

Cereza negó con la cabeza y levantó una mata para que la viera.

Sus almohadillas eran más duras que las de él, recubiertas por una firme piel gris perfecta para caminar sobre las rocas. A regañadientes, Estrella de Fuego le mostró a Cereza sus propias almohadillas con la blanda piel negra rasgada y hostigada por el

suelo duro.

Cereza parpadeó sorprendida.

– ¡Nunca pensé que las almohadillas de un gato pudieran ponerse así!

– Recuerda que yo no provengo de aquí- le explicó Estrella de Fuego- Estoy más acostumbrado a caminar por el suelo suave del bosque.

Se preguntó se aquella sería la oportunidad que había estado esperando. ¿Debía hablarle a Cereza sobre sus antepasados? Tendría que saberlo si iba a convertirse alguna ven en un guerrero del Clan del Cielo.

Inspiró profundamente.

– ¿Recuerdas eso que te dije de que habías heredado la habilidad de saltar de tus ancestros? Pues bien, también has heredado sus patas fuertes. Tus ancestros fueron capaces de asentarse aquí porque poseían los cuerpos adecuados y las habilidades correctas.

La joven carey se le quedó mirando con los ojos ensanchados.

– ¿Lo dices en serio? ¿No me estas contando una historia?

– No, es verdad.

– ¿Cómo sabes tanto sobre mis antepasados?

Con un movimiento de la cola, Estrella de Fuego la llevó hasta una zona ensombrecida por un espino raquítico al pie del risco.

Cuando estuvieron sentados lado a lado, con los pelajes rozándose, le contó todo sobre el bosque de donde venía y como vivían allí cuatro clanes de gatos.

– Una vez hubo cinco clanes, pero el quinto, el Clan del Cielo, se fue mucho, mucho tiempo atrás. Los gatos llegaron aquí y se asentaron en las cuevas, pero al final acabaron separándose y

dispersándose. Ya no existe el Clan del Cielo pero algunos gatos, como tú y Boris, sois descendientes del clan original.

Los bigotes de Cereza vibraron de entusiasmo.

– ¡Hala!

– Mira- Estrella de Fuego señaló con la cola a las cuevas en la cara del risco y a las sendas pétreas que las conectaban.- Ese es el campamento del Clan del Cielo. Los guerreros vivían en la cueva donde dormimos Tormenta de Arena y yo. La cueva con la piedra a la entrada era la maternidad…

– Si, ya veo que hay espacio para muchos gatos- le interrumpió Cereza- Pero, ¿por qué me cuentas todo esto?

– Porque Cielo cree…

La joven carey parpadeó.

– ¿Cielo? ¿Quién es Cielo?

– El gato al que llamáis Lunático- maulló Estrella de Fuego- Si, ese con el que habéis sido tan maleducados. Su nombre real es Cielo. Es el último guerrero del Clan del Cielo, y también es pariente tuyo.

El pelaje de Cereza se expandió y sus ojos se ensancharon muchísimo más que antes.

– ¿Nuestro pariente? ¡Pero si somos mininos domésticos!

– Tanto tú como Cielo descendéis de los gatos del Clan del Cielo. Y es por eso que he venido aquí, para encontrar al clan dividido y reconstruirlo.

– ¿Empezando conmigo y con Boris?- Cereza habló con un chillidito sorprendido.

Estrella de Fuego suprimió una risilla.

– Sois vosotros quienes decidiréis sobre ello- contestó- Yo os enseñaré tanto de la vida del clan y el código guerrero como pueda,

y luego os tocará decidir.

Por una vez Cereza se quedó muda. Su mirada se desplazó por la cara del risco hasta donde se encontraban las cuevas. Estrella de Fuego se preguntó si intentaría imaginarse cómo sería vivir allí con un clan de gatos al completo.

Y se dio cuenta de que, de alguna forma, sin haber tomado conscientemente la decisión, había aceptado que debía quedarse.

Regresaron a la cueva de los guerreros al mediodía, cargados con carne fresca. La quebrada yacía bajo el insólito calor como si se tratara de un inmenso animal de pelaje arenoso. Estrella de Fuego dio un respingo cuando puso las patas sobre la roca ardiente, pero Cereza se adelantó corriendo sin siquiera notarlo.

Tormenta de Arena y Boris ya habían regresado. Estaba sentado junto a un pequeño montón de carne fresca; Boris devoraba un gorrión.

Cereza atravesó la cueva y dejó su presa en el montón.

– Boris, ¿sabes qué? ¡No somos mininos domésticos en realidad! ¡Venimos del Clan del Cielo! Y ellos vinieron del bosque en el que viven Estrella de Fuego y Tormenta de Arena, siguiendo el río, y allí tienen su campamento. Y ellos…

– Tormenta de Arena también me lo ha contado a mí- la interrumpió Boris. Sus ojos ambarinos destellaron de emoción.- Me ha dicho que podemos ser guerreros del Clan del Cielo si queremos.

– Seríais muy buenos guerreros- contribuyó Tormenta de Arena con una mirada aprobatoria al joven macho atigrado- Boris ha cazado muy bien hoy.

– Igual que Cereza- Estrella de Fuego movió las orejas hacia el montón de carne fresca.- Ve, sírvete.

Cereza cogió el ratón y empezó a devorarlo con hambre.

Ambos parecían haberse olvidado de la preocupación de no ser capaces de comerse también la comida Dos Patas.

– ¡Sabe fantásticamente!- Boris terminó su gorrión y se limpió los bigotes con una pata.- ¿Podemos volver mañana?

– Por supuesto- respondió Tormenta de Arena- Tenéis que volver si queréis aprender el código guerrero.

– ¡Lo haremos!- maulló Cereza con entusiasmo.

– Un momento- Estrella de Fuego atravesó la cueva y se sentó frente a los dos gatos- ¿Os dais cuenta de que el código guerrero no es solo diversión? Es una forma de vida. No podéis vivir con vuestros amos y aparecer por la quebrada solo cuando queráis. Si queréis ser guerreros este tendrá que ser vuestro hogar.

– ¿Abandonar a nuestros amos?- Boris levantó la mirada de su gorrión con los ojos ensanchados y un brillo serio- No sé… son amables y nos alimentan y no preocupan por nosotros si nos vamos.

– Pero si somos de verdad gatos del Clan del Cielo aquí es donde tenemos que vivir- replicó Cereza. Le dio a su hermano un empellón.- ¡Vamos! ¿No quieres quedarte fuera tanto como desees, incluso por la noche? ¿No prefieres comer ratones y ardillas en vez de esa estúpida comida de minino doméstico?

Estrella de Fuego cruzó una mirada con Tormenta de Arena. Cereza no entendía aún lo que significaba ser un guerrero.

En la estación sin hojas, cuando las presas escasearan y la nieve cubriera el suelo, se lo pensaría dos veces.

– No tenéis porque decidirlo ahora- agregó; sentía la necesidad de advertirla aunque no deseaba empañar su entusiasmo- Vivir bajo el código guerrero puede ser duro.

– Pero has dicho que tenemos los cuerpos adecuados- Cereza le dio a su hermano otro empujón vigoroso que casi lo tiró al suelo-

Sabes que quieres hacerlo, ¿verdad?

– Supongo…- Boris seguía pensándoselo. Luego se levantó con una mirada determinada en los ojos- Vale, voy a intentarlo.

– ¡Y yo!- Cereza se incorporó de golpe tragando el último bocado de presa- Vamos, Boris. Podemos practicar el acecho en el jardín.

Ambos gatos salieron a la carrera de la cueva. Un latido de corazón más tarde Cereza regresó para maullar:

– ¡Gracias! ¡Adiós!- y desapareció otra vez.

Los ojos verdes de Tormenta de Arena destellaron por la risa.

– Parece que hemos encontrado nuestros dos primeros aprendices.

Estrella de Fuego y Tormenta de Arena durmieron durante todo el calor del día.

Cuando las sombras comenzaron a aparecer, se pusieron en marcha para explorar aún más la quebrada.

– Cielo nos enseñó las fronteras ría abajo del territorio.- maulló Estrella de Fuego- Pero nunca no dijo hasta donde llegaban en esta dirección.

– Podemos preguntarle.

Estrella de Fuego miró al otro lado de la quebrada. Justo estaba pasando le largo la gran roca que escondía el camino retorcido hasta la guarida de Cielo, entre las raíces del espino. No había rastro del viejo gato y Estrella de Fuego no quería buscarle. Quería tener algo más de lo que informar que solo un par de posibles aprendices antes de hablar otra vez con Cielo.

– A ver si podemos descubrirlo nosotros solos- maulló.

La quebrada se hizo tan estrecha que un gato podría haber saltado de lado a lado. El cielo encima de sus cabezas seguía siendo

brillante, pero muy poca luz penetraba los elevados riscos a cada lado. La tierra bajo las patas estaba seca y era arenosa, y el aire se mantenía inmóvil.

De pronto, Tormenta de Arena olfateó el aire.

– ¡Un zorro!

En ese instante, el hedor cubrió a Estrella de Fuego y oyó un gruñido contenido en las sombras de delante. Le siguió el chillido de un gato.

– ¡Vamos!- las patas de Estrella de Fuego volaron sobre la tierra, olvidadas las patas en carne viva.

Tormenta de Arena corrió tras él. Al doblar la siguiente curva de la quebrada vieron al zorro. Estaba de pie, con las patas firmes y enseñando los dientes afilados. Estrella de Fuego comprendió que se estaba muriendo de hambre; las costillas le sobresalían el fino pelaje desigual.

Frente al zorro se agazapaba una gata parda; su pelaje estaba erizado como amenaza pero sus ojos se encontraban ensanchados de miedo. Tras ella había un montón de rocas arenosas rodeada por un matojo de espinos. Estrella de Fuego atisbó una apertura oscura en ellas y escuchó el maullido de crías aterrorizadas.

– ¡Está defendiendo a sus crías!- resolló Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego emitió un aullido y se lanzó contra el zorro, que se volvió hacia él intentando morderle el cuello. Tormenta de Arena apareció a toda velocidad y arañó con las garras por el otro lado antes de que se volviera y la alejara de un golpe con la pata. Siseando de rabia, Estrella de Fuego saltó a sus omóplatos, desgarrándole con las garras el pelaje e intentando clavarle los dientes en el pescuezo.

A pesar de que el zorro se moría de inanición aún era capaz de

luchar furiosamente, o quizá el hambre le había enloquecido. Sacudiendo la cabeza de lado a lado se tiró al suelo en un intento de aplastar a Estrella de Fuego bajó él. Tenía el hocico enterrado en su pelaje; su olor cálido le envolvía cada vez que intentaba respirar. Sintió el agudo dolor de unas garras afiladas al clavársele en el estómago. Con un gran impulso, consiguió liberarse y levantarse. La sangre de sus heridas manchó la arena y sentía las patas inestables.

Tormenta de Arena volvió a atacar, fintando para darle golpes rápidos antes de que el zorro pudiera contraatacar para intentar alejarle de las crías. La gata seguía agachada frente a la guarida, protegiendo a su camada. Con otro furioso gruñido, el zorro se arrojó sobre Tormenta de Arena y la agarró por una pata trasera. La guerrera emitió un aullido de dolor. Estrella de Fuego se tambaleó hacia ellos, pero el dolor le nublaba la visión y aunque consiguió arañar los cuartos traseros del zorro no había fuerza real en el golpe.

¡Clan Estelar, ayúdanos!

De más debajo de la quebrada les llegó un grito. Otro gato corría para unirse a la batalla; el macho rojizo oscuro que había estado cazando entre los arbustos río abajo.

Con otro furioso chillido, el proscrito saltó sobre las rocas de la entrada de la guarida. Se quedó allí un par de latidos de corazón con las garras aferrándose a la superficie dura para, luego, caer sobre la cabeza del zorro.

El depredador soltó un quejido de dolor y liberó a Tormenta de Arena.

La gata se levantó sobre tres patas y se lanzó de nuevo a la batalla, provocándole un corte profundo en el costado. La cabeza de Estrella de Fuego se aclaraba ya; mordió con fuerza la cola del zorro y le escuchó gritar.

El proscrito se balanceaba sobre la cabeza del zorro con las garras de las cuatro patas profundamente hundidas en su pelaje. La sangre manaba de los cortes y comenzaba a empañar los ojos de la criatura.

De pronto, se rindió y empezó a alejarse tambaleándose. El macho rojizo bajó de un salto y Estrella de Fuego le dio un último golpe a los cuartos traseros del zorro mientras cojeaba hacia las sombras.

Respirando con dificultad los tres gatos se miraron los unos a los otros.

– Gracias- jadeó Estrella de Fuego- Podría haberse vuelto muy feo si no llegas a intervenir.

– No me lo agradezcas- el macho entrecerró los ojos- No me gustan los zorros más que ti. Pareces algo tocado- agregó, pasando la mirada de Estrella de Fuego a Tormenta de Arena.

Tormenta de Arena flexionó la pata herida y puso la zarpa sobre el suelo.

– Me pondré bien.

Estrella de Fuego examinó la herida de su estómago pasándose la lengua un par de veces sobre el pelaje empapado de sangre. Para su alivio, el arañazo no era profundo y el sangrado ya se había detenido.

– Estaremos bien- maulló- Necesitábamos una pelea que nos reavivara.- y, para su inmensa sorpresa, se dio cuenta de que era verdad; durante varios días los único que Tormenta de Arena y él habían hecho había sido dormir en la guarida de los guerreros y, de vez en cuando, cazar. Ahora se sentía más vivo, más como un guerrero de verdad.

– ¡Habéis sido tan valiente! ¡Muchas gracias a todos! Habéis

salvado a mis crías.

Estrella de Fuego se giró y vio a la gata pardo claro que conducía hasta ellos a sus crías con la cola enroscada en torno a ellas protectoramente: un macho negro, un macho rojizo y una diminuta gata blanca.

– Soy Trébol- se presentó la gata- Y ellos son Roca, Brinco y Diminuta.

Tormenta de Arena inclinó la cabeza.

– Yo soy Tormenta de Arena y él es Estrella de Fuego.

Estrella de Fuego se giró hacia el proscrito esperando que se presentara. Sin embargo, se encontró con una mirada desafiante en aquellos ojos verdes chispeantes de inteligencia.

– Decir nombres es fácil- maulló el macho rojizo- pero, ¿quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí y cuanto tiempo pensáis quedaros?

Por un instante Estrella de Fuego quedó amedrentado. Aquellas preguntas y el tono autoritario del gato se parecían a cómo habría hablado él si se hubiera topado con proscritos en el territorio del Clan del Trueno.

– Te vi quebrada abajo- comenzó.

– Y yo a ti- las orejas del macho rojizo se aplanaron- Estabas cazando con esos dos mininos domésticos locos. ¿Por qué te relacionas con ellos?

– Cereza y Boris no están tan mal- maulló Tormenta de Arena a la defensiva.

– ¿Qué importa qué hagan aquí?- intervino Trébol.- ¡El zorro se habría comido a mis crías si no hubieran aparecido!

– Yo estaba aquí, ¿no?- gruñó el macho rojizo. Desenfundó unas garras poderosas y las clavó en la tierra arenosa- Puedo enfrentarme a cualquier zorro nacido- su mirada se posó otra vez sobre Estrella

de Fuego- Así que, ¿cuál es vuestra historia?

– No os iréis ya, ¿verdad?- suplicó Trébol con una mirada nerviosa hacia las sombras- Ese zorro pude volver.

– Nos quedaremos un tiempo- prometió Tormenta de Arena.

Trébol se tumbó a la entrada de la guarida para que sus crías pudieran enterrarse en su pelaje y comer. Los otros gatos se acomodaron a su lado, Estrella de Fuego y Tormenta de Arena para lamerse las heridas mientras le contaban al macho rojizo sobre el Clan del Cielo.

– Ya he visto unas cuantas veces a ese viejo gato- maulló el proscrito cuando Estrella de Fuego narró su encuentro con Cielo- Aunque nunca he hablado con él. Creo que está loco.

– No lo está. Sabe más sobre el clan perdido que ningún gato- Estrella de Fuego explicó lo que Cielo les había contado.- El clan vivió aquí hace mucho, en las cuevas cerca de las rocas por las que se derrama el río. Ahora han desaparecido, pero Cielo cree que podemos encontrar a sus descendientes y reconstruir el clan.

Estrella de Fuego se dio cuenta de pronto de lo absurdo que sonaba.

– Se que es una gran decisión para que la tome un gato…- continuó diciendo.

– No para mí- Trébol levantó la mirada con las orejas enderezadas.- Iría a vivir a vuestro clan en un latido de corazón. El padre de mis crías se marchó antes de que nacieran y es duro criarlas sola- enroscó aún más la cola en sus crías; ahora que ya habían terminado de comer dormitaban en un charco tricolor de pelaje cálido- ¿Y si ese zorro vuelve cuando os vayáis?

– Puedo cuidar de ti- le recordó el macho proscrito- Hoy he vuelto a tiempo, ¿no?

– Pero apenas vienes tan arriba de la quebrada- replicó Trébol- ¿Cuántas veces hemos hablado antes de hoy?- ignorando su siseo de molestia, la gata se giró hacia Estrella de Fuego- Me uniré al nuevo clan. Todos nos iremos con vosotros a las cuevas hoy.

Estrella de Fuego sintió un cosquilleo de entusiasmo en las patas. Una reina y tres crías eran una incorporación valiosa para cualquier clan.

– Vale, eso es fantástico. Podemos irnos ahora. ¿Y tú?- agregó con una mirada al macho rojizo- ¿Te unirás también a nosotros?

– Puedo apañármelas solo gracias.

El pelaje de Estrella de Fuego cosquilleo de decepción. Ese orgulloso gato fuerte e inteligente podría convertirse en un buen guerrero.

– Ojo- siguió diciendo el proscrito antes de que Estrella de Fuego pensara en alguna forma de persuadirle- Me gusta la idea de entrenar a otros gatos para que aprendan a defenderse. Y me han gustado esos movimientos de batalla que habéis usado para ahuyentar al zorro.

– Ven con nosotros y te los enseñaremos- le ofreció Estrella de Fuego.

El proscrito rojizo parpadeó.

– ¿De verdad me enseñarías todo lo que sabes?- parecía no creerse que los gatos pudieran compartir movimientos secretos que les hiciera más fácil pelear.

– Por supuesto- maulló Estrella de Fuego- Los compañeros de clan no luchan entre ellos más que en los entrenamientos.

– Podría ser una buena forma de vida- maulló el proscrito.

– Entonces, ¿vendrás?- preguntó Tormenta de Arena entusiasmada.

El proscrito dudó y, luego, inclinó la cabeza.

– Voy a intentarlo. Pero no prometo quedarme para siempre.

– No te pedimos que lo decidas ahora- maulló Estrella de Fuego.- Ven solo a las cuevas un tiempo y descubre más de lo que significa vivir en un clan.

– Y, por favor, dinos cómo te llamas- agregó Tormenta de Arena.

Durante un par de latidos de corazón el macho rojizo se quedó en silencio, mirando al horizonte.

– Viviendo solo un gato no necesita realmente un nombre, pero ahora… Hace mucho, mucho tiempo, creo que mi madre me llamaba Rascón.

La luna pálida flotaba sobre la quebrada y derramaba una luz clara sobre la Roca Celestial. Estrella de Fuego saltó sobre la grieta y dio un paso atrás para esperar a Tormenta de Arena.

– ¿Y bien?- le preguntó cuando su pareja cayó a su lado.- ¿Qué opinas? ¿Tenemos los comienzos de un nuevo clan?

Tormenta de Arena se sentí y le dio a su pecho unos rápidos lametones.

– Es un comienzo- maulló- pero aún nos queda un largo camino.

– Lo sé- respondió Estrella de Fuego- Temo que Rascón decida no quedarse. No ha querido dormir en la guarida de los guerreros con nosotros esta noche. Aún sigue pensando como un proscrito.

– Dale tiempo. Lo que más me preocupa- continuó diciendo Tormenta de Arena, pasándose una pata por la oreja- es esa necesidad que tiene Trébol de que la cuiden todo el rato. He intentado decirle que el mejor lugar para sus crías y ella es la maternidad. Incluso me he ofrecido a recolectar musgo y helechos para ella pero, ¿me ha escuchado? Se empeña en dormir en la guarida de los guerreros por si el zorro la encuentra.

– Ella también necesita tiempo- le reconfortó Estrella de Fuego, apoyando la cola en su omóplato.- Hoy ha tenido un mal susto. Pronto aprenderá habilidades de combate y entonces se dará cuenta de que puede cuidar por sí misma de sus crías.

– Espero que tengas razón- maulló Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego oyó el sonido de unos pasos en la senda que conducía a la Roca Celestial. Bajó la mirada, casi deseando ver a Rascón, pero para su gran sorpresa, el gato que apareció fue Cielo.

– ¿Qué hace aquí?- le murmuró a Tormenta de Arena- La luna no está llena.

La luz lunar volvía el pelaje gris del viejo gato en plata; caminaba con la cabeza bien alta de orgullo, como un verdadero guerrero del Clan del Cielo. Al acercarse a la Roca de Cielo aceleró el paso y saltó sin dudarlo para caer sobre la superficie suave.

– Saludos, Cielo- Estrella de Fuego y Tormenta de Arena inclinaron las cabezas.

El viejo gato les devolvió el saludo con un breve asentimiento.

– He visto que hoy llegaban más gatos.

– Cierto- Estrella de Fuego había esperado que Cielo pareciera más complacido, pero había un brillo cauteloso en sus ojos- Creo que es el camino para reconstruir el clan.

Un gruñido gutural reverberó en la garganta de Cielo.

– Ese proscrito rojizo te abrirá el cuello en cuanto apartes la mirada. ¡Y en cuanto a esos mininos domésticos! Ni siquiera sé por qué perdéis el tiempo con ellos.

– Los mininos domésticos no están mal- maulló Tormenta de Arena- Son jóvenes; tienen mucho tiempo para aprender. ¡Y son verdaderos gatos del Clan del Cielo! ¿Los has visto saltar?

Cielo se limitó a sorber.

– Y Rascón… que es el nombre del proscrito rojizo- continuó diciendo Estrella de Fuego- es duro y un luchador, y una vez aprenda el código guerrero se convertirá en el tipo de gato que necesita un clan.

Para su alivio, el viejo gato asintió.

– Puede que tengas razón- maulló a regañadientes- Al menos estás manteniendo tu promesa.

Levantó la cabeza hacia el brillo del Manto Plateado sobre ellos.

Siguiendo su mirada, Estrella de Fuego se preguntó si el ancestro del Clan del Cielo le estaría observando. ¿Tú también estás complacido?, se preguntó. ¿Esto es lo que esperabas de mí?

No obtuvo respuesta salvo el distante resplandor de las estrellas.

# Capítulo 23

– Los gatos que viven en los clanes mandan patrullas varias veces al día- explicó Estrella de Fuego, deteniéndose al final de la línea de vallas Dos Patas.- Y además patrullamos dos veces las

fronteras, una al amanecer y otra al ocaso.

– ¿Así que nosotros somos la patrulla del amanecer?- preguntó Boris.

– ¡Cerebro de ratón!- Cereza, su hermana, le abofeteó con una pata- El Clan del Cielo aún no tiene fronteras. Somos cazadores, ¿no, Estrella de Fuego?

– Correcto- maulló Estrella de Fuego.- Tendremos fronteras muy pronto, cuando conozca un poquito mejor el territorio, y cuando vea cuantos gatos van a vivir aquí. Mientras tanto, esta es la primera patrulla real de caza del Clan del Cielo.

Cereza dio un pequeño brinco.

– ¡Genial! Aunque no hemos cazado mucho- agregó, decepcionada- Ni siquiera huelo nada.

– Eso es porque todo está mojado- le dijo Estrella de Fuego- Hasta los cazadores expertos lo pasan mal.

La niebla llenaba la quebrada y se extendía por la maleza de la cima del rico hasta el Poblado Dos Patas. El sol naciente brillaba con una luz lechosa. Cada tallo de hierba se inclinaba por el peso de las gotas de agua y el rocío rociaba el pelaje de los gatos.

– Lo que no es excusa para correr riesgos- Rascón levantó la mirada desde la carne fresca que estaba desenterrando y que habían enterrado antes.- No puedo entenderos. Saltasteis directos a ese jardín sin ni siquiera mirar.

– Lo siento- murmuró Cereza mientras Boris restregaba las patas en el suelo frente a él.

– Eso de "lo siento" está muy bien y tal- espetó el proscrito- Casi caéis encima de ese perro. Si Estrella de Fuego no lo hubiera distraído ahora seríais comida perruna. Y habéis perdido la ardilla que estabais persiguiendo.

Boris suspiró.

– Era perfecta y estaba gordita.

Rascón puso los ojos en blanco y siguió quitando la tierra de su presa.

Estrella de Fuego le dirigió una mirada rápida. Habían pasado cuatro días desde que Rascón y Trébol fueron a vivir en las cuevas, y las habilidades de caza de Rascón ya resultaban muy útiles, pero no tenía paciencia con los mininos domésticos.

– Ya aprenderán.- maulló Estrella de Fuego y a Cereza y Boris añadió- Lo estáis haciendo realmente bien.

– ¿Podemos ir y vivir siempre en el campamento?- pidió Cereza.

– Aún no- Estrella de Fuego se sentía aliviado al ver el entusiasmo que tenía por unirse al clan, pero se preguntaba si se daba cuenta de la enorme decisión que estaba tomando- ¿Qué pasa con vuestro amo?

La cola de Cereza cayó y sus ojos se volvieron pensativos.

– Me gusta sentarme en un regazo y que me acaricien, y jugar fuera con nuestro amo y hacerle reír… Pero también me gusta cazar. Me gustaría poder hacer ambas cosas.

– Bueno, pues no podemos- maulló Boris- También me apena que nuestro amo nos vaya a echar de menos. Si tan solo pudiéramos decirle que vamos a estar bien…- inhaló profundamente- Pero si de verdad somos descendientes del primer Clan del Cielo, debemos estar en la quebrada.

Estrella de Fuego le guiñó un ojo.

– Creo que tenéis que tomaros tiempo antes de tomar la decisión final- Rascón había estado en lo cierto al regañarles por saltar de pronto al jardín, a pesar de que podía haberlo dicho con más tacto. El mayor fallo de los mininos doméstico era que cargaban contra

todo sin pensar. Pero al menos mostraban valor, una calidad invaluable en un guerrero.

– ¿Cuánto falta?- quiso saber Cereza- ¿Podremos ser pronto aprendices?

Antes de que Estrella de Fuego contestara, Rascón levantó la mirada.

– ¿Nos vamos a quedar aquí sin hacer nada? Quiero volver a la quebrada antes de que se levante la niebla. Nunca me he juntado con Dos Patas y no pienso empezar ahora.

– Buena idea- maulló Estrella de Fuego. Las guaridas Dos Patas ya comenzaban a recortarse con mayor claridad contra el cielo del amanecer, y oía a los monstruos despertándose en la lejanía.- Coged las presas y vayámonos.

Mientras les guiaba por la maleza con las fauces repletas de carne fresca y las orejas erectas en busca de peligros, notó como le inundaba el optimismo. Lideraba una patrulla y llevaba al campamento presas. Por primera vez desde que dejó el bosque se sentía como si formara parte de verdad de un clan.

***

El sol ya había quemado la mayor parte de la niebla para cuando llegaron a la cueva de los guerreros. A pesar de que las hojas comenzaban a ponerse amarillas, la quebrada seguía bañada por el calor de la hoja verde.

Tormenta de Arena escalaba la senda de la quebrada. Sus ojos verdes chispeaban de furia y la punta de la cola no dejaba de agitarse.

– ¿Qué ocurre?- le preguntó Estrella de Fuego, dejando la carne fresca a la entrada de la cueva.

Tormenta de Arena le llamó con la cola, así que dio un par de

pasos por el camino para reunirse con ella lejos de Rascón y los mininos domésticos.

– Se trata de Trébol- murmuró cuando se acercó lo suficiente como para oírla- Le he intentado enseñar algunas técnicas de pesca. Es una gata fuerte y sana, no debería tener problemas… ¿pero me escucha cuando le digo para qué le serán útiles? "Oh, Estrella de Fuego y tú sois tan buenos luchadores que sé que nos cuidaréis a todos"- Tormenta de Arena soltó un suspiro- Estaba ansiosa por unirse al Clan Estelar, pero solo para obtener protección. No le interesa el código guerrero o lo que pueda hacer por otros gatos.

Estrella de Fuego entrecerró los ojos.

– Puede que le sea difícil entender eso ahora- maulló- Es normal que una reina ponga la seguridad de sus crías ante todo. Y debe estar muy cansada tras criar a esos tres vivaces jovencitos.

– Pero al menos podría intentarlo- remarcó Tormenta de Arena. Miró a la quebrada, al punto del Trébol tomaba el sol en una roca junto al estanque con sus crías retozando a su lado.

– Brinco, Roca y Diminuta intentan copiar lo que le enseño a su madre. ¡En serio, creo que ellos están aprendiendo más que ella!

Estrella de Fuego restregó el hocico contra el de la gata.

– Funcionará. No tiene maestra mejor.

Tormenta de Arena le dirigió una mirada de soslayo y pareció relajarse.

– Vamos al río- maulló- A mis patas le vendrían bien un baño.

Las patas de Estrella de Fuego también estaban hostigadas, así que siguió a Tormenta de Arena por la senda de piedra deseando sentir la fresca y húmeda tierra del bosque bajo las almohadillas. A unos zorros de distancia río arriba oyó los gritos entusiastas de la camada de Trébol.

– ¿Sabes?, esas crías están casi listas para ser aprendices.- informó al detenerse en las aguas poco profundas.

– Ya deben tener casi seis lunas- coincidió Tormenta de Arena, parpadeando contra la cegadora luz del sol en el agua- Pero no pueden ser aprendices hasta que encontremos unos cuantos mentores más.

– Les preguntaré a Trébol y Rascón si conocen a más gatos.- maulló Estrella de Fuego.

Se interrumpió al sonido de unas voces llamándole desde alguna parte por arriba. Cereza y Boris corrían a toda velocidad por la cara de la roca, saltando elegantemente las escarpadas extensiones de roca por donde Estrella de Fuego y Tormenta de Arena pasaban con mayor cuidado.

– ¡Estrella de Fuego!- resolló Cereza al correr por el suelo y dirigirse como una exhalación por la orillas hacia él- ¡Hemos tenido una idea!

– Querrás decir que yo he tenido una idea- maulló Boris, brincando para mantenerse a la altura de su hermana.

Cereza intentó arrojarle al agua, pero Boris se agachó y le dio un golpe en la oreja con la pata. Cereza saltó sobre él y ambos mininos domésticos forcejearon al borde mismo del río.

– Cuando terminéis- les interrumpió Tormenta de Arena- quizá queráis contarnos cual es vuestra idea.

Los dos jóvenes gatos se enderezaron inmediatamente, avergonzados.

– Supongo que los aprendices no hacen estas cosas- murmuró Cereza.

Los aprendices lo hacen a todas horas, pensó Estrella de Fuego.

– Os escucho.- maulló.

– Creo que deberías tener una reunión- explicó Boris con el pelaje esponjado de entusiasmo- Les podemos decir a todos los gatos que viven cerca que vengan aquí para que así puedes hablarles del nuevo clan.

– Pero nosotros no conocemos a más gatos- señaló Estrella de Fuego.

– No, espera- maulló Tormenta de Arena antes de que Boris respondiera- Me parece una buena idea. Después de todo, buscamos a gatos que puedan vivir juntos y cooperar los unos con los otros por lo que si aparecen en una reunión ya habrán pasado la primera prueba.

– No lo había visto así- Estrella de Fuego vadeó fuera del río, se sacudió cada pata por separado y se sentó sobre la roca caldeada por el sol.- Muy bien, seguid. ¿Y dónde encontraremos a esos gatos?

– Nosotros lo haremos- los ojos verdes de Cereza chispearon- Podemos pasar el mensaje entre los otros mininos domésticos. Nos iremos ahora mismo si quieres.

– Estarán todos fuera en un día así- agregó Boris.

Estrella de fuego cruzó una mirada con Tormenta de Arena.

– Vale- decidió- Lo intentaremos… pero si queremos que esos gatos acudan a la reunión se merecen saber quien les va a hablar. Voy con vosotros.

Estrella de Fuego se asomó entre la susurrante cortina de hojas y miró al jardín Dos Patas. No veía mucho, solo una extensión de hierba y un par de matas de brillantes flores Dos Patas, pero captó el fuerte olor a gato.

Cereza y Boris se agazaparon en la rama a su lado.

– ¡Ey, Oscar!- llamó Cereza- ¡Ven aquí! Queremos hablar contigo.

Un momento después, Estrella de Fuego vio como un musculoso macho negro corría por la hierba. Se lanzó al árbol con un gran salto. Estrella de Fuego supuso que tendría sangre del Clan del Cielo cuando el recién llegado se equilibró en la rama al lado de Boris y Cereza.

– ¿Qué pasa?- preguntó. Sus bigotes se retorcieron al mirar a Estrella de Fuego- ¿Quién es este?

Estrella de Fuego cogió aire.

– Me llamo Estrella de Fuego- maulló, decidiendo no confundir al gato negro con detalles sobre el bosque y el Clan del Trueno. Aquello no era importante en ese instante.- ¿Has oído hablar del Clan del Cielo? ¿Los gatos que solían vivir en la quebrada junto al río?

Oscar azotó el aire con la cola.

– Nop. Nunca he oído de ellos.

Cereza y Boris intercambiaron una mirada. Cereza abrió las fauces para replicar pero Estrella de Fuego la silenció con un movimiento de orejas.

– Pues ellos han oído hablar de ti- continuó Estrella de Fuego- y hay cosas que deberías saber sobre ellos. Vamos a celebrar una reunión mañana a la noche en la quebrada, junto a las rocas de las que fluye el río. ¿Vendrás?

Los ojos de Oscar se estrecharon hasta convertirse en sendas rendijas brillantes. Levantó una pata y desenfundó las garras, mirándolas con frialdad.

– Puede que sí. Puede que no.

Estrella de Fuego se tragó su frustración. Le parecía que Oscar era un pelín creído, pero al mismo tiempo un gato así de fuerte sería un miembro útil para el clan.

– Verás, estoy intentando reconstruir el Clan del Cielo y busco a gatos que estén interesados en unirse.

Oscar bostezó ampliamente.

– ¿Y por qué querría hacer eso?- sin aguardar respuesta, saltó del árbol y desapareció.

– ¡Ven de todas formas! ¡Así verás lo que hay!- le gritó Estrella de Fuego.

El pelaje del pescuezo de Cereza se erizó.

– ¡Debimos saber que no podíamos preguntarle!- maulló- ¡Es un gran dolor en la cola!

– No importa- contestó Estrella de Fuego- Tenemos que preguntárselo a tantos gatos como podamos.

– Sigamos adelante, pues- Boris saltó impaciente sobre las patas- Creo que deberíamos preguntarle ahora a Hutch.

– Si, intentémoslo- los ojos de Cereza destellaron al pasarse la lengua por los bigotes- ¡Sus Dos Patas le dan crema!

Los dos mininos domésticos llevaron a Estrella de Fuego por la valla del jardín de Oscar hasta un callejón estrecho. El pelaje de Estrella de Fuego se erizó al recordarse perdido en el otro Poblado Dos Patas mientras buscaba a Tormenta de Arena, pero sus dos guías caminaban con confianza.

Antes de alejarse mucho apareció otro gato doblando una esquina, que se detuvo con el pelaje erizado para relajarse después cuando Boris y Cereza se le acercaron.

– Hola, Bella- le saludó Cereza- Ven a conocer a nuestro amigo.

Estrella de Fuego se acercó a Bella, una hermosa gata atigrada y blanca con cálidos ojos ambarinos. Le recordaba a Princesa, su hermana, que vivía en el Poblado Dos Patas al borde del bosque.

No parecía que tuviera ancestros del Clan del Cielo; no poseía

los mismos cuartos traseros que Boris y Cereza y, cuando levantó una pata para quitarse una mota de polvo del hocico vio que sus almohadillas eran rosadas y blandas.

– Hola- Bella inclinó la cabeza con educación- Eres nuevo por aquí. ¿Dónde vive tu amo?

– Estrella de Fuego no tiene amo- le informó Boris- Es un gato de clan.

Los ojos de Bella se ensancharon enormemente con una curiosidad que fue tornándose en reflexión conforme Estrella de Fuego le contaba, brevemente, su historia.

– Vendrás a la reunión, ¿verdad?- la animó Cereza cuando hubo terminado- ¡Eso de vivir en un clan será fantástico! Puedo enseñarte como cazar ratones.

Bella negó con la cabeza.

– Es imposible. Echaría mucho de menos a mis amos y ellos a mi.

– Pero…- empezó Boris.

– No- repitió Bella con mayor firmeza- La otra noche me quedé encerrada en el cobertizo del vecino y, cuando volví, las crías de mi amo no dejaban de llorar. No soportaría verles así otra vez.- restregó el hocico afectuosamente con el de Cereza- Pero, si es lo que queréis, espero que disfrutéis la vida en ese nuevo clan.

– Gracias, Bella- Cereza se mostró inusitadamente seria- Vendremos a visitarte alguna vez, te lo prometo- observó como la gata trotaba callejón abajo- Le voy a echar de menos- murmuró- Es una buena amiga.

Boris le dio un rápido lametón en la oreja.

– Vamos; a ver si encontramos a Hutch.

Al extremo del callejón, Cereza y Boris se detuvieron frente a

otra valla. Una de las láminas de madera estaba rota al pie, lo que dejaba el espacio justo para que un gato se colara por él.

– Tenemos que ser cautelosos- advirtió Boris- Los Dos Patas de Hutch tienen también un perro. Suele estar encerrado, pero mantened los ojos abiertos.

Cereza ya se estaba introduciendo por el agujero.

Estrella de Fuego la siguió cautelosamente mientras Boris tomaba la retaguardia.

Al otro lado de la valla, Estrella de Fuego se vio de pronto en medio de un matorral de arbustos muy olorosos. Tras él se extendía hierba que llevaba hasta un caminito de pequeñas rocas afiladas que rodeaban la guarida Dos Patas.

– ¡Ey, Hutch!- aulló Boris- ¿Estás ahí?

Estrella de Fuego se envaró cuando le llegó de la guarida un afluente de ladridos, pero no apareció ningún perro. En su lugar, una puerta diminuta se abrió de pronto en la gran puerta Dos Patas y un gato atigrado y oscuro sacó la cabeza por ella.

Al ver a Cereza y Boris, salió por completo, trotó por el camino rocoso sin inmutarse y corrió por la hierba para reunirse con ellos a las sombras de los arbustos. No tenía la misma constitución fuerte que Oscar, pero seguía teniendo un aspecto férreo y Estrella de Fuego se había dado cuenta de que debía tener las duras almohadillas que eran la marca del Clan del Cielo al haber atravesado el sendero tan fácilmente. Olía mucho a comida de minino doméstico.

– Hola- maulló con un amistoso movimiento de orejas en deferencia a Estrella de Fuego- Me llamo Hutch, ¿y tú?

Una vez más, Estrella de Fuego se presentó y contó la historia del Clan del Cielo.

– Los gatos del Clan del Cielo podían vivir en la quebrada porque contaban con fuertes patas traseras para saltar y almohadillas duras para caminar sobre las rocas. Como Cereza y Boris- sintió una oleada de alivio cuando Hutch levantó una pata para examinarse las almohadillas.- Vamos a celebrar una reunión para hablar de ello.

Hutch pareció interesado.

– Ya he oído antes hablar de los gatos que vivían libres en la quebrada- le dijo a Estrella de Fuego- Mi madre solía contármelo pero pensé que solo eran cuentos para crías.

– No, todo es verdad- maulló Boris y Cereza agregó con entusiasmo:

– ¡Vamos a ser aprendices del Clan del Cielo!

– Así que, ¿vendrás a la reunión?- le preguntó Estrella de Fuego.- Mañana a la noche, en la quebrada de donde fluye el río.

– Por supuesto- contestó Hutch.

Estrella de Fuego agachó la cabeza.

– Entonces no vemos allí.

Hutch agitó la como despedida y dio media vuelta para irse, antes de girarse otra vez.

– ¿Tenéis hambre?

Las orejas de Cereza se enderezaron.

– ¿Es crema?- maulló con esperanza, pasándose la lengua por las fauces.

– Un bol repleto

– Un momento- maulló Estrella de Fuego antes de que Cerezo o Boris tuvieran tiempo de moverse.- O sois aprendices del Clan del Cielo o vais dentro de la guarida Dos Patas y coméis crema. Pero no podéis hacer las dos cosas.

– Pero aún no somos aprendices- replicó Cereza con descaro.

Una parte de Estrella de Fuego se rió, pero sabía que si les daba permiso ahora, los dos mininos domésticos no acabarían por entender lo que significaba pertenecer a un clan. Si no estaban listos para dejar atrás las comodidades Dos Patas, no estaban listos para vivir la vida de un guerrero.

– El Clan del Cielo o la crema- maulló- Vosotros elegís.

Cereza y Boris cruzaron una mirada y Cereza dejó escapar un suspiro decepcionado.

– El Clan del Cielo será- contestó.

– De todas formas, la carne fresca sabe mejor.- maulló Boris- Vamos; aún nos quedan muchos gatos que visitar.

Se introdujeron de nuevo en los arbustos en dirección a la valla.

Estrella de Fuego se esperó para despedirse de Hutch y vio su mismo regocijo reflejado en los ojos del atigrado oscuro. De pronto se sintió envalentonado. Ese era un gato con el que podría trabajar.

Cereza y Boris tomaron la delantera en el callejón y giraron la esquina al límite de un pequeño Sendero Atronador. Estrella de Fuego se detuvo frente a la valla con el pelaje del pescuezo erizado ante el hedor a monstruos.

Uno de ellos se agazapaba a unos zorros de distancia, pero parecía estar dormido.

– No pasa nada- maulló Boris, paseándose con indiferencia hasta el borde del Sendero Atronador- A estas horas está muy tranquilo.

Cereza trotó hacia él. Estrella de Fuego tuvo que admitir que estaba impresionado. Aquellos dos mininos domésticos tenían mucho que aprender de la vida de clan y el código guerrero, pero en ese lugar eran confiados y centrados, y parecían conocer cada paso del Poblado Dos Patas.

Intentando ocultar su inquietud, se acercó a ellos, mirando a ambos lados del Sendero Atronador. No había monstruos a la vista y tampoco oía que se acercara ninguno.

– ¡Vamos!- urgió Cereza.

Estrella de Fuego señaló con la cola a pesar de no saber si los dos gatos esperaban su orden.

– Vale, adelante.

Los tres cruzaron a la carrera; Cereza y Boris avanzaron juntos hacia la valla más cercana y mantuvieron el equilibrio en la cima, esperando a Estrella de Fuego.

– Podemos seguir la valla- explicó Boris- Pasaremos por otros dos o tres jardines donde viven gatos. Aunque te cuidado con el siguiente. Esos Dos Patas tienen un perro.

– Menudo enano chillón- resopló Cereza- Saldrá sin dudarlo quedándose sin cabeza de tanto ladrar.

Y tenía razón. En cuanto Boris puso una pata en la siguiente sección de la valla, un perrito blanco salió disparado de la guarida Dos Patas al tiempo que ladraba furiosamente. Saltó hacia la valla y Estrella de Fuego clavó fuertemente las garras en la madera cuando esta se bamboleó.

– Piérdete, pulgoso- bufó Cereza- Vete a babearle a tus Dos Patas. No te preocupes- añadió amablemente a Estrella de Fuego- Ese idiota no puede subir aquí.

Estrella de Fuego se sintió como si él fuera el aprendiz y aquellos dos mininos domésticos sus mentores.

– No tengo miedo a los perros, gracias- maulló.

El perro siguió ladrando cuando los tres gatos continuaron por la cima de la valla. Estrella de Fuego ocultó su alivio cuando el ruido quedó bien atrás.

Finalmente, Boris se detuvo y bajó la mirada hacia un jardín más grande que la mayoría con una amplia sección de hierba suave bordeada por masas de flores brillantes. Estrella de Fuego captó un olor fuerte a gato.

Cereza levantó la cola para señalar.

– Por ahí.

Indicaba una cosa de madera Dos Patas que se alzaba en el borde de la hierba, frente a las flores. Recostado en la cima había un montón informe de pelaje crema y pardo.

Cereza saltó de la valla, cayendo sobre un matojo de flores; Estrella de Fuego y Boris fueron tras ella y circundaron el borde de las flores hasta llegar a la cosa de madera Dos Patas.

Dos cabezas idénticas se levantaron del montón de pelaje. Las orejas de Estrella de Fuego se enderezaron de curiosidad. Nunca antes había visto gatos así. Sus cuerpos elegantes tenían el color de la crema, pero sus patas, colas, orejas y hocicos eran marrones, y tenían los ojos azules más brillantes que hubiera visto jamás.

Uno de ellos emitió un extraño aullido agudo.

– Hola, Cereza. Hola, Boris.

– ¿Qué queréis?- preguntó la otra con la misma voz extraña.

– Os hemos traído a Estrella de Fuego para que le conozcáis.- maulló Boris.- Estas son Rosa y Lirio- le comentó al líder del Clan del Trueno, agitando la cola hacia cada una de ellas.

– Saludos- comenzó Estrella de Fuego. Estaba curiosamente indeciso; no había forma de que esos gatos fueran descendientes del Clan del Cielo- He venido a hablaros de los gatos que solían vivir en la quebrada…

Las dos gatas le escucharon en silencio con aquellos ojos vivaces fijados desconcertantemente en él. Cuando terminó, se

giraron la una a la otra con una intensa mirada.

– ¿Qué opinas?- preguntó Rosa.

– ¡Sorprendente!- contestó Lirio.

– Vendréis a la reunión, ¿verdad?- les insistió Cereza- ¡Va a ser fantástico!

– ¿Cómo? ¿Nosotras?- los ojos de Rosa se ensancharon- Obviamente estás de broma.

– ¿Vivir en una cueva? ¿Sin una manta calentita?- agregó Lirio- ¿Ni pollo espumoso?

– ¿Qué persigamos a los ratones y los matemos?- la lengua de Rosa pasó delicadamente por una de las patas marrones- ¡Qué vulgar!

Como una sola, las dos gatas apoyaron la cabeza otra vez sobre las patas y cerraron los ojos.

Cereza cruzó una mirada con Boris, que se encogió levemente de hombros.

– Lo siento- le maulló a Estrella de Fuego- Merecía la pena intentarlo.

– No te preocupes- le dijo Estrella de Fuego. No se imaginaba a aquellas gatas acostumbrándose a la vida de clan. Nunca, pero por si acaso seguían a la escucha, se guardó sus pensamientos.

De vuelta a la valla, se sorprendió al ver que el sol había empezado a ponerse. Habían pasado la mayor parte del día en el Poblado Dos Patas y ahora estaba famélico. En ese mismo instante escuchó el aullido distante de un Dos Patas, unos cuantos jardines más allá.

– Ese es uno de nuestros amos- le dijo Boris- Será mejor que nos vayamos.- y agregó tristemente- ¿Sabes? Los echaremos de menos.

– Eso no es malo, ¿verdad?- le preguntó nerviosa Cereza.

– No- contestó Estrella de Fuego, recordando sus propios pinchazos de nostalgia- No es malo. Pero debéis elegir.

– Ya hemos escogido- maulló decididamente Boris, mientras Cereza sacudía la cola y añadía:

– ¡Estrella de Fuego, vamos! Te enseñaremos el mejor camino para salir de aquí.

Regresando por la maleza, solo, Estrella de Fuego captó un movimiento en la floresta bajo un espino. Cauteloso, se acercó un poco más y reconoció al proscrito pardo que le había ahuyentado el gorrión la primera vez que llegó a la quebrada.

El gato se agazapaba sobre una pieza de carne fresca y miró desconfiadamente a Estrella de Fuego cuando se aproximó a él.

– Hola- el líder del Clan del Trueno intentó sonar amable- ¿Has oído hablar del clan de gatos que solía vivir en la quebrada?

El proscrito pardo emitió un gruñido evasivo y siguió comiendo. Estrella de Fuego ni siquiera supo si le escuchaba mientras le hablaba del Clan del Cielo y la reunión planeada para la noche siguiente.

– ¿Qué opinas?- le preguntó- ¿Vendrás?

El proscrito tragó el último bocado de carne fresca y se limpió el hocico con una pata.

– Estoy muy bien solo- estrechó los ojos- Y no quiero que me des órdenes.

– No se trata de eso…- protestó Estrella de Fuego, pero el proscrito se marchó sin dejarle darle explicaciones. La culpabilidad royó a Estrella de Fuego en su camino de vuelta a la quebrada. Quizá si no hubiera sido tan hostil en su primer encuentro, podría haberle persuadido de darle una oportunidad al Clan del Cielo.

Tras encontrar la senda que conducía hacia abajo por la cara del risco, caminó cuidadosamente por ella hasta la cueva de los guerreros. Unos gritos tenues de entusiasmo se alzaron del fondo de la quebrada; Estrella de Fuego se asomó y vio a Tormenta de Arena y a las tres crías de Trébol pateando algo al borde del agua. Una sensación cálida ascendió por él al ver lo feliz y relajada que parecía su pareja jugando con las crías, más feliz de lo que había sido desde que dejaron el bosque.

– Hola, Estrella de Fuego- la voz de Rascón interrumpió sus pensamientos.- Tormenta de Arena dice que estás organizando un encuentro para hablarles a los gatos del nuevo clan. Puedo presentarte a algunos proscritos si quieres. Seguramente vengan si se lo pido.

Estrella de Fuego se alegraba de que Rascón se involucrara cada vez más con el Clan del Cielo, pero no acababa de gustarle aquella fría seguridad de autoridad que el macho atigrado creía poseer sobre los otros proscritos. Aún así, si le respetaban, podría facilitarle las cosas a Estrella de Fuego.

– Vale, gracias- maulló.

– Vámonos pues- Rascón salió de la guarida de los guerreros y se encaminó por la senda.

¿Cómo, ahora?, se quejó silenciosamente Estrella de Fuego. ¡Si no he comido en todo el día!

Suspirando, siguió a Rascón risco abajo y le alcanzó justo cuando se detenía para hablar con Tormenta de Arena.

– Voy a presentarle a Estrella de Fuego a unos cuantos proscritos- le decía.

– Fantástico- Tormenta de Arena inclinó la cabeza cuando Roca saltó sobre su lomo- ¡Fuera!- maulló, girándose de espaldas y

golpeándole suavemente con una pata y las garras enfundadas. Roca se limitó a chillar, feliz, y Tormenta de arena desapareció bajo un montón de pelo cuando Brinco y Diminuta también saltaron sobre ella.

– Me parece que estás ocupada- murmuró Estrella de Fuego, divertido- Te veo después.

Rascón y Estrella de Fuego caminaron lado a lado por el espolón rocoso hasta los árboles y la floresta río abajo. Estrella de Fuego no había visitado aquella parte del territorio desde su encuentro con Boris y Cereza, y su pelaje se erizó al recordar la sensación de estar siendo observado. Y se detuvo de golpe con el corazón acelerado. ¡No era solo un recuerdo! Esa misma sensación de derramaba sobre él ahora, y un temor gélido le envolvió desde las orejas hasta la punta de la cola.

– ¿Qué ocurre?- Rascón, algo más adelantado, miró por encima del hombro.

– Nada- la voz de Estrella de Fuego le tembló y se obligó a tranquilizarse- Es solo que creo que deberíamos tomarnos un tiempo para cazar. Lo único que he tenido hasta ahora ha sido el olfateo de un ratón esta mañana.

– De acuerdo- Rascón retrocedió y se detuvo para olfatear el aire.

– ¿Hueles algo… raro?- le preguntó Estrella de Fuego. Él mismo había olido solo los mismos olores de presas que antes, enmascarados por el fuerte aroma a hojas aplastadas.

Rascón se detuvo y volvió a inhalar aire y, luego, se encogió de hombros.

– Presas. Hojas y hierba. ¿Por qué?

– Nada- Estrella de Fuego quería que Rascón le respetara, no

que le creyera un cobarde en busca de peligros bajo cada arbusto.- Vamos a cazar.

Rascón se adentró, acechando, entre los arbustos y Estrella de Fuego se alejó en la otra dirección. Mientras intentaba buscar presas, sus sentidos se mantenían alertas a cualquiera que fuese la criatura que le observaba.

Se preguntó si aquello tendría algo que ver con que el Clan del Cielo dejara la quebrada.

Cielo se había mostrado reluctante a responder cualquier pregunta, pero Estrella de Fuego estaba seguro de que el viejo gato sabía más de lo que decía. Decidió que tendría que interrogarle otra vez. El futuro del nuevo clan podía estar en riesgo si Cielo insistía en guardarse secretos sobre posibles peligros.

Estrella de Fuego se quedó quiero entre las sombras bajo un espino, mirando a un espacio abierto en medio de la floresta.

– ¿Quién eres?- susurró- ¿Qué quieres?

No obtuvo respuesta, solo aquel odio visceral arrojado sobre él con tanta fuerza que casi le derribaba. A la luz del crespúsculo se imaginó el destello de unos ojos oscuros. Su pelaje cosquilleó.

Un sonido en un arbusto cercano le hizo dar un brinco, pero solo era un campañol que salía a la carrera hacia el espacio abierto. Estrella de Fuego saltó sobre él y le mordió el cuello. Cuando le recogió, su olor enmascaraba cualquier otra cosa, y la sensación de la presencia hostil a su alrededor desapareció. Aun así, se abrió paso por el borde del matorral y se internó en campo abierto, junto al río, antes de agacharse para comer su carne fresca.

Rascón se encontraba sentado a unas colas de distancia río abajo, limpiándose la cara y los bigotes.

– ¿Estás listo?- le preguntó, pasándose una pata por la oreja-

Pronto anochecerá.

Estrella de Fuego devoró el resto del campañol.

– Si, tú guías.

El proscrito atigrado trotó por el río hasta llegar al árbol caído que Cielo había usado para cruzar unos días antes. Tras conducir a Estrella de Fuego a la otra orilla, Rascón comenzó a escalar otra senda que ascendía por la cara del risco. Estrella de Fuego resolló a sus espaldas, deseando tener los poderosos cuartos traseros del proscrito. ¡Rascón era un verdadero gato del Clan del Cielo!

Estrella de Fuego no había ascendido nunca el risco por ese lado del río. Arriba se encontró con una amplia extensión de hierba que se convertía en floresta y árboles. Su ánimo se levantó cuando caminó con Rascón bajo las ramas. Aquello se parecía más al territorio del bosque.

– Cuando establezcamos las fronteras tendremos que marcar esta parte como territorio del Clan del Cielo- Estrella de Fuego olfateó, complacido- Hay muchas presas. Y también musgo- agregó, moviendo las orejas en dirección a un denso montón de musgo que se aferraba a las raídas raíces de un roble.

Rascón le miró de soslayo.

– Pues será mejor que convenzas a los proscritos que viven aquí.

Estrella de Fuego comprendió que tenía razón. No quería comenzar un nuevo clan expulsando a otros gatos de sus guaridas que habían ocupado por lunas.

Rascón se desplazó entre los árboles hasta llegar al tronco hueco de uno, tumbado entre la hierba alta en medio de un claro. Una difusa figura clara se veía en la entrada al tronco. Cuando Estrella de Fuego se acercó más reconoció a la atigrada gata marrón y crema a la que había sobresaltado en la maleza cerca del Poblado Dos

Patas.

– ¿Rascón?- sus orejas se agitaron cautelosamente cuando los dos machos se acercaron a ella- ¿Quién va contigo?

– Hola- maulló Estrella de Fuego, algo embarazado, cuando Rascón hizo las presentaciones- Nos conocimos el otros día…

La gata salió del extremo del tronco; sus ojos ambarinos le analizaron con calma.

– Te recuerdo- murmuró.- Lo siento, no pretendía bufarte de ese modo. Es que me asustaste mucho al saltar así sobre mí.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza.

– Fue mi culpa.

– Me llamo Hoja- siguió diciendo la gata, acomodándose en la hierba alta y agitando la cola para indicar a Estrella de Fuego que hiciera lo mismo.- ¿Qué puedo hacer por ti?

Estrella de Fuego se agachó a su lado con las patas dobladas bajo su cuerpo, mientras Rascón subía a la cima del tronco y miraba a los árboles. Estrella de Fuego se preguntó si estaría vigilando, aunque la sensación hostil había desaparecido en cuanto cruzaron el río y, ahora, solo captaba los olores normales y sonidos del bosque al anochecer.

– ¿Conoces el sitio de la quebrada de donde fluye el río?- comenzó.

Hoja escuchó en silencio la historia de cómo el Clan del Cielo había sido obligado a huir del bosque.

– ¿Por qué me lo cuentas?- le preguntó cuando hubo terminado.

– El antiguo líder del Clan del Cielo se me apareció en sueños.- explicó Estrella de Fuego- Me envió para reconstruir el Clan y busco a gatos que quieran unirse a nosotros.

Hoja se sorprendió y, durante un par de latidos de corazón

permaneció en silencio con la vista clavada en las sombras entre los árboles.

– No sé…- maulló al final- Me gusta estar aquí y estoy bien sola. Rascón, ¿tú vas a unirte?

Rascón se acercó al borde del tronco para mirarla.

– Me los estoy pensando. Si los gatos viven juntos pueden protegerse entre ellos.

Hoja asintió.

– Eso es cierto. Vivir solo es muy difícil para los gatos viejos y las crías. ¿Te acuerdas de Pedregal?- le preguntó a Rascón.

– ¿El viejo proscrito que vivía en el sauce muerto?

– Ese mismo- la tristeza se reflejó en sus ojos- Le encontré intentando luchar contra un zorro. Huyó en cuanto me vio, pero Pedregal estaba muy mal herido. Me quedé con él toda la noche e intenté ayudarle, pero murió antes del amanecer.- volvió su intensa mirada hacia Estrella de Fuego- Eso no ocurriría en un clan, ¿verdad?

– Podría pasar- respondió con honestidad- Pero normalmente, los gatos de clan no luchan solos, y si hay heridos contamos con un curandero para cuidarles.

Hoja le dio un par de lametones pensativos a su pecho.

– Mañana a la noche celebramos una reunión- le dijo Estrella de Fuego- ¿Por qué no te pasas y te enteras de más?

– Muy bien- maulló- Iré a la reunión. Pero no te prometo nada.

– No esperaba que lo hicieras- le aseguró Estrella de Fuego.

Miró atrás mientras Rascón le conducía bosque adentro.

Deseaba con furia que Hoja decidiera unirse al Clan del Cielo.

Parecía saber ya cómo un clan podía cuidar de sus miembros más débiles. Cualquier clan estaría encantado de tenerla.

Rascón le llevó hasta un sendero estrecho que zigzagueaba entre arqueados matojos de helechos, cuyas hojas espesas bloqueaban los últimos retazos de luz diurna. Estrella de Fuego captó un fuerte olor a gato antes de ver nada; y poco después, un siseo malhumorado salió de entre la oscuridad.

Justo frente a Estrella de Fuego, Roscón maulló.

– Hola, Enredo.

– Este lugar es mío- espetó una voz. Asomándose por encima del omóplato de Rascón, Estrella de Fuego vio a un gran macho con pelaje desaliñado que se agazapaba entre las raíces de un árbol. Su pelaje estaba erizado y sus ojos ambarinos destellaban como si estuviera a punto de saltar sobre ellos.

– ¡Largaos!

Rodeando a Rascón, Estrella de Fuego agachó la cabeza a modo de saludo.

– Me llamo Estrella de Fuego. Voy a celebrar una reunión para todos aquellos gatos que quieran…

– No me gustan las reuniones- dijo Enredo con voz rasposa- No me gustan mucho los otros gatos. Y ahora fuera a menos que queréis que os arañe el pelaje.

Rascón tocó a Estrella de Fuego en el hombro.

– Lo dice en serio. Será mejor que nos vayamos.

– Mañana a la noche, si cambias de opinión.- maulló rápidamente Estrella de Fuego.

Enredo desenfundó las garras. Rascón dio a Estrella de Fuego un cabezazo en el costado y murmuró.

– ¡Muévete!- y a Enredo añadió- Nos vamos. Ya nos veremos alguna vez.

– No si antes os veo a vosotros- siseó Enredo mientras Estrella

de Fuego y Rascón retrocedían hacia los helechos.

– No es muy amigable, ¿no?- comentó Estrella de Fuego cuando estuvieron lejos del rango auditivo.

Rascón se encogió de hombros.

– Nunca lo ha sido. Pensé que podríamos preguntarle, pero no me sorprende que no haya querido escuchar.

Llegaron a un arroyo estrecho que reflejaba el claro cielo matinal en su camino entre las matas de hierba y menta acuática.

Rascón lo salvó de un salto y se dirigió rio arriba hasta un lugar donde la orilla sobresalía formando una franja estrecha de piedrecitas.

Una vez más, Estrella de Fuego olió fuertemente a gato.

Rascón se detuvo.

– Parche, ¿estás ahí?- maulló.

Una cabeza blanquinegra se asomó bajo el saliente.

– ¿Eres tú, Rascón?

El tono mostraba cautela aunque para alivio de Estrella de Fuego no parecía tan arisco como Enredo.

– He traído a otro gato para que le conozcas- contestó Rascón.- Hemos venido a hablarte de los gatos que vivían en la quebrada.

– ¡Oh, ellos!- Parche salió de su guarida y se quedó de pie en la franja de piedritas, mirándoles desde abajo.- Les conozco. Espero que no me hayas traído a ese viejo proscrito loco que no deja de hablar de ellos.

– No, me ha traído a mi- Estrella de Fuego dio un paso adelante y miró los brillantes ojos verdes de Parche.- Y Cielo no está loco… más bien al contrario. Ha mantenido viva la memoria del clan durante muchas estaciones.- y otra vez explicó lo que estaba intentando hacer.- El Clan del Cielo puede volver a ser grande-

finalizó- Buscamos gatos fuertes que se unan y Rascón pensó que podrías estar interesado.

– Si que me siento solo a veces aquí- admitió Parche, sacudiendo la punta de la cola- Supongo que podría ir a la reunión y ver qué pinta tienen los otros gatos que se unirían.

– Gracias- maulló Estrella de Fuego- Serás bienvenido.

Tras despedirse de Parche, comenzaron a volver al río. Pero ya era completamente de noche; muy poca luz de estrellas penetraba la gruesa floresta de las hojas. Rascón comprobó la apertura de un roble hueco, pero estaba vacío y el olor a gato que emanaba de él, viejo.

– Esta es la guarida de Pelaje Lluvioso- remarcó- Parece que no ha aparecido por aquí en días.

Estrella de Fuego estaba agotado cuando llegaron a la quebrada.

Pero si tan solo unos pocos gatos de los que habían visitado ese día decidían unirse, podría tener los comienzos de un clan. Aunque solo el comienzo, se dijo a sí mismo. Había mucho que hacer antes de que el Clan del Cielo volviera a estar completamente vivo.

Casi habían llegado a la senda que conducía risco abajo cuando Rascón soltó una aguad exclamación y se adelantó trotando. Estrella de Fuego le alcanzó y le encontró hablando con un macho cuyo pelaje claro se oscurecía en flecos más fuertes.

– Este es Pelaje Lluvioso- le dijo a Estrella de Fuego- Te hemos buscado en tu guarida- agregó al macho gris.

Pelaje Lluvioso sacudió las orejas.

– Estaba río abajo. ¿Hay algún problema?

– No, solo noticias. Estrella de Fuego, cuéntale lo que le has contado a los otros.

Cuando Estrella de Fuego se lanzó a contar otra vez la historia,

se fijó en que Pelaje Lluvioso se mostraba indeciso. Parecía ser un gato fuerte y orgulloso que necesitaría una buena razón para renunciar a su independencia.

Una vez Estrella de Fuego le invitó a asistir a la reunión, estaba más que preparado para recibir un no.

Se sorprendió cuando Pelaje Lluvioso asintió.

– Iré maulló el macho gris- pero no creo que me guste la idea. ¿Qué les pasará a los gatos que viven aquí si no quieren unirse?

– Nada- Estrella de Fuego imprimió a su voz tanta convicción como pudo.- No queremos peleas con otros gatos.

Los ojos de Pelaje Lluvioso se estrecharon.

– Este es un lugar tranquilo. No quiero que nada lo estropee.- se dio media vuelta de golpe y se introdujo en la floresta.

– ¡Hasta mañana!- le gritó Rascón.

Estrella de Fuego rumió las palabras del macho gris mientras seguía a Rascón por la senda hasta el río. Quería incluir al menos parte del bosque en el nuevo territorio del clan, pero no quería causar problemas a los proscritos que quisieran quedarse donde estaban.

Cuando Rascón llegó al fondo del risco giró hacia el tronco del árbol caído, pero Estrella de Fuego levantó la cola para detenerle y tomar la delantera río arriba con intención de cruzarlo en el Montón de Rocas. Recordaba aún la fuerza hostil que sintió en la floresta y su estómago daba vuelcos al pensar en volver a encontrársela.

La luz lunar iluminaba la quebrada cuando Estrella de Fuego y Rascón cruzaron el río. El líder del Clan del Trueno saltó la última roca al suelo y vio una figura clara que se alzaba de entre las sombras de las piedras.

– ¡Tormenta de Arena!- exclamó Estrella de Fuego- Creí que

estarías durmiendo. Ya es tarde.

Su pareja se acercó y le restregó la nariz con la suya.

– Quería oír lo que ha pasado.

– Entonces me voy- Rascón les dedicó un movimiento de cola y trotó hasta su cueva.

Estrella de Fuego recordó que Trébol y sus crías estarían durmiendo en la guarida de los guerreros, así que se acomodó en una roca junto al río. Tormenta de Arena se sentó a su lado, apoyando el cálido flanco contra él mientras le contaba su encuentro con los proscritos.

– Parece que al final el Clan del Cielo va a regresar- maulló dulcemente.

– Si, creo que si- pero a pesar de sus palabras optimistas, el estómago del guerrero se agitaba al pensar en la reunión por venir. Estaba acostumbrado a dirigirse al Clan del Trueno como líder, pero no lo era de aquellos gatos que se reunirían allí a la noche siguiente. ¿Le escucharían?

Y, ¿estaba haciendo lo correcto? ¿No debería contar con una señal del Clan Estelar o el ancestro guerrero del Clan del Cielo? ¿Dónde estaban los demás ancestros del clan dividido?

Se quedó sentado, mirando el brillo del Manto Plateado, durante mucho tiempo, hasta que Tormenta de Arena le pasó la lengua por la oreja y le instó a volver a la cueva para dormir.

# Capítulo 24

La media luna destellaba fríamente cuando Estrella de Fuego recorrió la senda rocosa hacia el Montón de Rocas. No le aguardaba ningún gato y tampoco veía más figuras sombrías que se acercaran por el risco o el río. Solo Tormenta de Arena estaba con él, detenida a su lado al pies de las rocas y mirándole con sus luminosos ojos verdes.

Estrella de Fuego cambió el peso de pata a pata, intranquilo bajo la luz de la media luna. Ese era el momento en el que los curanderos se reunían para compartir sueños con el Clan Estelar. De alguna forma, estaba mal esperar que se reunieran otros gatos; la luna debería estar llena. ¿Sería aquello un mal presagio?

Sacudiéndose de encima la premonición de desastre, Estrella de Fuego dejó que su mirada siguiera la retorcida línea del río, brillante y plateado bajo la luz de las estrellas. Quería saltar a la cima de las rocas y gritar las palabras que traerían a su propio clan a la reunión. Pero aquello tan familiar no serviría ahí y no estaba seguro de que hubiera gatos para escucharle.

¿Y si no acudía nadie? ¿Qué haría entonces?

– Lo harás bien- Tormenta de Arena le tocó el omóplato con la punta de la cola- Es duro cuando no eres el líder de estos gatos, pero es que aún tienes que convertirlos en un clan.

– A alguno de ellos- le corrigió Estrella de Fuego. Incluso siendo muy optimista se negaba a creer que todos los gatos con los que había hablado accederían a unirse al nuevo clan. Lo último que quería era obligarles; era importante que se unieran porque querían hacerlo y deseaban vivir según el código guerrero.

¿Tengo miedo de que no hagan lo que quiero? No, era algo más.

Las gatos que se unieran al Clan del Cielo tendrían que ser lo suficientemente determinados como para sobrevivir una vez Tormenta de Arena y él regresaran al bosque. Y solo lo lograrían si se entregaban al código guerrero hasta el último bigote y garra.

– Vamos- Tormenta de Arena le empujó hacia el Montón de Rocas.- Es la hora.

Estrella de Fuego le sostuvo por un par de latidos de corazón su mirada verde brillante, y bebió de su dulce olor. Una fuerza renovada pareció adueñarse de él; saltó y llegó a la cima del Montón de Rocas con un par de fuertes brincos. Desde su posición aventajada veía aún más la quebrada río abajo y río arriba, pero aún no captó señales de los otros gatos salvo a Tormenta de Arena, sentada pacientemente al pie de las rocas. La media luna flotaba bien alta en el cielo.

¿Dónde estáis?, pensó desesperado Estrella de Fuego.

A continuación atisbó un movimiento en las sombras cercanas a la cara del risco. Oyó el susurro de unas garras al rozar las rocas y Cielo se impulsó hasta la roca más alta para llegar a su lado.

– Saludos- maulló- Veo que he llegado a tiempo para la reunión.

– ¿Lo sabes?- le preguntó sorprendido Estrella de Fuego.

Cielo desechó la pregunta con una sacudida de orejas. Su pelaje gris era plateado bajo la luz de la luna y sus ojos claros resplandecían.

Estrella de Fuego se preguntó si Cielo sabía siempre cosas que los otros gatos no entendían.

– ¿Quieres hablarles primero?- le sugirió.- Eres descendiente del Clan del Cielo; te escucharán.

– ¿Qué me escucharán? ¿Al proscrito loco que se sienta para

mirar a la luna?- un ronroneo gutural de regodeo salió del viejo gato.- No, eres tú quien debe hablarles. Más que nada, lo que necesitan es un líder al que seguir y tú puedes caminar por ese camino con más facilidad que yo.

– Pero yo no soy su líder…- comenzó a protestar Estrella de Fuego.

Cielo le miró profundamente a los ojos.

– Pronto podrás volver a tu clan- prometió- Pero ahora es mi clan quien te necesita.

Estrella de Fuego agachó la cabeza.

– Lo intentaré- susurró.

Enderezándose, vio con sorpresa que habían empezado a aparecer gatos en la quebrada. Vio a Rascón sentado al pie de las rocas, medio oculto entre las sombras. Trébol conducía a sus crías por la senda rocosa y les empujó amablemente hacia un nicho en el mismo Montón de Rocas. Las tres crías chillaban entusiasmadas.

– Silencio- murmuró Trébol- Tenemos que escuchar a Estrella de Fuego. Nos va a decir algo importante.

Un aullido ansioso ahogó la respuesta de las crías y Estrella de Fuego levantó la mirada para encontrarse con que Boris y Cereza se deslizaban por el borde del risco y bajaban apresuradamente la senda hasta llegar al Montón de Rocas.

– ¿Dónde están todos?- preguntó Boris mirando alrededor, indignado- Pensé que ya estarían aquí.

– Te dije que tendríamos que haber ido a buscar a Hutch- maulló Cereza- Seguramente esté ovillado en alguna parte con su Dos Patas. Ese gordo y perezoso…

– Silencio- le interrumpió Tormenta de Arena- Mirad, viene un gato.

Estrella de Fuego ya había visto la figura delgada que se acercaba desde río abajo; era Liquen, una gata marrón moteada con la que Rascón y él se habían encontrado el día anterior en los bosques bajo la quebrada. Se detuvo, obviamente nerviosa ante la visión de tantos otros gatos que esperaban, y se sentó en una roca en el mismo borde del río.

Hoja y Pelaje Lluvioso fueron los siguiente en aparecer, caminando lado a lado como si ya se conocieran; vieron a Rascón y se le unieron al pie del risco. Al mismo tiempo, Estrella de Fuego captó un movimiento algo más arriba de la cara del risco; Hutch baja cautelosamente para reunirse con Boris y Cereza y, para sorpresa de Estrella de Fuego, Oscar le seguía de cerca. El minino doméstico negro se detuvo en una cornisa a un par de colas de distancia del suelo y se agazapó con las patas dobladas bajo el cuerpo.

Por último llegó Parche, trotando por el sendero junto al río como si temiera llegar tarde; le dedicó un asentimiento cauteloso a Liquen y se sentó cerca de ella al borde de la asamblea.

El pelaje de Estrella de Fuego le cosquilleó al sentir las miradas de todos los gatos fijas en él. Cruzó una mirada con Cielo, quien dio un paso atrás y se deslizó por el borde de la roca, dejándole solo en la cima del Montón de Rocas. Se enderezó, conteniendo fuertemente el aire e intentando mostrar en cada pelo del pelaje lo orgulloso que estaba de ser un guerrero.

– Saludos- comenzó- y gracias a todos por venir. Ayer os hablé del Clan del Cielo que solía vivir aquí, en la quebrada. Os dijo que me habían enviado para reconstruir el clan.

– No le des más vueltas, entonces- un aullido aburrido le llegó desde la cornisa donde estaba Oscar.

Las orejas de Estrella de Fuego se retorcieron; ¿es que el gato

negro solo había acudido para interrumpir la reunión? Ignoró el comentario y continuó.

– Viviendo en un clan, los gatos cuentan con el apoyo de sus compañeros desde que nacen hasta que mueren. Las madres cuidan de sus crías mientras que los guerreros protegen la maternidad y a las madres, y les llevan comida. Cuando las crías llegan a la edad de seis lunas se convierten en aprendices al cargo de un mentor que les enseña a cazar y luchar.

Una gritos entusiastas llegaron desde alguna parte de por debajo del Montón de Rocas.

– ¡Yo quiero ser un aprendiz!

– ¡Y yo! ¿Podemos?

– ¡Yo quiero serlo ya!

– Silencio- escuchó decir Estrella de Fuego a Trébol- Volveréis a la cueva si no sois capaces de escuchar a Estrella de Fuego en silencio.

– Cuando los aprendices cumplen su entrenamiento- siguió diciendo Estrella de Fuego- se convierten en guerreros. Los guerreros son la fuerza de un clan. Deben estar listos para defenderlo contra enemigos como los zorros, los tejones u otros gatos.- le recorrió un escalofrío al recordar la batalla para expulsar del bosque al Clan de la Sangre.- Deben cazar por el clan y asegurarse de que cada gato recibe comida.

– Y, ¿qué obtienen con ellos los guerreros?- gritó Pelaje Lluvioso, levantándose.

– Honor y respeto- contestó Estrella de Fuego- La lealtad de sus amigos. La satisfacción de saber que han servido a sus compañeros.

Pelaje Lluvioso asintió bruscamente y se sentó otra vez.

Estrella de Fuego supuso que no había quedado muy

impresionado por la respuesta.

– Cuando los guerreros envejecen- continuó- se retiran y se unen a los veteranos del clan. Parte de los deberes de los aprendices es cuidar de ellos, cambiarles el lecho y llevarles carne fresca. Se les honra porque han dado sus vidas en servicio a su clan. Todo clan cuenta con un líder y un lugarteniente que supervisan el entrenamiento, organizan las patrullas y deciden qué hacer cuando amenaza el peligro. A los líderes de clan se le conceden nueve vidas por el Clan Estelar, para que sean los primeros en la batalla y los últimos en comer si el clan pasa hambre.- vio un brillo de interés en los ojos de Rascón al mencionar las nueve vidas y sintió un cosquilleo de intranquilidad- Y si cualquier gato enferma o es herido- siguió- cada clan cuenta también con un curandero que se encarga de ellos. Los curanderos tienen conocimientos especiales sobre hierbas curativas y guían a su clan mediante sueños enviados por el Clan Estelar.

– Ya van dos veces que mencionas al Clan Estelar- maulló Hoja. Había escuchado con atención todo lo dicho por Estrella de Fuego con su mirada resplandeciente clavada en él- ¿Qué es?

Estrella de Fuego no se sorprendió por la pregunta, aunque se tomó su tiempo antes de contestar. ¿Era correcto decirles a esos gatos que los espíritus de sus ancestros guerreros les observaban? Ni siquiera sabía si el Clan Estelar caminaba por esos cielos y él solo había visto a un ancestro del Clan del Cielo.

– Podéis ver al Clan Estelar sobre vuestras cabezas- les explicó, levantando la cola para indicar el resplandor del Manto Plateado- Los gatos que mueren se van a cazar con ellos… No sé muy bien que ocurre con los gatos que no pertenecen a un clan.

Un murmullo de incertidumbre se levantó entre los gatos de

abajo. Entendía que aquello era difícil de entender; todo los demás poseía un sentido práctico, lo aprobaran o no, pero ahora les pedía tener fe en sus palabras.

Trébol se levantó.

– Vale, yo voy a unirme al nuevo clan- maulló- Estrella de Fuego, Tormenta de Arena y Rascón salvaron a mis crías de un zorro. Estarán a salvo si forman parte de un clan.

Estrella de Fuego dio un respingo; cruzándose con los ojos de Tormenta de Arena se encontró con el mismo recelo en ellos. Trébol seguía pensando en el Clan del Cielo como algo de lo que depender, sin considerar en cómo podía ella contribuir a la vida del clan.

Cielo saltó sobre la roca para situarse al lado de Estrella de Fuego. Sus ojos claros resplandecieron al mirar a los gatos de abajo. Una ola de sorpresa les recorrió cuando empezó a hablar con una voz ronca y baja.

– He mantenido viva toda mi vida la memoria del Clan del Cielo- dijo con tono áspero- Sé que mis ancestros esperaban ver el clan reconstruido, pero a veces me desesperaba al pensar que nunca podría verlo.

Estrella de Fuego no estaba seguro de que los gatos comprendieran del todo el significado de los ancestros guerreros, pero ninguno se opuso a Cielo. En su lugar, Estrella de Fuego vio respeto en sus ojos.

Aquel no era el veterano malhumorada al que habían considerado loco; era un gato cuya sabiduría merecía la pena escuchar.

– Ahora, contáis con un líder que ha viajado desde lejos para reconstruir al Clan del Cielo- continuó el viejo gato- Escuchadle bien antes de tomar una decisión. Os mostrará una forma de vida que

dará honor a cada uno.

Sí, soy un líder, pensó Estrella de Fuego con una súbita puñalada de pánico. Pero no su líder. Era un extraño en la quebrada y los gatos no le escucharían con el mismo respeto que empezaban a mostrar a Cielo. Murmuraban entre ellos otra vez y, hasta ese momento, ninguno de los recién llegados se había comprometido a unirse al Clan del Cielo.

Estrella de Fuego comprendió que la reunión estaba a punto de culminar en fracaso.

– ¡Nosotros nos uniremos al clan!- Cereza saltó, entusiasmada- Vamos, ¡va a ser genial!

– Contad también conmigo- Rascón se giró hacia Estrella de Fuego para hablarle directamente- Es cierto que si los gatos se unen serán más fuertes juntos.

Estrella de Fuego se sintió inmediatamente más seguro. Había esperado que tomara esa decisión; era un gato poderoso y aunque aún necesitase aprender a vivir según el código guerrero había poco que enseñarle en cuanto a cazar o luchar. Pero, ¿se había decidido porque quería convertirse en un líder de nueve vidas?

– Gracias- maulló Estrella de Fuego, deshaciéndose de sus preocupaciones- El Clan del Cielo te da la bienvenida.

– Bueno, pues yo no me uno- dijo Liquen con educación pero sin dudas en su voz- Lo siento, pero no me siento cómoda entre otros gatos. Me gusta demasiado mi privacidad.

– Es tu decisión- Estrella de Fuego estaba decepcionado; le había gustado lo que vio en la gata moteada- Y, si cambias de opinión, sabes donde encontrarnos.

– Gracias, pero no lo haré. Aunque os deseo buena suerte- con una inclinación de cabeza dio media vuelta y se alejó por la orilla

del río.

Pelaje Lluvioso la vio marcharse y, a continuación, se levantó.

– No he oído nada que me convenza para unirme- gruñó- Todo lo que entiendo es que habrá otros gatos que me dirán que hacer todo el tiempo.

– No funciona así…- protestó Estrella de Fuego. Pero una parte de él comprendía porque el macho gris se sentía así. Estrella de Fuego no tenía derecho a decirles como vivir sus vidas; ¿por qué iban a escucharle cuando hasta entonces se las habían apañado muy bien sin él?

– Prefiero cazar solo- continuó diciendo Pelaje Lluvioso- No necesito al Clan del Cielo.

– Lo siento- maulló Estrella de Fuego- El Clan del Cielo podría haberse beneficiado contigo.

El pelaje de Pelaje Lluvioso se erizó.

– No me gusta que se beneficien de mi, gracias- espetó. Dando media vuelta, trotó río abajo tras Liquen.

Estrella de Fuego se le quedó mirando, furioso por haber hablado con tanta torpeza. Entonces se dio cuenta de que Hoja le observaba con ojos compasivos.

– No te preocupes por Pelaje Lluvioso- Siempre ha sido un pelín arisco. Quizá podamos persuadirle más tarde, cuando vea como funciona el clan.

Las orejas de Estrella de Fuego se retorcieron.

– ¿Podamos?

– Si, me uno- le aseguró Hoja- Si el clan funciona realmente como has dicho, los gatos tendrán un propósito. Seremos más que meros proscritos que viven lo justo para sobrevivir.

Estrella de Fuego quedó impresionado. Esas palabras bien

podían proceder de un verdadero gato de clan. Notó como le nacía en el pecho un ronroneo.

– Gracias- maulló. Mirando a los otros gatos que aún no se habían decidido, Parche, Hutch y Oscar, agregó- Todo cuanto puedo deciros es que el Clan del Cielo vivió aquí una vez y puede volver a hacerlo, siguiendo el código guerrero en beneficio de todos los gatos. ¿Queréis formar parte de eso?

Parche pasó la lengua por el pelaje del pecho.

– Vale, le daré una oportunidad.

Cereza empujó a Hutch con el omóplato.

– Vamos, Hutch. ¿Qué te parece?

Hutch miró a Estrella de Fuego con vergüenza en sus ojos ambarinos.

– Me encantaría, de verdad, pero me temo que no sería muy bueno en eso de cazar y luchar. Siempre he sido un minino doméstico.

– Nosotros también- remarcó Boris- Estrella de Fuego puede enseñarte todo eso.

– Si te unes, serás bienvenido- le dijo Estrella de Fuego.

El macho atigrado asintió.

– Pues vale. Echaría mucho de menos a Cereza y Boris si se fueran sin mí.

Estrella de Fuego movió las orejas hacia el único gato que se había mantenido en silencio hasta entonces.

– ¿Y tú, Oscar?

El minino doméstico negro se levantó lentamente de la cornisa en la que había estado agazapado.

– ¿No creerás de verdad que he venido aquí para unirme a vosotros? ¿Por qué iba a abandonar a dos buenos amos que me dan

todo lo que quiero? No he perdido lunas entrenándoles para nada.

– Y, entonces, ¿por qué estás aquí?- quiso saber Boris.

Oscar abrió las fauces con un bostezo insolente.

– Solo quería saber qué ideas estúpidas se os habían metido en la cabeza. Y si que son estúpidas. Sois todos unos cerebros de ratón- con una sacudida de cola se encaminó por la senda de regreso a la cima del risco.

– ¡Tú si que eres un cerebro de ratón!- le gritó Cereza.

Cielo se acercó al borde del Montón de Rocas y miró a los gatos que quedaban.

– ¡El Clan del Cielo vuelve a vivir!- anunció. Levantando la mirada hacia la neblinosa media luna, gritó- ¡Clan del Cielo! ¡Clan del Cielo!

– ¡Clan del Cielo! ¡Clan del Cielo!- repitieron los gatos de la quebrada.

Estrella de Fuego se estremeció de las orejas a la cola. Lo que una vez le pareció imposible se hacía ahora realidad. Los gatos alrededor del Montón de Rocas, gritándole a las estrellas, eran el comienzo de un nuevo clan que reemplazaría el perdido hacía tanto tiempo.

A continuación unas garras gélidas le atenazaron el corazón. Aquella sensación de ira y odio que había notado en la floresta río abajo volvió a él. Levantó la cabeza para mirar los arbustos de la cima del risco y estuvo seguro de ver el destello de unos ojos entre las ramas.

# Capítulo 25

El día siguiente amaneció claro y fresco. Estrella de Fuego salió a la cornisa a las afueras de la cueva de los guerreros y vio a Parche y a Hoja subiendo al saliente de roca en dirección río arriba.

Tras la reunión, todos los nuevos gatos de clan habían regresado a sus antiguos hogares; una de sus primeras tareas consistiría en recolectar lecho nuevo y adecuar las guaridas para que las cuevas de la quebrada crearan un campamento de clan real.

Tormenta de Arena se reunió con él, bostezando y rascándose vigorosamente la oreja con una pata trasera.

– Vamos a tener que trasladar a Trébol a la maternidad- maulló, moviendo las orejas hacia el lugar donde dormían la madre y sus crías, apoyados contra el muro interior de la cueva.- Si no, no habrá espacio suficiente cuando lleguen los guerreros.

– Y también necesitamos una guarida para los aprendices- remarcó Estrella de Fuego- Y los veteranos, el líder, el curandero…

– Bueno, vamos a tener un veterano cuando Cielo se venga a vivir con nosotros- Tormenta de Arena parpadeó pensativamente- Pero aún no tenemos líder, a parte de ti.

– ¡No! Yo soy el líder del Clan del Trueno. El Clan Estelar nos señalará el gato destinado a ser el líder el Clan del Cielo.

– Y el curandero- agregó Tormenta de Arena- No puede haber clan sin curandero.

Estrella de Fuego murmuró, mostrándose de acuerdo. Sospechaba que sería más difícil encontrar un curandero que un líder, y ni siquiera había rozado el problema aún. Hasta esa última noche no había estado nada seguro de que fuera a haber un clan.

Tuvo que relegar al fondo de su mente sus preocupaciones cuando Hoja y aparecieron a la vista un poco más debajo de la senda rocosa, saludándoles. Parche parecía nervioso, pero las orejas de Hoja se encontraban enhiestas de anticipación. Un latido de corazón o dos más tarde, Estrella de Fuego escuchó pisadas provenientes de arriba, y Cereza, Boris y Hutch aparecieron por la cima del risco.

– Estamos listos para nuestra lección de caza- maulló Boris con ojos resplandecientes.

– Muy bien- Tormenta de Arena retorció la cola con aprobación- Vamos a ser capaces de enviar dos patrullas completas.

– ¿Podemos liderarlas nosotros?- Cereza dio un salto adelante para situarse frente a Estrella de Fuego- ¡Por favor! Conocemos todos los sitios buenos para cazar.

– No, aún no sois guerreros- Estrella de Fuego no quería disminuir el entusiasmo de la joven gata, pero tenían que acostumbrarse a cómo se hacían las cosas en un clan- No te preocupes- agregó al ver las orejas aplastadas de Cereza por la decepción- Antes de que te des cuenta estaréis al carga de las patrullas.

– Boris, Hoja, vosotros venís conmigo- maulló Tormenta de Arena- Recogeremos a Rascón por el camino y veremos que encontramos en los arbustos río abajo. Estrella de Fuego, ¿te parece bien?

– Perfecto. El resto cazaremos en la cima del risco.

Cuando Tormenta de Arena se llevó a su patrulla, Estrella de Fuego condujo a Cereza, Hutch y Parche por la senda y por entre los arbustos al borde del risco. El cielo se aclararía cuando se alzara el sol, pero de momento no había signos de movimiento en el Poblado

Dos Patas.

– Vayamos por ahí- sugirió Estrella de Fuego, sacudiendo la cola hacia un inmenso granero Dos Patas- No he intentado cazar ahí todavía.

No pasó mucho tiempo antes de que empezara a pensar que había cometido un gran error. Los árboles y arbustos cercanos a la valla de la gran guarida estaban curiosamente faltos de presas. El olor a carroña y ratas de la valla hacía casi imposible oler nada más en el aire.

– La patrulla de Tormenta de Arena cazará mucho más- murmuró Cereza- Y Boris nunca dejará de hablar de ello.

Casi a punto de darse por vencido e ir a alguna otra parte, Estrella de Fuego dejó de intentar localizar presas para enseñarles por primera vez a Hutch y Parche la posición del cazador y como acechar. Hutch se concentró mucho, pero le resultaba difícil colocar correctamente los cuartos traseros, mientras que Parche lo hizo bien casi a la primera. Por supuesto, los proscritos habían estado cazando solos desde que eran crías; solo necesitaba aprender las técnicas de caza en grupo antes de ser tan buenos como cualquier guerrero del bosque.

– Vale- maulló Estrella de Fuego- Quiero que os imaginéis que hay una presa bajo esa aulaga de allí- agitó la cola para indicarles el arbusto en cuestión- Veamos como la acecháis.

Los tres gatos se pusieron en marcha. Observándolos con ojo crítico, Estrella de Fuego admiró la gracilidad y control de arrastre de Cereza; había aprendido mucho desde que le acechó a él por primera vez en la floresta río abajo.

Parche se pegaba al suelo con el pelaje del estómago rozándole la tierra e incluso Hutch parecía haber dominado sus patas.

– Seguid; lo estáis haciendo fantásticamente- les animó Estrella de Fuego.

De pronto, Parche se incorporó con un siseo de sorpresa.

Una pata salió disparada y Estrella de Fuego vio una pequeña figura parda arrojada al aire. Parche la agarró cuando volvía a caer al suelo. Se giró hacia Estrella de Fuego con un ratón colgándole, inerte, en las fauces.

– ¡Muy bien!- maulló Estrella de Fuego- Para ti la primera caza.

– Creo que estaba medio dormido- admitió Parche, dejando el ratón en el suelo- No tuvo oportunidad.

– La carne fresca es carne fresa, la caces como la caces- Estrela de Fuego empezó a cubrirla de tierra con las patas traseras- La enterramos ahora y la llevaremos con nosotros cuando estemos listos.

Que no será muy tarde, se prometió a sí mismo. No le gustaba aquella parte del territorio; demasiado silenciosa, demasiado escasa de presas y algo respecto al enorme granero Dos Patas le ponía intranquilo.

– A ver esas posiciones otra vez- maulló.

Hurch se había adelantado un poco a Cereza; la minina doméstica atigrada casi había llegado a la aulaga cuando de debajo de las ramas salió disparada un ardilla que corrió hacia la seguridad de una mata de hayas. Sorprendido, Hutch esperó un latido de corazón de más antes de darle persecución.

– ¡Es mía!- gritó Cereza, pasando como una exhalación al lado de Hutch con la cola ondeándole detrás.

Hutch se detuvo, perplejo.

La ardilla alcanzó el árbol con Cereza en sus talones y ascendió por el árbol hasta llegar a una de las ramas más bajas.

– ¡Te tengo!- Cereza se arrojó al aire.

Pero había juzgado mal el salto. Se quedó un ratón de distancia corta, sus patas golpearon un matojo de hojas y allí se quedó colgada, arañando frenéticamente, pateando y lanzando hojas por todas partes, hasta que consiguió auparse hasta la rama. Mientras tanto, la ardilla había desaparecido entre las hojas, más arriba del árbol.

– ¡Cagarrutas de ratón!- bufó Cereza.

Estrella de Fuego se aproximó al pie del árbol y la miró. En su interior pensó que a la joven gata carey no le vendría mal ese fallo, pues necesitaba aprender a no pavonearse, pero no iba a decir nada que le molestara. Ya parecía lo suficientemente furiosa.

– ¿Estás bien?- le preguntó.

– ¡No! Estúpida ardilla. Tendría que haberla cogido.

– Es culpa mía- Hutch se acercó a Estrella de Fuego.- Debí ser más rápido.

– No te preocupes- Estrella de Fuego le tocó el omóplato con la punta de la cola- Es solo tu primera lección. Y lo estás haciendo bien.

Hutch no pareció convencido.

– Siento como si os estuviera defraudando. Ningún gato querrá cazar para mí si no soy capaz de cazar por mí mismo.

Estrella de Fuego dejó la cola en el omóplato del macho atigrado un poco más.

– Así no es como funciona un clan- le explicó- Tendrás tu parte de carne fresca como cualquier otro guerrero. Y cazarás por ti mismo y para los demás en poco tiempo- tras observar el gesto decepcionado de Hutch y el gesto furioso de Cereza, dio media vuelta y señaló a Parche con la cola- Coge ese ratón- le dijo- Vamos

a ver si hay más presas cerca de la cima del risco.

Como esperaba, en los arbustos al borde del risco había más caza. No mucho después, la patrulla pudo volver con un buen montón de presas. Hutch estaba henchido de orgullo por haber derribado su primer gorrión con un salto que mostraba que el minino doméstico tenía sangre del Clan del Cielo.

Con las fauces llenas de carne fresca, Estrella de Fuego los condujo hasta la quebrada. El sol estaba alto y una cálida luz melosa se arremolinaba sobre las rocas y lanzaba destellos sobre la suave curva del agua ahí donde emergía de la oscuridad. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena había mantenido un pequeño montón de carne fresca cerca de la entrada de la cueva de los guerreros, pero ahora no servía. Tendrían que buscar un lugar más cobijado, cerca del agua, a donde los gatos pudieran llegar y comer.

Atravesó la senda y vio que Tormenta de Arena y su patrulla ya habían regresado. Se detuvo, olfateando. Cerca del Montón de Rocas, Tormenta de Arena y Rascón se enfrentaban el uno al otro con el pelaje del pescuezo erizado, como si discutieran.

Hoja y Boris estaba nerviosos mientras que Trébol, al borde del agua, se acercó sus crías.

Estrella de Fuego trotó las últimas colas de distancia de la senda. Tormenta de Arena había dejado la carne fresca de la patrulla bajo un saliente en la base del Montón de Rocas; añadió su caza antes de volverse hacia los dos gatos.

– Y yo te digo que no se hace así- gruñó Tormenta de arena con los ojos verdes furiosos- En un clan siempre comen antes los veteranos y las reinas.

Rascón azotó el aire con la cola.

– ¡Eso se de cerebros de ratón! ¡Son los guerreros los que cazan

las presas!

– No hace falta discutir- le interrumpió Trébol con voz suave- No me importa. Puedes comer antes. Hay de sobra para todos.

– Esa no es la cuestión- intervino Estrella de Fuego.

La cabeza de Tormenta de Arena se giró de golpe; obviamente había estado tan centrada en Rascón que no le había oído llegar. Cuando le vio, el pelaje de sus hombros empezó a aplanarse.

– ¡Gracias al Clan Estelar que estás aquí! Dile a esta estúpida bola de pelo…

Estrella de Fuego levantó la cola para silenciarla. Lanzarse insultos no iba a ayudar. A Rascón le dijo:

– Tormenta de Arena tiene razón. Solo porque los guerreros sean los suficientemente fuertes para cazar no es motivo para que sean los primeros en comer.

– No me refiero a eso- protestó Rascón con los ojos verdes ensanchados de indignación- El clan depende de los guerreros. Deberían comer primero para mantenerse siempre fuertes y lidiar con los problemas inesperados- con una mirada hostil hacia Tormenta de Arena, agregó- Pero algunos gatos no razonan.

Para alivio de Estrella de Fuego, Tormenta de Arena no respondió. Rozándole el pelaje para tranquilizarla, se acercó para enfrentarse al proscrito.

– Si, es importante que un clan tenga guerreros fuertes. Pero el código guerrero no se basa solo en lo que es práctico. El honor importa en igual medida. Los veteranos y las reinas deben tener respeto porque sin ellos el clan no sobreviviría.

– El Clan del Cielo no lo hizo- murmuró sombríamente Rascón.

– Cierto, pero esa no es razón suficiente para rechazar el código guerrero. Pasara lo que les pasara a los gatos del Clan del Cielo

original- Estrella de Fuego deseó saber lo que le había pasado al Clan del Cielo, pero no había tiempo ahora para hablar de ello- no fue culpa de los veteranos o las reinas. Tenemos que seguir honrándoles.

Rascón titubeó. A continuación movió la cabeza y miró a Trébol.

– De acuerdo. Come.

Avergonzada, Trébol pasó corriendo a su lado hacia el montón de carne fresca, se hizo con un mirlo, y se lo llevó al lugar donde se agazapaba con sus crías, al lado del agua.

Tormenta de Arena dejó escapar un suspiro y se alejó para comentarle algo a Hoja en voz baja, quien apoyó comprensivamente la punta de la cola en el omóplato de la gata rojiza. Estrella de Fuego invitó a los otros gatos a comer del montón aunque él no es que tuviera mucha hambre. No podía evitar preguntarse cuantas discusiones más habría antes de que Rascón y los demás comprendieran de verdad el código guerrero.

Llegó y pasó el mediodía mientras los gatos, llenos, dormitaban al sol o se retiraban a las frescas sombras de las cuevas. Todos los gatos del nuevo clan se encontraba allí; Estrella de Fuego vio incluso a Cielo acercándose en silencio a la quebrada y ovillándose a la sombra de un espino.

Estrella de Fuego estaba tumbado al lado de Tormenta de Arena, pasándole la lengua en caricias largas y rítmicas. Los ojos de Tormenta de Arena eran dos rendijas verdes y un ronroneo resonó en su pecho.

– Siento haber perdido la compostura con Rascón- murmuró- Tu lo solucionaste mucho mejor.

Estrella de Fuego le dio otro lametón antes de responder.

– Rascón va a ser un buen guerrero. Pero debe entender que el

código guerrero es algo más que fuerza. Aprenderá, dale tiempo.

Tormenta de Arena suspiró.

– Igual que Trébol tiene que aprender que el clan es algo más que protección- le dio un cabezazo cariñoso en el omóplato.- Tenemos que enseñarles.

– Cierto. Y creo que sé cómo empezar.

A continuación, saltó hasta la cima del Montón de Rocas y gritó las ya familiares palabras.

– ¡Que todos los gatos lo suficientemente mayores para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo el Montón de Rocas, para una reunión de clan!

Cielo dio un respingo y se levantó envarado, mirando a su alrededor como si no supiera de dónde procedía la llamada. Hoja y Parche, que dormitaban juntos al borde del agua, alzaron las cabezas y luego se incorporaron para escuchar. Rascón sacó la cabeza de su cueva. Cereza y Boris llegaron corriendo de la senda de la cima del risco mientras que las crías de Trébol brincaron fuera de la guarida de los guerreros y trotaron hasta la quebrada, seguidos más despacio por su madre. En unos latidos de corazón el clan al completo se había reunido y se sentaba alrededor del Montón de Rocas, observando a Estrella de Fuego.

– Gatos del Clan del Cielo- comenzó Estrella de Fuego. El orgullo ondeó en su pelaje al llamar a esos gatos por primera vez por el nombre de su clan- Anoche os entregasteis al clan y al código guerrero. Hoy, el clan os honrará dándoos nombres de clan. Rascón, Hoja, Hutch, Trébol y Parche, por favor, acercaos a la base del Montón de Rocas.

Intercambiando miradas perplejas, los cinco gatos se levantaron y se aproximaron al pie de las rocas. Las crías de Trébol intentaron

seguirla y, suavemente, Tormenta de Arena las detuvo con un arqueó de cola.

Estrella de Fuego bajó de las rocas para pararse frente al grupo de gatos. Nunca antes había habido una ceremonia del guerrero como esa y tenía que hacerla bien para que concordara con sus ancestros guerreros… si es que alguno observaba.

– Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno y mentor del Clan del Cielo, pido a sus ancestros guerreros que cuiden de estos gatos- empezó- Quieren realmente aprender los caminos de vuestro noble código guerrero y os los entrego como guerrero a cambio- acercándose a Rascón, continuó- Rascón, ¿prometes guardar el código guerrero y proteger y defender este clan aún a costa de tu vida?

Rascón dudó; Tormenta de Arena se deslizó a sus espaldas y le murmuró.

– Di, "si, lo prometo"

– Lo prometo- maulló Rascón con los ojos clavados tranquilamente en Estrella de Fuego.

– Entonces, por los poderes del Clan Estelar te concedo tu nombre de guerrero. Rascón, de ahora en adelante serás conocido como Garra Afilada. El Clan Estelar confía en que des todo tu valor y fuerza al nuevo clan.

Garra Afilada parpadeó y, a continuación, inclinó la cabeza. Estrella de Fuego se inclinó para apoyar el hocico entre las orejas del nuevo guerrero.

– Lámele el omóplato- dirigió Tormenta de Arena.

Garra Afilada obedeció y dio un paso atrás.

– Ahora le damos la bienvenida al clan diciendo su nombre.- maulló Tormenta de Arena- ¡Garra Afilada, Garra Afilada!

El resto del clan le hizo eco y Cereza gritó “Garra Afilada” con toda su voz y sin dejar de brincar de entusiasmo.

Estrella de Fuego le dio a Parche el nombre de Pie Parcheado y Trébol se convirtió en Cola de Trébol. Cuando se giró hacia Hutch vio dudas y miedo en los ojos del minino doméstico y temió que cuando le pidiera que aceptara la promesa se echara atrás.

– Hutch, ¿prometes guardar el código guerrero y proteger y defender este clan aún a costa de tu vida?

Hutch tragó saliva; su voz tembló cuando respondió.

– Si, lo prometo.

– Entonces, por los poderes del Clan Estelar te entrego tu nombre de guerrero. Hutch, de ahora en adelante serás conocido como Bigotes Cortos. El Clan Estelar confía en que le des toda tu fuerza y sabiduría al clan para reconstruirlo.

Al hablar vio que las dudas desaparecían de los ojos de Bigotes Cortos para ser reemplazadas por la determinación. Estrella de Fuego supo que sería un buen guerrero en cuanto aprendiera a confiar en sí mismo.

Por fin, se giró hacia Hoja. Había aguardado en silencio tras reconocer a cada uno de sus nuevos compañeros llamándoles por sus nuevos nombres, y le impactó ver la intensidad de su mirada cuando se dirigió a ella. No hubo titubeo al maullar, “lo prometo”.

– Entonces, por los poderes del Clan Estelar te concedo tu nombre de guerrero. Hoja, de ahora en adelante serás conocida como Motea Hojas. El Clan Estelar confía en que entregues toda tu inteligencia y lealtad a la construcción de este nuevo clan.

Los ojos ambarinos de Motea Hojas resplandecieron cuando Estrella de Fuego apoyó el hocico en su cabeza.

Cuando el clan terminó de vitorear a Motea Hojas, Estrella de

Fuego levantó la cola para acercar a Cereza y Boris.

Cereza corrió inmediatamente hacia delante con los ojos chispeándole de emoción, pero Boris titubeaba, como si se diera cuenta mejor que su hermana del gran paso que estaba a punto de dar.

– Es hora de añadir a dos nuevos aprendices al clan- maulló Estrella de Fuego- Desde hoy en adelante- comenzó, tocando el omóplato de Cereza con la punta de la cola- esta aprendiza será conocida como Zarpa de Cereza. Garra Afilada, tienes mucho que enseñar a un aprendiz así que serás su mentor.

La cabeza de Zarpa de Cereza se giró y miró a Garra Afilada.

– ¿Eso significa que tengo que hacer lo que diga?

– Así es- contestó con firmeza Tormenta de Arena- Ahora, tócale el hocico.

Garra Afilada se acercó; Cereza estiró el cuello, le dio un ligero toquecito en la nariz y se retiró otra vez.

– ¿Y si no hace lo que le digo?- preguntó Garra Afilada, sin quitarle los ojos de encima a la aprendiza- ¿Qué hago?

Los ojos de Tormenta de Arena chispearon.

– Lo que quieras.

– Dentro de lo razonable- agregó rápidamente Estrella de Fuego, retorciendo las orejas en dirección a su pareja.- Para empezar será mejor que me preguntes a mi o a Tormenta de Arena si necesitas castigarla. Te diremos lo que ocurre normalmente en nuestro clan.

Volviéndose hacia Boris, quien había escuchado todo con aprehensión, tocó al joven atigrado en el omóplato.

– De hoy en adelante serás conocido como Zarpa de Gorrión. Motea Hojas, serás su mentora y compartirás tu experiencia con él.

El recién nombrado Zarpa de Gorrión se acercó para tocar

hocicos con Motea Hojas, pero durante un latido de corazón la gata se mantuvo alejada con los ojos consternados.

– Lo siento, Estrella de Fuego, pero no creo que pueda hacerlo- maulló- Soy nueva en esto de vivir en un clan. ¿Cómo voy a entrenar apropiadamente a un aprendiz?

– No te preocupes- le respondió- Tormenta de Arena y yo te ayudaremos. Durante un tiempo todos los gatos aprenderán juntos.

El alivio se reflejó en los ojos de Motea Hojas y dio un paso adelante para tocar hocicos con Zarpa de Gorrión.

– Lo haré lo mejor que pueda- le prometió.

El resto del clan dio la bienvenida a los dos aprendices diciendo sus nombres, mientras Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión escuchaban con ojos resplandecientes.

– ¿Y nosotros?- Brinco se levantó al lado de su madre, Cola de Trébol- ¿Por qué no podemos ser aprendices?

– También queremos nombres de clan- agregó Diminuta, su hermana.

– No podéis ser aprendices hasta las seis lunas de edad- explicó Estrella de Fuego.

– ¡Pero falta mucho para eso!- se quejó Roca, azotando el aire con su achaparrada cola negra.

Estrella de Fuego cruzó una mirada con Tormenta de Arena y bien el brillo divertido de sus ojos verdes.

– Muy bien- maulló, llamándoles con la cola- Acercaos. Aún no podéis ser aprendices pero podéis tener nombres de clan.

Las tres crías corrieron hacia él tropezándose con sus propias patas por el entusiasmo. Cuando se detuvieron frente a él, temblorosos y nerviosos, Estrella de Fuego les tocó a cada uno en la cabeza con la punta de la cola.

– De ahora en adelante estas crías serán conocidas como Pequeña Roca, Pequeño Brinco y Pequeña Diminuta.

– ¡Pequeña Roca, Pequeño Brinco, Pequeña Diminuta!- gritó Motea Hojas y el resto del clan le hizo eco con cálidos ronroneas afectivos.

Las tras crías regresaron hasta su madre con las colas en alto.

– ¿Y qué pasa con nuestro líder de clan?- preguntó Garra Afilada- No vas a quedarte aquí para siempre, ¿verdad?

Estrella de Fuego se preguntó se Garra Afilada albergaría esperanzas de ser el nuevo líder del Clan del Cielo. Era fuerte, conocía bien la zona y no tenía miedo de hacerse obedecer. Pero Estrella de Fuego no se sentía lo suficientemente seguro como para decidir qué gato debía liderar el nuevo clan. Aquel era un trabajo para sus los ancestros guerreros, ¿no?

– No funciona así- le dijo a Garra Afilada- Mi trabajo no es escoger a un líder; será el Clan Estelar quien lo haga.

Garra Afilada estrechó los ojos y su tono fue de incredulidad cuando preguntó:

– ¿Cómo?

– Enviarán una señal- explicó Estrella de Fuego.

Garra Afilada soltó un bufido pero no dijo nada más.

– Y, ahora, tengo un nombre más que dar- anunció Estrella de Fuego aliviado por que la cuestión del liderazgo había quedado de lado de momento. Se giró hacia Cielo, sentado a la penumbra del risco.

– Cielo, acércate por favor.

El viejo gato se levantó y se aproximó a él. Cuando se detuvo frente a él, Estrella de Fuego agachó la cabeza en símbolo de respeto por todo lo que había hecho para preservar la memoria del

Clan del Cielo.

– Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno y mentor del Clan del Cielo, invoco a mis ancestros guerreros para que cuiden de este gato- maulló- Ha servido al código guerrero toda su vida y es gracias a él que este clan existe hoy. Por eso, no le pido nada, porque ya es un guerrero de verdad. Cielo, de ahora en adelante te llamaras Guardián Celestial en recuerdo a tu fe y dedicación al Clan del Cielo.

Un brillo de placer destelló en los claros ojos del viejo gato.

– ¡Guardián Celestial, Guardián Celestial!

Guardián Celestial miró profundamente a los ojos de Estrella de Fuego.

– Gracias. Nunca pensé que esto fuera a ocurrir. Espero… Espero que mis ancestros puedan verme ahora.

– Estoy seguro de que lo hacen- le dijo Estrella de Fuego.

Acercándose más, Guardián Celestial le murmuró al oído.

– Ven esta noche a mi guarida. Hay algo que tengo que contarte.

La luz lunar volvía plateadas las rocas cuando Estrella de Fuego ascendió por la quebrada. No era capaz de quitarse de encima aquella sensación de intranquilidad, aunque esta vez no tenía nada que ver con notar hostilidad o ver el brillo de unos ojos gélidos en la floresta. ¿Qué tendría que decirle el viejo gato que no pudiera decirle en la reunión del Montón de Rocas? ¿Y por qué había insistido en volver a su guarida entre las raíces de un árbol en vez de trasladarse al clan, donde se le trataría con todo el respeto debido a un veterano?

Encontró el camino retorcido tras la piedra y empezó a seguirlo quebrada arriba. Una brisa fresca le revolvía el pelaje, un recuerdo de que los cálidos días de la hoja verde llegarían pronto a su fin. Al

acercarse por el camino escarpado atisbó un borrón de pelaje gris bajo un espino, y encontró a Guardián Celestial agazapado a la entrada de su guarida con las patas bajo el cuerpo.

– Me has pedido que viniera.

Durante unos cuantos latidos de corazón, Guardián Celestial le observó con esos ojos como profundos estanques de agua.

– Quería darte las gracias- maulló con solemnidad- Has reconstruido el clan perdido.

– No hay porque darlas- contestó Estrella de Fuego- Solo hice lo que debía.

Guardián Celestial asintió, parpadeando pensativamente.

– ¿Crees que has sido un buen líder para el Clan del Trueno?

La pregunta sorprendió a Estrella de Fuego y, al principio, no supo qué responder.

– No lo sé- maulló por fin- No ha sido fácil aunque siempre he intentado hacer lo correcto para mi clan.

– Ningún clan dudaría de tu lealtad- coincidió Guardián Celestial- Pero, ¿hasta dónde llegaría?

Desconcertado, Estrella de Fuego permaneció en silencio. ¿Por qué le preguntaba Guardián Celestial sobre el Clan del Trueno?

– Se acercan tiempos difíciles- continuó Guardián Celestial- y, más que nunca, tu lealtad será puesta a prueba. A veces el destino de un gato no es el destino del clan completo.

Estrella de Fuego ladeó la cabeza. Nada de lo que decía tenía sentido. ¿Estaba el Clan del Trueno en problemas? Los había dejado en tiempos de paz pero ya habían pasado varias lunas. ¿Qué le ocurriría a un clan sin líder con rivales como el Clan de la Sombra a su alrededor?

Guardián Celestial se levantó; sus ojos resplandecieron al

reflejar la luz de la luna. Durante un latido de corazón Estrella de Fuego estuvo seguro de ver el brillo de las estrellas entrelazado en su pelaje. La voz del viejo gato fue suave, pero cargada de poder, más fuerte de lo que nunca antes había sido.

– Tu clan está a salvo por ahora. Pero habrá tres, sangre de tu sangre, que contendrán el poder de las estrellas en sus patas.

Estrella de Fuego se quedó mirando al viejo guerrero.

– No lo entiendo, ¿por qué me cuentas esto?

No obtuvo más respuesta que un movimiento de orejas.

– ¡Tienes que decirme más!- protestó Estrella de Fuego- ¿Cómo voy a saber qué hacer si no me lo explicas?

El viejo gato tomó aire profundamente, pero cuando habló solo dijo:

– Adiós, Estrella de Fuego. En las estaciones venideras, recuérdame.

Agitó la cola, indicación clara de que Estrella de Fuego debía irse.

El líder del Clan del Trueno se le quedó mirando, impotente, un momento antes de dar media vuelta y bajar el sendero, alejándose de la guarida. Todo su cuerpo estaba helado. Las palabras de Guardián Celestial tenían el indistinguible timbre de una profecía del Clan Estelar, pero Estrella de Fuego no sabía a qué podía referirse.

Habrá tres, sangre de tu sangre, que contendrán el poder de las estrellas en sus patas.

Estrella de Fuego no tenía más familia en el Clan del Trueno salvo Nimbo Blanco así que, ¿quiénes serían esos tres?

Al acercarse al Montón de Rocas, escuchando el incesante murmullo del río, se detuvo y alzó los ojos al Manto Plateado. En el bosque, la luz de sus ancestros guerreros le había reconfortado pero

no estaba seguro de que caminaran por esos cielos extraños.

– ¿Me oís?- susurró- Estrella Azul, Jaspeada, Fauces Amarillas, si me oís, por favor, ayudadme a mantener a salvo al Clan del Trueno ante lo que venga.

# Capítulo 26

Estrella de Fuego durmió del tirón y se despertó al amanecer para ver que el cielo estaba cubierto por nubes. Soplaba una brisa fresca y unas cuantas hojas caían danzando desde los arbustos de la cima del risco. No faltaba mucho para la hoja caída. Tras acicalarse rápidamente, intentó olvidar los miedos de la noche anterior. El significado de la profecía de Guardián Celestial se ocultaba en las lunas venideras. Ahora no podía hacer nada al respecto.

Cola de Trébol y sus crías se habían acomodado por fin en la maternidad, lo que dejaba hueco a los nuevos guerreros del Clan del Cielo para que compartieran la gran cueva con Estrella de Fuego y Tormenta de Arena. Inquiero por hacer algo, Estrella de Fuego atravesó la cueva y empujó a Garra Afilada con una pata.

– ¿Qué…?- el guerrero levantó la mirada, parpadeando.

– Es hora de que salga la patrulla del alba- anunció.

Garra Afilada se quejó y, luego, salió del lecho y se sacudió las trozos de helecho y musgo del pelaje mientras Estrella de Fuego despertaba a Motea Hojas.

– No llevaremos a Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión y patrullaremos las fronteras- explicó.

Motea Hojas se mostró confundida.

– Pero si no tenemos frontera.

– Vamos a crear algunas.

Les condujo por la senda hasta la cueva escogida para ser la guarida de los aprendices, preguntándose cómo se las habrían apañado Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión en su primera noche lejos de los Dos Patas. Se recordó acomodándolos la noche anterior, ayudándoles a llevar musgo hasta la cueva junto al río y preparándolo en lechos cómodos.

Los ojos de Zarpa de Gorrión se habían ensanchado de nerviosismo mientras se ponía el sol y la noche se arrastraba por la quebrada.

– Me pregunto cómo se sentirán nuestros amos- había murmurado.

Zarpa de Cereza le dio un lametón apaciguador.

– Estarán bien, igual que nosotros. Ahora somos gatos de clan.

Pero Estrella de Fuego se había fijado en que la punta de su cola se retorcía, y supo que no lo tenía tan claro como pretendía.

Cuando los otros guerreros y él llegaron a las afueras de la cueva esa mañana, Zarpa de Cereza salió de golpe con el pelaje apuntándole en todas direcciones.

– ¿Nos vamos de caza?- quiso saber- ¡Me muero de hambre!

– Los veteranos y las reinas comen primero- le recordó Garra

Afilada con una mirada a Estrella de Fuego.

– Cierto, pero Tormenta de Arena liderará una patrulla de caza más parte para el resto del clan- maulló Estrella de Fuego- Nosotros somos la patrulla del alba y podemos cazar por el camino.

– ¿Se nos permite hacer eso?- le preguntó Zarpa de Cereza.

– Claro- contestó Estrella de Fuego- Solo son las patrullas de caza las que deben llevar sus presas de vuelta al clan.

– Vale- Zarpa de Gorrión sacó la cabeza de la guarida tras su hermana- ¡Vámonos!

Estrella de Fuego les llevó por la quebrada hasta más allá del camino que conducía a la guarida de Guardián Celestial, hasta las rocas donde habían rescatado a Cola de Trébol y sus crías del zorro. Se preguntó si los primeros guerreros del Clan del Cielo habrían colocado cerca sus fronteras; supuso que debieron marcar un territorio más grande del que necesitaba el nuevo Clan del Cielo, que contaba con menos bocas que alimentar y menos guerreros que vigilaran las fronteras.

– Colocaremos la primera marca olorosa aquí- explicó.- Así, cualquier gato que pase por aquí sabrá que este es nuestro territorio. Su seguís renovando las marcas en unas cuantas lunas conseguiréis un olor realmente fuerte.

Un escalofrío le recorrió desde las orejas a la cola. Cuando llegó por primera vez al bosque, las fronteras del Clan del Trueno ya llevaban colocadas desde hacía más de lo que cualquier gato podía recordar.

Las decisiones de ahora afectarían en el futuro al Clan del Cielo.

– ¿Los otros gatos respetaran las fronteras?- preguntó Motea Hojas.

Una buena pregunta, pensó Estrella de Fuego. Los gatos de otros

clanes se lo pensarían dos veces antes de cruzar las marcas de olor, pero ahí, en ese lugar tan remoto, no había otros gatos de clan.

– Podríais tener problemas con los proscritos…- comenzó.

– Y pronto les enseñaremos a mantenerse alejados de nuestro territorio- le interrumpió Garra Afilada, flexionando las uñas.

– O unirlos al clan- sugirió en voz baja Motea Hojas.- Hasta hace bien poco nosotros también éramos proscritos.

Cuando establecieron la primera marca, Estrella de Fuego encontró un sendero que llevaba a la cima del risco al otro lado del campamento. Los gatos se encaminaron río abajo por la cima de la quebrada.

– Este es otro buen lugar para poner una marca de olor- maulló Estrella de Fuego, señalando con la cola una piedra que sobresalía por encima de la fina capa de tierra a unas colas de distancia del borde del risco.- Siempre es buena idea marcar algo que puedes ver y no solo oler. Así es más fácil recordar donde has puesto las marcas.

– ¿Puedo hacerlo? ¿Por favor?- Zarpa de Cereza brincó hasta la roca.

– Vale. Ya viste como lo hice. Reúnete con nosotros cuando acabes.

Mientras Zarpa de Cereza establecía la marca, Estrella de Fuego llevó a los demás por el risco hasta llegar a la vista del bosque en el que había hablado con los proscritos. Zarpa de Cereza llegó trotando mientras se detenían a esperar que Zarpa de Gorrión estableciera otra marca justo donde se desmoronaba el borde del risco.

– Quisiera incluir parte del bosque en el territorio- maulló Estrella de Fuego- No hay mejor lugar para la caza. Pero no quiero

pisarle la cola a los proscritos que no quisieron unírsenos. No estamos buscando pelea.

Motea Hojas asintió.

– Si mantenemos buenos términos podrían cambiar de idea.

Estrella de Fuego dejó que Garra Afilada tomara la delantera al llegar a los árboles. Ninguno de los dos aprendices había estado antes en el bosque; sus ojos se ensancharon, y Zarpa de Cereza emitió un chillido emocionado antes de taparse la boca con la cola y mirar culpablemente a Garra Afilada.

– Claro que sí, espanta a todas las presas- refunfuñó Garra Afilada.

Estrella de Fuego miró al guerrero rojizo con la esperanza de que no fuera muy duro una aprendiza que había experimentado mucho menos que cualquier gato de clan de su edad. Pero Zarpa de Cereza no pareció amedrentarse; ya había avistado un mirlo que picoteaba bajo un arbusto y había empezado a acecharlo.

Motea Hojas agitó la cola en dirección a Zarpa de Gorrión.

– Tú también puedes cazar si quieres.

Las orejas de Zarpa de Gorrión se erizaron y se irguió para olfatear el aire antes de adentrarse en la hierba alta hacia alguna presa invisible para Estrella de Fuego.

– Sugiero que nos dirijamos al arroyo- maulló Garra Afilada con un ojo puesto en su aprendiza.- Si lo usamos como frontera, las guaridas de Liquen y Pelaje Lluvioso quedarán fuera del territorio.

– ¿Y Enredo?- preguntó Estrella de Fuego, recordando al picajoso viejo atigrado.

Motea Hojas soltó un leve ronroneo divertido.

– Enredo cambia de guarida cada luna. Si no quiere estar dentro del territorio que se muera fuera de él.

Estrella de Fuego asintió. La idea de Garra Afilada era buena, pero se recordó que debía decirle a los guerreros que no atacaran a los proscritos si se los encontraban en el territorio del Clan del Cielo. O, al menos, no hasta haberles dado tiempo de sobra para acostumbrarse a la presencia del clan en los bosques.

– El arroyo será, pues- maulló.

Justo entonces, Zarpa de Cereza dio un gran salto y capturó al mirlo en pleno aire cuando intentaba huir volando. Cayó al suelo y la gata trotó con la presa en las fauces que dejó frente a las patas de Garra Afilada.

– Para ti- maulló, agachando respetuosamente la cabeza- Pronto cogeré otro.

Garra Afilada la miró a ella y a la carne fresca.

– Gracias- consiguió decir- Buena caza.

Los ojos de la aprendiza se iluminaron y Zarpa de Cereza se alejó con la cola en alto.

Para no quedarse atrás, Zarpa de Gorrión trajo su primera presa, un ratón, y se la dio a Motea Hojas antes de volver a cazar su propia carne fresca. Estrella de Fuego quedó complacido al verles intentar comportarse como verdaderos gatos de clan, y decidió no decirles que, normalmente, los aprendices no cazaban para sus mentores. Él mismo atrapó una ardilla con un salto casi tan bueno como el del Clan del Cielo.

Cuando acabaron de comer, Garra Afilada los llevó hasta el arroyo. Antes de llegar a él, Zarpa de Cereza agitó nerviosa la cola en dirección a un árbol muerto que se alzaba, solo, en un claro.

– ¡Ese sería un buen lugar para una marca!

Estrella de Fuego se detuvo.

– Si, pero creo que este sería mejor- asintió en dirección a un

roble cubierto de hiedra en el extremo más cercano del claro.

– ¿Por qué?- preguntó Zarpa de Gorrión- Tendremos más territorio si usamos el árbol muerto.

– Si, pero es que no hay cobertura en el claro- explicó Estrella de Fuego. Una sensación de entusiasmo le recorrió entero. ¿Era aquellas las clases de decisiones que habrían tomado en el bosque hacía tanto tiempo los guerreros del Clan del Trueno?- Ni para las presas no para vosotros en caso de que haya por aquí zorros o tejones.

– Tiene sentido- Garra Afilada se acercó al roble y lo marcó.

Siguiendo el río llegaron a la cima del risco y descendieron hasta donde el tronco del árbol muerto cruzaba el río.

Estrella de Fuego volvió a tomar la delantera, pasó por el lado más alejado de la quebrada, risco arriba, hacia el Poblado Dos Patas, y colocó marcas en un tocón y la guarida de zorro abandonada que marcaba el límite del anterior territorio según les había dicho Guardián Celestial. Luego, la patrulla rodeó el borde del Poblado Dos Patas hasta el granero al final de la línea de guaridas. Estrella de Fuego volvió a notar como el pelaje se le levantaba al acercarse; no le gustaba ese lugar no nunca le gustaría, pero al menos ahora estaba fuera de las fronteras del Clan del Cielo.

Finalmente, condujo a la patrulla de vuelta al campamento por una ruta que incluía la mayor parte de la floresta de la cima del risco. Supuso que debía ser casi mediodía, aunque las nubes seguían cubriendo el cielo y el viento olía a lluvia.

Mientras la patrulla se acercaba a los arbustos, Tormenta de Arena apareció con un ratón en las fauces.

– Hola- maulló, dejando su presa- Supuse que habríais salido de patrulla.

– ¡Hemos establecido las fronteras!- anunció orgullosamente Zarpa de Cereza.

– Qué bien- Tormenta de Arena retorció los bigotes con aprobación.- Vais a tener que decirnos a los demás dónde están.

– Durante los siguientes días todos los gatos pueden patrullar- maulló Estrella de Fuego- Ya veo que has estado cazando- agregó, señalando el ratón con la cola.

– Si, hay muchas presas por aquí- contestó Tormenta de Arena.- Pie Parcheado ya es un buen cazador y Bigotes Cortos está evolucionando muy bien.

Estrella de Fuego se alegró al oír aquello. Unos cuantos éxitos le darían al antiguo minino doméstico la confianza que tanto necesitaba.

– Solo hay una cosa que me preocupa- comentó Tormenta de Arena en voz baja y solo a Estrella de Fuego.- No he visto a Guardián Celestial en toda la mañana.

La aprehensión aferró con fuerza el estómago de Estrella de Fuego. La mención a Guardián Celestial le recordó el extraño humor del viejo gato en la noche anterior, y las ominosas palabras de la profecía.

– Creo que deberías ver si está bien- le instó Tormenta de Arena.- Debería estar en el campamento, no ahí fuera en esa excusa de guarida.

– Voy ahora mismo- maulló Estrella de Fuego.

Bajó por la senda rocosa y se dirigió a la quebrada. Recordó lo que Tormenta de Arena le había contado hacer del zorro y mantuvo sus sentidos alerta. Guardián Celestial era un gato viejo y noble, pero no sería rival para un depredador fuerte y decidido.

Sin embargo, no había señales de olor a zorro.

Para cuando llegó al camino tras la piedra había empezado a caer una fina llovizna que le traspasaba el pelaje con garras gélidas.

Al acercarse a la guarida no vio al viejo guerrero. Quizá estaba fuera, cazando…

Acercándose, vio pelaje gris medio oculto tras las raíces del espino.

– ¡Guardián Celestial!- le llamó. No obtuvo respuesta.

Cuando se detuvo frente a la entrada de la cueva vio al viejo gato acurrucado al fondo, apoyado contra la pared de tierra con un enredo de raíces sobre la cabeza.

– ¿Guardián Celestial?- repitió.

El guerrero gris no se movió. Estrella de Fuego contuvo el aliento al entenderlo de pronto y agachó la cabeza para entrar en la guarida y dar el par de pasos que le separaban de Guardián Celestial. El viejo gato no se movía y cuando puso cuidadosamente una pata en su omóplato, le notó frío. De alguna manera parecía más pequeño que en vida.

El pesar atenazó el corazón de Estrella de Fuego. Era posible que el viejo gato solo se hubiera aferrado a la vida hasta ver restaurado el Clan del Cielo. Estrella de Fuego deseó que muriera feliz, sabiendo que sus sueños se habían cumplido.

– Adiós, amigo mío- la voz se le atascó en la garganta al pasar la cola por la cabeza del viejo guerrero- Que el Clan Estelar ilumine tu sendero.

Estrella de Fuego saltó a la cima del Montón de Rocas y miró a los gatos del Clan del Cielo. Cola de Trébol estaba tendida junto al arroyo con sus crías revoloteando a su alrededor mientras Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión comían al lado del montón de carne fresca. Garra Afilada y Pie Parcheado peleaban al pie del risco

como práctica. Tormenta de Arena los observaba, cerca, ofreciéndoles comentarios sobre su técnica.

El corazón de Estrella de Fuego pesaba por las noticias que iba a darles.

– ¡Qué todo los gatos lo suficientemente mayores como para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo el Montón de Rocas, para una reunión de clan!- gritó.

Garra Afilada y Pie Parcheado se separaron y se sentaron con las orejas enhiestas. Los dos aprendices tragaron su carne fresca y alzaron la mirada con los ojos brillantes de curiosidad. Motea Hojas comenzó a bajar de la cima del risco, reuniéndose con Bigotes Cortos que salía de la guarida de los guerreros.

– Tengo que daros malas noticias- maulló Estrella de Fuego cuando se reunió todo el clan- Guardián Celestial ha muerto.

Durante unos instantes se hizo el silencio salvo por los chilliditos de las crías de Cola de Trébol que jugaban al lado de su madre. La gata los acercó con la cola.

– Silencio- maulló- Estrella de Fuego nos está contando algo muy triste.

– Si que son malas noticias- coincidió Garra Afilada, flexionando las garras contra la roca.- El clan será más débil sin su sabiduría para guiarnos.

La cola de Estrella de Fuego se retorció; un nuevo pesar le inundó al ver que la mayoría de los gatos del clan se miraban con expresiones vacías. Se percató de que muy pocos lamentaban de verdad su pérdida.

Tormenta de Arena se reunió con él al bajar del Montón de Rocas y enterró el hocico en el pelaje de su omóplato.

– No les culpes- murmuró- Apenas le conocían y acababan de

darse cuenta de que no era tan solo una molestia loca.

– Lo sé- suspiró Estrella de Fuego- Pero tienen que comprender que hizo mucho por su clan.

Pidió a Pie Parcheado y Tormenta de Arena que le ayudaran a traer el cuerpo del viejo gato al campamento para el entierro. El resto del clan se congregó a su alrededor mientras lo depositaban suavemente al pie del Montón de Rocas.

– Ahora, recordad que debéis permanecer despiertos toda la noche- le dijo Cola de Trébol a sus crías, manteniendo a las curiosas criaturas atrás con su cola.- Pase lo que pase, no os durmáis.

– No, no pasa nada- maulló Estrella de Fuego sorprendido al ver que la antigua solitaria había oído hablar de la costumbre de guardar vigilia.- Las crías no tienen por qué quedarse despiertas.

Cola de Trébol se le quedó mirando con los ojos ensanchados de miedo y el pelaje del cuello erizado.

– ¿Es que quieres que mis crías se mueran?- chilló.

– ¿Cómo?- Estrella de Fuego se quedó perplejo- Tus crías no corren peligro.

Bigotes Cortos se estremeció.

– No, Cola de Trébol tiene razón. Tienes que permanecer despierto la noche en la que muere un gato; si no, tú también te mueres. Me lo solía decir mi madre.

– Cierto- maulló Garra Afilada- ¿Os acordáis de Zorrito? Se fue a dormir la noche en la que murió su hermano y un par de días después le cogió un monstruo.

– Si, lo recuerdo- intervino Motea Hojas.

– Pero no es verdad- Estrella de Fuego confirió firmeza a su voz al ver que los antiguos mininos domésticos se miraban con gesto nervioso.

Ya hablaría más tarde con los proscritos sobre esa curiosa superstición que debía haber surgido de las tradiciones del clan a pesar de que el mismo clan las había olvidado.

– Nos quedamos despiertos, si, pero solo para honrar al gato caído en su viaje al Clan Estelar. No tiene nada que ver con creer que moriremos si no lo hacemos.

– Y no todos los gatos guardan vigilia durante la noche- siguió diciendo Tormenta de Arena- Solo aquellos que eran más cercanos al gato muerto. Pero esta noche creo que el clan entero debería quedarse, porque no somos muchos.

– Somos sus parientes, ¿no?- preguntó Zarpa de Gorrión- Los que tenemos sangre del Clan del Cielo.

Estrella de Fuego agachó la cabeza.

– Si, así es. Todos vigilaremos y, al amanecer, le enterraremos. Normalmente lo hacen los veteranos, pero Tormenta de Arena y yo nos encargaremos de Guardián Celestial.

– Me gustaría ayudar- maulló Zarpa de Cereza; la joven carey se mostraba inusualmente abatida- Nunca nos disculpamos por ponerle motes.

– Me hubiera gustado hacerlo- añadió miserablemente Zarpa de Gorrión.

Tormenta de Arena le tocó la oreja con la nariz.

– Creo que lo sabía. Vio como os convertíais en aprendices del clan y eso era lo que más quería… ver a su clan hacerse fuerte otra vez.

Conforme bajaba el sol y las sombras cubrían la quebrada, el clan se congregó para la vigilia de Guardián Celestial. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se agazaparon junto a él, ocultando los hocicos en el frío pelaje gris. Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión

se sentaron un poco más atrás con el resto del clan. Cola de Trébol dudó pero se acomodó al pie del risco con sus crías acurrucadas en su pelaje, como si se dispusieran a dormir con normalidad. Bigotes Cortos era el más nervioso y Estrella de Fuego se preguntó si se habría sentado a propósito en la roca más afilada para mantenerse despierto.

Los últimos rayos de sol desaparecieron del cielo; las nubes se habían ido y los guerreros del Clan Estelar empezaron a aparecer sobre sus cabezas. Pasado un tiempo, Estrella de Fuego se percató de que el clan comenzaba a inquietarse. Oía los movimientos y los murmullos a sus espaldas. Zarpa Cereza dejó escapar un gran bostezo y sus ojos se cerraron; los abrió de golpe cuando Garra Afilada de dio un empellón en el costado.

A continuación oyó la voz de Cola de Trébol susurrándole al oído.

– Lo siento, Estrella de Fuego, comienza a refrescar y si dices que es seguro irse a dormir me gustaría llevar a mis crías de vuelta a la cueva.

– No pasa nada- murmuró.

Al retirarse, escuchó cómo se levantaba otro gato y la seguía por la senda rocosa; cuando miró vio que era Garra Afilada. Bigotes Cortos y Pie Parcheado conversaban en voz baja; tras unos latidos de corazón Bigotes Cortos se alejó, aunque solo para sentarse solo en una roca a unas colas de distancia río abajo. A pesar de todas sus buenas intenciones, tanto Zarpa de Cereza como Zarpa de Gorrión habían caído dormidos. Solo quedaba Motea Hojas con la vista clavada en las estrellas.

Estrella de Fuego reprimió un suspiro. Aquellos gatos no comprendían del todo lo que significaba vivir la vida de un guerrero

y segur el código guerrero. Tendrían que aprender la importancia de la vigila, entre otras tantas cosas, antes de ser un clan de verdad. Pero al menos parecían confiar en su palabra de que no morirían si se quedaban dormidos esa noche.

Quizá les había sido más fácil permanecer despiertos cuando llevaban vidas menos ordenadas, sin patrullas del alba ni de caza, o deberes de cuevas que los agotaran.

Estirando las patas rígidas, miró al fuego gélido del Manto Plateado y se preguntó cuál de aquellos puntos luminosos sería el espíritu de Guardián Celestial. ¿Has encontrado el camino hacia tus ancestros guerreros? Eso esperaba; si un gato merecía caminar entre las estrellas, ese era Guardián Celestial.

La luz de la luna entrando en la cueva despertó a Estrella de Fuego que, al mirar a su alrededor, se percató de que Bigotes Cortos no estaba allí. Preocupado, sacó la cabeza y vio al macho atigrado sentado en la roca del río donde pasó la vigilia que el clan guardó por Guardián Celestial tres noches atrás.

Estrella de Fuego se reunió con él; al acercarse, Bigotes Cortos dio un respingo y una mirada defensiva apareció en sus ojos.

– ¿Me buscabas?- comenzó.

– No, al menos no por nada en particular- Estrella de Fuego saltó a su lado, sobre la roca.- Pero tengo la impresión de que no eres feliz. Si algo va mal puedes contármelo.

Bigotes Cortos se hizo a un lado para dejarle espacio.

– Nada va mal- maulló- Todo está bien. Estoy aprendiendo cosas que nunca había imaginado. Es solo que… bueno, hay muchos gatos. Sobre todo cuando dormimos en la guarida. Estoy acostumbrado a vivir solo con mi amo.

– ¿Sabes? Yo también fue un minino doméstico y me sentí igual

cuando me uní a mi clan. Pero te acostumbrarás.- le dijo Estrella de Fuego.- Y pronto te preguntarás como pudiste dormir sin tus compañeros a tu lado.

– Puede- maulló Bigotes Cortos, aunque no parecía muy convencido.

El gato atigrado miró al río y Estrella de Fuego tuvo la sensación de que quería estar solo. Saltó de la roca y regreso a la guarida, preguntándose qué podrí ayudarle, en la vida del clan, a sentirse más cómodo.

Quizá el orgullo en sus logros de caza fuera la respuesta.

Un par de días después de su charla con Bigotes Cortos, Estrella de Fuego regresó de una patrulla de caza con Zarpa de Gorrión y Motea Hojas y encontró el campamento casi desierto. La cueva de los guerreros estaba vacía y cuando la patrulla se acercó a la orilla del río, los únicos gatos allí eran Cola de Trébol y sus crías.

– ¡Pequeño Brinco, vuelve aquí!- le llamó Cola de Trébol, envolviendo la cola en torno a su aventurera cría rojiza y alejándola del borde del agua. Miró a Estrella de Fuego y agregó- Cada vez son más activos e inquietos. ¡Y si se meten en problemas puedes estar seguro de que encontrarás a Pequeño Brinco en el meollo del asunto!

– Crecen muy bien- le dijo Estrella de Fuego- Pronto estarás listos para tener un mentor. Y estamos cortos de guerreros- añadió- por lo que tú podrías acabar siendo el mentor de uno de ellos. No es lo mejor que un aprendiz tenga a su madre por mentora pero…

Los ojos de Cola de Trébol se ensancharon de consternación.

– No tengo ni idea de cómo ser mentora.

– Quizá sea hora de que empieces a unirte a las patrullas- le sugirió Estrella de Fuego- Estoy seguro de que aprenderás rápido.

– ¡Oh, imposible!- exclamó Cola de Trébol- Mis crías todavía

me necesitan. ¿Quién los vigilaría si me fuera? ¡Pequeña Roca, bájate de ahí!- agregó alzando la voz a la cría negra que había empezado a escalar el Montón de Rocas.- ¡Vas a caerte al agua!

Mirando a sus tres traviesas crías, Estrella de Fuego comprendió que podría tener razón.

– ¿Dónde están todos?- le preguntó- La quebrada parece desierta.

– Se han ido con Tormenta de Arena- contestó Cola de Trébol, señalando la quebrada con la cola.- Dijo que se los llevaba para darles lecciones de combate.- con una mirada a sus crías para ver si se comportaban como era debido, se acercó al recién abastecido montón de carne fresca y escogió un ratón.

Estrella de Fuego la dejó con Zarpa de Gorrión y Motea Hojas y ascendió por la quebrada. Unas colas de distancia más adelante, el risco se curvaba hacia dentro formando un espacio amplio y llano con un suelo arenoso.

Estrella de Fuego llegó a él justo a tiempo de ver a Zarpa de Cereza saltar sobre Tormenta de Arena; las dos gatas rodaron por el suelo en un salvaje enredo de patas y colas. Garra Afilada, Bigotes Cortos y Pie Parcheado las observaban.

Al final, Tormenta de Arena se liberó y se levantó sacudiéndose la arena del pelaje.

– Bien hecho. Maulló- Has ejecutado ese salto y los arañazos a la perfección. Si hubiera sido un zorro no me hubiera atrevido a enfrentarme a ti.

Los ojos de Zarpa de Cereza brillaron.

– Bigotes Cortos, te toca- añadió Tormenta de Arena.- Imagina que soy un zorro que intenta llegar a la maternidad del clan.

Bigotes Cortos titubeó, mirando a los otros gatos mientras

Tormenta de Arena se agazapaba sacudiendo la cola impacientemente.

– Vamos- instó- Ya he tenido tiempo de comerme un par de crías.

Bigotes Cortos se lanzó por el espacio arenoso con las garras extendidas, pero había juzgado mal el salto. Se quedó corto y cayó justo frente a Tormenta de Arena que le dio un coscorrón entre las orejas con las dos patas delanteras. Bigotes Cortos soltó un gruñido frustrado y azotó el aire con la cola.

– No te preocupes- maulló Tormenta de Arena- Inténtalo otra vez.

– No, ya he tenido suficiente por hoy- Bigotes Cortos retrocedió- Voy a practicar solo un rato.

Durante un latido de corazón, Tormenta de Arena la lanzó una mirada interrogante para, finalmente, asentir.

– Muy bien. Mañana volveremos a dar la lección.

Bigotes Cortos atravesó una curva en la quebrada y desapareció de la vista. Estrella de Fuego cruzó una mirada con Tormenta de Arena y fue tras él. Antes de alcanzarle, el macho atigrado se dio cuenta de que le seguía algún gato y se detuvo a esperar.

– Lo siento- maulló sin darle tiempo a Estrella de Fuego a hablar primero- Se que lo he estropeado- parpadeó miserablemente- Nunca lo haré bien. Me siento tan torpe intentando entrenar con todos esos gatos mirándome.

Estrella de Fuego reprimió un suspiro. Era el mismo problema del que le había hablado antes, en la roca junto al río. No acababa de ajustarse a una vida entre tantos gatos.

– Bueno, lo mismo les pasa a todos- comenzó. Bigotes Cortos intentó interrumpirlo, pero Estrella de Fuego agitó la cola pidiendo silencio- Entiendo como te sientes, pero por el Clan Estelar, ¿por

qué no se lo dices a Tormenta de Arena? No es irracional. Te dará lecciones en solitario si se lo pides.

Las patas de Bigotes Cortos revolvieron la tierra arenosa.

– No quiero darle más problemas. Ya trabaja muy duro.

– Lo sé, pero no hay problema, en serio. Te diré qué haremos- agregó Estrella de Fuego- ¿qué te parece practicar conmigo ahora? No hay ningún otro gato.

Los ojos de Bigotes Cortos se iluminaron.

– ¿Lo harías de verdad?

– Pues claro. ¿Qué movimiento intentaba enseñaros Tormenta de Arena?

– Nos enseñaba a saltar sobre tus enemigos. Así, dice, es más difícil que se libren de ti.

– Y lo es- Estrella de Fuego azotó el aire con la cola- Muy bien, ven a por mí.

Apenas había terminado de hablar cuando Bigotes Cortos saltó sobre él, gruñendo. Estrella de Fuego se apartó; Bigotes Cortos golpeó el suelo a su lado pero consiguió darle en el costado con las patas antes de que pudiera alejarse.

– ¡Bien!- exclamó Estrella de Fuego.

– Pero si he fallado- maulló arrepentido Bigotes Cortos.

Estrella de Fuego apretó las mandíbulas. ¿Es que estaba determinado a ver el lado malo de todas las cosas?

– Ya, pero aún así has conseguido darme- remarcó- Inténtalo otra vez y en esta ocasión no te detengas hasta que te lo diga.

Se agachó, esperando el salto de Bigotes Cortos. Se relajó un momento al ver que la mirada del atigrado se posaba en una mariposa que volaba por ahí; cuando llegó el salto le cogió por sorpresa.

– ¡Traidor!- gruñó al caer sobre él Bigotes Cortos y quitarle el aire de los pulmones. Oyó un gruñido de satisfacción en el momento en el que Bigotes Cortos le aferraba los omóplatos con las patas y le mordisqueaba el pelaje del pescuezo. Estrella de Fuego se tiró al suelo y rodó de espaldas retorciendo los cuartos traseros para golpear a Bigotes Cortos en el estómago. El guerrero perdió el agarre y cayó agitando salvajemente las cuatro patas en un intento de volver a agarrar a Estrella de Fuego.

– Vale, ya está.- resolló Estrella de Fuego.

Bigotes Cortos se incorporó con dificultad.

– No te he herido, ¿verdad?

El costado le palpitaba, pero negó con la cabeza.

– Ha sido fantástico. Tienes lo que hay que tener para convertirte un guerrero realmente peligroso.

Los ojos de Bigotes Cortos se iluminaron por la alabanza.

– ¿En serio?

– En serio. No tienes porque sentirte avergonzado frente a los demás.

El macho atigrado se encogió de hombros.

– Ya me acostumbraré antes o después. Supongo.- inclinó la cabeza- Ahora me gustaría practicar un poco más solo, si te parece bien.

– Sin problema.

Estrella de Fuego regresó a la quebrada y se encontró con que la sesión de entrenamiento llegaba a su fin y los otros gatos se encaminaban hacia el campamento. Tormenta de Arena estaba sentada en medio del espacio de entrenamiento, quitándose la arena del pelaje.

– He tenido una charla con Bigotes Cortos- empezó Estrella de

Fuego, contándole lo sucedido.

– Me aseguraré de que tenga oportunidad de entrenar solo- le prometió Tormenta de Arena. Terminó de lavarse y se levantó- Me preocupa menos él que Cola de Trébol. Todavía no ha asistido a ninguna sesión de entrenamiento.

– Sigue cuidando de sus crías.

Tormenta de Arena retorció los bigotes.

– Sus crías son lo suficientemente mayores para estar solas un rato. ¡Por el Clan Estelar, incluso puede quedarse a mirar!

– No te preocupes- Estrella de Fuego pasó la cola por sus omóplatos- Pronto serán aprendices y entonces Cola de Trébol se dará cuenta de que tiene que unirse al clan. Recuerda que no llevaba mucho tiempo siendo un gato de clan.

Tormenta de Arena resopló.

– Cuando se convirtió en guerrera prometió proteger y defender el clan. ¿Cómo espera mantener su promesa si no aprende a luchar?

– Dale tiempo- le insistió Estrella de Fuego- No entiende aún lo que implica esa promesa. Pero un día lo hará.

– Mejor antes que después- murmuró Tormenta de Arena.

Juntos, los dos gatos caminaron hacia el campamento. Sin tomar una decisión consciente, sus patas les llevaron hasta la cima del Montón de Rocas. Tormenta de Arena se tumbó de lado y cerró los ojos hasta convertirlo en rendijas mientras el sol caía sobre ella. Estrella de Fuego se sentó a su lado, mirando el lugar por donde manaba el río. Pie Parcheado se encontraba en una roca al otro lado, estirado para beber. Un par de colas de distancia más allá, Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión jugaban a las peleas mientras les observaban sus mentores y les daban consejos. Cola de Trébol y sus crías habían cruzado el río y los pequeños exploraban las rocas

cercanas al agua.

– ¿Sabes? Esto me recuerda a las Rocas Soleadas- murmuró Tormenta de Arena.- Las rocas calientes, el sonido del río… Me pregunto qué estarán haciendo los demás en casa.

– Látigo Gris mantendrá a salvo al clan- maulló Estrella de Fuego- Confío en él más que en ningún otro gato.

Le invadió la nostalgia. Aunque creía la promesa hecha por Guardián Celestial de que el Clan del Trueno estaba a salvo, quería ver a su lugarteniente y mejor amigo más que nada.

Tormenta de Arena acarició suavemente su omóplato con la punta de la cola.

– Me pregunto cómo le irá a Zarpa Acedera con Manto Polvoroso- soltó un ronroneo divertido- ¡Me encantaría ver uno de sus entrenamientos!

Estrella de Fuego compartió su ronroneo.

– Esperemos que Manto Polvoroso sobreviva…

Se interrumpió de golpe ante el sonido de un chillido aterrorizado proveniente de más abajo.

Levantándose de golpe vio a Cola de Trébol de pie al borde del río con el pelaje erizado hasta hacerla parecer el doble de grande.

Durante un latido de corazón no localizó a las crías. A continuación vio a Pequeño Brinco que luchaba frenéticamente mientras la corriente que salía de la cueva lo arrastraba. Pataleaba con sus patas delanteras mientras lanzaba un aullido de terror que se cortó de pronto cuando su cabeza quedó bajo el agua.

Estrella de Fuego bajaba ya de las rocas seguido de cerca por Tormenta de Arena. Pero Cola de Trébol fue más rápida.

Antes de que llegaran al sendero del otro lado de la cueva, la gata se arrojó al río; nadó con fuerza hasta su donde había

desaparecido su cría y se sumergió.

El terror atenazó a Estrella de Fuego. ¿Iba a tener que salvar a la madre a parte de la cría? Y entonces reapareció Cola de Trébol aferrando firmemente del pescuezo a Pequeño Brinco. Lo arrastró consigo y llegó al borde del estanque, donde Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se agacharon para coger a la cría mientras Cola de Trébol se aupaba a tierra seca.

– ¡Pequeño Brinco!- exclamó- Pequeño Brinco, ¿estás bien?

Temblando, la cría soltó un débil gritito y vomitó agua de río. Su madre le empujó hasta una zona iluminada por el sol y allí cayó desplomado como una hoja empapada. Cola de Trébol se agachó a su lado y empezó a lamerle furiosamente a contra pelo para secarle y darle calor.

Estrella de Fuego buscó a las otras crías y las vio recorriendo nerviosamente el sendero que llevaba hasta la cueva donde crecía el musgo.

Salieron de ella y atravesaron la orilla hasta detenerse frente a su madre con los ojos ensanchados de miedo.

– ¿Pequeño Brinco se pondrá bien?- preguntó Pequeña Diminuta en voz baja.

Cola de Trébol paró un momento de lamer. El pelaje de Pequeño Brinco ya estaba casi seco e intentaba levantase.

– ¡No sé en qué estabais pensando!- le siseó.- Sabéis muy bien que no podéis entrar en esa cueva sin mí.

– Pero es que tú no nos dejas…- empezó a decir Pequeña Roca.

– ¡Claro que no! Y ahora veis bien el por qué.

Le dio unos cuantos lametones bruscos más a Pequeño Brinco; Estrella de Fuego sabía que estaba enfadada porque realmente se había asustado mucho.- Es peligroso y sois demasiado pequeños

para nadar. ¿Qué hubiera pasado si no llego a estar ahí?

Pequeño Brinco consiguió incorporarse y se mantuvo inestablemente sobre las cuatro patas.

– Es culpa mía- maulló- Fue mi idea.

– No me importa de quién fuera la culpa- Cola de Trébol se levantó y se sacudió; gotas de agua salieron disparadas de su pelaje, salpicando a Estrella de Fuego y Tormenta de Arena- Vais a volver derechitos a la maternidad. Y se acabaron los juegos por hoy.

Pequeña Roca soltó un gemido indignado solo para interrumpirlo al ver la mirada de su madre.

– Idos. Ahora- ordenó.

Alicaídos, las crías dieron media vuelta; en ese momento, Pequeña Diminuta miró atrás.

– Ahí dentro hay una cueva llena de musgo brillante- maulló- Y voces que nos hablaban.

Sorprendido, Estrella de Fuego dio un paso adelante.

– ¿Qué ha dicho?

– Son tan silenciosas que no las podemos entender- contestó Pequeño Brinco.

– ¡Voces, de verdad!- regañó Cola de Trébol- ¿Es que no habéis sido ya suficientemente traviesos sin tener que inventaros historias?

– ¡No nos la estamos inventando!- protestó Pequeña Diminuta con la cola temblando- Si que hemos oído voces…. Muchas voces.

– No quiero oír hablar más de ello- maulló su madre- No vais a volver a esa cueva y se acabó.- bufando, enfadada, empezó a llevar a las crías de vuelta al Montón de Rocas.

Estrella de Fuego cruzó una mirada con Tormenta de Arena. Guardián Celestial les había contado que en esa cueva, de donde surgía el río, los curanderos compartían lenguas con sus ancestros.

¿Habrían oído las crías las voces de los guerreros pasados del Clan del Cielo?

Tormenta de Arena y él ayudaron a las crías a ascender el Montón de Rocas, pero cuando comenzaron a escalar el sendero de la maternidad retuvo a Cola de Trébol colocándole la cola en el omóplato.

– ¿Dónde has aprendido a nadar así?

Cola de Trébol se encogió de hombros.

– No he vivido siempre en la quebrada- explicó- Nací río abajo, cerca de una guarida Dos Patas abandonada. Mi madre me enseñó a nada y pecar.

Estrella de Fuego se preguntó si sería la misma guarida Dos Patas en la que habían pasado la noche Tormenta de Arena y él durante su viaje.

– Uno de los clanes del bosque donde vivo se llama el Clan del Río- le dijo a Cola de Trébol- Nadan todo el tiempo para atrapar peces. Nunca oí hablar de otros gatos que disfrutaran nadando, hasta ahora. Me pregunto si tienes ancestros del Clan del Río.

Los ojos de Cola de Trébol se ensancharon.

– ¿Eso significa que no pertenezco al Clan del Cielo?

El desaliento de su tono envalentonó a Estrella de Fuego. Mostraba que, al menos, Cola de Trébol quería ser un miembro del Clan del Cielo y que había plantado semillas de lealtad hacia sus compañeros y el código guerrero.

– No- maulló Tormenta de Arena, tocándole la oreja con la nariz- Eres una gata del Clan del Cielo de cabo a raba porque es donde has elegido vivir.

– Los gatos pueden cambiar de clan- añadió Estrella de Fuego, recordando como la hermana de Zarzoso, Trigueña, había seguido a

Estrella de Tigre, si padre, al Clan de la Sombra.- No ocurre a menudo y normalmente no sale bien. Pero ser miembro de un clan no es solo cuestión de sangre.

– Es más- continuó Tormenta de Arena- ya has demostrado que hay sangre guerrera en ti. Les debes a tus ancestros el aprender las técnicas de caza y lucha para que el código guerrero viva en ti.

Cola de Trébol parpadeó.

– Lo prometí, ¿no?, cuando me hice guerrera. Comienzo a entender ahora lo que esas palabras implicaban. Pero sigo sin pensar que vaya a ser de mucha ayuda… No como tú o Garra Afilada.

– Hoy has demostrado valentía- le aseguró Estrella de Fuego.

– No lo había pensado así- maulló- Vale, a partir de ahora me uniré al entrenamiento.

– Bien- Estrella de Fuego apoyó la punta de la cola en su omóplato- Sentirás que perteneces al clan cuando le des algo a cambio. Piensa en tus crías, un día serán guerreros y podrías ser un gran ejemplo para ellos.

– Sabemos que no es fácil- le dijo Tormenta de Arena a la gata con un lametón amistoso- Pero te prometo que merece la pena.

– Y no tienes que preocuparte de tus crías- agregó Estrella de Fuego- En nada serán aprendices y hasta entonces nos aseguraremos de que alguien los vigile cuando estés entrenando. ¡No más expediciones a esa cueva!

A la mañana siguiente, Estrella de Fuego se llevó a Garra Afilada, Zarpa de Cereza y Pie Parcheado en la patrulla del alba. Cuando volvieron vio a Zarpa de Gorrión, Bigotes Cortos y a Motea Hojas formando un corrillo al pie del Montón de Rocas mientras se maullaban con insistencia los unos a los otros. Tormenta de Arena esta a una cola de distancia con una expresión disgustada en el

rostro.

Estrella de Fuego se volvió hacia Garra Afilada.

– ¿De qué va todo esto?

El macho rojizo se encogió de hombros.

– Ni idea.

Estrella de Fuego se acercó hasta el pequeño grupo.

– Hola, ¿va todo bien?

Todos los gatos le dirigieron miradas preocupadas.

– Estamos hablando de la Cueva Susurrante- le dijo Bigotes Cortos.

Estrella de Fuego se quedó en blanco.

– ¿La qué?

– la cueva bajo las rocas- Tormenta de Arena se levantó con los ojos estrechados- Así la llaman ahora. Esas crías tontas han contado la historia de las voces y…

– Debe haber algo ahí abajo- interrumpió Zarpa de Gorrión- Pequeña Roca dijo que vio unos gatos brillantes con grandes garras. Y que sus ojos resplandecían como la luna y que sus dientes eran más grandes que los de un zorro.

Pie Parcheado se horrorizó.

– ¿De verdad?

– Las crías siempre serás crías, ya lo sé- Motea Hojas agitó la cola- ¡Pero parecían aterrados! ¿De verdad se lo inventarían?

– Hum… Estrella de Fuego se dio cuenta de que las crías habían mejorado la historia desde su visita a la cueva el día anterior.

– ¿Y si esos gatos grandes salen?- maulló Bigotes Cortos.

Tormenta de Arena puso los ojos en blanco.

– ¿Y si volaran los erizos?

– Si hay algo ahí tendremos que encargarnos de ello- Garra

Afilada flexionó las uñas- Tenemos que entrar y atacar antes de que tengan oportunidad de atacarnos a nosotros.

Estrella de Fuego levantó una pata para detenerle.

– Iremos pero no hasta más tarde. Y no creo que haya nada que temer. Es hora de que salgan las patrullas de caza- agregó.- Garra Afilada, tú liderarás una y Motea Hojas la otra.

Los gatos del Clan del Cielo siguieron lanzándole miradas dubitativas mientras se alejaban. Tormenta de Arena se quedó atrás, acercándose a él.

– ¿Qué crees que hay ahí abajo?- murmuró.- Guardián Celestial dijo que los curanderos del Clan del Cielo solían compartir lenguas en esa cueva con sus ancestros guerreros.

Estrella de Fuego asintió.

– Eso espero. Todo clan necesita un lugar especial como la Roca Lunar, y esta cueva podría ser el del Clan del Cielo. Me preocupa que el nuevo clan siga sin tener un curandero. Quizá si esta noche entramos a la cueva los ancestros guerreros del Clan del Cielo nos muestren a quien elegir.

Los ojos de Tormenta de Arena brillaron.

– Buena idea. No podemos quedarnos para siempre a la espera de que decida aparecer un curandero.

Estrella de Fuego alejó la nostalgia que amenazaba con nublar sus pensamientos. Aquel no era su clan, pero tampoco podía irse sin asegurarse de que sobreviviría sin él, y encontrar un curandero era parte del proceso.

– Los ancestros guerreros del Clan del Cielo tienen que estar por ahí, en alguna parte- maulló, arañando la tierra arenosa.

La noche había caído ya cuando Estrella de Fuego condujo al clan hasta la cueva bajo las rocas. La luna era un hilo de garra en el

cielo y la luz estelar moteaba la superficie del río.

Todos los miembros del clan le siguieron cuando atravesó el sendero junto al agua… todos, salvo cola de Trébol, que se había quedado para cuidar de sus crías; aún se negaba a creer que hubiera algo en la cueva y les dio un buen rapapolvo a Pequeño Brinco, Pequeña Roca y Pequeña Diminuta por aterrarlos a todos.

– ¡Tened cuidado!- advirtió Estrella de Fuego mirando por encima del omóplato.- ¡Zarpa de Cereza, nada de tonterías aquí! ¡Podrías resbalarte en estas rocas mojadas y no tenemos a Cola de Trébol con nosotros para sacarte del agua!

– ¡Arriba hay algo que brilla!- le llegó una voz temblorosa desde la retaguardia; parecía Bigotes Cortos.

Tenía razón. Estrella de Fuego atisbó un resplandor claro que fluía por la cueva y se reflejaba en la superficie del agua.

– No pasa nada- contestó- Os prometo que no son unos gigantescos gatos aterradores.

Colocando las patas con cuidado, llegó hasta el camino llano que recorría el borde del río subterráneo y se hizo a un lado para dejar que el resto del clan entrara en fila india.

Tormenta de Arena tomó la retaguardia.

– ¿Veis?- maulló- Es solo musgo.

– Y es hermoso- agregó Estrella de Fuego- Mirad como ondea la luz en el techo.

Los gatos del Clan del Cielo miraron alrededor y sus ojos reflejaron la luz escalofriante.

– ¡Ey!- maulló Zarpa de Gorrión- Somos gatos aterradores con ojos brillantes como la luna.

Motea Hojas soltó un ronroneo divertido; Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión cruzaron una mirada, avergonzados por haberse

creído la historia de las crías.

– Guardián Celestial nos dijo que vuestros ancestros guerreros la llamaban la Cueva Resplandeciente- les dijo Estrella de Fuego- Debió ser un lugar especial para ellos.

Pero la Cueva Susurrante le quedaba mejor, pensó. Se esforzó por oír algún mensaje de los ancestros guerreros del Clan Estelar, pero todo lo que escuchaba era el movimiento de las aguas rápidas y negras y los maullidos de sus compañeros.

– ¿Qué tiene de especial?- preguntó Garra Afilada.

Estrella de Fuego observó a cada gato del Clan del Cielo antes de contestar. Guardián Celestial les había dicho que aquella era una cueva especial para los curanderos, pero no quería destruir su confianza diciéndoles a sus nuevos compañeros que aún les faltaba un miembro importante para ser un clan real. En su lugar, quería ver si alguno de los otros gatos escuchaba las voces; para su gran decepción, todos miraban a su alrededor cautelosamente, con respeto, pero sin signos de comprender el profundo significado de la cueva… Ni siquiera Motea Hojas que parecía ser lo suficientemente empática como para ser una curandera potencial.

– Ya le encontraremos uso cuando sea necesario- le dijo a Garra Afilada, reprimiendo un suspiro- Todo a su tiempo.

El macho atigrado le lanzó una mirada de ojos entrecerrados, pero no dijo nada más y se limitó a tomar la delantera hacia la salida.

Estrella de Fuego aguardó a que todos se hubieran ido antes de escuchar una última vez las voces que las crías habían oído. El pelo de su manto empezó a levantarse; era posible que, muy lejano y difuso, hubiera algo, pero no estaba seguro. ¿Cómo iba a poner en contacto al nuevo clan con los espíritus del antiguo Clan del Cielo si

ni siquiera él los oía?

– ¿Estáis ahí?- maulló en voz alta, esperando que los ancestros guerreros le escucharan- Si es así, mostraos. Y por el bien del nuevo clan, por favor, enviadnos a un curandero.

# Capítulo 27

Estrella de Fuego se sentó al borde del área arenosa de entrenamiento, mirando como Tormenta de Arena trabajaba con Cola de Trébol. Habían pasado unos cuantos días desde que la gata marrón claro accediera a participar en las sesiones.

Seguía nerviosa, insegura sobre su lugar en el clan, pero daba todo lo que tenía.

Se agachó con la cola azotando el aire y la mirada clavada en Tormenta de Arena. Cuando la gata rojiza saltó, Cola de Trébol la agarró y le dio la vuelta para inmovilizarla sobre la arena. Sus tras crías, que observaban al lado de Estrella de Fuego, brincaron arriba y abajo con maullidos de júbilo.

– ¡Sí!- aulló Pequeña Roca- ¡Vamos, Cola de Trébol!

– ¡Muérdele el cuello!- le instó pequeño Brinco.

Tormenta de Arena se libró de Cola de Trébol y miró a las tras crías escupiendo un puñado de arena.

– ¿Os importa?- maulló- Esperad a que seáis aprendices. Yo sí que os voy a enseñar a morder cuellos.

Las tres crías sufrieron un ataque de ronroneos y risas con las diminutas colas agitándose en el aire.

– No sirve- Estrella de Fuego le retorció una oreja- Saben que no eres tan fiera como intentas parecer.

Tormenta de Arena le ignoró.

– Lo estás haciendo realmente bien- le dijo a Cola de Trébol- Deberías cuidar…

Se interrumpió de golpe ante el sonido de unos aullidos que provenían quebrada abajo. Estrella de Fuego se levantó de un salto.

Movió la cola en dirección a Tormenta de Arena.

– Vamos. Cola de Trébol, tú quédate aquí con las crías.

Sin esperar a ver si Cola de Trébol le obedecía, corrió quebrada abajo. Tormenta de Arena le seguía los talones. Un latido de corazón después llegaron al Montón de Rocas y el aullido cesó. El silencio era casi tan aterrador como el sonido.

Rodeando las rocas más bajas del Montón de Rocas, Estrella de Fuego derrapó hasta detenerse. A un par de colas de distancia estaba Pelaje Lluvioso, el proscrito gris que se había negado a formar parte del clan. Sus costados se agitaban al tiempo que luchaba por recuperar el aliento.

Pie Parcheado estaba frente a él con el pelaje erizado y enseñándole los dientes con un gruñido. Motea Hojas y Garra Afilada se encontraban cerca, con sus aprendices, y dispuestos a luchar contra el intruso en caso de necesidad.

– Fuera- dijo Pie Parcheado con voz áspera- Tuviste la oportunidad y la rechazaste. Ahora largo, a no ser que quieras que te despelleje.

– Espera- maulló Estrella de Fuego, acercándose para interponerse entre Pelaje Lluvioso y Pie Parcheado- ¿Qué ocurre?

– Pelaje Lluvioso sabe que se supone que no tiene que venir aquí- empezó a contar Pie Parcheado.

Estrella de Fuego tocó el omóplato del macho negro y blanco con la cola.

– Deja que sea Pelaje Lluvioso quien hable.

Para entonces, el proscrito gris ya había recuperado el aliente.

– Necesito vuestra ayuda- maulló- Por favor, Estrella de Fuego. No se trata de mí si no de mi pareja y sus crías.

Hasta ese momento Estrella de Fuego ni siquiera sabía que

Pelaje Lluvioso tenía una pareja.

– ¿Qué le ocurre?

– Pétalo es una minina doméstica- explicó Pelaje Lluvioso- Vive río abajo…- agitó la cola hacia la otra parte de la quebrada- con un viejo Dos Patas que apenas la alimenta. Solía escabullirse para verme y yo cazaba para ella. Intenté convencerla de que se viniera a vivir conmigo, pero tenía miedo, sobre todo al descubrir que iba a tener crías. Pensó que el Dos Patas cuidaría de ellos.

– ¿Y cuando no lo hizo?- le preguntó Tormenta de Arena, anonadada.

Pelaje Lluvioso negó impotentemente con la cabeza.

– No fui capaz de convencerla. Pero ahora que han nacido las crías el Dos Patas sigue siendo igual de malo o peor. Pétalo se debilita cada vez más y no tiene leche suficiente para mantenerlas con vida. ¡Tenéis que ayudarnos!

Motea Hojas miró a Estrella de Fuego.

– Creo que debemos ir.

– Un momento- sin esperar la respuesta de Estrella de Fuego, Garra Afilada se acercó y le lanzó a Pelaje Lluvioso una mirada suspicaz.

– Si tu pareja podía escabullirse para verte, ¿por qué no lo hacer ahora con las crías?- y a Estrella de Fuego añadió- Creo que nos está tendiendo una trampa.

El pelo del pescuezo de Pelaje Lluvioso se erizó.

– ¿Y para qué querría hacerlo?- maulló- No puede salir porque el Dos Patas bloqueó la salida que usaba.- le recorrió un escalofrío y arañó la tierra, frustrado- Van a morir todos y no sé qué hacer.

– Iremos- decidió Estrella de Fuego- ¿Cuántas crías son?

– Dos- contestó Pelaje Lluvioso, parpadeando impactado y

aliviado.

– Vale- maulló Estrella de Fuego- Garra Afilada, Motea Hojas, Pie Parcheado, vosotros venís conmigo. Eso será suficiente para distraer al Dos Patas y sacar a las crías. Tormenta de Arena, te quedas al cargo hasta que vuelva.

– De acuerdo- la cola de Tormenta de Arena se curvó en el aire- Buena suerte- agregó.

Pelaje Lluvioso condujo río abajo a la patrulla del Clan del Cielo y cruzó el río por el tronco caído. Escalaron el risco y atravesaron las marcas de olor de la frontera del Clan del Cielo, siempre río abajo.

Aquel era territorio desconocido para Estrella de Fuego; enderezó las orejas con todos los sentidos alerta, pero nada perturbó la quietud de los bosques.

Al final, Pelaje Lluvioso se detuvo alzando la cola a modo de advertencia.

– La guarida Dos Patas está justo ahí delante- explicó, señalando con la cabeza un matojo de zarzos- Tenemos que evitar que el Dos Patas nos vea. Ya me ha tirado cosas antes.

Estrella de Fuego tomó la delantera, arrastrándose alrededor del zarzo con el estómago pegado a la hierba. Se detuvo al ver la guarida Dos Patas y la analizó con cautela. Una valla de madera la rodeaba pero estaba parcialmente rota y los arbustos la cubrían a ambos lados. Al otro lado, la guarida se mostraba oscura y silenciosa. Estrella de Fuego captó olores fuertes a Dos Patas y gato, pero no vio ningún movimiento.

-Vale, vamos- murmuró por encima del omóplato- Pero manteneos en silencio.

Volvió a arrastrarse siguiendo la línea de la valla Dos Patas

hasta un hueco al pie, por donde se escurrió hasta el jardín.

Se encontró rodeado de gruesos arbustos tan salvajes que apenas se colaba por entre sus ramas la luz del sol. Al otro lado se extendía un espacio de hierba alta y desigual que llevaba hasta la misma guarida. Flores Dos Patas circundaban la hierba, pero desordenadas y salvajes, no con la elegancia de la mayoría de los jardines Dos Patas.

Las enredaderas crecían a lo largo de las paredes de la guarida y Estrella de Fuego vio un agujero en el tejado. Parecía tan descuidada como la guarida abandonada donde Tormenta de Arena y él pasaron la noche río arriba.

– ¿Aquí viven Dos Payas?- susurró Motea Hojas tras el omóplato de Estrella de Fuego.

– Ahí es donde está Pétalo- Pelaje Lluvioso señaló con la cola un hueco en la pared de la guarida.

Estrella de Fuego captó un maullido tenue y se fijó en un borrón claro tras la dura cosa transparente que cubría el hueco.

– ¡Ahí está!- maulló Pelaje Lluvioso. Adelantó a Estrella de Fuego y saltó a la cornisa a las afueras del hueco de la pared.

– Idiota- murmuró Garra Afilada- Va a hacer que nos atrapen.

Pero casi al instante, Pelaje Lluvioso volvió a saltar y retrocedió para reunirse con el grupo, casi invisible en la hierba alta.

– Quiere venir con nosotros- informó- Pero antes tenemos que sacarla de ahí.

Alerta por si oía ruidos Dos Patas, Estrella de Fuego se giró hacia su patrulla.

– ¿Alguna idea?

Garra Afilada contempló la guarida a través de unos ojos entornados.

– Quizá debamos echar un vistazo al otro lado. Tenemos que encontrar una forma de entrar.

– Pero Pelaje Lluvioso dijo que el Dos Patas mantenía encerrada a Pétalo.- recordó Motea Hojas- Lo que supone que no hay manera de entrar o salir.

– Pues vamos a tener que obligar al Dos Patas a abrir la perta.

Estrella de Fuego observó a cada uno de sus guerreros por turnos; Pie Parcheado estaba en blanco y Garra Afilada rasgaba impacientemente la tierra bajo sus patas. Pelaje Lluvioso no dejaba de lanzar miradas ansiosas a la guarida mientras que los ojos de Motea Hojas estaban pensativos.

– Alguien va a tener que entrar- maulló- Si Pétalo está tan débil como dice Pelaje Lluvioso no va a ser capaz de sacar a su crías.

Estrella de Fuego ya tenía un par de ideas, pero quería que los gatos del Clan del Cielo alcanzaran las suyas propias. Nunca se harían independientes si acudían a él para todo.

– ¿Qué atraería al Dos Patas?- instó.

– ¡Una pelea de gatos!- exclamó Garra Afilada- Pelaje Lluvioso, dices que el Dos Patas te tiraba cosas cuando te veía. Tendría que abrir la puerta para hacerlo.

– ¡Brillante!- los ojos de Pelaje Lluvioso resplandecían- El resto podemos colarnos dentro para ayudar a Pétalo.

Estrella de Fuego asintió.

– Correcto. Garra Afilada, Pie Parcheado, vosotros lucharéis. Haced tanto ruido como queráis pero esperad a mi señal. Motea Hojas, Pelaje Lluvioso, venid conmigo.

Con el proscrito y la gata atigrada a sus espaldas, Estrella de Fuego se deslizó por la hierba alta hasta pararse frente a Pétalo. La gata miraba afuera con la nariz pegada a la ventana.

Pelaje Lluvioso volvió a saltar a su lado y llamó a Estrella de Fuego con la cola.

– Ven- maulló- Dile lo que tiene que hacer.

Indicándole a Motea Hojas que se quedara donde estaba, Estrella De Fuego saltó sobre la cornisa, al lado del proscrito. Cada pelo de su manto cosquilleó de pesar al ver el aspecto de Pétalo por primera vez. Su pelaje era de un gris tan claro que casi parecía blanco, y estaba tan carcomida por el hambre que veía cada costilla. Sus ojos azules estaban ensanchados en un súplica mida.

Un fragmento de aquella cosa transparente se había roto, dejando un hueco lo suficientemente grande como para que se colara un gato, pero había sido bloqueada por un trozo de madera, atrapando dentro a Pétalo y sus crías.

– Pelaje Lluvioso dice que vais a ayudar a mis crías- maulló Pétalo con la boca cerca del borde de la madera.

Estrella de Fuego le contó rápidamente lo que los otros guerreros y él habían decidido.

– Cuando se abra la puerta, tres de nosotros entraremos- le dijo- Os sacaremos a ti y a tus crías y nos reuniremos con los demás. Estate preparada para correr cuando te lo diga.

Pétalo asintió.

– Ya estoy lista.

– Bien, hagámoslo.- Estrella de Fuego saltó a la hierba, al lado de Motea Hojas.

En cuanto Pelaje Lluvioso se reunió con ellos, agitó la cola hacia donde se agazapaban Garra Afilada y Pie Parcheado, al borde de los arbustos.

Inmediatamente, Garra Afilada soltó un terrorífico chillido.

Pie Parcheado se sumó a él con un escalofriante maullido. Los

dos machos saltaron sobre el otro y rodaron en la hierba, aumentando cada vez más sus aullidos.

Un instante después, Estrella de Fuego oyó una voz Dos Patas en el interior de la guarida, que gritaba llevado por la rabia.

– ¡Funciona!- susurró Motea Hojas.

La puerta de la guarida se abrió de golpe. Un Dos Patas salió por ella con sus pelajes harapientos y sus ojos hinchados de ira. Sujetaba una cosa Dos Patas en cada mano. Sin dejar de gritar, tiró una de ellas a los gatos que forcejeaban; voló sobre sus cabezas e impactó contra los arbustos.

– ¡Ahora!- chilló Estrella de Fuego.

Llevó a los otros gatos por la pared de la guarida hasta llegar a la puerta, y se colaron por ella. Estrella de Fuego reconoció la cocina Dos Patas y curvó los labios ante el olor a comida podrida que salió a su encuentro.

Pelaje Lluvioso movió la cola hacia una puerta interior medio abierta.

– Por aquí.

Mientras Estrella de Fuego le seguía oyó otro golpe fuera y un chillido aún mayor. ¡Clan Estelar ayúdanos!, suplicó, esperando que el Dos Patas no hubiera conseguido darle a uno de sus guerreros.

Al otro lado de la puerta había una guarida pequeña y oscura. Pétalo estaba agachada sobre un lecho de madera al lado de la pared. Un asqueroso pelaje Dos Patas cubría el fondo; en él había una cría gris y un atigrado gris claro, que se retorcían y maullaban impotentes. Un bol de comida vacío se encontraba al lado del lecho con restos de comida de minino doméstico pegados en él y un par de moscas que zumbaban a su alrededor.

– ¡Pobrecitos!- exclamó Motea Hojas, inclinándose para olfatear

suavemente a las dos crías.

– ¿Estáis seguros de que no hay peligro?- preguntó Pétalo con los ojos ensanchados de miedo- ¡Mi Dos Patas va a vernos!

– Tu Dos Patas tiene otras cosas en las que pensar- le dijo Pelaje Lluvioso- Vamos.

Pétalo cogió a una de sus crías por el pescuezo, se incorporó y se encaminó hacia la puerta, tambaleándose un poco.

– Déjame a mí la cría- indicó Estrella de Fuego- Motea Hojas, coge la otra. Pelaje Lluvioso, ayuda a Pétalo.

Con la cría firmemente aferrada, indicó a los otros con la cola que le siguieran. Pero cuando salían de la guarida una sombra bloqueó la luz al otro lado de la puerta.

Allí estaba el Dos Patas, chillando y agitando las patas delanteras.

Estrella de Fuego lanzó una mirada a Motea Hojas y ambos se separaron, rodeando al Dos Patas por ambos lados. Una inmensa pata pelona bajó hacia Estrella de Fuego pero, antes de agarrarle, Pelaje Lluvioso se arrojó hacia el Dos Patas, arañándole la zarpa con las garras. El Dos Patas soltó un chillido de dolor. Mirando por encima del omóplato, Estrella de Fuego atisbó a Pétalo arañando con las garras la pata trasera del Dos Patas.

Estrella de Fuego salió disparado por la puerta exterior al jardín.

Dejando la cría en el suelo, indicó a Motea Hojas que se reuniera con los otros guerreros en los arbustos. A continuación se giró para unirse a la lucha, pero Pelaje Lluvioso y Pétalo huían ya de la guarida. Volviendo a coger a la cría, corrió hacia la valla donde Garra Afilada aguardaba junto al hueco. Empujó a Pétalo y Pelaje Lluvioso hacia Motea Hojas. Para entonces, el Dos Patas se

abalanzaba hacia ellos por el jardín.

– ¡Moveos!- siseó Garra Afilada.

Estrella de Fuego se deslizó por el hueco; el guerrero rojizo le siguió y la patrulla al completo corrió por el bosque con los aullidos del Dos Patas desapareciendo en la lejanía tras ellos. No se detuvieron hasta cruzar las marcas olorosas del Clan del Cielo, cerca de la cima del risco.

Durante unos cuantos latidos de corazón, todos lo que los gatos oyeron fue su propia respiración. Pétalo se apoyaba pesadamente contra el omóplato de Pelaje Lluvioso, pero trastabilló hacia sus crías en cuanto Estrella de Fuego y Motea Hojas las dejaron en el suelo.

– ¿Y si mi Dos Patas viene tras nosotros?- maulló con nerviosismo.- ¿Y si intenta robarme a mis crías?

– Le detendremos- prometió Pelaje Lluvioso, enterrando el hocico en su omóplato.

¿Nosotros?, pensó Estrella de Fuego, aunque no dijo nada. ¿Empezaba Pelaje Lluvioso a apreciar la ayuda que podía esperar de un clan?

Pétalo se hundió junto a sus crías y las cubrió de lametones tranquilizadores. Las crías se enterraron en el pelaje de su estómago, maullando aún de miedo al intentar mamar.

– No tengo leche suficiente- los ojos de Pétalo estaban llenos de pesar al mirar a Estrella de Fuego- Van a morir.

– No, no lo harán- le aseguró Estrella de Fuego- Los llevaremos al campamento y cuidaremos de ellos- Cola de Trébol seguía teniendo leche y no se negaría a ayudar a las pobres cositas.

La esperanza brilló en los ojos de la gata gris.

– ¿Lo haríais de verdad? ¡Oh, muchas gracias!

Motea Hojas se restregó amablemente contra ella.

– Ya no tienes de qué preocuparte.

Cuando llegaron al campamento, Tormenta de arena y los otros acababan de regresar de su entrenamiento. Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión trotaron alegremente para ver a las crías con los pequeños de Cola de Trébol en sus talones.

– ¡Lo conseguisteis!- exclamó Zarpa de Cereza- Me hubiera gustado estar ahí para ayudaros.

– No fue muy difícil- Garra Afilada retorció satisfecho los bigotes.- Tendrías que haber visto a ese estúpido Dos Patas dando vueltas por ahí.

Tormenta de Arena se acercó a las crías y las olfateó suavemente. Su cola azotó furiosamente el aire.

– ¿Para qué quieren gatos los Dos Patas si los van a tratar así?

– No era tan malo antes de que llegaran las crías- maulló Pétalo- Podía salir de la guarida para cazar ratones. Pero en cuanto nacieron, el Dos Patas bloqueó la ventana…

– No tienes que dar explicaciones- Cola de Trébol se adelantó y entrechocó narices con Pétalo.- Tráelos a la maternidad, yo les daré de comer- se giró hacia sus propias crías con una mirada férrea.- Vosotros tres quedaos aquí y dejad que estas crías duerman en paz. Y no os metáis en problemas.

– ¿Cómo, nosotros?- Pequeña Roca estrechó mucho los ojos.

– No temas- le tranquilizó Zarpa de Cereza- Zarpa de Gorrión y yo les echaremos un ojo. Vosotros, vamos.-Agitó la cola para llamar a las crías.- Os enseñaremos la posición del cazador.

Sus ojos chispearon de júbilo y las tres crías de Cola de Trébol desfilaron tras los aprendices de vuelta al área de entrenamiento en la quebrada.

– ¡Yo no somos los más pequeños!- maulló alegremente Pequeña Diminuta.

Una vez se marcharon, Cola de Trébol los condujo a la maternidad y se acomodó en su lecho musgoso. La cueva estaba sumida en las penumbras y fresquita, y la piedra de la entrada bloqueaba la mayor parte de la luz directa del sol.

Estrella de Fuego y Motea Hojas dejaron a las crías al lado del estómago de Cola de Trébol; en un latido de corazón ambas mamaban ansiosamente, sepultadas en su suave pelaje.

Pétalo los miró como si no pudiera creerse lo que estaba viendo.

– No puedo daros las gracias como es debido- susurró. Se tambaleó como si sus patas no pudieran soportarla más y Motea Hojas le ayudó a tumbarse en el suave musgo al lado de Cola de Trébol y sus crías.

– Son uno pequeños muy hermosos- murmuró Cola de Trébol- ¿Cómo se llaman?

– Ese es Menta- contestó Pétalo, señalando con la oreja a la cría gris- Y ese otro Salvia- agregó, indicando a atigrado gris claro- Solía mirar por la venta a las hierbas del jardín Dos Patas.

Pequeña Menta y Pequeña Salvia, pensó Estrella de Fuego preguntándose si Pétalo querría que sus crías crecieran en el clan.

– Te traeré algo de carne fresca- prometió Motea Hojas y salió por la piedra de la entrada.

Estrella de Fuego se despidió de las dos gatas y siguió a Motea Hojas al exterior. Tormenta de Arena le aguardaba a unos pasos de distancia, en la senda.

– Pétalo necesitará algo que le ayude a recuperar fuerzas- le murmuró cuando se reunió con ella- Parece muy débil y enferma.

– ¿Sabes qué hacer por ella?- le preguntó Estrella de Fuego.

– Carbonilla dijo que para dar fuerzas hay que usar bayas de enebro- contestó la gata rojiza- Pero no sé dónde encontrarlas- la punta de su cola se retorció- Necesitan un curandero, ¿verdad?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

– No nos corresponde a nosotros decidirlo- maulló- El Clan Estelar es quien elige a los curanderos. Y aún no he recibido ninguna señal.

– Bueno, espero que el Clan Estelar se decida pronto- respondió ásperamente Tormenta de Arena.- Mientras tanto, haré lo que pueda por Pétalo. Le preguntaré a Garra Afilada si sabe donde crecen los enebros.- se alejó para reunirse con el guerrero rojizo que se agazapaba al lado del montón de carne fresca.

Estrella de Fuego vio a Pelaje Lluvioso a unos zorros de distancia risco arriba, a las afueras de la guarida de los guerreros. Cuando Estrella de Fuego se unió a él, se levantó de un salto.

– ¿Va todo bien?

– Si, todo va bien- maulló Estrella de Fuego, esperando que fuera verdad- ¿Por qué no te acercas y lo miras por ti mismo?

– Si, si no os importa- Pelaje Lluvioso le dio a su pecho un par de lametones avergonzados.

Estrella de Fuego supuso que se sentía extraño al entrar en las guaridas del Clan del Cielo.

– Eres bienvenido de quedarte tanto tiempo como quieras- maulló.

Pelaje Lluvioso le sostuvo tranquilamente la mirada.

– Gracias, Estrella de Fuego, yo…

– Lo habríamos hecho por cualquier gato.

– No, quería decir que siento lo que dije en la reunión.- maulló Pelaje Lluvioso- Y me gustaría quedarme, al menos durante un

tiempo. Pétalo no está lo suficientemente fuerte para irse a ninguna parte y las crías necesitan a Cola de Trébol para alimentarse. Pero solo si os parece bien- agregó.

– Claro. Estaremos encantados de tenerte.

Incluso mientras le daba la bienvenida a la quebrada, Estrella de Fuego se sintió intranquilo. El proscrito gris le trataba como si fuera el líder del Clan del Cielo, pero no lo era, ni quería serlo. Cuanto antes encontrara un líder real, mejor. Garra Afilada era la opción más obvia; era fuerte y valiente, y sus habilidades de combate aventajaban a las de cualquier otro gato. Pero se mostró demasiado interesado en la reunión cuando Estrella de Fuego explicó que los líderes de clan recibían nueve vidas. Esa no era la razón correcta para querer ser el líder de un clan, porque podía instar a un gato a saltar inconscientemente al peligro… esas vidas se perdían con facilidad si no se las trataba con respeto.

No es tu elección, se recordó. Un verdadero líder del clan tenía que contar con la aprobación del Clan Estelar. Miró al cielo, a esa parte inundada de carmesí por donde se ponía el sol. Aún era temprano para que aparecieran las estrellas.

¿Camináis por estos cielos?, preguntó en silencio a los ancestros guerreros del Clan del Cielo. Si es así, por favor, mostrarme al gato correcto para liderar este clan.

# Capítulo 28

Zarpa de Cereza se agazapó al borde del área de entrenamiento, agitando la cola de lado a lado y con los ojos brillantes. Su pelaje carey se erizó al saltar hacia delante y azotar los omóplatos de su mentor con las garras. Garra Afilada fintó en un intento de doblarle las patas; la gata chocó contra él y ambos acabaron forcejeando en la arena.

– ¡Bien hecho!- maulló Estrella de Fuego- Zarpa de Cereza, has aprendido realmente bien ese movimiento.

Ambos gatos se levantaron, resollando y sacudiéndose la arena del pelaje. Zarpa de Cereza lanzó una mirada triunfal a su mentor.

– Un día de estos te venceré- le dijo.

– Eso espero- maulló con calma Garra Afilada- Ese día mi trabajo habrá acabado.

– Me parece que ya ha sido suficiente entrenamiento por hoy- Estrella de Fuego se incorporó- Garra Afilada, cuando regrese Tormenta de Arena de su patrulla de caza, quiero que tú y Motea Hojas les hagáis un examen a vuestros aprendices.

– ¿Qué es eso?- preguntó con curiosidad Zarpa de Cereza.

– Vuestro mentor os asigna una tarea- explicó Estrella de Fuego- Normalmente implica cazar en un sitio en particular. Entonces os siguen y ven como os las apañáis pero sin que vosotros los veáis a ellos. En el Clan del Trueno cada aprendiz…

Se detuvo de golpe al oír pasos apresurado en la quebrada y a un gato aullando su nombre. Dándose media vuelta, vio a Zarpa de Gorrión con el pelaje atigrado erizado y sus ojos ambarinos ensanchados de miedo.

– ¡Nos atacan!- resolló- ¡Pie Parcheado está herido!

– Llévame- espetó Estrella de Fuego.

Zarpa de Gorrión se giró y corrió de vuelta por la quebrada; Estrella de Fuego fue tras él seguido de cerca por Garra Afilada y Zarpa de Cereza.

Cuando doblaron la curva y pasaron el Montón de Rocas, Estrella de Fuego atisbó a Bigotes Cortos y Tormenta de Arena arrastrando a Pie Parcheado por la zona más baja del sendero para depositarlo a la sombra del risco. Su cabeza colgaba inerte y su cola arrastraba por la arena; la sangre goteaba de una herida en su omóplato. El estómago de Estrella de Fuego dio un vuelco.

Cuando se acercó al costado de Pie Parcheado se fijó en que su costado se movía con respiraciones superficiales y rápidas. Sus ojos, abiertos, estaban llenos de dolor y miedo.

– ¿Qué ha pasado?- preguntó Estrella de Fuego, girándose hacia Tormenta de Arena.

La gata apoyó tranquilizadoramente la cola sobre el omóplato sano de Pie Parcheado.

– No temas- maulló- Vamos a dejarte como nuevo- prestando atención a Estrella de Fuego, agregó- Nos atacaron ratas en el granero Dos Patas abandonado.

– ¡Más ratas de las que jamás has visto en tu vida!- jadeó Bigotes Cortos. Tenía el pelaje erizado del susto.

– Luchamos contra ellas- continuó Tormenta de Arena- pero dos saltaron sobre Pie Parcheado.

– Tú también estás herida- señaló Estrella de Fuego al ver una zona de pelaje del costado salpicada de sangre.

Tormenta de Arena retorció una oreja.

– No es nada. Me encargaré de ella cuando haga lo que pueda

por Pie Parcheado.

Para entonces habían aparecido más gatos: Motea Hojas salió de la guarida de los guerreros, mientras que Pétalo y Pelaje Lluvioso, que habían estado jugando con sus crías un poco más río abajo, se acercaron y miraron con nerviosismo al guerrero herido.

– ¿Se va a morir?- la voz de Pétalo tembló.

– Ni si puedo evitarlo- contestó Tormenta de Arena.- Zarpa de Cereza, ve a la Cueva Susurrante y tres algo de musgo. Zarpa de Gorrión, ve a las cuevas vacías y tráeme tantas telarañas como puedas encontrar.

Los bigotes de Zarpa de Gorrión temblaron se sorpresa.

– ¿Telarañas?

– Para detener la hemorragia- Tormenta de Arena agitó la cola hacia él- ¡Deprisa!

En cuanto los dos aprendices se marcharon, Estrella de Fuego y Motea Hojas cogieron a Pie Parcheado y lo llevaron a la cueva más baja, la que Guardián Celestial les había dicho que en una ocasión perteneció al curandero del Clan del Cielo. Contaba con una gran cueva exterior con unas cuantas hendiduras en el suelo y una cueva más pequeña y profunda al otro lado que debió ser la guarida del curandero. En un nicho en la roca, Tormenta de Arena había descubierto unas cuantas hojas vetustas y quebradizas, y el olor a hierbas dulces flotaba en el aire.

Pie Parcheado emitió un quejido cuando sus compañeros le movieron y, cuando le dejaron en la cueva del curandero, ya había perdido la consciencia.

– ¿Crees que podrás ayudarle?- le preguntó Estrella de Fuego.

Los ojos verdes de Tormenta de Arena mostraban miedo.

– No lo sé. Puedo detener la hemorragia con telarañas pero me

preocupa que se le infecten las heridas. Carbonilla usaría caléndula o cola de caballo, pero no sé donde crecen.

– Yo si- la voz pertenecía a Pétalo; la gata gris claro les había seguido y los miraba desde la entrada de la cueva- hay caléndulas en el jardín de mi Dos Patas.

Tormenta de Arena se giró de golpe con la esperanza brillándole en sus ojos verdes.

– ¿Puedes conseguirla?

Pétalo aplastó las orejas; Estrella de Fuego la vio temblar.

– ¿Es… es muy importante?

– Mucho- contestó Tormenta de Arena.

Pétalo enderezó los omóplatos.

– Entonces iré a por ella.

– Oh, no, ni hablar.- Pelaje Lluvioso apareció al lado de Pétalo- Iré yo. Sé donde crece la caléndula.- le dio a Pétalo un lametón en la oreja.- Tú quédate y cuida de las crías que yo volveré antes de que te des cuenta.

– Eso sería fantástico- maulló Estrella de Fuego.

Pelaje Lluvioso salió disparado y Estrella de Fuego se acercó a Pétalo.

– Gracias por ofrecerte, pero no hace falta que vuelvas otra vez a esa guarida Dos Patas.

Pétale le miró con los ojos ensanchados de culpa.

– A veces creo que debería haberme quedado con mi Dos Patas- murmuró- Pero ni siquiera puedo soportar pensar en ello.

– Y no tienes que hacerlo- le dijo Estrella de Fuego- Aquí estás a salvo.

Pétalo agachó la cabeza y se marchó, llamando a sus crías.

Tormenta de Arena se tumbó al lado de Pie Parcheado y empezó

a limpiarle la sangra de la herida del omóplato mediante fuertes pasadas de su lengua. Estrella de Fuego los observó un par de latidos de corazón y, a continuación, volvió al exterior pasando al lado de Zarpa de Cereza que entraba con un gran montón de musgo.

El resto del clan se había reunido en torno a Bigotes Cortos y escuchaban su relato del ataque de las ratas.

– ¡Y salieron en tropel del granero, como un río bravo!- maulló- No podíamos ver el suelo de tantas ratas que había.

– Ya basta- Estrella de Fuego se adelantó y acalló al guerrero atigrado con un movimiento de cola. El clan ya estaba lo suficientemente conmocionado por las heridas de Pie Parcheado sin la necesidad de oír las exageradas historias de cómo había llegado a tenerlas.- Ya he tratado con ratas antes- continuó diciendo- Son criaturas apestosas, pero una patrulla de gatos fuertes puede con ellas. Garra Afilada, tú vendrás conmigo. Y Zarpa de Cereza…- llamó a la aprendiza con la cola cuando apareció por la cueva del curandero- Iremos a echar un vistazo nosotros mismos.

– ¿No te alegras de haber practicado tanto esas técnicas de combate?- le murmuró Garra Afilada a su aprendiza.

La única respuesta de Zarpa de Cereza fue un entusiasta movimiento de cola; sus ojos brillaban de entusiasmo.

– Motea Hojas, te quedas a cargo del campamento mientras estemos fuera. Si fuera tú metería a todas esas crías en la maternidad con Cola de Trébol y apostaría guardias en la entrada. Solo por si acaso.

La gata atigrada agachó la cabeza.

– No temas, Estrella de Fuego. Estaremos bien- se alejó trotando para reunir a las crías.

Estrella de Fuego lanzó una última mirada al campamento y, a

continuación, se encaminó risco arriba por las sendas rocosas hasta la cima. Ahí no había olor a rata, solo el hedor de la sangre de Pie Parcheado, aunque ordenó a la patrulla que se mantuviera en silencio y se arrastraron por la floresta y la maleza tan sigilosamente como fueron capaces hasta el granero Dos Patas.

Mucho antes de llegar a él empezó a captar el fuerte olor a rata y según iban acercándose volvió a invadirle aquella sensación de fuerza malévola, de fríos ojos que le observaban desde las sombras. Estrella de Fuego se estremeció desde las raíces de su pelaje.

¡Ratas!

Eso era lo que había sentido en la floresta río abajo.

Ratas cuyo odio hacia los gatos se derramaba como un oscuro y venenoso río. Se sorprendió de la fuerza de ese odio y en lo centrado que estaba. Las ratas con las que se había topado antes habían sido crueles, pero no así, tan resueltas y arteras.

Todo estaba en silencio cuando la patrulla del Clan del Cielo alcanzó la valla resplandeciente que circundaba el granero. Los huecos irregulares de las paredes parecían mirarles pero, salvo por el olor, no había rastro de ratas.

– ¡Por aquí, Estrella de Fuego!- Garra Afilada olfateaba el suelo un poco más delante de la valla y llamó a su líder con la cola.

Cuando se reunió con el macho rojizo, Estrella de Fuego vio que el suelo estaba revuelto a causa de garras y que había zonas de tierra manchadas aún con trazos de sangre.

– Aquí debió ocurrir el ataque- maulló Garra Afilada.

Estrella de Fuego asintió. Justo al otro lado de la tierra revuelta había un hueco en la base de la valla resplandeciente, lo suficientemente grande como para que se colara un gato. Durante un latido de corazón se le pegaron las patas al suelo y, luego, se

sacudió el pelaje. Solo eran una banda de ratas, nada de lo que no pudiera ocuparse siempre y cuando tuviera a sus espaldas fuertes guerreros.

– Vale- murmuró- Vamos a entrar. Zarpa de Cereza, sígueme. Garra Afilada, echa un ojo detrás.

Con las orejas enderezadas y retorciendo los bigotes, se deslizó por el hueco y atravesó lentamente la superficie blanca hacia el granero. No hubo señales de movimiento. A Estrella de Fuego le hubiera encantado pensar que Tormenta de Arena y su patrullaba habían ahuyentado a las ratas, pero la abrumadora sensación de estar siendo observado se lo impedía.

– ¿Vamos a entrar?- le preguntó Garra Afilada.

– No a no ser que sea necesario- contestó Estrella de Fuego- Pueden hacer lo que quieran en su territorio. Solo vamos a echar un vistazo por aquí y luego…

Se calló con todo el pelo de su pelaje erizado de horror. Con un susurro de patas diminutas, las ratas empezaron a salir en tropel de uno de los agujeros de las paredes del granero, más ratas de las que había visto en su vida, más de las que imaginaba que pudieran vivir en un granero.

Girándose de golpe, vi que aún salían más por otro agujero. Los dos afluentes rodearon a los tres gatos, un susurrante torrente de cuerpos marrones y largas colas delgadas. Ninguna emitió sonido; solo se oía el pequeño y terrible golpeteo de sus pies correteando al adoptar sin pausa, con un propósito, una formación. Estrella de Fuego y su patrulla quedaron rodeados; una masa infinita de ratas se detuvo a una cola de distancia, bloqueándoles la salida por el hueco en la valla. Sus diminutos ojos resplandecientes estaban llenos de malicia.

¡Bigotes Cortos no había exagerado!, pensó con horror Estrella de Fuego. Es cierto que no puedes ver el suelo de tantas ratas que hay.

Garra Afilada adoptó una posición agazapada, listo para saltar con los dientes descubiertos en un gruñido. Estrella de Fuego se colocó a su lado lanzando una mirada a Zarpa de Cereza. Los ojos de la joven carey destellaban de terror, aunque plantaba cara a sus enemigos e intentó mantenerse firme a pesar de que le temblaban las patas.

– Muy bien- murmuró Estrella de Fuego- Cuando alce la cola corred a la valla.

Garra Afilada azotó el aire con la cola a modo de entendimiento.

Estrella de Fuego se tensó, listo para dar la señal, y se arrepintió de no haberle dicho adiós a Tormenta de Arena. Pero antes de que se moviera, la masa de ratas se abrió y una sola se acercó al hueco entre gatos y roedores. Era más grande que la mayoría de las otras y poseía un nervudo cuerpo musculado y unos curvados dientes amarillos.

– Bien- gruñó Garra Afilada- Así que tú quieres morir primero ¿no?

La cabeza en forma de cuña de la rata se agitó de adelante atrás mientras sus ojos se posaban malignamente sobre cada gato, y empezó a hablar.

Para sorpresa de Estrella de Fuego, podía entenderla, aunque las palabras estaban tan retorcidas que era complicado adivinar su significado.

– Ratas no mueren- su voz rechinó como unas garras rasgando la roca- Los gatos mueren.

Garra Afilada sacó las garras.

– Estás muy segura, ¿no?

– Idos- siguió diciendo la rata- Idos todos los gatos. Ya os matamos antes; ahora os mataremos otra vez.

– ¿Ya nos habíais matado antes?- exclamó Estrella de Fuego.

– Esta vez dejamos vivir al gato blanco y negro- los ojos de la rata brillaron de odio- Pero solo esta vez. Quedaos junto al río y morís.

Retorció la cola sobre el lomo y, como si aguardaran la señal, las otras ratas se separaron otra vez en dos afluentes y regresaron al granero. La rata que había hablado se coló entre ellas y desapareció de la vista.

Estrella de Fuego movió su propia cola en dirección al hueco.

– ¡Corred!

Mientras Zarpa de Cereza y Garra Afilada se deslizaban hacia la maleza, Estrella de Fuego se giró para mirar el granero. El corazón le latía con fuerza, como si le fuera a romper el pecho.

– La quebrada es nuestra- gritó al río de cuerpos en retirada- Y no nos vamos a ir.

A continuación dio media vuelta, pasó por el hueco, y corrió por el espacio abierto con Zarpa de Cereza y Garra Afilada a su lado. No se detuvieron hasta que llegaron al cobijo proporcionado por los arbustos de la cima del risco.

– ¡Nunca antes había visto tanta ratas!- resolló Zarpa de Cereza con los ojos ensanchados.

– Ni yo- admitió Estrella de Fuego- Y nunca me he cruzado con una rata que pudiera hablarle a los gatos.

Garra Afilada se acicalaba rápidamente, como si intentara ocultar lo preocupado que estaba.

– Yo tampoco, pero sí que he oído hablar de ratas así… ratas

capaces de pensar, planear y odiar. Mi madre me contaba historias y yo siempre pensé que eran eso, cuentos.

– Ojalá- el temor de Estrella de Fuego crecía- Ha dicho que ya nos había matado antes. Tengo el oscuro presentimiento de que sé a qué se refiere.

– ¿Cómo?- preguntó Zarpa de Cereza.

Estrella de Fuego no estaba listo para responderle; antes tenía que cerciorarse de una cosa. Indicando a los otros que le siguieran con un movimiento de cola, se abrió paso entre los arbustos del risco y bajó la senda hasta la guarida de los guerreros.

– Mirad- maulló, apuntando con la cola las marcas de la columna rocosa de la entrada.

– Si, son las marcas de las garras de nuestros antepasados- asintió Garra Afilada.

– Mirad las marcas más pequeñas de la base, las que van de lado a lado en vez de arriba abajo. Siempre pensé que las habían hecho crías, pero ahora creo que son marcas de ratas.

Acercándose aún más, Estrella de Fuego las comparó en su memoria con las diminutas garras de las ratas. Ninguna cría tendría garras tan afiladas.

Los ojos de Zarpa de Cereza se ensancharon mucho.

– ¿Las ratas vinieron aquí?

Estrella de Fuego asintió.

– Siempre hemos sabido que hubo algo que expulsó de aquí al primer Clan del Cielo y los diseminó, por lo que el clan quedó destruido. Ahora creo que sé qué fue ese algo.

– ¡Las ratas!- gruñó Garra Afilada.

– Las ratas- coincidió Estrella de Fuego.

Mirando a las marcas diminutas, grabadas sobras aquellas

hechas por los gatos, Estrella de Fuego se imaginó fácilmente esas hordas de ratas entrando en la quebrada y sobrepasando a los guerreros del Clan del Cielo. Había dejado las marcas en la cueva para proclamar su victoria. Estrella de Fuego no dudaba que estaba mirando el recordatorio de la derrota del Clan del Cielo.

Aquel era el secreto que Guardián Celestial se había negado a contarle, el secreto de cómo el primer Clan del Cielo fue expulsado de la quebrada. El odio de las ratas pasado de generación en generación y ahora había alimentado al líder que Estrella de Fuego y su patrulla habían visto fuera del granero… la rata que hablaba gatuno, que podía aprender el lenguaje de sus enemigos para hacerles saber, exactamente, lo que les haría. No se detendría ante nada para librar su territorio de gatos, tal y como hicieron hacía tanto sus ancestros.

Estrella de Fuego clavó las garras en el suelo arenoso. ¿Es que el Clan del Cielo estaba condenado a abandonar otra vez su hogar, tal y como les pasara a sus ancestros?

Salió de la guarida y miró la quebrada.

Las nubes cubrían el cielo aunque se atisbaba un pálido rayo de luz ahí donde el sol intentaba abrirse paso entre ellas. Poco a poco, las nubes crearon una forma compuesta de luces y sombras, hasta que el rostro del ancestro del Clan del Cielo le miró con ojos llenos de sabiduría. Las patas de Estrella de Fuego parecieron congelársele en el suelo y cada pelo del pelaje le cosquilleó. ¿Por qué aparecería ahora el ancestro del Clan del Cielo, tras tanto tiempo sin aparecer? De alguna forma, Estrella de Fuego supo que se debía al hecho de que había alguna forma de vencer a las ratas y salvar al clan.

Las nubes volvieron a moverse y el rostro del ancestro desapareció.

Pero el ánimo que le había dado a Estrella de Fuego fluía por su cuerpo, de las orejas a la punta de la cola.

– Vamos- maulló, mirando a Garra Afilada por encima del omóplato- Voy a celebrar una reunión de clan.

– Gatos del Clan del Cielo- Estrella de Fuego se alzaba sobre la cima del Montón de Rocas con el pelaje flamígero resplandeciente bajo un rayo de luz solar.- Todos habéis oído lo que ha ocurrido hoy, primero a la patrulla de Tormenta de Arena y luego al volver yo con Garra Afilada y Zarpa de Cereza. Ahora tenemos que decidir lo que vamos a hacer.- con una pausa, dejó que su mirada recorriera el clan. Todos los gatos estaba sentados unos cerca de los otros, como si precisaran de apoyo físico por parte de sus compañeros. Falta Pétalo que cuidaba de las crías en la maternidad, pero Pelaje Lluvioso esta allí a pesar de que no era un guerrero de clan. Tormenta de Arena se sentaba a la entrada de la guarida del curandero desde donde vigilaría a Pie Retaza escuchando a la vez lo que se dijera en la reunión.

– ¿Podemos hacer algo?- preguntó Motea Hojas- Si hay tantas ratas como dices, ¿cómo vamos a vencerlas?- sus ojos se encontraron con los de Estrella de Fuego al habla; no tenía miedo ni desesperaba, pero el líder supo que la gata no quería luchar una batalla que no podían ganar.

Supo, también, que debía ser honesto con ella.

– Va a ser duro. Nunca me había cruzado con ratas así. Pero no tenemos que matarlas a todas. Solo a las suficientes como para obligarlas a quedarse en su propio territorio.

– Expulsaron al primer clan- maulló nervioso Zarpa de Gorrión

– ¿Por qué iba a ser ahora diferente?- coincidió Bigotes Cortos con un susurro y retorciendo los bigotes.

– Al menos sabemos a lo que nos enfrentamos- contestó Estrella de Fuego.

Pasó las garras por la roca, desesperado por convertir a aquel montón de gatos temblorosos en un clan de guerreros leales y decididos.

– Vuestros ancestros guerreros os observan- les dijo, esperando que fuera verdad- Lucharéis por su bien y no solo por el vuestro. ¡Es vuestra oportunidad de buscar venganza!

– ¿Por qué?- quiso saber Zarpa de Cereza- Nunca hemos conocido a nuestros ancestros guerreros. Vale, si, vivimos en su campamento pero eso no significa que tengamos que luchar sus batallas.

Cola de Trébol asintió, adelantándose hasta situarse al lado de la gata carey.

– Zarpa de Cereza tiene razón. Tenemos que decidir lo que es mejor para nosotros, no lo que es mejor para unos gatos muertos que ya perdieron su lucha.

Estrella de Fuego dio un respingo; las palabras de Cola de Trébol eran duras, aunque acertadas.

– ¿Y qué pasa con las crías?- se preocupó Bigotes Cortos- Ellas no pueden luchar. Pero las ratas las matarán si vienen aquí.

Pelaje Lluvioso enseñó los dientes.

– Sobre mi cadáver.

Estrella de Fuego les miró, frustrado. Bigotes Cortos no entendía en absoluto que el código guerrero protegía sobre todo a los miembros débiles del clan. Y Pelaje Lluvioso no se daba cuenta de que podía confiar en el clan para obtener ayuda.

Antes de que hablara otra vez, Garra Afilada se adelantó un paso.

– ¿Qué sois, guerreros o ratones? ¿Vais a dejar que las presas os den una paliza? Yo mismo lucharé hasta la muerte si es necesario… y tantas veces como tenga que hacerlo- agregó con una mirada oscura a Estrella de Fuego.

El líder del Clan del Trueno se tensó. Garra Afilada no podía dejar más claro que esperaba ser escogido como líder del clan.

Pero al menos parecía haber eliminado ese abatimiento que pesaba por el clan como una niebla húmeda.

– No hay razón para que todos los guerreros luchen hasta la muerte- remarcó suavemente Estrella de Fuego- Porque luego no quedaría clan por el que luchar. Pero pensad en esto- continuó- si no queréis luchar por vuestros ancestros guerreros, ¿por qué no lucháis por vosotros mismos? Habéis llegado tan lejos… habéis creado un hogar aquí, y rescatado a Pétalo y sus crías. ¿No merece la pena luchar por eso?

Su corazón se aceleró al ver que, por fin, estaba llegando a ellos.

– Este es un buen hogar para todos- maulló, agitando la cola para abarcar tanto el río como las cuevas del campamento.- Todos habéis trabajado duro por él y os merecéis quedaros aquí. ¿Vais a dejar que unas ratas os echen?

– ¡No! Nos quedamos- siseó Garra Afilada- Y abriremos en canal a cualquier rata que intente detenernos.

– ¡Sí!- chilló Zarpa de Cereza, dando un salto adelante.

– ¡Lucharemos!- Zarpa de Gorrión saltó para situarse a su lado y el resto del clan gritó en acuerdo.

– ¡Lucharemos!

Estrella de Fuego miró por encima de sus cabezas a donde estaba sentada Tormenta de Arena, a las afueras de la guarida del

curandero. Sus ojos se encontraron.

Oh, Clan Estelar, pensó Estrella de Fuego, espero no estar llevándoles a sus muertes.

# Capítulo 29

– ¿Cómo está Pie Parcheado?- preguntó Estrella de Fuego al deslizarse en la guarida del curandero. Había caído la noche y la media luna lanzaba su luz plateada sobre la quebrada. En el bosque, los curanderos estarían de camino hacia las Rocas Altas para su segundo encuentro. Estrella de Fuego deseó contar ahora con los beneficios de la sabiduría de Carbonilla.

Tormenta de Arena levantó la mirada cuando entró, con los ojos llenos de pesar.

– Está peor- maulló- Su herida se ha infectado… lo que me temía.

– ¿Has intentado darle caléndula?- le preguntó Estrella de Fuego, acercándose para mirara a Pie Parcheado. El guerrero blanco y negro se agitaba, inquieto, en sueños y emitió un gemido de dolor.

Tormenta de Arena asintió.

– Pétalo y Pelaje Lluvioso me han traído mucha, pero no surte efecto. Me gustaría que hubiese algo más fuerte para los mordiscos de rata, pero si lo hay, Carbonilla no me lo comentó- azotó el aire con la cola, frustrada.

– No puedes esperar haberlo aprendido todo en el tiempo que tuvimos antes de irnos- le consoló Estrella de Fuego- Sé que lo estás haciendo lo mejor que puedes.

– Pues bien poco será si Pie Parcheado muere.

Estrella de Fuego quiso tranquilizarla, pero sabía que las palabras le parecerían huecas. Notaba el calor de la fiebre que emanaba del cuerpo de Pie Parcheado. Sus patas se retorcieron mientras lo observaba; abrió los ojos nublados por el dolor y soltó otro gemido.

Tormenta de Arena apoyó la cola tiernamente sobre su cabeza; los ojos del gato blanco y negro volvieron a cerrar y parecía hundirse en un sueño más tranquila.

– No puede seguir así- murmuró Tormenta de Arena- Ningún gato podría.

Estrella de Fuego le pasó la lengua por la oreja pero antes de poder decir palabra para animarla, oyó unas pisadas suaves tras él. Un olor dulce flotó a su alrededor y todo el pelo de su manto empezó a cosquillearle. ¿Jaspeada?

Dándose media vuelta vio el pálido contorno de una gata carey rodeada por el gélido resplandor del Clan Estelar. Dejó en el suelo un puñado de hierbas y se acercó para acomodarse al lado de Pie Parcheado, justo entre Estrella de Fuego y Tormenta de Arena.

¿Estoy soñando?, se preguntó Estrella de Fuego. ¿Cuándo me he quedado dormido?

En ese momento las orejas de Tormenta de Arena se

enderezaron; se giró y sus ojos se ensancharon de incredulidad.

– ¡Jaspeada!

Estrella de Fuego abrió las fauces para hablar, pero de ellas no salió no el más débil de los maullidos. ¿Cómo podía verla si estaba en su sueño?

– Jaspeada, ¿cómo…?

Jaspeada le silencio restregándole el hocico.

– He venido porque me necesitáis.- se volvió hacia las hierbas y las empujó hacia Tormenta de Arena- Las raíces de bardana sirven contra los mordiscos de ratas.

Tormenta de Arena miraba a la curandera del Clan Estelar como si no se creyera que la estaba viendo. Cuando las hojas brillantes susurraron entre sus patas parpadeó y se agachó para olfatearlas.

– ¿Esto ayudará a Pie Parcheado?

Jaspeada asintió.

– Yo masticaré las raíces. Tú puedes limpiarle la herida de caléndula.

Como si se hubiera decidido a no pensar mucho en lo que ocurría, Tormenta de Arena empezó a limpiar la caléndula machacada del omóplato de Pie Parcheado. Estrella de Fuego observó, mudo, como Jaspeada se agazapaba al lado de la bardana, metía las patas bajo el pecho y empezaba a masticar las raíces. Cuando la pulpa estuvo lista, le enseñó como usarla a Tormenta de Arena, colocándola firmemente sobre la herida.

Pie Parcheado se removió, inquieto; Jaspeada se inclinó sobre él.

– Duerme ahora- le susurró al oído- Todo saldrá bien; te lo prometo.

Como si la escuchara, Pie Parcheado suspiró y parecía

tranquilizarse.

Tormenta de Arena parpadeó nerviosa.

– ¿Se pondrá bien ahora?

Jaspeada asintió.

– Sigue poniéndole las raíces en la herida. Encontrarás más en el bosque junto al arroyo que marca la frontera. Enséñales las hojas a tus guerreros, así sabrán qué es lo que buscan.

– Gracias, Jaspeada- maulló Estrella de Fuego. Y, restregando el pelaje de la curandera, añadió- No sabía que vendrías tan lejos para ayudarnos. No te he visto desde que dejamos el bosque.

Demasiado tarde, se dio cuenta de que Tormenta de Arena se envaraba a su lado.

– ¿Quieres decir que ya habías visto antes a Jaspeada?

Estrella de Fuego se volvió a ella y vio furia y dolor en sus ojos verdes.

– Jaspeada me visita en sueños. Me ayuda…

– ¡Nunca me lo has dicho!

El estómago de Estrella de Fuego dio un vuelco de culpabilidad. Sabía lo insegura que se sentía Tormenta de Arena al pensar en Jaspeada, pues conocía el vínculo que habían compartido ella y Estrella de Fuego cuando fue curandera del Clan del Trueno. Pero es que él nunca había pensado que la traicionaba al reunirse con Jaspeada en sueños.

Antes de responder, Jaspeada se interpuso entre ambos y apoyó la punta de la cola amablemente sobre el omóplato de Tormenta de Arena.

– Paz, querida- murmuró- Estrella de Fuego te ama.

– A ti te ama más- barbotó Tormenta de Arena.

Jaspeada dudó y sus cálidos ojos ambarinos se posaron sobre la

gata rojiza.

– Eso no es verdad. Estrella de Fuego y yo nunca descubrimos lo que podríamos haber significado el uno para el otro.- maulló al final- Viví muy poco tiempo en el bosque después de que se uniera al Clan del Trueno. Pero se bien- su voz se intensificó- que nunca podríamos haber sido pareja. Siempre fui y seré una curandera. Eso es lo primero, más incluso que cualquier gato que camine por el bosque, más incluso que Estrella de Fuego.

Tormenta de Arena analizó el rostro de la gata carey.

– ¿Es eso cierto de verdad?

– Claro- ronroneó Jaspeada- Aún ahora soy curandera, no para mis compañeros del Clan Estelar sino para todos los gatos del bosque.

– Te amo, Tormenta de Arena- intervino Estrella de Fuego- Nunca fuiste mi segunda elección. Mi amor por ti es ahora y aquí, en la vida que compartimos… y durará todas las lunas que estén por venir, te lo prometo.

Tormenta de Arena miró por turnos a Jaspeada y Estrella de Fuego. Al fin tomó aire.

– Gracias, Jaspeada. Nunca he dejado de pensar en cómo parecíais hechos el uno para el otro cuando llegó al bosque. Pero ahora lo comprendo mejor.

– Pensaba que siempre habías sabido cuales eran mis sentimientos por ti- maulló anonadado Estrella de Fuego.

Tormenta de Arena le guiñó un ojo. Aunque en sus ojos se mostraba un amor pleno, también contenían un rastro de exasperación.

– Estrella de Fuego, a veces eres tan obtuso.

Jaspeada inclinó la cabeza.

– Tengo que irme, pero nos volveremos a ver, te lo prometo. Hasta entonces, que el Clan Estelar ilumine vuestros caminos.

– Adiós y gracias… no solo por las raíces de bardana- maulló Estrella de Fuego.

La gata carey se acercó a la entrada de la cueva y se detuvo un latido de corazón para restregarle el pelaje. En voz demasiado baja como para que la escuchara Tormenta de Arena, la gata murmuró:

– A veces daría lo que fuera para que las cosas fueran diferentes.

No esperó respuesta. La luz lunar se había desvanecido; durante un latido de corazón su figura elegante quedó recortada contra la primera luz clara del amanecer del cielo en la zona más alta, al otro lado, de la quebrada; después, desapareció.

Tormenta de Arena sacudió la cabeza.

– ¿Ha sido un sueño o a sucedido de verdad?

Estrella de Fuego se puso a su lado y enterró el hocico en su omóplato.

– Ha sucedido de verdad.

– No me puedo creer que haya venido a ayudarnos.

– Nunca habrá otro gato como ella en el bosque. Pero no es tú, Tormenta de Arena.

La gata se giró para mirarle.

– No más secretos, Estrella de Fuego. Sé que te prometí que intentaría comprender lo importante que es Jaspeada para ti, pero para eso tengo que confiar en ti.

– Puedes confiar en mí- prometió Estrella de Fuego.

Pie Parcheado soltó un suspiro que sacó al líder de la profundidad de los ojos verdes de Tormenta de Arena. El guerrero blanco y negro estaba ahora en silencio y respiraba con mayor facilidad. Parecía incluso dormir más profundamente.

– Va a ponerse bien- maulló Estrella de Fuego- Y creo que también le irá bien al clan.

– Hoy mismo empezaremos con lecciones extra de combate- Estrella de Fuego estaba en la base del Montón de Rocas y el Clan del Cielo se amontonaba a su alrededor. El sol se había alzado sobre la cima del risco y proyectaba sombras largas por la quebrada. – Tenemos que ser tan fuerte como podamos cuando vayamos a luchar contra las ratas.

Tormenta de Arena se encontraba a su lado. Desde que Jaspeada los visitara antes, esa mañana, Pie Parcheado había mejorado tanto que le había comentado a Estrella de Fuego que podía dejarle un rato para acudir a esa reunión.

– No esperéis mucho- advirtió con un movimiento de orejas- De otra forma, las ratas vendrán cuando no estemos preparados.

Estrella de Fuego sabía que estaba en lo cierto.

– Quiero un vigilante apostado permanentemente en la Roca Celestial.

– Deberíamos enviar patrullas de más al granero Dos Patas- sugirió Motea Hojas.

Estrella de Fuego asintió.

– Cierto, pero no os acerquéis mucho. No quiero peleas hasta que estemos listos.

– Distribuiré las patrullas- maulló Tormenta de Arena.- Y los entrenamientos.

– ¿Guardias, más patrullas y entrenamiento de combate?- los ojos de Zarpa de Cereza se ensancharon de consternación- Suena como a trabajo muy duro.

– ¿Prefieres que una rata te abra la garganta?

Garra Afilada agitó la cola en dirección a la oreja de la joven

carey y la gata dio un salto atrás con un siseo indignado.

– Mi aprendiza hará lo que se le mande y sin rechistar.

Zarpa de Cereza abrió las fauces para replicar pero Estrella de Fuego la silenció con un movimiento de oreja.

– Vamos a empezar- maulló- a no ser que tengáis más sugerencias.

Pelaje Lluvioso se levantó.

– Pétalo y yo también queremos entrenar.

– Cierto- Pétalo parecía nerviosa al hablar ante todo el clan- Las crías son demasiado pequeñas todavía como para que nos marchemos y queremos estar listos para defendernos.

– Gracias- Estrella de Fuego agachó la cabeza- Nos alegra teneros con nosotros. Tormenta de Arena os incluirá en el entrenamiento.

– Cola de Trébol o yo tenemos que quedarnos con las crías- recordó Pétalo.

– No te preocupes- contestó Tormenta de Arena- Lo solucionaré. ¿Más preguntas? Bien- continuó diciendo cuando no obtuvo respuesta- Motea Hojas, Garra Afilada, vosotros seréis la primera patrulla. Zarpa de Cereza, ¿puedes montar guardia en la Roca Celestial? Dadme unos segundos para que vea que Pie Parcheado está bien y luego dirigiré una sesión de entrenamiento con Zarpa de Gorrión y Pelaje Lluvioso; y, Pétalo, puedes unirte porque Cola de Trébol está ahora mismo con las crías.

– ¿Y yo qué?- preguntó Bigotes Cortos.

– Tú puedes venir conmigo en una patrulla de caza- respondió Estrella de Fuego.- Necesitaremos toda la carne fresca que podamos conseguir para fortalecernos. Una cosa más- agregó antes de que los gatos se dividieran y marcharan a hacer sus tareas.- De ahora en

adelante, ningún gato saldrá solo del campamento. Todos tenéis que permanecer alertas. Si vienen las ratas no encontraran listos y esperándolas.

Disolvió la reunión con una sacudida de cola.

Garra Afilada y Motea Hojas corrieron por las rocas hacia la cima del risco, seguidos por Zarpa de Cereza que tomó la senda que llevaba hasta la Roca Celestial. Pétalo, Pelaje Lluvioso y Zarpa de Gorrión se dirigieron quebrada arriba hacia el área de entrenamiento.

Pidiéndole a Bigotes Cortos que le esperara, Estrella de Fuego caminó lado a lado con Tormenta de Arena hasta la cueva del curandero.

– ¿Sabes? Zarpa de Cereza tiene razón- maulló- Va a ser un trabajo muy duro. No tenemos gatos suficientes para prepararnos contra un ataque de ratas al mismo tiempo que hacemos las tareas rutinarias.- suspiró- Daría mi pellejo por tener aquí, ahora, una patrulla de guerreros del Clan del Trueno.

– Bueno, pero no la tienes- Tormenta de Arena pasó la lengua por su oreja.- Pero no temas. Encontrarás la forma. Derrotaste a Azote y derrotarás a esas ratas.

Estrella de Fuego deseó compartir su confianza.

– Al menos Jaspeada nos ha dicho qué tenemos que hacer con Pie Parcheado.

– Cierto- contestó Tormenta de Arena- pero eso solo demuestra lo mucho que necesitamos un curandero.

– Los curanderos nacen, no se hacen. Y aún espero ver que un gato del Clan del Cielo comparte algún vínculo con sus ancestros guerreros. Ninguno oyó nada cuando entramos a la Cueva Susurrante.

– Al menos deberíamos contar con un gato que conozca hierbas y sepa curar heridas- remarcó Tormenta de Arena con un impaciente movimiento de cola.- Puede enseñarle a uno lo que sé. Sería un comienzo.

Estrella de Fuego se detuvo en la senda justo por debajo de la entrada de la guarida del curandero.

– Garra Afilada no sirve- medito- Es un guerrero demasiado bueno. Cola de Trébol ya tiene crías… ¿Bigotes Cortos?

Tormenta de Arena negó con la cabeza.

– Se quedó paralizado cuando vio la sangre de la herida de Pie Parcheado.

– Entonces, ¿Motea Hojas?

– Puede…- reflexionó Tormenta de Arena- Se preocupa por los gatos más débiles.

– Ya sé- decidió Estrella de Fuego- Si Jaspeada me visita se lo preguntaré a ella.

Tormenta de Arena desvió la mirada un instante antes de volver a mirarle.

– Si, es una buena idea- murmuró.

Estrella de Fuego se ovilló en la guarida de los guerreros con las patas doloridas y la cabeza dándole vueltas por el cansancio. Habían pasado tras días desde que organizaron las nuevas patrullas y entrenamientos y todos los gatos permanecían despiertos desde el amanecer hasta el anochecer.

Esa misma mañana había dirigido una patrulla hasta el granero Dos Patas y, luego, había pasado el resto del día cazando. La luna ya había ascendido por el cielo antes de que tuviera oportunidad de irse a dormir y, además, tendría que levantarse poco después para hacer guardia en la Roca Celestial.

¿Cuánto aguantarían así?

En cuanto cerró los ojos se encontró sobre la Roca Celestial. La luna flotaba alta sobre su cabeza y el Manto Plateado destellaba en el cielo. La noche estaba en silencio salvo por el susurro del río de abajo.

¡Pero si aún no me toca montar guardia!, pensó confuso Estrella de Fuego.

– Saludos- dijo una voz tras él y el gato se giró de golpe para encontrarse a un gato al borde mismo de la Roca Celestial.

Su grueso pelaje gris se convertía en plata bajo la luz de la luna y sus ojos brillaron como llamas claras. Entre sus patas brillaba la gélida luz de las estrellas.

Algo en ese gato le resultaba familiar; al principio, pensó que se trataba del ancestro del Clan del Cielo que le había buscado. Y entonces contuvo el aliento al oler el aroma familiar.

– ¡Guardián Celestial!

El gato del Clan Estelar agachó la cabeza.

– Me alegra volver a verte, Estrella de Fuego. Vamos- añadió, demostrando que no había perdido ni un ápice de su afilada lengua- No te quedes ahí con la boca abierta. No tenemos toda la noche.

Estrella de Fuego se esforzó por recomponerse.

– ¿Por qué has venido?

– El Clan del Cielo se encuentra en una encrucijada.- respondió Guardián Celestial- El peligro está cerca.

– ¿Te refieres a las ratas? Fueran ellas quienes destruyeron al primer Clan del Cielo, ¿verdad? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Guardián Celestial se sentó y sostuvo fijamente la mirada de Estrella de Fuego.

– ¿De qué hubiera servido? Habría estado mal contártelo si eso

hacía que te rindieras. Y, ¿de qué habría servido conocer al viejo enemigo del Clan del Cielo antes de que atacara? Ahora cuentas con un clan de fuertes guerreros para alzarse contra ellas.

– Pero, ¿son lo suficientemente fuertes?- murmuró Estrella de Fuego.

– Tienen que estar listos para defenderse por sí mismo- respondió Guardián Celestial.- Quizá deberías ver a las ratas como el primer reto al que habrá de enfrentarse el clan. Habrá otros peores más adelante.

Estrella de Fuego asintió; el gato del Clan Estelar tenía razón y aún así se preguntaba cómo podría el clan ser fuerte si todos sus guerreros morían. Al pensar en la muerte se acordó de que el clan no tenía forma de contactar con sus ancestros guerreros.

– ¿Puedes decirme si el Clan del Cielo tiene ya un curandero?- le preguntó- Ningún clan puede sobrevivir mucho tiempo sin uno. ¿Qué tal Motea Hojas?

Guardián Celestial retorció las orejas.

– No, su destino no es ese.

– ¡Pero debemos tener un curandero!

– Incluso ahora, las patas de tu curandero se encuentran en el camino que le traerán hasta ti- le dijo Guardián Celestial.- Pero debes mirar más allá de los gatos del Clan del Cielo. Hay una gata que sueña con sus ancestros guerreros, pero no ha oído hablar del nuevo clan.

– ¿Así que tengo que encontrarla?- Estrella de Fuego sintió un cosquilleo impaciente en las patas- ¿Dónde está?

Sin embargo, Guardián Celestial no contestó. Se levantó y sacudió la cola como despedida antes de saltar al cielo desde el borde de la roca. Estrella de Fuego reprimió un grito de advertencia;

cualquier gato vivo que hubiera intentado eso habría acabado aplastado contra las rocas de abajo. En cambio, el cuerpo de Guardián Celestial se disolvió en mitad del salto, dejando tras él un tenue polvo resplandeciente que se desvaneció mientras lo observaba Estrella de Fuego. Un latido de corazón después abrió los ojos dentro de la guarida de los guerreros y se encontró con que Bigotes Cortos le empujaba para despertarle y que fuera a la Roca Celestial.

– Hoy quedas liberado de tu entrenamiento de combate, Zarpa de Gorrión- anunció Estrella de Fuego- Te necesito para una misión especial

Los ojos del joven macho atigrado resplandecieron de entusiasmo.

– ¿Qué misión?

– Tengo que ir al Poblado Dos Patas y necesito a alguien que sepa andar por ahí- explicó rápidamente a Zarpa de Gorrión lo que Guardián Celestial le había contado en su sueño.

Aunque Guardián Celestial no había mencionado que la curandera viviese entre los Dos Patas, Estrella de Fuego suponía que sería lo más normal.

Garra Afilada y Motea Hojas no le habían mencionado ningún otro proscrito que viviera y el bosque y no podía buscar más lejos porque eso significaba dejar que el Clan del Cielo se enfrentara a las ratas sin él.

No mucho tiempo atrás hubiera atravesado a la carrera la maleza hacia el Poblado Dos Patas, pero ahora se arrastraban lentamente, moviéndose de un refugio a otro con todos los sentidos alertas por si veían alguna rata. Estrella de Fuego recordó el sentimiento que tuvo cuando la manada de perros vagaba por el bosque; iba en contra de

todo el código guerrero que los gatos actuaran como presas.

Las nubes se desplazaban con rapidez por el cielo; el calor de la hoja verde pronto sería un recuerdo. ¿Cómo iba a apañárselas el clan, se preguntó Estrella de Fuego, durante los duros días de la estación sin hojas si aún tenían que prepararse para la invasión de las ratas?

– Odio esto- siseó Zarpa de Gorrión cuando se agazaparon tras una aulaga y analizaban el siguiente tramo de su viaje- Toda esta espera… me pone de los nervios. ¿Por qué no se limitan a atacar y acabar con ello? ¿A qué esperan?

– No estoy muy seguro- Estrella de Fuego flexionó las garras- Pero me parece que las ratas saben perfectamente lo mal que lo pasamos con la espera. Creen que ganarán ataquen cuando ataquen, así que no pierden nada haciéndonos sufrir más.

No mencionó que cuanto más larga fuera la espera más cansado estaría el clan. Cualquier gato podía verlo. Seguramente, las ratas también lo supieran; eran mucho más listas que cualquier rata con la que se hubiera encontrado. El respeto que Estrella de Fuego sentía por ellas crecía cada día, lo que solo servía para hacer que las odiara aún más. Ya hubiera cogido una patrulla y las hubiera atacado en su territorio, dando el primer paso y cogiéndolas por sorpresa, de no ser por una única cosa: el Clan del Cielo seguía sin curandero que atendiera sus heridas o leyera los presagios del Clan Estelar.

– Sigamos- murmuró.

Cuando se detuvieron bajo el cobijo de la valla que rodeaba el primer jardín Dos Patas, Zarpa de Gorrión se asomó por un hueco con una nota nostálgica en los ojos.

– Aquí solíamos vivir Zarpa de Cereza y yo- murmuró. Y a la defensiva agregó- No es que quiera volver…

– Lo sé- le tranquilizó Estrella de Fuego- Los Dos Patas no son nuestros enemigos a pesar de que no comprendan la vida del código guerrero. De vez en cuando añoro a mi viejo Dos Patas.

– ¿En serio?- los ojos de Zarpa de Gorrión se ensancharon.

Estrella de Fuego asintió.

– Fueron buenos conmigo. Pero nací para vivir la vida del guerrero.

Zarpa de Gorrión se enderezó; el orgullo reemplazó la tristeza de sus ojos.

– Como yo.

– Mis Dos Patas tienen ahora otro gato- siguió diciendo Estrella de Fuego- Se llama Hattie. Parece buena… mucho mejor adaptada a la vida casera que yo.

Durante un latido de corazón, Zarpa de Gorrión parecía alarmado ante el pensamiento de otro gato que ocupara su lugar. A continuación se dio un par de rápidos lametones en el pecho- Espero que mi amo tenga otro gato- maulló con valor- Así no estaría triste por habernos perdido a Zarpa de Cereza y a mí.

Estrella de Fuego apoyó la punta de la cola sobre el omóplato del joven.

– Vamos. Tenemos que encontrar una gata.

Notó como se le relajaba levemente el pelaje cuando Zarpa de Gorrión y él se deslizaron por el primer callejón que llevaba al corazón del Poblado Dos Patas. Ya había tratado antes con Dos Patas y perros y, allí, entre las guaridas Dos Patas, era menos probable que se toparan con las inteligentes ratas desalmadas.

Sin embargo, Zarpa de Gorrión estaba mucho más intranquilo que la última vez que Estrella de Fuego y él entraron en el Poblado Dos Patas.

Su pelaje se espesó ante el ladrido lejano de un perro y, cuando salieron del callejón al borde de un pequeño Sendero Atronador, saltó en el aire en cuanto pasó rugiendo un monstruo resplandeciente.

– Creo que he olvidado lo que es estar aquí- maulló, lamiéndose, avergonzado, el omóplato.

Tras comprobar cuidadosamente que no había monstruos cerca, Estrella de Fuego le condujo por otro callejón para ser recibidos por un fuerte olor a gato.

– Vaya, mira quien está aquí- dijo una voz cansina.

Zarpa de Gorrión dio un brinco con el pelo otra vez erizado. Estrella de Fuego alzó la vista y vio a Oscar, el minino doméstico, estirado sobre la cima de la pared. Sus fauces se abrieron en un bostezo que enseñó sus dientes afilados.

– ¿No es ese el proscrito loco?- se burló- ¡Y el pequeño Boris! La verdad es que te esperaba, solo que un poquito antes.

Estrella de Fuego se quedó paralizado. Oscar no podía ser el curandero del que le había hablado Guardián Celestial, ¿verdad?

El gato negro saltó fácilmente del muro y se enfrentó a él.

– Volviendo a tu amo ahora que hace frío, ¿eh?

– ¡No, no estoy volviendo!- Zarpa de Gorrión miró al macho negro.- Voy a ser un guerrero. Y no me llames Boris. Ahora mi nombre es Zarpa de Gorrión.

Oscar soltó un bufido divertido.

– ¡Zarpa de Gorrión! ¿Qué clase de nombre es ese?

– El mío- Zarpa de Gorrión sacó las garras- ¿Quieres hacer bromas?

Rápidamente, Estrella de Fuego se interpuso entre los dos machos envarados.

– No hemos venido a pelear- maulló, aunque en privado le hubiera gustado ver al aprendiz del Clan del Cielo, entrenado para el combato, mostraré a Oscar todo cuanto había aprendido en la última luna.- Buscamos a un gato en concreto- añadió a Oscar- Uno con sueños raros. ¿Has oído hablar de un gato así?

Guardián Celestial, por favor, agregó en silencio, ¡qué Oscar no me diga que ha soñado contigo!

Los ojos verdes de Oscar se ensancharon y brillaron con desagrado.

– No- contestó- Como tampoco he oído hablar de gatos que vuelan.

– Crees que lo sabes todo, ¿verdad?…- comenzó a decir Zarpa de Gorrión, acalorado.

– Creo que me buscáis a mí- interrumpió desde atrás otra vez, clara y joven- Me llamo Resonante. He soñado con gatos con estrellas en su pelaje.

# Capítulo 30

Un escalofrío recorrió a Estrella de Fuego desde las orejas a la

punta de la cola. Pasaron un par de latidos de corazón antes de que obligara a moverse a sus patas y se permitiera girarse hacia la recién llegada. Vio a una gata atigrada, de pelaje gris plateado con profundos ojos verdes, de constitución elegante y pequeña y diminutas zarpas oscuras. A Estrella de Fuego le pareció casi frágil y se preguntó si podría soportar la dura vida de un clan.

– Saludos- maulló- ¿Has soñado con… con un gato gris y blanco?

– Si, muchas veces. Y también con otros gatos. Acaba de unírselas uno nuevo… un gato grande con un pelaje gris gélido.- parpadeó con entusiasmo creciente- ¿Puedes tú decirme quiénes son esos gatos estelares?

– Sí- contestó Estrella de Fuego- Son los espíritus de tus ancestros guerreros.

– ¡Espíritus!- se burló Oscar- Espero que no te creas toda esa basura- le siseó a Resonante.

Para alivio de Estrella de Fuego, Resonante le ignoró.

– ¿Sabes por qué acuden a mí?- le preguntó a Estrella de Fuego.

– ¿Has oído hablar de un clan de gatos que se habían asentado en la quebrada?- Resonante negó con la cabeza- El gato gris y blanco acudió a mí para pedirme ayuda- explicó Estrella de Fuego- Hace muchas estaciones fue el líder del Clan del Cielo, pero sus gatos hace mucho que desaparecieron. Guardián Celestial, el nuevo gato gris que has visto, me retó a reconstruir el clan. Pero no puede haber un clan real sin un curandero- agregó, inspirando profundamente- Y tú…

– Anoche, el gato gris me habló en sueños- le interrumpió Resonante con los ojos brillantes- Me dijo que viniera hoy aquí y buscara dos gatos desconocidos. Sí, me uniré a vosotros.

– ¿Cómo?- barbotó Oscar antes de que Estrella de Fuego pudiera responder.- ¿Te vas con estas dos bolas de pelo locas? Debes estar tan majara como ellos.

– Quizá- le contestó Resonante con calma- Pero ningún otro gato ha podido explicarme mis sueños. Así que iré.

– ¿Y qué hay de tus Dos Patas?- le preguntó Zarpa de Gorrión.

Una pizca de tristeza apareció en los ojos verdes de Resonante.

– Durante las últimas lunas estaba tan intranquila que he ido alejándome más y más de la guarida de mis amos. Tenía la impresión de que si supiera cómo escuchar, las estrellas me darían una respuesta. Ahora que me marcho para siempre, mi amo se limitará a asumir que he encontrado otra guarida en la que quedarme. Me echarán de menos, pero no temerán por mí.

– Vámonos entonces- maulló Estrella de Fuego.

– Un momento- Oscar le empujó con el omóplato para enfrentarse a Resonante- No te vas a ir en serio, ¿verdad? ¿Solo por unos sueños?

– No espero que lo comprendas- murmuró Resonante con amabilidad. Se giró hacia Estrella de Fuego que vio en sus ojos una pizca de nerviosismo.

– Estás dando un paso muy grande- remarcó, sintiéndose en el deber de darle la oportunidad de cambiar de opinión.

– Lo sé. Pero estoy segura de que es lo que debo hacer.

Estrella de Fuego asintió. Si quería creer en sus sueños para él era más que suficiente.

– Vámonos- maulló.

Oscar se les quedó mirando, anonadado, mientras regresaban al callejón y salían del Poblado Dos Patas.

– ¿Cómo es vivir en un clan?- le preguntó Resonante en su

camino a la quebrada.

– Primero tienes que ser un aprendiz- le comentó Zarpa de Gorrión- Aprendes a cazar y a luchar y cosas así. Y…

– Alto- le interrumpió Estrella de Fuego- Es posible que Resonante… bueno, ella podría jugar un papel diferente que incluye hierbas curativas… y más sueños con gatos estelares.

– ¿Y cómo aprendo a hacerlo?- le preguntó con los ojos ensanchados.

Se encontraban cobijados bajo la aulaga en la que Estrella de Fuego y Zarpa de Gorrión se habían escondido en su viaje de ida. Zarpa de Gorrión se alejó una cola de distancia para comprobar que no hubiera ratas merodeando por ahí.

– No lo sé- admitió Estrella de Fuego- Mi pareja, Tormenta de Arena, puede enseñarte algo sobre hierbas. Y en cuanto al resto… Si los ancestros guerreros del Clan del Cielo quieren que te unas a nosotros, te mostrarán el camino.

Para su alivio, su respuesta pareció satisfacer a Resonante.

– Aguardaré su guía- maulló.

Cuando los tres gatos llegaron a la quebrada, Garra Afilada montaba guardia en la Roca Celestial. Bajó de ella para reunirse con ellos en la cima del risco.

– Sigue sin haber rastro de ratas- informó y olfateó curiosamente a Resonante- ¿Quién es?

– Esta es Resonante- contestó Estrella de Fuego- Yo… creo que va a ser nuestra curandera.

El pelaje de Garra Afilada empezó a erizarse y sus ojos se estrecharon.

– ¿Una extraña? Pensé que ya habías escogido a uno de nosotros para que fuera el curandero.

Estrella de Fuego inspiró profundamente.

– No me corresponde a mí nombrar al curandero- explicó- Quien sea, debe poseer una conexión especial con vuestros ancestros guerreros. Y creo que Resonante es ese alguien. Todos sois grandes guerreros- añadió- pero para defender por completo vuestro clan necesitáis la ayuda de un gato que pueda curar y compartir lenguas con vuestros ancestros.

El pelaje de Garra Afilada empezó a aplanarse aunque aún estaba intranquilo.

– ¿De dónde viene?- inquirió- ¿Podemos confiar en ella para que nos de las hierbas y los remedios correctos?

– Vivía con un amo- la clara mirada de Resonante descansó tranquilamente sobre Garra Afilada, aunque en su voz se notaba la duda.- Y te prometo que puedes confiar en mí. Una vez aprenda todo lo que haya que saber sobre hierbas, daré mi mayor esfuerzo para cada gato.

Garra Afilada le dedicó un brusco asentimiento.

– Ya veremos cómo te va- maulló- De todas formas, buena suerte.

Estrella de Fuego apoyó la punta de la cola en el omóplato de Resonante.

– Vamos. Te presentaremos a los otros gatos. Zarpa de Gorrión, ve a contarles a los demás que tenemos un nuevo compañero.

Zarpa de Gorrión se marchó de inmediato, saltando sobre las rocas.

Bajando más despacio la senda rocosa, Estrella de Fuego miró dentro de la guarida de los guerreros, aunque a esa hora del día estaba vacía.

Cuando llegaron a la maternidad, asomó la cabeza por la piedra

de la entrada y se encontró con Cola de Trébol que vigilaba a las crías. Sus tres cachorros jugaban a las peleas cerca de la entrada mientras que Menta y Salvia estaba ovillados y dormidos entre el musgo.

– Estrella de Fuego, entra- Cola de Trébol se levantó- ¿Qué puedo hacer por ti?

– Quiero presentarte a un nuevo miembro del Clan del Cielo.- Estrella de Fuego se coló por el hueco de la piedra y llamó a Resonante con la cola. Esta es Resonante. Resonante, ella es Cola de Trébol.

– ¡Y yo soy Pequeña Roca!- la cría negra trotó hasta Resonante y la olfateó; sus dos hermanos se unieron a él y se quedaron mirando curiosamente a la recién llegada.

Cola de Trébol agachó la cabeza aunque Estrella de Fuego notó que se mostraba algo cautelosa.

– Creo que Resonante podría convertirse en la curandera del Clan del Cielo- maulló.

– ¿Son tuyos?- preguntó Resonante, retorciendo las orejas en dirección a las tres crías que la rodeaban- ¡Qué crías tan fuertes y hermosas! Debes estar muy orgullosa.

– Lo estoy- ronroneó Cola de Trébol; Estrella de Fuego se dio cuenta de que Resonante había escogido las palabras adecuadas- Pero a veces pueden ser un pelín traviesillos.

Resonante emitió un suave ronroneo divertido. Se acercó al lecho musgoso donde dormían Menta y Salvia, y maulló:

– Estos no son tuyos, ¿verdad?

– No, son míos- la luz de la entrada quedó bloqueada cuando entró Pétalo, murmurando con un campañol entre las fauces.

Acomodándose frente a Cola de Trébol, añadió más claramente:

– Zarpa de Gorrión me ha dicho que podría haber un nuevo curandero- asintió en dirección a Resonante- Se bienvenida.

– Gracias- los ojos verdes de Resonante adquirieron candidez al mirar a las crías- Son tan bonitas… ¡y tan pequeñas!

– Tendrías que haberlas visto cuando llegaron aquí- contestó Pétalo- Ahora son mucho más fuertes. Estrella de Fuego nos rescató de mi Dos Patas. Creo que mis crías hubieran muerto de no ser por Cola de Trébol. Les ha dado de comer y las ha vigilado cuando estuve muy enferma.

– ¡Eso es maravilloso!- exclamó Resonante.

Cola de Trébol ronroneó y Estrella de Fuego supo que estaría encantada de tener a Resonante en el clan. Tras pasar cierto tiempo conversando con las dos gatas, Estrella de Fuego la condujo fuera de la maternidad y risco abajo.

– Te voy a enseñar la vieja guarida del curandero- le dijo.

Tormenta de Arena seguía cuidando de Pie Parcheado en la cueva exterior, aunque el guerrero blanco y negro iba ganando fuerzas por momentos y la infección de su herida casi había desaparecido. Cuanto entraron Estrella de Fuego y Resonante, estaba agachado frente a una pieza de carne fresca mientras que Tormenta de Arena estaba sentada, cerca.

Se levantó y se acercó a Resonante para entrechocar hocicos.

– Bienvenida al Clan del Cielo- maulló.

Resonante observó a Pie Parcheado y sus ojos se ensancharon ante la fea herida del omóplato.

– ¿Cómo te hiciste esa herida?- le preguntó.

Pie Parcheado agitó la cola a modo de saludo y tragó el último bocado de mirlo.

– Un mordisco de rata- contestó en cuanto pudo hablar- Aunque

Tormenta de Arena me ha arreglado.

La gata negó con la cabeza.

– No sé tanto como un curandero real, solo sé usar unos pocos remedios.

Resonante se acercó a Pie Parcheado y le preguntó con educación.

– ¿Puedo?- y a continuación olfateó intensamente la herida- ¿Qué es eso que huelo?

– Raíz de bardana- respondió Tormenta de Arena- Es lo mejor para los mordiscos de rata, sobre todo si se infectan. Para las heridas comunes usamos caléndula. Y, primero de todo, telarañas para detener las hemorragias.

Resonante parpadeó con admiración.

– ¡Cuánto sabes!

– He tenido unos grandes maestros- Tormenta de Arena buscó los ojos de Estrella de Fuego y el gato comprendió que se refería tanto a Carbonilla como a Jaspeada. Su corazón se calentó al ver el brillo de sus ojos y supo que, por fin, comprendía el vínculo que compartía con Jaspeada sin sentirse amenazada por la gata carey.

Uno a uno, los gatos saltaron la fisura de la roca y cayeron en la superficie llana de la Roca Celestial. La luna llena flotaba en un cielo desprovisto de nubes que cubrieron el brillo del Manto Plateado. En el bosque, pensó Estrella de Fuego con una punzada de nostalgia, los clanes se estarían reuniendo en los Cuatro Árboles. Aquí solo había un clan, pero el Clan del Cielo seguiría reuniéndose en honor a sus ancestros guerreros.

Pelaje Lluvioso y Pétalo se habían quedado atrás para cuidar de las crías, pero ya se había reunido casi todo el clan cuando Estrella de Fuego vio a un grupo de tres subiendo la senda. Tormenta de

Arena, Resonante… ¡y Pie Parcheado! ¿Conseguiría el guerrero blanco y negro saltar?

Se adelantó pasando entre Garra Afilada y Pelaje Lluvioso, pero antes de poder llamarles, Tormenta de Arena ya había saltado el hueco y se giraba hacia Pie Parcheado.

– Vale- maulló- Estoy lista.

Pie Parcheado aceleró el paso, aunque Estrella de Fuego vio que cojeaba y se retorcía de dolor cuando apoyaba en el suelo la pata herida. Se arrojó al aire y aterrizó con las cuatro patas sobre la roca, pero tan cerca del borde que trastabilló, a punto de caerse hacia atrás. Tormenta de Arena calvó los dientes en el pellejo del omóplato sano y tiró de él para ponerle a salvo. Por último, saltó Resonante y olfateó cautelosamente el omóplato herido de Pie Parcheado.

– ¿Es que tienes cerebro de ratón?- siseó Estrella de Fuego, acercándose a ellos- ¿Y se te hubieras caído?

– Soy un miembro de este clan- Pie Parcheado se enfrentó a él con determinación- Quiero estar presente en nuestra primera Asamblea.

Viendo en sus ojos un valor llameante, Estrella de Fuego se sintió incapaz de seguir enfadado.

– Vale- maulló, sacudiendo la cola- Pues ya estás aquí. Pero por el amor del Clan Estelar, ten cuidado al regresar. Eres un guerrero demasiado bueno para perderte.

Saltó sobre una de las piedras caídas en la unión del risco y la Roca Celestial. Cuando el resto del clan se giró para mirarle, el claro resplandor de sus ojos provocó que le cosquillearan todos los pelos del pelaje. Garra Afilada arañaba la roca como si fuera incapaz de esperar a hincarle las uñas a una rata. A su lado se

agazapaba Zarpa de Cereza, tan lista para la batalla como su mentor. Cola de Trébol y Bigotes Cortos estaban sentados lado a lado con las orejas enhiestas. Motea Hojas llamó a Zarpa de Gorrión con una sacudida de cola y los dos gatos se acomodaron al pie de la roca de Estrella de Fuego para escucharle.

El líder del Clan del Trueno supo que en ese momento veía lo leales que eran a su clan, lo determinados que estaban por luchar por su derecho a vivir en la quebrada. En ese instante creyó que nada, ni siquiera las ratas, podrían vencerles.

– Gatos del Clan del Cielo- empezó- cuando se reúnen varios gatos, se intercambian nuevas de lo ocurrido en la última luna. Nosotros no podemos hacer eso, pero podemos intercambiar nuestras propias nuevas entre nosotros. ¿Tiene algún gato algo de lo que informar?

Motea Hojas levantó la cola.

– Me gustaría comentar lo buenas que están haciéndose las habilidades de caza de Zarpa de Gorrión. Ayer trajo él solo más presas que ningún otro.

– ¡Excelente!- maulló Estrella de Fuego al tiempo que Zarpa de Gorrión se lamía el pelaje del pecho para ocultar su embarazo.

– Mi aprendiza también va mejorando- obviamente, Garra Afilada no quería quedarse atrás- Os lo juro, hoy me habría arrancado la oreja de no ser porque la detuvo Tormenta de Arena.

– ¡Solo mira y espera!- murmuró Zarpa de Cereza, bromeando a medias- Un día, cuando Tormenta de Arena no esté por ahí…

Garra Afilada agitó cariñosamente sobre las patas traseras de la gata.

– Muy bien- le dijo Estrella de Fuego- Pero, por favor, deja a tu mentor de una pieza. Le necesitamos.

Tormenta de Arena se adelantó.

– Me gustaría decir algo sobre Pétalo, a pesar de que no es un miembro del Clan del Cielo. Esta noche se ha prestado voluntaria para quedarse con las crías y que de esa forma, Cola de Trébol pudiera acudir a la Asamblea. Y ha sido de gran ayuda en la búsqueda de hierbas en el bosque. No sé qué habríamos hecho Resonante y yo sin ella.

– Se lo comentaré- le prometió Estrella de Fuego.

– Hay una cosa más que quisiera decir- maulló Garra Afilada- No hemos visto ni un solo pelo de rata desde que su líder nos habló en el granero Dos Patas. ¿Qué vamos a hacer con ellas?

– Ya sabes lo que estamos haciendo- contestó Estrella de Fuego- Las patrullas, el entrenamiento de combate…

Garra Afilada azotó el aire con la cola.

– Pero nada de esos sirve para librarnos de las ratas. ¿Por qué no vamos allí y lo solucionamos de una vez por todas?

– Aún no es la hora.

– A este ritmo nunca será la hora- Garra Afilada enseñó los dientes- ¿Cuánto quieres que vivamos con esa amenaza sobre nosotros?

– Espero que no mucho más- respondió Estrella de Fuego- Odio esperar tanto como tú. Si estáis dispuestos, creo que deberíamos atacar en cuanto Pie Parcheado este recuperado.

– No tardaré mucho- intervino Pie Parcheado- Podría luchar ahora mismo si fuera necesario.

– Lucharás cuando Tormenta de Arena diga que estás listo.- le dijo Estrella de Fuego- Garra Afilada, ¿responde eso a tu pregunta?

Garra Afilada dudó antes de asentir brevemente. Estrella de Fuego pensó que no parecía contento con la decisión, pero igual de

importante que saber cuándo atacar era saber cuándo contenerse.

Cuando ningún otro gato tomó la palabra, Estrella de Fuego llamó a Resonante.

– Gatos del Clan del Cielo- gritó- esta noche, bajo esta luna, damos la bienvenida a una nueva compañera y la hacemos miembro del clan ante los espíritus de nuestros ancestros. Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno y mentor del Clan del Cielo, pido a sus ancestros guerreros que cuiden de esta gata-agregó- Ha caminado en sueños junto a vosotros y se entrega a vosotros como miembro del Clan del Cielo- saltando de la piedra y situándose frente a Resonante, continuó- Resonante, ¿prometes guardar el código guerrero y proteger y servir a este clan aún a costa de tu vida?

Resonante levantó la cabeza.

– Si.

– Entonces, ante los espíritus de tus ancestros, te doy tu nombre. De ahora en adelante serás conocida como Canción Resonante. El Clan Estelar honra tu sabiduría y fe, y te recibe en el Clan del Cielo.

Apoyó el hocico en la cabeza de Canción Resonante y la gata le lamió el omóplato a su vez.

– Canción Resonante… Canción Resonante.- el nombre recorrió la Roca Celestial como una brisa mientras los guerreros del Clan Estelar lanzaban su brillo.

Gracias, Guardián Celestial, pensó Estrella de Fuego.

Unos cuantos amaneceres después de la Asamblea, Estrella de Fuego se encaminó por la senda hacia el río para ir al encuentro de Tormenta de Arena distribuía las tareas diarias. Brillaba el sol, aunque pendía del aire un fresco olor que prometía heladas. Se acercaba la hoja caída que traería consigo días más oscuros y menos

refugios para las presas.

– ¡Pero es que ya estoy hartas de las patrullas contra las ratas!- protestaba Zarpa de Cereza- ¿Por qué no puedo ir a cazar?

– Porque Tormenta de Arena te ha puesto en la patrulla contra las ratas- Garra Afilada le golpeó duramente la oreja con la cola- Así que no discutas.

Zarpa de Cereza le lanzó una mirada de furia ardiente.

– Qué más da, si esas estúpidas ratas no van a venir- murmuró lo justo para que se le oyera.

Estrella de Fuego se detuvo y entrecerró los ojos. Si el clan empezaba a pensar así perdería pronto el espíritu de batalla. Cuanto antes pudieran atacar, mejor.

– Motea Hojas, te toca hacer guardia- continuó Tormenta de Arena- Zarpa de Gorrión está arriba ahora, así que mándalo aquí para que haga un entrenamiento de combate.

La gata atigrada sacudió la cola a modo de respuesta y se encaminó por la senda hacia la Roca Celestial. Garra Afilada fue tras ella con la patrulla contra las ratas formada por Zarpa de Cereza y Bigotes Cortos.

Cundo se fueron, Estrella de Fuego se acercó a Tormenta de Arena.

– ¿Cómo está Pie Parcheado?

– Muchísimo mejor- Tormenta de Arena retorció las orejas en dirección al lugar donde estaba el guerrero blanco y negro, algo apartado río abajo junto a Pelaje Lluvioso y Cola de Trébol.- Va salir ahora en una patrulla de caza para probar su omóplato.

– Perfecto. Hablaré con él cuando regrese.

Mientras hablaba, Canción Resonante salió de su guarida y saltó las piedras en dirección a Pie Parcheado. Olfateó cuidadosamente su

omóplato y se retiró cuando la patrulla de caza agitó la cola a modo de despedida y se marchaba río abajo. Pie Parcheado parecía caminar con tanta soltura como cualquier otro gato.

– Canción Resonante ha hecho un trabajo fabuloso hasta ahora- murmuró Tormenta de Arena- Parece saber al momento lo que va mejor. ¡Y aprende tan rápido! Pronto, no quedará nada que pueda enseñarle.

Sin embargo, sus palabras dieron a Estrella de Fuego otra preocupación más.

Sin otro curandero, ¿cómo iba a aprender Canción Resonante lo que precisaba para servir apropiadamente a su clan?

Tormenta de Arena solo podía enseñarle ciertas cosas relacionadas con las hierbas y los tratamientos, pero el entrenamiento de un curandero real llevaba lunas e incluía misterios desconocidos para otros gatos.

Cuando se fue la patrulla de caza, Canción Resonante caminó río arriba y se reunió con Estrella de Fuego y Tormenta de Arena al pie del Montón de Rocas.

– Estoy lista- le maulló a Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego agitó las orejas, inquisitivo.

– Voy a darle a Canción Resonante unas lecciones de combate- le explicó Tormenta de Arena.

Canción Resonante asintió.

– Tormenta de Arena dice que los curanderos no suelen luchar, pero que deben ser capaces de defenderse a sí mismo y a sus compañeros.

– Si, es posible que necesites hacerlo muy pronto- maulló Estrella de Fuego.

Se dirigieron al área de entrenamiento y se les unió Zarpa de

Gorrión que trotaba senda abajo desde la Roca Celestial. En la cima del Montón de Rocas, Estrella de Fuego oyó un chillido entusiasta y vio a Pétalo que sacaba a las cinco crías de la maternidad. Les esperó mientras Tormenta de Arena y los otros seguían camino.

– Nos gustaría ver el entrenamiento- Pequeña Roca salió a la carrera hacia Estrella de Fuego- Pétalo ha dicho que podemos verlo.

– Espero no haber metido la pata- agregó Pétalo- Así tendré la oportunidad de entrenar un poco yo también. Ya sabes, por si atacan las ratas.

Bajó la voz y lanzó una mirada nerviosa a Menta y Salvia que trotaban tras las crías mayores.

– Si, no pasa nada- contestó Estrella de Fuego. Llamó a las crías y agregó- Manteneos lejos de los combates. Puede que se desenfunden algunas garras y no queremos que resultéis heridos.

– ¿Cuándo podremos aprender a pelear?- le preguntó Pequeña Diminuta en su camino hacia la quebrada.

– Pronto- maulló Pétalo- Cuando seáis aprendices.

– ¿Y nosotros?- preguntó Menta- ¿También vamos a ser aprendices?

– No- le dijo su madre- Nosotros no formamos parte del Clan del Cielo.

– ¡Pero no es justo!- gimió Salvia- ¿Por qué no?

Pétalo le golpeó amablemente con la cola.

– Sois demasiado pequeños como para entenderlo.

– ¿Es por eso por lo que no tienen la palabra “pequeño” en sus nombres, como nosotros?- preguntó Pequeña Roca.

Estrella de Fuego asintió.

– Si Pelaje Lluvioso y Pétalo deciden unirse al clan, entonces Menta y Salvia tendrán nombres nuevos.

Las orejas de Menta se enderezaron.

– Tenéis que quedaros- le maulló a su madre- ¡Por favor!

Pétalo negó con la cabeza.

– No es tan sencillo.

Llegaron al área de entrenamiento donde ya forcejeaban Tormenta de Arena y Zarpa de Gorrión. Estrella de Fuego quedó impresionado por la velocidad del macho atigrado que fintó a un lado para darle un golpe a Tormenta de Arena en el omóplato antes de que esta pudiera esquivarlo.

– Ahora te toca a ti, Canción Resonante- maulló Tormenta de Arena- Ya has visto suficientes veces el movimiento que ha hecho Zarpa de Gorrión… veamos si puedes imitarle.

La joven gata se adelantó pero antes de poder enfrentarse a Tormenta de Arena les interrumpió un fuerte maullido de terror proveniente de Salvia. Estrella de Fuego giró de golpe la cabeza. La pequeña cría se había subido a una roca y se balanceaba en la misma cima.

Antes de que nadie llegara a ella, perdió el equilibrio y cayó rodando en un montón de patas y cola.

Pétalo trotó hacia ella, que se sentó, manteniendo en alto una pata.

– Me duele- gimoteó.

Canción Resonante acudió a su lado de inmediato, olfateando la pata herida.

– Te has arrancado una garra- murmuró, dándole unos pocos lametones suaves- Sé lo doloroso que es, pero mejorará pronto.

Mientras lamía, los gemidos de Salvia desaparecieron.

– Haces que duela menos- maulló.

– Eres muy valiente- le dijo Canción Resonante a la pequeña

cría- Como un guerrero. Intenta apoyar la pata ahora.

Salvia se levantó y colocó con cuidado la pata herida sobre el suelo.

– Está bien. Gracias- agregó mientras salía a la carrera hacia su hermano y las otras crías.- Soy una guerrera- alardeó- Lo ha dicho Canción Resonante.

La gata observó a la cría con los ojos iluminados de júbilo.

– Bien hecho- le murmuró al oído Estrella de Fuego.

La joven gata se giró hacia él.

– Curar una garra arrancada es fácil.

Sin embargo, Estrella de Fuego vio que sus ojos resplandecían con nueva confianza.

Como el omóplato de Pie Parcheado seguía mejorando, Tormenta de Arena aceptó que volviera a recibir clases limitadas de combate.

– Lo intenta con fuerza, pero sigue siendo muy lento- le informó a Estrella de Fuego- Y se cansa con facilidad.

– ¿No está listo para enfrentarse a las ratas?- le preguntó Estrella de Fuego.

– Aun no.- contestó Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego empezó a plantearse si deberían atacar sin el concurso de Pie Parcheado. Podía quedarse atrás con Canción Resonante y una de las reinas para defender el campamento. Garra Afilada y Pelaje Lluvioso, normalmente los mejores de los amigos, casi acabaron a golpes por un trozo de carne fresca, mientras que Bigotes Cortos estaba siempre a la defensiva y miraba por encima del omóplato como si esperara que le saltara encima una rata. Incluso las crías comenzaban a verse afectadas, pues jugaban sin miedo al ataque de las ratas de día, pero salían corriendo a la

maternidad al más mínimo sonido inesperado.

Aunque, ¿dónde estaban?, se preguntaba Estrella de Fuego. A pesar de que intentaba aparentar normalidad entre los gatos, el miedo le acechaba día y noche.

Les habían amenazado de muerte. ¿Por qué no venían?

Ya sabía la respuesta, que era la misma que le había dicho a Zarpa de Gorrión el día que fueron al Poblado Dos Patas y se encontraron con Canción Resonante. Las ratas querían debilitarles manteniéndoles en vilo. Atacarían en cuanto estuvieran listas.

***

Estrella de Fuego regresaba de la última patrulla de caza del día cuando vio a Canción Resonante aguardándole al lado del río por donde manaba entre las rocas. La quebrada estaba sumida en las sombras y los últimos rayos escarlatas del anochecer se desvanecían en el cielo.

Depositó la carne fresca en el montón y se acercó a ella.

– Estrella de Fuego, tengo que hablar contigo- maulló. Sus ojos estaban ensanchados y mostraban preocupación. Desvió la mirada hacia la curva que trazaba el agua al salir de la cueva- Cuando nos conocimos en el Poblado Dos Patas- empezó a decir- te dijo que soñaba con gatos estrellados.

– Si, fue así como supe que los ancestros guerreros del Clan del Cielo te habían enviado para ser la curandera del Clan del Cielo.- le recordó Estrella de Fuego.

Canción Resonante soltó un profundo suspiro.

– ¿Y si te equivocaste?- antes de que Estrella de Fuego pudiera responderle, añadió forzando las palabras como si le doliera pronunciarlas en voz alta- No he vuelto a soñar con esos gatos desde que llegué. Ni una sola vez.

Estrella de Fuego tragó saliva con fuerza.

– Ya has soñado con ellos antes- le tranquilizó intentando no mostrar el miedo de su voz- Y volverás a soñar con ellos. Saben dónde encontrarte.

– Entonces, ¿por qué han parado mis sueños?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

– No lo sé. Quizá te ayude dormir en la Roca Celestial- le sugirió- Siempre ha sido un lugar donde el Clan del Cielo se sentía cercano a sus ancestros guerreros.

Los ojos de Canción Resonante se iluminaron y sus garras se curvaron sobre la tierra.

– ¡Si, dormiré ahí esta noche!- exclamó.

Estrella de Fuego enterró el hocico en su omóplato para animarla.

– Y yo iré contigo.

La noche había caído ya cuando los dos gatos saltaron por encima de la sima y cayeron en la Roca Celestial. El Manto Plateado destellaba gélidamente sobre sus cabezas y la luna se había reducido hasta no ser más que una diminuta marca de garra. Estrella de Fuego espesó su pelaje contra el viento mordedor.

– ¿Quién es el gato encargado de la guardia?

La entera superficie llana de la roca estaba vacía, resplandeciendo ligeramente bajo la luz de las estrellas. Las patas de Estrella de Fuego cosquillearon e inhaló profundamente, olfateando el aire.

– ¿Hueles a ratas?- le preguntó Canción Resonante con los ojos llenos de cautela.

– No. Todo lo que huelo es a gato.- Estrella de Fuego caminó por entre las piedras caídas al borde del risco y se asomó a las sombras

más oscuras. Cuando sus ojos se ajustaron a la oscuridad atisbó una figura clara y ovillada. Bigotes Cortos.

Estrella de Fuego notó como le nacía un gruñido en la garganta. Empujó a Bigotes Cortos con una pata.

– Despierta.

El guerrero se estiró, retorciendo las orejas.

– Em… ¿qué…?

Estrella de Fuego le empujó con más fuerza. Esta vez, Bigotes Cortos se levantó de un salto con el pelaje erizado.

– ¿Han llegado las ratas?

– No- contestó Estrella de Fuego- Pero no gracias a ti. ¿Qué crees que haces durmiéndote en tu turno?

Bigotes Cortos miró cautelosamente a su alrededor; era obvio que no sabía ni dónde estaba ni qué estaba haciendo allí. Entonces inundó sus ojos la impactante verdad y agachó la cabeza.

– Lo lamento, Estrella de Fuego.

– Sentirlo no capturará presas- le espetó Estrella de Fuego- ¿Y si hubieran atacado las ratas? Podríamos haber acabado todos asesinados.

– Lo sé. Lo siento de veras- Bigotes Cortos escarbó en la tierra con las garras- Es que estoy tan cansado.

– Todos estamos cansados- contestó Estrella de Fuego, aunque su ira empezaba a menguar. ¿A caso esperaba demasiado de los guerreros del Clan del Cielo al exprimirles cada gota de energía que tenían para prepararles contra el ataque de las ratas?- Muy bien- continuó con un suspiro- Tengo que quedarme aquí arriba, así que puedes irte y dormir un poco en la guarida de los guerreros. ¿A quién le toca luego?

– A Pelaje Lluvioso.

– Bien. Le despertaré cuando sea su hora.

Bigotes Cortos inclinó la cabeza y empezó a cruzar la roca hacia la grieta. A continuación se detuvo y miró por encima del omóplato con los ojos llenos de vergüenza.

– De verdad que lo siento- repitió- No volverá a ocurrir.

Estrella de Fuego se limitó a asentir y le vio marchar en silencio con la cabeza agachada y la cola arrastrándole por la roca. Saltó la grieta y desapareció senda abajo.

Cuando se fue, Canción Resonante se unió a Estrella de Fuego; parecía pensativa.

– ¿Existen algunas hierbas que den energía?- le preguntó- O que mantengan despiertos a los gatos.

– Para dar energías… creo que las bayas de enebro.- contestó Estrella de Fuego.- Quizá lo sepa Tormenta de Arena. Pero nunca oí hablar de hierbas que mantuvieran despierto a un gato.

– Un curandero de verdad lo sabría- hubo una nota de amargura en la voz de Canción Resonante.

Estrella de Fuego no pudo evitar acordarse de la última vez que estuvo en la Roca Celestial, llena de confianza en el momento en el que le otorgó su nombre. Esa confianza había disminuido con la luna hasta no ser más que la diminuta garra curva que brillaba sobre sus cabezas.

-Intenta dormir- le sugirió- Veamos si el Clan Estelar te habla aquí.

Obedientemente, la gata gris plateada y atigrada se ovilló bajo el cobijo de una de las piedras. Su respiración superficial y regular pronto le indicó a Estrella de Fuego que se había dormido. Se sentó a su lado, mirando a las estrellas mientras su orejas se enderezaban y olfateaba el aire de vez en cuando en busca de ratas que se

aproximaran.

La luna atravesó el cielo. No hubo más sonido que el lejano transcurrir del río y el suave siseo del viento. Por fin, Canción Resonante se estiró, parpadeó y miró a Estrella de Fuego. No necesitaba preguntarle de qué habían ido sus sueños, la desolación en sus ojos se lo dijo todo.

– Creo que los gatos estelares me han abandonado para siempre- maulló.

Estrella de Fuego se agachó para darle un lametón reconfortante en la cabeza.

– ¿Has soñado algo?

– Sí, creo que estaba en una extensión de páramo. A mi alrededor había solo niebla. No veía nada, pero sentía que había gatos cerca y supe que estaban terriblemente asustados. Y también supe que uno de los gatos me llamaba, pero no podía oír lo que quería decirme. Siempre estaba lejos de escucha.

Estrella de Fuego notó como se le erizaba el cabello del pescuezo.

– Creo que has soñado con el primer Clan del Cielo que huía del bosque.- le explicó- Yo también he tenido sueños así. El gato que intentaba llamarte seguramente fuera su líder.

Canción Resonante se animó momentáneamente, pero la esperanza se disolvió en sus ojos.

– Entonces no era un verdadero sueño de curandero.

– Todos los sueños pueden ser sueños de curandero- le dijo Estrella de Fuego.

– Ya no estoy segura de que mi destino sea ser una curandera- Canción Resonante negó con la cabeza, suspirando- Quizá es porque soy una minina doméstica.

– Yo también lo fui- Canción Resonante le miró, atónita, y el gato continuó- Pero aún así, el Clan Estelar me eligió para salvar a mi clan y convertirme en su líder. Además, todos los gatos fueron salvajes una vez, incluso los ancestros de los mininos domésticos.

– ¿En serio?

– Una vez hubo tres clanes de gatos enormes- Estrella de Fuego recordó las leyendas que había oído cuando llegó por primera vez al bosque y se convirtió en aprendiz del Clan del Trueno- El Clan del León, el del Tigre y el del Leopardo. Vagaban por el bosque libremente y nunca fueron domados por los Dos Patas. Y un poco de su espíritu salvaje vive en el corazón de todos los gatos.

– ¿Hasta en el de los mininos domésticos?

– En todos- repitió Estrella de Fuego.- No te rindas, Canción Resonante. Ya has soñado antes con los ancestros guerreros del Clan del Cielo y volverás a hacerlo. No se pueden invocar los sueños. Son enviados y nos toca ser pacientes. Los ancestros del Clan del Cielo acudirán a ti cuando tengan algo que comunicarte.

Canción Resonante murmuró su conformidad, pero Estrella de Fuego dudó de que la hubiera convencido. Dándole un último lametón reconfortante, se levantó y fue a despertar a Pelaje Lluvioso para que tomara la siguiente guardia.

***

A Estrella de Fuego le costó conciliar el sueño a la noche siguiente a pesar de todo su cansancio. Después de revolverse en su lecho en lo que le parecieron lunas, salió de la cueva de los guerreros y se sentó en la cornisa para mirar la luz clara del amanecer que iba creciendo en la quebrada.

Poco después olió el aroma dulce de Tormenta de Arena y sintió como su lengua le lamía amablemente la oreja.

– Yo tampoco puedo dormir- murmuró.

Estrella de Fuego giró la cabeza para mirarla a los ojos.

– Si vamos a atacar a las ratas va a tener que ser pronto- maulló- ¿Pero es eso lo correcto? ¿Tengo el derecho de decirle al Clan del Cielo que este es su hogar y que deben luchar por él?

Los bigotes de Tormenta de Arena se retorcieron de sorpresa.

– ¿Y qué otra cosa van a hacer? ¿Volver a separarse y vivir como proscritos y mininos domésticos otra vez?

– Hay otra solución- Estrella de Fuego inhaló profundamente- Podemos llevarlos al bosque.

– ¿Qué, después de todo lo que hemos hecho para ayudarles a construir un hogar aquí?

– ¿Por qué no? Los ancestros de los clanes del bosque los expulsaron y ahora sabemos lo mal que estuvo. Quizá nuestro deber ahora sea llevarlos de vuelta.

Tormenta de Arena volvió la cabeza para aplanarse un trozo de pelaje erizado del omóplato.

– Podría funcionar, supongo- maulló- Aunque tendrían que dividirse y unirse a uno de los otros cuatro clanes. Ahora que se ha construido el Poblado Dos Patas no hay hueco en el bosque para un quinto clan… que fue lo que creó el problema en primer lugar.

– No van a querer separarse ahora- advirtió Estrella de Fuego.- De alguna forma tendríamos que encontrar una manera de dividir los territorios conforme a nuevas fronteras.

La cola de Tormenta de Arena azotó el aire.

– Ese no es el camino- Ya has visto lo que ocurrió cuando Azote intentó asentarse con el Clan de la Sangre. El territorio del Clan del Cielo se perdió al construir los Dos Patas el Poblado Dos Patas. El bosque no podría aguantar ahora a un clan más.

Estrella de Fuego sabía que tenía razón pero la culpa le sobrepasaba como la lluvia sobrepasaba una hoja curva. ¿Discutía solo porque en su corazón no se veía capaz de ceder el territorio de su clan?

¿No le hacía eso tan malvado como los clanes originales que condenaron al Clan del Cielo al exilio?

Tormenta de Arena entrechocó hocicos.

– No hay necesidad de que te preocupes tanto- maulló- El Clan del Cielo no va a querer irse al bosque. Aquí se sienten en casa. ¿Sabes?- agregó con una sacudida de cola- solo dices eso porque tienes miedo de llevarles a sus muertes. Necesitas confiar en su ancestro guerrero, ese que te dijo que vinieras aquí y reconstruyeras el clan. No dejará que las ratas destrocen al Clan del Cielo.

– Supongo…- Estrella de Fuego calló, distraído por un movimiento en la sombría quebrada de abajo. Asomándose, vio a Canción Resonante que escalaba la cima del Montón de Rocas y se encaminaba hacia el otro lado del río.

– ¿A dónde va?- se preguntó en voz alta.

La siguió pero cuando llegó al fondo de la quebrada, Canción Resonante ya había desaparecido. Rastreó su olor por el Montón de Rocas hasta el camino que llevaba por debajo de las piedras hacia la Caverna Susurrante. En silencio, se deslizó tras ella por la estrecha cornisa con el agua destellando justo bajo sus patas. La luz del amanecer resplandecía en la superficie y fue quedándose atrás conforme avanzaba más tierra adentro.

Encontró a Canción Resonante sentada al lado del borde del agua en la Caverna Susurrante, con las patas bajo ella y la mirada clavada en el río mientras fluía silenciosamente en inquietante luz tenue de un verde oscuro. Al sonido de él acercándose, levantó la

mirada. La luz clara del musgo brillaba en su pelaje y se reflejaba en sus hermosos ojos azules.

– Canción Resonante…- comenzó a decir Estrella de Fuego.

– Pequeña Diminuta me comentó que aquí se oían voces- le explicó. Sus ojos destellaron- Y, ¡Estrella de Fuego, es cierto! Yo también las oigo, demasiado quedas como para saber de lo que hablan, pero ahí están, a mí alrededor, dándome la bienvenida. Nuestros ancestros guerreros están aquí, lejos de nuestro alcance. Cuando estén listos, me buscarán.

# Capítulo 31

– ¡Ratas! ¡Ratas!

Estrella de Fuego luchó por despertarse ante el aterrado aullido que rompió el silencio de la noche. La oscuridad llenaba la guarida de los guerreros y durante unos pocos latidos de corazón fue incapaz de discernir dónde quedaba la entrada. Guiado por el movimiento del aire en los bigotes, se encaminó al exterior solo para chocar

contra otro guerrero.

– ¡Cagarrutas de Zorro!- espetó el otro gato; Estrella de Fuego reconoció el olor de Garra Afilada- Quítate de en medio.

Pasó a toda prisa al lado de Estrella de Fuego y salió de la cueva, seguido por él; en la entrada se rozó contra otro gato y le envolvió el olor de Tormenta de arena. El aullido se acercaba y ahora, Estrella de Fuego era capaz de reconocer la voz de Zarpa de Cereza.

Era la noche siguiente a su encuentro con Canción Resonante en la Caverna Susurrante. Había llovido durante toda la noche y las nubes seguían cubriendo el cielo, tapando las estrellas y el delgado haz plateado de la luna. Las patas de Estrella de Fuego resbalaron en las rocas mojadas y se imaginó cayendo a plomo a la quebrada. Durante un latido de corazón sus patas se quedaron pegadas a la cornisa; luego, conforme se le acostumbraban los ojos a la oscuridad, comenzó a atisbar la senda que llevaba arriba y a un gato que se precipitaba sobre él.

– ¡Son las ratas!- resolló Zarpa de Cereza- ¡Son tantas! Han aparecido por la cima del risco…

Estrella de Fuego miró hacia arriba. Donde la cornisa se unía al borde de la quebrada, una masa oscura fluía hacia él como el agua.

Fue incapaz de discernir individuos, pero un fuerte hedor les precedía y comprendió que Zarpa de Cereza estaba en lo cierto. Por fin, las ratas atacaban.

Su estómago dio un vuelco, pero su voz se mantuvo sorprendentemente estable cuando habló.

– Tormenta de Arena, ve y asegúrate de que las reinas de la maternidad sepan lo que está pasando. Y luego advierte a Canción Resonante y a Pie Parcheado. Quédate allí y ayúdales.

– Ya voy- notó como la cola de Tormenta de Arena le acariciaba la oreja y, después, se marchó.

– Zarpa de Cereza- Estrella de Fuego apoyó la cola en el omóplato de la gata carey que resollaba- Zarpa de Gorrión debe estar en tu cueva. Ve y adviértele. Luego lucha ahí donde seas más útil.

– Recibido- la aprendiza se coló por su lado y desapareció senda abajo.

– Garra Afilada, ¿sigues ahí?

Le llegó un gruñido procedente de la oscuridad justo encima de su cabeza.

– Estoy aquí. ¿A qué esperamos?

Para entonces, el resto de los guerreros salían de la cueva.

Estrella de Fuego captó el olor de Pelaje Lluvioso y Motea Hojas y el fuerte hedor a miedo proveniente de Bigotes Cortos.

– Vámonos- maulló- Siempre que podáis quedáis en espacio despejado. No dejéis que os atrapen en las cuevas… nuestra ventaja estriba en ser capaces de correr y saltar para alejarnos de ellas.

Corrió senda arriba hacia la masa de ratas que se aproximaba.

Garra Afilada trotaba a su lado y los otros le pisaban los talones. Estrella de Fuego tuvo el tiempo justo para pensar “Esto es lo que esperaban… Una noche sin luna”. Y, a continuación, las ratas cayeron sobre él.

Unas garras diminutas le aferraron el pelaje y se le clavaron en los omóplatos conforme le finos cuerpos marrones subían sobre él. Su fétido olor cálido le llenaba la garganta, ahogándole. Notó como se le clavaban unos dientes al lado del pescuezo y se quitó de encima la rata con una pata delantera. La criatura desapareció con un fino chillido. Pero dos más ocuparon inmediatamente su puesto y

Estrella de Fuego luchó por mantenerse en pie. Si caía, tendría más ratas encima y no tendría ninguna oportunidad.

Estrella de Fuego oyó un maullido ahogado desde el fondo de la quebrada, pero no sabía que gato lo había emitido. Por favor, ¡qué no sea en la maternidad! Ahora veía el brillo de los ojos de sus enemigos, y sus afilados dientes blanquecinos. Miró a través de ellos en busca de la rata líder, pero no pudo verla. O bien se escondía en la oscuridad o se había quedado atrás.

Estrella de Fuego atisbó a Garra Afilada arrojando a diestro y siniestro ratas de las piedras para que cayeran en la quebrada con estridentes gritos de terror. Cerca, Motea Hojas rodaba por el suelo con dos ratas aferradas a su pelaje. Estrella de Fuego intentó avanzar por entre los cuerpos para ayudarla, pero en ese instante la gata mordió la garganta de una, que se quedó inmóvil. La otra rata soltó un chillido de terror y saltó.

Estrella de Fuego se tambaleó cuando otra rata saltó sobre su lomo; se restregó contra una piedra en un intento de librarse de ella, pero siguió aferrada. Le calvó los dientes en el omóplato y notó como le corría la sangre. Se retorció, intentando en vano aferrar a su enemigo con los dientes o las garras. Le resbaló una pata trasera; no había nada bajo él y Estrella de Fuego se bamboleó al borde de la senda, desequilibrado por el peso de la rata en sus omóplatos. En ese momento, la rata soltó un grito que fue cortado de golpe. Sus dientes perdieron fuerza y su peso desapareció. Unas garras de gato agarraron el pelaje del omóplato de Estrella de Fuego y lo alejaron de la aterradora caída.

– ¿Estás bien?- maulló la voz de Pelaje Lluvioso en su oreja.

– Si, gracias- resolló Estrella de Fuego.

Y seguían llegando más ratas, y más y más, derramándose por el

risco y las rocas. No importaba a cuantas mataran los guerreros del Clan del Cielo, siempre había más. Estrella de Fuego comprendió que les estaban obligando a retroceder más allá de la guarida de los guerreros, hacia la maternidad.

A continuación surgieron más chillidos y maullido de abajo. Estrella de Fuego se quedó paralizado con los dientes sobre la garganta de una rata, y observó durante un par de latidos de corazón.

No veía nada, pero el terror le cubrió los miembros. ¡Tenía que haber ratas en el río! Un segundo grupo tenía que haber llegado por la quebrada para atacar el campamento del Clan del Cielo desde abajo.

Haciendo a un lado al enemigo muerto, Estrella de Fuego pujó por abrirse paso entre la multitud de ratas que se retorcían. El miedo por los aprendices, por Canción Resonante y las crías estuvo a punto de abrumarlo. Sus garras laceraron el aire y las ratas de su camino gimotearon y huyeron.

De pronto, la batalla se detuvo. Las ratas dieron media vuelta como una sola y escalaron las rocas en dirección a la cima del risco. Garra Afilada corrió tras ellas con un chillido triunfal.

– ¡No!- gritó Estrella de Fuego- ¡Espera!

Garra Afilada se giró y le miró con incredulidad furiosa.

– ¡Huyen! Debemos ir tras ellas.

– No- repitió Estrella de Fuego- Podría ser una trampa.

– ¡Pero podemos acabar con ellas de una vez por todas!

Estrella de Fuego escaló para bloquearle el paso mientras el traqueteo de las patas de las ratas sobre las rocas se desvanecía.

– Podrían estar esperando en la cima para tendernos una emboscada- insistió- ¡Garra Afilada, piensa! ¿Por qué tendrían que luchar hasta la muerte? Solo necesitan asustarnos. Y es posible que

crean que lo han hecho.

– ¡Eso jamás!- Garra Afilada soltó un gruñido pero se mantuvo en su lugar, mirando hacia la oscuridad por donde había desaparecido la última de las ratas. El ruido de combate en la quebrada también había cesado.

Estrella de Fuego miró alrededor. Veía tanto a Garra Afilada como el borrón claro que era el pelaje de Motea Hojas, y la figura más oscura de Pelaje Lluvioso. No había rastro de Bigotes Cortos y el estómago le dio un vuelco al imaginarse el cuerpo del macho atigrado destrozado en la quebrada o en algún parte entre las rocas, desangrándose hasta morir.

– Bajemos.- maulló- Primero comprobaremos la maternidad y, luego, la cueva de Canción Resonante.

Los demás se apiñaron tras él cuando cojeó senda abajo. Al doblar la curva de una roca les recibió el furioso siseó salido de la oscuridad. Cola de Trébol estaba agazapada en la entrada estrecha entre la piedra y la cara del risco.

Estrella de Fuego apenas reconoció a la gata que se había unido al clan en busca de protección y cobijo fácil. Sus ojos se estrechaban de ira y enseñaba los dientes en un gruñido.

Un latido de corazón después, se relajó.

– Oh, Estrella de Fuego, eres tú. Pensé que erais más ratas.

– ¿Las crías?- preguntó nervioso Estrella de Fuego.

– A salvo- contestó Pétalo, apareciendo de entre la oscuridad interior de la maternidad. Pelaje Lluvioso se adelantó para reunirse con ella y ambos gatos entrechocaron hocicos.

– Cola de Trébol bloqueó la entrada y no hubiera dejado que entrara ninguna- agregó Pétalo.

Estrella de Fuego apoyó la cola en el omóplato de Cola de

Trébol.

– Bien hecho.

La gata se levantó dolorosamente, revelando las marcas de mordiscos de rata en el pecho y los omóplatos.

– Deberías ir a ver a Canción Resonante- le dijo Pétalo- Yo puedo cuidar de las crías.

Cola de Trébol murmuró algo como agradecimiento; estaba, a todas luces, exhausta y se tambaleó cuando se unió a Estrella de Fuego y los otros en su camino senda abajo. Estrella de Fuego dejó que se apoyara en su omóplato hasta que llegaron a la guarida de la curandera.

Para su alivio, Tormenta de Arena se encontraba con Canción Resonante en la cueva exterior; la curandera ya estaba sacando su reserva de hierbas.

– Vamos a necesitar un montón de raíz de bardana- maulló- Menos mal que Pétalo y yo encontramos un buen surtido el otro día.

– Y telarañas- agregó Tormenta de Arena. Su mirada se posó en los gatos que acababan de llegar y se clavaron un instante en los ojos de Estrella de Fuego antes de preguntar- ¿Quién está más herido?

Estrella de Fuego empujó hacia delante a Cola de Trébol.

– ¿Dónde está Pie Parcheado?

– Salió afuera a luchar- contestó Tormenta de Arena- Nos dimos cuenta de que venían ratas por el río solo cuando dos de ellas intentaron entrar aquí. Pie Parcheado y yo las atacamos, pero afuera había una multitud de ellas. Nos separamos en la oscuridad y no he vuelto a verle.

Estrella de Fuego intentó no mostrar alarma en sus ojos.

Pie Parcheado podría estar en mayor peligro que los otros

guerreros porque no contaba aún con todas sus fuerzas. ¿Y los dos aprendices?

Enfrentándose a su cansancio entumecedor, salió de la cueva en su busca. Pero cuando llegó a la entra vio movimientos entre las rocas y, un instante más tarde, aparecieron los tres gatos, Pie Parcheado y Zarpa de Gorrión sosteniendo entre ellos a Zarpa de Cereza. La sangre manaba de una herida en su cuello.

– ¿Qué ha pasado?- preguntó Estrella de Fuego.

– Las ratas nos atraparon en nuestra guarida- le explicó Zarpa de Gorrión.- No había espacio para usar como era debido nuestras técnicas de combate. Creo que hubiéramos estado en serios problemas de no ser porque Pie Parcheado acudió a ayudarnos.

– Aunque hemos matado a muchas de ellas- jadeó Zarpa de Cereza, levantando la cabeza.

Su compañeros la ayudaron a entrar a la cueva de Canción Resonante, donde se dejó caer al suelo y cerró los ojos. Tormenta de Arena corrió hacia ella y comenzó a limpiarle la herida a lametones. Tras un momento, miró a Estrella de Fuego y maulló:

– Me parece que no es muy grave. Vivirá.

– Claro que viviré- murmuró Zarpa de Cereza sin abrir los ojos- Y voy a matar a más ratas.

– Eso solo deja a Bigotes Cortos desaparecido- maulló Estrella de Fuego- ¿Le ha visto alguien?

– No desde que empezó la batalla- contestó Garra Afilada.

– Iré a buscarle, si quieres- se ofreció Motea Hojas- Aunque creo que sería mejor esperar al amanecer. Ya no debe faltar mucho.

– Creo que tienes razón- comenzó Estrella de Fuego, negándose a dejar que los gatos se alejaran en la oscuridad. No sabían si había pasado el peligro.- Ambos iremos cuando…

Le interrumpió un quejumbroso grito procedente del exterior.

– ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

– ¡Bigotes Cortos!- exclamó Tormenta de Arena.

Llevo de alivio, Estrella de Fuego regresó a la entrada de la cueva. El primer rastro claro del amanecer empezaba a clarear en el cielo. Bajo su luz vio a Bigotes Cortos que se aupaba desde el río casi demasiado cansado como para colocar una pata frente a la otra.

– ¡Por aquí!- gritó Estrella de Fuego.

Bigotes Cortos levantó la cabeza y aceleró un poco el paso.

Estrella de Fuego le examinó cuando se acercó un poco más. Le faltaba pelaje en ambos omóplatos y tenía un flanco repleto de las marcas de las garras de las ratas, pero, por lo demás, parecía intacto.

– Me alegra verte- Estrella de Fuego entrechocó hocicos cuando llegó a la cueva.- Y con eso estamos todos. Y ninguno herido de gravedad, gracias al Clan Estelar.

– Creí que sería carroña- los ojos de Bigotes Cortos estaban ensanchados de miedo- Tres de ellas me atraparon en una cueva enana. Todo lo que pude hacer fue intentar mantenerlas fuera. Y, de pronto, dieron media vuelta y se marcharon.

Estrella de Fuego asintió. Atrapar a los gatos en espacios confinados para que no pudieran defenderse había sido, obviamente, parte de la estrategia de las ratas. Aunque su líder no se hubiera unido al ataque, se notaba la participación de su inteligente mente controladora.

Indicándole a Bigotes Cortos que entrara en la cueva con la cola, Estrella de Fuego observó al clan. Canción Resonante había terminado con Cola de Trébol y examinaba la vieja herida de Pie Parcheado, mientras que Tormenta de Arena trataba a Zarpa de

Cereza. Los demás se tumbaron juntos, lamiéndose las heridas unos a otros. Todos parecían agotados.

Zarpa de Gorrión levantó la cabeza.

– No hemos ganado, ¿verdad? Las ratas eligieron dejar de luchar.

– Cierto- contestó Estrella de Fuego- Pero tampoco hemos perdido. Y la batalla no ha acabado. No vamos a esperarlas más. Tenemos que llevar la lucha hasta ellas.

Garra Afilada irguió las orejas.

– ¿Eso es sabio?

Estrella de Fuego se percató de que la pelea le había enseñado a Garra Afilada a ser cauteloso.

– No queremos que las ratas cuenten con la ventaja de planear el siguiente ataque. Y no habrá tantos lugares donde atraparnos fuera del granero. Ha llegado el momento.

Un murmullo de aceptación recorrió al resto del clan.

– Yo voy con vosotros- anunció Pie Parcheado- He luchado esta noche. Así que nadie puede decirme que no estoy preparado.

– Yo también- Cola de Trébol azotó el aire con la cola- Pétalo puede quedarse a cargo de las crías.

Estrella de Fuego se sintió muy humilde ante su valor: Pie Parcheado, cuya herida le hubiera dado una excusa para quedarse atrás, a salvo; Cola de Trébol, que estaba dispuesta a luchar no solo por sus crías, sino por el clan; Bigotes Cortos, que estaba aterrorizado y aún así decidido a superar sus miedos. Todos habían dado sus viejas vidas por volver realidad el sueño del Clan del Cielo… y lo habían conseguido. El código guerrero vivía en la quebrada.

Garra Afilada se levantó.

– Entonces nos iremos mañana a la noche, en cuanto los Dos Patas vuelvan a sus guaridas.- maulló- Y esperemos que haya luna. Prefiero un enemigo al que puedo ver.

El clan aulló, conforme con sus palabras. Garra Afilada sería un buen líder, pensó Estrella de Fuego. Cruzó una mirada con el macho rojizo; ahí dentro vio desafío, como si el mismo pensamiento se le hubiera ocurrido a Garra Afilada.

Pero algo retuvo a Estrella de Fuego de ofrecerle el liderazgo. Seguía pensando que no era su deber escoger. Y por mucho que Garra Afilada fuera genial a la hora de conducir a sus guerreros a la batalla, Estrella de Fuego no creía que comprendiera todo lo que implicaba ser un líder de clan.

Está en las patas de sus ancestros guerreros, se dijo a sí mismo. Y, pasado mañana, ¿quién sabe si quedará un clan al que liderar?

El clan descansó durante la mañana pero se despertaron al mediodía y se reunieron en el área de entrenamiento para una última lección que puliera sus técnicas de batalla. Estrella de Fuego notaba nueva energía en sus miembros y practicó movimientos de lucha con Pelaje Lluvioso; para eso le habían entrenado, a pesar de no estar luchando por su clan. Mirando a los rostros decididos de su alrededor, observando el uso experto de garras y dientes, supo que el Clan del Cielo no sería expulsado otra vez de la quebrada. Los descendientes del primer clan habían regresado y lucharían hasta el último aliento por su derecho a vivir ahí.

Tormenta de Arena daba por finalizada la lección cuando Canción Resonante y Pétalo aparecieron por la quebrada con los ojos brillantes de satisfacción.

– Hemos recogido un gran montón de raíces de bardana- anunció orgullosamente Pétalo.

– Y semillas de adormidera- agregó Canción Resonante- Tormenta de Arena, dijiste que van bien para el dolor, pero no sabía dónde encontrar más.

– Mi viejo Dos Patas tenía adormideras en el jardín.- explicó Pétalo.

– Espero que no hayas tenido problemas con el Dos Patas- maulló Estrella de Fuego.

Pétalo sacudió la cola con desdén.

– Salió de la guarida y gritó un poco. Pero no nos cogió.

Estrella de Fuego fue incapaz de advertirla de que no corriera riesgos. Después de la batalla habría guerreros heridos que agradecerían el alivio proporcionado por las semillas de adormidera.

Los ojos de Canción Resonante brillaban divertidos.

– Cola de Trébol ordenó a las crías que buscaran telas de araña- informó- Nunca has visto tantas… ¡todas encima de ellos! Se esforzaron mucho.

– Es hora de que se conviertan en aprendices- maulló Tormenta de Arena.

– Pronto- coincidió Estrella de Fuego. Su corazón latía con calor al pensar en el futuro del clan. El Clan del Cielo tenía mucho que perder… ¡y mucho más que ganar!

Pétalo se acercó a Pelaje Lluvioso y le murmuró algo al oído. El proscrito gris asintió; a continuación, ambos se acercaron a Estrella de Fuego.

– Hemos conversado sobre algunas cosas esta mañana- comenzó Pelaje Lluvioso, titubeante de pronto- Hemos decidido que queremos convertirnos en miembros del Clan del Cielo. Si es que nos aceptáis, claro está.

– ¡Esas son unas noticias fantásticas!- exclamó Estrella de Fuego.

Pelaje Lluvioso sostuvo su mirada con los ojos ensanchados y serios.

– Hemos visto por nosotros mismos cómo opera el código guerrero.

– Si- coincidió Pétalo- Y no queremos ninguna otra vida para nosotros y nuestras crías.

Garra Afilada dio un paso adelante para situarse al lado de Estrella de Fuego.

– Sois bienvenidos a uniros- maulló, y el resto del clan murmuró, de acuerdo con él- Sabéis de sobra cuanto necesitamos guerreros fuertes. Os recibimos con humildad y os damos las gracias.

Mientras bajaba el sol, Estrella de Fuego convocó a Pelaje Lluvioso y a Pétalo al pie del Montón de Rocas para celebrar su ceremonia de guerrero. El resto del clan creó un círculo con los ojos brillantes y el pelaje espesado ya en anticipación a la batalla.

– Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno y mentor del Clan del Cielo, pido a sus ancestros guerreros que cuiden de estos gatos- empezó- Han decidido entregarse a vuestro código guerrero y os los entrego a su vez como guerreros.- se acercó a Pelaje Lluvioso y continuó- Pelaje Lluvioso, ¿prometes respetar el código guerrero, proteger y defender el clan aún a costa de tu vida?

Pelaje Lluvioso mantuvo alta la cabeza; no hubo duda en su voz cuando maulló:

– Sí.

– Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te confirmo tu nombre de guerrero. Pelaje Lluvioso, el Clan Estelar confía en que

servirás a tu nuevo clan con honor y valor.

Apoyó el hocico en la cabeza de Pelaje Lluvioso y el guerrero gris le lamió el omóplato.

– Pétalo- siguió Estrella de Fuego, girándose hacia la gata gris claro- ¿prometes respetar el código guerrero, proteger y defender el clan aún a costa de tu vida?

– Si- Pétalo sonó tan segura como su pareja.

– Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te doy tu nombre de guerrera. Pétalo, de ahora en adelante serás conocida como Nariz de Pétalos. El Clan Estelar honra tu resistencia y fuerza, y el Clan del Cielo te da la bienvenida.

Una vez completada la ceremonia, los gatos del Clan del Cielo bramaron los nombres de los nuevos guerreros, aullándolos como un desafía al cielo que se oscurecía. Estrella de Fuego se hinchó de orgullo por todos los gatos del Clan del Cielo; gracias a ellos, el clan había ganado dos fuertes guerreros y dos crías sanas. Veía un gran futuro en el clan para Nariz de Pétalos y Pelaje Lluvioso.

El aullido cesó conforme se hundía el sol tras los riscos y la noche cubría la quebrada. La luna en cuarto creciente lanzó su luz intermitente al aparecer por entre las nubes que se desplazaban velozmente por el cielo. Había una fuerte brisa con olor a escarcha.

Estrella de Fuego envió a sus guerreros risco arriba mientras visitaba por última vez la maternidad. Canción Resonante y Nariz de Pétalos habían regresado allí con las cinco crías, que se agazapaban en sus lechos entre el musgo y los helechos, mirando a Estrella de Fuego con una mezcla de temor y nerviosismo.

– Aquí estaréis más a salvo que en ninguna otra parte- les dijo Estrella de Fuego.- La entrada es estrecha.

Nariz de Pétalos asintió.

– Estaremos bien. No te preocupes por nosotros, Estrella de Fuego. Y cuidaremos de las crías o moriremos en el intento.

– Si ocurre lo peor- prometió Estrella de Fuego- todo guerrero que sobreviva volverá aquí y os ayudará a defenderlas.

– No va a pasar lo peor- la voz de Canción Resonante fue clara y determinada al acercarse a Estrella de Fuego- Vete ya… Te veré cuando vuelvas.

Estrella de Fuego pensó en la brutal batalla que le aguardaba.

Aunque aún le quedaban seis vidas, podrían arrebatárselas de golpe si le infligían una herida lo suficientemente severa. Recordó la muerte de Estrella de Tigre, abierto en canal por Azote, y se estremeció.

Aunque no dijo nada, supo que Canción Resonante se imaginaba hacia dónde iban sus pensamientos.

– Te veré otra vez- maulló la gata, y sus palabras poseían la seguridad de una profecía.

# Capítulo 32

Estrella de Fuego se aupó sobre el borde del risco y se internó

en la floresta.

Durante un latido de corazón, hasta que sus ojos se adaptaron a la gruesa oscuridad bajo los arbustos, no vio a ningún gato, aunque le rodeaba el olor del Clan del Cielo.

Zarpa de Cereza le siseó al oído.

– Por aquí.

Siguiéndola, llegó al borde de la floresta y encontró a los guerreros del Clan del Cielo agazapados bajo las ramas exteriores del matojo, mirando a través de la maleza al granero Dos Patas. Recordó sus miedos del bosque, antes de la batalla con el Clan de la Sangre. En ese entonces luchó contra el pensamiento de conducir a su clan a una batalla de la que algunos podrían no regresar. Su lugarteniente, Tormenta Blanca, le había comentado que no envidiaba su posición.

Estrella Azul le aseguró en un sueño que tenía la fuerza necesario. Al final había comprendido que tomar ese tipo de decisiones formaba parte del peso de ser un líder.

Ahora miraba a los guerreros del Clan del Cielo, al entusiasmo de sus ojos al mirar hacia la guarida de sus enemigos, y dudó en dar la orden necesaria. La batallaba ya había comenzado, y ya se había perdido, mucho tiempo atrás. Estrella de Fuego no era su líder. ¿Qué derecho tenía de pedirles que lucharan ahora? Eran tan pocos y habían tenido tan poco tiempo para aprender las habilidades de un guerrero…

Se percató de que Motea Hojas se levantaba y atravesaba la línea de arbustos hasta colocarse frente a él.

– Temes por nosotros- maulló.

Estrella de Fuego asintió con las palabras atascadas en su garganta como un trozo duro de carne fresca.

– Nosotros también tememos- continuó Motea Hojas en voz baja- Pero esta batalla es nuestra, no tuya. Somos nosotros quienes debemos a los gatos del Clan del Cielo que caminaron antes por aquí el intentar, una vez más, derrotar a las ratas. No tienes que venir. ¿Se arriesgaría el Clan del Trueno a perder su líder a favor de otro clan?

Estrella de Fuego la contempló con una mezcla de incredulidad y admiración.

¿De dónde procedía su valor y la entrega al código guerrero? Pero lo que más le impresionaba era que la gata se había dado cuenta que su lealtad no descansaba primero en ese clan, sino en los compañeros que había dejado atrás, en el bosque.

Agachó la cabeza.

– Yo os he traído hasta aquí- murmuró- Y os llevaré hasta el final.

Entrechocando hocicos con Motea Hojas, se levantó.

– Es la hora.

Estrella de Fuego se agachó sobre el suelo tras una aulaga dispersa a unas colas de distancia de la valla que rodeaba el granero Dos Patas. Todo estaba en silencio. El granero parecía desierto y la luz clara de la luna se reflejaba en su brillante superficie, haciendo que los huecos en las paredes semejaran bocas abiertas. La única muestra de que estaba habitado era la fuerte peste a ratas y carroña.

– Me gustaría saber dónde tienen las ratas su guarida.- murmuró Estrella de Fuego.

– Supongo que dentro- Garra Afilada se deslizó hasta él y le maulló al oído- Durante el día permanecen bien escondidas, porque nuestras patrullas no las han visto nunca.

Estrella de Fuego clavó las garras en la tierra.

– Me gustaría no tener que luchar ahí dentro.

– No es como una cueva- remarcó Zarpa de Gorrión- Es enorme. Hay sitio de sobra para huir.

Estrella de Fuego sabía que tenía razón, pero el pensamiento de tener que luchar entre paredes y con un techo que le bloqueara el cielo le hacía sentir atrapado e impotente. Supuso que los antiguos mininos domésticos lo verían diferente. Pero sus días de minino doméstico había pasado y le costaba imaginar un sentimiento así.

– Yo conduciré a la mitad de la patrulla dentro- se ofreció Garra Afilada- El resto quedaos aquí y con suerte, conseguiremos engañar a las ratas para que luchen fuera.

Estrella de Fuego asintió.

– Buena idea. Yo iré contigo- sabía que no podía permitir que el macho rojizo fuera a algún sitio al que él no se atreviera ir.

– Nosotros también queremos ir- susurró Zarpa de Cereza.

– Muy bien. Y Bigotes Cortos- agregó Estrella de Fuego- El resto, quedaos fuera. Tormenta de Arena, tú estás al cargo.

Su pareja asintió ligeramente. Pegado al suelo, con el pelaje rozándole la hierba, Estrella de Fuego los llevó hasta la valla y se arrastró por ella hasta encontrar el hueco que habían usado para entrar en su anterior visita. Se coló por él con el resto de la patrulla pegada a sus talones.

El pelaje de Estrella de Fuego cosquilleó al observar de cerca el granero Dos Patas. Se alzaba sobre su cabeza como una cosa Dos Patas resplandeciente y antinatural con muerte en su interior. ¿Se darían cuenta las ratas de que su enemigo se encontraba tan solo a unos pasos de distancia? No sentía la fuerza malévola que había sido el primer indicio de la presencia de ratas, pero le costaba imaginar que no hubiera ojos, malignos y brillantes, observándoles.

– ¿A qué esperamos?- siseó Garra Afilada.

Estrella de Fuego miró atrás para asegurarse de que Tormenta de Arena y su patrulla, Motea Hojas, Pie Parcheado, Cola de Trébol y Pelaje Lluvioso, estuvieran fuera de la valla. Reunió a su propia patrulla sacudiendo la cola y se adentró por el hueco más cercano de la pared del granero. Saltando por él, se adelantó un par de pasos para permitir que el resto le siguiera y miró a su alrededor.

El hedor a rata y carroña era más fuerte ahí.

Sus garras rasparon el suelo duro hecho de la misma roca blanca que rodeaba el granero por fuera, y el sonido resonó estremecedoramente en el gran espacio vacío. Estrella de Fuego recordó el granero de Centeno y Cuervo, hecho de cómodas pilas de heno y lleno del rasgueo y los chilliditos de los ratones. Aquella fría y desnuda vacuidad del granero le hacía estremecerse. Un lado estaba sumido en las sombras, pero la luz de la luna se filtraba por los huecos irregulares del techo, mostrándole una inmensa pila de basura Dos Patas contra una de las paredes más alejadas.

– La guarida de las ratas estará probablemente ahí- le susurró Estrella de Fuego a Garra Afilada.

El guerrero asintió.

– Esperemos que su tufo enmascare nuestro olor.

Estrella de Fuego llamó al resto de la patrulla con la cola.

Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión miraban a su alrededor más con curiosidad que con miedo. Bigotes Cortos estaba aterrorizado, con todo el pelaje espesado hasta parecer el doble de grande, pero se acercó con determinación ante la llamada de Estrella de Fuego.

– Vamos a ir directos a la guarida- les dijo Estrella de Fuego.- Cuando aparezcan las ratas, corred a los huecos y salid. Con suerte, las ratas nos seguirán.

La patrulla se distribuyó en una fila desigual por el granero y comenzó a acercarse al montón de basura. Estrella de Fuego se sentía terriblemente expuesto y su corazón latía con tanta fuerza que apenas podía respirar. No se movió nada entre los montones descompuestos de cosas Dos Patas.

Se encontraba a apenas un zorro de distancia del montón cuando Estrella de Fuego escuchó un ruido de patitas tras él, seguido por el gemido horrorizado de Bigotes Cortos. Se quedó paralizado durante un latido de corazón y, a continuación, se volvió de golpe para enfrentarse a filas y más filas de ratas.

Más ratas de las que había visto jamás salieron de entre las sombras y cubrieron el suelo entre la patrulla y el hueco por el que habían entrado.

La mirada de Estrella de Fuego pasó sobre ellos, intentando localizar al líder, pero todos los cuerpos delgados y marrones parecían iguales. En ese momento, habló una voz, pero el sonido levantó ecos en los muros del granero, por lo que no supo qué rata hablaba.

– Ya os matamos antes. Os mataremos otra vez. Sois pocos. Nosotros muchos.

Garra Afilada soltó un gruñido rabioso y saltó sobre la primera fila de ratas.

– ¡Detente!- gritó Estrella de Fuego.

El macho rojizo se detuvo, mirándole.

– ¿Qué pasa?

– Debemos permanecer juntos- explicó Estrella de Fuego, apiñando el resto de la patrulla con un gesto de la cola- Si nos separan estamos acabados. Tenemos que salir, allí no podrán atraparnos.

Apenas había terminado de hablar cuando la primera ola de ratas chocó contra ellos. Mirando adelante, azotando con las garras y dientes, la patrulla empezó a abrirse paso entre ellas, de vuelta al hueco por el que habían entrado. Había otro hueco más, pero se encontraba al otro lado del granero y aún más ratas bloqueaban el camino hacia él. Estrella de Fuego se recordó que le quedaban seis vidas mientras que los gatos a su alrededor solo contaban con una; tendría que luchar con mayor furia para equiparar su valor.

Las ratas los envolvieron, subiéndose unas encima de otras en su impaciencia por clavar las garras y los dientes. Pero había demasiadas; no había espacio para luchar adecuadamente. Estrella de Fuego recibió un mordisco en una pata delantera y unos cuantos arañazos feos en la cabeza, pero con la patrulla tan cerca, las ratas no podían atacarle desde atrás es más, no podían atacar sin quedar al alcance de la furiosa defensa de los guerreros.

El hueco se encontraba a tan solo unas colas de distancia; Estrella de Fuego empezó a albergar la esperanza de que podrían salir al exterior.

Entonces oyó un chillido aterrador desde el otro lado. Pelaje Lluvioso saltó por el hueco con el resto de la patrulla tras él, y cayó sobre las ratas de la retaguardia.

Estrella de Fuego soltó un aullido frustrado.

– ¡No! ¡Volved!

Obviamente, la patrulla exterior creía estar acudiendo al rescate; sin embargo, solo ponía a los gatos en peligro.

Montones chirriantes de gatos y ratas se retorcían sobre el suelo frente al hueco, haciendo que fuera más difícil alcanzarlo. La patrulla exterior ya había sido dividida y cada uno lucha solo contra una multitud de ratas.

Antes de que Estrella de Fuego diera otra orden, su propia patrulla se separó, saltando en ayuda de sus compañeros. El granero al completo estalló en sangre y rabia. Los chillidos furiosos de los guerreros se mezclaban con los gritos moribundos de las ratas y, aún así, cuando una caía, dos más ocupaban su lugar. Estrella de Fuego atisbó a Cola de Trébol que apartaba ratas con ambas patas delanteras; Garra Afilada y Zarpa de Cereza luchaban lado a lado, abriéndose paso oleada tras oleada de ratas atacantes.

– ¡Fuera! ¡Todos fuera!- chilló Estrella de Fuego.

Tormenta de Arena saltó sobre un revoltijo de ratas que gruñían y cayó a su lado.

– ¡Lo siento!- jadeó- No pude detenerles- enseñó los dientes cuando una rata se acercó a ella a la carrera; dio un respingo y huyó directa a las patas extendidas de Estrella de Fuego. Una feroz satisfacción envolvió a Estrella de Fuego al quitarle la vida con las garras; fuera cual fuera el final, se alegraba de luchar lado a lado con Tormenta de Arena.

Poco a poco, los gatos del Clan del Cielo iban ganando terreno en dirección al hueco.

Motea Hojas empujó por él a Zarpa de Gorrión y le siguió.

Pie Parcheado se coló tras ellos y después Bigotes Cortos. Cola de Trébol se quitó de encima una rata que le había clavado los colmillos en el omóplato, golpeó a otra con una pata en un lado de la cabeza, y saltó al exterior. Por primera vez, Estrella de Fuego se permitió tener la esperanza de que iban a salir.

Vio a Garra Afilada y a Zarpa de Cereza lado a lado a un par de zorros de distancia, en medio de un círculo de ratas muertas o agonizantes.

– ¡Salid!- gritó, sacudiendo la cola en dirección al hueco.

Garra Afilada gruñó algo a Zarpa de Cereza, que abrió las fauces para replicar y, mientras estaba distraída, una rata saltó sobre su lomo. Se tambaleó y las garras le resbalaron en el suelo cubierto de sangre; cayó de lado. Garra Afilada soltó para ayudarla, arrancando la rata de su lomo y sacudiéndola ferozmente antes de lanzarla a un lado. Levantando a su aprendiza atontada, se abrió paso con las garras por entre la hora de ratas, obligándolas a retroceder como hojas al viento. Aliviado, Estrella de Fuego vio a mentor y aprendiza desaparecer por el hueco.

Por un latido de corazón creyó que solo quedaban en el granero Tormenta de Arena y él. Luego vio a Pelaje Lluvioso a dos o tres zorros de distancia del hueco, en medio de un círculo de ratas que iba, poco a poco, cerrándose sobre él. Pelaje Lluvioso miró hacia atrás para ver dónde estaba el hueco y, en ese instante, una rata inmensa saltó sobre él y le calvó los dientes en el cuello. El guerrero del Clan del Cielo desapareció bajo un montón de cuerpos que e retorcían.

– ¡Sal!- le ordenó Estrella de Fuego a Tormenta de Arena- Yo ayudaré a Pelaje Lluvioso.

– No pienso irme sin ti- contestó Tormenta de Arena.

No había tiempo para discusiones. Estrella de Fuego corrió, saltando sobre una rata y noqueando a otra para apartarla de su camino y arrojarse sobre las criaturas que atacaban a Pelaje Lluvioso.

Apenas se veía al guerrero gris entre la masa de ratas.

Se separaron ante el sonido del furioso aullido de Estrella de Fuego y Pelaje Lluvioso se levantó con dificultad solo para volver a ser derribado.

Estrella de Fuego cayó entre ellas, arañando y bufando. Mordió

el cuello de una rata que se desplomó en el suelo. Otra retrocedió, retorciéndose y chillando mientras le salía sangre a chorros de las heridas que le causaba en los ojos y el hocico. Casi había alcanzado a Pelaje Lluvioso cuando surgieron más ratas a su alrededor y un peso cayó sobre su espalda, derribándolo.

Su cabeza golpeó con fuerza el suelo del granero, atontándolo.

Durante unos cuantos latidos de corazón agitó las patas en un intento de incorporarse. A continuación, unas garras afiladas se le clavaron en el cuello y su cuerpo entero se convulsionó de dolor.

Unos diabólicos ojos de rata le miraron, brillando con malicia y una voz dijo con tono rasposo.

– ¡Muere, gato!

Estrella de Fuego luchó por calvar las garras en el cuervo que le inmovilizaba. ¡Tenía que ser el líder de las ratas! Mátale, y la batalla habrá acabado.

Pero no le quedaban fuerzas en los miembros y la luz de la luna parecía disiparse, dejándole en medio de una cueva de oscuridad resonante. Durante un par de latidos de corazón más solo fue consciente de esos ojos, esos dos focos de odio. Luego, la noche se cernió sobre él y ya no supo nada más.

# Capítulo 33

Estrella de Fuego abrió los ojos bajo una clara luz que brillaba a su alrededor. Al principio creyó que aún permanecía en el granero. Pero no comprendía el silencio y la falta de olor a rata.

Tras luchar un instante consiguió ponerse en pie y se dio cuenta de que estaba en la Caverna Susurrante, de que el musgo resplandecía misteriosamente a su alrededor y que el río subterráneo se deslizaba a su lado en su viaje a la salida.

¿Cómo había llegado allí?, se preguntó.

Entonces vio que no estaba solo. El anciano líder del Clan del Cielo estaba sentado al otro lado de la Caverna.

– Saludos- maulló.

Estrella de Fuego comenzó a entenderlo.

– ¿He perdido otra vida?- dijo con voz ronca.

El líder del Clan del Cielo inclinó la cabeza. Tras él, Estrella de Fuego podía ver el contorno de un gato del color de las llamas, entre las sombras. Su pelaje y sus ojos verdes brillaban; Estrella de Fuego se reconoció a sí mismo cuando la figura agachó ligeramente la cabeza. El líder del Clan del Trueno se levantó.

– Déjame volver- le suplicó al gato del Clan del Cielo- Tengo que ayudar a Pelaje Lluvioso. Tengo que salvar al Clan del Cielo, ¿no es lo qué querías?

El ancestro del Clan del Cielo se levantó y atravesó la caverna en dirección a Estrella de Fuego. Su olor era una mezcla entre escarcha, viento y cielo nocturno. Inspirándolo, Estrella de Fuego notó como volvía la energía a sus cansados y doloridos miembros.

– Vete ahora- murmuró el gato del Clan del Cielo- Y que mi

fuerza te acompañe.

La luz clara del musgo desapareció y durante un latido de corazón, Estrella de Fuego se vio inmerso en un vacío oscuro. A continuación notó que una pata le sacudía el omóplato y oyó la voz de Tormenta de Arena.

– ¡Estrella de Fuego, Estrella de Fuego!

Se despertó con un parpadeo y vio a su pareja agazapada sobre él con los ojos verdes llenos de angustia.

– ¡Estrella de Fuego!- repitió- Levántate. Se acercan las ratas.

Estrella de Fuego levantó la cabeza y se vio tumbado en el suelo a las afueras del granero. Su pecho estaba salpicado de la sangre que había manado de la herida de su cuello.

Las ratas salían ya en tropel por el hueco de la pared del granero. Tormenta de Arena ayudó a Estrella de Fuego a levantase y con la ayuda por el otro lado de Motea Hojas, consiguió tambalearse hasta un árbol raquítico a unas cuantas colas de distancia de la valla. El resto de los gatos ya había escalado hasta sus ramas, todos salvo Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión que los aguardaban abajo.

– ¡Subid!- instó Zarpa de Cereza cuando Estrella de Fuego y las dos gatas se acercaron cojeando- No nos esperéis. Podemos saltar más tarde.

– No…- Estrella de Fuego intentó quedarse atrás- Estaremos atrapado. Tenemos que salir por la valla.

Zarpa de Gorrión sacudió la cola.

– ¿Pero la has visto?

El corazón de Estrella de Fuego dio un vuelco. A lo largo de toda la valla, amontonadas fuertemente en torno al hueco que los gatos habían usado para entrar, se encontraban hordas de ratas. Sus ojos parecían brillar triunfales.

Ya habían atrapado a los gatos y contaban con todo el tiempo del mundo para acabar con ellos. El único lugar seguro, al menos por un tiempo, era ese árbol.

Estrella de Fuego escaló por el tronco con las garras y encontró un espacio donde agazaparse sobre una rama ancha. Mirando alrededor, vio a Bigotes Cortos, Garra Afilada, Cola de Trébol…

– ¿Pelaje Lluvioso?- jadeó- ¿Dónde está Pelaje Lluvioso?

– Lo siento- Tormenta de Arena se aferró a la rama, a su lado- No lo ha conseguido.

La mirada de Estrella de Fuego voló hasta el granero y tensó los músculos, listo a medias para saltar y luchar de vuelta y ayudar al guerrero.

– No sirve de nada, Estrella de Fuego- Tormenta de Arena apoyó amablemente la punta de la cola sobre su omóplato.- Pelaje Lluvioso ha muerto- el dolor latió en su voz al añadir- Solo podía salvar a uno, Estrella de Fuego, y no me quedó más opción que salvarte a ti.

Estrella de Fuego recordó como habían salvado él y Pelaje Lluvioso a Nariz de Pétalos, y como Pelaje Lluvioso le había salvado de caer a la quebrada cuando las ratas atacaron la noche anterior el campamento.

Recordó el grandioso futuro que había previsto para el guerrero gris. Y ahora estaba muerto y los restos del Clan del Cielo se hacinaban en ese árbol mientras las ratas se amontonaban en el suelo de abajo, a la espera únicamente de acabar con ellos. Estrella de Fuego había fracasado: le había fallado al clan, a Guardián Celestial y al ancestro del Clan del Cielo que le había enviado allí. El quinto clan del bosque volvería a ser destruido. Suspirando, Estrella de Fuego apoyó la cabeza en el flanco de Tormenta de Arena, demasiado cansado para moverse.

– ¡No podemos rendirnos!- dijo Motea Hojas, hablando desde una rama justo por encima de la cabeza de Estrella de Fuego- ¿Vamos a dejar que Pelaje Lluvioso muriera por nada?- cuando no obtuvo respuesta, añadió- Las ratas no tienen más derecho que nosotros de vivir aquí. ¿No vamos a luchar por lo que es nuestro?

Estrella de Fuego alzó la mirada para ver a la gata atigrada de pie, autoritaria, sobre su rama. Sus ojos resplandecían de valor.

A su alrededor, los otros gatos se retorcían y parecían adquirir algo del fuego que ardía en su interior.

– Yo lucharé contigo- gruñó Garra Afilada- Van a matarnos de todas formas, pero me llevaré conmigo a algunas de ellas.

Un coro de voces se alzó alrededor de Estrella de Fuego, jurando seguir luchando pasara lo que pasara. Incluso Bigotes Cortos accedió a pesar de que tenía el pelaje erizado y sus ojos estaban blancos de terror.

– Ahora somos un clan- declaró Cola de Trébol- y este es nuestro hogar. Lucharemos por él.

Estrella de Fuego se puso de pie, clavando las garras en la rama. Su cabeza se iba aclarando y la energía de su nueva vida fluía por sus miembros… la energía del ancestro del Clan del Cielo que le había llevado allí con la convicción de que no iba a fallar.

– Honro tu valor- maulló- Y lucharé contigo. Puedes contar con todas mis vidas y toda mi fuerza si eso os ayuda a vencer a las ratas.

Se percató de que Tormenta de Arena enderezaba las orejas, sorprendida, pero lo decía realmente en serio. Era lo correcto según el código guerrero. Por esa noche, no sería el líder del Clan del Trueno, sino un miembro del Clan del Cielo.

– Pero, ¿qué vamos a hacer?- preguntó en voz baja Pie Parcheado.

Estrella de Fuego bajó la mirada. El árbol estaba rodeado por sinuosos cuerpos ratoniles con sus penetrantes ojos clavados en los guerreros que había tomado refugio en las ramas. Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión seguían entre las raíces, listos para saltar y unirse a sus compañeros si atacaban las ratas.

Pero estas no parecían tener ninguna prisa. Estrella de Fuego sabía que pensaban que la batalla había acabado y que podían acabar con los gatos que quedaban tan lentamente como quisieran.

– Las ratas actúan como una sola- pensó en voz alta- Como un enjambre de abejas o una manada de lobos. La otra noche dejaron de atacarnos y se marcharon a la vez. Algo las está controlando. Deben obedecer las órdenes de la rata líder.

– Entonces matémosla- siseó Garra Afilada, flexionando las garras- y el resto huirá.

– Eso espero- contestó sombríamente Estrella de Fuego.

– Muy bien y todo eso- maulló Pie Parcheado.- Pero, ¿cuál es el líder? A mí todas me parecen iguales.

Estrella de Fuego volvió a recordar los últimos latidos de corazón de su anterior vida, el momento en el que se enfrentó al líder de las ratas dentro del granero. El pelaje de su cuello se erizó al recordar aquellos ojos malignos y la ronca voz que le decía que iba a morir.

– Solo el líder habla gatuno- maulló- Si podemos obligarle a hablarnos, sabremos dónde está.

– Y luego…- Garra Afilada azotó el aire con una pata de garras extendidas.

Estrella de Fuego miró a su alrededor. Los guerreros del Clan del Cielo ya estaban listos para la acción con los ojos entusiasmados y sus heridas y cansancio olvidados. Incluso Bigotes

Cortos parecía haberse librado de la mayor parte de su miedo.

– Tenemos que descender- comenzó- Las ratas van a quedarse ahí eternamente si nos quedamos en el árbol.

Tomando la delantera, descendió a la fría y dura piedra del suelo, cayendo entre los dos aprendices. El resto del clan le siguió en silencio y se quedaron mirando la masa de ratas. Estrella de Fuego se percató de que los descendientes del Clan del Cielo, Zarpa de Cereza, Zarpa de Gorrión, Bigotes Cortos y Garra Afilada, adoptaban posiciones al límite del pequeño grupo, como si quisieran proteger a aquellos compañeros que no podían subir tan fácilmente al árbol.

Cuando bajaron, un escalofrío recorrió la multitud de ratas y se acercaron un poquito más. Estrella de Fuego levantó la cabeza y se enfrentó a ellas.

– Sois muy valientes cuando estáis juntas- se burló- Pero apuesto a que no lo seríais tanto si estuvierais solas. Supongo que ni siquiera vuestro inteligente líder se atrevería a enfrentarse a mí.

No se movió ni una rata.

– ¡Cobardes!- despreció Garra Afilada- ¡Come carroña, alimañas merodeadoras!

– ¡Venid a luchar!- Estrella de Fuego lanzó el desafío al muro de silencio. El pánico empezó a ascenderle por el pelaje. La rata líder, obviamente, era demasiado lista como para mostrarse.

Los gatos apoyaron los lomos contra el árbol cuando las ratas se acercaron un poco más. Solo unos cuantos latidos de corazón más, pensó Estrella de Fuego, y se lanzarán sobre nosotros. Los gatos del Clan del Cielo podían luchar un tiempo, pero antes o después acabarían cayendo.

Una vez más, el Clan del Cielo se convertiría tan solo en un

recuerdo. ¿Qué puedo hacer?, se preguntó, angustiado.

En ese momento le envolvió un olor familiar y sus patas cosquillearon. ¿Jaspeada? Miró de lado a lado, pero no había rastro de la gata carey. Solo una suave voz que le susurró al oído:

– No son muchas, sino una sola.

A continuación, la sensación de tenerla cerca desapareció. ¡Aguarda!, protestó Estrella de Fuego en su mente, ¡no lo entiendo! ¿Cómo decía Jaspeada que no había muchas ratas?

Contempló a sus enemigos bañados por la luz de la luna de tal forma que sus cuerpos se convertían en uno como las ondas en un lago. Y mientras los observaban, la marea subió y bajó, y se dio cuenta de lo que había querido decir Jaspeada. Había considerado a las ratas como a un enjambre de abejas o una manda de perros que recibían órdenes de un líder, pero Jaspeada le acababa de mostrar que eran mucho más que eso. Aquellas criaturas eran como un único enemigo; las ratas individuales no tenían mente propia. Recibían órdenes de una sola rata que iban pasando de cuerpo en cuerpo como una señal visible, una sacudida del pelaje o el movimiento de la cola, la presión de un costado contra otro. Si observaba las ondas, estas le conducirían hasta la rata que buscaba.

Las alimañas se acercaron más. Estrella de Fuego fue consciente de la presencia a su lado de Tormenta de Arena, su pelaje contra el suyo, las garras clavándose en la raíz del árbol sobre la que se encontraba, lista para saltar. Sin atreverse casi ni a respirar, miró a las ratas, sabiendo que podían atacar en cualquier momento. Se obligó a dejar de mirar aquel par de ojos allí, esa cola serpentina al otro lado, y las estudió como la superficie de un solo lago.

Unas garras gélidas aferraron su columna vertebral. Sin ninguna duda veía los leves movimientos que circundaban un punto central,

el lugar desde el cual emanaban las órdenes silenciosas del líder.

Y en ese punto central, una sola rata miraba a los gatos asediados.

Estrella de Fuego estrechó los ojos. No había tiempo de dar explicaciones a la patrulla sobre sus acciones. Solo tenía una oportunidad, una sola de asegurarse de que no había viajado hasta allí en vano y de que el Clan del Cielo podía vivir. Desenfundando las garras, saltó con las patas estiradas hacia el centro de la masa de ratas.

Unos maullidos aterrorizados explotaron tras él. Oyó chillar a Tormenta de Arena.

– ¡Estrella de Fuego!

Su voz quedó ahogada por el único chillido que brotó de la garganta de todas las ratas, que cayeron sobre él como una ola marrón. Pero las garras de Estrella de Fuego golpearon su objetivo, desgarrando la garganta de la rata en el centro de la marea. Miró directamente a los pequeños ojos llenos de odio y vio como este cambiaba a terror antes de que la luz se desvaneciera de ellos. La cabeza de la rata cayó hacia atrás y su cuerpo quedó inmóvil.

Durante un latido de corazón, Estrella de Fuego no se movió, con las patas pegajosas de sangre. Las ratas se amontonaron a su alrededor, chillando y siseando en su confusión.

– ¡Seguidme! ¡Atacad!- el aullido surgió de Garra Afilada y, de pronto, todos los compañeros de Estrella de Fuego se encontraba a su alrededor, arañando a sus enemigos. Balbuceando de terror, las ratas huyeron de vuelta al granero, escalando las paredes resplandecientes en su afán por meterse dentro y esconderse. Los gatos del Clan del Cielo pasaron a toda velocidad al lado de Estrella de Fuego para dar el golpe final a cualquier rata lo

suficientemente lenta como para cruzarse en su camino.

– ¡Alejaos de nosotros!- gritó Garra Afilada, persiguiéndolas.- La quebrada es nuestra. ¡Mataremos a cualquier rata que ponga las patas en ella!

Motea Hojas se detuvo frente al hueco, impidiendo que el resto de los gatos del Clan del Cielo las siguiera al interior.

– Dejad que se vayan- maulló- Ya no son un peligro. Ya no.

Se acercó a Estrella de Fuego que aún seguía inmóvil sobre el cuerpo de su enemigo muerto y agachó la cabeza en señal de gratitud.

– Hemos ganado. Gracias a ti, el Clan del Cielo está a salvo.

Cuando todas las ratas huyeron, Estrella de Fuego se aventuró al interior del granero con Garra Afilada y Motea Hojas. Aún eran visibles dos o tres ratas que olfateaban los cuerpos de sus compañeros caídos, pero en cuanto vieron a los gatos soltaron chillidos de alarma y se escurrieron bajo el refugio de la basura Dos Patas al otro lado del granero.

El cuerpo de Pelaje Lluvioso se encontraba estirado en el suelo. A su alrededor encontraron ratas muertas y sus garras seguían clavadas la garganta de una de ellas. Su pelaje gris mostraba calvas ahí donde le habían herido.

– Murió como un guerrero- murmuró Motea Hojas.

– Lo llevaremos a la quebrada y guardaremos luto por él.- maulló Estrella de Fuego.

En silencio, cogieron el cuerpo y lo sacaron por el hueco de la pared del granero. El resto del clan se amontonó a su alrededor para ayudarles a llevara a Pelaje Lluvioso a través de la valla y de vuelta por la maleza hasta la quebrada, todo ello bajo la luz de la fría luna. El cuerpo laxo, la cola que arrastraba por el polvo y su pelaje

teñido de sangre.

Cuando Garra Afilada y Motea Hojas llevaron senda abajo el cuerpo de su compañero caído, Canción Resonante apareció a la entrada de la maternidad.

– ¡Habéis vuelto!- exclamó. Se calló de golpe al ver el cuerpo roto de Pelaje Lluvioso y el pesar inundó sus ojos.

– Se lo diré a Nariz de Pétalos- susurró.

Rodeó la piedra y, un momento después, Estrella de Fuego oyó un maullido de angustia.

– Seguid- le murmuró a Garra Afilada y Motea Hojas- Dejad el cuerpo junto al Montón de Rocas. Yo me uniré a vosotros enseguida.

Inspirando profundamente, caminó hasta la maternidad. Nariz de Pétalos estaba acurrucada sobre sus crías con los ojos ensanchados y mirando al vacío.

Canción Resonante se restregaba tranquilizadoramente contra su flanco, pero Estrella de Fuego supuso que la gata gris no notaba el gesto.

– Lo lamento- maulló- Murió como un guerrero.

Nariz de Pétalos se estremeció y clavó sus ojos en él.

– Murió protegiendo lo que más quería- susurró- A mí, a sus crías y a su nuevo clan.

Estrella de Fuego intentó encontrar palabras que la reconfortaran.

– Ahora caza con sus ancestros.

Los ojos de Nariz de Pétalos no mostraron nada y no respondió. Estrella de Fuego no se atrevió a decir nada más. Esa clan joven apenas tenía experiencia con sus ancestros así qué, ¿cómo iba a tener fe Nariz de Pétalos en que Pelaje Lluvioso había encontrado otra vida después de la muerte?

– Fue un gato muy valiente- maulló en su lugar- Me honra haberle conocido.

Conforme avanzaba la noche, el clan se reunió entorno al cuerpo de Pelaje Lluvioso para guardar luto. Canción Resonante guió a Nariz de Pétalos y a sus crías desde la maternidad, y la gata se agachó al lado de su pareja, enterrando el hocico en su frío pelaje gris. Pequeña Salvia y Pequeña Menta se acurrucaron a ambos lados mientras que Canción Resonante se sentó a la cabeza de Pelaje Lluvioso con la mirada clavada en las estrellas lejanas.

Recordando la inquieta y supersticiosa vigilia por Guardián Celestial, Estrella de Fuego se percató de lo lejos que había llegado el clan. Ahora se notaba una sensación genuina de pérdida y respeto por el guerrero caído.

Pero su corazón dolía cada vez que pensaba que reconstruir el clan había conducido directamente a la muerte de Pelaje Lluvioso. Si hubiera decidido quedarse como proscrito ahora seguiría vivo.

La inquietud cosquilleó en las patas de Estrella de Fuego y conforme el cielo se volvía gris con la primera luz del amanecer, escaló la senda hasta la Roca Celestial y se sentó allí solo, mirando a la quebrada. ¿Había hecho lo correcto? Desde que llegó había aprendido mucho sobre sí mismo y sobre lo que significaba ser un líder del clan, pero no era esa la razón por la que había acudido allí. ¿Había sido justo pedirles a aquellos gatos que renunciaran a sus vidas por el código guerrero cuando habían vivido felices y en paz hasta el momento?

Un olor dulce le envolvió, el único olor capaz de reconfortarle en esos momentos. Un pelaje se restregó contra el suyo y una voz le murmuró al oído.

– No te lamentes- susurró Tormenta de Arena- Has salvado al

Clan del Cielo.

– Pero ha muerto Pelaje Lluvioso.

– Lo sé. Pero los gatos del Clan del Cielo tomaron su propia decisión al querer luchar por la quebrada y por el código guerrero… y por su clan. La batalla los ha unido cuando ninguna otra cosa podría haberlo logrado.

Estrella de Fuego se removió, inquieto, deseando creer las palabras de su pareja, deseando creer que lo que habían ganado merecía la muerte de Pelaje Lluvioso.

– La vida no puede avanzar sin muertes- continuó diciendo Tormenta de Arena- Pelaje Lluvioso murió como el mayor de los guerreros, luchando por su clan. Estén donde estén sus ancestros guerreros, le estarán esperando.

– Lo sé- las palabras de Tormenta de Arena aliviaron parte del dolor de su corazón, aunque Estrella de Fuego sabía que tendrían que pasar muchas lunas antes de que pudiera olvidarse de la visión del cuerpo de Pelaje Lluvioso rodeado de sus enemigos muertos, sabiendo que él había conducido al gato gris a su muerte.

# Capítulo 34

El sol se asomaba por encima de los riscos cuando Estrella de Fuego y Tormenta de Arena regresaron a la quebrada. El cuerpo de Pelaje Lluvioso seguía al pie del Montón de Rocas, pero el clan comenzaba a relajarse; solo Nariz de Pétalos permanecía cerca de él con sus dos crías a su lado. Canción Resonante estaba sentada a la entrada de su cueva con montes de hierbas a su alrededor mientras examinaba las heridas frescas de Pie Parcheado.

Estrella de Fuego sabía que tenía que tratarse sus heridas, pero antes de dirigirse a la guarida de la curadera, Motea Hojas se acercó a él. Estrella de Fuego observó que sus ojos mostraban preocupación y una punzada de miedo le recorrió de arriba abajo. No podía haber más peligros, ¿verdad=

– ¿Qué ocurre?- le preguntó.

– Es Bigotes Cortos- Motea Hojas miró hacia el lugar donde el macho atigrado se encontraba junto a Garra Afilada, Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión- Dice que quiere dejar el clan. Quiere volver con su amo.

– ¿Qué?- Estrella de Fuego la adelantó y se dirigió hacia el pequeño grupo de gatos.

– ¿Es que tienes cerebro de ratón?- discutía Garra Afilada cuando llegó hasta ellos- Te has quedado con nosotros durante todo el asunto de las ratas y ahora que les hemos enseñado que este es nuestro hogar, ¿quieres irte? ¡Tienes abejas en el cerebro!

Bigotes Cortos dio un respingo y se volvió hacia Estrella de Fuego con gesto aliviado.

– Lo siento- empezó- Pero el ataque de las ratas solo ha servido para enseñarme que no estoy hecho para la vida en un clan.

– Cumpliste con tu deber como un guerrero- maulló Estrella de Fuego.

– Pero tenía miedo- protestó Bigotes Cortos- Estaba aterrorizado hasta las raíces de mi pelaje.

– ¿Y crees que el resto no?- gruñó Garra Afilada.

Motea Hojas se acercó y tocó el omóplato de Garra Afilada con la cola.

– No te enfades- maulló- No podemos obligarle a que lo comprenda- volviéndose hacia Bigotes Cortos, añadió- Respetamos tu decisión. Aunque, a pesar de todo, nos gustaría que te quedaras.

– Te echaremos de menos- le dijo Zarpa de Cereza.

Bigotes Cortos seguía mirando a Estrella de Fuego, y sus palabras fueron para él.

– Tuvo miedo- repitió- Y supe que no quería dar mi vida por el bien de mi clan- agachó la cabeza- Soy un cobarde y un egoísta- murmuró- Pero no puedo cambiar mis sentimientos.

– No eres ni un egoísta ni un cobarde- le dijo Estrella de Fuego- El código guerrero no vale para todos los gatos- recordó cómo su amigo, Cuervo, se había visto obligado a dejar el Clan del Trueno por su temor a Estrella de Tigre, y que ahora vivía feliz con Centeno en la granja Dos Patas cerca de las Rocas Altas.- Debes escoger el camino que mejor te convenga.

– Y ese es el camino del minino doméstico- Bigotes Cortos miró a su círculo de amigos y aunque sus ojos mostraban rechazo su voz se mantuvo firme.

– Seguiremos siendo tus amigos, Bigotes Cortos…- empezó a decir Zarpa de Gorrión.

– Ese ya no es mi nombre- Le interrumpió Bigotes Cortos- Supongo que deberíais volver a llamarme Hutch.

Por última vez escaló la senda hacia la cima del risco; Estrella de Fuego, Motea Hojas y Garra Afilada fueron tras él. Hutch se

abrió paso entre el cinturón de floresta y se detuvo al borde de la maleza.

– Adiós- maulló- Estoy orgulloso de haber sido un gato del Clan del Cielo, de verdad.

– Adiós- Zarpa de Cereza le empujó con su omóplato- Asegúrate de poner a ese Oscar en su lugar.

– Y háblales a los otros mininos domésticos del Clan de Cielo- agregó Zarpa de Gorrión.

Motea Hojas agachó la cabeza.

– Hasta la vista, Hutch. No te olvides de pasarte a visitarnos. Has ayudado a salvar el Clan del Cielo y siempre serás bienvenido.

Hutch se animó un poco.

– No os olvidaré… en especial a ti, Estrella de Fuego.- agregó, mirando al macho del color del fuego- Me has enseñado mucho.

– Y yo he aprendido mucho de ti también- respondió Estrella de Fuego con todo su corazón- Que el Clan Estelar ilumine tu sendero.

Los dos machos entrechocaron narices y, a continuación, Hutch dio media vuelta y empezó a alejarse en dirección a los lejanos muros del Poblado Dos Patas. Llevaba la cabeza y la cola alta y no miró atrás.

– Así que este es el final- murmuró Garra Afilada mirándole- El último eco de nuestra batalla contra las ratas.

– No- maulló Motea Hojas- Aún queda una cosa más.

Estrella de Fuego y Garra Afilada cruzaron una mirada perpleja y la siguieron senda abajo hasta la cueva de los guerreros. Motea Hojas se detuvo de cara al tronco de piedra con sus antiguas marcas de garras: las marcas de muchos gatos y las marcas diminutas de las garras de las ratas que discurrían de lado a lado como señal de su ancestral victoria.

– Esto- maulló Motea Hojas. Extendiendo las garras, las pasó por la roca una vez y una tercera vez, hasta que los arañazos de las ratas quedaron cubiertos por las marcas verticales.

El recuerdo de la primera derrota había desaparecido.

– Ahora, la quebrada vuelve a pertenecer al Clan del Cielo- anunció la gata atigrada.

Los días siguientes a la batalla fueron grises y nubaldos.

Soplaban brisas fuertes con aroma a lluvia y, una mañana, Estrella de Fuego salió de la guarida de los guerreros para encontrar las rocas cubiertas de escharcha. Se detuvo, olfateando el aire hasta que apareció Tormenta de Arena, ahuecando el pelaje contra las garras del viento.

– Tendremos que iros pronto- murmuró mirando atrás para asegurarse de no despertar a ningún guerrero durmiente.- No podemos viajar durante la estación sin hojas. Haría demasiado frio como para dormir a la intemperie y habría poquísimas presas.

– Aún queda para la estación sin hojas- replicó Estrella de Fuego.

Tormenta de Arena le calvó una destellante mirada verde.

– ¿No crees que el Clan del Cielo pueda sobrevivir sin ti?

– No es eso- protestó Estrella de Fuego.

– Las ratas ya no son una amenaza- le recordó Tormenta de Arena.

– Lo sé. Pero las ratas no eran el único problema. ¿Serán capaces los guerreros del Clan del Cielo de llevarse bien sin que estemos nosotros para distribuir las patrullas y las tareas? ¿Y qué pasa con los mininos domésticos del Poblado Dos Patas…? Podrían tener problemas con ellos. Y les será más difícil encontrar presas conforme el tiempo se vuelva más frío.

Tormenta de Arena pasó las garras por la roca.

– Estrella de Fuego, ¿te estás oyendo? Todos los clanes afrontan ese tipo de problemas. Todos los gatos tienen que trabajar junto para seguir el código guerrero y, si lo hacen, estarán a salvo y bien alimentados. Los gatos del Clan del Cielo ya lo saben. Has cumplido con tu parte; les has encontrado una curandera… ahora les toca a ellos.

Estrella de Fuego sabía que tenía razón. Si esperaba hasta estar seguro de que el Clan del Cielo disfrutaba de una paz imperecedera y una vida fácil, no se marcharía jamás. Y aún así sabía que aún le quedaba una cosa por hacer.

– No nos podemos ir todavía- maulló- Ho hasta que nos aseguremos de que el Clan del Cielo a llegado hasta sus ancestros. Y parte de eso consiste en descubrir a quien ha escogido el Clan Estelar como líder.

Tormenta de Arena soltó y largo suspiro, agitando los bigotes.

– Supongo que tienes razón. Solo espero que sea pronto, nada más.

Tormenta de Arena despertó a Motea Hojas; ambas cogieron a Zarpa de Gorrión y se marcharon en la patrulla del alba. Estrella de Fuego regresó a la guarida de los guerreros y vio que Pie Parcheado se estiraba.

– ¿Vienes a una patrulla de caza?- sugirió.

Pie Parcheado se levantó con entusiasmo.

– Por supuesto. Detrás de ti.

– Iré con vosotros- Garra Afilada levantó la cabeza de su lecho musgoso- Si os parece bien.

– Prefiero que dirijas una patrulla aparte- le dijo Estrella de Fuego- Me gustaría llevarme a Zarpa de Cereza y ver como caza sin

tener a su mentor respirándole en la nuca. Ya es hora de que ella y Zarpa de Gorrión se hagan guerreros.

– Muy bien- los ojos de Garra Afilada brillaron de aprobación- Me parece que están listos. Me llevaré a Cola de Trébol y a Pelaje…- se calló de golpe- Supongo que solo a Cola de Trébol.

Estrella de Fuego llevó a su patrulla río abajo, a través del espolón rocoso y hacia los árboles. Las hojas giraban en el aire y solo aquellas más frágiles quedaban en las ramas. El frío había llegado y las presas serían más escasas ahora que llegaban las lunas de la estación sin hojas. Aún así, el Clan del Cielo seguía siendo pequeño; si tenían cuidado podrían alimentarse.

Observó como Zarpa de Cereza acechaba a una ardilla a través de un espacio de capo abierto y la derribaba con un gran salto en el momento en que intentaba escapar por un árbol. Ya estaba casi lista para ser una guerrera, pero Estrella de Fuego se cuidó de decírselo. Quería que el nuevo líder del Clan del Cielo les diera a Zarpa de Gorrión y a ella sus nombres de guerreros… tan pronto como los ancestros guerreros del Clan del Cielo decidieran cual iba a ser ese gato.

Los tres cazaron hasta conseguir tanta carne fresca como podían llevar. Ya no había esa sensación de ojos hostiles en la floresta, no olores o sonidos que sugirieran que aún quedaban ratas por ahí. El Clan del Cielo se había adueñado del lugar.

Estrella de Fuego había regresado ya al campamento y depositaba su carne fresca en el montón cuando se le acercó Canción Resonante.

– Estrella de Fuego, tengo que hablar contigo- sus ojos verdes mostraban confusión.- ¿Podrías venir un momento a mi guarida?

Al hablar, Estrella de Fuego recordó irremediablemente a

Jaspeada y a Carbonilla. Canción Resonante ya encajaba perfectamente en su papel de curandera aunque sabía que su aceptación oficial era otra ceremonia que descansaba en las patas de los ancestros guerreros del Clan del Cielo.

No habló hasta que estuvieron sentados a las afueras de la cueva con los olores de las hierbas dulces a su alrededor.

– Estaba distribuyendo algunas hierbas- comenzó la gata- y tuve una… creo que lo llamarías visión- parecía casi avergonzada y se lamió una pequeña pata gris que pasó por su oreja.

Las patas de Estrella de Fuego cosquillearon pero se obligó a permanecer en calma.

– ¿De qué iba?

– Creí que estaba reuniendo hierbas en el bosque de arriba de la quebrada. Estaba sola, ¡pero me sentía tan segura y protegida! Era como si unos ojos amables me rodearan, me cuidaran…

– Sigue- animó Estrella de Fuego.

– El sol se estaba poniendo, como si fuera la hoja verde. Y las sombras de las hojas moteaban la tierra a mí alrededor con tanta perfección que parecían piedrecitas en la orilla de un río. Me fijé en ello porque ahora las hojas están secas. El patrón de luz y sombras me envolvió a pesar de que las hojas sobre mi cabeza estaban inmóviles. Y volví aquí. No fue un sueño, Estrella de Fuego- insistió- Estuve despierta todo el tiempo. ¿Crees que significa algo o que estoy haciendo una montaña de un grano de arena?

– El Clan Estelar envía visiones por un motivo- contestó Estrella de Fuego- Todo lo que debemos hacer es adivinar su significado- se sentó en silencio largo rato con los ojos estrechados hasta convertirlos en rendijas mientras se imagina a la pequeña gata atigrada bajo el bosque iluminado por el sol.- Un sol cálido. Ya es

la estación sin hojas, pero quedan unas cuentas que motean la tierra…- murmuró.

– ¡Motea Hojas!- soltó Canción Resonante- Mis ancestros guerreros me estaba diciendo algo sobre Motea Hojas.

Cada pelo del manto de Estrella de Fuego se erizó. ¡Esa debía ser la señal que aguardaba el Clan del Cielo! La visión de Canción Resonante indicaba que los ancestros guerreros del clan cuidaban de verdad de ellos.

Y lo que era más importante, le habían enviado a Canción Resonante una señal, y no a él. Ya era una curandera de verdad con un vínculo con los espíritus estelares que le ayudarían a guiar al clan en las lunas venideras.

La expresión confundida fue, poco a poco, aclarándose en los ojos de Canción Resonante.

– Lo que más necesita ahora el clan es un líder- murmuró- ¿Crees que me estaban enseñando al gato que va a serlo?

Estrella de Fuego se acercó y le dio un lametón cariñoso en la parte superior de la cabeza. Ronroneaba tan alto que apenas podía hablar.

– Si, eso creo- murmuró- Motea Hojas será la líder del Clan del Cielo.

Motea Hojas se detuvo con un bocado de carne fresca todavía entre las fauces y los ojos ensanchados del pasmo.

– ¿Yo?- tragó ociosamente- ¿Líder del Clan del Cielo? ¡Creo que tienes abejas por cerebro, Canción Resonante!

Tan pronto como regresó la patrulla del alba para descansar y comer, Estrella de Fuego se había llevado aparte a Tormenta de Arena y le había contado lo de la señal.

Luego, Canción Resonante y él habían encontrado a Motea Hojas

comido del montón de carne fresca y le habían dado las nuevas.

– No tiene nada que ver con Canción Resonante- le aseguró a la atónita gata- Te han elegido tus ancestros guerreros.

– Pero… ¡Pero creía que iba a ser Garra Afilada!

Y yo, pensó Estrella de Fuego. Y aún así había sido Motea Hojas quien había mostrado más sensibilidad hacia el significado del código guerrero. Había sido ella quien unió al clan en la lucha contra las ratas y quien había entendido por qué quería Hutch dejar el clan para volver a ser un minino doméstico.

Motea Hojas retrocedió un paso, sacudiendo la cabeza para mayor énfasis.

– Oh, no, Estrella de Fuego. No puedo hacer. De verdad que no.

– Yo tampoco pensé que sería lo suficientemente bueno como para ser un líder- confesó Estrella de Fuego- Era el lugarteniente del clan así que, obviamente, sabía que un día acabaría siendo líder, pero cuando murió Estrella Azul y tuve que ocupar su lugar no me sentía preparado. Pero mi clan me necesitaba. Y ahora es el Clan del Cielo quien te necesita a ti.

Motea Hojas pareció hundirse ante sus palabras. Luego, se giró hacia Canción Resonante.

– ¿Qué opinas tú?

Canción Resonante asintió para darle valor.

– Nuestros ancestros guerreros me han enviado una visión. Sé que es tu camino, Motea Hojas.

– Pero yo no entiendo nada acerca de nuestros ancestros guerreros- protestó Motea Hojas- Ni siquiera sé si existen. Y incluso si existieran…- añadió, previendo la protesta de Canción Resonante- ¿por qué iban a escogerme? No soy especial.

– Me parece que no sabes lo especial que eres- le dijo Estrella

de Fuego- Créeme, Motea Hojas, puedes hacerlo.

Los ojos ambarinos de Motea Hojas se quedaron fijos en él durante varios latidos de corazón.

A continuación inclinó la cabeza.

– ¿Qué tengo que hacer?- le preguntó- ¿Voy a tener que llamarme ahora Estrella de Hojas? ¿Y ya tengo nueve vidas?

– Aún no eres la líder- le advirtió Estrella de Fuego- El Clan Estelar te entregará tus nueve vidas y tu nombre.

– ¿Cuándo? ¿Ahora?- Motea Hojas miró a su alrededor como si esperara ver gatos estelares caminando hacia ella a plena luz del día.

– Esta noche- maulló Estrella de Fuego- Tus ancestros guerreros te observan y nos encontraremos con ellos al anochecer.

Bajo la gélida luz de la luna, Estrella de Fuego les llevó por la senda de la Roca Celestial. Motea Hojas caminaba tras él y Canción Resonante tomaba la retaguardia.

Estrella de Fuego no sabía si estaba haciendo lo correcto. No dudaba de que Motea Hojas estaba destinada a ser la líder del Clan del Cielo, la visión de Canción Resonante era muy clara al respecto, pero se preguntaba si debería llevar a Motea Hojas a la Caverna Susurrante para celebrar su ceremonia. Era lo más parecido que tenían los gatos del Clan del Cielo a la Roca Lunar, donde los líderes del boque recibían las nueve vidas y sus nombres. Pero esa noche, las estrellas parecían inusitadamente brillantes y cuando las miró parecieron adoptar por un momento la figura del rostro del líder del Clan del Cielo, como si le invitaran a ir.

Estrella de Fuego saltó la grieta y se acercó al medio de la Roca Celestial. La luz estelar titilaba sobre su superficie y el viento le tironeaba del pelaje. Motea Hojas agachó la cabeza contra él

mientras se le acercaban.

– Y ahora, ¿qué va a pasar?- le preguntó.

– Esperaremos- le contestó Estrella de Fuego- Tus ancestros guerreros vendrán a nosotros.

Esperaba tener razón. Solo conocía un ancestro del Clan del Cielo que caminara por esos cielos, aparte de Guardián Celestial. Pero Motea Hojas necesitaba nueve gatos que le dieran cada una de sus vidas.

Recordó el dolor y el terror, y se replanteó su propia ceremonia de liderazgo, cuando el claro de Cuatro Árboles se llenó de espíritus estelares. Aún si acudían a ella, ¿tendría Motea Hojas la fuerza suficiente para soportarlo? Solo había una forma de comprobarlo.

– ¿Estás seguro de que vendrán? ¿No deberíamos decirles que estamos aquí?- La voz de Canción Resonante rebosaba nerviosismo y tenía todo el pelaje ahuecado de entusiasmo.

– Lo sabrán- contestó Estrella de Fuego- Túmbate conmigo- indicó a Motea Hojas, acomodándose sobre la roca con las patas bajo el pecho.

A regañadientes, Motea Hojas le obedeció; Estrella de Fuego notó un temblor contenido en el cuerpo de la gata. Canción Resonante se agazapó al otro lado, apoyándose tranquilizadoramente contra su pelaje.

– No temas- susurró la curandera- Sé que lo que te deparan nuestros ancestros guerreros es bueno.

Motea Hojas seguía inquieta.

– Debes confiar en tus ancestros guerreros- le dijo Estrella de Fuego.

Motea Hojas giró la cabeza y le miró con unos ojos que resplandecían plateados bajo la luz de la luna.

– No- maulló- Confío en ti.

# Capítulo 35

Los tres esperaron en silencio, bañados por la luz de la luna. El viento azotaba la superficie de la Roca Celestial y les aplastaba el pelaje.

– Cierra los ojos- susurró Estrella de Fuego.

Al principio solo hubo oscuridad y fue consciente de que Motea Hojas se removía inquieta a su lado. Poco a poco, fue quedándose inmóvil; el latido de corazón de Estrella de Fuego se aceleró al notar como la envolvía el frío hasta parecer un gato esculpido en hielo. El sonido del viento cesó.

Estrella de Fuego abrió los ojos. La Roca Celestial había desaparecido; en su lugar se extendía ante él un páramo baldío que se desvanecía por todas partes en niebla. Ninguna estrella atravesaba la nube pero esta brillaba con un resplandor claro, como si en alguna parte, por encima, la luna siguiera destellando.

Al otro lado de Motea Hojas, Canción Resonante abrió los ojos con un parpadeo y levantó la cabeza antes de incorporarse y arquear

la espalda, estirándose.

Su mirada, llena de confusión, se calvó en la de Estrella de Fuego.

– ¿Dónde estamos? Es como el lugar con el que soñé la noche que pasé en la Roca Celestial.

– Es el páramo en el que vi a los gatos que huían.- Estrella de Fuego se levantó, arañando la dura hierba.

Canción Resonante se volvió para mirara a Motea Hojas, y apoyó suavemente una pata en su omóplato. La gata no se movió.

– Está tan fría- susurró Canción Resonante. Agachándose, sopló con suavidad en la oreja de Motea Hojas; ni siquiera se retorció.- No está muerta, ¿verdad Estrella de Fuego?

– No- la tranquilizó.- Algo así me pasó a mí. Creo que le privan de su antigua vida para que pueda recibir las nuevas nueve vidas.

Canción Resonante seguía preocupada. Estrella de Fuego supuso que le cosquilleaban las patas por ayudar a Motea Hojas, pero no había nada que pudiera hacer.

Pudieron pasar estaciones o solo latidos de corazones antes de que Motea Hojas estornudara y abriera los ojos. Abrió las fauces en un amplio bostezo. A continuación pareció percatarse del extraño paisaje que les rodeaba; se levantó de un salto, tambaleándose un poco.

– ¿Qué está pasando, Estrella de Fuego?

– Tranquila- Estrella de Fuego apoyó la punta de la cola sobre su omóplato- Este es el lugar donde te reunirás con el Clan Estelar.

Y, como si sus palabras supusieran una señal, la niebla se arremolinó frente a él y el ancestro gris y blanco del Clan del Cielo apareció a la vista. Gotas de agua brillaban en su pelaje como estrellas.

– Saludos- maulló- Sé porque habéis venido.

– Saludos- contestó Canción Resonante con los ojos iluminados al estar, por primera vez, cara a cara con un guerrero del Clan Estelar.

Estrella de Fuego salió a su encuentro.

– Me alegra volver a verte- maulló- He traído a Motea Hojas. Es la gata que querías, ¿no?

– Si- el antiguo líder del Clan del Cielo inclinó la cabeza- Gracias, Estrella de Fuego. Has hecho todo lo que has podido para reconstruir y proteger una vez más al Clan del Cielo. Ahora les toca a los gatos del Clan del Cielo.

Estrella de Fuego cogió aire.

– Pero, ¿cómo va a recibir nueve vidas si solo estás tú aquí?

El gato gris y blanco levantó la cola como orden y Estrella de Fuego guardó silencio. Vio avanzar levemente al ancestro del Clan del Cielo por el páramo hasta situarse frente a Motea Hojas.

– ¿Crees en lo qué está a punto de suceder?- le preguntó.

La mirada llena de pánico de Motea Hojas se fijó en Estrella de Fuego antes de volver a posarse sobre el gato del Clan Estelar.

– Yo… eso creo- tartamudeó- Al menos, Estrella de Fuego dice que me vas a dar nueve vidas, y yo le creo a él.

Una chispa de fugaz tristeza cruzó el rostro del guerrero claro.

– Tendrá que valer- maulló- Ven y te daré tu primera vida.

Motea Hojas se adelantó para quedar justo enfrente del ancestro del Clan del Cielo. Este agachó la cabeza y entrechocó hocicos. Motea Hojas se envaró y se alejó de un salto para, luego, volver deliberadamente y permitir que el gato del Clan Estelar volviera a tocarla.

– Te doy una vida de resistencia- maulló- Úsala bien para

fortalecer a tu clan en tiempos problemáticos.

Nada más terminar de hablar, Estrella de Fuego vio como se convulsionaban los miembros de Motea Hojas y sus fauces se abrían en un gemido silencioso de agonía. Su estómago dio un vuelco compasivo; recordó el terrible dolor que había sentido cuando recibió sus vidas.

– ¿Duele?- susurró Canción Resonante con los ojos abiertos del pasmo- ¿Podemos ayudarla?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

– Esto debe soportarlo sola.

Motea Hojas tembló conforme se disipaba el dolor, pero se mantuvo sobre las patas.

– Estrella de Fuego- resolló- ¿voy a tener que hacerlo ocho veces más?

– No pasa nada- la reconfortó Estrella de Fuego- No todas las vidas son iguales.

La gata tenía una mirada aturdida y asomó una nota de resentimiento en su voz cuando maulló.

– Nunca me dijiste que sería así- sacudió la cabeza a medias atónita y confundida. Estrella de Fuego supuso que no había gato en el mundo capaz de pasar por una experiencia así y seguir negando que fuera real- Solo quiero que se acabe ya.

– No durará mucho- le prometió Estrella de Fuego.

– Mirad- exclamó Canción Resonante, dándose media vuelta- ¿Puedes verlos, Motea Hojas?

– Cre… creo que si- maulló la gata atigrada.

Una fila de gatos aparecía tenuemente entre la niebla. Rodearon a los tres gatos vivos y al ancestro del Clan del Cuelo con sus contornos indistintos contra las nubes flotantes. A continuación, uno

de ellos se adelantó: Guardián Celestial. Pero no el anciano esquelético que había muerto en la quebrada, si no tal y como lo había visto Estrella de Fuego en su último sueño, un fuerte y poderoso guerrero.

Los ojos de Motea Hojas se ensancharon mucho.

– Guardián Celestial- susurró.- ¿Eres tú?

Guardián Celestial entrechocó narices.

– Bienvenida, Motea Hojas. Te doy una vida de esperanza- maulló- Úsala para guiar a tu clan en los días más oscuros.

Una vez más, Motea Hojas se tensó mientras la vida fluía por ella. Estrella de Fuego se percató de que, en esta ocasión, el dolor no fue tan grande o quizás es que la gata ya se lo esperaba y se había preparado para soportarlo. Se recuperó mucho más rápido e inclinó la cabeza.

– Gracias- murmuró- Gracias por todo lo que has hecho por el clan.

Guardián Celestial retrocedió silenciosamente para incorporarse a las filas de guerreros místicos.

Motea Hojas miró, expectante, al círculo de gatos cuyas figuras iban diferenciándose cada vez más.

– Estoy lista- maulló.

El tercer gato apareció bajo la forma de una gata atigrada tan parecida a Motea Hojas que a Estrella de Fuego le resultaba difícil diferenciarlas. Se acercó y entrechocó narices con Motea Hojas en un gesto de pura ternura, no para brindarle una vida.

– ¡Mi madre!- exclamó Motea Hojas- Pero, si moriste… Pensé que no volvería a verte.

– Nada se pierde por siempre, querida- contestó su madre.

Una vez más tocó el hocico con su hija.

– Con esta vida te doy amor. Úsala bien con todos aquellos gatos que busquen tu protección.

Motea Hojas se había estirado ansiosamente para recibir esa vida y Estrella de Fuego vio que no estaba preparada para la lacerante agonía que venía con ella. Sus miembros se pusieron rígidos y calvó las garras en el suelo, apretando los dientes en un chillido de dolor. El mismo había experimentado esa angustia cuando Pinta le dio una vida; hasta entonces no se había dado cuenta de lo feroz que era el amor de una madre por sus crías, de lo dispuesta que estaba una gata para proteger a sus hijos.

Conforme desaparecía el dolor de Motea Hojas, su madre cubrió de amorosos lametones su cara y sus orejas.

– No te vayas- susurró Motea Hojas.

– No temas, pequeña- la tranquilizó su madre- Caminaré muchas veces contigo en sueños, te lo prometo.

Al retroceder ya avanzaba un cuarto gato.

Estrella de Fuego contuvo el aliento ante el olor familiar pero nunca lo habría esperado allí. La forma de la cabeza de la gata le recordó a la del ancestro del Clan del Cielo. Luego, conforme emergía por completo de la niebla, reconoció a la elegante gata carey.

– ¡Jaspeada!

Se acercó y entrechocó narices con él.

– Gracias, Estrella de Fuego- maulló- ¡Estoy tan orgullosa de ti! El Clan del Cielo te lo debe todo. Nunca te comenté lo importante que era para mí ver restaurado el clan.

Estrella de Fuego inhaló su olor dulce.

– No lo podría haber hecho sin ti, Jaspeada.

La curandera inclinó la cabeza.

– Me han dado el privilegio de caminar por estos cielos para darle a Motea Hojas su cuarta vida.- acercándose a la gata atigrada, continuó- Te brindo una vida de curación de heridas causadas por las palabras y las rivalidades. Úsala bien con todos aquellos gatos atormentados.

Esta vez, Estrella de Fuego se fijó en que no había dolor mientras la vida fluía al interior de Motea Hojas. La gata soltó un ronroneó feliz y sus ojos se estrecharon; durante unos latidos de corazón pareció una cría en la maternidad, segura en la curva creada por las patas y el estómago de su madre.

– Gracias, Jaspeada- maulló cuando acabó.- Estrella de Fuego me ha hablado mucho de ti. Me siento honrada por conocerte al fin.

La curandera le pasó amablemente la cola por el pelaje antes de retroceder de nuevo al círculo.

Estrella de Fuego vio como se afinaba la niebla. Cada vez más páramo quedaba a la vista y la luz de la luna se hizo más fuerte, aunque esta seguía escondida. Se revelaron más y más gatos que se extendían en la distancia. Un escalofrío recorrió a Estrella de Fuego, como si sus patas se hubieran metido en agua gélida.

Como si también lo sintiera, Canción Resonante se restregó contra él durante un instante.

– Vuelven a casa- susurró- Todos los ancestros del Clan del Cielo. Los oigo.

Antes de que Estrella de Fuego respondiera, los gatos al frente de las filas se apartaron para dejar pasar a cuatro gatos al centro del círculo. Los miró, confundido. Le sonaban un poco y aún así no se parecían al Clan del Cielo. No se parecían para nada a los otros gatos que le habían entregado vidas. Caminaban con las cabezas y las colas en alto, con la autoridad de líderes aunque no los había

visto nunca y no comprendía por qué acudían ahora para brindarle vidas a Motea Hojas.

En vez de acercarse a la gata, los recién llegados se aproximaron al ancestro del Clan del Cielo, que los observaba con ojos ensanchados. Cuando el primer gato, un macho musculoso del color de los helechos, se acercó más, gimió.

– ¡Estrella Roja!

Para asombro de Estrella de Fuego, el gato del color de los helechos se mantuvo frente al ancestro del Clan del Cielo con la cabeza inclinada.

– Hace tantas lunas me equivoqué- maulló- Todos en el Clan del Trueno se unen a mí para decirte que sentimos lo que hicimos.

Estrella de Fuego se quedó con la boca abierta: ese gato debió ser el líder del Clan del Trueno cuando expulsaron al Clan del Cielo del bosque.

La siguiente, una gata atigrada y marrón, se agachó al lado de Estrella Roja. Le recordó a Paso Potente, el guerrero del Clan del Río, y también tenía cierta reminiscencia a Cola de Trébol.

– ¿Estrella Abedul?- la voz del ancestro del Clan del Cielo era precavida.

– El Clan del Río dice lo mismo. Nunca debimos expulsaros. Me compadecía de vosotros, pero no hico nada… y eso empeora mis acciones. Lo lamento.

El tercer gato, un macho anciano de pelaje gris y negro y una larga cola retorcida, permaneció sobre sus patas, aunque inclinó la cabeza al maullar.

– Soy Estrella Veloz del Clan del Viento y mientras caminaba por el bosque nunca le dije a nadie que lo sentía. Pero hoy te lo digo a ti: lo que hice estuvo mal.

El pelaje marrón crema de la cuarta gata resplandeció bajo la luz de la luna al colarse al lado de Estrella Veloz y clavar sus brillantes ojos verdes en el líder del Clan del Cielo.

– El Clan de la Sombra también lo lamenta- maulló- Teníamos buenas razones para hacer lo que hicimos, pero lamento todo el dolor que os causamos a ti y a tus compañeros.

– Gracias, Estrella Matinal.- contestó el gato del Clan del Cielo- Gracias, gracias a todos.

– No podemos hacer nada para reparar lo que hicimos- siguió diciendo Estrella Roja- Pero hemos venido aquí para darle una vida a la nueva líder del Clan del Cielo, si nos lo permites.

El gato gris y blanco agachó la cabeza, dándoles permiso.

Estrella Roja avanzó para entrechocar hocicos con Motea Hojas.

– Con esta vida te entrego sabiduría. Úsala bien cuando tengas que tomar las decisiones más duras de todas.

Motea Hojas tembló cuando entró en ella la quinta vida.

Estrella de Fuego recordó como se había sentido conforme las vidas se amontonaba: era como si fuera una roca vacía, llenada de pronto con agua de ría que amenazaba con desbordarse y perderse.

El siguiente gato en acercarse a Motea Hojas fue Estrella Abedul, la líder del Clan del Río.

– Te entrego una vida de empatía y comprensión- murmuró- Úsala bien por aquellos más débiles de tu clan y por todos los demás que necesiten tu ayuda y protección.

Estrella Veloz apenas le dio tiempo a Motea Hojas a recibir esa vida antes de adelantarse y entrechocar narices.

– Te entrego una vida de altruismo- anunció el líder del Clan del Viento- Úsala en servicio a tu clan.

Por último avanzó Estrella Matinal; Estrella de Fuego la miró,

asombrado de que una gata tan grácil pudiera ser la líder del Clan de la Sombra, que siempre se encontraba al fondo de todos los problemas del bosque. Pero era posible que en ese entonces el Clan de la Sombra hubiera sido diferente… y quizá podría volver a cambiar.

– Te doy una vida de determinación- maulló, estirando la cabeza para entrechocar delicadamente narices con Motea Hojas- Úsala bien para poner tus patas en el camino de lo que sabes que es correcto.

Las patas de Motea Hojas se convulsionaron al recibir la octava vida. Respiraba rápido y con dificultad como si hubiera estado corriendo.

Estrella de Fuego se fijó en que el esfuerzo le había arrebatado las fuerzas hasta dejarla demasiado agotada como para mantenerse en pie.

Cuando la vida entró en ella miró a los cuatro líderes rivales-

– Gracias- maulló- El nuevo Clan del Cielo recordará con honor vuestros clanes. El quinto clan ha regresado.

Los cuatro líderes agacharon la cabeza en respuesta. Luego, para asombro de Estrella de Fuego, se alejaron de Motea Hojas para acercarse a él.

– Has reparado el mal que hicimos- maulló Estrella Roja- Y por ello te damos las gracias.

– Creímos que teníamos que expulsar al Clan del Cielo a favor de nuestros clanes- agregó Estrella Matinal- Pero fue un error.

Estrella Veloz retorció las orejas.

– Y hemos pagado por ello. Ninguno pudo descansar tras la marcha del Clan del Cielo. La culpa nos carcomió el resto de nuestras vidas.

– Siempre debieron haber cinco clanes en el bosque- maulló Estrella Abedul.

Estrella de Fuego intentó buscar las palabras. La primera vez que comprendió el dolor y la pérdida del ancestro del Clan del Cielo había culpado a los líderes de los otros clanes por lo ocurrido. Pero quizá solo fueran líderes, como él, haciéndolo lo mejor que podían para tomar las decisiones acertadas para su clan.

– Nunca os olvidaré- murmuró.

Estrella Roja se quedó frente a Estrella de Fuego mientras los otros líderes se marchaban.

– Tus compañeros están a salvo y esperándote- maulló- Tu trabajo aquí ha terminado. Ahora puedes volver a casa.

Los cuatro líderes retrocedieron hasta el borde del círculo para permanecer al lado de Guardián Celestial, Jaspeada y la madre de Motea Hojas. El ancestro del Clan del Cielo se reunió con ellos y los ocho gatos estelares parecieron tensarse y enderezaron las orejas, como si esperaran. No apareció nadie más entre la niebla.

El estómago de Estrella de Fuego dio un vuelco. ¿Dónde estaba el noveno gato que le daría a Motea Hojas su última vida?

Se levantó una brisa que convirtió la niebla en jirones deshilachados.

Los gatos brillaron con mayor intensidad, con ojos destellantes y pelajes espolvoreados de luz de estrellas. Tras ellos, Estrella de Fuego atisbó una inmensa extensión de páramo que se internaba en la oscuridad.

Sobre su cabeza, la luna brillaba intermitentemente y las estrellas titilaron aquí y allí antes de que la niebla volviera a cubrirlas.

Todos los pelos del pelaje se le erizaron.

A su lado, Canción Resonante murmuró.

– Oh, ven… ¡ven rápido!

Entonces, Estrella de Fuego contempló como se apartaban los gatos para dejar un camino despejado que se internaba en el páramo. Al otro extremo vio un único punto de luz; al principio creyó que se trataba de una estrella baja en el horizonte. Fue acercándose gradualmente y Estrella de Fuego vio ya que se trataba de un gato corriendo a toda velocidad con el pelaje del estómago rozándole la dura hierba del páramo. Las estrellas formaban una estela en su pelaje y chispeaban en sus patas, y sus ojos eran una llama de luz estelar.

El ancestro del Clan del Cielo dio un solo paso adelante con los ojos clavados en el gato que se acercaba, llenos de un hambre que habla de lunas de inanición.

El gato resplandeciente llegó al círculo y Estrella de Fuego pudo contemplar claramente por primera vez: era una atigrada hermosa de largo pelaje pardo y ojos verdes que clavó fuertemente en el ancestro del Clan del Cielo. Se acercó a él y tocó animadamente su hocico.

– ¡Vuelo de Pájaro!- susurró el líder del Clan del Cielo.

– Estrella Nimba- ronroneó entrelazando colas- Te dije que un día encontraría el camino hasta ti.

– Y yo te dije que esperaría- contestó Estrella Nimba. Cerró los ojos- ¡No me creo que estés aquí!

– Siempre estaré aquí- murmuró Vuelo de Pájaro- Caminaremos juntos, para siempre, los cielos.

Durante un latido de corazón tan largo como una estación, los dos gatos permanecieron juntos, bebiendo el uno el olor del otro.

A continuación, Vuelo de Pájaro se apartó un paso y llamó con la

cola a los otros dos gatos que se habían acercado sin ser vistos. Entraron al círculo e inclinaron las cabezas ante Estrella Nimba.

– Son tus hijos- explicó Vuelo de Pájaro- Aunque eran demasiado pequeños como para viajar con el Clan del Cielo y crecieron, en cambio, en el Clan del Trueno, Capa Jaspeada y Garra de Aulaga han decidido caminar estos cielos en honor a sus ancestros del Clan del Cielo.

Estrella de Fuego los contempló en silencio. Capa Jaspeada era una elegante gata carey tan parecida a Jaspeada como si hubieran sido hermanas. Garra de Aulaga, en cambio, era un macho atigrado de anchos omóplatos con unos brillantes ojos ambarinos; el estómago de Estrella de Fuego dio un vuelco ante el parecido con su viejo enemigo, Estrella de Tigre. Vuelo de Pájaro había dicho que los dos gatos habían crecido en el propio clan de Estrella de Fuego. ¿Significaba eso que la sangre del Clan del Cielo corría por el Clan del Trueno? ¿Eran Jaspeada y Estrella de Tigre descendientes de Estrella Nimba?

Captó la mirada de Jaspeada y vio que observaba con alegría a los gatos del centro del círculo. ¡Tenía que ser verdad! No era extraño que le hubiera recordado al líder del Clan del Cielo al aparecer. No era raro que se hubiera visto tan involucrada en el destino del nuevo clan.

Estrella Nimba avanzó un solo paso hacia sus hijos con las patas rígidas del pasmo.

– Cuando abandoné el bosque- maulló con voz ronca- prometí que mi clan nunca volvería a mirar a las estrellas. Algunos de mis guerreros siguieron con las viejas costumbres, pero el tiempo pasó y el Clan del Cielo acabó dividido, olvidado, y nuestros ancestros guerreros fueron incapaces de caminar por estos cielos. Hasta

ahora- su mirada resplandeciente pasó por Vuelo de Pájaro, sus hijos y, finalmente, por Estrella de Fuego y Motea Hojas.- Hasta ahora.

Vuelo de Pájaro atravesó el círculo hasta donde esperaba Motea Hojas con los ojos llenos de interrogantes, y entrechocó narices con ella.

– Con esta vida te otorgo fidelidad- maulló- Úsala bien para mantenerte unida al clan y a la familia.

Mientras la novena vida fluía por Motea Hojas apareció otro gato más entre las filas estelares, un atigrado pequeño con unas blancas patas delanteras. La gata se acercó al círculo hasta quedarse frente a frente con Canción Resonante.

– Mi nombre es Paso de Cervatillo- anunció- Fui la curandera del Clan del Cielo cuando huimos del bosque. Ahora ocupas mi cueva en la quebrada y encontrarás hierbas en los mismos lugares en los que yo las encontraba. Tus ancestros guerreros te han escogido para ser la curandera del Clan del Cielo de ahora en adelante.

– Gracias- susurró Canción Resonante- Yo…

Paso de Cervatillo la silenció poniéndole amablemente la punta de la cola sobre la boca.

– Paz, amiga mía. A partir de ahora caminaré por tus sueños y te observaré hasta que hayas aprendido a ser una curandera de verdad- sus ojos se iluminaron- Tendremos que irnos lejos, tú y yo.

Canción Resonante alzó la cabeza y miró a las profundidades de los ojos de la curandera.

– Estaré lista para nuestro próximo encuentro.- prometió.

Motea Hojas estaba en medio del círculo, algo inestable sobre las patas, y miró a su alrededor.

– ¿Y ahora qué va a pasar?- le preguntó a Estrella de Fuego en

un susurro con voz ronca.

Estrella de Fuego no necesitó responder. Mientras la nueva líder del clan hablaba, se disolvieron los últimos jirones de niebla, revelando un cielo en el que flotaba, serena, una luna llena. Las estrellas destellaban mientras los ancestros guerreros del Clan del Cielo se marchaban a observar a sus descendientes que habían estado perdidos tanto tiempo.

Su pelaje cosquilleó al reconocer a uno fuerte guerrero gris entre ellos, con estrellas en el pelaje y el brillo de la luz estelar en los ojos. La mirada de Pelaje Lluvioso se encontró con la suya e inclinó la cabeza.

Su estómago se retorció de pena y culpa, y avanzó hasta él.

– Lo siento, Pelaje Lluvioso- murmuró- Si no te hubieras unido al Clan del Cielo seguirías con vida.

– Fue mi decisión- Pelaje Lluvioso le miró con ojos claros.- Ahora siempre seré parte del clan y tendré un lugar entre las estrellas. Por el código guerrero merece la pena morir- titubeó un instante antes de añadir- ¿Cómo están Nariz de Pétalos y las crías?

– Se lamentan por tu muerte- contestó Estrella de Fuego- Pero siempre contarán con el apoyo del clan.

– Lo sé. Sé que el Clan del Cielo cuidará de ellas- Pelaje Lluvioso volvió a inclinar la cabeza y Estrella de Fuego se sintió perdonado.

Las filas de gatos se levantaron y saltaron al cielo haciendo que cada estrella brillara con mayor intensidad. Sus voces se elevaron y titilaron en la brillante franja del Manto Plateado.

– ¡Estrella de Hojas, Estrella de Hojas!

– ¡Estrella de Hojas!- Estrella de Fuego y Canción Resonante se unieron a la bienvenida del nuevo líder del Clan del Cielo- ¡Estrella

de Hojas!

La luz a su alrededor se volvió tan cegadora que Estrella de Fuego se vio obligado a cerrar con fuerza los ojos. Las voces cesaron y cuando volvió a abrirlos se encontró acostado en la superficie de la Roca Celestial junto a Estrella de Hojas y Canción Resonante. La media luna seguía brillando en el cielo gélido.

Estrella de Hojas se puso en pie, se tambaleó buscando el equilibrio y soltó un hondo suspiro.

– Estrella de Fuego, gracias- maulló- Nunca imaginé…- parpadeó rápidamente mientras Canción Resonante se restregaba contra su flanco y enterraba el hocico en el omóplato de su líder.

– Sabes que no puedes hablarle de esto a ningún gato, ¿verdad?- le advirtió Estrella de Fuego.

– ¿Cómo iba a hacerlo? No hay palabras…- sacudiendo la cabeza, añadió- Ahora lo entiendo. Y prometo que seré un líder fuerte y leal a mi clan hasta que me llegue la hora de caminar entre las estrellas con mis ancestros.

Hizo una pausa y, luego, se sacudió el pelaje.,

– Bajemos. Mi clan me espera.

# Capítulo 36

– ¡Qué todos los gatos suficientemente mayores para capturar sus propias vengan aquí, bajo el Montón de Rocas, para una reunión de clan!

La voz de Estrella de Hojas resonó por todo el campamento al convocar por primera vez a sus compañeros. Su cuerpo se recortaba contra el cielo azul claro; el día después de su ceremonia había amanecido claro y fresco, pero ahora el sol eliminaba el frío del risco y las rocas, y chispeaba en la superficie del río.

Estrella de Hojas aguardó pacientemente a que su clan se amontonara al pie del Montón de Rocas.

Estrella de Fuego había discutido con ella la reunión, asegurándose de que sabía lo que tenía que hacer, pero la gata no le había comentado todas las decisiones que iba a tomar. Fueran las que fuera, esperaba que contaran con el apoyo del clan.

Todo lo que sabían hasta ahora era que Estrella de Hojas era su nuevo líder. Estrella de Fuego vio entusiasmo en sus orejas erguidas y los ojos brillantes. Las crías de Cola de Trébol trotaban por todo el lugar, metiéndose entre las patas de todos hasta que Pequeña Roca resbaló en una piedra húmeda; Garra Afilada lo atrapó por el pescuezo justo a tiempo de impedir que se hundiera en el río.

– Y ahora vete con tu madre- maulló severamente el macho rojizo- ¿Es esa forma de comportarse de un aprendiz?

Inmediatamente, las tres crías formaron una fila al lado de Cola de Trébol, sentándose derechos mientras su madre se apresuraba a limpiarles.

Nariz de Pétalos y las otras dos crías se reunieron con ellos;

Pequeña menta y Pequeña Salvia observaban a las crías mayores con envidia.

– Nosotros también queremos ser aprendices- maulló Pequeña Menta a su madre.

– Si, ¿por qué no podemos serlo?- le preguntó Pequeña Salvia.

– No soy lo suficientemente mayores- les espetó Pequeña Roca en un tono tan noble que Estrella de Fuego cruzó una mirada con Tormenta de Arena, a su lado, y vio diversión brillando en sus ojos verdes.- Tenéis que esperar lunas antes de que eso pase.

Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión salieron de su guarida y atravesaron la senda para sentarse cerca del montón de carne fresca.

Pie Parcheado se unió a ellos y por último apareció Canción Resonante de la Caverna Susurrante, saltando fácilmente por el Montón de Rocas hasta situarse bajo Estrella de Hojas y sentarse al lado de Estrella de Fuego.

– Gatos del Clan del Cielo- comenzó Estrella de Hojas en cuanto todos los gatos se acomodaron y la miraron con expectación- mi primer deber como líder es proclamar un lugarteniente- tomó aire- Pronuncio estás palabras frente a los espíritus de mis ancestros para que oigan y aprueben mi elección. Garra Afilada será el nuevo lugarteniente del Clan del Cielo.

Estrella de Fuego observó como se extendía por el rostro del macho rojizo una expresión orgullosa junto con un toque de incertidumbre poco común en él. El guerrero se puso en pie e inclinó la cabeza.

– Gracias- maulló- Me honra servirte a ti y al clan.

Estrella de Fuego lanzó otra mirada a Tormenta de Arena sintiéndose muy aliviado. Garra Afilada había luchado duro por acceder al puesto de líder sin comprender completamente el

significado del código guerrero. Podría haberle dificultado mucho la vida a Estrella de Hojas en caso de que se hubiera negado a aceptar su autoridad. Pero su valor feroz y sus técnicas de combate se equilibrarían perfectamente con el carácter más pensativo de Estrella de Hojas. Y, un día, cuando hubiera vivido muchas lunas bajo el código guerrero, ser convertiría en un buen líder.

– Canción Resonante- Estrella de Hojas la llamó con la cola y la gata atigrada se levantó y se acercó para quedarse al pie del Montón de Rocas.- Nuestros ancestros guerreros te han escogido para ser nuestra curandera. Ahora te entrego el cuidado del Clan del Cielo. Confiamos en que uses tus habilidades curativas e intérpretes las señales que ten envíen los espíritus de nuestros ancestros.

Una mirada secreta se cruzó entre las dos gatas y Estrella de Fuego supuso que estaban recordando la extraordinaria experiencia de la noche anterior.

Canción Resonante agachó la cabeza.

– Prometo hacerlo lo mejor que pueda, Estrella de Hojas.

– ¡Canción Resonante, Canción Resonante!- el clan le dio la bienvenida coreando su nombre; la joven curandera agachó aún más la cabeza, avergonzada, y volvió a sentarse al lado de Estrella de Fuego.

– Mi siguiente tarea es una de las tareas más importante para un líder- continuó Estrella de Hojas- Y es la creación de nuevos guerreros.

Llamó con la cola a Zarpa de Cereza y Zarpa de Gorrión; los dos jóvenes se levantaron y se acercaron lado a lado hasta el pie del Montón de Rocas con los ojos iluminados.

– Garra Afilada- preguntó Estrella de Hojas- ¿Ha aprendido tu aprendiza, Zarpa de Cereza, las habilidades de un guerrero? ¿Y

comprende lo que significa el código guerrero para cada gato?

– Lo ha hecho y lo hace- contestó solemnemente Garra Afilada- Luchó como un guerrero experimentado contra las ratas.

– Y yo puedo decir lo mismo por Zarpa de Gorrión, mi aprendiz.- maulló Estrella de Hojas. Saltó del Montón de Rocas y se detuvo frente a los dos jóvenes gatos.

– Yo, Estrella de Hojas, líder del Clan del Cielo, pido a mis ancestros guerreros que cuiden de estos dos aprendices. Han entrenado duro para comprender los caminos de vuestro noble código y os los entrego a cambio como guerreros.

Un escalofrío recorrió a Estrella de Fuego al escuchar las familiares palabras. Hasta ese día, ningún gato del Clan del Cielo podría haberlas pronunciado con seguridad, pues ninguno sabía qué les había ocurrido a sus ancestros guerreros. Pero ahora él sabía, así como Estrella de Hojas, que caminaban los cielos a los que pertenecían y que lo harían durante las estaciones venideras.

Estrella de Hojas siguió.

– Zarpa de Cereza, Zarpa de Gorrión, ¿prometéis velar por el código guerrero, proteger y defender vuestro clan aún a costa de vuestras vidas?

El pelaje de Zarpa de Cereza se erizó y flexionó las garras al responder.

– Si, lo prometo.

Zarpa de Gorrión estaba más calmado pero nadie dudaría de la sinceridad de su voz al prometer:

– Y yo.

– Entonces, por los poderes del Clan Estelar, os otorgo vuestros nombres de guerreros. Zarpa de Cereza, de ahora en adelante serás conocida como Cola de Cereza. El Clan Estelar honra tu valor y tu

entusiasmo y te da la bienvenida como miembro pleno del Clan del Cielo.

Estrella de Hojas apoyó el hocico en la cabeza de Cola de Cereza; esta le lamió el omóplato y se apartó para reunirse con el resto de guerreros.

Estrella de Hojas se giró hacia Zarpa de Gorrión y repitió las mismas palabras honorables.

– Zarpa de Gorrión, de ahora en adelante serás conocido como Manto de Gorrión. El Clan Estelar honra tu valor y tu fuerza y te da la bienvenida como miembro pleno del Clan del Cielo.

Apoyó el hocico en su cabeza y él también se inclinó para lamerle el omóplato.

– ¡Cola de Cereza, Manto de Gorrión! ¡Cola de Cereza, Manto de Gorrión!- gritó el resto del clan para dar la bienvenida a los dos nuevos guerreros.

Cola de Cereza dio un tremendo salto de júbilo.

A continuación, Estrella de Hojas llamó con la cola a las tras crías de Cola de Trébol. Intentando no temblar de nerviosismo, las tres se acercaron a la líder de su clan. Cola de Trébol los observo a punto de estallar de orgullo.

– Pie Parcheado, has demostrado valor y resistencia- maulló Estrella de Hojas- Serás el mentor de Zarpa Brincante.

Zarpa Brincante soltó un chillidito que contuvo casi al instante y se acercó a Pie Parcheado para entrechocar hocicos.

Pie Parcheado le miró con los ojos brillantes de orgullo al haber sido escogido como mentor.

– Cola de Cereza, eres una guerrera novata- añadió Estrella de Hojas- pero el clan la completo ha visto tu entrega. Serás la mentora de Zarpa Rocosa.

El aprendiz negro dio un salto y corrió a entrechocar narices con su nueva mentora; Cola de Cereza parecía encantada.

Estrella de Hojas miró a la última de las crías que apenas podía mantenerse inmóvil.

– Manto de Gorrión, tú también eres joven- maulló por fin Estrella de Hojas- Pero tienes excelentes técnicas de combate y de caza. Confío en que pases tus conocimientos a Zarpa Diminuta.

La aprendiza blanca se levantó de un salto y, en un intento obvio de parecer más digna que sus hermanos, se acercó tranquilamente a Manto de Gorrión y se estiró para entrechocar narices.

– Por ahora- les dijo Estrella de Hojas- todos los guerreros trabajaran unidos para entrenar a los nuevos aprendices. Somos un clan nuevo y tenemos que aprender a depender los unos de los otros. Me queda una cosa más- agregó- Antes de que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena vinieran a la quebrada, todos vivíamos separados. Éramos proscritos y mininos domésticos. No sabíamos nada de la vida de clan o del código guerrero. Ahora, nos pertenecemos los unos a los otros. Tormenta de Arena, Estrella de Fuego, os agradecemos todo lo que habéis hecho. Vuestros nombres se honrarán para siempre entre los gatos del Clan del Cielo.

– ¡Estrella de Fuego, Tormenta de Arena!

Estrella de Fuego se sintió henchido de orgullo. Recordó sus preocupaciones acerca de dejar a su clan, de los peligros del viaje río arriba. Cada punzada de ansiedad, cada paso cansado merecían la pena ahora que veía los cuerpos fuertes y los ojos iluminados de los nuevos miembros del clan.

Notó como el hocico de Tormenta de Arena le acariciaba la oreja al murmurar.

– Es hora de que nos vayamos. Hemos reconstruido el Clan del

Cielo, como prometimos. Nuestro futuro nos aguarda en el bosque.

Estrella de Fuego sabía que tenía razón, pero le atravesó una punzada al pensar en dejar esos gatos que había terminado por convertirse en amigos. Seguramente, no volverían a encontrarse otra vez hasta que caminaran con el Clan Estelar, e incluso entonces, ¿compartirían los mismos cielos?

Se puso en pie para reunirse con Estrella de Hojas mientras la gata se acercaba a él.

– ¿Lo he hecho bien, Estrella de Fuego?- le preguntó con nerviosismo- Temía no recordar las palabras apropiadas.

– Ha sido fantástico- le dijo Estrella de Fuego- El Clan del Cielo es tuyo. Ya no nos necesitas.

Una sombra de tristeza cruzó el rostro de Estrella de Hojas, pero no intentó persuadirle de que se quedara.

– Tu clan te necesita- maulló- Pero el Clan del Cielo no te olvidará nunca.

Cuando el resto del Clan del Cielo se percató de que Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se preparaban para marcharse, comenzaron a reunirse a su alrededor despidiéndose y deseándoles buena suerte.

– ¿Recordáis cuando nos conocimos por primera vez?- maulló Cola de Cereza.- Nos dijiste que no nos riéramos de Guardián Celestial. ¡Creo que nunca he conocido a un gato tan peligroso!- sus ojos brillaron, traviesos- ¡Y ahora yo también soy peligros!

Tormenta de Arena le dio un empujón afectivo.

– No me gustaría ser una rata ahora mismo.

– Si, vas a tener que mantener los ojos abiertos en busca de ratas- le recordó a Estrella de Hojas- Y de mininos domésticos del Poblado Dos Patas. A Oscar podría metérsele en la cabeza causar

problemas…

Tormenta de Arena le interrumpió empujándole con una pata.

– Ya lo sabe- maulló- Estarán bien. Vámonos.

Despidiéndose aún, Estrella de Fuego y Tormenta de Arena comenzaron a escalar la senda rocosa hacia la cima del risco. Canción Resonante caminó con ellos hasta su cueva. Cuando llegó a ella, entrechocó narices con Estrella de Fuego, los ojos llenos de dolor.

– Puede que nos encontremos otra vez en los caminos del sueño- maulló- Aunque mi corazón me dice que esto es una despedida. Gracias, Estrella de Fuego. Me has ayudado a encontrar mi destino.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza.

– El Clan del Cielo tiene suerte de tenerte como curandera, Canción Resonante.

Resultaba duro mirar atrás y ver a la pequeña figura atigrada a las afueras de su guarida, viéndolos marchar. ¿Estaría lista de verdad para tomar el puesto de curandera?

¿Entendería Garra Afilada como tenía que ayudar un lugarteniente al líder de su clan? ¿Podría los mentores nóveles apañárselas con sus aprendices?

Entonces, al detenerse en la cima del risco, Estrella de Fuego atisbó una patrulla del Clan del Cielo entre la floresta de abajo.

La lideraba Estrella de Hojas junto con Pie Parcheado y Zarpa Rocosa, su aprendiz, y Cola de Trébol tomaba la retaguardia. Mientras observaba, Cola de Trébol saltó y se detuvo con alguna pequeña criatura entre las fauces.

– ¿Ves?- ronroneó Tormenta de Arena mientras le lamía una oreja.- No hay nada de lo que preocuparse. Vayámonos a casa.

Estrella de Fuego soltó un largo suspiro. Su búsqueda había

acabado; había caminado con el Clan del Cielo hasta el final del viaje… y hasta un nuevo comienzo… y ahora podía regresar a donde su corazón pertenecía de verdad. Enterró el hocico en el omóplato de Tormenta de Arena y, juntos, se encaminaron hacia el bosque.

# Epílogo

La escarcha resplandecía sobre las ramas sin hojas mientras Estrella de Fuego saltaba por el barranco. Se sentía lleno de energía, completamente recuperado de su largo viaje de regreso desde el Clan del Cielo, tres lunas atrás.

Zarzoso y Musaraña iban con él: la patrulla del alba regresaba al campamento del Clan del Trueno, helados y hambrientos, pero con el pelaje de una pieza. Las fronteras estaban en paz y la estación sin hojas pronto daría paso al fresco crecimiento de la hoja nueva.

Estrella de Fuego se abrió paso por el túnel de aulagas y se volvió a esperar a sus compañeros.

– Será mejor que comáis algo y descanséis- maulló- Quiero que ambos me acompañéis esta noche a la Asamblea.

– ¡Genial!- El pelaje de Zarzoso se erizó de entusiasmo mientras que Musaraña se limitó a sacudir las orejas y encaminarse hacia el montón de carne fresca.

Estrella de Fuego atravesó el claro hacia la maternidad y vio a Zarpa Acedera, Zarpa Hollina y Zarpa Orvallo peleando junto a la guarida de los aprendices, entre los helechos. Mientras los observaba, Espinardo salió de la guarida de los guerreros y llamó a Zarpa Hollina; mentor y aprendiz desaparecieron por el túnel de aulagas.

Al acercarse a la maternidad se encontró con Carbonilla, que salía; Estrella de Fuego trotó hacia ella.

– ¿Va todo bien?- quiso saber.

Los ojos azules de Carbonilla se iluminaron, comprensivos.

– Todo bien, Estrella de Fuego. Solo le he llevado algo de

borraja para ayudarle a tener leche.

Estrella de Fuego soltó un largo suspiro de alivio.

– Aún no me creo lo hermosas que son- confesó.

Carbonilla agitó amablemente su oreja con la cola.

– Adentro entonces, y vuelve a mirarlas.

Estrella de Fuego se abrió paso entre las zarzas hasta maternidad llena de calor y olor a leche. Tormenta de Arena se encontraba en un lecho hondo de musgo y helechos; acurrucadas en su estómago había dos diminutas gatas con los ojos aún cerrados. Una de ellas era atigrada con el pecho y las patas blancas, y la otra tan rojiza oscura como el mismo Estrella de Fuego.

Pequeña Candeal, la hija de Centella y Nimbo Blanco, miraba a las dos crías con casi tanto orgullo como si fuera suyas. Apenas era lo suficientemente mayor como para ser aprendiza y Estrella de Fuego sabía lo protectora que se sentía con las nuevas crías.

Centella se incorporó en su lecho y extendió una pata.

– Con cuidado- le advirtió a su cría- No te acerques tanto. No podrán jugar hasta dentro de un tiempo.

Cuando Estrella de Fuego entró, Tormenta de Arena levantó, adormilada, la cabeza.

– He pensando en los nombres- murmuró- ¿Qué te parecen Pequeña Esquirolina y Pequeña Hojarasca?

– Me parecen unos nombres fabulosos- contestó Estrella de Fuego. La rojiza oscura, Pequeña Esquirolina por su cola espesa, claro, y la atigrada, Pequeña Hojrasca en recuerdo de Estrella de Hojas… o quizá también de Jaspeada.

El orgullo fluyó dentro de él al mirara a las pequeñas bolas de pelo. Tenía tantas esperanzas en ellas: buenas cazas, felicidad, quizá incluso el liderazgo de su clan. A pesar de haber sido un minino

doméstico, sus hijas eran gatos de clan de cabo a rabo. Su sangre correría por el Clan del Trueno durante muchas estaciones aún cuando él ya no caminara por el bosque.

El pensar en sangre y familia devolvió los ecos de la profecía de Guardián Celestial: Habrá tres, sangre de tu sangre, que contendrán el poder de las estrellas en sus patas.

¿Serían esos poderosos gatos descendientes de las dos hermosas hijas de Estrella de Fuego? ¿Era aquella profecía una advertencia de un gran bien, o de un gran mal? Le recorrió un escalofrío y se estremeció al pensar en los caminos a los que podría llevar su sangre.